UNIVERSIDAD DE LAS PALMAS DE GRAN CANARIA.

DEPARTAMENTO DE CIENCIAS HISTÓRICAS.

TESIS DOCTORAL

LA EXTINCIÓN DE UN TRIBUNAL. INQUISICIÓN Y SOCIEDAD EN CANARIAS EN EL SIGLO XVIII.



Presentada por

D. Jesús González de Chávez Menéndez.

941 P.A
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
LAS PALMAS DE G. CANARIA
N.º Documento 3019721
N.º Copia 760574

Dirigida por

Dr. D. Antonio de Bethencourt Massieu.

El Director

El Doctorando

Las Palmas de Gran Canaria, a 12 de mayo de 2004.

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2006

UNIVERSIDAD DE LAS PALMAS DE GRAN CANARIA.

DEPARTAMENTO DE CIENCIAS HISTÓRICAS.

TESIS DOCTORAL

LA EXTINCIÓN DE UN TRIBUNAL. INQUISICIÓN Y SOCIEDAD EN CANARIAS EN EL SIGLO XVIII.

Presentada por

D. Jesús González de Chávez Menéndez.

Dirigida por

Dr. D. Antonio de Bethencourt Massieu.

Año 2004.

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2006

LA EXTINCIÓN DE UN TRIBUNAL.

(INQUISICIÓN Y SOCIEDAD EN CANARIAS EN EL SIGLO XVIII).

Por

Jesús González de Chávez Menéndez

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2006

Introducción

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2006

1. INTRODUCCIÓN.

"La Inquisición era un tribunal". Hace un cuarto de siglo el profesor Tomás y Valiente comenzaba de esta manera su contribución a un número extraordinario de la revista *Historia 16* dedicado a la Inquisición. "Dado el tono divulgador y elemental de estas páginas - decía -, conviene comenzar con una observación muy simple y acaso obvia: la Inquisición era un tribunal" (1976, 19). Aunque con ello pretendiera distinguir el Tribunal[1] histórico del mito, que -previsiblemente- habría conformado la imagen que el lector no especializado tenía de la Inquisición, también llamaba la atención sobre un dato fundamental, y no siempre bien valorado por los historiadores de la Inquisición: su carácter jurídico. Hasta fechas relativamente recientes, en efecto, los historiadores solían destacar el carácter político[2], ideológico[3] o de instrumento o "dispositivo" de control social[4] de la Inquisición. Se insistía poco en los aspectos jurídicos. En el *I Symposium Internacional sobre la Inquisición* celebrado en Cuenca en septiembre de 1978, el mismo Tomás y Valiente se lamentaba del poco interés que los historiadores del derecho mostraban por la Inquisición, a pesar de que "las obras básicas de la historiografía inquisitorial, como las de Páramo, Llorente y Lea, están escritas con mentalidad y preocupación de juristas" (1980, 42 y 45).

Aunque actualmente el enfoque predominante en los estudios inquisitoriales sea muy distinto[5], no está de más recordar esta diferencia significativa entre la Inquisición y el resto de los fenómenos persecutorios[6]. El Holocausto, el Gulag, los "desaparecidos" de Argentina, África ("África es todo un continente convertido en Auschwitz": Kertész, 2002, 103), etc., por referirnos sólo a las persecuciones más recientes, no tuvieron carácter jurídico, ni siquiera cuando se escenificaron como "grandes procesos". Confundirlas con la Inquisición, equiparar la violencia legal y la extralegal, supone

[1] Escribiremos "Tribunal", con mayúscula, para referirnos al Tribunal de la Inquisición o al Tribunal de la Inquisición de Canarias (se distinguirá por el contexto).

[2] "arma absoluta de la monarquía": Bennassar (1981, 321).

[3] "aparato ideológico del Estado": Elorza (1976, 108); López (1995, 74) le atribuye por error la expresión "aparato terrorista del Estado".

[4] García Cárcel (1976, 32); Escandell (1984 a, 597-611, y 1984 b, 220-277)

[5] Cfr García Cárcel (1996). Los historiadores del derecho se han volcado, desde la década de los ochenta, en el estudio de la Inquisición.

[6] Desde finales del siglo XVII (con Pierre Bayle), y especialmente desde la Ilustración, el mito *-la Inquisición-* engloba todas las persecuciones: Cfr. Peters (1989), que ha trazado por primera vez y de forma magistral la historia del mito.

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2006

ignorar el obstáculo que el Derecho, incluso en sus formas más degradadas, opone a la violencia del poder[7].

El objeto de este estudio es, pues, un tribunal; un tribunal de la Edad Moderna, que se basaba en los mismos principios y utilizaba las mismas instituciones jurídicas que los demás tribunales de la época, y que -al igual que estos- no se limitaba a administrar justicia, pues entonces los tribunales eran también órganos de gobierno[8], y las funciones de justicia y gobierno no estaban claramente diferenciadas[9]. Aunque las funciones gubernativas de la Inquisición no tenían tanta importancia como en los tribunales seculares, fueron las primeras en ser cuestionadas. Durante el largo período de su extinción el Tribunal invirtió mucho tiempo y energías en su defensa. (En la tercera parte estudiarremos con detalle los conflictos que hubieron en torno a dos de ellas: las licencias y visitas de navíos, y la lectura de edictos).

Pero la Inquisición no era un tribunal como los demás. Aunque no fuera una anomalía absoluta en el sistema judicial de la época, toda una serie de peculiaridades lo convertían en un tribunal especial. La primera era el delito en el que se centraba su jurisdicción: la herejía; que consistía - en palabras de Carena, uno de los "maestros" inquisidores[10]- en "un error intelectual voluntario contra alguna verdad de fe, cometido

[7] Cfr. las reflexiones finales de E.P. Thompson (1977, 258-269) en su estudio sobre el *Black Act* ("For there is a very large difference, which twentieth-century experience ought to have made clear even to the most exalted thinker, between arbitrary extra-legal power and the rule of law", pp. 264-5), y Demant (2000, 256-277) ("Donde el Estado concede audiencia a un enemigo [...] percibimos un aliento de humanidad", pp. 262-3). . La forma más concisa de expresar esa "diferencia significativa" puede ser esta: "Todo acusado tiene derecho por lo menos a un fiscal, por no hablar de un defensor. Quiero decir, María Esther, que todo acusado tiene derecho a ser juzgado": Borges a propósito de los "desaparecidos" (Benítez, 1999, 239).

[8] "Si V.M. no conociese ya lo que son las lentitudes de los consejos en España, tendría aquí una sobrada muestra, y se daría cuenta del riesgo que supone meterse a gobernar por medio de tribunales", escribía Amelot a Luis XIV a propósito de la tardanza del Consejo de Castilla en responder a una consulta del 3 de abril de 1708 sobre el "honesto subsidio" que se pretendía imponer al clero: Duque de Noailles: *Mémoires politiques et militaires*, París, 1777, t. II, p. 404, cit. por Martín Gaite (1975, 100). Cfr. Clavero (1996), y Fernández Albadalejo (1992, 353-487), que fija "el comienzo del fin de la monarquía judicial" en 1803 (con el Real Decreto de 2 de febrero que vaciaba de atribuciones al Consejo de Castilla en favor del de Hacienda, "solo dependiente de mi Suprema y Soberana autoridad", p. 467).

[9] Aunque "tan erróneo sería, empero, postular la completa nitidez de la diferenciación de justicia y gobierno en los siglos de la modernidad como sostener que ambas categorías permanecieron enteramente confundidas": González Alonso (1988, 379).

[10] Mereu (2003, 41-52) se refiere con este término "a todos aquellos inquisidores que escribieron prácticas, manuales, instrucciones, repertorios, etc., sobre el desarrollo de las diligencias judiciales y del proceso inquisitorial", contribuyendo así a la formación de una "civilización inquisitorial" europea.

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2006

con pertinacia por un fiel". El delito es el "error intelectual": la creencia; no la conducta: los actos o expresiones que lo manifiestan. La conducta probaba o inducía a sospechar de la comisión del delito; que tenía lugar – por decirlo así – en la conciencia[11]. Por eso se distingue entre herejía *interna* o *mental*, y *externa*, que, a su vez, podía ser *oculta* o *pública* (Lea, 1983, I, 612).

De la naturaleza del delito, que solo se podía probar plenamente mediante la confesión del reo[12], y de su consideración como el más grave[13], derivan las peculiaridades penales y procesales (*specialia*) que convertían a la Inquisición en un tribunal excepcional, en un tribunal terrorífico: el proceso inquisitivo, el secreto, la admisión de toda clase de testigos, el aislamiento de los presos, la infamia, etc.

Algunos historiadores han considerado necesario "desdramatizar" o "normalizar" la Inquisición, y, en concreto, su derecho penal y procesal. Al compararlo con el ordinario (real o canónico), encuentran incluso, en el inquisitorial, algunas ventajas para los reos (Gacto, 1989; 1992; 1996; 1999 a). Es cierto que las discrepancias entre la justicia penal ordinaria y la inquisitorial eran, en la Edad Moderna, menores de

[11] "Quia haeresis non in opere, sed in mentis errore consistit": Francisco Torreblanca (*Epitome delictorum*), cit. por García Marín (1989, 225). La intervención del tribunal en los llamados "delitos menores" - blasfemia, sacrilegio, bigamia, hechicería, etc.-, se justificaba doctrinalmente porque constituían indicios de que quienes los cometían albergaban creencias contrarias al dogma. En realidad su competencia en estos delitos se debía a otras razones: ventajas comparativas para la represión de determinadas conductas, intereses corporativos -el tribunal "tenía que estar en continuo funcionamiento para poder sobrevivir": Pérez Martín (1989, 290-1)-, etc. La mayoría de estos delitos, además, eran *mixti fori*, es decir, la competencia de la Inquisición en ellos no era privativa; aunque en la práctica, la enorme *vis atractiva* del Tribunal hizo que casi todos los casos se sustanciasen en él.

[12] El carácter penitencial de la Inquisición, tantas veces señalado, tiene relación con la naturaleza del delito. La convergencia de los tribunales de la penitencia y la Inquisición merece un estudio detallado. Es un tema distinto al de la colaboración de los confesores con la Inquisición, y a la confusión de las nociones de delito y pecado, que se da también en el ámbito de la justicia secular, cfr. Tomás y Valiente (1992, 219 s) y Clavero (1990, 57-89). Llorente (1995, 204): "No tengo duda de que a los principios del establecimiento de la Inquisición se quiso constituir a ésta en la clase de tribunal mismo [sic: mixto] de penitencia y criminal, adjudicándole algunas propiedades del sacramento de la penitencia, porque así como en este se imponen penitencias espirituales satisfactorias por lo pasado y medicinales para lo futuro, así también en la Inquisición al tiempo de reconciliar y absolver de censuras al procesado". Lea (1983, II, 475-495) dedica al tema unos breves comentarios, a propósito de los espontáneos (pero no lo trata en *A History of Auricular Confession....*). Recientemente: Prosperi (1995). Sobre la *judicialización* del sacramento de la penitencia cfr. Ramos-Regidor (1991, 171-297).

[13] Gacto (1996, 193): "Y por estar encargado de la represión del delito más grave, se consideró también que el Tribunal de la Inquisición estaba, de alguna manera, por encima de los demás. Era un Tribunal eminente al que, por la enormidad del crimen que perseguía, se le reconoció una autoridad en cierto modo superior a la del resto de los tribunales". Ésta era todavía la valoración de los partidarios del Tribunal en las Cortes de Cádiz: Martí Gilabert (1975, 140).

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2006

lo que afirmaban los detractores de la Inquisición, especialmente los que forjaron el mito de *la Inquisición*. Debido a que los fundamentos jurídicos de la Inquisición eran básicamente los mismos que los del resto de los tribunales (el *ius commune*)[14], y a que el modelo inquisitorial fue imitado por los tribunales ordinarios (Cfr Mereu, 2003; Alonso Romero, 1982), hubo una cierta confluencia de todas las jurisdicciones en el plano de la normativa, aunque el potencial represivo de la legislación inquisitorial siguió siendo superior al de la justicia ordinaria.

En la *praxis*, sin embargo, se dio un movimiento en cierto modo inverso. Con el transcurso del tiempo, en contraste con la justicia real, la Inquisición se suavizó. Y a medida que se iba debilitando, se fue convirtiendo en un tribunal cada vez más "benigno". Los estudios sobre el proceso inquisitorial, que se basan en la legislación y la doctrina[15], no detectan el cambio. Para saber que parte de la normativa se aplicaba realmente, y cual era el "estilo" de los Tribunales de distrito y sus variaciones a lo largo del tiempo, hay que acudir a las actas de los procesos[16]. En la primera parte estudiaremos algunos aspectos de la realidad procesal del Tribunal canario en el siglo XVIII que confirman la tesis de Tocqueville (1982, I, 183) de que "el régimen destruido por una revolución es casi siempre mejor que el que le había precedido inmediatamente,

[14] Tomás y Valiente (1976, 20): ..."puede parecer una 'disculpa' esgrimida a favor de la Inquisición. Lejos de tal propósito, al recordar un hecho tan importante trato simplemente de hacer ver que la Inquisición no era un islote en su sociedad, sino que descansaba en los mismos principios y utilizaba las mismas instituciones jurídicas que el Derecho Penal ordinario". Según Pérez Martín (1989) los elementos formativos del derecho inquisitorial son: la legislación del Bajo Imperio para los delitos de lesa majestad, a los que se asimiló la herejía tras la conversión de cristianismo en la religión del Estado, la legislación canónica, la doctrina de los juristas y las Instrucciones. A estos habría que añadir las más de 500 *cartas acordadas* que se dieron – la primera, al parecer, el 2 de diciembre de 1513 – para completar las Instrucciones, que desde 1574 –la *última impresión* es de 1667– no añadían nada nuevo: (Henningsen, 1989, 163-172). Lo fundamental del derecho inquisitorial – que prácticamente no varió desde la Inquisición medieval – proviene de los dos primeros. El derecho inquisitorial *stricto sensu* era "predominantemente casuístico y de muy reducido contenido": Gacto (1989, 175). Cfr. Peters (1989, 11-39).

[15] Cfr. Dedieu (1987), Gacto (1989; 1996; 1999 a), Pérez Martín (1989), Tomás y Valiente (1976; 1980), etc. Aguilera (1993), es una excepción parcial, ya que se basa también en los procesos publicados; y también González de Caldas (2000).

[16] "Sólo en los procesos se puede comprobar la distancia entre la doctrina, las Instrucciones y las órdenes circulares del Consejo con la realidad": Tomás y Valiente (1980, 57). Una advertencia similar para la justicia real: *Id.* (1992, 155), y mucho antes Galo Sánchez, cit. por Álvarez Alonso (1990, 197). "Las leyes que afectan a casos insólitos perviven mucho más tiempo que cualesquiera otras porque su propio desuso impide apreciar sus imperfecciones": Sánchez Ferlosio (1986, 276) (sobre una ley de los Grágidos referida a los gemelos). En el Antiguo Régimen, dado que no se derogaban las leyes, la ausencia de normas contradictorias – a falta de prueba positiva - se podría tomar, incluso, como indicio de desuso.

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2006

y la experiencia enseña que el momento más peligroso para un mal gobierno suele ser aquel en que empieza a reformarse".

Otro de los factores que hacían de la Inquisición un tribunal especial es que, aunque fuera un tribunal eclesiástico, combinaba los poderes de la Iglesia y el Estado[17]. Esta ambigüedad dio pie a los apologistas católicos del siglo XIX, para defender su naturaleza estatal; pretensión que a Kamen (1974, 152), que consideraba que la Inquisición era un "instrumento de la política real", le parecía "completamente inadmisible". La Iglesia ha asumido ya su responsabilidad[18], y el historiador que más tajantemente ha defendido la naturaleza eclesiástica del Tribunal es un jesuita, el historiador del derecho Gonzalo Martínez Díez (1993).

Refiriéndose a la polémica del siglo XIX y a opiniones más recientes que destacan su carácter de instrumento político al servicio de la Monarquía[19], dice Martínez Díez que "esta polémica tuvo algún sentido cuando los estudios inquisitoriales se encontraban aún en sus balbuceos y no se habían publicado el conjunto de bulas y breves pontificios que creaban, extendían, regulaban y aprobaban los nombramientos de la Inquisición española; hoy, con todo este conjunto documental disponible, creemos sinceramente que no cabe ni plantear la duda sobre la naturaleza eclesiástica de nuestra institución". Ello no obsta para que luego admita algún componente secular en la jurisdicción inquisitorial[20], y reconozca que "la intervención de los reyes revestía en la

[17] "Lo que dio a la Inquisición española su peculiar y terrible eficiencia fue la perfección de su organización y su combinación de la misteriosa autoridad de la Iglesia con el poder de la Corona ": Lea (1983, I, 333)

[18] Cfr. García Cárcel y Moreno Martínez (2000, 15-18).

[19] Cfr. B. Llorca (1949), López Vela (1990 a y b; 1994).

[20] Respecto de la inquisición medieval - "un aparato diocesano [...] que contaría con el apoyo de los poderes seculares para la ejecución de las sentencias" - "la única y gran novedad" de la moderna consiste en la facultad que el papa otorga a los Reyes Católicos para que sean ellos los que elijan a los inquisidores pontificios; aunque la intervención de los reyes "está limitada a la elección de los inquisidores", que actúan como agentes pontificios, "lo que caracterizará a los Reyes Católicos será, más allá del apoyo incondicional a la acción de los inquisidores, el convertirse en motores y propulsores de la misma, siempre dentro del derecho canónico" (pp. 282-3). Junto al "aparato judicial" de naturaleza eclesiástica, funciona un segundo "aparato económico y fiscal [...] enteramente secular", que recibía poderes y jurisdicción del rey a quien rendía cuentas (pp. 295-6); y una tercera "burocracia", el Consejo, en cuya dependencia del rey se basaban Ranke y Pfandl para afirmar su naturaleza secular, a pesar de las similitudes y paralelismos con los demás Consejos de la Monarquía, era también de naturaleza eclesiástica (p. 297).

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2006

práctica un carácter decisorio, hasta hacerla aparecer subordinada de hecho a la Monarquía"[21].

Si como dice Martínez Díez durante los tres siglos largos de su existencia "no se planteó entre nuestros tratadistas inquisitoriales el análisis de su naturaleza jurídica", ya que "se trataba de una realidad próxima y perfectamente conocida que no precisaba de análisis teóricos", pues "vivían inmersos en una iglesia católico-romana, sí, pero en cuyo gobierno y nombramientos intervenía activamente la Monarquía; demasiado habituados a este cesaropapismo, la Inquisición no era ninguna excepción"; y ni siquiera los abolicionistas en las Cortes de Cádiz cuestionaron su naturaleza eclesiástica, limitándose a invocar las regalías de la Corona para justificar su actuación[22], lo cierto es que la mayoría de los historiadores actuales, dando por sentada su naturaleza eclesiástica, prefieren insistir en la doble fuente de su poder, como más relevante para entender su eficacia, sus complejas y no siempre pacíficas relaciones con la Corona y el Papado – pues la doble dependencia le permitía bascular en un sentido o en otro para defender o aumentar su independencia (Defourneaux, 1973, 28-29) -, y las relaciones de estos dos poderes a propósito de la Inquisición[23].

En el siglo XVIII "largo" (hasta la revolución liberal) - el período de nuestro estudio - el poder del Tribunal había decaído mucho, incluso con respecto al período anterior, que fue también de crisis[24]. Y al tiempo que sus medios y su actividad disminuían, la contestación aumentaba, porque, como decía Tocqueville (en la frase que precede a la cita anterior), "suele ocurrir que un pueblo que había soportado, sin

[21] "Esta subordinación procedía tanto del derecho de presentación del inquisidor general y de los consejeros de la Suprema, ejercitado celosamente por los reyes, como por las insinuaciones, recomendaciones y presiones con que el rey podía agobiar al inquisidor general y a otros oficiales del Santo oficio, los cuales, en realidad, le debían el cargo y podían ser removidos de él" (p. 297).

[22] *id.*, p. 275. Sobre la polémica de las Cortes de Cádiz, cfr. Martí Gilabert (1975, 133 ss.). La Parra (1985, 171 ss) se centra en los aspectos ideológicos.

[23] Tomás y Valiente (1988 [1ª ed. 1979], 381) la consideraba una "institución real", pero en (1980, 46) dice que "ambas opciones, la de calificar la Inquisición como institución eclesiástica y la de ver en ella una institución política, son veraces, pero son parciales porque se ajustan solo a una parte de la realidad [...] es necesario ver siempre y al mismo tiempo las dos caras, su doble vertiente, su naturaleza dual" (1980, 46). Dos síntesis recientes despachan el tema con cierta premura: Pérez (2003, 95): carácter mixto: jurisdicción religiosa por sus objetivos y política por su dependencia del Estado. García Cárcel y Moreno Martínez (2000, 17): derecho eclesiástico y práctica política. Lea (1983, I, *passim*) lo trata detenidamente.

[24] Cfr. *Historia de la Inquisición en España y América*, BAC-Centro de Estudios Inquisitoriales, Madrid, 1984, I, Capítulo IV: "La crisis del Santo Oficio (1621-1700)", pp. 996-1203.

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2006

quejarse y como si no las sintiera, las leyes más opresoras, las rechace con violencia cuando se aligera su peso". Tal vez por eso, por ser de "decadencia y extinción"[25] , este período es el peor conocido de la historia de la Inquisición. Sólo parece despertar cierto interés cuando toca temas relacionados con la Ilustración o la política en las altas esferas. Las monografías sobre los tribunales de distrito se detienen al llegar a él, o lo abordan a modo de epílogo. Jean-Pierre Dedieu, en su excelente estudio sobre el Tribunal de Toledo, no le dedica ni media docena de páginas, y al tratar de "les paradoxes du XVIIIe siècle" escribe: "Arrivé á ce point, la monographie d'un tribunal est impuissante à écrire son histoire. C'est au niveau national qu'il faut l'étudier et les documents pertinents ne sont plus ceux qu'a produits l'institution".

Pero la "belle leçon d'histoire administrative" de que habla a continuación, que explicaría "una parte considerable" de la historia de la Inquisición[26], se encuentra precisamente en la documentación generada por los Tribunales de distrito. La mayor parte de la historia de la Inquisición - también en el siglo XVIII - no transcurre en la Corte ni es simple consecuencia de lo que allí se decide. La historia de los Tribunales de distrito es casi toda la historia de la Inquisición. A través de ellos actúa, ejerce su jurisdicción, y trata de superar las dificultades y mantener sus prerrogativas. En la documentación de los Tribunales de distrito se encuentran las explicaciones que en vano se buscarían en otro nivel; incluso para las decisiones tomadas a ese otro nivel. No se puede entender la "extinción" como el resultado de decisiones tomadas en la cúspide, donde, por otro lado, el "mecanismo decisorio" sólo se pone en marcha después de recibir fuertes impulsos desde la base - conflictos, escándalos, etc.-, y antes de decidir se recababa información de todas las partes, se contrastaba, sopesaba, calculaba los posibles efectos... y se esperaba, casi, a que "la sociedad" decidiera.

[25] Así titula Lea (1983, III, 805-897) el capítulo que le dedica en la conclusión de su *Historia*. La mejor síntesis de la historia de la Inquisición en este período son los capítulos V y VI de la *Historia de la Inquisición en España y América*, BAC-Centro de Estudios Inquisitoriales, Madrid, 1984, I, pp. 1204-1486. (En la bibliografía se incluyen otros trabajos - aunque no aparezcan citados en el texto- que se refieren a esta etapa).

[26] "Nous avons là une belle leçon d'histoire administrative. Sous des formes extérieures, sous une réglamentation qui, en apparence, n'évoloue que dans les détail, plusieurs révolutions ont lieu, dans l'interdépendance étroite de tous les aspects de l'institution. Niveau d'activité, objectifs, organisation interne, ressources, tout est lié : on ne touche pas à l'un de ces éléments sans modifier les autres. Une parte considérable de l'histoire de l'Inquisition s'éxplique par un développement autonome de cette structure administrative, par les tensions qu'y crée, de façon mécanique, le jeu même de ses divers éléments" :Dedieu (1989, 352).

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2006

La historia de la extinción de un tribunal es de un interés indudable para la historia de las instituciones, *l'histoire administrative*; pero también para la historia social, sin la cual sería ininteligible. El objeto de este trabajo es estudiar *algunos aspectos* de la extinción con el detalle que falta -y creemos necesario- en la bibliografía inquisitorial. (No pretende ser un estudio completo -sería, además, pretender lo imposible-). Es ley de vida que para captar el detalle hay que reducir el campo de visión[27]. Los dos enfoques –a vista de pájaro y a ras de suelo- son necesarios, y complementarios. El primero, el utilizado por Henningsen (1977 y 1984), Contreras-Henningsen (1986), Dedieu (1978), etc., permitió descubrir, entre otras cosas, los cuatro o cinco "tiempos" de la Inquisición. Pero en el estado actual de los estudios inquisitoriales, afectados por la ley de rendimientos decrecientes (García Cárcel-Moreno Martínez, 2000, 20), nos parece que procede ajustar la lente y reducir la escala. Hay de hecho una tendencia casi instintiva –pues no sabemos que se haya argumentado- en esta dirección, como a la búsqueda de nuevos yacimientos (Alejandre, 1995 y 1997; Gacto, 1999 b). La Parra (2001) ha señalado los riesgos: no basta con contar historias, hay que buscar el sentido, el significado.

La selección de los "aspectos" que estudiamos no es arbitraria. En la primera parte, en la que se trata de mostrar cómo la debilidad del Tribunal afectaba a la práctica procesal, nos centramos en los que resaltaban sus adversarios como los más característicos: la tortura, las cárceles y el secreto; en la segunda, que trata de los *medios*, estudiamos el principal: los ministros, el "capital humano"; y en la tercera, en la que se estudian los conflictos, nos detenemos en dos que apenas tratan los historiadores de la Inquisición, porque parece que son asuntos de poca monta, y los que se oponen al Tribunal no son personajes importantes, ni siquiera, a menudo, las principales autoridades o instituciones del archipiélago. Veremos que, precisamente por ello, revelan mejor que otros el proceso su extinción.

[27] La primera reducción es, obviamente, geográfica: *el* (uno) Tribunal de distrito más pequeño (7.253 km²), después del de Baleares. La jurisdicción del mayor, el de Valladolid, abarcaba 89.000 km².

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2006

Este trabajo es consecuencia -esperemos que no el resultado- de un error metodológico elemental: el de los límites. Nuestro propósito inicial era estudiar todos los procesos del Tribunal de Canarias en el siglo XVIII, y sólo después de haberlos visto -y también los expedientes, la correspondencia, informes, etc.- lo redujimos a esto que, en principio, iba a ser la introducción. La información que aprovechamos, pues, está dispersa en toda la documentación; aunque, por la naturaleza de los temas, algunas secciones -como la correspondencia- sean más ricas que en otras. (Por esta razón no nos ha parecido conveniente hacer una relación de fuentes al final de la obra). Hemos consultado casi toda la documentación del Tribunal de Canarias, de 1700 en adelante, que se conserva en el Archivo de El Museo Canario de Las Palmas [AMC], y en el Archivo Histórico Nacional [AHN, Inq.]. Es seguro que habremos pasado por alto documentos interesantes para los temas que tratamos; pero teniendo en cuenta que los archivos de este Tribunal son -sin duda- los más completos, este descuido involuntario no creemos que afecte gravemente a la visión que aquí ofrecemos.

Más que demostrar una (o varias) tesis, hemos querido *mostrar* cómo eran el Tribunal y la sociedad en la que operaba, durante este período. Aunque convalecemos de casi todas las "enfermedades de la voluntad" que relacionaba Ramón y Cajal en su discurso de ingreso en la Academia de Ciencias Exactas, Físicas y Naturales, en 1897, hay una contra la que creemos habernos inmunizado (gracias, en parte, a una vacuna de "materialismo histórico"): la de los *teorizantes*, "que pretenden ver en grande y viven en las nubes"[28]. Si esto es una virtud acaso hayamos pecado por exceso. Las causas de la

[28] "Pretenden ver en grande y viven en las nubes [...] En presencia de un problema difícil sienten irresistible tentación no de interrogar a la Naturaleza, sino de formular una teoría [...] Para ellos lo esencial es la estética de la concepción. Poco importa que se funde en el aire con tal de que sea bella e ingeniosa, ponderada y simétrica [...] En el fondo, el teorizante es un perezoso disfrazado de diligente. Sin percatarse de ello, obedece a la ley del mínimo esfuerzo. Porque es más fácil forjar una teoría que descubrir un fenómeno". Recuerda luego lo que escribía Liebig a Gebhard: "No haga hipótesis. Ellas te acarrearán la enemiga de los sabios. Preocúpate por aportar hechos nuevos. Los hechos son los únicos méritos no regateados por nadie, hablan alto en nuestro favor, pueden ser comprobados por todos los hombres inteligentes, nos crean amigos e imponen la atención y el respeto de los adversarios": Ramón y Cajal (1986, 94). En la página siguiente distingue entre hipótesis de trabajo -*Arbeitenhipothesen*- y teorías científicas: "La hipótesis constituye interrogación interpretativa de la Naturaleza. Forma parte de la investigación misma, como que representa su fase inicial, su antecedente casi necesario. Pero especular de continuo, es decir, teorizar por teorizar sin acudir al análisis de los fenómenos es perderse en idealismos sin consistencia, es volver la espalda a la realidad". Casi todas las "enfermedades" que menciona Ramón y Cajal (capítulo V) tienen relación con el error de los límites al que nos referíamos en el párrafo anterior: "*dilettantes o comtempladores, eruditos o bibliófilos, organófilos, megalófilos, descentrados* y *teorizantes*". Once años más tarde, en 1908, Chesterton (2000, 42-43), al tratar de los "adoradores de la

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2006

extinción nos parecen tan complejas que apenas nos atrevemos a formularlas (¿las guerras de religión, la "crisis de la conciencia europea", el desarrollo del comercio, del absolutismo...?). Tan sólo sugerimos algunas. Nos ha parecido que debíamos, siempre que fuera posible, dejar hablar a los "hechos" (desde Carr (1973), al menos, sabemos que se "construyen"), o si se prefiere, a las "pruebas" (de *unas hipótesis* que si no se explicitan, se adivinan); especialmente cuando éstas son historias o sucesos, que hacen revivir ante nosotros, mejor de lo que podría hacerlo el autor, ese "mundo que hemos perdido". El *teorizante* es seguro que quedará insatisfecho; pero un lector más sosegado creemos –esperamos- que sacará algún provecho de ellas.

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2006

voluntad", detecta -y combate- la misma enfermedad en el campo de las Artes: "Todo acto de voluntad es de propia limitación. Desear la acción es desear una limitación. En este sentido, todo acto es un sacrificio. Al escoger una cosa, rechazáis necesariamente otra [...] Nos conjura el anarquismo a que seamos audaces artistas y no nos *cuidemos de ley ni límite alguno*. Y no se puede ser artista sin leyes ni límites. El arte es limitación; la esencia de toda pintura es el contorno [...] Entrar en el terreno de los hechos es entrar en el mundo de los límites. Las cosas pueden emanciparse de ciertas leyes accidentales y pegadizas, pero no pueden escapar a las leyes de su naturaleza [...] Y lo propio acontece con cualquiera creación artística; y la creación artística puede considerarse como el ejemplo más elocuente de voluntad pura. El artista ama sus limitaciones; ellas integran la calidad de su obra".

Un tribunal *benigno*.

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2006

2. UN TRIBUNAL *BENIGNO*.

En sus críticas a la Inquisición los liberales hicieron de ésta un retrato que no se correspondía con la realidad de la institución en el momento que la combatían[1]. Y lo mismo los "ilustrados". Por lo que se refiere al rigor -dureza, crueldad, etc.- del Santo Oficio, las curvas del mito y la realidad, ascendente la primera y descendente la última, se cruzaron, a más tardar, a principios del siglo XVIII (cfr. Peters, 1989, 155 ss.). Esto no quiere decir que liberales e ilustrados combatieran fantasmas, o que sus críticas no fueran sino un calco de las de sus colegas franceses. La Inquisición militaba contra sus propósitos[2] y contra sus principios. Ilustración e Inquisición eran intrínsecamente contradictorias. Pero los fundamentos (históricos) de la "horrorosa pintura" que hicieron los ilustrados y los liberales de la Inquisición eran muy débiles. Eran más sólidos los de la "hermosa pintura" que la propia institución hizo de sí misma: la de un tribunal *benigno*.

---

[1] Y, en rigor, con ningún otro momento de su historia. "Cuando los liberales de la época constitucional, con el general Riego a la cabeza, hablaron del Santo Oficio, hablaron de algo que poco tenía que ver con el de la época de Carlos IV o Carlos III. Una de las coplas del *Trágala*, canción hostilísima a los absolutistas y que cantaba aquel desgraciado general con sus amigos, dice: 'Se acabó el tiempo / en que se asaba, / cual salmonete, / la carne humana'. Este tiempo se había acabado al momento de nacer los ardientes patriotas, poco más o menos; y desde los tiempos de Felipe V no se hacían espectaculares autos de fe, con asistencia de reyes... Pero los coletazos del monstruo moribundo aún salpicaron sangre hasta muy tarde": Caro Baroja (1968, 61). Luego se refiere al proceso de Olavide, la quema de varios pertinaces en Llerena en 1768 y de una bruja en Sevilla en 1780, a los que alude Toreno -que lo toma de Bourgoing- en su discurso de 11 de enero de 1813 en el debate sobre la supresión del Santo Oficio, y a lo que Bourgoing cuenta del castigo de un mendigo y dos mujeres por hechicerías en Madrid, en 1784, cuyo castigo "n'eut au reste, rien d'affligeant pour la sensibilité. Jamais sentence méritée ne fut exècutée avec plus de douceur"..."En realidad – dice Caro Baroja -, parece, por otros testimonios, que el Santo Oficio, en materia semejante, fue casi siempre de gran benignidad. Los herejes castigados con fiereza fueron los protestantes convictos y los pertinaces en mantenerse en la ley de Moisés después de bautizados. De todas maneras, el siglo XIX entero vivió maldiciéndole. Fuera de España y en España": *ibid.*, 62-63. Cfr. también Martí Gilabert (1975, 15 ss).

[2] En lo único que coincidían los "ilustrados" con la Inquisición era en la lucha contra las "supersticiones" populares. Tavira, por ejemplo, en su visita a Telde, deja el siguiente mandato: "Se cuidará mucho de ocurrir a remediar el grave daño que tanto cunde en este País de las supersticiones, en particular por medio de los curanderos y curanderas, de cuias detestables prácticas con santiguos y oraciones, abusando de lo más sagrado y engañando a los simples tenemos frecuentes pruevas y testimonios, a pesar de la vigilancia con que el Santo Oficio de la Ynquisición esta castigando continuamente estos excesos ": Infantes Florido (1998, 88). Lo repite, casi con las mismas palabras, en otros lugares: La Vega (94), La Aldea (99), etc. Para ninguna otra cosa nombra a la Inquisición. ¿Una referencia "venenosa" (por un lado la limita a estos asuntos, de menor importancia, y por otro señala su ineficacia)?.

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2006

2.1. Las penas.

Las características y el catálogo de las penas de la Inquisición -salvo las espirituales o penitenciales- eran similares a los de la justicia ordinaria (Cfr. Tomás y Valiente, 1992, 353 ss.; Gacto, 1989, 185-193; Lea, 1983, II, 633-701). A la hora de imponer "penitencias saludables" los inquisidores se comportan más como confesores que como jueces. A esto se debe que el catálogo estas "penitencias" sea enormemente variado, y que el Consejo, que a menudo modifica las otras, deje éstas, normalmente, al arbitrio del Tribunal [3]. A Salvador Cerpa, por ejemplo, natural y vecino de Moya, donde todos le tenían por buen cristiano, hermano -mayordomo, dice un testigo- de la Hermandad del Santísimo Sacramento, que concurría "con puntualidad los terceros domingos con su opa", cuyo delito fue -curiosamente- decir "que Nuestro Señor Jesuchristo no estaba en la hostia consagrada", y que "no podía entrar en el cuerpo de las criaturas el cuerpo del Señor sacramentado", las "penitencias saludables " que le impuso el Tribunal fueron las siguientes: encender la lámpara del Santísimo Sacramento de su parroquia, a su costa, los jueves y domingos durante un año; confesar, comulgar y rezar el día de la fiesta del Santísimo Sacramento, y que un sacerdote o religioso le instruyera en los misterios de la fe, en especial en el de la Eucaristía[4].

La intervención de la Suprema ratificando o modificando las sentencias de los Tribunales de distrito, tendió a uniformizarlas, y en el período que estudiamos, también a suavizarlas. El cumplimiento íntegro de la condena era excepcional, y el inquisidor general, al que pertenecían las cuestiones de gracia, solía ser generoso en su impartición (López Vela, 1993 a, 122-3). La suavidad -relativa- de las penas de la Inquisición no siempre fue valorada positivamente por los contemporáneos, especialmente cuando los beneficiarios no eran los *espíritus fuertes* y lectores de libros prohibidos. Se puede entrever en las anotaciones de dos diarios de la época a propósito de un soldado sacrílego. En el primero, D. Antonio Betancourt, un comerciante de Las Palmas,

[3] San Alfonso María de Ligorio: se debe aplicar "al penitente los remedios más indicados para sanarlo, imponiéndole aquella penitencia que más convenga a su enfermedad y de cuyo cumplimiento inspire él buenas esperanzas"; "de los remedios que se han de dar al penitente, unos son generales y otros particulares en orden a un vicio determinado": Ligorio (1989[1755], 69 y 76).

[4] AMC, Inq., XCVIII - 10.

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2006

escribe: "En 28 de marzo de 1802, domingo, a las diez del día, se leyó en Santo Domingo un apenitenciado por la Inquisición, por blasfemo e irreverente en haber tomado la Majestad al tiempo de comulgar y escupirla en el suelo y haberla pisoteado, cuyo soldado era del Regimiento de los soldados de Blanquillo; a éste se le perdonaron los azotes por el señor Alarilla, inquisidor" (Bethencourt, 1996, 287). Y en el segundo, D. Juan Primo de la Guerra, un noble de La Laguna, anota el 19 de diciembre: "Otro de ellos [de los soldados del Batallón de Canarias] no ha mucho tiempo que en Canaria arrojó la partícula que había recibido en la comunión y ha sido penitenciado por el tribunal de la Inquisición en dicha ciudad, cuyo castigo es menos riguroso que el que por tal delito prescribe la ordenanza militar" (Guerra, 1976, 149).

2.1.1. Galeras.

La pena más grave que impone el Tribunal en el siglo XVIII es, probablemente, la de galeras[5]. Era la que se solía aplicar a los bígamos[6]. Una *carta acordada* de 21 de enero de 1721 establecía que cuando el reo no fuera apto para galeras se le conmutara la pena por "cárcel perpetua irremisible"[7]. Después de la supresión de la pena de galeras en 1748 se aplicó la misma norma a los destinados a los presidios. Las conmutaciones no fueron raras, y más que a la solicitud de los médicos por la salud de los enfermos -los inquisidores dependían de sus informes- se debieron a las quejas de los que recibían

[5] La gravedad de las penas es hasta cierto punto relativa; Lea, por ejemplo, incluye entre los castigos "menores" el destierro y el asolamiento de vivienda y entre los "mayores" los azotes y la vergüenza, lo que a muchos parecerá discutible. El último quemado en persona en el Tribunal canario fue el mercader flamenco Tobías Lorenzo, en 1615, y en efigie, el converso Duarte Henríquez, en 1659 (Millares Torres, 1874, 163-8; Anaya, 1981).

[6] A Pedro Hernández Travieso, alias Pedro Sánchez, natural de Acusa y vecino de Tejeda, en Gran Canaria, por ejemplo, se le condenó en 1719 a que "en el primer día de fiesta salga en auto público de fe, si lo hubiere próximo, si no en la Iglesia de San Pedro Mártir de esta Ciudad, estando en forma de penitente con coroza y insignias de casado dos veces, y abjure de levi y le sean dados dozientos azotes por las calles acostumbradas de esta Ciudad, y salga desterrado de esta Ysla y la de Thenerife y Villa de Madrid ocho leguas en contorno por diez años, y los cinco primeros los sirva en las galeras de Su Magestad a remo y sin sueldo": A.M.C., Inq., leg. XXXI - 19

[7] "Siendo continuas las molestias con que embarazan al Consejo las instancias de los Reos que están condenados a Galeras, representando la imposibilidad de cumplirlas, ha parecido, presente Su Iltma., hagáis los reconozcan el Médico y Cirujano y declaren si están capaces de cumplir con esta pena; y teniendo achaques que les imposibiliten el cumplirla la conmutaréis en vuestro voto en la cárcel perpetua irremisible, que es el medio con que podrán evitarse los incombenientes que después de despachados se ofrecen estando en la cárcel real": A.M.C., Inq., leg. CLVI - 1, fol. 152. Lea (1983, II, 658) dice que esta acordada "constituye una notable manifestación de la evolución humanitaria del siglo XVIII". Otra carta del 21 de mayo aclara que el reconocimiento se entiende antes de la entrega a la justicia real, porque después pertenecen a los ministros reales.

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2006

a los galeotes y presidiarios[8]. En Canarias, al no tener el Tribunal cárceles perpetuas, cumplían la pena en las cárceles reales. El examen médico, después de la acordada de 1721, se realizaba normalmente antes de dictar sentencia, para poderla "conmutar" en ésta, como vemos en el caso de otro bígamo, Eugenio Antonio Cabrera[9]. El primer informe del médico del Tribunal, D. Pedro Mackintosh, el 17 de octubre de 1762, decía que el reo padecía una "sarna gálica", "como sucede a muchos que se dexan ver comúnmente; pero que sin embargo hace juicio que se halla capaz de poder sufrir la pena de los azotes y las que padecen en un presidio los que son condenados a él. Y ha visto salir de la cárcel Real condenados a servir en los presidios de S.M. a diferentes reos galicados como lo está éste, aunque siempre sería lo más seguro el que se curase antes". Pero a los tres días entró el alcaide en la audiencia de la mañana y dijo que al abrir la puerta de la cárcel donde estaba "le halló tan accidentado que quasi no podía hablar, y que en el mismo estado lo dexaba a esta hora [las 9 de la mañana] sin querer tomar cosa de alimento". El inquisidor mandó llamar al médico, y éste dos horas más tarde cambió radicalmente su dictamen:

> le ha acometido un accidente que está padeciendo desde edad de 13 años, y según la misma relación y los síntomas hace juicio que es epylepsio, el qual lo constituye en una *situación que le inhabilita para qualquier fatiga* y trabajo corporal que sea duro y pida robustez, como considera se necesita para un presidio, a cuya pena si fuese destinado este paciente se expone su vida. Y también queda expuesta a grave riesgo con la pena de los azotes y vergüenza pública, porque siendo éstos unos efectos espasmódicos originados del sistema nervioso pueden ocasionar en la viveza de la imaginativa con la causa de la vergüenza pública un parasismo tal que estrague tanto la animalidad que le resulte la muerte.

[8] Poco después de la *acordada*, el rey, a raíz de una representación del superintendente general de presidiarios y galeotes, mandó devolver a la Inquisición los reos que no sirviesen para galeras; el Consejo ordenó a los Tribunales que los acogieran y le diesen cuenta de los méritos y calidad de sus causas para que se les conmutase la pena por la que pareciera más conveniente. El Tribunal de Canarias representó que tenía la conmutación por impracticable por no haber cárcel perpetua en las islas: *Ibid.*, fol. 159.

[9] Fue detenido al llegar de La Habana en enero de 1762, en el Puerto de Santa Cruz de Tenerife, por el vicario eclesiástico, que lo remitió al provisor en Las Palmas. Ingresó en las cárceles inquisitoriales el

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2006

El inquisidor, D. Bernardo Loygorri, en la audiencia del 25 de octubre, decidió condenarle a diez años de destierro, y a que cumpliera los tres primeros en la cárcel real de Las Palmas[10].

La pena de galeras o de trabajos forzados en los arsenales era rara. Aparte de los bígamos, se imponía en contadas ocasiones, a delincuentes incorregibles; tal vez, como sugiere Lea (1983, II, 654) para librarse de ellos. Uno de los condenados a galeras en el Tribunal de Canarias fue el dominico Fr. Juan Mateo Bencomo, que estuvo cuatro años fugitivo en la isla de Tenerife, fingiéndose sacerdote y celebrando misa sin estar ordenado[11]. Se fugó también de la cárcel de La Laguna después que le entregó el Tribunal al corregidor para que lo enviara a las galeras.

Los corregidores tenían que recibir a los reos condenados a galeras en las cárceles reales para remitirlos en el primer navío que saliese para Cádiz y entregarlos en la Caja de Galeotes del Puerto de Santa María[12]. Pero la conducción de estos reos siempre fue problemática, lo mismo que la de los condenados a la Carraca de Cádiz tras la supresión de la pena de galeras. A Francisco Sánchez de Medina, condenado en 1732 por bígamo a 200 azotes y diez años de destierro, de los cuales los cinco primeros había de servirlos "a remo y sin sueldo" en las galeras de Su Majestad, le pusieron en la cárcel pública de La Laguna hasta que hubiese ocasión de embarcación para Cádiz. Allí

---

20 de junio; el 21 se le da la primera audiencia; la instrucción se prolongó hasta mediados de octubre: AMC, Inq., leg. LIV-26.

[10] AMC, Inq., leg. LIV - 26: "dixo que su voto y parecer es que este reo salga primer día de fiesta a una Iglesia, donde estando en forma de penitente en cuerpo, con una vela amarilla en la mano y una coroza con insignias de casado dos veces, le sea leyda su sentencia con méritos, abjure de levi, y advertido, reprehendido y conminado, sea absuelto ad cautelam, oyga en pie la Missa que se digere en la tal Iglesia sin arrodillarse sino desde el Santus hasta que el sacerdote haya consumido, y acabada la misa ofrezca la vela al sacerdote, y usando de piedad, atento a los accidentes y enfermedades habituales que padece y resultan de autos, con otras justas consideraciones, se le remiten los azotes y vergüenzas a que debía salir en un asno por las calles públicas; y sea desterrado de esta Isla, la de Tenerife y la de Puerto Rico y de la Villa y Corte de Madrid a 8 leguas en contorno por espacio de diez años, cumpliendo los tres primeros en la Cárcel Real de esta Ciudad, en que se le conmutan por las mismas causas otros tantos que debía estar y servir a S.M. en un Presidio a falta de Galeras; y por penitencias saludables haga una confesión general y rece un tercio de Rosario cada día por espacio de una año; y en cuanto al vínculo del matrimonio se remite al ordinario eclesiástico, y lo rubrico, de que certifico". Dictó sentencia él solo porque el obispo Delgado y Venegas no había llegado – tardó dos años en hacerlo, desde que fue nombrado, en abril de 1761 (Viera, 1971, II, 595-7) – ni dado poder para que otro actuara en su nombre. Tampoco habían consultores. Cuando sale de la cárcel, el 20 de octubre de 1765, pide vivir en Lanzarote. Se avisa al comisario de esta isla para que observe su modo de vida, y se le dice que si quisiera embarcarse para otras partes que no sean las prohibidas se lo permita y dé aviso al Tribunal.

[11] AMC, Inq., leg. XIX - 10; L - 1; CLXXVIII - 135; AHN, Inq., leg. 1825, nº 33.

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2006

se quedó, sin que nadie hiciese la menor diligencia para su traslado, hasta que en noviembre de 1741 él mismo presentó un memorial al Tribunal. Al dar cuenta a la Suprema de lo sucedido, los inquisidores dicen que, por lo que les informan el comisario y el cura de la ciudad, "los muchos trabajos, hambre, desnudez y miserias que ha padecido en su tan larga prisión", equivalen y aún exceden a la pena de galeras, por lo que juzgan que habría que ponerlo en libertad[13].

Otro bígamo, el gallego Antonio María Creo y Montoto, condenado a seis años de presidio en la Carraca de Cádiz, estuvo casi seis meses detenido en la cárcel de Santa Cruz de Tenerife. Aunque durante ese tiempo salieron tres embarcaciones para Cádiz, todas extranjeras -romana, sueca y ragusea-, sus capitanes no quisieron llevarlo "y la Justicia no los estrechó por sí ni por el Comandante General, por estar en la persuasión de que no se les puede estrechar a ello por oponerse a los capítulos de paz"[14].

En 1773 es la Audiencia se niega a pagar los gastos de la conducción de Antonio Morales a los arsenales de Cádiz. El corregidor alega que "el dicho ramo de gastos de Justicia [...] lo avoca a sí la Real Audiencia e incorpora con el suyo, por lo que el Corregidor, como Governador de la Isla a cuyo cargo está la conducción y satisfacción no tenía arbitrio para executarlo sin hacérselo presente"; y el regente de la Audiencia "se afirma en que por ningún término librará la cantidad que se necesite para la conducción de dicho Reo sin que se lo mande el Superintendente General". Al dar cuenta al Consejo del incidente el Tribunal se lamenta de no poder recurrir mas que a oficios políticos para allanar las dificultades, "en virtud de lo que V.A. nos tiene prevenido en carta de 12 de junio de 1758"; y recuerda al Consejo las estrecheces del

[12] Así lo establecía una R.C. de 10 de octubre de 1567: AMC., Inq., leg. XLVI -21

[13] AHN., Inq., leg. 2384. Mientras esperan la resolución del Consejo – que tiene fecha de 9 de febrero de 1742 y es la que había propuesto el Tribunal - le dan la ciudad y arrabales por cárcel.

[14] A.M.C., Inq., leg. I - D- 30, fols. 160 v -161 y 166; y LXXXIII - 2, fol. 187 ss. El 25 de noviembre de 1756 el teniente corregidor de Tenerife envía un informe al Tribunal, con trece "piezas" documentales, para demostrar su buena voluntad. Dice que los jueces reales no tienen autoridad sobre los capitanes extranjeros; se valen del comandante general que lo pide de favor, "por ser acto voluntario en los capitanes el admitirle o no, lo que frequentemente está subsediendo todos los días con otros Presidiarios que han estado en esta cársel muchos meses". El fiscal se da por satisfecho con la justificación del teniente, pero pide que se escriba al Consejo para que logre del rey una orden para que el comandante general obligue a los capitanes extranjeros, ya que "son cassi los únicos que frequentan estos Puertos": AMC, Inq., leg. LXXXIII-2, fols. 187v-190.

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2006

fisco y la imposibilidad de hacer los suplementos necesarios para conducir a los reos a su destino[15].

Las otras penas, las más corrientes - azotes, destierro, cárcel, multas, etc.-, eran por lo general más benignas que las que imponía la justicia ordinaria. La "cárcel perpetua" y "cárcel perpetua irremisible" solía consistir en una estancia de tres u ocho años, como máximo, en un convento. Al inglés Juan Manuel Román o Romero, alias Juan Inglés, le condenó el Consejo - el 13 de marzo de 1717 - a "cárcel perpetua" por reiterar el bautizo[16]. Luego intentó fugarse del convento de San Francisco, donde le habían puesto preso. Cuando lo prenden y le preguntan por "la causa y motivo que tuvo para huirse", dice que fue por "verse con tanto trabajo y por desear verse libre". Domingo Ramos, que le auxilió en la fuga, y a "a quien dicho inglés regalaba con comida y bebida dándole [...] de lo que sobraba en la cocina de este convento, y asimismo aguardiente para que bebiera", dice que le vio muy afligido y por ello se ofreció a sacarlo; que no sabía por qué estaba preso ni que penitencia tenía; que cuando salía a la calle se ponía "una ropa pintada que no supo hasta después que era el San Benito [...] que aunque los muchachos le decían que lo rompiese y hiciese pedazos respondía que no [...] que quería irse a Roma a presentarse a Su Santidad y volver a Canaria". Por su declaración, y las del hortelano del convento y un herrero que estaba allí "refugiado", parece que el motivo de la fuga era más "verse libre" que "tanto trabajo". Ninguno de los dos motivos, sin embargo, satisfizo a los inquisidores, que en la segunda causa le someten por tres veces a tormento para averiguar "la intención de la fuga". Y todo para imponerle en 1719 la misma pena que en 1717: tres años de reclusión en el Convento de San Francisco, donde se le instruya y se le permita mantenerse de su oficio ("cárcel perpetua")[17].

[15] AMC, Inq., I-D-29, fol. 5.

[16] El Tribunal había pedido tres años de galeras. Había abandonado la casa de sus padres en Londres a los catorce años para alistarse en los regimientos que fueron a Portugal en la Guerra de Sucesión. Estuvo allí cuatro años, en los que aprendió el oficio de cirujano y fue criado del conde de Golloway. Luego anduvo por varias ciudades de la Península hasta que se lo trajo a Canarias como sirviente D. Baltasar Llarena. Para las razones que movían a estos vagabundos a reiterar el bautizo cfr. Alejandre (1995, 155 ss.), donde cuenta un caso similar.

[17] A.M.C., Inq., leg. XCVI - 38; A.H.N., Inq., leg .1826, nº 7.

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2006

2.1.2. Sambenitos.

Este caso es interesante también porque nos muestra que en 1717 había quienes no conocían una pena que Lea incluye entre los "castigos mayores": el sambenito; y que "los muchachos" se atrevían a aconsejar al inglés que lo hiciese pedazos. El 7 de mayo de 1788 el Consejo, para cumplir con el mandato real de examinar y proponer los medios "de borrar y deshacer los muchos letreros que se mantienen por toda la Península en Parroquias, otras Iglesias y Conventos"[18], pidió a los Tribunales que informasen sobre lo que hallaren en sus archivos y supieran

> acerca del verdadero origen que tuvo en el S.O. el uso y colocación de paños o sambenitos, que providencias precedieron para ello, hasta que tiempo ha continuado la costumbre, y si la inobservancia actual proviene de orden del Consejo o de otras causas, expresando quales son. Si con respecto a la variedad de los [tiempos] presentes convendrá no sólo continuarla, sino también quitar del todo de una vez, o sucesivamente y con disimulo los que desde antiguo permanecen puestos en muchas Iglesias, originándose acaso de esto en el vulgo graves perjuicios a muchas familias, por otra parte limpias, o que actualmente son tenidas por honradas. Y de qué medios prudentes podría valerse el S.O. para su logro sin perjuicio ni menoscabo de su decoro y justo temor con que le miran las gentes[19]

[18] El 4 de abril de 1783 varios diputados de "la calle" de Palma de Mallorca, pidieron al rey que se retirasen los sambenitos del claustro del Real Convento de Santo Domingo, que se habían renovado en 1755 a raíz de la reedición de *La fe triunfante*, del P. Garau. El rey mandó - R.O. de 31 de mayo - formar una Junta para estudiar el asunto. La propuesta de ésta, de 16 de agosto - que con disimulo y tomando algún otro pretexto, como blanquear los muros, se quitasen los sambenitos y quemasen en secreto, y que pocos días después de recogidos y quemados se publicase en las iglesias de la isla un edicto prohibiendo el libro -, firmada y aprobada por la Junta y el inquisidor general, no se remitió al rey por la muerte del inquisidor general, que ya estaba en cama, muy enfermo, cuando la firmó. En abril de 1788, a raíz de una consulta del Consejo de Castilla, el rey renueva el mandato y lo hace extensivo a toda la "Península". El de Canarias fue el único Tribunal no peninsular – aparte de Mallorca – al que se pidió que informara: AHN, Inq. 4475, nº 4. D. Felipe Beltrán, había accedido a la petición del Tribunal de Valencia de no reponer los sambenitos en la catedral, que se habían retirado para la realización de unas obras:(Lea, 1982, II, 684). Su sucesor, Rubín de Ceballos, el que encarga estos informes, dio órdenes reservadas a varios Tribunales para que no repusieran los que se habían retirado por causa de las obras de algunas iglesias.

[19] La pregunta es reveladora de la forma de gobierno de la Inquisición, y de las relaciones entre la Suprema (el centro) y los Tribunales de distrito (la periferia).

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2006

Sobre el origen y "las providencias que precedieron", los Tribunales no saben nada o se remiten a las Instrucciones de 1561 (de Valdés o "de Toledo"). Lo sustancial y lo más interesante de las respuestas, que contienen matices que conviene recoger, se refiere a la "inobservancia actual" y a la propuesta de retirarlos. Sólo cinco Tribunales se muestran claramente partidarios de suspender la práctica -o mejor, continuar la "inobservancia"- y retirar los que había. El de Toledo dice "que en atención a la variedad de los tiempos y circunstancias de los presentes" cree conveniente que se recojan y quiten con disimulo con el pretexto de su reconocimiento, renovación u obras en las iglesias; que a nada conducen; que no deben perjudicar el logro de oficios y honores, según las resoluciones del Estado y la Iglesia, "cuia piadosa madre no quiere afligir a unos hijos que a imitación de sus Padres, Abuelos y otros ascendientes son verdaderos cristianos".

El de la Corte dice que conviene continuar "la inobservancia de ponerlos y que no se quiten de una vez los que están puestos, dejando a la penuria de los tiempos su abolición, porque en las actuales circunstancias causaría lo contrario grave perjuicio al buen nombre del Santo Oficio y ejercicio de sus funciones". El de Córdoba informa "que en casi todo este siglo ha habido un general descuido en fijar los sambenitos, sin que haya para ello orden de V.A., ni otra cosa más que el disimulo de parte del Tribunal, así por la repugnancia que generalmente se encuentra en los lugares de ver estos Padrones en sus pueblos, como por los costes que la observancia de dichas providencias producirían a los Tribunales". El de Granada dice que en 1691 el Tribunal informó al Consejo de que no se ponían desde 1657 y éste mandó que "no lo dejasen de la mano"; pero que se continuó la "inobservancia" y el retiro, atendiendo a las peticiones de las iglesias que decían que afeaban la hermosura de sus fábricas. Cree que por punto general debería establecerse que no se fijen sambenitos, salvo algún "urgentísimo caso" que el Consejo tenga por conveniente, y que se retiren "tomando el temperamento de no renovar los lienzos que las casualidades o la antigüedad vayan consumiendo" y de permitir que los quiten las iglesias que lo pidan. El de Zaragoza dice que se continuaron poniendo y renovando hasta 1735, y que en atención a las circunstancias de los tiempos lo mejor sería no ponerlos en lo sucesivo, pero sin que medie orden del Consejo, porque "aunque el secreto sea tan recomendable y

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2006

observado", podría llegar a noticia de los enemigos del Santo Oficio. Para quitar los que hay propone que se lleven al Tribunal con el pretexto de fijarlos en su antecámara.

Los otros once Tribunales son, en general, partidarios de mantener la práctica y/o los que había, pero las propuestas de algunos son tan matizadas que se les podría incluir en la categoría anterior, o formar con ellos una categoría intermedia. El de Murcia es el más radical; dice "que si establecimiento tan necesario como éste llega a destruirse, se vería decaída la Autoridad del Santo Oficio y se retraerían las gentes de denunciar a los Reos". El de Valladolid, que hace el informe más "erudito" (cita, por cierto, a Mariana en apoyo de la utilidad de los sambenitos y a San Agustín para no ceder a las quejas de los perjudicados), dice que los pusieron hasta 1631, y que la última vez que los renovaron fue en 1770. En 1772 consultaron al Consejo la renovación de los de la Villa de Paredes y éste mandó suspenderla. Cree que retirarlos "cedería en perjuicio de la Causa de la Religión".

El de Logroño dice que los pusieron hasta 1719, y que conviene que se pongan porque "contiene mucho", "pero atendiendo al honor de las familias, que con el transcurso del tiempo, su buen porte y empleos, lo haian de algún modo recuperado, y a que es justo se haga diferencia de castigos en este punto, como se hace en otros de relajados y reconciliados, le parece al Tribunal que las de aquellos se mantengan puestos por el tiempo de ciento cincuenta años y se renueven cuando lo necesiten, y que los de los reconciliados sólo se pongan por el tiempo de cien años". El de Barcelona propone que en lo sucesivo se pongan sólo por cuarenta años, pero no a los reconciliados; y que los que hay se quiten siempre que alguien acuda quejándose de que se "nota" por ello a sus familias, "y con esto no quedarán mas que aquellos que a nadie manchan". El de Cuenca dice que no se habían puesto sambenitos desde 1720-1727 - los de los relajados en estatua, pero no los de reconciliados - porque no habían habido causas cuya naturaleza lo requiriera, y que cuando se habían retirado para hacer obras en las iglesias se habían repuesto, alguna vez por orden del Consejo, como en 1720 los de la Catedral. Es partidario solamente de no reponer los que vayan faltando, "pues para hacerlos quitar no alcanza arbitrio el Tribunal que pueda precaver los inconvenientes que de una tal general providencia presiente V.A., y el Tribunal justamente teme". El de

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2006

Llerena, que los puso hasta 1761, "que fue la última complicidad de judaísmo", cree que lo mejor es no hacer novedad, o al menos, no quitarlos.

El de Valencia dice que nunca dejó de observar la costumbre hasta 1755, que celebró el último auto de fe; pero que en las actuales circunstancias cree que es mejor no continuarla, aunque tampoco ve inconveniente que permanezcan los que existen, "pocos e ilegibles", "pues de cualquiera mutación en este punto podría tal vez originarse que el común de las gentes formase concepto de que al Tribunal se le había quitado o disminuido mucho su autoridad y legítima jurisdicción". El de Santiago cuenta que en 1744 el Consejo mandó suspender la renovación, que le había consultado, de los que había en la Catedral, y lo mismo en 1749 los de la Villa de Verín. Cuando en 1764 el Cabildo Eclesiástico notificó al Tribunal que faltaban dos en la Catedral, el Consejo mandó al Tribunal que los repusiera y suspendiera la averiguación de quienes los habían arrancado. Es partidario solamente de no renovarlos, "respecto a quedar pocos o ninguno". El de Sevilla, después de atribuir la inobservancia del siglo XVIII, no a órdenes del Consejo, sino a los inconvenientes de denigrar a algunas familias, propone que en lo sucesivo no se renueven, o sólo los antiguos, y que no se pongan sino los de los relajados o impenitentes. El de Mallorca dice que quitar "inmediatamente" los que había en el claustro de Santo Domingo, "como pretenden los individuos de la calle", redundaría en menosprecio del Santo Oficio, "pero que no sería tan notable esta providencia si fuera general en todo el Reyno y se publicase en términos que se conociese dimanaba únicamente de la piedad y misericordia del Santo Oficio, atendiendo a la variación de las circunstancias del tiempo". Cree conveniente, "para conservar por algún tiempo la memoria del celo con que castiga el Santo Oficio unos delitos de la mayor entidad", que se fijen por cuatro o seis años solamente en las iglesias donde se hacen las funciones de los Tribunales, no en las parroquias de los reos[20].

Por la respuesta del Tribunal de Canarias - de 30 de junio – sabemos que los sambenitos habían caído en desuso mucho antes de empezar el siglo. Como los otros Tribunales, no encontró nada en el archivo sobre los orígenes. Había un legajo de "Sambenitos de Relaxados y Penitenciados por esta Inquisición" que contenía los que se

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2006

habían puesto en las iglesias del distrito "en varios tiempos". En los libros de cartas sólo se encontraron ocho del Consejo referidas a este asunto: la primera, de 22 de junio de 1572, mandando que "en poner sambenitos se guarde la instrucción", y se renovasen los que había en la Catedral y en Santo Domingo; y la última de 29 de noviembre de 1691 preguntando qué tiempo hacía que no se ponían los sambenitos en las Iglesias, y mandando que se enviase relación de los que se habían fijado y de la naturaleza y vecindad de los condenados, se renovasen los que había y formasen un cuaderno - que existía en el archivo - con las diligencias que se hicieran[21].

Sobre la "inobservancia actual" informa que "en este Tribunal se ha observado poner sambenitos a quantos reos los han merecido, aunque hace muchos años no los ha habido de esta clase". Pero los únicos que había en las islas eran los de la catedral de Las Palmas – ajados, por dentro de la fachada principal: se ven al salir- y los de la iglesia de los Remedios de La Laguna. Los hubo también en la iglesia de Santo Domingo de Las Palmas, pero no sabían por qué se quitaron, tal vez porque se quemó la iglesia a principios del siglo anterior. En Telde se quitaron hacía ocho años para blanquear la iglesia; los beneficiados no quisieron reponerlos, y se disimuló. Atendiendo al mucho comercio con herejes, dice que no convenía dejar de ponerlos, aunque no fuere más que durante las vidas del delincuente, sus hijos y sus nietos. Teme que en la catedral, con las obras que se estaban realizando, ocurriera lo mismo que en Telde. El 17 de agosto de 1756, había dado cuanta al Consejo de que con motivo del blanqueo de la Iglesia de los Remedios de La Laguna se quitaron los que allí había, y los beneficiados se resistieron a reponerlos "si no se renovaban, por estar rotos e indecentes, y en este caso querían ponerlos donde se ocultasen con los canceles. Y mandó el Tribunal que se renovasen y pusiesen en parte donde los pudieran leer todos". Terminan contando un incidente ilustrativo de este complejo y contradictorio proceso de extinción del sambenito: hacia 1730 uno de los lienzos de la Catedral dio motivo a un

[20] Todas estas respuestas – que ponen de relieve las dificultades de las reformas en tiempos de crisis - están AHN, Inq. 4475, nº 4.

[21] Las otras cartas son de 30 de septiembre de 1619 (preguntando cuántos sambenitos faltaban por ponerse, por qué y desde cuando, y mandando que los de moriscos no se escribiesen en lienzos sino en tablas blancas); de 1625 (mandando que los de moriscos se pusiesen en el lugar de donde eran originarios los reos); de 29 de diciembre de 1654, de 27 de febrero de 1675 (que con arreglo al capítulo 81 de las Instrucciones de Toledo se formase lista de los condenados o reconciliados, que de acuerdo con ella se

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2006

pleito; era provisor del Obispado D. Lorenzo Pereyra, a quien el rey proveyó el arcedianato; el Cabildo se opuso y no le quería admitir en su cuerpo porque era descendiente de otro Pereyra cuyo lienzo está en su iglesia; hubo recurso a la Cámara y el rey mandó con graves penas que se le diera posesión[22].

Al parecer los últimos sambenitos de Canarias fueron los de la Catedral de Las Palmas[23]. La última referencia a los de la iglesia de los Remedios de La Laguna la encontramos en un "Expediente sobre averiguar revelación del secreto del Santo Oficio con motivo de las declaraciones recibidas contra los Franceses que llegaron a Tenerife y que iban a la expedición del río Orinoco" de 1797. La estancia de esta expedición en Tenerife había causado cierto revuelo[24]. La acogida que le dispensaron los "ilustrados", los comentarios del botánico de la expedición, Mr. Ledru, y sobre todo la venta de la Enciclopedia, dieron lugar a un sin fin de diligencias, y a este expediente. El 20 de febrero de 1797, un sacerdote de La Laguna, D. Francisco Martín Castro, de 27 años, se presenta ante el comisario y denuncia que hacía ocho días, estando en su cuarto, entró D. Juan Camejo, clérigo presbítero de la misma ciudad "y hablándose por incidencia del Tribunal del Santo Oficio dixo dicho Camejo que había oído decir que en dicho Tribunal se estaban tomando declaraciones sobre los franceses". Se encarga al comisario de La Laguna que tome declaración a Camejo, y éste, interrogado el 2 de julio, declara entre otras cosas haber oído decir hace mucho tiempo "que los franceses que trageron la Ensiclopedia hablaban mal de los sambenitos que están en la Iglesia de los Remedios, y de una pintura que está en dicha Iglesia, en que se representa a un Santo castigando a los hereges con una espada de fuego"[25].

Uno de los más asiduos acompañantes de los franceses, el diácono D. Antonio Porlier, en otra declaración ante el Tribunal, dice "que hallándose el testigo con el dicho

---

hiciesen los sambenitos, se pusiesen en las Iglesias y renovasen los que estuviesen maltratados); y de 17 de enero de 1661.

[22] A.M.C., Inq.,leg. I - D - 29, fols. 260 - 262.

[23] La última renovación debió ser la que se hizo con los bienes incautados a Duarte Henríquez, el último quemado en efigie, en 1658: Fajardo (2003, 88).

[24] La expedición de *La Belle Angélique,* al mando del capitán Baudin, arribó al puerto de Santa Cruz de Tenerife el 6 de noviembre de 1796 para reparar los daños causados por la tempestad que la sorprendió cuando navegaban entre Madeira y las Azores, rumbo a América; permaneció en Santa Cruz hasta marzo del año siguiente: cfr. Herrera Piqué (1987, 111 ss). El relato de la expedición por el botánico: Ledru (1982).

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2006

Dru en la Iglesia Parroquial de Nuestra Señora de los Remedios de esta Ciudad, al ver el quadro de los Sambenitos que allí se representaban entre llamas, exclamó que aquella pintura daba a conocer el carácter de la Inquisición, y que se admiraba que en el templo de la caridad se expusiese una pintura que contenía un hecho atrox, directamente opuesto a la Religión de Jesuchristo"[26].

El propio Ledru (1982, 57-8) en su relato, al tratar de la iglesia de los Remedios, la mejor de la ciudad, después de alabar su púlpito de mármol, describe el cuadro:

> Pero cualquier persona sensible se lamentaría en este templo ante la vista de tres cuadros escandalosos. Los dos primeros ofrecen la imagen de dieciséis cabezas de herejes condenados por la Inquisición. De estas víctimas, cuatro son condenadas a morir en la hoguera por un crimen que se supone sea mahometismo, magia y judaísmo; un guanche de Tenerife, en 1557; un moro en 1576, y dos portugueses, uno en 1526 y otro en 1559. En la inscripción se lee que estos desgraciados fueron quemados en Las Palmas, capital de Canaria. El otro cuadro no es menos indignante: un hereje arrodillado, con la expresión del más vivo dolor, presenta un libro conteniendo sus errores a un santo de la Orden de los carmelitas, que le agarra por los cabellos y le clava un puñal en el corazón, mientras que otro monje, con un casco en la cabeza, da la señal de ejecución. A sus pies, un moro de rodillas pide indulto a sus verdugos. Al fondo de este cuadro se ve un navío con tres mástiles llevando varios monjes, testigos de esta masacre.

No queda claro si los sambenitos que había en La Laguna eran sólo este cuadro, o también los paños que los beneficiados querían quitar u ocultar en 1756. La declaración de Camejo parece avalar la segunda hipótesis, pero puede deberse a un defecto de trascripción del notario. Ledru, en todo caso, no los menciona.

Los lienzos de la catedral de Las Palmas se descolgaron, con permiso del Tribunal, a mediados de julio de 1810, cuando se deshollinaron y albearon las paredes y

[25] AMC, Inq., leg.LXXXV - 13.

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2006

los techos de la iglesia; y no se volvieron a colocar. El 5 de julio el Cabildo acordó dirigirse al Tribunal, "por cuya autoridad se han fixado en dicho parage, para que se sirva dar la disposición que le parezca oportuna para desfixarlos", a fin de dar comienzo a aquella "operación tan necesaria para el ornato y decoro del Tempo". Al día siguiente el Tribunal acuerda que se conteste al Cabildo

> que está bien se desfixen por ahora y para los fines que dice, los sambenitos colocados en la Santa Iglesia, y para que no padezcan lesión alguna espera el Tribunal avise S.I. al tiempo que hayan de baxarse para que asista un Ministro y se custodie en parage seguro de la misma Iglesia, y con igual aviso de estar concluido el albeo proveerá el Tribunal lo conveniente a su fixación.

El 7 de julio el Cabildo contesta que para el lunes siguiente "se ha de empezar a desollinar, y para este día a las siete de la mañana puede V.S. embiar el Ministro que haya de asistir a la desfixación de dichos sambenitos, estando ya prevenida la pieza segura de esta iglesia en que se custodiarán hasta la conclusión del albeo". El Tribunal mandó al secretario que asistiera y certificara en que lugar se depositaban, su número "y forma en que quedaban". A las siete de la mañana del lunes estaba esperándole el prebendado D. Vicente Sánchez, mayordomo de la fábrica,

> y haviéndose desfixados todos con el mayor cuidado y quitándoles el polvo que tenían se encontraron los más de ellos apolillados y podridos, pero de este modo se enrollaron y fueron colocados en una sala que viene quedando baxo el Altar mayor de la referida Santa iglesia, la qual se cerró con llave y guardó el dicho D. Vicente Sánchez[27].

Allí se quedaron hasta que, al conocerse el decreto de la abolición, los sacaron los capitulares para quemarlos en el patio de la iglesia, "sin dejar el más mínimo vestigio" (Millares Torres, 1874, IV, 97-8); seguramente en la misma hoguera que los "dos o más cuadros con los retratos de los infelices que habían sido penitenciados por la Inquisición", similares los de la iglesia de los Remedios de La Laguna, que descolgaron

[26] AHN, Inq., leg. 1820, nº 11.

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2006

de los testeros de la entrada "algunos individuos entusiasmados"; el que más, el doctoral D. Graciliano Afonso, que

> tomó un bastón y se puso a atizar la hoguera, alegre de poder consumir aquel monumento recordatorio de la bárbara tiranía. Y diciéndole el Sr. Arcediano de Tenerife D. Antonio María de Lugo que se admiraba de verle tan oficioso en tal faena, contestó dicho Doctoral: "Lo hago para que este humo suba y llegue al Cielo"[28].

Los sambenitos, pues, habían desaparecido, no solo como pena[29] sino también "materialmente" de la mayoría de las iglesias. Acabar con los que quedaban, la mayoría – seguramente - esos "retablos, cuadros o pinturas" a los que se refiere el diputado Gutiérrez de Terán cuando propone un manifiesto a la nación explicando "las razones que han tenido las Cortes para sustituir a la Inquisición por los tribunales protectores de la religión" (Martí Gilabert, 1975, 249), requería probablemente más beligerancia que disimulo, y comportaba cierto riesgo para el "decoro" de la Inquisición y el "justo temor con que le miran las gentes", como decía la carta del Consejo de 7 de mayo de 1788.

2.2. La tortura.

La tortura, las cárceles y el secreto son, sin duda, los principales ingredientes del mito de *la Inquisición*[30]. "La creencia popular de que la cámara de tortura inquisitorial era escenario de excepcionales refinamientos de crueldad [...] es un error debido a los escritores sensacionalistas que han explotado la credulidad" (Lea, 1983, II, 498). Huelga

[27] AMC, Colección de documentos de Agustín Millares Torres, t. XV, fol. 106.

[28] Álvarez Rixo (s/a, 63). La cita concluye: "Pero a otras muchas personas este suceso causó notable escándalo". Como dice Simón Benítez en el prólogo, Álvarez Rixo era un ferviente admirador de Graciliano Afonso, del que escribió una biografía que permanece inédita: pp. XLI-XLIII.

[29] Cuando Llorente (1995, 207) propone eliminarla - "no sirven sino para cuentecillos vulgares perjudiciales al bien común de la sociedad en general, y al de muchas familias en particular" - ya no se imponía: cfr. Lea (1983, 675 – 685).

[30] Para su gestación y desarrollo cfr. Peters (1989). La iconografía de la cámara de tortura inquisitorial no es sino la adaptación, mediante la adición de un inquisidor y un notario, de las ilustraciones de la justicia criminal comunes en Europa desde el siglo XV, que desaparecieron de su contexto original en el siglo XVIII por el cambio del gusto del público, al que acabó desagradando; pero se conservaron en el

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2006

decir que la Inquisición no inventó la tortura. La tortura como prueba, dentro del proceso penal -que es la que nos interesa, la que usaron la Inquisición y los demás tribunales de la época-, ya la conocían los griegos, aunque fue en el Imperio Romano cuando se desarrolló. Los griegos la aplicaron a los esclavos y, en determinadas circunstancias, a los extranjeros; pero no valoraban el testimonio obtenido por medio de la tortura y por eso la utilizaron poco. En el Imperio se extendió a los hombres libres para aquellos crímenes - *maiestas, perduelio* - que suponían un peligro para la seguridad del estado.

Con la revolución jurídica del siglo XII, que recupera y adapta el Derecho romano, reaparece en Occidente. Una de las principales consecuencias de esta revolución fue el desplazamiento del procedimiento acusatorio por el inquisitorial, y del juramento confirmado y verificado del hombre libre por la confesión, elevada a la categoría de "reina de las pruebas". "Fue de la importancia de la confesión de la que dependió, si no el resurgimiento, sin duda la difusión y la integración de la tortura en los sistemas legales del siglo XIII"[31]. Los viejos procedimientos probatorios -ordalías, juramentos, combates judiciales, etc.- daban lugar a decisiones definitivas; los nuevos - indagación, testigos, etc.-, al menos hasta mediados del siglo XIII, eran menos seguros. Como medio de superar la incertidumbre, los juristas de los siglos XII y XIII asignaron el más alto valor como prueba a la confesión del acusado. Por debajo de ella, toda una jerarquía de pruebas, que no constituían prueba plena -suficiente para condenar al acusado-, podían, sin embargo, ser fundamento suficiente para someterle a la prueba del tormento, a fin de que confesase. Desde la segunda mitad del siglo XIII hasta fines del siglo XVIII, la tortura formó parte del procedimiento penal ordinario de la mayor parte de los estados europeos y de la Iglesia; y, por supuesto, de la inquisición medieval y de los tribunales ordinarios de Castilla, antes de que se organizara la Inquisición española.

ámbito de *La Inquisición*, donde incluso se "enriquecieron" (sadismo, lujuria, etc.): (*Ibid.* 226-230). En la literatura, con la novela gótica y sus prolongaciones, tuvo lugar un proceso similar (*ibid.*, 204 ss).

[31] E. Peters (1987, 69). La revolución jurídica tardó más de un siglo en completarse, y parece que el nuevo procedimiento estaba en funcionamiento antes de que la tortura formase parte de él. En el capítulo segundo - "La reina de las pruebas y la reina de los tormentos" - se explica esta evolución y como "la confesión, la reina de las pruebas, exigía la tortura, la reina de los tormentos" (101). La obra hace un recorrido por la historia de la tortura -primero judicial o legal, y luego extra o para-legal, o policial -

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2006

La Inquisición española fue menos cruel y usó menos la tortura que los tribunales seculares[32]; y que la Inquisición romana, donde todos los reos confesos o convictos eran torturados para descubrir mejor la verdad y a los cómplices. El tormento *in caput alienum* (a testigos verosímilmente informados o que se contradicen en sus declaraciones), habitual en la Inquisición romana, fue raro en la española (Lea, 1983, II, 507). "Sabemos que no recomendó nunca tortura por simples proposiciones ofensivas, irreflexivas, escandalosas o blasfemas, ni por la afirmación de que la simple fornicación no es pecado mortal, ni por blasfemia herética, brujería o proposiciones derivadas de ignorancia, ni por bigamia o solicitación en el confesionario [...] Pero esto, como todo lo demás en este nebuloso campo, quedaba abierto a considerable laxitud de aplicación", dice Lea (II, 503); y cita luego varios ejemplos que constituían excepciones a la práctica habitual de reservar el tormento a los acusados de delitos graves: por haber dicho que judíos y moros podían salvarse si tenían fe en sus respectivas creencias (en 1592); por haber dicho que los milagros de los santuarios de Atocha y de la Caridad era obra de la Virgen y no de sus imágenes (en 1579), y por dudarse si estaba loco o no un muchacho de 15 años (en 1648).

Pues bien, las pocas veces que se aplicó el tormento en el Tribunal de Canarias en el siglo XVIII, fue en delitos de esta clase. Es verdad que apenas los hubo mayores; pero en los casos que más preocupaban a los inquisidores -proposiciones cultas o con algún contenido teológico, lectura o posesión de libros prohibidos- no se empleó la tortura; sin duda por la calidad de los encausados. Ni siquiera lo pedía el fiscal al término de la acusación, como establecían las Instrucciones[33]. No se empleó en casos de brujería y hechicería desde 1608[34], aunque sí se dio en algunos casos a los acusados de

---

desde Grecia hasta nuestros días. Para España cfr. Alonso Romero (1982, 244-256), Martínez Díez (1962) y Tomás y Valiente (1973).

[32] La frecuencia con que los torturados superaban la prueba indicaría que no era habitual llevarla a los últimos extremos: Lea (1983, II, 518); "su tan científico sistema de quebrantar la resistencia a base de dar largas a sus procesos resultó más efectivo que las más brutales y expeditas prácticas de los tribunales civiles": (*Ibid.*, 498 – 9). "El 90 % de los acusados no fueron nunca torturados": Henningsen (1984, 221)

[33] "Pida siempre el fiscal que el reo sea puesto a cuestión de tormento" [*al tiempo de la acusación*]: "En fin de la acusación parece cosa conveniente y de que pueden resultar buenos efectos, que el Fiscal pida, que en caso que su intención no se haya por bien probada y dello haya necesidad, el reo sea puesto a cuestión de tormento, porque como no debe ser atormentado, sino pidiéndolo la parte y notificándosele al preso, no se puede pedir en parte del proceso que menos le dé ocasión a prepararse contra el tormento ni que menos se altere" (c. 21 de las de Valdés): Jiménez Monteserín (1980, 208-9)

[34] Fajardo Spínola (1992, 403). La justicia ordinaria y la episcopal dejarían de usarlo más tarde: 1627 y 1660, respectivamente.

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2006

estos delitos "conminación de tormento y terror verbal" (Castillo de Bovadilla): a Beatriz de Santa Ana en 1705, por curar maleficios "con mezcla de sacramentales" (su madre había sido también bruja y penitenciada por el Santo Oficio)[35]; a Beatriz Hernández en 1737, "por tener pacto expreso con el Diablo, y por seductora y prevaricadora de otras, para que dejando la fe que abrazaron se pasen al vando del Demonio"[36] y a Antonio González, alias Guelde, animero de Icod, en 1790[37]. También en algunos casos de bigamia -como en los citados de Antonio de Creo Montoto y Eugenio Antonio Cabrera- y de blasfemias[38] pidió el fiscal poner al reo a cuestión de tormento, pero sólo con este fin intimidatorio, y no se vuelve a mencionar la tortura a lo largo del proceso.

Los únicos, que sepamos, que fueron sometidos a tormento en el Tribunal de Canarias en el siglo XVIII fueron Juan Romero, el inglés que se hizo bautizar varias veces, en 1715; el que le ayudó a huir, Domingo Ramos, en 1717; y Gaspar de los Reyes, vecino de San Juan, en Puntallana, en la isla de La Palma, en 1735. Éste era un labrador de 60 años del que inform el comisario el 28 de noviembre de 1734

> ser hombre de poca luz y poco alcance, y lo mismo su muger y hijos, pues me aseguran que a pocos días de preso su Padre salió uno de ellos a Baylar en público, exceso que sintió todo el lugar, aún en medio de conocer su poca razón. Su vida quieta, buenos sus procedimientos, y ha tenido paz con todo el lugar. Pero quando bebe suele alegrarse, aunque esto no tan público que todos le hayan visto. Es pobre, mantiénese de su Braso y de la haciendita de su muger, que me han dicho es una migaja.

[35] AMC, Inq., leg. XLIII - 18
[36] *Ibid.*, leg. XVIII - 32.
[37] *Ibid.*, leg. LXIX - 2.
[38] Por ejemplo, al pintor y escultor Marcelo Gómez, acusado de blasfemar y de maltratar las imágenes. Había escrito desde Santa Cruz de La Palma suplicando que se aplazase su "comparendo", alegando que se hallaba empeñado "en una obra de esta Parroquial qual es el coro, obra de costo y de la maior atención de esta Ciudad"; que su mujer, recién parida, y sus seis hijos dependen de su oficio, "único ramo en que tiene vinculado su vivir", y que estaba "aparentado" con el Tribunal con ocho familiares por parte de su madre y dos de su padre. El Tribunal se lo denegó, y fue reprendido por esto por el Consejo: atendiendo a la calidad de la causa y a la buena fe del reo, debió concedérsele el aplazamiento (auto de 12 de abril de 1785). AMC, Bute, vol. XXXII, 1ª serie.

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2006

Se le acusaba del delito más leve: él de "simple fornicación". Después de muchas audiencias y moniciones, solicita audiencia y admite haber dicho "que el ir un hombre con una muger no era pecado, que el ir a un animal era gran pecado, porque lo podían azotar y lo podían quemar. Y que ir un hombre con una muger el confesor lo havía de absolver, y que ir un hombre con un animal que no lo havía de absolver, por ser una cosa muy fea [...] que no qualquier confesor le podría absolver, como el de acceso con una muger, y que havía oído que solo en Roma se podía absolver". Los calificadores se salen de sus casillas; y de sus atribuciones. Uno opina que es digno de la pena ordinaria de hereje negativo; otro pide que se le ponga a cuestión de tormento para que se conozca mejor su intención; y el tercero dice "que siendo cierta la práctica que supone en España el Sor. Inquisidor Cantera ap. Carena [...] no se debe condenar como hereje ni como sospechoso de heregía, sino mandarle dar unos açotes. Pero no siendo cierta se le debe poner a questión de tormento *super intentione*[39], y aunque confiesse aver tenido recta intención, abjure de levi y se le aplique la pena arbitraria". El Tribunal vota el 19 de enero de 1735 que se le de tormento. Le da antes una última oportunidad para que confiese, pero responde que aunque sea puesto a cuestión de tormento no declarará otra cosa; entonces ordena que sea llevado a la cámara de tormento y desnudo de medio cuerpo para arriba y de rodillas abajo "sufra el tormento de ser herido por varillas por tanto tiempo quanto por nos bien visto fuere". Se le aplicó dos veces este tormento y se mantuvo firme.[40].

La única explicación que se nos ocurre para un caso tan extraño es que la actitud del reo, su resistencia a confesar un delito de poca monta, castigado normalmente con una simple reprensión[41], debió parecer a los inquisidores un desacato o un desafío, que la condición social del reo agravaba.

Es indudable que la Inquisición, como afirmaban sus defensores en las Cortes de Cádiz (Martí Gilabert, 1975, 140, 146 y 180), abandonó la tortura antes que los otros

[39] "Una 'especialidad' de la 'cocina' inquisitorial": Mereu (2003, 223, n.110).

[40] AMC, Inq., leg. XC - 4.

[41] La sentencia definitiva (5 de febrero) fue que sea gravemente reprendido en la sala de la audiencia del Tribunal en presencia de los ministros, confiese y comulgue en las tres pascuas del año y en las festividades de la Asunción, Encarnación y Concepción de María Santísima, que asista a todos los sermones doctrinales que hubiere en los días de fiesta en la iglesia de su vecindad o residencia, y rece todos los días de su vida un tercio del rosario.

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2006

tribunales. Tomás y Valiente (1973, 153) dice que "cuando más francamente se produce la decadencia del tormento" en los tribunales ordinarios es entre 1774 y 1804. Pero la decadencia había empezado antes. En 1770 el Consejo de Castilla mandó a la Audiencia de Canarias que dispusiera se hiciesen "los instrumentos necesarios para dar tormento a los reos" en la isla de Tenerife. El alcalde mayor había representado que no los había, "ni persona a propósito para ello" (para ejecutar el tormento)[42]. Diez años antes, el 26 de agosto de 1760, el Tribunal de la Inquisición de Canarias escribía al Consejo, que le había mandado seguir una causa de bigamia "conforme a derecho y práctica del Santo Oficio", lo siguiente:

> siendo ésta en la Inquisición de España, en opinión recibida de los A.A., que con esta clase de reos, si hubiessen nacido en países infestados con la heregía o que los hubiessen frequentado, se proceda por medio del tormento a purificar la vehemente sospecha que contra ellos resulta de algún error y falsa creencia acerca del sacramento [...] hemos acordado suspender el poner en práctica la orden de V.A. y consultar su superior luz para nuestro acierto, haciéndole presente la dificultad que oy se encuentra en esta Inquisición para semexantes execuciones, por no tener el executor de esta Isla pericia alguna en ellas, y estar el potro del Tribunal por su antigüedad y falta de uso casi del todo inútil, y sin cordeles y los demás aprestos necesarios[43].

Aunque el Consejo encargó al Tribunal que procurase "poner en buena disposición el potro del tribunal para lo que pueda ofrecerse"[44], no parece que lo hiciera.

Para los panegiristas del Tribunal en las Cortes de Cádiz este adelanto de la Inquisición en el abandono del tormento se debería a "la mayor hospitalidad, caridad y blandura" con que el Tribunal trataba a sus reos (Martí Gilabert, 1975, 117). Para los principales historiadores de la tortura -Fiorelli, Langbein, etc.- las razones humanitarias no bastan para explicar su abandono, y posterior abolición, por los tribunales seculares

[42] Archivo Histórico Provincial de Las Palmas [AHPLP], Audiencia, Libro de Reales Cédulas y órdenes particulares para Canarias, t. VII, fol. 307-8.
[43] AMC, Inq., leg. I - D- 30, fol.209 r - v.

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2006

(Langbein califica el modelo humanitario-progresista de "cuento de hadas"). La decadencia y abolición de la tortura judicial, dicen, requiere explicaciones más complejas: Cfr. Peters (1987, 114-128). El adelanto de la Inquisición se podría deber -en parte al menos- a la pérdida de importancia de sus delitos -"objetiva" (por el predomino de los delitos menores) y "subjetiva" (porque la sociedad y el poder los considerara menos peligrosos)-, que mermó también su poder y su prestigio, y la obligó, por estar más expuesta a los ataques y las críticas, a suavizar sus procedimientos y mostrarse más amable y benigna.

2.3. Las cárceles.

Historiadores de todas las tendencias coinciden en que las cárceles inquisitoriales eran mejores -o "menos indignas" (Lea, 1983, II, 407)- que las de otras jurisdicciones (cfr. Tellechea, 1978). Llorente, que en los *Discursos* decía que "ninguna cárcel infama en los tribunales eclesiásticos y seculares; pero la de la Inquisición lleva consigo misma la infamia de hecho"[45]; y en la *Historia crítica* señalaba como característica peculiar de las cárceles secretas "la tristeza más imponderable por la continua soledad, la ignorancia del estado de su causa, la falta del alivio de hablar a su abogado y la oscuridad de quince horas en el invierno", desmiente sin embargo que "sean calabozos profundos, húmedos, inmundos y malsanos, como sin verdad escriben algunos engañados por relaciones inciertas y exageradas de los que padecieron en ellas, pues por lo común son buenas piezas, altas, sobre bóvedas, con luz, secas y capaces de andar algo" (Llorente, 1980, 229-230).

Aunque la comparación suele hacerse con las cárceles de los Austrias, que son las que conocemos mejor, especialmente la de Sevilla, gracias a la *Relación* de Cristóbal de Chaves (Gallardo, 1968; Hernández – Sanz, 1999, 225-316) y al *Compendio* del P.

---

[44] *Ibid.*, leg. CVII - 1. Carta del Consejo de 22 de diciembre de 1760.

[45] ... "y aún me atrevo a decir que una familia noble padecerá en España mucha mayor afrenta y degradación por tener un individuo preso en la Inquisición que por haber sido otro individuo suyo degollado o muerto a garrote por mano de verdugo. Esta verdad está impresa en el corazón de los españoles por una transmisión hereditaria de padres a hijos desde fines del siglo decimoquinto en que la Inquisición se estableció": Llorente (1995, 187-8).

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2006

Pedro de León (Herrero Puga, 1981)[46], veremos que vale también para las de los Borbones, al menos en Canarias.

Había varios tipos de cárceles de la Inquisición. Llorente (1980, 229) distingue tres: *públicas* ("aquellas en que se pone preso al que resulta reo en las causas que, sin ser de fe ni tener relación con la herejía, pertenecen al conocimiento del tribunal de los inquisidores por privilegio particular de los reyes de España, cosa que ha sido perniciosísima en muchos casos"); *medias* (para los ministros y dependientes del Santo Oficio "que han cometido algún crimen o falta digna de castigo en el ejercicio de su respectivo destino, sin mezcla de herejía ni conexión con ella"); y *secretas*, que serían las preventivas para los delitos de herejía[47]. Lea (1983, II, 405-6) distingue *otras* tres (porque difiere en una): *cárceles secretas*, *casa de penitencia* (la prisión punitiva, que omite Llorente) y *cárcel de familiares*.[48] Es casi seguro que ningún Tribunal llegó a tenerlas todas. Las que no podían faltar, en cualquier caso, eran las cárceles secretas; que se caracterizaban, básicamente, por el aislamiento de los presos -lo que incluía la privación de auxilios espirituales, salvo la confesión *in articulo mortis*-. El Tribunal de Canarias no dispuso de otras durante la mayor parte de este período[49]. Otra

[46] Cfr. Gacto (1978, 11–46); Domínguez Ortiz (1969, 11-71) y Copete (1990,105-125). Trinidad (1991) y Fraile (1987) se centran en el siglo XIX; las partes relativas al siglo XVIII son breves introducciones sobre los penalistas de la Ilustración. También es muy poco lo que dice sobre las de Navarra en el siglo XVIII, Oliver (2001).

[47] En el glosario que figura al final de la obra llama "común" a la pública: "es la que permite comunicación con personas de fuera del Tribunal, y ha solido servir para los presos de delitos comunes que tiene la Inquisición por privilegio de fuero". Las cárceles en el Antiguo Régimen eran básicamente preventivas. Aunque la prisión punitiva – otro "invento" de la Inquisición – se hizo cada vez más frecuente para los delitos leves: cfr. Tomás y Valiente (1999, 387-390).

[48] "Algunos tribunales disponían de *cárceles medias, cárceles comunes* y *cárceles públicas* para faltas no de fe. Parece que eran semejantes a la cárcel de familiares. En todas estas se entendía que el confinamiento no causaba la imborrable mancha de las cárceles secretas. La regla era que en ellas el preso no quedase privado de comunicación con sus amigos, aunque también podía se recluido *sin comunicación*. En realidad todo este asunto quedaba a la discrecionalidad del tribunal". En la documentación del Tribunal de Canarias "cárceles medias" parece designar un tipo de prisión – "con comunicación"-, no de cárceles, en causas de fe.

[49] De 1754 a 1788 el Tribunal trató de allegar recursos para la construcción de casas de penitencia: colectas de limosnas, venta de varas de alguacil, peticiones al Consejo para que solicitase datas en los montes, toneladas en los navíos de Indias, una pensión sobre la mitra, etc. En una carta al Consejo de 14 de julio de 1783 se hace un resumen de las gestiones hasta esa fecha: AMC, Inq., leg. I-D-29, fol. 132v-135. En 1788 tenía "cogidas las aguas y sin peligro de ruina" (*ibid.*, fol. 266-268). Pero no llegaron a utilizarse, porque al crear el obispo Martínez de la Plaza la Casa de Recogidas ya no fueron necesarias – las casas de penitencia estaban destinadas básicamente a las mujeres, ya que se concebían como el "único remedio contra el auge de los sortílegos" -, y/o porque fue más difícil entonces obtener los recursos necesarios para terminarlas. La cárcel de familiares sirvió de vivienda durante muchos años al alcaide, porque sus casas estaban en ruina. El plano de las cárceles y casas del Tribunal, y alguna información

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2006

característica de las cárceles secretas era el suministro garantizado de alimentos a los presos[50]. La funcionarización de los encargados de la custodia de los presos distinguía a todas las cárceles inquisitoriales de las demás[51].

2.3.1. Las cárceles públicas.

En la estadística de Escolar y Serrano (Hernández Rodríguez, 1984) se mencionan para finales del siglo XVIII y principios del siglo XIX, quince cárceles públicas para todas las islas: tres en Gran Canaria y doce en Tenerife. Pero de esta relación se puede decir que "ni están todas las que son, ni son todas las que están". Darias Padrón (1980, 225), por ejemplo, dice que "ya en el siglo XVIII" tenía El Hierro cárceles de hombres y mujeres separadas (tomó la noticia de una memoria de la época que no cita), y Álvarez Rixo (s/a, 71) dice que a principios del siglo XIX se construyó otra en Arrecife de Lanzarote. Las cárceles de Agüimes, El Sauzal, Granadilla y La Guancha, dice Escolar que estaban en el pósito, es decir, que el pósito servía de cárcel cuando había presos. Cárceles "de verdad" sólo había dos en Canarias a principios del siglo XVIII: la del Cabildo de Tenerife en La Laguna, y la de Las Palmas, de la Audiencia (aunque el Cabildo pagaba al alcaide). A medida que avanza el siglo aumenta la presión de los pueblos *más importantes -especialmente* en Tenerife- y las autoridades militares -que por la falta de cárceles acogían a los presos en sus instalaciones-, sobre los Cabildos para que las construyan. Pero los resultados fueron escasos.

Una de las reivindicaciones de los vecinos de La Orotava en los alborotos de 1718, que figuraba en el pasquín que amaneció en la esquina de Santa Clara el 25 de

---

sobre su construcción y reformas: Anaya - Alemán (1982). Sobre las cárceles inquisitoriales de Granada cfr. Vincent (1983) y Gil Sanjuán (1974); sobre las de Sevilla: González de Caldas (2001).

[50] Sobre la obligación de alimentar a los presos había cierta ambigüedad. En una carta del 4 de abril de 1787 el Tribunal de Canarias consultó a la Suprema si podía y debía alimentar por cuenta del "Real Fisco" - de la Inquisición – a un preso pobre cuya causa no era de fe. Al principio de su prisión la mujer le había llevado la comida; desde que dejó de hacerlo el inquisidor decano "le está enviando la ración diaria para que no perezca". "En el archivo, dicen, no hallamos exemplar, y creemos que sea porque se han puesto semejantes reos en la Cárcel Real, o porque han estado breves días en la prisión, y quando es criado le da de comer su amo": AMC, Inq., leg. I-D-29, fol. 200. *v. infra.*

[51] En las cárceles ordinarias se solía mantener "sin comunicación" a los presos durante la fase sumaria del proceso (Alonso Romero, 1982, 201) – 45 de los 146 que había en 1796 en la cárcel de la Corte estaban incomunicados: F. Tomás y Valiente (1978, 72) -; y una parte de los ingresos de los alcaides provenía del salario que le pagaba la Audiencia o el Ayuntamiento.

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2006

febrero, era "que se fabricase una cárcel pública y se dejase libre el granero de la alhóndiga"[52]. Pero el efecto inmediato de los tumultos fue que no la hubiese, ni siquiera en la alhóndiga. Al bígamo Pedro Hernández Travieso "por no haber cárcel en La Orotava por los tumultos" le llevaron en mayo de 1718 a Santa Úrsula, de cuya cárcel - "que solo por la noche tenía dos guardas, porque eran pobres y querían salario"- se fugó a los quince días, a medio día y "estando mucha gente en misa y parte en la plaza". Un vecino, hablando con él en la ventana de la cárcel, le había dicho: "Tu estás aquí porque quieres, porque por debajo de esa ventana se han salido muchos presos"[53]. La cárcel de La Orotava se empezó a construir en 1761 (Monzón, 1994, 220).

En Santa Cruz de Tenerife hubo cárcel en una casa alquilada al menos desde 1721. En 1728 quedó inutilizada por un incendio. En 1764 el comandante general Bernardi instó al Cabildo de Tenerife a que construyera una cárcel en Santa Cruz; no estaba dispuesto a seguir tolerando que el castillo de San Cristóbal hiciera de cárcel municipal. Santa Cruz era, como decía su alcalde, "el paradero de todos los reos de esta isla y las demás islas, entrando en este número los muchos que vienen de la Real Audiencia y van para presidio". El Cabildo se resistió para no sentar un precedente - otros pueblos habían hecho la misma demanda-, pero terminó haciéndola (en la esquina de la calle de la Marina con la de la Cárcel Vieja). El huracán del 11 de enero de 1781 la dejó inservible, y hubo que trasladar de nuevo los presos al castillo. Los arreglos, que tardaron en hacerse, y a costa de las limosnas de los vecinos, debieron ser insuficientes, porque en 1822 estaba ruinosa (Cioranescu, 1977, I, 163-5).

Además de los castillos, pósitos y alhóndigas, se usaban como cárceles los hospicios, la Casa de Recogidas[54] y los conventos. A veces, simplemente, cuando había

[52] Las otras eran "Que no se consintiese extraer de aquella jurisdicción autos ni presos", "Que se hiciese una fuente o pila para tomar el agua con más aseo", y "Que se repartiese el vino en las tabernas con más orden": Viera (1971, II, 320-1).

[53] AMC, Inq., leg. II-32; XXXI-19; LXXVI-11; CLXVI-32.

[54] Empezó a funcionar en 1786. En 1793 la sustituye la Casa de Misericordia, creada por el obispo Tavira. Cfr. Monzón (1994; 2000 y 2002); Infantes Florido (1989, 135 ss.).

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2006

presos se habilitaba un granero o se alquilaba una casa, que se pagaba con las multas[55]. No había cárceles eclesiásticas[56], ni siquiera para clérigos delincuentes[57].

Todas estas cárceles eran comunes. Las cárceles conventuales – no la utilización de los conventos como cárceles - estaban reservadas a los religiosos de la propia orden; las de la Inquisición también eran exclusivamente para sus propios reos; pero las demás estaban abiertas a los reos de todas las jurisdicciones. La Audiencia representó en alguna ocasión al Consejo de Castilla acerca de los inconvenientes que derivaban de este régimen[58]. Pero esto era, al parecer, la norma en las cárceles reales -y los castillos, cuando no había otras- en toda la monarquía, y una R.O. de 11 de mayo de 1786 ratificó este carácter común de las cárceles reales[59].

[55] En el "Diario de la visita del corregidor La Santa Ariza y Castilla a la isla de Gran Canaria en 1764" se dice que en la cárcel de Telde "para prender en ella algún reo es preciso poner una o dos guardas, y esto es de peso y costo para los presos": Rosa (1978, 43).

[56] Por eso estaban en las cárceles reales los presos por "demanda de palabra de matrimonio", que en otros lugares iban a parar a estas cárceles: los dos matrimonio de Andrés Salvat en Cádiz y Alicante se celebraron estando preso en cárceles eclesiásticas: A.M.C., Inq., leg. IX -2 y LXI - 22. El alcaide de la cárcel de La Laguna, interrogado en 1743 acerca del primer matrimonio de Andrea Rivero Montesinos, contesta que no lo recuerda "y dise el declarante que la razón de no acordarse de aver sido padrino ni aver asistido al matrimonio de los dichos Domingo Baliente y Andrea María es porque lo ha sido de tantos, que tantos fueron y estuvieron presos todo el tiempo que fue alcaide para el fin de contraer matrimonio, y que de todos los aijados de matrimonio que tuvo a unos conose y tiene presentes por aver sido y ser vecinos de esta dicha ciudad, y a otros no solo no los tiene presentes, pero ni aún los conosió, por ser naturales de islas y lugares estraños ": AMC, Inq., leg. LVII - 6. Una buena parte de los bígamos se casaron – forzados - en la cárcel: *ibid.*, leg. LVII-6; CIII-19; CLXIV-50; Bute, vol. XXV, 1ª serie (entre otros).

[57] Lo lamentaba el provisor en 1815 a propósito de D. Juan Antonio Vega, un cura de Fuerteventura "de una vida libertina y de unas costumbres las más relajadas": "hubiera procedido con otra actividad contra este sacerdote, y seguramente no estaría con la libertad en que se halla, su hubiera cárcel o casa de reclusión para los eclesiásticos delincuentes": AHN, Inq., leg. 3719, nº 67. Las hubo en el siglo XVII, a juzgar por las penas que se imponen en las constituciones sinodales del obispo Cámara y Murga, de 1629.

[58] AHPLP, Audiencia, Libro de RR.CC. y órdenes particulares para Canarias, t. VII, fol. 295 r-v.: orden del Consejo de 10 de junio de 1769: "Haviendo visto el Consejo el informe hecho por esa Real Audiencia en 5 de Henero de este Año sobre establecimiento de cárceles en esas Islas, por el que resulta que aunque en esa Capital ay competente cárcel para la seguridad de los Reos se ponen igualmente en ella los dependientes de la Inquisición, otros de la Jurisdicción Eclesiástica y otros reos de fueros privilegiados, y que además no se hallan con la separación que corresponde de los Hombres y Mugeres, por lo que se han experimentado varios excesos dignos de remedio, y teniendo presente lo expuesto por el señor Fiscal, entre otras cosas ha mandado el Consejo que cada uno de dichos fueros probea la brebe expedición de sus respectibos reos y que esa Real Audiencia los visite, y asimismo tamvién que cada fuero aplique sus respectibas multas para la manutención de sus reos, celando esa Real Audiencia la distribución de unas y otras".

[59] *Ibid.*, fol. 297. A propósito de "las diferencias ocurridas entre el Intendente y Corregidor de Ciudad Real sobre la admisión en aquellas cárceles de los reos de causas de rentas". Mandaba que "se recivan en las Cárceles, indistintamente, los reos de todas las jurisdicciones, asegurando los alimentos; sin que para admitirlos sea necesario pasar aviso a los corregidores ni su permiso, pues solo toca saber los motivos porque se prenden a sus respectivos jueces".

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2006

La Audiencia, que era sin duda la más perjudicada por esta peculiar comunidad de bienes, también se aprovechaba de las otras. Interna, por ejemplo, en la "casa hospicio de recogidos", en junio de 1793, a Francisco González, el único constructor de bombas de barcos que había en la isla, porque siempre estaba borracho y no cumplía los encargos, retrasando la salida de los barcos de pesca[60]. Y en 1816 ordena al director del hospital que socorriese a un preso enfermo de la cárcel real como si estuviese en el hospital, con cama, comida y medicinas[61]. La Inquisición las utilizaba -especialmente los conventos y las cárceles reales-, no sólo como prisión punitiva, sino también como prisión preventiva[62]. En el siglo anterior el Consejo había escrito al Tribunal que "ha parecido muy extraordinario y fuera de estilo del Santo Oficio el modo de procesar que en él habéis guardado, porque siendo como es causa de fe, y como tal calificada, la votasteis a cárcel pública, donde le tuvisteis todo el discurso de la causa"[63]. Pero una ambigua *acordada* del 4 de febrero de 1769 parece indicar que se había resignado a esta práctica[64].

El comportamiento del Tribunal en estos casos se explica en parte por su pobreza. Así se ahorraban los gastos de todos los reos en las causas que no eran de fe, y de los regulares -a los que mantenía la orden cuando estaban presos en sus conventos- en las de fe[65]. Lo cierto es que el Tribunal era por lo general reacio a encarcelar a los

[60] AHPLA, Audiencia, exp. 15.723. Dos hermanas que dependen de él - porque sus maridos, ausentes en Indias, las desampararon – piden que le dejen salir (aunque recibían de la Audiencia un tercio de sus ganancias). Se les niega.

[61] AHPLP, Audiencia, exp. 15711.

[62] Al bígamo Eugenio Antonio Cabrera se le condena en octubre de 1762 a diez años de destierro, de los cuales los tres primeros había de cumplirlos – y los cumplió – en la cárcel real de Las Palmas: AMC, Inq., leg. LIV-26. A otro bígamo, Francisco García Galindo, le mantienen en 1719 en la misma cárcel a la espera de que el Tribunal de Sevilla remita la información sobre el primer matrimonio: *ibid.*, leg. LV-24. Al solicitante Fr. José Acuña y Rojas se le encarcela en el convento de Santo Domingo mientras dura su causa, sin salir de su celda salvo a misa - muy de mañana para no ser visto "ni registrado por personas seculares" – y al Santo Oficio, acompañado por un religioso y sin detenerse: *ibid.* leg. CXII-15. Los ejemplos podrían multiplicarse.

[63] AMC, Inq., leg. CVII-1. Carta de 2 de julio de 1610. El reo era el inglés Jorge Grau.

[64] Mandaba que con los presos de las cárceles reales que tenían asuntos con la Inquisición se hiciese lo que siempre se había hecho en Madrid: que el inquisidor más antiguo escribiese un papel de aviso al presidente de la sala "pidiendo le franquee a su disposición, y luego que el Santo Oficio concluya lo que contra él trata estará a la de la Sala":AMC, Inq., leg. CVI-33, fol. 58-9.

[65] Los gastos de manutención de los frailes presos en las cárceles secretas corrían a cargo de sus conventos, pero estos eran por lo general tan pobres que a la Inquisición le costaba hacer que se los

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2006

reos en las cárceles secretas - tal vez porque infamaban -, e incluso en las otras. Como en las islas no era fácil la fuga, con frecuencia se ponía a los reos la ciudad y sus arrabales por cárcel mientras se instruía el proceso[66]. No pocas veces por razones humanitarias se excusaba la prisión de los reos[67], se les excarcelaba[68] o se les buscaba mejor acomodo.

A Antonia Trujillo la mandó prender el vicario de Santa Cruz de Tenerife en 1753 por dúplice matrimonio. Cuando el comisario informó al Tribunal, éste mandó al vicario que la retuviese en la prisión y le mandase los autos. Resultó estar embarazada de cuatro o cinco meses. La partera llamada por el Tribunal dijo que no estaba en disposición de embarcarse porque podía sobrevenirle el aborto. El Tribunal pensó dejarla en la cárcel de Santa Cruz creyendo que allí habría mujeres que la asistieran en el parto; pero cuando el comisario informó "que la tal Cárcel es solo un corral en donde no hay más habitantes que los reos que ocurren, y están al cuidado del alguacil que tiene llave y vive en distinta casa; que la referida Antonia no tiene bienes algunos y se mantiene hasta ahora de limosna", y que no había hospital en aquel puerto, resolvió llevarla a Gran Canaria y ponerla en el hospital de Telde, "así por su mejor comodidad como por correr la mayordomía a cargo del comisario" de esta ciudad. Éste la acepta, casi diríamos que encantado:

> sólo es un reparo el que puede haber y es el que dicha muger no se puede tener con todo el secreto necesario, por no tener el hospital salas separadas y ser muy

reintegrasen. De la manutención de los otros presos de fe – pobres o no - se sigue ocupando el Tribunal; al bígamo García Galindo, citado más arriba, preso en la cárcel real, "para el seguro de su manutención" se le embargaron sus bienes.

[66] En un carta al Consejo de 17 de julio de 1755 sobre la causa del pintor Marcelo Antonio Gómez - acusado por sus cuñadas de "proposiciones y hechos las más de las veces acompañados de ira, furor y cólera" - consultan "si [mientras se cita a un conteste vecino de Cádiz] se le prenderá en cárceles secretas o en esta ciudad, de la que no es fácil la fuga por mar", porque "recorridas todas las causas de esta especie" observan que no se ha guardado uniformidad: AMC, Inq.,leg. I-D-30, fol. 136.

[67] En 1784 escriben al Consejo dando cuenta de la decisión tomada en la causa de D. Salvador Espinosa, vecino de Valverde, en la isla de El Hierro, procesado por proposiciones: "para no poner a este reo en cárceles secretas ha tenido presente que si se veía encerrado podía melancolizarse y volverle la demencia que en otro tiempo padeció, y con esto se daba ocasión a que hablaran de los procedimientos del Tribunal": AMC, Inq., leg. I-D-29, fol. 218 r-v.

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2006

> frequentes las entradas en dicho hospital, así de enfermos como de médico y siruxano; pero haré que esté con el recoximiento que se pudiere. Y en quanto a su manutensión el hospital es para pobres y tiene para ello, y más siendo por el Santo Tribunal. Y desde luego franqueo toda mi persona y el dicho hospital a las plantas de V. S.

Entonces se escribe al comisario de Santa Cruz de Tenerife para que la envíe en el barco que juzgue "a propósito",

> no dándola a entender que biene presa para el Santo Oficio, sino para ponerla en un parage más cómmodo que el en que se halla para salir de su parto. Encargándole al Maestre del Barco la traiga con la posible caridad, quidado y disimulo, y con él la entregará a D. Antonio Suárez, alcayde del Santo Oficio, sin decir que lo es a la dicha Antonia, a quien dicho maestre mantendrá en su casa ínterin que pasa a la de el dicho D. Antonio para que baya a entregarse de ella[69].

Las condiciones de vida en las cárceles ordinarias eran casi siempre deplorables. La cárcel de La Laguna tenía los tejados rotos y cuando llovía se mojaban los presos, que "además de sus prisiones y hambres experimentan la humedad que reciben, de que tal vez proviene la sarna que en ellos se apodera" (cit. por Monzón, 1994, 228-9). Aunque había cuartos separados para hombres y mujeres, por falta de cerrojos y vigilancia se mezclaban los sexos. El alcaide tenía allí una taberna de vino y aguardiente y en ella se congregaban los presos, a los que se permitía salir de día y de noche. También en la de Santa Cruz de Tenerife -dos salas estrechas, una mazmorra y una pequeña habitación para el alcaide- había humedad, por la filtración de las aguas de los terrenos colindantes, que casi había destruido las paredes; las puertas estaban rotas y el aljibe, sucio e inservible; "era necesario – dice un documento de 1817 – destituirse de

[68] A Fr. Cristóbal Russell, por estar enfermo, se le remueve en 1747 de las cárceles inquisitoriales, y se le pone en casa de su hermano donde permanece durante todo el tiempo que dura el proceso: AMC, Inq., leg. XCI-10; CLIV-13; AHN, Inq., leg. 3735 nº 23.

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2006

todo sentimiento de humanidad para consentir que en ella fuese puesto ningún racional, porque sería condenarle a sufrir una pena aflictiva, tal vez mortal" (*ibid.*, 232; Cioranescu, 1979, IV, 436).

La Casa de Recogidas había perdido en 1793 "su principal instituto" y, según un informe de la Junta de Caridad a la Audiencia, se hallaba "convertida ya en una galera [...] se han arrojado ya dos mujeres de lo alto de las tapias de la casa, y la última estando embarazada y en los últimos meses, prueba de la desesperación en que se hallan" (Infantes Florido, 1989, 139). La "mazmorra diabólica" del castillo de San Gabriel, en el puerto de Arrecife, que el gobernador mandó tupir con arena en 1811 para acabar con "este monumento de barbarie que deshonraba a su patria", tenía su entrada "por el tablado del mismo cuarto de la guardia, es decir, a nivel de la esplanada. Desde allí se descendía al infeliz reo atado con una soga hasta llegar al fondo de aquel horroroso pozo enfangado con la humedad del mar, para evitar cuyo frior se encaramaba sobre un tablón que estaba algo más elevado y también le servía de cama [...] Otro de los primores que tenía es que allí echaban los soldados las cáscaras y barreduras de su cuarto" (Álvarez Rixo, s/n, 79).

En 1798 un preso de la cárcel de La Orotava denunció a otra presa, María Castilla, en la Inquisición, porque estando con otros ocho reclusos, tres hombres y cinco mujeres, una de éstas

> hiso una cosa presisa en un trapo y votolo a la calle. Luego se somó a la reja de la cárcel la María Castilla, y haviendo visto el trapo con la porquería dentro él, se entró para dentro, y delante de todos los ya expresados, dijo en vos alta que un trapo que estaba en la Calle lleno de Porquería se paresía con Jesuchristo embuelto en la sábana santa.

[69] AMC, Inq., leg. LXXXIII-11; I-D-30, fol. 116.

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2006

El comisario informó que María Castilla era una mujer "quasi simple, que las más de las veces no sabe lo que dice, ni pone tino a lo que habla, máxime desesperada que se halla en dicha cárcel, por estar ignorante de lo que le acumulan"; que el denunciante estaba enemistado con ella y "la provoca como su contrario"; "viven allí como enemigos, deshonrándose e infamándose uno al otro [...] Y por lo que me he informado de lo que pasa en dicha Cárcel, que faltos de Alimentos y trabajos que allí tienen, se desesperan, pues tienen las causas años y años sin darles curso, lo que les muebe a desesperar"[70].

2.3.1.2. El castillo de Paso Alto. (Prisión de D. Juan Primo de la Guerra).

No todas las prisiones eran de esta clase. Juan Primo de la Guerra, nieto del célebre D. Cristóbal del Hoyo, Vizconde de Buen Paso, estuvo encarcelado en el castillo de Paso Alto, en Santa Cruz de Tenerife, por oponerse a la Junta Suprema de Canarias formada en La Laguna el 11 de julio de 1808, y a la destitución del comandante general, marqués de Casa Cagigal, por el teniente del rey D. Carlos O'Donnell. O más exactamente, por haber enviado el 7 de noviembre una carta al presidente de la Junta, marqués de Villanueva del Prado, en la que le decía: " Si V.E. no se quita el lazo encarnado que trae en el brazo [el distintivo de los miembros de la Junta, que chocaba "a cuantos reparaban en tal bobería": Álvarez Rixo (s/n, 36)] y en su lugar se pone la banda, según previno la Junta Suprema de Sevilla, como vasallo de Fernando séptimo, nuestro rey, declaro a V.E. que yo le dispararé a V.E. un pistoletazo". A los dos días le llevaron preso al castillo, de donde no salió hasta que el marqués fue a Sevilla como diputado de la Junta Suprema, el 31 de julio de 1809. Estuvo preso 8 meses y 22 días, como precisa él mismo en el tomo segundo de su *Diario*[71].

Cuando iba a salir de su casa la mañana del día 9 de noviembre se presentó en ella el ayudante D. José Calzadilla, y, después de que reconociese la carta como suya, le comunicó que el general O'Donnell le ponía preso en el castillo. Le preguntó si se le

[70] AMC, Inq., leg. CXLV-26.
[71] El período de su prisión: Guerra (1976, II, 68 – 145).

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2006

ofrecía alguna dificultad en obedecer y presentarse él solo en el castillo. Respondió que puesto que la Junta de la Laguna y el general no obedecían a la Junta de Sevilla, que mandó usar fajas y no lazos, él tampoco les obedecía. Le pusieron una guardia de dos soldados a la puerta y le permitieron que fuese al castillo después de comer, acompañado por un cabo. La misma noche acuden al castillo su madre y sus hermanas, que le acompañarán durante buena parte de su prisión, saliendo -como es lógico- cuando les apetece: a las luminarias y funciones de Santa Cruz, a visitar, pasear por los alrededores, o a sus casas.

El día 12 avisó al beneficiado del Pilar D. Carlos Benavides, para que le enviase un sacerdote a decirle misa. El mismo día le va a ver D. Domingo Madan, que será alcalde en 1811, y que durante la prisión de D. Juan fue una de sus visitas habituales, y acompañante de sus hermanas en los paseos por la playa o al risco que dominaba el castillo. Ese mismo día anota en su diario: "El gobernador don Roberto Herrera me ha franqueado la pieza de su residencia; además tengo la sala del gobernador y otras piezas, de suerte que estoy alojado con comodidad. Actualmente están detenidos en este castillo el oficial don Pedro Quiroga, el castellano del valle de San Andrés, don Salvador Agustín de Vera, y el extranjero llamado cónsul de Francia [Cuneo d' Ornano]". El 14 escribe: el gobernador "nos llevó a la huerta del castillo, nos ofreció darnos otro cuarto para nuestro alojamiento y nos trató con agrado y obsequio. Por la tarde ha estado a vernos don Carlos Benavides" (otro de los que le visitan con asiduidad). Hay días que recibe hasta tres visitas. Una de ellas, D. Salvador Miranda, el 18 de diciembre se quedó a pasar la noche en el castillo porque la lluvia le impidió cruzar el barranco. El 17 de noviembre fueron a verle cuatro medianeros suyos. El 19 anota: el general O'Donnell, al que se le ha muerto una hija, "entró a caballo hasta sobre la explanada del castillo, apeóse y habló a mi hermana y a mí, que habíamos salido a pasear sobre la misma explanada; dijo de las tareas del presidente en el despacho de asuntos". El día anterior habían ido a pasear por la explanada la nuera del presidente de la Junta y sus hijas, "conducidas por el cirujano Armstrong".

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2006

Está al tanto de lo que ocurre fuera de la prisión, y no solo en la ciudad o en la isla. El beneficiado del Pilar, D. Carlos Benavides, le lleva el 18 de diciembre varias poesías patrióticas "compuestas en España a la derrota de los insurgentes de Bonaparte" (de Arriaza, Castrillón, Meléndez Valdés y Juan Nicasio Gallego). Al día siguiente su hermana Teresa le trae de La Laguna "una proclama o instrucción con fecha 26 de octubre, dirigida a los españoles por la Junta Central". El 24 de febrero anota en el diario: "aquí nos traen al instante los impresos y las noticias que salen". Desde el castillo contempla el tráfico del puerto de Santa Cruz. Mantiene correspondencia, lee y reflexiona sobre la situación de la provincia y la monarquía; reflexiones que anota en su diario para justificar su conducta ante "quien lea estas memorias" (11 de diciembre). El 23 anota que el gobernador - casado con una hermana de Viera y Clavijo y aficionado a los versos - "se esmera en obsequiarnos y acompañarnos". El mismo día le fueron a ver su madre, su tío D. Lope -autor de otro diario- y su mujer (de D. Lope, D. Juan era soltero). Sus tíos se volvieron a La Laguna y su madre se quedó con él y con sus hermanas. El día 26 oyeron una misa en el castillo "por memoria que hace mi madre de haber muerto en el 26 de noviembre de 1762 su padre, el marqués de la villa de San Andrés don Cristóbal del Hoyo, quien, por algunos años estuvo preso en este mismo castillo por la causa matrimonial que intentó en su contra su sobrina doña Leonor del Hoyo". Ajusta lecciones de flauta con un músico de Santa Cruz. El 29 escribe y envía un memorial al presidente de la Junta Central, el conde de Floridablanca... En fin, toda su prisión es por el estilo. Cuando lleva un mes en el castillo - el 8 de diciembre - anota en su diario:

> la mansión en este castillo ha sido para mí bastante grata. Tengo libertad de ir a pasear a la huerta; de la explanada se descubre a una distancia muy agradable el pueblo, los barcos y los campos circunvecinos. En la mañana del día de San Andrés pasaron por aquí delante las lanchas con gente para el valle de este nombre; los días han estado claros y despejados y aún las noches tan quietas que dan otra diversión las luces de los barcos que salen a pescar. Por aquí es incesante el tránsito de gentes para el valle de San Andrés y la inmediación del pueblo facilita todo sin ninguna incomodidad. Hay en este castillo encargado para el manejo de llaves, arrendamiento de huerta y cuidado de la habitación un

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2006

paisano llamado Domingo Hernández, que fue soldado, natural de la villa de Santiago, el cual se encarga de traerme agua y hace todas las diligencias con buen modo.

Más tarde nos presenta a los otros presos del castillo: el coronel D. José Verdugo, gobernador de armas de Gran Canaria y sobrino del obispo, que está allí con su mujer[72], los ayudantes Pascual de Castro y Pedro Quiroga, y un cadete hijo del corregidor de Gran Canaria. Estamos, dice, "viviendo aquí todos en sociedad y divirtiéndonos en muchos ratos con las noticias de los inauditos desconciertos de los pretendidos gobernantes de las islas". Los ayudantes estuvieron un tiempo "sin comunicación", pero los sargentos de guardia tuvieron "la indulgencia de dejarlos pasear por la explanada".

2.3.2. Las cárceles conventuales. (Prisión de Fr. Antonio Rodríguez).

Estos presos eran, por supuesto, una parte ínfima del conjunto de la población carcelaria. Igual que ahora, los miembros de las clases altas -y en este caso legalmente privilegiadas-, ya de por sí minoritarias, rara vez iban a la cárcel; ni siquiera a éstas. Tampoco parece que hubiera muchos presos en las cárceles conventuales, que en casos de extrema gravedad podían ser incluso peores que las ordinarias. Al dominico Fr. Antonio Rodríguez, a pesar de su abultado historial delictivo[73], antes de incendiar y

[72] Cuando sale Verdugo, el 9 de julio, anota: "Llevose el coronel toda su familia, aunque había dos criados jóvenes, uno Pepe y otro Mariano; una criada llamada Gregoria, madre del criado Pepe y de Gregorillo, un chico de cuatro años que también estaba en el castillo. Faltan aquí el entretenimiento y la bulla de estas familias, y hasta los pavos y una cabra canaria que daba mucha leche y pertenecían al coronel".

[73] Fr. Fernando Martínez en su declaración en la causa que le formó el convento hace relación de sus crímenes - que no pretende ser completa, pues dice que son muchísimos "los pasages de esta y otra naturaleza" –: "en un día de octavo del Sor. Nazareno después de haber acompañado la Procesión hurtó un sombrero fino que se hallaba en la sacristía de Manuel Chiquito y se huyó inmediatamente para el lugar de Mazo en donde lo vendió, y de allí se fue a la Hermita de la Angustia en los Llanos, en donde también robó algunas piecesitas de plata, y de allí a Tigarafe, en donde también le quitó algunos dixesitos de oro a la Santa imagen de Candelaria [...] en otra fuga que hizo de la cárcel, quebrantando la clausura, se llevó consigo la carne que estaba dispuesta para la Comunidad el día siguiente en la cocina, los manteles del refectorio y parte de los vestidos de la Sra. de la Soledad [...] algunos hurtos que hizo en la Iglesia Parroquial de esta Ciudad en una de las ocasiones que se refugió a ella, falseando sus puertas para salir de noche [...] otra fuga que hizo quebrantando la clausura, haciendo varios robos en las Breñas alta y

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2006

robar las alhajas de la imagen del Niño Jesús en la iglesia de su convento en Santa Cruz de La Palma la nochevieja de 1789[74], le tenían "sin más prisión que ponerle la llave por las noches en la pieza de su avitación, disfrutando de las asistencias que regularmente se franquean a los demás religiosos". Esto es lo que él mismo declara en el proceso que le incoó su orden a raíz del incendio, cuando ya estaba cargado de grillos y cadenas y atado a un poste. También dice

> que quenta ya 17 años a esta parte que le falta mucha fe, de manera que en este mismo tiempo ha dudado de la ley de la Gracia, dificultando el como pueda ser esta unión de divinidad y umanidad en una persona, como también los siete sacramentos, y con particularidad la existencia de Jesuchristo en la Santa Eucharistía, como hassí mismo la impresión de carácter del orden y confirmación, y efectos saludables de la Santa Extremaunción, y solamente creyendo firmemente en los sacramentos de la ley de Dios, y todo aquello que pertenece al Antiguo Testamento; y que también ha dudado del valor de los votos que se hacen en las religiones, y que a consequencia de esta falta de fe es cierto ha blasfemado, según se expresa en la pregunta.

Así logra que la Inquisición se haga cargo de él y le traslade a las cárceles secretas. En el Santo Oficio declara que "ha venido muy gustoso, porque ha venido a la fuente de la Misericordia, que implora y pide que nunca más le buelban al Convento de

---

baja de carneros, chibatos y ga[ ] y una tela de lino, según lo acreditaron la quadrilla de hombres que lo aprehendieron en dicho lugar para traherlo al Convento [...] una noche de Juebes Santo quebrantó la clausura y se fue a hurtar unas gallinas a su propia hermana, llamada Teresa, cuyo hecho se acreditó con haberle hallado su mismo Padre las gallinas en su poder"... Cfr. González de Chávez (1993 b). En febrero de 1790 le procesó el Santo Oficio y reclamó los autos originales de la causa que le instruyó la orden - ya que nada tocante a los asuntos de fe podía subsistir fuera del Tribunal, porque "de otra suerte peligra la fama de las personas y el crédito de sus familias" -, que están en: AMC, Inq., leg. LX - 7; CLVII - 10; AHN, Inq., leg. 1828, n ° 21; 3735, n° 14. Las citas que siguen proceden de estos documentos, y de la correspondencia: I-D-28, fol. 21- 23, 29, 39 v.-40, 49v - 51v.; I-D-29, fol. 336v. La Audiencia, a pesar de las protestas de los inquisidores, y de uno de los oidores, D. Manuel de Mier, que informó confidencialmente al Tribunal, le formó un proceso paralelo por robo, que no hemos encontrado en su archivo.

[74] En su declaración en la causa de la orden dice que "con unas lascas de tea, cuyo número dise eran tres, que llebava consigo a prevención, las ensendió en la lámpara, y con estas prendió fuego a la Santísima imagen y sus bestidos, aviéndole antes robado las prendas que pudo, como fueron una cadena de perlas, que su valor se regula en mil pesos, dos oyas de esmeraldas y topacios, un junquillo de oro,

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2006

La Palma, que de mejor gana estará en las cárceles del Santo Oficio hasta que muera"; y se desdice de lo que había declarado ante su prelado: el incendio fue fortuito, de las proposiciones se retractó a los ocho o nueve días, que "llamó a María Santísima, imploró su auxilio y se agarró con su rosario"; todas las prisiones que le impusieron fueron inhumanas,

> es a saber, unos grillos mui pesados de doce libras clavado en un poste, con dos islabones que montarían palmo y medio, sin poder volverme impaciente. Otros grillos en las manos hechos a su idea, con una cadena que dicen vulgarmente de mono, de medios islabones al medio de dichos grilletes y clavada en el techo en una [roca], toda la lonja tapiada sin entrar reflejo de claridad, siepte meses continuos dándome de comer un bollito de acemite que más parecía afrecho, que pesaría media libra, y agua a medio beinte y quatro oras; durmiendo en la tierra sin más reparo ni abrigo.

Hasta que se le quebrantó la salud y por consejo del médico le dieron pan y vino, le quitaron los grillos de las manos y le pusieron un jergón de paja. En la respuesta a la acusación dice que cuando se fugó con la carne de la comunidad en 1787, limó los grillos con una lima que le entró un muchacho por un agujero de la cárcel, y huyó sin hábito porque le tenían desnudo y descalzo para que no se fugase. También dice que a fines de 1789 estaba "suelto y libre de prisiones a ruego del Señor Obispo".

El Tribunal le condenó el 21 de julio de 1791 a destierro -de La Palma, Las Palmas, la Corte y Reales Sitios- y un año de reclusión en el convento que le señale su prelado, en el que haría "cada día actos de Fe, Esperanza y Caridad, siguiendo los actos de comunidad y teniendo en ellos el último lugar, excepto legos y novicios, estando en este tiempo privado de voz activa y pasiba, y que los dos primeros meses los pase en exercicios espirituales bajo la dirección de un religioso dominico que le nombrare su Prelado, con el que al fin de ellos se confesará generalmente". El Consejo modificó

---

evillitas de los sapatos de la Santa Imagen, un anillo de esmeraldas y parte de las campanillas de plata de las Andas".

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2006

ligeramente la sentencia y mandó que se encargase a su prelado que "le trate con caridad, mirando para el bien de su alma".

El 10 de abril de 1792 el prior del convento de Santo Domingo de La Laguna, donde estaba preso, escribe al Tribunal dando cuenta de su conducta incorregible: una noche saltó los muros del convento y fue a parar a la casa de una mujer "meretriz pero indignísima" (sic); otra noche trajo a dormir a otras mujeres de fuera de la ciudad a la portería; algunos religiosos se quejan de que les faltan cosas de sus celdas; todos están escandalizados y sobresaltados y "duermen encerrados, cosa que jamás havían practicado", y temen que ocurra alguna desgracia. Pide que le den un destino más seguro "donde tengan las justas Providencias del Santo Tribunal el debido cumplimiento".

Entretanto, el Tribunal se había enterado de que mientras estuvo en las cárceles secretas, en el segundo patio, había abierto con una ganzúa la puerta que comunicaba con el primer patio para tratar con otro reo, y que algunas noches se había escapado atando las sábanas de su cama.

> Y paseadas las calles de la Ciudad y divertidas dichas noches con algunas mugercillas que solía haver en el soportal de la Portería del Convento de San Francisco, volvía después a subir el dicho muro por las sábanas que havía dejado colgadas a este fin; y que invitando al dicho Reo a su complicidad en todos estos delitos, cometió el de hurtar también de un quarto del expresado primer patio, sin duda después de constarle por dicha sentencia que se le sacaba de las cárceles, un plato de loza fina, tres vasos y otras tantas jícaras.

El fiscal pide su reingreso en las cárceles secretas. Pero antes de que llegara la respuesta del Consejo aprobando la prisión, el prior del convento de La Laguna escribe comunicando que se había fugado el 2 de julio. El 12 se presenta voluntariamente al comisario de Icod, diciendo que se había fugado para presentarse ante el Tribunal, para quejarse del trato que le daban. Había estado pidiendo limosna a "sujetos de distinción"

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2006

de La Laguna - el conde de Sietefuentes, el capitán D. Domingo del Hoyo, el vicario D. José Vizcaíno, la abadesa de las clarisas: "personas caritativas que le socorrieron en lo que dicho convento no le aliviaba" -, y para "evitar molestias a los seculares y dar gusto al dicho P. Prior en no pedir limosna, que suponía afrentosa al referido Convento" pidió que llamaran al comisario del Santo Oficio, y como se lo negaron, se fugó para ir a presentarse ante la Inquisición en Las Palmas.

El comisario de Icod no le prendió o se volvió a fugar, porque el 7 de agosto escribe el comisario de La Orotava informando de su detención. Dice que cuando se escapaba del convento en traje de seglar "usaba del oficio de comprar y vender ganado" en Chasnia, Icod, Garachico y demás lugares circunvecinos, y últimamente "se hechó a ladrón, perciviendo de unos dineros y de otros trigo; fingiendo papeles y recivos del Marqués Lugo, el Conde del Palmar y D. Gaspar de Ponte, para con los medianeros de estos en las Bandas del Sur". Le cogieron porque escribió una carta a nombre del secretario del Tribunal, su compañero de hábito Fr. Luis Vázquez de Figueroa, dirigida a un comerciante del Puerto de la Orotava, D. Gregorio Casañas, para que le librase anascote para hábitos. Éste "dificultó en la letra si era o no del dicho P. Maestro [...] hiso llamar a el mozo que la traía y le presentó ante el Alcalde [...] y haviendo declarado ante dicho Jues que dicha carta se la havía entregado en el lugar de Icod el referido P. Fr. Antonio Rodríguez, que se hallaba en dicho lugar oculto en casa de una muger, en trages de seglar y sin corona ni señales de religioso [...] le mandó prender y dio quenta a el [comisario] del lugar de Icod, quien [...] le entregó a el P. Guardián del Convento de aquel lugar, para que lo tuviese a la orden del superior de dicho religioso".

Se encargó al comisario de La Laguna, Fr. Juan Díaz Gómez, que moraba en el mismo convento, le pusiese "en celda alta, retirada de todo trato y segura; echando reja de hierro a las ventanas si no la tuvieren, y a la puerta llave con candado, la que no fie a persona alguna, ni aun para entrarle a dar de comer, cenar y subministrarle lo demás que necesite, presenciándolo todo por sí mismo, y reconociendo en todas estas ocasiones [...] las puertas y ventanas". Pero cuando llegó la carta del Consejo aprobando su prisión

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2006

en las cárceles secretas, el 27 de octubre, el comisario informó, que se había vuelto a fugar:

> arrancó con las manos (pues no tenía instrumento alguno, ni aún cuchillo para partir el pan) una tabla del piso de la celda en que estaba, que corresponde a la cosina de este Convento y Colegio, y por su hueco salió, llevando un par de grillos que le había hecho poner a fin de que evitase tantas fugas; y según me refirieron al día siguiente, anduvo por esta ciudad dando voces desacompasadas, y causando graves escándalos.

Se libraron despachos a los comisarios de los puertos y a los alguaciles mayores "para que no haga fuga a las Américas". El prior se disculpó; y cuando finalmente le capturan y envían a Las Palmas, escribe adelantándose a las acusaciones de Fr. Antonio Rodríguez:

> no dudo que ése procurará susanar sus gravísimos atentados y delitos con imposturas y falsedades según su estilo, pues he tocado con la experiencia que jamás dice una verdad [...] la caridad con que traté a dicho P. en el tiempo que habitó en éste mi Convento fue tan notoria que algunos de mis Stos. Religiosos me reconvenían por mi demasiada humanidad. Si el decía que estaba malo del estómago, le mandaba a buscar aguardiente; si pedía tabaco, se lo daban los religiosos; yo le di algunas jícaras de chocolate, otros practicaron lo mismo; le di también una caxeta de ori[ ] y un par de medias de mi uso; en quanto a su manutención le socorría con lo mismo que al resto de mi Sta. Comunidad, y con el privilegio de señalarle un corista que le sirviese luego que tocaban a refectorio, para que no alegase que no le trataban con caridad. Su ropa siempre se le lavó, o bien quando se la traían del Realexo, o bien pagando yo a quien se la lavase. Quando fingió que estaba enfermo mandé prontamente a llamar al Médico [...] y se le administró lo que ellos resetaron.

En la primera audiencia, el 19 de diciembre, Fr. Antonio Rodríguez declara, en efecto, que sus fugas se debieron a los malos tratos recibidos en el convento. El 5 de marzo de 1793 el Tribunal votó su prisión a perpetuidad en la Casa de Penitencia del

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2006

Tribunal de Sevilla, donde le mantendría su provincia o el convento de La Palma, de donde era hijo de hábito, según disponga el Provincial, que pondrá el importe de los alimentos por tercios a disposición del Tribunal. Cuando lo comunica al Consejo, el 5 de abril, dice que se ha "formado concepto de que el medio de que no se pierda este Reo tan rebelde e impenitente es ponerlo en una reclusión perpetua, pues de otro modo seguramente en la primera ocasión se marcha a las Américas Inglesas, que ha sido siempre su ánimo y le executará si se le proporciona"[75]. Pero el Consejo responde, el 16 de mayo, que hasta que determine lo contrario, lo mantengan recluso en un convento de su orden en las islas.

El Tribunal escribe al provincial para que prepare una habitación sana y segura donde pueda permanecer el reo hasta que se le destine, advirtiéndole que si se fuga se le hará responsable. Un ministro del Tribunal, D. Nicolás Massieu de Sotomayor, y el médico D. Francisco Pano, van a reconocer la celda que le asigna el prior del convento de Santo Domingo de Las Palmas;

> y el referido comisionado dijo que estava bastantemente segura, por tener la puerta fuerte, de madera doble, y la única ventana pequeña que tiene para la luz con una reja de hierro, y el torno también pequeño para entrar la comida, con una puerta por la vanda de fuera también segura; y el citado Pano dijo que por ser lóbrega, algo húmeda y de poca o ninguna ventilación, no es saludable ni sana.

Se encarga entonces al prior que prepare otra habitación. Éste pide al Tribunal que envíen sujetos que "registren todas las habitaciones y lugares del convento que

[75] En una carta anterior, de 12 de julio de 1792, había escrito: "El Tribunal bien considera que el único remedio para contener los excesos de este relapso que tantas pruebas tiene dadas de su incorregibilidad y pertinacia era recluirle perpetuamente en una casa de penitencia, pero como aquí falta no hay arbitrio para ello; otro medio que havíamos discurrido era el de dejarle perpetuamente en cárceles secretas y que en ella lo mantuviera su convento de La Palma; nos parece también muy arriesgado por la estrechez, poca seguridad y ninguna conveniencia de las cárceles, y que en ellas necesariamente havía de tener comunicación con otros Reos, quando hubiera dos o más, como al presente".

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2006

puedan servir y que tengan las cualidades de sanos, seguros y retirados de las vistas de las gentes seculares, que no son pocos los que pasean los claustros". El Tribunal, en vista de que no hay habitación "proporcionada", y de que "por otra parte le consta la gran repugnancia que los religiosos demuestran en guardar semejante reo por las reiteradas fugas que ha hecho de todos los conventos y sus cárceles, y por la abersión que tiene él mismo a su hábito y religiosos", decide mantenerlo en las cárceles secretas, y manda al alcaide que ajuste con el provincial las cuentas de lo gastado en alimentos hasta ese momento, y que en adelante pague el provincial la manutención del reo por meses. Éste, cuando envía los 84 pesos y un real y cuarto que importaban los alimentos, escribe al secretario del Tribunal que el convento de La Palma le

> suplica represente y ponga la alta consideración del Santo Tribunal, la pobreza y los pocos fondos de aquella casa, a fin de que los alimentos del reo sean (si es posible) más moderados y conformes al estilo y costumbre de nuestra orden y de los Conventos de la Provincia. Por nuestras leyes debemos comer siempre pescado, como V.M.R. sabe, y en los días que suele dispensarse, como domingo, martes y jueves, no se da carnero a todos, sino a los enfermos y graduados, y aún a estos últimos en los más de los conventos se les da vaca, macho o castrado. Del mismo modo, en las noches y en los días esuriales, nuestro común sustento es pescado salado, y tal qual día, fresco y huevos. Pan se da a todos una libra al día (menos en San Pedro Mártir), y a los que están castigados por alguna culpa mandan nuestras constituciones que el pan no sea blanco, sino grueso. Advirtiendo que tenemos siete meses de ayuno continuo y que nuestra profesión y estado, aún para los que honran y desempeñan el instituto es de [ ]as [ ]za y mortificación y de penitencia. Para los ochenta y quatro pesos que se exhibirán ahí ha sido necesario sacrificar o que aquel convento sacrifique la rentecita anual de su huerta, la señalada para la sacristía y lo que está destinado para trast[ ]jos y reparos del Convento, y aún esto, que es lo único que tiene, no será bastante para los costos anuales del reo. Participo estas cosas a V.M.R. como Secretario y como Religioso, para que si lo

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2006

tuviese a bien lo represente a los Sres. y les informe sobre el estilo de nuestros conventos[76].

El 4 de diciembre el Consejo manda que cumplan sin dilación su auto de recluirlo en un convento de su orden. El 14 de febrero de 1794 el provincial responde al requerimiento del Tribunal que en su provincia solo hay cuatro conventos grandes, los de Las Palmas, La Laguna, La Orotava y Santa Cruz de La Palma. El de La Orotava no tiene cárcel; las reclusiones, cuando las hay, se hacen en las mismas celdas, "las quales se dividen de los dormitorios comunes, no con paredes maestras, sino con un débil tabique". El de La Laguna tiene cárcel "pero nada segura para el nominado reo, como lo ha manifestado la experiencia". La del convento de San Pedro Mártir de Las Palmas "aunque no es sana es segura, según los informes que los peritos hicieron al Tribunal". Y la de La Palma, aunque sana, ha sido quebrantada por el reo. Pero dado que la reclusión es "por ahora", hasta que el Consejo determine otra cosa, cree que podría permanecer, sin riesgo de enfermar, en la cárcel del convento de San Pedro Mártir. El Tribunal se decanta por ésta; avisa al prior para que le prepare una habitación sana y segura, y le entrega el reo.

Su estancia allí no iba a ser tan corta como preveían. El convento, "mirando por su salud" y por mandato del Tribunal, le trasladó a una celda "que para este fin le había compuesto". Pero después de un intento de fuga, la noche del 11 al 12 de abril de 1795, le devuelven a su antigua celda, "de tierra y antiguas las paredes, pero más anchas". El prior suplica al Tribunal que lo saquen del convento, porque de ello depende la permanencia de la comunidad, ya que los frailes están decididos a "retirarse con las licencias oportunas a otro de la Provincia, para tener tranquilidad y asegurar sus vidas, expuestas a los atentados de un hombre tan perverso"[77]. Pero el Consejo, informado de

[76] El régimen de Fr. Antonio Rodríguez Durante durante los nueve meses y medio que estuvo en las cárceles inquisitoriales fue de este estilo: *lunes*: chocolate, pan, puerco, tocino, tabaco, leña, verdura, garbanzos, aceitunas; *martes*: pan, chocolate, puerco, vaca, leña, verdura, garbanzos, huevos; *miércoles*: pan, chocolate, pescado fresco y salado, tomates y cebolla, aceite, azafrán, leña, aceitunas, papas, jabón; ... ...; *sábado*: pan, chocolate, pescado, leña, papas, huevos, aceite, aceitunas; *domingo*: tabaco, pan, chocolate, vaca, leña, verdura, tocino, garbanzos, aceitunas, tomates y cebolla.

[77] "profiere blasfemias excecrables, maldiciones inauditas y amenazas terribles, tanto de día como por las noches, en tal manera que tiene consternada a toda la comunidad creyendo sin violencia que es capaz

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2006

todo por el Tribunal, ordena el 15 de julio que su orden le tenga recluso a perpetuidad. Desconocemos su trayectoria posterior. La Inquisición debió librarse de él porque no le volvemos a encontrar en sus registros.

2.3.3. Las cárceles inquisitoriales: alimentos.

El caso de Fr. Antonio Rodríguez confirma el tópico de la historiografía inquisitorial que uno de los manuales escolares del nacionalcatolicismo, exagerando un poco, expresaba de esta manera: "muchos procesados por otros delitos fingían ser herejes para que los sacaran de otras prisiones y los llevaran a las de la Inquisición, en las que hasta se les daba permiso para salir de baños" [Agustín Serrano de Haro: *España es así*. Escuela Española, Madrid, 1942 (5ª ed.), *cit.* por Sopeña (2000, 158)]. En efecto, estaba en los rudimentos de la cultura carcelaria que el último recurso para un preso desesperado era, como dice uno en la cárcel real de Las Palmas, en 1787, "hacer por donde le trajeran a la Inquisición"[78]. Lea (1983, II, 407-8) cita algunos ejemplos. Los hay también, sobrados, en el Tribunal de Canarias en el siglo XVIII[79].

Para los presos pobres, la inmensa mayoría, el suministro garantizado de alimentos era probablemente la principal ventaja de las cárceles inquisitoriales. A los presos pobres de la cárcel de Santa Cruz de Tenerife un día al año les daban de comer

---

[este] desalmado de incendiar el Monasterio, de matar algún religioso o de robar hasta los vasos más sagrados. Por otra parte no la dexa algún sosiego en el día para el estudio en la librería, ni en los actos literarios en las clases, por la situación de esta cárcel en el centro del Convento y tan contigua al refectorio común, que confunde con sus desmedidos gritos la lección espiritual que a las horas de comer encargan tanto las leyes, y priva a muchos religiosos del alimento que no pueden mesclar con las expresiones ya fuertes, ya lastimosas, que penetran a aquel tiempo sus oídos. En las noches pasan con desvelo su descanso sin poder conciliar el sueño, así por el temor de que quebrantando las prisiones pueda cometer qualquier de los delictos con que amenaza, como por sus gritos continuados que penetran los más retirados retretes. Sobre estas insoportables incomodidades hay también la indispensable de que no puede ocultarse esta continua algazara de los seculares que frequentan el convento, los que, o por malignidad o por poco conocimiento de causa, o en fin, por cierta compasión natural, atribuyen los clamores continuos de este Reo a impiedad y tiranía de los Religiosos, quienes tienen noticia ya de que estas expresiones se divagan y toman cuerpo en la República".

[78] AMC, Inq. leg. CLI-27. Le denuncian por blasfemo el alcaide y el capitán de las milicias provinciales D. Francisco del Castillo Amoreto, que como hermano de la caridad había ido a la cárcel a velar a una rea puesta a capítulo.

[79] AMC, Inq. leg. LXV-24; LXXXIII-2; I-D-28, fol. 122; AHN, Inq. 1820, nº 14 (entre otros).

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2006

los conventos; pero como dice Cioranescu (1977, I, 164), "es de suponer que comían más a menudo". El hospital de San Carlos desde su fundación, en 1785, se hizo cargo de su alimentación. La Escuela de Jesucristo de La Laguna se encargaba desde 1772 de "la cobranza de tributos, alquileres y limosnas de los pobres encarcelados" (Monzón, 1994, 236). "En la Cárcel Real de esta Ciudad [Las Palmas] hay algunas fundaciones para alimentos de reos; muchas personas y comunidades caritativas les dan de comer en ciertos días, y además salen dos ministros a pedir por la ciudad los miércoles y sábados de cada semana"[80]. Los extranjeros podían recibir ayuda del cónsul y de sus compatriotas[81]. Pero, pese a éstas y otras iniciativas piadosas[82], ya hemos visto que los presos padecían "muchos trabajos, hambre, desnudez y miserias"[83].

En la manutención de los presos el Tribunal era realmente generoso. Al "animero" Antonio González, alias Guelde, pobre de solemnidad, le daban todos los días carne (de vaca casi siempre) o pescado (fresco o salado) - y a veces carne y pescado -, vino, aguardiente y tabaco; cada dos o tres días verduras, huevos, aceite, pan, queso, garbanzos, judías, cebolla, etc.; además de la leña. Estuvo preso un año, del 5 de octubre de 1791 a la misma fecha del año siguiente, y sus gastos importaron 8.335 cuartos y medio, más de 1000 reales o 100 pesos corrientes, lo que equivalía a un salario más que decente (era lo que ganaba el contador del Cabildo Eclesiástico en 1800)[84]. Los "alimentos" de Agustín Ramos, un carpintero de Madeira, residente en

[80] AMC, Inq., leg. I-D-29, fol. 200. Carta al Consejo de 15 de marzo de 1787.

[81] Al marsellés Andrés Salvat, encarcelado en Tenerife en 1718, le socorría con ropas y alimentos el cónsul, D. Esteban Porlier y le visitaban en la cárcel varios compatriotas: AMC, Inq., leg. IX-2 y LXI-22.

[82] Las multas que imponía la justicia eclesiástica se destinaban en algunos casos específicamente a los pobres de la cárcel: *Constituciones sinodales* de Dávila y Cárdenas (1737): cons. XLVI, cap. II.

[83] AHN, Inq., leg. 2384. Los presos pidiendo limosnas a las puertas de la cárcel: AMC, Inq., leg. LIV-26. Si los carceleros tenían algún interés personal – como afirmar su autoridad frente a otra jurisdicción – la situación de los presos podía agravarse. En 1773, la Audiencia encarcela a dos guardas de la Inquisición; el Tribunal escribe al Consejo manifestando "la infeliz situación y Miseria en que se hallaban constituidos los dos guardas presos, sin haber bastado a redimirles la vejación que padecen nuestras reiteradas instancias y responsabilidad que ofrecimos de ellos para que estubiesen a la resolución superior". No se hicieron cargo de sus alimentos "por no exponernos a un nuebo incidente, según recelabamos del empeño con que se había solicitado aberiguar quienes les suministraban". Pero luego se vieron precisados a hacerlo con sus sueldos porque los guardas "habían recurrido con sus humildes súplicas a la Real Audiencia exponiendo el deplorable estado, a fin de que como fuesse serbida les pussiesse en libertad para buscar su preciso substento", y ésta se había negado; "contemplamos que en tales circunstancias no debíamos ya abstenernos de una obra de piedad por los temores que recelábamos de que pudiese producir otras consequencias": *ibid.*, I- D - 29, fol. 2 (carta de 11 de octubre de 1773).

[84] AMC, Inq., leg. LXIX - 2.

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2006

Santa Cruz de Tenerife, incluyeron una compostura de zapatos y tabaco en polvo. Estuvo preso del 19 de agosto al 24 de septiembre de 1776 y sus gastos importaron 67 reales y medio[85]. Los de Fr. Antonio Arbelo, que estuvo preso algo más de un año, alcanzaron los 68 pesos[86].

No parece que el Tribunal se gastase una cantidad fija en la alimentación de los presos. En un fragmento de un libro de gastos de los presos de la segunda década del siglo, vemos que se solía librar cada dos o tres meses al alcaide 50 reales por cada preso varón; para las mujeres el plazo solía ser mayor, entre tres y cuatro meses, aunque en algún caso el libramiento se hace de 20 en 20 reales, en un plazo similar al de los presos varones[87]. Para la manutención de Catalina de Vargas, alias San Pío V, que estuvo presa en las cárceles de familiares por fingir santidad algo más de seis años, libró el Tribunal 1.550 reales[88].

Cuando podía el Tribunal se resarcía de estos gastos -y de todos los ocasionados por el proceso: conducción a las cárceles secretas, salario del verdugo, etc.- con la venta total o parcial de los bienes secuestrados. Esto requería a menudo multitud de gestiones y tiempo, y no siempre se lograba[89]. Pero no eran muchos los reos que podían afrontar los gastos de su prisión. La expresión "y no se halló colchón ni cosa propia que

[85] *Ibid.*, LXXXVIII -6.

[86] "Ha importado el gasto de la comida dada a dicho preso en los días en que ha estado, que son 556, por haver entrado el día 16 de Febrero de 84 y haber salido el día 6 de otro tal de 85, a rrazón de 19 quartos y medio corrientes cada día en carne y aderentes para el puchero, una libra de pan y cena, 54 pesos, un real de plata y catorse cuartos. A lo que se agregan 14 rs plata de unas sandalias que se le dieron de orden de V.S.": Bute, vol. XXXVII, 2ª Serie, fol. 375.

[87] A.M.C., Inq., leg. IV - 28. De los doce presos cuyos gastos se recogen en este documento, solo dos permanecieron en la cárcel más de un año (seis y siete años), otros dos un año, poco más o menos, y los ocho restantes de uno a diez meses, con una media aproximada de cuatro meses.

[88] Otros casos que parecen confirmar que con las mujeres se gastaba menos en alimentos: AMC, Inq., leg. XIV-2, y XXX - 28.

[89] El londinense Thomas Aberdeen, que ejercía de médico en La Orotava cuando fue procesado en 1740, no tenía otros medios para satisfacer los gastos que diferentes cantidades que le debían "procedidas de medicinas y salarios de tal médico". Cuando se fue a Madeira en 1749 el Tribunal no había cobrado sino "cortas cantidades": AMC, Inq., leg. . I - D - 30, fol. 90 - 9. De otro médico, Juan Perdomo, a su muerte, en enero de 1800, después de más de un lustro de gestiones, no lograron cobrar sino el importe de unos muebles que se le embargaron: *ibid.*, CLXII-65. En 1733, después de cobrar los alimentos de Juan Bartolomé Thier, el Tribunal hace gestiones para que se le devuelvan íntegros sus bienes, una parte había desaparecido en el secuestro: *ibid.*, XXXVI-11.

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2006

embargarle" aparece con frecuencia en las actas de prisión y secuestro de bienes[90]. Por eso el Tribunal se contenta a menudo con pedir a otra jurisdicción que asegure al reo, le encarcela en su convento o le señala la ciudad y sus arrabales por cárcel; y si no hay más remedio que encerrarle en las cárceles secretas, le sueltan cuanto antes[91].

2.3.4. Las cárceles inquisitoriales: el aislamiento.

Para algunos presos la principal ventaja de las cárceles inquisitoriales era que fuesen "secretas". Fr. Ignacio Rodríguez Bello, cuando pide al Tribunal que se le "releven" las penas y se le "habiliten los grados" -le faltaba menos de un año para cumplir los ocho de reclusión en un convento de su orden, privado de voz activa y pasiva y del ejercicio de sus órdenes, a que le había condenado el Tribunal en marzo de 1727-, dice que su prisión en el convento había sido más "cruel" que en las cárceles secretas, "porque en esa no padesí sino justos tormentos, pero secretos, mas en ésta han sido mucho más crecidas mis afrentas, penas y tormentos, por ser públicas de quanto cada uno quiere decir"[92]. El secreto de las cárceles inquisitoriales habría evitado que se supiera que había sido castigado por la Inquisición, o habría dejado la noticia en una nebulosa, pero el cumplimiento de la condena en el convento la había publicado o confirmado, acarreándole la consiguiente infamia.

La infamia y el aislamiento eran lo peor de las cárceles inquisitoriales para Llorente. Ya hemos visto que en la práctica el aislamiento no era tan severo. Las

[90]Los presos tenían que llevar a la cárcel "la cama y la ropa blanca de su uso" (colchón, sábanas, colchas, etc.).

[91] AMC, Inq. Leg. CXXXVII - 5. Para encerrar en un convento al solicitante Fr. Francisco García Encinoso dan, entre otras razones, las siguientes: que "el estado de las cárceles secretas y casas del alcaide es el más infeliz que habrá entre todas las inquisiciones" y "que no puede suplir alimentos, que tarde o nunca cobrará en semejantes casos": *ibid.*, I-D-30, fol. 151 r-v (carta al Consejo de 22 de febrero de 1756). Sobre Bernarda de Castro, alias Pimienta, vecina de Telde - procesada por haber recibido el día de San Miguel "la Sagrada Eucharistía sin haber precedido confesión sacramental y sin estar en ayuno natural, por haber estado la noche precedente y la misma mañana comiendo y bebiendo en unas tabernas, y también de haber respondido a su Párroco que la reconvino del crimen de haber recibido la Sagrada Eucharistía sin preceder confesión que ella había confesado con Dios" – escriben al Consejo el 27 de marzo de 1792: "la dicha Reo queda en cárceles secretas, y su causa recibida a prueba en auto de ayer; por no ser de gravedad a causa de su embriaguez, y la reo una miserable, que no tiene con que alimentarse, ni aún ropa con que cubrir sus carnes, hacemos ánimo de despacharla y no detenerla hasta consultar con V.A. su sentencia para evitar gastos al Real Fisco": AMC, Inq., leg. I - D - 28, fol. 15 v.

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2006

cárceles secretas daban a "dos calles públicas, de manera que qualquiera cosa que sucede en ellas o en la calle se oye en una u otra parte" y "por las azoteas toda la vecindad puede llegar sin embarazo a ver el patio de las prisiones, y por consiguiente lo que pasa en ellas"[93]. Descolgarse y escalar lo muros de la cárcel era relativamente fácil. Lo hizo Fr. Antonio Rodríguez y también, en la madrugada del 18 de noviembre de 1730, un tal Juan Hidalgo, ayudado por un estudiante, para robar un racimo de plátanos de la huerta del inquisidor decano[94]. La comunicación entre los presos era habitual, aunque ilícita, y pocas veces se castigada con rigor[95].

Antes de sacar a los presos de las cárceles los inquisidores tenían que preguntarles si habían tenido comunicaciones en ellas[96]. Algunos lo confiesan, como D. Cristóbal Jacinto Méndez, beneficiado de la parroquia de la Asunción en San Sebastián de la Gomera, procesado por solicitante, que dijo "que solo habló con un religioso que estava en una cárcel, y estando cada uno en la suia, que solo ablaba de los sermones y algún día rezaron juntos por los achaques y enfermedades de este Reo, quien le dixo a dicho Religioso que si su pariente el Dr. Bentura Lorenzo Méndez le preguntare por este reo le dixese estava mexor de sus achaques"[97]. Pero cuando los motivos de la

[92] AMC, Inq., leg. XXV-19.

[93] *Ibid*, I-D-30, fol 151.

[94] A.M.C., Inq. , leg. CXLVI - 13.

[95] El francés Luis Ardovin, "oficial de hacer campanas y reloxero residente en la Ciudad de La Laguna, viaxante y sin domicilio seguro", cuando el Tribunal le va a comunicar el fallo - que sea severísimamente reprendido, amonestado y apercibido en la sala del Tribunal sin forma de sentencia, abjure *de vehementi*, sea absuelto *ad cautelam*, y por penitencias saludables haga una confesión general y durante un año confiese todos los meses, rece todos los días una parte del rosario y ayune los viernes - pide permiso para confesar algo que había callado hasta entonces porque un carpintero que estaba preso que estaba preso en las cárceles secretas le había dicho que no había confesado lo que se le acusaba para no ser castigado. El cambio del voto del Tribunal que ahora – el 28 de noviembre de 1776 - le condena a que en forma de penitente con soga al cuello y una vela de cera amarilla en las manos, en la sala del Tribunal, presentes sus ministros, ocho eclesiásticos y cuatro seculares, abjure *de formali*, sea reconciliado y absuelto, y desterrado a perpetuidad de las islas, la Corte y los Reales Sitios, se debe a lo que confiesa, no a su comunicación con el otro reo: AMC., Inq., leg. LII-9.

[96] Lo establecían las Instrucciones: "Siempre que los inquisidores sacaren de las cárceles algún preso para enviarle fuera, en cualquier manera que vayan, si no fuere relajado, mediante juramento le preguntarán por las cosas de la cárcel, si ha visto o entendido, estando en ella, algunas comunicaciones entre los presos o personas de fuera de la cárcel, y cómo ha usado su oficio el Alcaide y si lleva algún aviso de algún preso. Y si fuere cosa de importancia, lo proveerán y mandarán, so graves penas, que tenga secreto, que no digan cosa de las que han visto pasar en la cárcel. Y esta diligencia se pondrá por escrito en su proceso, y se asentará cómo el preso lo consiente, y si supiere firmar lo firme porque tema de quebrantarlo": Instrucciones de Valdés (1571): Jiménez Monteserín (1981, 227-8).

[97] A.M.C., Inq., leg. CXIX – 43. Septiembre de 1712. El otro preso, Fr. Juan Herrera Leiva, excarcelado antes - en junio - declaró lo mismo: *ibid.*, Bute, vol. XXIII, 1ª serie.

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2006

comunicación no eran tan piadosos, lógicamente, no suelen reconocerlo hasta que son descubiertos. El pintor Manuel Ximénez de Campos Antúnez – Manuel Antúnez, para los amigos - procesado por "simple fornicación" [98] en 1728, cuando el fiscal le conmina a que confiese, porque le va a poner otra acusación, dice

> que si era por haber abierto las rejas de la cárcel en que estaba, que la abrió con un clavo que halló dentro de ella, sin más motivo que el de sentarse en un corralito que estaba a trasmano el día de San Ildefonso, por oír la música de las monjas. Que otras dos ocasiones estuvo sobre tarde sentado en un empedrado por donde se sale a las cárceles, sin intención ni motivo de hacer otro daño, ni abrir puerta alguna, ni pensar en otra cosa de malicia.

Pero el fiscal no se conforma con su confesión y le acusa de "menosprecio de la recta justicia que administramos", pues "en prosecución de su mala inclinación y diabólicas costumbres, odio y aborrecimiento a las cosas santas y sagradas, y a este Santo Oficio, había roto y descerrajado la puerta de la cárcel en que estaba, y saltado las paredes y muros hasta lo alto y eminente de las azoteas, que solo ayudado y asistido del demonio, su valedor, pudiera haber cometido semejante arrojo". Varias personas le habían visto desde las azoteas aledañas. Antúnez responde que no tuvo intención de

[98] Por afirmar que "el acceso carnal tenido con muger casada solo tiene la malicia distinta en especie de adulterio de parte de la muger y no del hombre, siendo este libre". En una conversación con Francisca Rodríguez del Manzano ésta le había dicho: "Manuel, ahora se me acuerda que habrá mucho ha que me dijeron que tenías tu dama, yo no lo creo. A que la respondió el dicho: es verdad, que ahora lo sabe Vd. A que le dijo esta declarante: pues como no te casas con ella para no estar en culpa mortal? A que le respondió el dicho: casarme con ella no, quererla sí, y estar siempre con ella firme en amistad, porque no era *pecado por ser mujer libre y no casada*. A que le respondió esta declarante: Manuel, no seas bobo, tú no eres cristiano, niegas el sexto mandamiento. A que replicó a esta declarante que siendo hombre soltero y mujer soltera no se pecaba, ni venialmente. A que le replicó esta declarante: no hable eso, porque es caso para ponerte en la Inquisición ". Pero Manuel se empeñó, dijo que tenía un libro que lo decía, y que si no le creía que preguntase al pintor D. Juan de Silva. Éste, cuando Francisca se lo contó, dice: "no escandalicemos a este hombre porque es menester tener maña para saber si tiene algún libro molinista". Cuando le preguntó por el libro dijo que no sabía *si lo tenía en casa o prestado, ni recuerda su título*, solo que tenía un texto de Aristóteles que decía que como fueran hombre y mujer libres no había pecado. A los pocos días fue Manuel a ver a Francisca: "D. Juan se puso conmigo con unas antífonas porque no le entregaba el libro, y que había de dar quenta al Tribunal. Yo no tengo libro ninguno. Si me llevaran allá no me han de quitar pierna ni brazo, ni me han de matar. Para estar en Argel más quiero estar allí quietito, que me dan de comer ": AMC, Inq. Leg. CLXIII-31.

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2006

fugarse y que "no consideró cometía grave delito en salir al patio, respecto a lo que sucedía en la cárcel Real con sus presos"[99].

El flamenco Juan Bartolomé Thier, ayuda de cámara, peluquero y violinista, que vivía en el Puerto de la Cruz cuando fue procesado por proposiciones en 1732, mantuvo al principio en las cárceles secretas la misma actitud desafiante que fuera de ellas[100]. Cuando el 4 de marzo de 1732 se le lee la sentencia al licenciado D. Salvador de Quesada Castillo y Sierra, condenado por solicitante, y se le hace la pregunta de rigor antes de abandonar las cárceles secretas, responde que hacía dos meses había visto en el patio de las cárceles a un hombre, al que preguntó cómo estaba allí y le había respondido que el alcaide había descuidado cerrar la puerta de su celda. Le reprendió y le hizo entrar. Otra noche le oyó tocar la gaita y bailar, y cantar en su lengua[101]. Otros presos declaran luego "que quexándose cierta persona [...] y llamando a Dios, respondió este reo que por mucho que llamasse a Dios no le avía de quitar los azotes, porque aquí eran los Inquisidores Dioses y más que Dioses"; y que decía que no huiría, que estaría allí hasta que los inquisidores "hagan lo que quisieren, y que aunque lo afrentaran en este Pays no era descrédito, pues en su tierra sabiéndolo le darían mucho la mano". El fiscal le pone nueva acusación por pertinaz: por fingirse enfermo, perturbar

> la quietud de dichas cárseles con flautas, voces y otros ruidos, rompiendo su prisión con clavos, paseándose en el patio con escándalo del Alcaide y presos, hasiendo tinta de sumos, escribiendo en ojas de pita y lienzos de su ropa, fabricando plumas con pinseles de cerdas, y otros instrumentos de palos, de cañas y huesos, con notable atrebimiento y artificio, de cuia desemboltura e insolencia están escandalisados ministros y presos, y aún los vesinos [...] se reconocía el arroxo y jactancia de este reo en la continua comunicación que abía

[99] Por lo que dice de la dificultad de la fuga parece que al menos la había considerado: AMC, Inq., leg. CXLIX -18.

[100] Decía que cada cual se salvaba en su ley, "que Dios no era más para la religión de los Católicos que para las demás religiones", que no había diablos ni infierno, etc. En las primeras audiencias se mofa del Tribunal repitiendo las preguntas que le hacen, y se atreve a decir "que bendito fuese el Rei de Francia que no permitía este Santo Tribunal", que la iglesia española favorecía a los delincuentes al darles asilo, y otras por el estilo.

[101] AM.C., Inq., leg. CLVII - 47.

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2006

> tenido en este presente año de 1732, y en expecial por los meses de mayo y siguientes, en las cárseles secretas de este Tribunal, con escándalo y mal exemplo de otras personas, repitiendo que el Rosario era un pedaso de palo pintado, y que en saliendo de las cárseles sería él mexor que los naturales de este País, porque llevaría al cuello un rosario de quentas mui gruesas, y otro de Naranjas, y que se daría golpes en la Barriga [...] que los sermones no eran más que para ganancia de los clérigos [...] diciendo que salía de la prisión para oír misa por un agujero, ciendo las dos de la tarde, en que se conocía la falsedad y mofa con que prosedía este reo de fuga.

Luego pierde las ínfulas, se calma o cambia de táctica, y dice que las expresiones malsonantes habían sido mal interpretadas, por no entender ni hablar bien el español, que por eso solicitó intérprete en las primeras audiencias; que luego con los libros españoles que ha leído y las audiencias que ha tenido ha llegado a hablarlo y entenderlo muy bien; que lo de "no usar el Rosario ni escapulario ni cruz es porque en su País el modo de orar es por libros, y que al presente, noticioso de lo muy útil que es rezar el Rosario a María Santísima, lo reza en su prisión, y demostró un Rosario con cruz que había hecho por su mano". Parece ser que convence a los inquisidores, que solo le condenan a tres años de destierro en La Laguna, donde debería presentarse todos los meses al comisario[102].

2.3.5. El "caso Perdomo".

El preso más incómodo que tuvo el Tribunal en el siglo XVIII fue, sin duda, el médico D. Juan Antonio Perdomo Bethencourt y Cortés[103]. Bachiller en Medicina por la

[102] AMC, Inq., leg. CLXXIV-38; XLIII-2 y CXXXV-1.

[103] Cuando tras ser juzgado por el Tribunal de Sevilla vuelve a Canarias y se instala en el Puerto de la Orotava, el Tribunal canario escribe al Consejo para que no permita que regrese a Las Palmas por los alborotos y parcialidades que suscitó: ya no era necesaria su presencia en ella, dicen, porque había tres médicos: AMC, Inq., leg. I-D-28, fol. 20-21v, (carta de 12 de junio de 1792). En una carta anterior, del 7 de febrero del mismo año, pidiendo la censura de la *Historia* de Viera y Clavijo se dice: "Como estos naturales, que son aficionados a la nobedad y naturalmente poco afectos al Santo Oficio, han visto que no se ha tomado Probidencia sobre lo que se refiere a Viera, exclaman cada día preconizando que no es tan justo el tribunal en las causas de Fee como se suele decir, y trahen cada instante por exemplo la del

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2006

universidad de Granada, ejerció un tiempo como médico titular de la ciudad en Las Palmas, donde estaba, seguramente, cuando la Inquisición procesó a su hermano Antonio, alcalde mayor de la isla, por entrometerse a conocer delitos de herejía[104]. Al año siguiente, en 1766, se fue a Venezuela; luego dirá que "huyendo de su tierra porque le quisieron perseguir por su libertad de hablar contra las cosas de religión". Puede ser, pero no nos consta[105]. Volvió a Santa Cruz de Tenerife en 1769 por razones familiares, y al poco tiempo retornó a Venezuela. Tuvo mucho éxito en Caracas con la inoculación de la viruela, y compró tierras en La Victoria de Aragua, un antiguo poblado de indios cercano a la ciudad, donde se instala. Allí le vemos en 1777 - de teniente justicia mayor, corregidor de indios y administrador de la hacienda de La Victoria y su partido - pleiteando con indios y mestizos para echarlos de las tierras que había comprado (mientras, leía a Rousseau y a Raynal).

Los miembros de la expedición de la armada francesa a Puerto Cabello en 1783 quedaron encantados con Perdomo: echaba pestes de la superstición, de la tiranía de los

---

Marqués de San Andrés. D. Juan Perdomo, Reo que tanto dio que hacer a este Tribunal hasta que V.A. le mandó trasladar a Sevilla, eligió por su Abogado a D. Nicolás de Viera, Canónigo de esta Cathedral y hermano del referido Arcediano, y con este apoyo, y con lo que él havía leído muchas veces, no se detenía en decir cada día al Alcayde de Cárceles Secretas, para que lo supiéramos los Inquisidores, que nos havía de perder y darnos mayor chasco que el que havía llebado el Tribunal en la causa del Marqués de San Andrés. Y con estas y otras Doctrinas y Proposiciones hizo tanto partido en el Pueblo y movió a la Ciudad para que le pidiera repetidas ocasiones, dando motibo a que se dijesen tantos dicterios contra el Tribunal, los que cada día llegaban a su noticia", *Ibid.*, fol. 13 v. Sobre el proceso del marqués de San Andrés (y vizconde de Buen Paso) cfr. González de Chávez (1985 b). Estuvo preso por la Inquisición en 1760, en la mejor celda del convento de San Agustín, mientras se instruyó su causa. Lo había estado, como vimos, en el castillo de Paso Alto, en Santa Cruz de Tenerife - por una demanda de matrimonio que le puso su sobrina - de abril de 1725 a diciembre de 1732, en que se fugó. A su muerte (el 26 de noviembre de 1762) salió en La Laguna este epitafio: "Sufrió prisiones, sustos, contratiempos,/ odios, delataciones i aun embargos; / mas las tranquilidades de su Espíritu / las dice allá un Convento, acá Passo-alto": Guerra (1951, I, 51)

[104] Procesó un tal Antonio Morales, natural de San Bartolomé de Tirajana y residente en Las Palmas, al que llamaban "el Brujo", que curaba maleficios, decía que se le aparecía la Virgen, etc. Cuando comparece ante el Tribunal – 20 de mayo de 1765 - dice que Morales "en el discurso de la prosecución de la causa le envió varios papeles [...] diciéndole que sus delitos eran de Inquisición, que le entregase a este Santo Tribunal, vomitando después en lo restante del papel sus acostumbrados disparates". De sus blasfemias en la cárcel se quejaron el alcaide y algunos presos. La causa se suspendió: "resultando de ellos [los autos] no haber procedido con suficiente advertencia de que usurpaba la Jurisdicción propia y privativa del Santo Oficio"; fue advertido y reprendido: AMC, Inq., leg. LXV-24.

[105] El 27 de enero de 1783 el Consejo mandó al Tribunal que recorriese el registro en su "cabeza", "por seguirse causa contra él por la Inquisición de Cartagena de Indias por varias prolaciones de grave censura y usso de libros prohibidos, y enunciarse en esa causa haber expresado el mismo Perdomo que ha sido reprendido por el Santo Oficio"; pero del registro no resultó nada en su contra; sólo contra su hermano: AMC, Inq., leg. I-D-29, fol. 129 (carta de 5 de junio de 1783).

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2006

españoles en el continente y de la Inquisición. Uno de ellos, Louis-Alexandre Berthier, dice: "Yo creo que sería una figura relevante si algún día reventara una revolución para lograr la independencia de esta colonia". Pero el visitador del obispado le describe como "un hombre muy locuaz, muy pagado de sí, lleno de amor propio y que piensa entender en todas las materias. Es muy jugador de naipes y de truco, gasta mucho en comer y beber, y su casa es como un mesón de huéspedes, y para mantenerse grava mucho a este pueblo y no se atreven estos vecinos a quejarse de él con este Gobernador, y por eso le temen y sufren las gabelas que les impone. De este Perdomo, según se me dice, nadie hace caso, y los hombres de juicio lo tienen por un simple locuaz, desvanecido". Este visitador, D. Gabriel José Lindo, hijo de un canario del Puerto de Cruz, vicario general del obispado y comisario del Santo Oficio en Caracas (la máxima autoridad de la Inquisición en Venezuela), más tarde rector de la universidad de Caracas, le formará dos procesos, uno eclesiástico y otro inquisitorial[106].

Las primeras denuncias a la Inquisición son de 1776: por decir que los emperadores que persiguieron a los primeros cristianos no hicieron nada malo "porque era para impedir las juntas ocultas que estos hacían y eran perjudiciales al Estado y la República"; que la simple fornicación no era pecado; que las indulgencias eran buenas para los galicados porque con las entradas y salidas de la iglesia hacían ejercicio; que en Voltaire no había cosa mala y que "si la sangre de Cristo no puede embriagar y si consagran una gran porción de vino y la bebe alguno y se embriaga, luego allí no hay más que vino". En 1779 se le acumulan otras del mismo jaez. En el proceso eclesiástico

[106] Sobre su aventura americana cfr. Hernández González (1997); Medina (1899, 386-7) hace una breve alusión a su proceso inquisitorial: "Otro de los procesados en esa época por lectura de libros prohibidos fue el médico y teniente de gobernador del pueblo de la Victoria en la provincia de Caracas, don Juan Perdomo, que logró escapar a la prisión y secuestro de bienes por haber huido a la Península en marzo de 1785". Y en una nota añade: "La denunciación siguió a Perdomo a España; en Cádiz le quitaron los *Caracteres* de La Bruyére, las *Cartas Provinciales* de Pascal y los *Delitos y penas* de Beccaria, pero logró escapar de nuevo de la cárcel por haberse embarcado allí para las Canarias. Carta del Tribunal de Sevilla, 30 de junio de 1785". Anaya - Betancor (1998) lo tratan con más detalle. Su proceso y los incidentes de su prisión: AMC, Inq. Leg. II-35; III-10; CLXII-65; Bute, vol. XXXIV, 1 ª serie, fols. 248 ss., y numerosas referencias en los libros de cartas I - D - 28 y I - D - 29; AHN, Inq., leg. 1820, n º 2; 1829, n º 8; 1833, n º 33; 2193, n º 1; 2390 y 3721, n º 1.

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2006

se le acusa, entre otras cosas, de conducta relajada en materia sexual, de no obligar a los indios a asistir a la doctrina y de no cumplir con el precepto anual.[107].

El comisario no remitió las declaraciones al Tribunal de Cartagena de Indias hasta el 17 de diciembre de 1781. El Tribunal le reprende por la demora, y ordena (el 10 de julio de 1783) su prisión en las cárceles secretas y que se siga su causa "hasta la definitiva". El Consejo lo aprueba el 3 de abril de 1784 -las distancias obligaban a estas dilaciones- y manda que se le recojan los libros y papeles prohibidos, y que antes de su prisión, dado su empleo, se de cuenta al gobernador y se solicite su auxilio si fuera necesario. Antes de que le apresen, Perdomo parte hacia la Corte, en diciembre de 1785, "a vindicar el crédito de una sobrina suya". El fiscal de la Real Hacienda trató de retenerle (por unas deudas derivadas de su empleo y de la compra de tierras realengas). Le detienen en Cádiz; pero se fuga y se embarca en la fragata "Nuestra Señora de la Paz" con destino a la Guaira. Le vuelven a detener en La Orotava, a donde había ido para ver a sus hermanas, aprovechando la escala del barco en Tenerife, el 14 de agosto de 1786. El 29 ingresa en las cárceles secretas. En julio de 1788, por razones de salud, le trasladan a la casa de su cuñada Rosa López, viuda de su hermano Antonio, con la advertencia de que no trate "sino las personas precisas a su curación". Por comunicar con toda clase de gentes le devuelven a las cárceles secretas. Regresa poco después a casa de su cuñada, donde permanece hasta noviembre, cuando ésta se va a América. Se le señala entonces por prisión el Convento de San Francisco, en el que ingresa el 19 de noviembre de 1789.

A los seis meses un fraile del convento, llamado a declarar en otra causa, cuando al principio del interrogatorio se le hace la pregunta de estilo sobre si sabe o tiene noticia de que alguien haya dicho o hecho algo contra la fe o el recto proceder del Santo Oficio, responde que ha oído a varios religiosos "hablar con duda" sobre las órdenes del Santo Oficio a causa de la conducta de D. Juan Perdomo, que comunica continuamente,

[107] Álvarez Rixo, cit. por Hernández González (1997, 54), da en un "chiste" - que seguramente oyó a su padre, y éste al propio Perdomo - esta razón para el procesamiento: "Parece que cierto cura pretendió que formase causa y encarcelara a algunos amancebados. Pero el Alcalde Mayor Perdomo observó que no creía que el amancebamiento fuese pecado, porque si lo fuese el cura no lo estaría".

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2006

de día y de noche, con gente de dentro y fuera del convento, que ha instalado su consulta en la portería, sale a visitar por las noches, da convites y recibe en su celda, entre otros, a varios ministros del Santo Oficio[108].

La ciudad -y casi toda la isla- estaba afectada por una epidemia de tabardillo, y el canónigo D. Blas Calañas, que desde el principio "se declaró abiertamente por su amigo y defensor acérrimo", movilizó a las fuerzas vivas -regidores, nobleza, oidores, canónigos... incluso al obispo, que padecía unos "flatos"- para pedir al Tribunal que lo liberase para que pudiera asistir a la población. El 24 de noviembre de 1789 el Tribunal escribe al Consejo: "nos estamos temiendo que si por casualidad enfermare o faltare el único médico que hay eran capaces las gentes de levantarse contra el Tribunal y hacer que Perdomo saliese a visitar públicamente, como ahora lo hace en las horas de la noche". Pide que le trasladen a Sevilla o a Cartagena de Indias.

El Consejo tarda más de un año en acceder a la petición del Tribunal. De entrada ordena su ingreso en las cárceles secretas. Sólo cuando Calañas logra, "para más bien justificar su pretensión", que el ayuntamiento despida al médico de la ciudad, el Dr. Pano, y le obligue a regresar a la península; y el personero, D. Dámaso Hermosilla, recibe información para justificar la necesidad de nombrarle médico de la ciudad, y acompañada de un oficio la presenta en el Tribunal, y tras la negativa de éste envía un memorial al rey[109], ordena el Consejo su traslado al Tribunal de Sevilla, que al cabo de un año le condena a abjurar *de levi*, y a destierro perpetuo de Caracas, y por ocho años del lugar de su naturaleza, Sevilla, Corte y Reales Sitios.

Sus últimos años los pasó, enfermo y delicado, en el Puerto de la Cruz ejerciendo la medicina. Su mujer y su hija se habían quedado en Caracas, y él vivía con

[108] A.M.C., Bute, vol. XXXIII, 1ª serie. Cfr. Apéndice I (declaración de Fr. Francisco Ferrer del 5 de junio de 1790).

[109] ..."y porque el Tribunal no lo concedió, hizo [Calañas] que el personero Hermosilla, revestido del carácter de su oficio, hiciese una representación a S. M. muy denigrativa contra el Tribunal y sus procedimientos, pidiendo a Perdomo por médico de la Ciudad". A Hermosilla, que era dependiente del cabildo eclesiástico, le presentan los inquisidores como instrumento de Calañas (carta al Tribunal de Sevilla de 16 de mayo de 1791).

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2006

sus hermanas[110]. Murió el 11 de enero de 1800, a los 60 años, "víctima de un sentimiento que le causó una inicua acusación sobre contrabando de tabaco, sin tener otra parte en él que haber prestado o alquilado sus bodegas a otras personas que lo depositaron allí" (Álvarez Rixo, 1994, 154)[111].

En la mañana del 14 de abril de 1791, el día siguiente de salir Perdomo para ser trasladado a Sevilla, se descubrió en el patio de las cárceles "una bolsa pequeña de encerado atada en medio de dos tablillas; y desembueltas, una carta de medio pliego dentro de la dicha bolsa, escritas sus tres fachadas y la mitad de la cuarta, todas con margen de tres dedos en blanco". Cuando el fiscal se querella "contra los que resulten reos del anónimo", dice que la encontró la mujer del alcaide, Isabel Suárez Naranjo, sobrina del secretario del secretario del Tribunal, D. Manuel de Retolaza. Pero ésta en su declaración dice que fue su marido, D. Juan Navarro, el que la encontró y "se la llevó, estando aún en la cama, la que leyó a retasos y precipitadamente, y porque su contenido era una cosa enfadosa la rasgó y dijo a su marido que no la mostrara a los SS. Inquisidores". El caso es que el alcaide la llevó al Tribunal, e inmediatamente bajaron el fiscal y el secretario, reunieron todos los pedazos y la recompusieron[112]. En la carta, según el fiscal, se evidenciaban

> y pasan a realidades, las gravísimas sospechas, pruebas y otras noticias que ya tenía el Tribunal de la mala versación e infidelidad con que se ha portado el dicho Alcayde, su Muger y D. Juan de Vega, Notario de Sequestros, proporcionándole la correspondencia verbal y por escrito con las gentes del

[110] En 1794 el obispo Tavira intercedió por él ante el inquisidor general Lorenzana: "Este sujeto es un médico bien acreditado en estas islas, de una familia muy honrada. Lo he llevado conmigo para mi asistencia y la de mi familia y de los pobres de tantos pueblos que carecen de este auxilio y he experimentado constantemente que si por alguna falta de consideración o ligereza en otra edad, a que puede llegarse también alguna enemiga oposición de sus émulos, delinquió en algún modo, hoy no hay que notar en su conducta, y en todas sus obras y palabras acredita un respeto a la Religión, en cuyas verdades y máximas está sólidamente instruido": Infantes Florido (1989, 380).

[111] Añade que "su pérdida se lamentó mucho por este vecindario por la mucha caridad que con la clase pobre practicaba". Su testamento - y otros documentos: escrituras de compra, partida de bautismo, título de médico - en Morales y Morales (1990 - 1992).

[112] Atribuyendo el hallazgo a su mujer, el alcaide -su versión es la única que tiene el fiscal cuando se querella- oculta la fracción del secreto; y para explicar la ruptura de la carta era necesario implicarla. Lo que no se entiende es que después de haberla leído la entregase al Tribunal para demostrar la culpable comunicación de Perdomo y su inocencia. Seguramente le cegó el deseo de vengarse.

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2006

Pueblo y de fuera, revelándole quanto en su causa y otras practicaba el Tribunal, sirviéndole de capa y contribuyendo a todos sus enredos, maquinaciones y recursos a la corte, por sí y por sus Amigos, y a las demás maldades que arroja su literal relato, de lo qual se han ocasionado al Tribunal las muchas amarguras que ha padecido y le amenazan, las persecuciones y contradicciones fomentadas contra su justificación y conducta por varios Amigos del Reo, haciendo de ella horrorosas pinturas y denigrándola ante el mismo Real Trono, sembrando por todas partes el veneno de su malevolencia, con gravísimos perjuicios y menoscabo de su decoro y pública reputación[113].

[113] La carta decía lo siguiente: "Mi amigo: No hay paciencia para Vmd. Anoche acudió el Sugeto a la hora señalada, y dice que tocó y estuvo a lerta a ver si le echaba Vmd. alguna, y nada, que es un contento. Quiera Dios no sea que este Vmd. malo o haya habido alguna novedad. Desde que Retolaza dijo a los Sres. que a Vmd. le echaban cartas por el muro tengo mil sobresaltos. Bien que es factible que esto se lo dixera a Vmd. el Alcayde a fin de atemorizarle a Vmd., y no haya habido tales carneros. Por otro lado no dudo que los Alcaydes meterían a Retolaza en eso, como bobo, para sanearse ellos con los Sres., y no piensen que son ellos de quienes Vmd. se vale para saber las cosas. En fin, como anoche no me respondió Vmd. como esperaba, a la mía de antenoche hago mil juicios, mayormente siendo asunto de importancia, temo sobre todo no la cogiera el Alcayde, y por eso no toco en esta el asunto, hasta no saber de Vmd. si la recibió, y así acudiere yo al sugeto en el día y la hora consabida por la respuesta de aquella y esta. Cuidado no errar el golpe./Advierto a Vmd. que no sea bobo, si no cogió la de antenoche pídasela al Alcayde, que el sin duda la cogió, y no es creíble la haya presentado a los Sres. por el miedo que a Vmd. tiene no le descubra Vmd. sus picardías, y en este caso el se la dará a Vmd. amenazándole con que si no dará Vmd. cuenta a los Sres de quanto él y su muger han traído y llevado a Vmd. Con esto él, si no la ha entregado, se la dará a Vmd. de miedo. / Pero si no se la da, o dice que él no ha visto tal carta, seguro la entregó al Tribunal, y entonces le llaman a Vmd. En tal caso no hay más que decir que es fingida del, que Vmd con nadie tiene comunicación, pues la letra no nos descubre, ni el contenido de ella. Y entonces no dude Vmd. manifestar al Tribunal como él y su muger le han fasilitado desde que le traxeron de la Orotava no solo tinteros y papel, etc., sino que hasta le han llevado las cartas al Correo, y ellos iban a pedírselas a Padrón las que a Vmd. venían de España y América. En fin, manifiéstele Vmd. todas sus picardías al Tribunal, el dinero que le han chupado a Vmd. por estos oficios, y los regalos de la saya y manto de alepin a la Alcaydesa, el vestido de tafetán a él, y los otros muchos. El comercio que han hecho de sus recetas con todo el lugar mientras su prisión. Con esto saben los Sres. que ellos han sido los primeros Alcahuetes, y pagará el Alcayde el quererse sanear a nuestra costa. En fin diga Vmd. los primores que el Tribunal ignora de estos pícaros: lo de haber héchose Vmd. con la llave dorada con entrada en palacio puede perder al Alcayde, pero a Vmd ser dañoso. / Quizá yo me canso en vano y Vmd por floxedad no me ha contestado. Cuidado que se acudirá el día y hora sabida. No me tenga Vmd. con cuidados. Le aseguro a Vmd que desde que perdimos el conducto de nuestro Alcayde estoy con mil cuidados. Caro nos costaba, pero era seguro. Si Vmd. no fuera terco con él nos comunicaríamos, o con su muger, que a él se le conocen las ganas, a pesar de la amenaza de la multa que le echó el Presidente. / Vamos a esto. El Correo está para venir luego. Tendrá Vmd. resultas del memorial de Vmd. a Porlier, y del escrito de Hermosilla al Rey. Si Vmd. tiene cartas avíseme de todo. Si tiene Vmd. las resultas de esto, como se espera, merece que Vmd. estime mucho los servicios que en esto le han hecho los Alcaydes. Ojalá que después acá no se hubiera Vmd. descompuesto con ellos. No andaríamos ahora con estos sustos. / Déxese Vmd. de procurar Damas de noche con el Alcayde en el paseo. Si lo sabe la Alcaydesa más tendría Vmd. que sentir que Navarro. Bravamente juega Vmd. con todas. Ya era razón mandara Vmd. a la Alcaydesa a pasear, pues me temo algunas malas resultas de eso, aunque su marido sufre carretas por tener a Vmd. contento. / Vega dice que Vmd. a él y a Navarro los paga muy mal, pero que por no descubrir Vmd. a otros sujetos los cubrirá también a ellos. A Dios. Yo me hallo mejor de la muelas con aquello. Quiera Dios que en el otro viaje no me suceda lo mismo":AMC, Inq., leg. III – 10. La carta

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2006

El Tribunal interroga a los implicados. Identifica al autor de la carta, el canónigo D. Blas Calañas[114], y se entera de los pormenores de la prisión de Perdomo. Isabel Suárez declara que Perdomo le dijo que D. Blas Calañas y D. Juan Perdomo, capellán de las monjas bernardas y pariente suyo, eran los que le informaban de todo lo que sucedía por fuera, aunque nunca le dijo cómo; que sabía "quanto se trabajaba en el Tribunal porque tenía un negrito que se lo decía", y que los frailes de San Agustín le daban algunas noticias a su pariente el capellán. Le dijo también que un amigo le había avisado de que aquella noche le embarcaban, y que para volver loco al presidente y que supiera que tenía noticia anticipada de todo tenía preparada una lista de las cosas que no eran suyas para entregársela a la despedida. Sobre los regalos dice que Perdomo, cuando estuvo preso en casa de su cuñada,

> envió [...] de regalo a su marido tres cueros de Tigre, y que en otra ocasión, que no puede decir ciertamente quando, dio [...] a la declarante unos doblonsillos en oro para que comprase, como lo hizo, a su marido un vestido de tafetán, pero que a ella jamás le regaló cosa alguna [...] que es incierto le regaló manto y saya de alepín, y que solamente le dio unas hebillas, que en el fondo son de metal y por fuera están plateadas. Que el manto y saya de alepin le compró la misma con su dinero, pero porque su marido no se enfadara le dixo al Reo Perdomo se lo

está también en las sumarias contra Blas Calañas, su presunto autor: Bute, vol. XXXII, 1ª Serie, fol. 8-9, y Juan Rodríguez de Vega, notario de secuestros: Bute, vol. XXXIV, 1 ª Serie, fol. 256 v - 257.

[114] *Dos o tres días antes de la partida de Perdomo había sido nombrado por el cabildo, sede vacante,* visitador de la ciudad e isla. El 29 de marzo de 1792 le denuncia por solicitante – la solicitación había tenido lugar hacía veinticuatro años – una viuda de Las Palmas. Ya había sido denunciado por lo mismo en 1788. El fiscal ahora le acumula a este delito - que "acredita su antigua criminal conducta" - otro "contra el recto y libre ejercicio del Santo Oficio y protección de Reos de enormísimos errores". Dice que de las declaraciones tomadas en la causa que se formó a raíz de la aparición de la carta resulta la "vehemente presunción de que él fuese su autor". El informe del cura del Sagrario – "a su noticia no ha llegado el menor rumor contra el susodicho sobre el porte de su vida" - le describe como "de genio festivo y alegre". También el Tribunal, cuando envía la primera denuncia al Consejo, el 27 de mayo de 1788, dice que "su genio es muy alegre y de bulla" (... "pero no perjudica ni da mal exemplo en sus conversaciones"; no pidieron entonces informes *vita et moribus* al provisor porque "podía revelarse el secreto" al ser también capitular). Todos los interrogados sospechan que fue él el autor de la carta; el dolor de muelas al que se alude en ésta - que dado el carácter de Calañas sería casi público - confirma las sospechas: Bute, vol. XXXII, 1ª Serie, fols. 1 ss.

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2006

mandase con un criado quando estaba viviendo fuera, y que se le envió con dos varas de terciopelo, que asimismo compró la declarante[115].

Sobre sus comunicaciones con el reo dice

que en tiempo que estaba la puerta abierta entró tres o cuatro ocasiones a ver si se le ofrecía algo, y que otras hablaba con él por la rendija de la puerta [...] que en tiempo que tubo con tabardillo una niña de cuatro años pasaba a su casa a verla a distintas horas de las cárceles secretas; pero que allí no iba nadie de fuera, porque en su casa no hay tertulia, que solamente concurrió con él allí mismo D. Juan de Vega, Secretario de Secuestros, que iba a ver a la niña [...] quando estaba enfermo de la enfermedad que murió el Coronel D. Cristóbal del Castillo, Gobernador de Armas, enviaban de su casa algunos papeles o razones de como se hallaba. La declarante los tomaba y se los daba a Perdomo por una rendija de las cárceles, y por allí mismo tomaba la dicha respuesta de Perdomo [...] que a los principios de estar el Reo en las cárceles secretas, la dixo un día que le hiciese el gusto de ver si tenía alguna carta en el Correo, y que con motivo de ser visita de la Muger del Administrador fue a su casa, preguntó si había cartas para Perdomo, le trajo una y se la entró por la rendija de la puerta.

El alcaide y el secretario de secuestros niegan haber facilitado las comunicaciones de Perdomo, y el segundo niega también haber dicho, cuando la ciudad pidió que le liberasen, que el Tribunal no deseaba sino hallar un pretexto honesto para ponerlo en libertad[116]. El primero le sacaba a pasear por las noches cuando estuvo en las cárceles secretas, y el segundo cuando estuvo en casa de su cuñada, pero dicen que lo hacían siempre por encargo y con la autorización del Tribunal, y que no le permitían

[115] Perdomo declara luego que regaló a la mujer del alcaide unos doblones "que serían como sesenta pesos", un anillo de esmeraldas y unas hebillas de moda "de la bella unión"; y al alcaide cinco cueros de tigre, unos manatíes y una banda de seda.

[116] Uno de los sujetos más "condecorados" del Ayuntamiento fue luego al Tribunal para decir que habían obrado de buena fe, y sólo por esta noticia. Otro dijo al fiscal que cuidaran de un clérigo loco que mantenía el Tribunal, que le estaba enredando con la ciudad y el pueblo.

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2006

hablar con nadie. Ambos declaran que Perdomo se jactaba de estar bien informado, por "un negrito". Lo mismo dice Francisco Déniz, que estaba preso en una cárcel contigua a la de Perdomo y fue su asistente -nombrado por el Tribunal- cuando estuvo "desazonado"[117].

Perdomo, cuando es interrogado -el 16 de junio de 1791- por la Inquisición de Sevilla en esta causa, desmiente sus declaraciones[118]. Reconoce que cuando estuvo preso en las cárceles secretas mantuvo correspondencia a través de ellos con los canónigos D. Nicolás Briñez y D. Blas Calañas, con D. Juan Perdomo, capellán de las monjas de San Bernardo, con el alguacil mayor de Santa Cruz de Tenerife, D. José Rodríguez Carta, que entonces vivía en Las Palmas[119], y con D. Fernando del Castillo, Conde de la Vega Grande; y a través de éste, con su mujer y su cuñado, en América, y sus hermanas, en Tenerife. También se valió del paje, Gerónimo Sainz y Calvo, y del mozo de mandados del inquisidor decano, Gerónimo Ramírez, alias Gangocha, para sus comunicaciones. Todos ellos fueron también los "directores" de las infinitas recetas que hizo.

[117] Cuando el alcaide le preguntó "que por donde sabía estas cosas [que a Calañas le habían nombrado visitador] le respondió dicho reo que él tenía un negrito que se lo decía todo". A Déniz cuando le preguntó por donde sacaba los papeles le dijo: "Déxate hombre, que yo tengo un negrito que me hace todo esto".

[118] Por lo que se refiere a los paseos nocturnos más bien las confirma: "no ha havido más que haver hablado una noche en la orilla del mar con la Coronela, que vino disfrazada con su hermano el Conde a hacer relación de la enfermedad de su marido; y dos noches hablamos con D ª Sebastiana del Castillo, enferma, la qual una nos sorprehendió sin haverla conocido hasta que no habló e informó de sus enfermedades, estando ella sentada en la Puerta de la Hermita de San Juan; la otra se la fue a hablar directamente por el que declara y el alcaide, en las gradas de la Iglesia de los Remedios, sobre sus mismas enfermedades, y con ningunas otras mugeres de ninguna clase ni condición se ha hablado más, como podrá decir dicho alcaide".

[119] En una "Instrucción para examinar a D. José Rodríguez Carta" se dice: "Hay relación que quando D. Josef Rodríguez Carta estaba en esta Ciudad tenía comunicación por escrito con D. Juan Perdomo [...] y que los conductores de las cartas eran D. Juan Rodríguez de Vega, entonces Secretario de Secuestros, y Gerónimo Ramírez, alias Gangocha, mozo de mandados del Sor. Inquisidor Decano. Hay también relación de que su tío el Canónigo D. Andrés Vélez supo que a Carta le daban papeles de Perdomo, quando estaba en cárceles secretas, y que él mismo le dixo a dicho su tío que se correspondía con él, y que una ocasión le pidió chocolate para mandar a Perdomo, y aún le vio que le daba papeles Gerónimo Ramírez, criado del Sor. Inquisidor. También hay relación que en una ocasión quiso Carta que el Alcayde D. Juan Navarro entrase a las cárceles secretas a Perdomo una carta o papel que le daba para él, y dicho Navarro se resistió a ello. También hay noticia que otro día quiso D. Josef Carta que el P. Mro. Fr, Luis Vázquez, Srio. del Santo Oficio, entregara a Perdomo una consulta médica que le había venido de Tenerife, y éste le respondió que fuera a dar parte a los Sres. Inquisidores": AMC, Inq., leg. II - 35.

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2006

Sobre la forma en que le "dirigían" las recetas y la correspondencia dice que la mujer del alcaide, cuando las cárceles estuvieron abiertas[120], bajaba a los patios y él iba todos los días a su casa; el secretario de secuestros le daba las cartas unas veces por debajo de la puerta de la secretaría de secuestros, que daba a las cárceles secretas, otras en la sala de la casa del alcaide, delante de su mujer, y otras en las cárceles, adonde bajaba también con la mujer del alcaide; D. Gerónimo, el paje, primero se las arrojaba por la azotea de las casas del inquisidor decano, que miran al patio de la cárcel, y después, cuando estuvieron abiertas las cárceles, se las daba en la mano, en el cuarto que está al salir de las cárceles; y Francisco Déniz, como no podía salir, llamaba a sus padres y hermanos[121].

En vista de los inconvenientes que podían resultar de citar a los contestes, el Tribunal decide el 23 de agosto suspender las diligencias hasta dar cuenta al Consejo. En la carta que acompaña a la sumaria dice que al alcaide, su mujer y secretario de secuestros,

> creemos muy preciso su castigo para remedio del concepto en que desde entonces está tenido el secreto y auctoridad del Santo Oficio [...] que de un año a esta parte en que empezó el mayor escándalo, solo ha comparecido en el Tribunal una Persona a hacer dos denuncias, quando hasta entonces habían sido muy frequentes.

Pide que, sin más pruebas, se les prive del oficio; y a los demás cómplices que, al menos, se les reprenda y conmine por públicos perturbadores e impedidores de la

[120] Luego dice que se las cerraron y le quitaron al criado (Francisco Déniz) cuando el alcaide le vio *hablando con el paje, con el que estaba reñido, y dio cuenta al fiscal.*

[121] El secretario de secuestros llevó cartas a D ª Sebastiana del Castillo, D. Blas Calañas, D. Andrés Vélez, y D. José Rodríguez Carta, y distintas recetas para varios lugares de la isla, y procuraba traer las respuestas de sus hermanas de Tenerife, "para lo qual buscaba los Patrones de Barcos en Triana". El alcaide solo llevó dos recetas para el conde, y esto con el consentimiento del inquisidor decano. La alcaidesa entregó "infinitas o casi infinitas" recetas: a las Señoras Castillo, hermanas del conde, a un primo suyo en la Vega, D. Blas Navarro, a Telde, "y en fin, a toda la isla, pues se valieron de esta Señora infinitos para este fin ". D. Gerónimo Sainz solo le entregó tres o cuatro cartas del conde, dentro de las cuales venían algunas de América y de Tenerife. Y "Geromillo", el mozo, "un millón".

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2006

jurisdicción del Santo Oficio. Pero el Consejo solo les autoriza a formalizar las sumarias "en cuerdas separadas" del alcaide y el secretario de secuestros[122]. Los dos niegan las acusaciones, al menos al principio, porque las causas están incompletas[123]. El alcaide niega las acusaciones, a todas luces falsas, que había formulado contra él Perdomo en el Tribunal de Sevilla: que le tuvo los trece meses de su prisión en las cárceles secretas sin comer otra cosa que puchero de vaca salada, que no le permitía cambiarse de camisa sino cada quince días, que le hacía levantarse a media noche a orinar en el patio, que le daba de comer a deshoras, etc.[124]. Dice que siempre le asistió con su puchero de carnero, vaca salada o tocino, y gallina cuando estaba delicado, según él lo pedía y se lo tenía mandado el inquisidor; que nunca le trató mal de obra ni de palabra, "antes le tubo mucho que sufrir de malas palabras, como decirle que era un bruto mentecato"; de ropa "se mudaba todas las semanas y aún más a menudo, según él lo pedía"; todos los días a mediodía le llevaba una talla con agua, y las comidas a "la hora competente", aunque algunos días se retrasó por no ser visto, pues había gente en su casa, pero el reo decía que no importaba porque estaba acostumbrado a comer tarde; aunque admite

> que alguna vez llegaría el chocolate sin espuma o algo vertido, por la distancia de la casa del alcayde al patio de las cárceles secretas, y porque el declarante tiene mal pulso y apenas puede llevar una jícara de chocolate sin derramarlo; por cuya razón posteriormente llevaba la misma chocolatera hasta la puerta y allí lo batía.

Si la prisión de los reos pobres y modestos de la Inquisición era muchísimo mejor que la de sus iguales en las cárceles reales, la de Perdomo como vemos, fue comparable a la de D. Juan Primo en el castillo de Paso Alto.

---

[122] Auto de 31 de enero de 1792. Sin embargo hay otra sumaria contra el paje Gerónimo Sainz: A.H.N., Inq., leg. 1833, nº 33.

[123] Bute, vol. XXXIV, 1ª Serie, fol. 248 ss. Gray Birch (1903, 976): "the papers are incomplete at the end, but the process appears to have been suspended".

[124] Cfr. Gray Birch (1903, 975-6). Todo esto no cuadra con lo que hemos visto de su prisión. Lea (1983, II, 425) parece dar crédito a Perdomo, aunque añade: "Sin embargo, otros pasajes de las actas de Canarias muestran un laudable deseo de aliviar los rigores de la reclusión ".

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2006

2.4. El secreto.

El secreto más extremo es otra de las características más señaladas de la Inquisición española. "Contemporaines du Saint-Office ou historiens modernes ont tous souligné cette excessive discrètion, soit pour la censurer, soit pour la justifier" (Escamilla-Colin 1992, I, 191). En la Inquisición medieval se solía ocultar a los reos los nombres de los testigos[125]; en la romana se exigía a los ministros que guardasen secreto sobre todo aquello cuyo conocimiento pudiera perjudicar la actividad del Tribunal; pero en la española, tras unos primeros años de vacilaciones, en los que incluso los procesos llegaron a ser públicos, el secreto lo cubría prácticamente todo, incluso en los negocios que no eran de fe (cfr. Lea, 1983, II, 362 ss.; Galván, 2001). Salvo la identidad de los ministros y lo que el propio Tribunal quería publicar -autos de fe, edictos, etc.-, todo era secreto, hasta la legislación (cfr. Henningsen, 1989). A todos los implicados en sus actuaciones -no sólo a los ministros, sino también a los reos, testigos, abogados defensores, médicos, traductores, etc.- se les exigía, bajo la amenaza de graves penas, que guardasen secreto. Hasta el reo cuando abandonaba las cárceles inquisitoriales debía jurar guardar el secreto sobre su caso y sobre todo lo que hubiese visto u oído en ellas[126]. El secreto era, pues, el medio en el que se desenvolvía el Tribunal.

Las razones del secreto no eran únicamente técnicas o instrumentales[127], sino también "políticas": el secreto mantenía o consolidaba el poder y la autoridad del Santo Oficio. El secreto, decía el Tribunal gallego en 1607, en una carta al Consejo, "es cosa

[125] Bonifacio VIII (1294 - 1303) trató de limitar esta práctica a los casos en que la publicación pudiese suponer un grave peligro para los testigos: Aguilera Barchet (1993, 420).

[126] Llorente (1995, 207) no veía justificación para esto: "Esta narración no es ni puede ser delito, siempre que no se le imponga obligación de callar, la qual no se yo con que razón se pueda imponer, y menos con el aditamento de jurarla, respecto de que si la Inquisición ha procedido rectamente, como lo deben creer los inquisidores, no solo no le resultará perjuicio alguno, sino antes bien de positiva utilidad, en que todos sepan su justificación; y el reo no se verá privado de la dévil parte de consuelo que suele recibir contando sus aventuras".

[127] Proteger a los testigos, promover las delaciones, evitar la deshonra de los reos, etc. Cfr. Galván (2001, 112 ss.: "El bien jurídico protegido"). En el proceso penal ordinario, tanto en el iniciado por pesquisa (inquisitivo) como "por denunciación", se mantenía en secreto la pesquisa o el nombre de los delatores: Tomás y Valiente (1992, 158–9), y prácticamente toda la fase sumaria -equivalente "a la actual fase de investigación policial, más que a la actual fase sumaria de instrucción judicial, ya que en el proceso inquisitivo de entonces el juez dirigía la investigación casi desde el principio hasta el final"-: Tomás y Valiente (1973, 226; también 182 y 184); Alonso Romero (1982, 163-5).

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2006

tan importante a la estimación y respeto que siempre se ha tenido a las cosas de la Santa Inquisición y a sus ministros, pues cuanto más secretas son las materias que tratan tanto más son tenidas por sagradas y estimadas de los que no tienen noticias dellas" (Contreras, 1982, 149)[128].

Ya hemos visto – a propósito de la prisión de Fr. Ignacio Rodríguez Bello en su convento - que el secreto podía tener efectos favorables para los reos. Por esta razón, por sus "saludables efectos", Llorente en los *Discursos* parece inclinarse por su mantenimiento. Después de exponer escuetamente la opinión del "mayor número de los críticos del día" en contra del secreto -que en los primeros tiempos los procesos eran públicos "sin que por eso dejaran de producir los efectos del escarmiento y temor en los demás", "que el derecho natural ordena conceder al acusado todos los medios de defensa" y que si los inquisidores proceden "con justificación y equidad" no puede haber ningún inconveniente en la publicidad-, dice que

> Sin embargo el secreto produce saludables efectos (dicen otros); sin él no havría quien se atreviese a delatar, ni aun a ser testigo por temor de las desgracias que acaso le produgese la manifestación de la verdad. Los reos mismos estiman infinito el secreto de sus causas después de fenecidas. En los presentes tiempos en que ya no hay autos de Fe ni autillos públicos tan ligeramente como en los de Felipe 2°, son muy pocos los procesados cuya causa se publica, en comparación de los que son absueltos o reconciliados en el tribunal a puerta cerrada. Todos estos agradecen imponderablemente la circunstancia del secreto porque conservan para con el público la misma estimación religiosa que antes, y sus familias y parentela el honor popular como si no hubiera existido tal causa, la qual se ignora, porque los ministros del tribunal callan en cumplimiento de su obligación. Si el proceso se hubiera seguido sin secreto ellos habrían padecido

[128] Lea (1983, II, 367): "la extrema importancia del sigilo se afianzó definitivamente al ver que aseguraba la libre irresponsabilidad de sus acciones y daba al pueblo la impresión de una misteriosa impecabilidad". Escamilla-Colin (1992, 196): "Le secret fut la force de l'Institution, la clé de son enorme pouvoir de contrôle". Cfr. las observaciones de Simmel (1986, I, 357-424) sobre las que llamó la atención Caro Baroja (1974, 20-28).

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2006

bastante, quedando su fama religiosa obscurecida entre las nubes de la duda y la opinión.

Si el orden de proceder que llevo yo propuesto en esta obra se adoptase, tal vez cesarán todos o casi todos los motivos que han ocasionado la crítica del secreto, y los sabios se conformarían con dejarlo correr, como lo hacen con el que se observa en los procesos criminales en las causas que llaman de "Estado".

Yo no quiero decidir el problema porque considero más útil dejarlo reservado a la prudencia del gobierno[129].

La protección del honor, fama u opinión de todos los implicados en los procesos – fundamentalmente de los reos y los testigos - es, justamente, el motivo más alegado por el Tribunal de Canarias en el siglo XVIII para encarecer el secreto. Y no parece que sea un disfraz "ideológico" con el que el trate de encubrir sus auténticas motivaciones, puesto que sus actuaciones confirman esta preocupación[130]. Sólo pondremos un par de ejemplos muy distintos y distanciados temporalmente para probarlo. El 21 de junio de 1786 Antonio Fernández Pino, un labrador de 48 años, vecino de Los Llanos, denuncia ante el comisario de Santa Cruz de La Palma a Francisco Cerón por negar la presencia

[129] Llorente (1995, 252-3). Jiménez Monteserín (1984, 1452) entiende, con razón, que aconsejaba mantener el secreto. Sin embargo, en la *Noticia biográfica*, Llorente (1982, 95) dice que "por apéndice añadí que todo se remediaría si se adoptase la publicidad de los juicios, como en los tribunales eclesiásticos de España"; Dufour (1986, 113) dice que lo hizo oralmente (no aclara como lo sabe). En los *Discursos* Llorente señala también algunos aspectos del secreto en los que no suele repararse, como la relación del secreto inquisitorial con el carácter penitencial del Tribunal. En el discurso segundo, que trata de los ministros del Santo Oficio, dice: "No tengo por combeniente que un empleo de esta clase se pueda conferir a personas seculares [...] Aunque en el Santo Oficio no se ventilasen otras causas que las de confesores solicitantes bastaba para retirar su noticia de todo secular; en ellas se revelan muchas cosas del santo sacramento de la penitencia para cuyo secreto no quiso Dios avilitar sino a los sacerdotes [...] Finalmente todas las causas de la Inquisición participan mucho de lo penitencial, por lo que deben manejarse en quanto sea posible por solas las personas avilitadas por Dios para oír en penitencia"(157). [Lea (1983, II, 368) también alude a esto de pasada; y Mereu (2003, 207) dice que el secreto inquisitorial "nace como una derivación del secreto confesional"]. O la independencia que daba al Tribunal el secreto: aunque Carlos III por la R.C. de 5 de febrero de 1770 previno que nadie fuese preso sin que el delito estuviese plenamente probado, "como nadie suele saber fuera del tribunal la resultancia de los procesos, ha seguido la práctica sin novedad" (194).

[130] Esta motivación no era exclusiva de la Inquisición. Ya hemos visto lo que decía Llorente de las causas "de Estado". Las *Constituciones sinodales* del obispo Cámara y Murga (1629), que adopta -y completa- Dávila y Cárdenas (1737), establecen "que las causas de infamia se traten con mucho secreto": const. XXIII, cap. III.

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2006

de Cristo en la Eucaristía. El denunciante estaba fabricando una casa con Cerón y otros peones, y pidió a uno de ellos que rompiera una piedra que había en medio de una mancha de trigo, con cuidado para no quebrarle éste. Se suscitó entonces una discusión sobre si era trigo o hierba, a la que el patrón quiso poner fin diciendo que "no se pusieran en esa réplica, que bastaba hacerse la hostia de él". Pero Cerón dijo:

> ¿qué era la hostia sino un pedazo de pan? A que contestó el declarante diciéndole que era verdad, que antes de consagrar era pan, pero que después de consagrada estaba allí Jesu Christo real y verdaderamente, como estaba en el cielo, y que así lo creía. A que respondió el dicho Francisco Cerón que aquello era una apariencia, que conforme los santos que están en el altar era una apariencia, que aquello también era una apariencia.

Por más que sus compañeros intentaron disuadirle para "que dijera que aquello lo había dicho el barrilito de vino", se mantuvo en sus trece. El patrón se enfureció, le dijo que "no lo quería más en trabajo suyo, porque hombres como él no los llevaba", "levantó la mano" contra él, y "si no fuera por un poco le había de virar las quijadas atrás". Luego le denunció.

Los calificadores, que se explayan en la historia del error (Simón Mago, Berengario Audegabense, valdenses, calvinistas, etc.), le consideran formalmente hereje. El fiscal pide el 19 de abril de 1787 -habían pasado diez meses desde la denuncia- su reclusión en las cárceles secretas con secuestro de sus bienes, y que se siguiese la causa hasta la definitiva. El Tribunal no emite su voto, como era habitual, el mismo día o al día siguiente, sino el 30 de abril:

> Dijeron, que atendida la poca instrucción de este Reo, y que aunque no consta estubiese ebrio, estaría a lo menos algo bebido, como suele suceder a los peones en este género de trabajo; la navegación y distancia que hay a la expresada Isla de la Palma, y que por esta razón sola no se guarda regularmente el secreto que desea el Santo Oficio y se difaman los presos, era su voto y parecer que este Reo

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2006

> sea llamado ante el Comisario de la Ciudad de La Palma, y que éste, ante el que hizo de Notario en la Sumaria, o ante otra persona que elija, previo juramento, le reprehenda y conmine gravemente, haciéndole antes cargo de sus excesos y escándalos causados[131].

El otro ejemplo, de 1758, es una de las pocas ocasiones en que al remitir la sumaria al Consejo los inquisidores discrepan sobre la forma de conducir el proceso; y fue, básicamente, por tratar de preservar el honor de las monjas -y de la comunidad- del convento de San Bernardo de Las Palmas, que actuaban como testigos en la causa contra el dominico Fr. Nicolás Cabeza[132]. D. Bernardo Loygorri opinaba que había prueba suficiente para votar su prisión sin necesidad de examinar antes a dos monjas, cuyos testimonios no estimaba precisos ni sustanciales, y pone en la consideración del Consejo "que es muy difícil que en este convento pueda examinar y ratificar por sí un Inquisidor a dichas contestes y practicar semexantes diligencias en este y otros negocios sin que se haga mui reparable, cause bastante nota y se exponga la opinión de estas religiosas y el buen nombre de toda la comunidad, y sin que al mismo tiempo se aventure en parte el secreto del Santo Oficio en materia de tanta gravedad", como ya se había experimentado en la misma causa; y no se podía remediar "por la situación de los locutorios que se rexistran de las celdas y miradores". Por la misma razón -por no aventurar el secreto- es partidario de que asistan a las ratificaciones por "personas honestas" los mismos confesores que mandaron delatar a las testigos.

El otro inquisidor, D. José Domingo Hermosa, no cree que las condiciones del convento sean tan malas para recibir las declaraciones, y piensa que si se nombra "persona honesta" al confesor que mandó hacer la denuncia "puede resultar manifestación del cómplice y conocimiento de la persona del penitente, quando en la

---

[131] AMC, Inq., leg. XCV-25. El subrayado es del original. El Consejo aprobó el 4 de julio el voto del Tribunal, y le censuró que no hubiese pedido informes del reo. Cuando el comisario escribe comunicando el cumplimiento del mandato dice que "dio bastantes señales de verdadero arrepentimiento, consevilisándolo con lágrimas. Es así que este hombre es muy sencillo y sano, objeto que sirve de burla en su lugar, dándole cantaleta (según estoy informado) cuando se junta con otros en los trabajos, tirándole chinitas y migajas de barro para provocarlo".

[132] AMC, Inq., leg. CVII-1.

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2006

confesión no le hubo, porque en la ratificación expresan uno y otro por sus nombres, estado y apellidos", y el confesor presenciando este acto se informa de lo que *intra confesionem* no pudo saber, ni lícitamente preguntar. El Consejo dio la razón a Loygorri y mandó extremar las precauciones para no exponer el secreto[133].

El interés del Tribunal por el mantenimiento del secreto tenía también una vertiente menos altruista: era necesario para el buen funcionamiento, para que hubiera denuncias, los testigos declarasen la verdad e incluso para que los delincuentes confesasen sus culpas. Porque en ocasiones las dos vertientes del secreto estaban íntimamente relacionadas; como en los casos, extremos pero elocuentes, de los "espontáneos"[134]. En 1722 el beneficiado de La Orotava D. Antonio Rodríguez Ximénez Pimienta, acude al obispo en busca de remedio para una penitente que había ido a confesar por el cumplimiento anual y en el sigilo de la confesión le había manifestado algunos casos de "herejía externa". El obispo lo pone en conocimiento de la Inquisición, y ésta pide al párroco que informe del estado de la penitente. Éste dice que se trata de una mujer que hace más de veinte años "está con este laberinto de cosas, poniendo en grave cuidado a los hombres más doctos". Dos o tres veces se obtuvo del Tribunal

[133] AMC, Inq., leg. I-D-30, fol. 183-187v. La carta del Consejo (21 de agosto de 1758): *ibid.*, leg. CVII-1: "que en quanto a la diferencia que ha ocurrido sobre examinar los testigos citados en la sumaria antes de votar al reo a prisión, aunque no se puede dar en esta parte regla invariable para todos los casos de esta naturaleza, pues el examinarlos antes o reservar algunos para después de presos los reos se ha de determinar por la prudencia y juicio del Tribunal, atendidas las circunstancias tanto de la prueba que ya hay en la sumaria como las de los testigos que faltan, que a las veces declaran más bien la verdad preso el reo. Pero en el caso particular de esta sumaria está bien el no haverles examinado, por haver suficiente prueba [...] Que en el punto de examinar por sí los inquisidores a los testigos observéis en adelante que nunca vayan a este efecto a casa particular ni comunidad religiosa, sino en el caso preciso y urgente de que sea el testigo religiosa o persona distinguida con quien alguno de los inquisidores tenga amistad, y por razón de ella se disimule más la dilixencia. Y assí estos exámenes los cometeréis a ministros calificados, y quando parezca oportuno a alguno de los confesores de las religiosas que se hubieren de examinar, dándole la instrucción necesaria por ante un secretario u otro ministro calificado, y esto se entienda y haga en caso necesario, aunque se hayan valido del mismo confesor o aconsejado las religiosas para sus delaciones./ Que respecto de las personas honestas que deben asistir a las ratificaciones, se os ordena guardéis la instrucción 11 de 1498 fha en Ávila, y no se tenga por inconveniente el que asistan a la ratificación los confesores que mandaron delatar [...] Que guardéis buena correspondencia y armonía".

[134] Es decir, de los "individuos que por diversos motivos se acusaban voluntariamente a sí mismos": Lea (1983, II, 477). Según el carácter y los motivos de la confesión se podrían establecer varias clases de "espontáneos". Aquí nos referimos a los que podrían denominarse "espontáneos puros", aquellos a los que no mueve a confesar sino el arrepentimiento y el deseo de obtener el perdón del Tribunal (*tribunal de la penitencia*, que tenía reservada la absolución de estos "pecados").

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2006

licencia para absolverla, pero ha reincidido en las mismas y otras culpas contra numerosos "artículos y verdades católicas"[135]. Parece que está arrepentida y desea el remedio de su alma.

> Y en quanto a passar esta persona a essa Ysla a comparecer personalmente ante esse Tribunal, ay mucha imposibilidad. Lo primero su fama y crédito, y que se diga la llevan por Bruja, y se haga público lo que hasta ahora está oculto, y que llegue a pensar que por lo que ha manifestado debaxo del sigilo de la confesión la llevan a Canaria [...] Lo segundo su suma pobreza, que es tanta que más no puede ser, ni se puede dar colorido alguno a que pase personalmente sin que padezca su crédito. Ser mujer que está criando un niño, que no puede tan fácilmente como si fuera hombre[136].

El Tribunal, sin embargo, no halla "imposibilidad moral para dexar de comparecer en este Tribunal por la ninguna nota que de ello se le puede seguir, respecto de su esphera y pobreza, por cuias razones puede mudar el domicilio sin ella, y avecindarse o a lo menos, con pretexto de su necesidad, buscar socorro en lo socorrido desta Isla", y pide al beneficiado, el 3 de julio, que la exhorte para que comparezca, "en que se conocerá su verdadero arrepentimiento, y logrará la total quietud de su conciencia, que de no, la aventurará". El párroco contesta el 15 de octubre que ha retardado la respuesta porque ha estado tratando de persuadirla, pero se mantiene negativa. El 23 el Tribunal le pide que insista. Le asegura que no va a padecer su fama, "pues para con su marido, que es lo más que ella dificulta, se le podía fingir con equívoco cierto negocio que le precisaba ir a hacer, y si no quisiera decir a Canaria, dixera que le era preciso passar a La Laguna o a Santa Cruz por 15 o 20 días"; pero ella responde

---

[135] ... "adorando en su casa algunas cosas como si fuera el mismo sacramento y decir que Dios no es todopoderoso; que todo lo que la Iglesia tiene dispuesto y creído son ritos ceremoniales, como los de la ley antigua; y que la secta de Mahoma y la de los herejes son verdaderas, y aun casi más que la de Dios; y también contra la potestad del Papa y la pureza de la Virgen Santísima, en algunas ocasiones leyendo en los libros que contienen cosas de misterios, y mudaba las palabras y componíalas de modo que sonasen cosa opuesta a dichos misterios, delante algunas veces de personas, como su marido o algunas más. Asimismo algunas blasfemias hereticales, con asenso interior, como decir reniego de Dios y otras diferentes; y esto muchas ocasiones antes y después que la absolvieran; decir que la Virgen de Candelaria era bruja y creerlo"...

[136] AMC, Inq., leg. CLXXVIII-118. Carta de 23 de mayo de 1722.

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2006

que por lo que mira a su persona está prompta a executarlo assí, y que conoce lograr de esta manera el alivio a su consciencia, pero que halla gran dificultad en manifestar su crédito, así para con su marido, que no la dexará ir sola a parte alguna, como para con los demás parientes y conocidos que precisamente han de llegar a saber el viage, aunque ella lo haga muy ocultamente, y han de inferir luego que sin duda alguna la llevaron a Canaria quisá por Bruja. Que este le hase grandísimo peso, y que primero se quiere estar así toda la vida que echar su crédito a la calle, que lo estima tanto como a su Alma, que ésta es su respuesta assí aora como más adelante.

El beneficiado reconoce "que por la experiencia que tengo de esta Villa, esto y mucho más se dirá en ella. Y aunque lo haga con todo el sigilo que pide la materia, es imposible dexar de saberse que fue a Canaria, pues es una tierra ésta muy trabajosa, y que en ella no ay cosa oculta". Pero el Tribunal no le da facultad para absolverla, y le pide que siga insistiendo. Le proponen que se delate ante el comisario, actuando el beneficiado de notario, y se sigue negando. Después de un año de intentos infructuosos por convencerla, el beneficiado escribe al Tribunal: "yo descargo mi conciencia con aver estado un año ha o más, persuadiéndole lo que le conviene [...] impútese a ella toda la culpa"[137].

La dificultad para mantener el secreto no era una especificidad de la Villa de La Orotava ni del momento. Antes y después hay quejas parecidas en distintos lugares del archipiélago. Unos agustinos habían escrito al Consejo el 20 de enero de 1702 diciendo que "este partido de La Orotava, [es] de tan abreviado suelo que por conocidos entre sí sus habitadores unos a otros se comprenden, aunque los disfrace y oculte el manto más recatado"[138]. El comisario de Garachico decía en 1772 que "lo limitado de este terreno no permite silencio ni cosa oculta que luego no se sepa"[139]. El vicario eclesiástico de Fuerteventura escribía en 1801: "por aquí, más que en otras partes, es menester usar de

[137] AMC, Inq., leg. CV-45. Subrayado del original.
[138] AMC, Inq., leg. CXXVI-14.
[139] Ibid., leg. LXXIX-8.

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2006

mil rodeos y precauciones para que los asuntos no se trasluzcan"[140]... Los inquisidores, que tenían una visión de conjunto, cuando envían al Consejo la sumaria contra el agustino Fr. Francisco Torreblanca, del convento de Garachico, por haber propalado en este pueblo y los circunvecinos la denuncia que hizo contra Fr. Gabriel Benítez, dicen que

> El quebrantamiento del sigilo es a nuestro entender uno de los negocios que se deben mirar con mayor atención en estas Islas, por la facilidad que sus naturales tienen en hablar lo que saben, sin respeto ni miedo a la religión del juramento. Quando se examina algún testigo en este Tribunal ponemos, por la razón dicha, mucho cuidado en explicarle la obligación del sigilo y la fe del juramento, manifestándoles las penas temporales que le están impuestas si le quebrantan. Pero con todo este cuidado tenemos muchas ocasiones el disgusto de saver que apenas salen a la calle dicen a lo que fueron llamados al Tribunal.
>
> Mucho peor sucede con las comisiones que damos a las demás Islas, pues sin embargo de las repetidas reconvenciones que sobre esto se han hecho a los Comisarios del S.O. y a los Curas de que nos valemos, para que hagan a los testigos las adbertencias correspondientes, inmediatamente se habla de ellas como de *un negocio público*, sin poderse justificar cómo ni por quien se publican, pero desde luego creemos que sea por los mismos testigos, imbuidos casi todos en la *perniciosa máxima* de que por caridad se le debe avisar al acusado para que se delate o haga lo que más convenga a su defensa[141].

[140] Ibid., Bute, vol. XXXV, 1ª serie.

[141] AMC, Inq., leg. CXXXV-29. (Carta de 28 de septiembre de 1790; también en I-D-30, fol. 344). El Tribunal había votado – el 11 de septiembre de 1790 – la prisión de Fr. Francisco Torreblanca en el convento de Las Palmas, y que se le diesen una o dos audiencias de cargo y con lo que resultase se volviese a ver y votar la causa. El Consejo manda – el 5 de septiembre de 1791 - que comparezca en la posada del inquisidor decano y ante el secretario se le conmine y advierta "consulte su conciencia sobre el modo de cumplir la obligación que tiene de bolver por el honor de las personas a quienes ha difamado, mandándole haga unos exercicios espirituales y confesión general por 15 días con el director que se le nombrase, y embíe certificación de haberlo executado el Tribunal". Su provincial fue más severo: le trasladó de convento y no le dejó predicar. Cuando Torreblanca recurre al Tribunal para que le conceda "la gracia y la misericordia de dexarme continuar mi predicación, para con la limosna que me dan sostener a mí i a una hermana mui pobre i dos sobrinitos", éste escribe al comisario para que le haga saber que "en quanto a la licencia que pretende esté a lo que le mande su prelado Provincial".

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2006

Éste era uno de los motivos, quizá el más noble, de la quiebra del secreto, pero no era el único. A veces se avisaba, no al acusado, sino a los contestes[142]; o los denunciantes, para perjudicar al acusado, aireaban la denuncia[143]; o la notoriedad de la prisión del reo desataba las lenguas (no necesariamente para ayudarle)[144]. En algunos casos la filtración se pudo producir en la propia sede, por ministros o colaboradores del Tribunal. En 1756 se remitió al Consejo una denuncia contra una novena dedicada a la Virgen del Pino. El Consejo mandó que se prohibiese por un edicto particular, pero el Tribunal expuso los inconvenientes y el Consejo, el 22 de abril de 1757, aceptó prohibirla en un edicto general. El 28 de mayo de 1772 el Tribunal escribió al Consejo diciendo que no tenía noticia de que se hubiese incluido la novena en ningún edicto general, y que se seguía haciendo con el mayor fervor "aunque con nota de muchos por algunas especies que se divulgaron de las concurrencias anteriores"[145]. ¿Quiénes divulgaron las especies: el denunciante, los calificadores?

---

[142] AMC, Inq., leg. IX-6. El 18 de agosto de 1708, cuando el comisario de La Laguna le hace a Juana Ruiz la pregunta de estilo sobre si presume el motivo por el que es llamada a declarar, dice que estando para venir "a cumplir con la obligación de christiana y alibiar su conciencia, por avérselo mandado assí su confesor, como por averle dicho Carlos Delgado, maestro de sedero, vecino asimismo de esta Ciudad, que vive en la Plaza de los Remedios, a esta declarante que estaba para venir ante dicho Sr. Comisario a hacer una deposición de la dicha Madalena Fonina, para que le dixo a esta declarante la avía de citar".

[143] El alcalde mayor de la Gomera escribe al Tribunal en 1773 "que es pública y notoria [...] en toda la [...] Isla que el Venerable Vicario de aquel partido ha hecho sumaria contra mí, con comisión del Santo Oficio o sin ella, por haberme acusado y acriminado de ciertas proposiciones que el espíritu vengativo de algunos sugetos malcontentos por el castigo y reprehensiones que han sufrido, merecidos por sus excesos, en cumplimiento debido de la jurisdicción que ejerzo, han pretendido calificar de heréticas, depravadas o escandalosas"...: AMC, Inq., leg. CLXXIII-74.

[144] Tenía razón el dominico Fr. Juan Herrera Leyva – por más que sus delitos estuvieran sobradamente probados – cuando decía que al conocerse su prisión, siendo "hombre conocido en aquella república [La Laguna] por su calidad y graduación, en todas partes se avía de discurrir el motivo, y por más piadoso dirían: solicitación de mugeres en la confesión; y esto bastará para multiplicar testigos a millares [...] [pues todos dirían] lo habían oído decir". Los que salían en defensa de los reos contribuían también a la difusión: una mujer declara el 3 de abril de 1712 que Fr. Miguel Ortiz "andava diciendo que todas las mujeres que avían declarado contra el lector fray Juan de Leiva las avían de llevar a Canaria por embusteras, y castigarlas el Santo Tribunal de la Inquisición": AMC, Inq., Bute, vol. XXIII, 1ª serie. En la causa contra Salvador Cerpa uno de los testigos declara que "sólo ha oído decir después de su prisión, sin acordarse a quien, que el dicho Serpa decía que no podía entrar en el cuerpo de las criaturas el cuerpo del Señor sacramentado"; otro que el cura había dicho "que la causa de la prisión del susodicho era porque decía que Nuestro Señor Jesucristo no estaba en la hostia consagrada": *ibid.*, leg. XCVIII-10. Aunque se tomasen precauciones era difícil evitar que trascendiera. Cuando vota la prisión de Fr. Nicolás Cabrera, el 7 de febrero de 1788, para evitar que se hiciese pública, y la nota de que pasasen los ministros a hacer el embargo de sus bienes, el Tribunal envió mandan las llaves de su celda al prior para que hiciera él. Pero el 29 de febrero una mujer declara que oyó a una muchacha que Fr. Nicolás estaba preso en la Inquisición: *ibid.*, leg. XXX-11.

[145] AMC, Inq., leg. I-D-30, fol. 285.

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2006

El 2 de junio de 1773 el comisario de Gáldar, al que se había pedido información sobre el maestro de pajes del obispo, D. Rodrigo Raymon, que pretendía calificarse, escribe que habló con una "mujer noticiosa", Gerónima Bosa,

> y estando en conversación sin darme por entendido con ella, me dijo: dísenme que se va a calificar Dr. Rodrigo Raymon, pues él puede serlo, estando su madre y dos hermanas en la Ciudad de vendederas, con parientes mulatos y nota por Marcial Perdomo de morisco[146].

¿Quiénes fueron en este caso los responsables de la filtración? Todo apunta a los secretarios. En los casos de solicitación, son los confesores presentes en la lectura de la sentencia, especialmente si no pertenecían a la misma orden que el reo, los principales sospechosos. Cuando el 13 de diciembre de 1790 el Tribunal pide clemencia al Consejo para el agustino Fr. Guillermo Cames y Ome, y que se le lea la sentencia en la sala del Tribunal en presencia de sus ministros y sólo cuatro confesores de su orden, cuentan que otro agustino fue condenado en 1788 por lo mismo y se le leyó la sentencia ante doce confesores, cuatro seculares y ocho regulares: cuatro de su orden y dos de cada uno de los conventos de Santo Domingo y San Francisco; "y aunque en el Tribunal se previno a todos la obligación de guardar secreto para con los que no fuesen confesores y principalmente respecto de los seculares [...] no obstante a muy poco tiempo después se divulgaron sus delitos y dicha sentencia por toda la Ciudad, con toda la particularidad y menudencia que de ella resultaba"[147].

---

[146] AMC, Inq., leg. CXXXVII-20.

[147] AMC, Inq. Bute, vol. XXXIII, 1ª serie. Se refiere Fr. Nicolás Cabrera, del que el fiscal en su petición (3 de octubre de 1787) sospecha que es un falso espontáneo, que se autodelata por "haver comprendido hallarse denunciado, mayormente teniéndose poco reparo en descubrir el secreto del Santo Oficio, como no lo tienen los naturales de estas Islas y resulta de otras diligencias [...] y el estilo también que se guarda en los exámenes para confesores de advertirles que deben prevenir a los penitentes avisen al confesor solicitante la diligencia que van a practicar de delatarlo al Santo Oficio para que pueda espontanearse antes, con el pretexto de evitarle la infamia [...] por precepto de confesores de su mismo convento, que imbuidos acaso de la máxima referida de anticipar el aviso al reo, y porque no padezca de otra suerte el honor de su religión"... que el cambio de confesor de algunas penitentes pudo darle a entender que le habían denunciado: *ibid.*, leg. XXX-11. El cambio de confesor solía alertar a los solicitantes. En 1794 el franciscano Fr. Blas Franchy Gordillo fue a ver al inquisidor decano "diciendo que sabía hallarse denunciado por solicitante en el confesionario con una Monja llamada Sor. María del

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2006

El caso es que por diferentes vías - sin que el Tribunal pudiera "justificar cómo ni por quien se publican" - y motivos - "avisar al acusado para que se delate o haga lo que más convenga a su defensa"[148] u otros -, los asuntos del Santo Oficio trascendían con demasiada frecuencia y el Tribunal poco podía hacer por evitarlo. El secreto era fundamental en la Inquisición: sin denuncias no podía funcionar, y el secreto minimizaba los riesgos que corrían los delatores y los testigos. Éstos, por la naturaleza de los delitos, no obtenían -en principio- ningún beneficio personal de sus declaraciones, y en cambio, si trascendían podían resultar seriamente perjudicados (en sus relaciones sociales y familiares, medios de vida, etc.).

Para no levantar sospechas muchas denuncias se hacen por medio de los confesores y se toman toda clase de precauciones. A María Ruiz, alias Ancheta, soltera, de 40 años, que vivía con una tía y una hermana en Las Palmas, en la esquina de la Calle Nueva que da al barranco, su confesor la había obligado a denunciar lo que oyó decir, desde el interior de su casa, en una ventecilla colindante, a un hombre cuya identidad ignoraba: "io no creo, ni nadie me hace creer, que Dios fue consebido por obra del Espíritu Santo, y sobre eso nadie tenga que argumentarme". En la carta que escribe al Tribunal el 17 de junio de 1786, que el mismo confesor se encarga de llevar, dice que hace la denuncia

> ... por medio de esta carta, pues hallo muchos inconbenientes para presentarme io personalmente, siéndome presiso ir acompañada, pues jamás he andado sola en la calle, se haría mui ruidosa en la casa mi ida al Tribunal, me harían preguntas y

Carmen de San Juan Cevallos, que por Dios mirase el Tribunal por su crédito, que él prometió no volver jamás al Convento ni confesar monja alguna. El Inquisidor Decano procuró disimular por no quebrantar el secreto y lo despachó políticamente. Con esto no pudo saber como llegó a entender el P. Franchy estar denunciado, pero de su conversación infirió una de dos cosas, o que la Monja San Juan Cevallos se lo había dado a entender, o que él lo había presumido porque le despachó y buscó otro confesor": *ibid.*, leg. I-D-28.

[148] Otra posibilidad era acusar a los delatores. Fr. Ignacio Rodríguez Bello se presentó en el Tribunal el 25 de octubre de 1710, al enterarse de que dos hermanas le habían denunciado por solicitante, y las acusó de energúmenas; un mes después presentó un papel – escrito por él "todo y parte"[?] – en el que desarrollaba sus acusaciones: AMC, Inq., leg. XLV-6.

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2006

> repreguntas para que digese a que había ido. Se pueden recelar que io he sido la delatora del sugeto i seguirse de ello perniciosas consecuencias[149].

Si los acusados eran poderosos, era "moralmente imposible" que los testigos declarasen la verdad. Lo dice el comisario de La Laguna cuando envía, en 1799, las declaraciones de unos escribientes, citados como contestes en una denuncia contra el alcalde mayor D. Matías López Lago:

> bien juzgué yo desde luego que unos muchachos sin instrucción, sumamente pobres y que viven vajo la protección del juez ordinario, como que no subsisten sino de escribir en los oficios, quales son los testigos [...] no era fácil, sino más bien moralmente imposible que declarasen la verdad y guardasen el secreto en materias contra el Alcalde Mayor[150].

Pero si no se guarda el secreto en la medida en que el Tribunal lo hubiera deseado, sí que había más secreto en la Inquisición que en otros tribunales. El efecto de este "resto" de secreto en las declaraciones lo podemos ver contrastando las que hicieron los mismos testigos ante la justicia ordinaria y ante la Inquisición, en la causa de D. Alejo de la Guardia, en 1772. Desde que llegaron de América y se avecindaron en el Relejo de Arriba, en las isla de Tenerife, los hermanos D. Baltasar y D. Pedro Benito Dávila, naturales de El Hierro, y la mujer del primero, D ª Juana Martínez, natural de Santo Domingo, empezaron a esparcir la voz de que D. Alejo, que se había casado hacía unos meses en el Puerto de la Orotava, ya estaba casado en América. Luego, para descargar su conciencia o porque algún confesor le obligó, D. Pedro le denunció ante el comisario de La Orotava. Antes de la llegada de los herreños habían corrido rumores, pero nadie le había denunciado. Las diligencias del Santo Oficio trascendieron. D. Alejo acudió al corregidor y logró que éste le recibiese información ante un escribano. Cuando el

[149] AMC, Inq., leg. II - 49.
[150] AHN, Inq., leg. 1827, nº 32.

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2006

comisario tuvo noticia de esta sumaria dictó un auto, de una dureza inusual en aquel tiempo, obligando al escribano a entregar los autos originales[151].

Aunque los hermanos y D ª Juana Martínez dicen que "por no incurrir en la excomunión negaron ante el escribano comisionado lo que habían dicho y sabido en el asunto", el verdadero motivo nos parece que radica en que ya no les protegía el secreto. Las prolijas declaraciones ante el comisario sobre los dos matrimonios en América de D. Alejo de la Guardia, primero en Tabasco, donde estuvo dedicado al comercio de cacao, y luego en Santo Domingo, donde "a pocos meses de casado, haviendo recivido carta de la muger de Tabasco, se la dexó a la de Santo Domingo debaxo de la almohada y se ausentó, robándole plata, prendas y lo más que pudo", se convierten ante el escribano en una escueta confesión de ignorancia:

> dixo que no puede dar razón de ninguno de ellos [...] porque el declarante es natural de la Isla del Hierro, y solo fue transeúnte en aquellas Provincias, onde no tomó razón de vida de nadie, ni menos tuvo ajuste sobre el cacao que se refiere, ni conoce al que le presenta más que por el nombre. Que es lo que puede decir.

---

[151] "En el Puerto de la Cruz de la Villa de la Orotava, a 24 del mes de Julio de 1772 años. Su merced el Sor. D. Joseph Antonio Peraza y Socas, comisario del Santo Oficio en este partido de Taoro, dixo: que por quanto es llegado a su noticia que en el lugar del Realexo de Arriba se está practicando, en virtud de comisión de la Justicia ordinaria, por el escrivano Joseph Rodríguez de León, cierta información acerca de averle dicho ser casado en la América D. Alexo de la Guardia (que lo es en este puerto de la Orotava), siendo, como es, uno de los principales encargos de su ministerio, defender quanto esté de su parte la jurisdicción y pribilegios que competen a dicho Santo Oficio, y tocando como toca pribatibamente, según la última disposición de su magestad (Dios le guarde), el conosimiento del crimen de Poligamia a el Santo Tribunal de la Santa Inquisición, por brebe remedio mandaba, y mandó, que qualquiera Notario del Santo Oficio, y en su defecto otro público, notifique a el mencionado Joseph Rodrigues de León, o a la persona en cuyo poder parare dicha Sumaria, que dentro de dos horas la entregue original en el estado en que se hallare, sin dexar traslado alguno, pena de excomunión mayor lata sententia, y de doscientos ducados aplicados a la voluntad de los M. Illes. Sres. del Sto. Tribunal, para en su vista dar la providencia que corresponda"...: AMC, Inq., leg. XXIII-33. El comisario no había actuado con precipitación; cuando envía las declaraciones, el 27 de julio, dice sobre el auto del día 24: "Aquí no hay consultor del Santo Oficio, ni menos abogado. Yo quisiera acertar, pero no tengo otro recurso que a lo que dicta la razón". El 1° de agosto el Tribunal se lo recrimina, y le ordena que envíe sin dilación la sumaria hecha por la justicia ordinaria. El día 3 el comisario escribe disculpándose y exponiendo los motivos que le impulsaron a hacerlo: ..."y según la instrucción general, en las inhibiciones pueden los comisarios proceder, aunque no a declarar, sí a dar las primeras letras de censuras y penas en forma de monitorio, quando ay algún peligro en esperar o consultar, aviéndolo aprehendido en el presente caso por la aceleración con que me informaron caminaban a castigarles el perjuro [...] Quedo advertido para lo suesivo de no proceder de igual modo en caso alguno, sin consultar

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2006

Pero si el secreto solventaba algunas dificultades, también complicaba y retrasaba sobremanera el trabajo del Tribunal. Veamos algunos ejemplos. El comisionado por el Tribunal para examinar a una testigo en Lanzarote, en la causa contra el solicitante Fr. Miguel de Herrera, escribe el 22 de julio de 1714 -un año después de que se abriera la causa-, que aunque ha estado "con todo desvelo buscando la ocasión más oportuna, de calidad que se pueda hacer sin que se entienda nada, ni aun la más mínima presunción, siendo cosa tan delicada", no ha podido examinarla; y expone las "razones y dificultades que se han ofrecido":

> estar la casa de la tal persona en medio de esta plaza y vivir en compañía de sus padres con familia larga que asisten en ella, sin tener más que dos salitas cortas, y que todo el más del día está llena de vecinas y deudas que le están asistiendo más tiempo ya de dos meses, y en los días quasi cercanos de una preñez que tiene; y conocer yo el sujeto del marido, que es un tontillo. Y aunque hice juicio todos estos tiempos de hablarle en la Iglesia y sitarla para que una tarde viniese como a hacer oración y entonces hacer la diligencia en la sacristía, no lo he podido lograr por no venir tampoco a la Iglesia[152]

Una comisión similar se da en 1791 al beneficiado de Guía D. Lorenzo Montesdeoca, "para que buscando la ocasión que le parezca más proporcionada" reciba declaración a una mujer, "joven e hija de familia", que por medio de él, su confesor, había denunciado por solicitante al franciscano Fr. Miguel de Espinosa. Al enviar la denuncia el confesor había pedido "que en atención a su estado y poca libertad para poder cumplir con esta obligación tan grave sin ser notada" se valiese el Tribunal "de todos los medios más suaves". Se le autorizó para que nombrase notario al presbítero

---

a V.S. primero, porque no siendo facultatibo no me quiero exponer a errar, y aunque bien se que en algunos cabe la misma resolución, puedo ignorar en quales la deba tener".

[152] AMC, Inq., Bute, vol. XXXIV, 2ª serie, fols. 10 ss. Cuando finalmente se acumulan bastantes testimonios en contra de Fr. Miguel de Herrera se da orden a otro comisionado "para que con el mayor disimulo y secreto que sea posible executará la prisión, la qual no hará ni executará hasta que no ayga embarcación segura que venga en derechura a esta Isla, no aviendo noticia de enemigos".

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2006

que le pareciera idóneo, e incluso, si no lo hubiera, le tomara la declaración "por sí y ante sí". Cuando se le recrimina la tardanza, responde que la declaración le

> consume mucho tiempo por las circunstancias de ser muchacha y única muger de su casa, a que se ha agregado haver estado su padre malo [...] porque qualquiera cosa que impida el que se le oyga a tal hora ya no hay lugar en otra, no puede estar sino un corto instante sin hacer falta en su casa, es necesario tomar de palabra por adarmes e ir extendiendo hasta que concluye, y se espera después la ocasión de que lo oyga leer y lo firme[153].

Como el honor de la mujer era extremadamente delicado, estas dificultades podían ser insuperables. En 1779 un franciscano, Fr. Francisco Guzmán, se autoacusa de haber cometido acciones impuras en un lugar de su convento de San Pedro Alcántara, en Santa Cruz de Tenerife, que había servido de confesionario[154]. Cuando la mujer con quien las había cometido es llamada a declarar dice "que la relación que tiene el Santo Oficio de las referidas acciones es incierta". Por más que el comisario trató en varias ocasiones de convencerla de "que no avía dificultad para padecer tales acciones sin su consentimiento y que de éste no se le preguntaba, y que de ningún modo padecía detrimento su fama", y "que dado caso que huviesse consentido el Santo Oficio no intentaba saberlo, sí solamente castigar al sacerdote [...] y que assí por este como por el secreto que tenemos jurado, nada perdía de su buena opinión", no hubo forma de lograr que declarase otra cosa[155].

---

[153] AHN, Inq., leg. 1833, nº 34. Las mismas dificultades tiene para tomar declaración a los testigos. En una carta de 22 de abril de 1792 dice que no son sus tareas pastorales las causantes de la demora, sino "el ser necesario guardar tanto el secreto y dar la casualidad de que entre los testigos haya hijas de familia, que para cada una es necesario conceder una temporada a fin de conseguir dos o tres noches en que sin nota de sus casas puedan declarar y ratificar. Actualmente estoy esperando la ratificación de una que aunque es casada su marido se halla en Indias, es muchacha y su padre la zela mucho [...] porque temen el que se las llame y no puedan decir después el asunto, porque es motivo de sospechas [...] De no practicarlo de este modo en pueblos cortos, en que todo se nota, no hay que esperar secreto". El 2 de agosto escribe diciendo que falta la ratificación de una testigo "porque es una muger cuio marido hay poco que ha venido de América, no tiene aún destino y por eso está siempre en su casa, y así no puedo llamarla, porque si él sabe que yo la llamo corre riesgo el secreto y puede estar en sospechas de que mi llamado es para corregir algún exceso o defecto en su conducta".

[154] La Bula de Gregorio XV *Universi Dominici Gregis* (30 de agosto de 1622) incluía este supuesto en el delito de *solicitatio ad turpia*: cfr. Alejandre (1994, 32 ss.).

[155] AMC, Inq. Bute, vol. XXXI, 1ª serie.

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2006

En 1816 cuando el comisario de Icod le dice a un testigo que había citado a su mujer por conteste, que iba a hacerla comparecer, éste respondió "que si lo tal sucediera se vería en la necesidad o de atravesarla con un cuchillo o de arrojarla por la ventana", que estaba resuelto a no consentirlo, "porque el Tribunal no puede autorizar un divorcio, que resultaría sin duda de una tal comparecencia"[156].

Para solventar estos inconvenientes y los derivados de la revelación del secreto, poco podía hacer el Tribunal. Dejar de tomar declaración a algún testigo cuando presume que "no dirá la verdad ni callaría el secreto, porque era mui simple"[157]; renunciar a uno de sus "principios", el registro por escrito de todas las diligencias, al pedir a un ministro que "con todo sigilo y reserva se informe, sin escribir sobre ello cosa alguna, de las costumbres [...] y si ha dado que decir en punto de honestidad" alguien que había sido delatado[158], o acceder a la petición de una testigo de que no se registrase una parte de su declaración, "porque no se negara en otra ocasión a dar noticia de otro suceso"[159]; no pedir informes *vita et moribus* a los párrocos cuando se recela que pueden revelar el secreto[160]...

Sólo en los últimos años, para avivar el respeto y el temor, bastante decaídos, el Tribunal la emprende contra los reveladores del secreto. El primer caso del que tenemos

[156] AHN, Inq., leg. 3719, nº 70. El asunto era ciertamente escabroso. La parte de su declaración en la que cita a su mujer es ésta: "que no cree ser llamado por otra cosa que por el pasage que va a referir: que habiendo ido de paseo con D. Alonso Méndez a San Felipe, hablando los dos de D. Luis Sánchez, le ocurrió al testigo un pasage que le contó su muger [...] D. Francisco González, que tiene alguna familiaridad en casa del declarante, entró un día diciendo que Sánchez no se curaría jamás, porque era un loco, que le acababa de decir en aquel momento que salía de su casa, que en aquel día había disfrutado a su muger muchas ocasiones, y que la última vez que la llamó no habiendo ésta querido ir, tubo una polución voluntaria contemplando una Virgen de los Dolores que le quedaba enfrente de la cama".

[157] AMC, Inq., Bute, vol. XXIV, 1ª serie.

[158] AMC, Inq., Bute, vol. XXIII, 1ª serie.

[159] AMC, Inq. , Bute, vol. XXVI, 1ª serie, fol. 148. El comisario de La Palma al remitir la denuncia contra el dominico Fr. José de Acuña y Rojas, en 1739: "y me parese presiso decir V.S. que la deponente prosedió con modo vergonzoso, que lo infiero de haverme dicho como dentro de la confesión le expresó al referido Fr. Joseph de Acuña estar ensinta; a lo que respondió el subsodicho no será de quien usted piensa; dándole a entender no ser suyo. Sobre cuyo asumpto nada más se ofreció, y me pidió con lágrimas no lo pusiera por diligencias por la nota que le pudiera causar. Y porque no se negara en otra ocasión a dar noticia de otro suceso lo omití, y doy quenta de ello a V.S. por lo que ymportare".

[160] AMC, Inq., leg. I-D-29, fol. 256.

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2006

noticia es de 1789, cuando el fiscal se querella contra Antonio de las Casas, vecino de Los Llanos, de oficio mercante, por haber revelado el secreto. En un informe sobre un ministro que intentaba calificarse, el alguacil mayor había añadido una nota en la que informaba al Tribunal del poco secreto con que se habían realizado unas pruebas, arremetía contra el comisario -"incapaz de tal empleo por su facilidad y limitación, causa porque habiendo sido veinte y más años beneficiado del lugar de Puntagorda, yendo a oposiciones para otro, le quitaron del todo aquel y retiraron a su casa"-, y dejaba caer lo siguiente: "me consta que en otras diligencias de gravedad se ha relajado el secreto y sabídose".

El Tribunal comisiona a un fraile para que le examine y se explique sobre lo que apuntaba en la carta. Las "diligencias de gravedad" en las que se había revelado el secreto eran las realizadas contra el alcalde mayor de la isla, que yendo de Santa Cruz a Los Llanos a un inventario, al tiempo de comer, en la cumbre, siendo día de abstinencia, comió carne y pescado, y cuando le dijeron que no podía hacerse esa mezcla respondió "que no había embarazo"; y también porque "diciéndole de algunos escándalos de amancebamientos, respondió: qué havía de hacer, si los hombres havían de ir a las bestias?". En las diligencias para averiguar quien había revelado el secreto los testigos no tenían noticia de que tal cosa hubiera ocurrido. Sólo el sargento D. José Osavarry dice que tuvo "la especie" de que el alcalde mayor salía para Canaria por el franciscano Fr. Antonio de Fuentes. Éste dice que fue el sargento quien le dijo que había oído a Antonio de las Casas que el Tribunal "estaba actuando" contra el alcalde mayor. Interrogado en Las Palmas, donde residía "con motivo del comercio del azúcar", Antonio de las Casas lo niega. El fiscal no le cree:

> no es creíble que este delito quepa en otros que en los testigos, mayormente en quienes por aversión tal vez al citado Alcalde Mayor, es fácil dejarse llevar de esta especie de asechanza contra su honor, la qual con frequencia se experimenta en gente de tráfico, por la justa vigilancia con que los jueces necesitan corregir y

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2006

> escarmentar sus falsedades y común malicia. Por falta, no obstante, de probanza, corresponde se suspenda esta sumaria hasta que la haya suficiente[161].

Luego vienen los casos ya referidos de Fr. Francisco Torreblanca, la expedición francesa al río Orinoco y la prisión del médico Juan Perdomo. El siguiente, en 1802, es contra un vecino de Vilaflor (Tenerife), Pedro Rodríguez de Quixada, que denunció a D ª Ana Luisa del Castillo y Venero y lo propagó por el pueblo. A un vecino le dijo que D ª Ana había dicho "que el alma era un celaje y que quien quería tener algo no tuviera miedo del infierno"; a otro se le acercó un día y le dijo: "quiero decir a Vmd. una cosa mediante la mucha satisfacción que tengo de Vmd.; y entonces le dijo: dicen que han acusado a D ª Luisa Ana al Santo Oficio; a que respondió el testigo: creo en Dios y en todo lo que cree Nuestra Santa Madre Iglesia, pues qué ha cometido esa mujer contra la Religión Cristiana?". El beneficiado informó favorablemente de D ª Ana Luisa: jamás ha dado motivo de sospecha, cumple con los preceptos,

> se emplea y tiene a su cargo el aseo de las imágenes de esta parroquia, en que manifiesta su religiosidad; y aunque tenga otros defectos, como de vanidad y altivez propia de su genio, no por esto oprime a los pobres ni los oprime [sic], antes sí los protege, interesándose por ellos en quanto puede servirles; sigue algunos pleitos por derechos de sus haciendas, los que procura sostener por no perder las acciones de su casa y mantener las heredades de sus mayores.

El denunciante, por el contrario, es "un hombre quimerista, revoltoso, libertino y de tan mala conducta que todos le miran como el Judas del pueblo, que siempre ha seguido una vida viciosa y ha dado motivo al Santo Oficio a proceder contra él por materia contra la doctrina de la Iglesia"; el ayudante mayor le había puesto un pleito por "ciertas expresiones insultantes contra su honor" y el alcalde mayor de La Orotava le había arrestado. Estaba resentido con D ª Ana porque ésta había acusado a una hermana

[161] AMC, Inq., leg. XCIV-19. El Tribunal vota el 5 de agosto de 1789 que se suspenda.

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2006

suya "de cierto robo en casa de aquella". El 5 de febrero de 1805 el fiscal pidió la suspensión por no haber prueba convincente[162].

El último caso es el del escribiente del cabildo eclesiástico Bonifacio Falcón y Palenzuela. La tarde del 8 de enero de 1818 el secretario del Tribunal, D. Manuel de Retolaza, viniendo del paseo de Triana se encontró en la Plazuela del puente con el doctoral D. Graciliano Afonso, que separándose de la gente con la que iba (al paseo), se le acercó y le dijo: "con que D. José Guerra me ha delatado porque dixe que aunque Cristo se havía ido al cielo no había hecho falta ninguna en el mundo? [...] es verdad que lo dije, pero fue con alusión a la misma expresión que hace muchos años havía oído a cierto administrador de este seminario de humor festivo". El secretario le contestó que lo ignoraba, e informó al Tribunal.

El mismo día había prestado declaración Bonifacio Falcón y sobre él recayeron las sospechas. Le citan de nuevo y le preguntan con quien había hablado después de hacer su declaración. Había estado, en efecto, con el doctoral (y con otros dos canónigos, como casi todos los días, para escribir o "dar lecciones de escribir" a los sobrinos de uno de ellos). Se piden informes al párroco, que dice que es uno de los jóvenes que ha padecido "el contagio de los vicios que es casi general en la juventud [...] que si está dispuesto a caer en la incredulidad acompañándose de libertinos que influían en su creencia, no había perdido ésta todavía y podía mejorarse con el consejo y buena dirección". El fiscal pidió, el 23 de enero, que se le señalara uno de los conventos de la ciudad por cárcel y se le diesen audiencias de cargo. El Tribunal votó al día siguiente como pedía el fiscal – salvo que la cárcel fuese la ciudad y sus arrabales -, y el 16 de febrero que se le hiciese comparecer y reprendiese, advirtiese y conminase. Pero el Consejo el 8 de julio mandó que se suspendiese la causa[163].

[162] AMC, Inq., leg. CLV-44.
[163] AHN, Inq., leg. 3719, nº 61.

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2006

Los recursos.

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2006

3. LOS RECURSOS.

3.1. La presencia.

El Tribunal de la Inquisición fue ampliamente conocido por la población y su presencia "en la conciencia de los hombres de la época" fue mayor que la del resto de las instituciones[1]. Esta "presencia" se debió, fundamentalmente, a la perfección de su organización – "sus tentáculos llegaban a los más diversos rincones" –, "la combinación de la misteriosa autoridad de la Iglesia con el poder secular de la Corona" (Lea, 1983, I, 333) y al temor que infundía en la población, lo que Bennassar (1981, 94-125) llamó "la pedagogía del miedo"; y tuvo como consecuencia una eficacia incuestionable[2]. Esta es la "communis opinio" de los historiadores. Pero todas estas afirmaciones deben ser cuestionadas y revisadas, o al menos, matizadas.

Sabemos que su autoridad no siempre fue la suma de la de sus fuentes, la Corona y la Iglesia; ni siquiera la resta, especialmente en nuestro período (cfr. Lea, I, 333-589, y III, 805-897). Su halo misterioso tampoco sirvió siempre a sus propósitos[3]. El conocimiento que tenía la gente del Tribunal era muy relativo -entre otras razones, por el secreto-. Todos sabían de su existencia, y que se ocupaba de delitos muy graves, pero pocos sabían exactamente de cuáles; y los edictos, si es que se leían en sus parroquias, no lo aclaraban. Véase lo que cuenta Juan Primo de la Guerra (1976, II, 189-190) del

[1] "La Inquisición fue una organización ampliamente conocida por la población que componía los reinos de la Monarquía católica. Seguramente, después de la Corona, fuese el cuerpo burocrático más presente en la conciencia de los hombres de la época": López Vela (1993 a, 147)

[2] "Nadie duda de la eficacia del Santo Oficio de la Inquisición, al margen de cualquier valoración de tan censurada institución": Tomás y Valiente (1992, 42): "La simbiosis [de política eclesiástica y política secular] era perfecta y la eficacia del Santo Oficio incuestionable; de ahí el terror que despertaba": *ibid.*, 86.

[3] En julio de 1768 se recogió en Fuerteventura una "Copia de una oración que fue hallada en el Santo Sepulcro de Nro. Sor. Jesuchristo, la cual tiene Su Santidad en su oratorio, y N. Rey Felipe quinto la tiene en una lámina de plata", que al final decía: "está aprovada por diferentes tribunales de la Santa inquisición en los reynos de España": AMC, Inq., leg. XVII-17.

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2006

que se leyó el 18 de marzo de 1810 en la iglesia de la Concepción de Santa Cruz de Tenerife: después del evangelio subió el notario al púlpito "y sacando un escrito en folio leyó cerca de media hora, instruyendo al pueblo en las señales por donde pueden conocer a los judíos, a los mahometanos, a los sectarios de Lutero, a los tembladores y a otros separados de la fe, para que conocidos los delaten a los inquisidores. ¡Qué absurdos y nombres extraños en las falsas prácticas! ¡Qué ayunos de todo el día hasta salir la estrella! ¡Qué imposición de manos sobre la cabeza los padres a los hijos! ¡Qué lavatorios! ¡Qué sepulturas en tierra virgen! ¡Qué catálogo de circunstancias en el matar de las aves y otros animales! Jamás había oído tantas supersticiones juntas".

Sin la colaboración de los sacerdotes, especialmente de los confesores, muchas denuncias no se habrían producido[4]. Pero no todos los clérigos estaban al tanto de las competencias del Tribunal. Los que residían en pueblos pequeños y apartados, generalmente con menos formación, que no asistían a "funciones", "conclusiones" ni otros actos académicos, ni tenían trato con sus colegas, eran casi tan ignorantes a este respecto como sus feligreses.

En mayo de 1697 se dio comisión al cura de Tirajana para recibir testificaciones, porque - dicen los inquisidores - "tenemos noticia de que en ese lugar de Tirajana ay algunas personas que quieren testificar sobre negocios tocantes al Santo Oficio, y porque por la distancia y otros inconvenientes no pueden venir a hazerlo a este Tribunal". Al año siguiente, el 14 de marzo, se le renovó, por los mismos motivos[5]. Cuando entrega las cincuenta hojas de denuncias el 15 de marzo de 1708 -al cabo de diez años- dice que "había querido entregarlas en dos ocasiones al Sr. Inquisidor D.

[4] Esta colaboración también disminuyó, siendo prácticamente nula al final. El comisario de Santa Cruz de Tenerife, D. José Mamerto del Campo, proponía al Tribunal el 3 de marzo de 1819 que expidiese una orden particular para que en su presencia y la de un notario del Santo Oficio, se reuniese a los confesores *para recordarles la obligación de suspender la absolución de los penitentes* que no delatasen a los culpables de tener papeles y libros prohibidos, pues le constaba "que hay en este particular mucho descuido", y los edictos "como cosa a que se está acostumbrado anualmente, se mira sin aquella atención que debería ser": AMC, Inq., leg. LXXXIV-11.

[5] "Fernando Díaz, vecino deste lugar de Tirajana, acaba de llegar a decir algunas cossas que ha oído, y porque no es razón que los vecinos por pobres y ocupados se embarazen en venir a este tribunal, podrá el P. Matheo Pérez de Villanueva, Notario de este Santo Oficio, escribir por sí solo en suma lo que dijesen y *pareciere que importa*, y nos lo remitirá estando hecho, aunque sea passada la Semana Santa. Y assí el primero Domingo podrá adbertirles que se les prorroga el término hasta que puedan hazer la diligencia referida, sin que por esto suspenda el cumplimiento de que confiesen y comulguen" (las cursivas son nuestras).

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2006

Francisco Álvarez de Lugo, que le respondía que lo dejara para mejor ocasión". Casi todas eran de maleficios y curanderismo, pero había algunas de bestialismo. Juan González Capilla, labrador de 40 años, había denunciado el 20 de febrero de 1698 a Juan García, "de color moreno, cabrero", porque hacía cuatro años, estando

> en la Cap[a] que es donde dicen Santa Lucía, caminando el sercado abajo, vio éste al dicho Joan García agarrado con una cabra jaira jasela jalduda[6] y que la tenía por las lanas o pelos y con ella como que estaba teniendo parte, y luego que sintió al declarante la despidió [ ] el declarante puso los ojos en la natura de dicha cabra y le vio que largaba la semilla, y que entonces se fue a dar con el amo del ganado, que llaman Manuel López, que oy es difunto, y le dixo despidiese aquel moso y no lo enviase más con el ganado, que era cosa que importaba mucho, y el dicho lo hizo así.

Una semana después Juana Pérez, casada, de 38 años, denunció que el día de San Pedro (el 29 de junio) de 1697 vio al pie de una "gigera" [higuera], en las huertas que estaban por encima del pueblo, a Cristóbal Suárez "hombre casado [...] lo halló teniendo parte con una jumenta de Joseph Rodríguez, su tío [...] que entonces la dicha Juana Pérez hiso como que escarró y el dicho se quitó de la jumenta, y bajando el sombrero sobre el rostro se quedó con el miembro viril de fuera, y la susodicha se fue pasando"[7]. Ni los delatores ni el cura sabían que el Tribunal no tenía competencia en este delito. Tampoco el cura de Acusa y Artenara, Fr. Bartolomé de Santa María, cuando escribe al "Presidente del Tribunal" el 28 de septiembre de 1749 que dos hombres le habían dado cuenta de que una tal Lázara Medina no ayunaba[8], parece estar bien informado de los delitos que correspondían a la Inquisición.

La presencia "psicológica" (en las conciencias) del Tribunal se puede colegir de algunas reacciones, pero esta "presencia", como veremos, no siempre implicaba temor y respeto. En 1715, en el Valle de Ximénez (Tenerife), una mujer responde a un hombre

---

[6] 'jaira' es cabra, generalmente joven; 'jalduda' de pelo largo; 'jasela' no aparece en los léxicos que hemos consultado.

[7] AMC, Inq., Bute, vol. XXIV, 1ª serie, fols. 225 ss.; "escarró" es portuguesismo ('escarrar': expectorar, escupir).

[8] AMC, Inq., leg. CLIV-14.

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2006

que le dice que no había mujer honrada "pues aún la Virgen María no lo fue": "no me haga, Domingo Rodríguez, tanto que lo haga pasar a Canaria". Y éste cuenta, respondiendo a los capítulos de la acusación, que en una ocasión un primo suyo estaba castigando a un niño con tanto rigor "que le obligó a decir que era caso de Inquisición"[9]. A María Hernández, vecina de El Paso (La Palma), de unos veinte años y muy escasas luces -"como alocada y quasi boba", dice el comisario-, por decir "estando de huelga" que "la Virgen no podía haber parido y quedado doncella, como las demás mujeres tampoco lo quedan", le aconsejaron que "no dijese semejantes disparates, que podía castigarla la Inquisición" y que confesase[10].

Pero en 1781, en Garafía (La Palma), una tal Josefa García, de 68 años, dice que "no había estado mejor que el del matrimonio, ni el de clérigos, frayles y monjas"; una tocaya la reprende, pero ella le contesta que "se aseguraba en ello y que si quería que diera quenta"[11]. Y en 1815, por decir "qué carajo era la bula", reconvinieron los circunstantes a Antonio Troya, un cabo de milicias, vecino de Moya (Gran Canaria), "inclinado a la bebida". Él les respondió que "si todo lo que decían los Almanaques era cierto, que del mismo modo era la bula". A pesar de las amenazas -"que mirase que había Inquisición"- "continuó diciendo que los que comían carne por la bula que cuesta 17 quartos, no digan que comen carne por la bula, sino por los 17 quartos"[12].

[9] AMC, Inq., leg. CX-47.

[10] AMC, Inq., LXXV-19. Lo hizo al cabo de cuatro años, en 1776. Su confesor, el cura de Los Llanos, pidió licencia al Tribunal para absolverla de herejía mixta *manifestata omnibus modis*, porque rehusaba presentarse ante el Santo oficio "por causal ser dicho Penitente muger mosa, estar bajo la patria potestad de sus padres, y que si éstos llegaran a saber cosa alguna lo pasará mui mal, y causará a dichos sus Padres, como a los demás, mucha novedad su embarque". Otros casos similares: En Granadilla (Tenerife), D. Fernando Peraza había "sembrado entre algunas personas y familias de este Pueblo que la Sagrada Ceremonia de las ofrendas de pan y vino que se hacen por los difuntos es una nueva costumbre introducida en las Iglesias para manutención de los Ministros, y de ningún sufragio de las almas del Purgatorio". Cuando en 1785 defiende esta opinión en una conversación en la que estaba presente el párroco, éste le dice: "Sor. D. Fernando, no quiera introducir eso en el Pueblo porque daré quenta": AMC, Inq., leg. CX-15. En 1786 la mujer de Eugenio Farias, carpintero de ribera de Las Palmas, cuando éste le habla de "hacer fortuna por pacto con los Diablos", le dice que "si hacía tal cosa se separaría de él y que daría cuenta al Tribunal": AMC, Inq., leg. XCIV-18. En 1787 una mujer de Vilaflor (Tenerife), cuando su marido arroja un Cristo contra la pared, "suspensa y casi fuera de sí, dixo: a hombre, que has hecho, que por menos han ido a la Ynquisición": AMC, Inq., leg. IV-6. A una palmera que tenía una mistelería en la Plaza de la Pila de Santa Cruz de Tenerife, que, encolerizada porque el abogado y el escribano le habían dicho que perdería un pleito por 200 pesos que le debían, dijo "que si llegara el caso cogería un Santo Cristo y lo patearía", le respondió uno de los circunstantes "que no hablara en aquellos términos que eran cosas de Inquisición": AMC, Inq., leg. LXXXIII-10.

[11] AMC, Inq., leg. LXXXIV-8.

[12] AMC, Inq., leg. XCIII-8.

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2006

Para los que se creían cultos la mención de la Inquisición, como no fuese para criticarla, era signo de ignorancia o "mal gusto", y no tenían empacho en manifestarlo -más o menos veladamente- a los inquisidores. D José de Lugo y Cabrejas, teniente capitán de milicias, vecino de Las Palmas, de 25 años, citado como conteste en el proceso de Antonio Torres, secretario del obispo Fr. Joaquín de Herrera, declara el 23 de mayo de 1781

> que en una Conclusión que defendió ayer, en el Convento de San Agustín, Fr. Joseph Machado, le oyó que el Alma de los Brutos es espiritual, y es lo que defendía, pero que muerto el cuerpo del Bruto se aniquilaba; sobre lo que oyó antes a Carlos Pérez, escribano en el oficio de Alvarado, despreciando conclusiones modernas y diciendo de la referida que parecía Heregía, y el Declarante le respondió que no lo era, pues se aniquila, y además que la tiene por máquina, según ha oydo que lo trae Tosca, Descartes y otros.

Dos días más tarde se presenta voluntariamente, para declarar que ha recorrido su memoria y tiene que añadir

> que entre el Declarante y D. Agustín García, Presbítero, hubo una especie de hargumento, diciéndole que por razón natural no se conoce la inmortalidad del alma, y que solo se conoce por estar revelado en la Sagrada Escritura, con ánimo de oírle lo que adelantaba sobre la materia; y le respondió a una de estas palabras: hay [sic] está la heregía en las Islas, la mitad son Atheistas; de aquí a diez años an de ver vms. quemados todos los libros modernos; y haviéndole dicho que el Calmet no repugnaba la conclusión, respondió que a Calmet y a todos los libros modernos; yo he visto la conclusión y nada malo hallo en ella; pero entre gente idiota puede tener malas consecuencias. Y el declarante se delata expontáneamente si en lo referido, aunque sin sentir cosa alguna contra Nra. Sta. Fe Cathólica, se ha excedido en algo, lo qual pasó en el citado oficio de Alvarado, y en cuya ocasión entró Carlos Pérez, y dijo lo que tiene declarado en su anterior declaración. Y siéndole leydo, dijo que en dicha conversación se

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2006

> halló Agustín Moreno, Alguacil de la Iglesia, y remató diciendo: una conclusión moderna ya la prohivió la Inquisición, a que se sonrió el declarante por la authoridad con que se explicó[13].

En los últimos años la Inquisición inspiraba poco temor. En 1806 el comisario de La Gomera decía que en la isla "se miran ya los asuntos del Santo Oficio con indiferencia y con poca subordinación y respeto, muy al contrario de otros tiempos en que se miraba con demasiado temor y circunspección qualquier asunto que tocase a este respetable Tribunal". El alcalde mayor de la isla había denunciado a un tal José María de Melo, vecino de Lodelgato, porque en una información que encargó, entre los particulares de la sumaria, declararon los testigos ciertas proposiciones que le hacían "ruido a la conciencia": que no tenía la concupiscencia por pecado, o que no era tanto pecado como otros... De la capital de la isla a Benchijigua, donde residían los testigos, había más de tres leguas "y de mal camino", por lo que había que gastar en él al menos dos días. El notario le había dicho delante de "personas honestas" que "como se zafe de estas diligencias no le cogerán para otras"[14]. El propio Melo

> hay cuatro o cinco días que vino a esta Capital, y como son todos los más de los contestes que hasta ahora resultan vecinos del tal Melo, y se comunican con él, me recelé que éste había baxado a esta Villa para sondear y averiguar de alguno de ellos sobre el asunto, pues se ha hecho público y anda en boca de muchos [...] por cuyo motivo, para evitar que los testigos que fuesen compareciendo se comunicasen aquí con el dicho Melo, pedí al Alcalde Mayor que lo hiciera retirar de esta Capital, lo que efectivamente me hizo presente haber executado ayer [...] los testigos se ponen a importunar para que los despachen a la hora que llegan, alegando conmigo sus incomodidades, la precisión de volverse en aquel día, las palabras y gestiones inmodestas al tiempo de la declaración, que son originadas sin duda de la rusticidad y falta de crianza. Los Notarios se excusaron

[13] AMC, Bute, vol. XXXI, 1ª serie.

[14] Era una persona delicada, que además pensaba pasar en aquellos días a Tenerife, y que tenía "que buscar bestia, porque no la tiene, y hacer costos y gastos de su bolsillo, lo qual dice él que le es muy gravoso".

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2006

de servir en este oficio, haciéndolo de mala gana, de suerte que muchas veces tengo vergüenza de prevenirles lo que deban hacer, como citar las personas honestas, avisar al contexte, ponerse con el trage correspondiente, etc.

El Tribunal le responde que, "sin embargo de las demás circunstancias que expresa y advierte en sus gestos y renuncias quando son llamados los testigos, procure demostrarse con la mayor suavidad y prudencia". El comisario contesta el 10 de enero de 1807:

Me sería muy sensible que el Tribunal me conceptúe de áspero y agrio contra los que son llamados por contextes en el proceso, y juzgue que no los atraigo y hago venir con suavidad y buen modo. Quisiera que V.S. pudiese experimentar con su vista el método que observo en este asunto, que es el mismo que vi observar al P. Comisario Fr. Antonio Cubas, con quien actué de Notario muchas veces. A la verdad, me parece, que no puedo usar de más política, de más agrado ni de más suavidad, que la que he observado hasta aquí, disimulando mas bien algunas gestiones y rusticidades propias de gente no civilizada y que no ha tenido buena crianza, creo que antes bien, se abusa ya en el día de esta suavidad y disimulo, pues veo que no se hace caso, ni se obedece como es debido.

Prueba de ello es que varios de los que habían sido llamados hacía casi dos meses, todavía no se habían presentado, y que habiendo ido algunos a la ciudad para otros asuntos, no se molestaron en presentarse ante el comisario. En una carta anterior, del 3 de enero, se había quejado del sochantre de la iglesia parroquial, que había sido notario y leído los edictos y anatemas, al que por enfermedad del notario actual le había encargado la lectura aquel año:

me respondió que no lo leía, porque él ya no era Notario, y había otro sugeto señalado por mí para estos asuntos. Reconvínele formalmente para que cumpliese con lo que le mandaba, pues de lo contrario daría parte al Tribunal. Me respondió que no se le daba cuidado alguno de que se lo participase a V.S. Sin embargo de lo qual, y después de haberme incomodado un poco con esta

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2006

> negativa y falta de consideración y respeto, lo hubo de leer, aunque con bastante repugnancia, y no en el púlpito, donde era costumbre hacerlo revestido con hábitos, sino en el coro y con su sobrepelliz. Bien que esto lo hizo por consentimiento mío, y para condescender con su genio, pues era opuesto a la ceremonia de tener que despojarse de aquel traje y ponerse los hábitos para salir de la sacristía a leerlo en el Púlpito[15].

Por otro lado, conviene recordar que la "pedagogía del miedo" no era privativa de la Inquisición. También "la ley penal [de la Monarquía absoluta] fue un arma creadora de miedo colectivo". Era vindicativa e intimidativa; buscaba no sólo castigar al delincuente, sino también dar ejemplo atemorizando. "De ahí la complicación rebuscada de muchos tormentos y de muchas ejecuciones de la pena capital. De ahí, por supuesto, la publicidad de las ejecuciones, los pregones y la colocación de los cuartos de los reos en sitios de mucho tránsito (plazas públicas, cruceros de caminos, entradas o puertas de las ciudades...). Muchas crueldades aparentemente innecesarias tienen su razón de ser en esta intención de provocar miedo colectivo" (Tomás y Valiente, 1992, 357). A este respecto lo peculiar de la Inquisición fue que, en virtud de su carácter religioso, "convertía en estricta liturgia sagrada la proclamación pública de las sentencias" (Jiménez Monteserín, 1993, 558); y el privilegio o "legítima costumbre" de celebrar estos autos de fe en domingos y festivos (González Novalín, 1989, 106)[16], para que fuese mayor la concurrencia y el número de los atemorizados; pero en el siglo XVIII, como es sabido, se celebraron muy pocos.

Justamente relacionaba Tomás y Valiente la ineficacia de la administración de la justicia con la "pedagogía del miedo": "el Monarca absoluto hace oír su voz imperativa constantemente, dando disposiciones legales que pretenden regularlo todo; y como sabe que la ley ni se respeta ni se cumple, amenaza a través de cada una de ellas para forzar su cumplimiento con penas siempre duras y muchas veces exageradamente desproporcionadas. Desde este punto de vista casi toda la ley real era ley penal. En

[15] AMC, Inq., leg. CII-6.

[16] La justicia secular procuraba que las ejecuciones no tuvieran lugar en estos días: Tomás y Valiente (1992, 369).

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2006

cerrado círculo vicioso, la ineficacia conducía a un aumento de la severidad represiva y ésta, al ser excesiva, a aquella" (Tomás y Valiente, 1992, 46)[17]. La eficacia del Tribunal en la represión -o liquidación- de los conversos y los protestantes puede ser incuestionable[18], pero en los demás casos es dudosa[19]. En el siglo XVIII no consiguió impedir la circulación y lectura de libros prohibidos, ni la difusión de las nuevas ideas, ni acabar con las supersticiones, ni disciplinar al clero... Pero no sabemos lo que habría sucedido de no haber habido Inquisición. Si medimos la eficacia por su actividad en casos de fe, dado que ésta fue decreciente - en el Tribunal canario, de 1700 a 1820, fueron 737 (una media anual de 6,14), de los que sólo poco más de un tercio se resolvieron[20]-, la eficacia del Tribunal disminuiría con el transcurso del tiempo (en líneas generales, porque las cifras más elevadas en nuestro período se dan en el último cuarto del siglo XVIII).

Pero, ¿cómo medir la eficacia? ¿En función de los recursos, de los objetivos...cuáles, de quiénes (la Corona, la Iglesia, la burocracia inquisitorial...)? ¿Fue siempre la misma o varió según las "tareas" y los tiempos? El procedimiento de la Inquisición -más que su organización- le permitía superar obstáculos en los que encallaban otras justicias -los fueros, por ejemplo-, pero había otros que era muy difícil, o imposible, eludir, como los que derivaban del estado de las comunicaciones. Por otro lado, ¿la cuestión de la eficacia, incluye la de los efectos? ¿También los "perversos", los no deseados, como la ignorancia o el conocimiento superficial y de segunda mano de los Evangelios por la prohibición de su traducción y lectura en las lenguas vernáculas? La cuestión es muy compleja y nos parece que no se puede decidir taxativamente.

[17] Un enfoque diferente -pero no contradictorio- que parte también de la ineficacia de la justicia, y comprende la amenaza del castigo y la administración de la gracia: Hespanha (1993), especialmente los capítulos V ("La economía de la gracia") y VII ("De *iustitia* a *disciplina*")

[18] Para Jiménez Lozano (2002, 129 ss) la supervivencia de cultemas judeo-islámicos prueba el fracaso histórico de la Inquisición.

[19] Para un breve resumen de los resultados de las investigaciones sobre el siglo XVII: cfr. García Cárcel (2000, 78-82).

[20] Nuestras cifras difieren de las de Fajardo (2003) porque sumamos los casos de justicia (incluso cuando no se llegó a formar proceso y sólo hubieron denuncias y testificaciones) y los de gobierno (expedientes: licencias para leer libros prohibidos, retirar o recoger imágenes, etc.). No incluimos las 99 denuncias por hechicería (Fajardo, 1992), los tres casos de masonería (Paz Sánchez, 1984) – entre ellos el primer proceso inquisitorial por esta causa (Paz Sánchez-Ferrer Benimeli, 1988) -, ni los de judaizantes y renegados, numéricamente insignificantes.

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2006

Pero, de todas las afirmaciones contenidas en el primer párrafo de este apartado, la más endeble es, sin duda, la que se refiere a la perfección de su organización. Sus "tentáculos" no llegaban a todos los rincones La concentración de los casos en las islas de Tenerife (391, el 53,48 %) y Gran Canaria (233, el 31,87 %), mayor que la de la población, y dentro de cada isla en las principales ciudades[21], podría indicar que el Tribunal asignó *eficazmente* sus escasos recursos al volcarlos en estos núcleos, donde residían las autoridades y las clases dirigentes, y se libraban las pequeñas batallas del poder, pero no que su organización era perfecta.

3.2. La falta de ministros.

La organización inquisitorial distaba mucho de ser perfecta. Para empezar, sus recursos eran escasos. "La justice inquisitoriale, comme toutes celles de l'époque, a fonctionné avec des moyens extrêmement légers" (Dedieu, 1989, 159). En lo que se refiere a los "recursos humanos", el Tribunal de Canarias en el período que abarca nuestro estudio lo más que llegó a tener fueron 24 ministros en la sede (en 1755), y 69 en el resto del distrito (en 1742). Las cifras pueden parecer elevadas[22], pero los inquisidores no cesan de quejarse por la falta de ministros a lo largo de todo el siglo en su correspondencia con la Suprema; y se refieren, fundamentalmente, a los indispensables, aquellos sin los cuales la maquinaria inquisitorial no podía funcionar: comisarios, calificadores y secretarios[23]. Sin los primeros, toda vez que ya no se hacían las visitas de distrito[24], el Tribunal prácticamente desaparecería fuera de la ciudad donde tenía su sede; sin los calificadores no se podía proseguir en las causas de fe, y sin los secretarios, ni siquiera iniciarlas. El 13 de febrero de 1742, justo cuando se alcanza ese

[21] Las Palmas, con el 20-23 % de la población de la isla, tiene el 69 % de los casos; La Laguna, con el 11-14 %, el 21 %, y Santa Cruz de Tenerife, con el 7-11%, el 28 %.

[22] El de Toledo, con un distrito mucho más extenso y en una época de mayor actividad, no tuvo nunca más de 28 "oficiales" (en la sede): Dedieu (1989, 159).

[23] Lea (1983, II, 77) dice que "los tribunales se quejaban constantemente de su escasez de recursos y de la insuficiencia de los sueldos, sin duda con razón; pero las presiones para nuevos nombramientos impedían la saludable reducción numérica que les hubiera aliviado". En el Tribunal de Canarias, como veremos, la presión se hacía en el sentido contrario.

[24] AMC, Inq. leg. XIX-13, fol. 127: "Haviendo visto en el Consejo, presente su Iltmo. Sr. Obispo de Zeuta, Inquisidor General, lo que havéis participado sobre las visitas ordinarias del distrito de la Inquisición y los motivos que ha avido para suspenderlas..." (Carta del Consejo de 9 de diciembre de 1706).

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2006

máximo de 69 ministros fuera de la sede -comisarios, notarios, alguaciles y familiares-, el Consejo escribía al Tribunal:

> En vista de vuestra carta del mes de Diciembre del año próximo pasado en que expresáis la falta de calificadores y otros ministros que en ese Tribunal se experimenta: ha acordado el Consejo deciros que en los lugares de vuestro Distrito donde no huviere comisarios del S.O. por haver fallecido los que avía, podéis dar comisión para las diligencias que en ellos ocurrieren a los curas y Párrocos, en el ínterin y hasta tanto que los huviere, y en su defecto a otros qualesquiera eclesiásticos, con que unos y otros las ejecuten bajo del secreto acostumbrado; y en quanto a calificadores también podrá el Tribunal valerse para las calificaciones que se ofrecieren en el ínterin que los haya, de las personas religiosas de mayor literatura y buenas circunstancias que huviere en las comunidades[25].

La falta de calificadores y comisarios es, en efecto, y en ese orden, la que más se menciona en la correspondencia; pero no la única. El 14 de agosto de 1745 la Suprema, "suponiendo también la falta de calificadores en dicho S.O.", remite al Tribunal de Canarias la solicitud de un cura para que la informen[26]. En 1755 solo había en Las Palmas un calificador en propiedad, "inútil por sus achaques"[27]. En 1769 la sumaria contra Viera y Clavijo, Tomás de Nava, marqués de Villanueva del Prado, y Fernando de la Guerra, marqués de San Andrés, no se puede calificar "por falta de sujetos que lo puedan hacer, por estar ausentes y enfermos los habilitados"; ni tampoco la *Histoire impartiale des Jesuites,* de autor anónimo, que había entregado el fiscal de la Audiencia al secretario del Tribunal "por contener Doctrina nada conforme a nuestra sagrada religión, asegurándole se lo envió un amigo de Olanda [...], por no haber aquí suxeto que pueda hacerlo con brevedad y a satisfacción"[28]. En 1772 se dilata la remisión de un expediente formado "con motivo de la proposición delatada en uno de los catecismos que corren en estas Islas" por la "indisposición" de los calificadores, "sin que el tribunal

[25] AMC, Inq., CXII-15, fol. 3.
[26] *Ibid.*, fol. 57.
[27] A.M.C., Inq., leg. I-D-30, fol. 130.
[28] *Ibid.*, fol. 248 v. Se trata seguramente de la obra de Linguet : *Histoire impartiale des Jésuites depuis leur établissement jusqu'à leur première expulsion.* París, 1768: Defourneaux (1973, 149 y 237).

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2006

tenga otro arbitrio para evitar tales inconvenientes"[29]

Cuando el Tribunal dispone de calificadores -titulares o nombrados para la ocasión-, su ignorancia de las lenguas modernas le obliga, a menudo, a recurrir a traductores para que les auxilien. Pero la dedicación de estos colaboradores forzosos era muy limitada. En diciembre de 1779, cuando muere, después de haber "abjurado los herrores de Calvino y Lutero", el cónsul de Holanda en Santa Cruz de Tenerife, D. Arnaldo Wansteinfort, sin haber entregado los libros prohibidos que tenía "por no estar para ello en el brevísimo tiempo que sobrevivió a su admirable y exemplar reconciliación", después de "contestar y aguantar con prudencia muchos meses sin fructo a sus albaceas y Juez de Testamentaría", consiguió el Tribunal el inventario. Primero lo pasó a los calificadores nombrados al efecto, y luego al comisario, para que continuase la censura "por lo correspondiente a los libros Holandeses, con intervención y asistencia de los calificadores, y del único sugeto que estas Islas entiende algo de leer y traducir dicha lengua". Pero el 15 de mayo de 1782 informaba al Consejo que no se había "acabado de traducir los prospectos de las obras Olandesas, y con tibia esperanza de que se evaque en mucho tiempo, por estar de continuo ocupado en su comercio y otros oficios el único perito en este idioma"[30].

La demora podía ser mayor si no se encontraba traductor libre de sospecha. Por esta razón las diligencias de "reconocimiento, retención y prohibición" de los libros que trajo de Londres el comerciante del Puerto de la Orotava D. Nicolás Blanco, se prolongaron por más de nueve años. El 7 de junio de 1781, por no perder la "coyuntura de barca, de que estamos sumamente escasos en las circunstancias presentes", se enviaron al Consejo inacabadas, "porque no solo no hay aquí, ni en otra Isla, sugeto suficiente que pueda sin sospecha traducir su sustancia, para en su vista calificarlos (pues no hay ni un theólogo que tal entienda dicho idioma)"[31]. Y lo mismo se hizo el 23 de mayo de 1784:

[29] *Ibid.*, fol. 283.
[30] AMC, Inq., leg. I-D-29, fol. 107 r-v. Fajardo (1996, 46), que transcribe su nombre como "Arnaldo van Steinfort", no ha encontrado el expediente de su reducción.
[31] *Ibid.*, fol 98v-99r.

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2006

> hemos podido conseguir solamente una noticia por mayor, o una Idea generalísima de las materias que tratan, por ser varias y peligrosas y no haber en este distrito suxetos suficientes que puedan sin sospecha traducir su sustancia para en su vista calificarlos, y hallándonos sin esperanza de adelantar más en él, por no haber ni un Tehólogo que entienda dicho Idioma, nos contentamos con remitir en este estado y nuestro parecer[32].

Y así hasta que en enero de 1789, obedeciendo una orden del Consejo de septiembre de 1786 (sic), se enviaron los libros en un cajón sellado al comisario de Cádiz para que los remitiese al Consejo[33].

Incluso con el francés, cuyo conocimiento era más común, había problemas. En mayo de 1789 el Tribunal remitió al Consejo un libro francés que había enviado el comisario de La Palma: *Traité sur la Tolerance,* sin lugar de impresión ni nombre de autor, "por no haber en esta Ciudad ni su Isla calificadores instruidos en dicho Idioma ni tampoco sujetos capaces de censurarle". Tampoco había, al parecer, en el entorno del Tribunal nadie capaz de identificar al autor[34]. En 1796, para calificar un librito titulado *Catéchisme française republicain,* que había entregado al inquisidor un misionero franciscano, "el qual dijo [...] que [lo] había tomado de uno de los militares que habían estado prisioneros en Francia, quien le refirió que al tiempo de despedirse se le regaló una muger francesa", tuvo que valerse "de persona extraña por no haber calificador instruido en el Idioma Francés"[35]. Y lo mismo ocurrió al año siguiente con las *Lettres galantes et philosophiques de deux nones publiqués par un Apotre du libertinaje, avec de notes et figures*: "la falta que aquí padecemos de calificadores – escriben – nos da motivo a tenernos que valer y suplicar para las censuras a diversos sugetos"[36].

---

[32] *Ibid.*, fol. 144.

[33] *Ibid.*, fol. 297. "Por no haber sugetos versados en el idioma inglés el Tribunal se valió de D. Martín Madan, comerciante en Tenerife, y le suplicó pusiese en castellano una lista de libros que estaban para remitirse a V.A.".

[34] *Ibid.*, fol. 303. La obra sería condenada por la Inquisición española al año siguiente (edicto de 7 de marzo de 1790), pero ya lo había sido por la romana en 1766: Lafarga (1982, 54); Defourneaux (1973, 224).

[35] AMC, Inq., leg. I-D-28, fol. 77v. y CLXIII-63. El censor fue el Dr. D. Pablo de Silva, cura del Sagrario de Las Palmas.

[36] AMC., Inq., leg. I-D-28, fol. 78.

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2006

El 29 de enero de 1796, cuando remiten al Consejo un expediente formado a raíz de una pregunta del comisario de La Laguna del 11 de septiembre de 1791 -sobre si estaba prohibido el "Diccionario de Artes y Ciencias escrito en inglés por Efrain Cambers (sic)"- dicen los inquisidores que "en estas Islas hay mucho trabajo para todas estas cosas; en el día no tiene el Tribunal más calificador que uno útil, pero no instruido en el idioma inglés". Lo habían dado a calificar al Dr. D. Agustín Madan, canónigo de la Catedral, la única persona que conocían "instruida en el idioma inglés", que al cabo de cuatro años lo devolvió con una censura "por la qual el Tribunal no se determina a dar providencia definitiva". Hacía más de dos años que su dueño, el médico D. Francisco Cullen, hijo de un inglés, lo había reclamado "diciendo que se lo volviera el Tribunal para llebársele a Londres donde se iva, que no estaba prohibido atento a que la Inquisición de Cartagena de Indias le dejaba correr en Caracas, donde le compró". El inquisidor decano le había contestado que no podía hacerlo sin censura, y al día siguiente envió al secretario a preguntar a Madan si lo había visto; "la respuesta fue tan seca como decir que el tenía el tiempo ocupado en el coro y sermones, y que no le havía podido ver, que si al Tribunal le corría prisa vuscara otro que la viera, y hubimos de callar por no tener a quien darla"[37].

Tampoco pudieron dar a calificar en 1802 un folleto titulado *Sermon des cinquante*, que llevó al Tribunal un franciscano al que se lo habían entregado en el confesionario. "Aunque no hallamos -dicen los inquisidores- que expresamente esté prohibido, por lo que hemos leído en él nos parece muy digno de recogerse; pero no haviendo hallado en esta ciudad calificador ni otra persona instruida en el francés que sea capaz de calificarle, le remitimos a V.E. para que disponga lo que fuese de su agrado"[38].

La escasez de comisarios no era menor. Si había algún lugar donde se podía prescindir de ellos era en Las Palmas, donde tenía la sede el Tribunal. Y sin embargo, en 1754, cuando el Prior de la Catedral, D. José Domínguez del Castillo, solicita esta plaza, el Tribunal escribe al Consejo que conviene se le haga la gracia que solicita

[37] *Ibid.*, fol. 68.
[38] *Ibid.*, fol 128v. Nótese que los inquisidores no ignoran el francés.

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2006

> respecto de que se ofrecen varios negocios en que pueda trabajar, de que hay pocos ministros a quien encomendarlos, que el pretendiente es sugeto capaz y del primer lustre de estas Islas por sus circunstancias adquiridas y heredadas, y últimamente que es reparable falte comisario en una Ciudad de esta clase, y más quando conviene tener en el Cavildo algunos ministros para mantener su buena correspondencia[39].

En la isla de El Hierro no había en 1755 más que dos ministros, "y ambos sin pruebas y sin práctica, por lo que para todo se les embían las Instrucciones combenientes"[40]. En 1761 el Tribunal pide al Consejo que se califique, a pesar de ciertos reparos, al comisario interino de la isla, D. Miguel Antonio Guadarrama, para que tenga el Santo Oficio "un Ministro propietario que siempre ha sido tan raro como preciso en aquella incomunicable distancia para el cuidado de sus negocios"[41].

En 1787 el regente de la Audiencia elaboró un plan para dividir la ciudad de Las Palmas en tres cuartos, cada uno con dos alcaldes de barrio sujetos a un oidor, y tres "clases de gentes": el común del pueblo, los militares (incluyendo los milicianos, "que aquí son muchos"), y los aforados de la Inquisición. El Tribunal se apresuró a escribir al Consejo el 22 de diciembre que el regente pretendía dar a entender que los aforados de la Inquisición eran más de los permitidos por la Concordia, y "sorprehender a la Superioridad para lograr su intento, que es sugetarlos a los oidores". Los aforados de la Inquisición, dice, no eran ni la centésima parte de la ciudad, tanto menos la tercera. Hacía poco se había formado una matrícula general de orden del rey, y el Coronel D. José de la Rocha le había dicho que de ella resultaron veinte dependientes de la Inquisición en todas las islas...

> lejos de tener el número de Comisarios y familiares para el despacho de negocios, nos vemos apuradísimos, y cada día nos tenemos que valer de curas y otros [...] No se halla quien se califique, y tienen mucha culpa los Oidores, con

[39] AMC, Inq., leg. I-D-30, fol. 127. Carta de 30 de octubre de 1754.
[40] *Ibid.*, fol. 150.
[41] *Ibid.*, fol. 155v.

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2006

su obrar y hablar contra la inquisición y sus fueros[42].

Ese mismo año, informando sobre los comisarios de los puertos, dice que "en las Islas de Lanzarote y Fuerteventura estamos sin comisarios del Santo Oficio mucho tiempo hace, pues desde la muerte de los Beneficiados que lo eran, no hemos hallado quien quiera calificarse, siendo la causa el poco afecto con que en estos desgraciados tiempos miran a los Ministros del Santo Oficio"[43]. Y en una carta al Consejo de 21 de julio de 1791 se dice que

> en estas Islas tenemos muchos trabajos y no se pueden hacer las diligencias con la formalidad necesaria y que apetece a V.A., por cuya razón el Tribunal tiene cada día que suplir estos defectos; hay muy pocos comisarios y calificadores; tenemos que encargar muchas diligencias a los curas, y tal vez no hallan quien sirva de Notario, por lo que muchas ocasiones nos hemos visto precisados a obligar a algunos; lo hacen de mala gana, y después de mucho tiempo suelen venir las comisiones erradas, porque no las entienden y les falta práctica[44].

En la remisión de una relación de causas en 1802 -en que se dice que no había comisarios en Fuerteventura, La Gomera y El Hierro, islas en que "por su distancia y falta de comercio se suele tardar cada diligencia, aún en tiempo de Paz, tres y quatro meses"- se justifica el retraso en la formación de algunas sumarias en términos muy similares:

> La causa de estos atrasos no está en el Tribunal, como enuncia el Inquisidor fiscal al fin de la relación que incluimos. En estas Islas se padecen muchos trabajos que solo se saben experimentándolos. Ay gran falta de Comisarios y Ministros del Tribunal, la mayor parte de las diligencias es preciso encomendarlas a algunos curas y otros comisionados, que hacen poco caso de despacharlas; y aunque algunos quieran, no pueden, porque no hallan quien haga

[42] AMC, Inq., leg. I-D-29, fol. 236v -237v.

[43] AMC, Inq., leg. IX-4. En una relación de ministros de 1798: "En esta Isla [Fuerteventura] y su puerto no hay comisarios muchos años hace, ni se halla quien lo sirva, por lo que los negocios que allí se ofrecen se encargan a los curas".

[44] AMC, Inq., leg. I-D-28, fol. 10.

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2006

de notario ni personas honestas; y por las distancias e imposibilidad de ir a examinar, ni hacer venir los testigos. Y muchas ocasiones, aún en tiempos de paz, nos hallamos que responden a los recuerdos que se les hacen que ha mucho tiempo remitieron las diligencias con qualquiera Pasagero por falta de correo, y que las perdió o no las entregó. Y en el tiempo de la Guerra se han duplicado muchas cosas que han cogido los corsarios Ingleses que andaban entre Islas. Y aún llegó el caso que después de mucho tiempo nos benían pidiendo Papel por la falta que huvo de él para las diligencias, como nos sucedió en los lugares de Icod, Santa Úrsula y otros de la Isla de Tenerife [...]

Aún aquí en la Ciudad estamos con gran falta de Ministros: no ay un consultor, Personas honestas, ni más que un Calificador, y todo esto es atraso para las causas, y aún motivo de que no se guarde el secreto correspondiente [...] Para remitir a V.A. testimonio de las cinco causas de fe que nos dice no haber llegado, tenemos escribiendo sin parar desde el día que vino el correo a los dos secretarios, al Nuncio y al Receptor, que antes fue también Ayudante del Secreto, y sin arbitrio para remunerarles este trabajo extraordinario [45].

Ésta es otra carencia importante, la de secretarios, en la que se insiste reiteradamente en la correspondencia[46]. En junio de 1781 no había más que un secretario "con quien despachar y que escriba" – aunque había otros -, lo que motivaba el retraso de las causas[47]. Pero no eran estos los únicos ministros que faltaban. En 1755 se escribe al Consejo que no se había decretado la prisión en cárceles secretas del solicitante Fr. Francisco García Ensinoso porque "no hay Aiudante ni Proveedor, y que estando solo [el alcaide] ha de evacuar estos oficios con el Portero, que también sirve, haciendo falta a su principal obligación, y si cae malo, como actualmente está, y en cama, es preciso encomendarlo todo a otros Ministros"[48].

[45] AMC, Inq., leg. I-D-28, fol. 127v.
[46] AMC, Inq., leg. I-D-30., fol. 206v-207 [1772]; fol. 229 [1773]...
[47] AMC, Inq., leg. I-D-29, fol. 99v.
[48] AMC, Inq., leg. I-D-30, fol. 150v.

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2006

3.3. El nombramiento de los ministros.

Entre las competencias anejas a la jurisdicción que el inquisidor general recibía directamente del papa figuraba la de nombrar a todos los ministros de la Inquisición. Solamente los miembros del Consejo eran elegidos por el rey, a propuesta del inquisidor general - una terna para cada plaza -, que les daba el título (Rodríguez Besné, 1980). Todos los demás cargos, incluso los fiscales del Consejo, los nombraba el inquisidor general (salvo los de hacienda[49]). Del inquisidor general dependía también el gobierno de toda la organización. Los intentos del Consejo y la Corona por compartir o limitar este "poder absoluto", que abarcaba todos los ámbitos de actuación del Tribunal, salvo los relacionados con la hacienda y el fuero de los ministros, no lograron modificar *de iure* la situación. En la práctica el ejercicio efectivo de ese poder distaba de ser tan absoluto, también por lo que se refiere a los nombramientos: cfr López Vela (1993 a, 93-137); Escudero (1989, 531-539).

En el Tribunal de Canarias los nombramientos parecen ajustarse, en líneas generales, al sistema que describe Lea (1983, II, 95-96, 135-136): el inquisidor general nombraba a todos los empleos con sueldo, y a los consultores, calificadores y comisarios de ciudades catedralicias, sedes de Tribunal y puertos de mar; y los inquisidores nombraban a los familiares y a los demás comisarios; y "si se producía una vacante de un puesto cuya actividad diaria era esencial, los inquisidores podían designar a alguien temporalmente, informaban al mismo tiempo a la Suprema y esperaban sus órdenes, pero no tenían más poderes"[50].

Los únicos nombramientos que se mencionan siempre en las relaciones de ministros son los de inquisidores y fiscales; pero las escasas referencias a los de otros ministros bastan para saber que este sistema admitió algunas excepciones. En la relación de 1742 se dice que el cargo de alguacil mayor lo "provee" el inquisidor general, pero

[49] Los oficiales encargados del "Real Fisco" de la Inquisición eran un "caso aparte"; a unos los nombraba el rey, los más importantes (receptor, contador y juez de bienes, que desaparece en el siglo XVII), y a otros el inquisidor general (secretario de secuestros, notario, abogado del fisco, depositario de pretendientes): López Vela (1993 a, 159-163).

[50] El Tribunal de Canarias nombraba también a las "supernumerarios" – hubieron muy pocos en este período – pero el Consejo ordenó en 1720 que no lo hiciera sin antes darle cuenta: AMC, Inq., leg. CLVI-1, fol. 142. (carta de 4 de junio)

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2006

"en virtud de lo dispuesto por cartas acordadas para semejantes vacantes" lo ocupa, nombrado por el Tribunal, D. Juan del Saz, el secretario más antiguo[51]. Al ayudante del secreto D. Domingo Ramos también lo nombró el Tribunal, "habiendo consultado antes a S.A.", es decir, al Consejo. El receptor en 1755, D. Fernando Pérez, lo es "por orden del Consejo". Puede tratarse de una excepción, porque en la relación de 1746 se dice que "se ha nombrado" (por el Tribunal) para este empleo a Juan González Travieso, pero lo sirve por medio del secretario Fernando Pérez "hasta fenecer [aquél] las quentas de su navío". Pero del receptor de 1793, Domingo Galdós, se dice que ha sido nombrado por el Tribunal.

Los "oficios y gracias" había que solicitarlos en los respectivos Tribunales. En 1724 el Consejo manda que se cumpla la *acordada* del inquisidor general Vidal Martín, de 10 de julio de 1705, sobre que los pretendientes a oficios y gracias "las cursen a los tribunales respectivos y que no vengan a la Corte ni envíen a la Suprema sus solicitudes"[52]. En realidad la acordada decía:

> Siendo tan notorias las descomodidades y gastos de los pretendientes de oficios y gracias en su venida y detención en esta Corte, y otros no menores inconvenientes que suelen proceder de el deseo de conseguirlas, valiéndose para ese efecto de medios poco justificados, siendo algunas veces tan autorizados y eficaces que apenas dejan livertad en las provisiones: convendrá que juntando los Ministros en la Sala de el Tribunal, les digáis y prevengáis en mi nombre, que en las pretensiones que tubieran, assí ellos como sus Hijos, viudas, hermanos o parientes, así de oficios de esa Inquisición como de ayudas de costa u otras, *me remitan en derechura sus memoriales* con expresión de sus servicios, o los dirijan por medio de ese Tribunal, sin venir a esta Corte, con advertencia que no sólo no los adelantarán con su personal solicitud y empeños, sino que serán mucho menos atendidos en los términos de gracia y arbitrio. Y porque importaría mucho que en todo el distrito de esa Inquisición se tubiese esta

[51] No sabemos si "semejante vacante" se refiere a los reparos que puso el fiscal a la provisión del inquisidor general en D. Baltasar Llarena.
[52] AMC, Inq., leg. CLVI-1, fol. 231.

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2006

noticia, convendrá la participéis a los Comisarios y Ministros de él, para que pueda llegar a la de los que quisieren serlo[53].

Normalmente las solicitudes se presentaban en el Tribunal, y a menudo era éste el que buscaba y proponía los candidatos[54]; pero para obtener resultados a veces era necesario que alguien en la Corte moviese la pretensión. Cuando el secretario Fernando Pérez solicita el traslado a la Península, "en consideración a serle contrario ese temperamento" (el de las islas), el Consejo le contesta que por ahora no hay vacantes, pero en las que ocurran se tendrá muy presente su aplicación y mérito para atenderlo, "a cuio fin deberá encargar la solicitud de su pretensión a persona de su confianza que resida en esta Corte y la recuerde en las ocasiones que se ofrezcan"[55].

Si la solicitud sigue el camino "normal", del Tribunal al Consejo (en rigor, al inquisidor general), el informe sobre los pretendientes suele acompañar la solicitud. No se espera a la orden del Consejo para informar. Así, por ejemplo, en una carta de 20 de julio de 1756 el Tribunal informa al inquisidor general de la muerte de los comisarios de La Palma y de Santa Cruz de Tenerife -el 24 de abril y el 29 de mayo, respectivamente- "cuyas provisiones pertenecen a V.I."; y dice que para la comisaría de La Palma no hay pretendientes y para la de Santa Cruz hay dos: D. Juan Lasso, notario de aquel puerto, y el Maestro Fr. José Prieto, de la orden de Santo Domingo, calificador con pruebas; y "en cumplimiento de su obligación" informan

> que al tiempo que conocemos que para este empleo se necesita de un ministro de autoridad, literatura y combeniencias, por ser el Pueblo de más vecindario de estas Islas, residir en él el General, las administraciones de Rentas Reales y todo el comercio que es de ingleses, franceses y olandeses, sentimos que el primero carece de aquellas proporciones, y el segundo, aunque las tiene, como lo supone ser Maestro del número de su Religión, tiene también la obediencia de su

[53] *Ibid.*, fol. 238. Subrayado nuestro.

[54] Y fuera de la sede los comisarios: por ejemplo, en 1751 el comisario de Lanzarote Fr. Gregorio Fernández Méndez cuando pretende pasar a México (luego el Consejo de Indias le negaría la licencia): *ibid.*, leg. CX-20.

[55] *Ibid.*, leg.. CXII-15, fol. 83 (carta de 18 de octubre de 1746); en AHN, Inq., leg. 2385 hay varias representaciones de Fernando Pérez sobre esta solicitud.

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2006

Prelado, que le hacen menos dependiente del Tribunal, lo qual le puede dificultar esta Gracia[56].

Excepcionalmente el empleo se podía *ganar* en la Suprema, sin mediar el informe del Tribunal, e incluso sin que el beneficiario lo hubiese solicitado. Los riesgos eran un nombramiento inadecuado y/o disgustar a aquellos que venían haciendo méritos para conseguir la plaza. Veamos algunos ejemplos. El 13 de agosto de 1710 se recibe en el Tribunal esta carta:

> El Coronel de los Reales Ejércitos de Su Magestad, D. Mathías Rodríguez Phe. Montero, Gobernador y Capitán General de las Probincias de Tierra Firme de Panamá y Presidente de su Real Audiencia parezco ante V.S. y digo: que allándome en la Villa de Madrid el año pasado de 709 pretendí con el Ilmo. Sr. Obispo de Zeuta, Inquisidor General, me hiciese gracia de la comisaría de la Isla de La Palma para mi hermano D. Simón Rodríguez Montero, Beneficiado del lugar de Puntallana, ministro de V.S. en dicha Isla...

y después de concedérsela, diferentes personas le indujeron a que renunciase dando por pretexto el que se hallaba sirviendo su beneficio fuera de la ciudad. Pero el obispo, D. Juan Ruiz Simón, le concedió que pudiese servir su beneficio por un teniente y residir donde quisiera, que ha de ser en la ciudad de La Palma (Santa Cruz) "para acompañar a mi Madre y suya"[57].

El 4 de mayo de 1709 el Tribunal había escrito a La Palma diciendo que tenían entendido que Fr. Pedro Fernández no había recibido juramento de secreto y fidelidad a D. Simón Florencio Montero por la comisaría de que le hizo gracia el Inquisidor General ("lo que extraña mucho"), y ordenando que se le recibiese sin dilación. El 15 de mayo el P. Fernández respondió que había hecho diligencias, pero que D. Simón había renunciado a la gracia. Y poco después, el 23 de junio, vuelve a escribir para decir que

[56] AMC, Inq., leg. I-D-30, fol. 156 v.- 157.
[57] *Ibid.*, leg. CX-5.

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2006

ha llegado a saber

> que en esa ciudad de Canaria se han esparcido los ecos de las disonantes voces de aver hecho violencia al Beneficiado D. Simón Florencio para que hiciese renuncia del título de Comisario que ganó de la Suprema [...] El caso passó tan diferente como referiré a V.S. si gustare darle oydo [...] Luego que dicho Beneficiado recibió el título se vino a este convento con demostraciones de grande melancolía; y preguntándole de que nacía aquella turbación me respondió: de qué ha de nacer, sino de este cansado título?, que quien anduvo en esta diligencia lo ha de padecer en los infiernos. No quiero pesadumbres, solo deseo vivir en paz con todos, por cuya razón estoy determinado a renunciarlo. Vmd. mírelo bien, le repliqué. En eso no puedo darle resolución, pero en mi sentir si se resolviese a renunciarlo quedará en la estimación común por cima del quinto cielo, y todas las máquinas que ha oydo en su contra (como dice) las dexará desvanecidas y vivirá en sosiego. Determínese ahora a lo que mejor le pareciere y tuviere gusto [...] [Antes de hacer la renuncia] se explicó no solo conmigo, si también en diferentes ocasiones con el sargento mayor D. Diego de Guisla y Castilla, y con el Capitán Diego Hurtado afirmándose en su determinación.
>
> Ynstado de mi necesidad me determiné a escrivirle por dos veces, para que me hiciera saber que sugeto avía esparcido voces tan deprabadas, pues ninguno otro sabía mejor la verdad de lo sucedido, y no le he merecido respuesta. No se que razón pudo tener para faltar a lo que es urbanidad y cortesana política.

Alguna oposición sí parece que hubo. El notario, D. Diego Hurtado, alega buenas razones para no haber ido a Puntallana a la toma de posesión de D. Simón[58]; pero otro

[58] Desde hace ocho meses no escribe de su propia mano - a no ser "alguna cosa muy tenue" - por recomendación de los médicos, por causa de un "dolorsillo que me a ocurrido en las espaldas de forma que en escriviendo se me aumenta"; y para éstas diligencias y otros negocios que tiene usa de amanuense a Fr. Manuel de Lima y Roxas, que se le ha ofrecido y favorecido con su asistencia; que está a su cargo el apuntamiento del ingenio de Tazacorte, "y aunque me e hallado con esta obligasion presisa no e pasado a dicho lugar por ser distante y estar la cumbre de por medio y hallarme mui delicado e indispuesto para sufrir la molestia de lo fragoso de los caminos y tener necesidad de que no le falte la puntual asistencia en el puchero a sus oras, lo qual no pueden suplir las mujeres del campo ni haserlo con la delicadesa y

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2006

ministro cuenta que éste tuvo tropiezos con el vicario por ausentarse del beneficio de Puntallana sin causa, solo para estarse con su madre, y después de advertido volvió a ausentarse por segunda vez, "en tan fatal ocasión" que se murió un paisano sin sacramentos, pues no dejó sustituto. Aludiendo a los reparos de D. Simón dice que

> hasta ahora siempre he experimentado, siempre he visto que el clérigo de prendas que junte requisito de Comisario duplica las estimaciones, porque la veneración al Santo Oficio está muy arraigada en todos; pero aviendo algunos que despuntan en necias fantasías, los he visto intolerables en atreverse a lances, en mantener temas y en clamar que los quieren mal y los atropellan por Ministros, que es la última locura y para mí un imposible práctico.
>
> V.S. no conoce a D. Simón Florencio, pero yo lo he tratado y examinado dos veces, y en lo que toca a prendas, créame V.S. que es torpísimo[59].

En vista de todo, el fiscal pide, el 9 de diciembre, que se solicite al Consejo que acepte la renuncia de D. Simón y se nombre comisario interino al notario Gaspar Machado y Barros, que ya había servido como tal en otras ocasiones. Pero el inquisidor decano opina que ha habido una conjuración de los ministros de La Palma y pide que no se admita la renuncia. En el ínterin D. Simón, aunque no había jurado, hace la visita de un navío (el 14 de septiembre) y da licencias a las embarcaciones, para que – como escribe él mismo - no decaiga el Tribunal de sus preeminencias, honores, fueros y derechos. Cuando se recibe la carta del hermano, los inquisidores votan que, hasta que el inquisidor general y el Consejo no determinen otra cosa, se le devuelva el título y se encargue al provincial dominico y ministro del Santo Oficio Fr. Juan Simón que le reciba juramento.

puntualidad que se me hace por necesitarlo así; y aunque el maiordomo que tengo en dicha jasienda de Tasacorte en quien e librado el cuidado de dicho apuntamiento me a mandado llamar y me a escripto repetidos papeles ponderando la nesesidad que ay de que yo este presente" ...Y por lo mismo no ha podido ir a Puntallana. Adjunta una declaración jurada del P. Lima y un certificado del médico de la ciudad, Antonio Martínez Castellano: vista su delicadeza y complexión, "para mayor seguro del individuo, viva dietado y se exima de travajo laborioso, pensión de camino dilatado por las destemplanzas que se siguen de serenos e insolaciones", etc.

[59] AMC, Inq., leg. CLXXVIII-7.

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2006

Un caso similar es el de Fr. Manuel Andrade, morador en el convento de San Francisco de Las Palmas. El 19 de enero de 1789 el inquisidor decano llevó a la audiencia de esa mañana una carta del inquisidor general que le había entregado unos días antes el franciscano. La abrieron, y vieron que contenía su nombramiento como calificador, con fecha de 6 de octubre del año anterior, "en atención a las buenas prendas y circunstancias" que concurrían en él, dispensándole de las pruebas con tal que acreditase ser hermano "carnal y entero" del Dr. D. Agustín Bernardo de Andrade, provisor y vicario general de Cádiz y consultor del Tribunal de Sevilla en este puerto (donde estaba también el fraile cuando le nombran calificador). El 22 de enero el Tribunal escribe al inquisidor general una carta de una extensión inusual, que por su interés reproducimos ampliamente:

> El Tribunal venera las sabias determinaciones de V.S.Ilma., pero en defensa de su honor y de el decoro y respeto que siempre se ha tenido en esta Ciudad a los Calificadores y Ministros de el Santo Oficio, por haverse escogido siempre los sujetos de literatura y virtud más acreditada, ha acordado suspender la Gracia de V.S. Ilma. hasta hacerle presente las circunstancias que concurren en fr. Manuel Andrade, pues está firmemente creído que si a V.S.I. se le hubiera informado lo cierto de su ninguna literatura, vida poco arreglada y crédito que tiene en esta Ciudad y su Provincia, no le hubiera hecho semexante Gracia de Calificador.
>
> En punto al honor y limpieza de su familia no puede dar el Tribunal a V.S.I. noticia cierta, por haver sido su padre natural de la ciudad de Santiago, y su madre, que aún vive, de la de Utrera; pero sí puede decir que en esta Ciudad no merecieron el mayor aprecio, porque el padre vino de page y la madre de criada de el Corregidor D. Pedro de Villalta. Después de algún tiempo se casaron, y por empeño de su Amo se le confirió a su Padre, Andrés Andrade, el empleo que llaman aquí de Estanquero, que es el que en la administración del Tabaco vende medias libras, quarterones, onzas y medias. En este empleo vivió y murió el dicho su Padre, quien también fue dueño de un barco de los destinados a la pesca en las costas de África, con cuyos auxilios pudo dar carrera al enunciado Dr. Andrade, oy Provisor de Cádiz, el que concurrida su carrera,

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2006

que hizo en la Universidad de Sevilla, se vino a establecer de Abogado en esta Ciudad, su Patria, donde siempre se portó con el mayor honor, de modo que mereció grande aprecio del Ilmo. Sor. Obispo Dr. fr. Juan Bautista Servera; y habiendo sido su Ilma. trasladado al Obispado de Cádiz se lo llevó de Provisor.

El fr. Manuel de Andrade, su hermano, estudió Gramática en esta Ciudad, en cuia facultad salió tan corto que con mucho trabajo podía construir. Después entró en la religión de San Francisco, en la que siempre fue y se quedó religioso hebdomadario Morador, por no aver sido para seguir carrera de Cáthedra ni Púlpito. Así vivió hasta que su hermano, con el patrocinio de el Ilmo. Sor Obispo Cervera, logró que se le diera la Guardianía de la Isla de La Palma, que regularmente se suele conferir a qualquier religioso sin carrera.

En este destino dio tan mala quenta de su Persona que la Probincia le privó al año y medio de dicha Prelacía por incontinenti. El Probincial tubo muchas quejas de su mala vida, y aviendo cometido a un lector de Theología llamado el Pe fr. Joseph Antonio Sánchez la justificación de varios capítulos que le formaron, se justificó plenamente que los Religiosos le buscaban de noche muchas veces en su celda y no le hallaban , y que estaba amancebado con una muger de baja esfera que vivía en la calle de los Molinos, con la que dio mucho escándalo. Y así mismo tubo con unos hortelanos y otros vecinos pleytos poco decorosos a un Prelado de San Francisco. Y que trahida esta justificación a la congregación de la Probincia, se le privó de la dicha Guardianía del Convento de la Palma.

Posteriormente se volvió a vivir a su Convento de esta Ciudad, donde como antes estuvo solo con el destino de Morador, hasta que con motivo de haver llegado a Cádiz el Rmo. Molina, comisario entonces general del orden de San Francisco, y haverse hospedado en el palacio del Ilmo. Sor obispo Cervera, le pidió su hermano el Dr. Andrade, Provisor, escribiera a esta probincia para que se hiciera a su hermano Difinidor, cuio empleo se da en ella a muchos Religiosos sin carrera. Escribió efectivamente el Rmo. Molina, y aviendo recivido la carta al tiempo que estaba para celebrarse el Capítulo, el P.fr. Pedro de Lara, entonces Provincial, y que actualmente lo es segunda vez, dixo a los Padres Capitulares que no se podía hacer a fr. Manuel Andrade Difinidor por lo

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2006

que avía pasado con el en la Palma, y demás circunstancias suyas; que no le votasen, y que de su quenta corría el dar satisfacción al Rmo. Molina. Pero sin embargo de esta contradicción, los vocales, unos por respeto al Ilmo. Sor. Cervera, y otros del Rmo. Molina, le sacaron Difinidor, cuyo empleo ya cumplió, y oy le tiene habitualmente, y con esto logra la exempción de hebdomada y reside en este convento; sin haver tenido nunca residencia formal en Cádiz, ni más que la de tres o cuatro meses que hizo con motivo de ir a ver si por allí podía conseguir lo que aquí sabía ciertamente se le había de negar.

Pocos meses antes de irse a Cádiz vino a visitar al inquisidor más antiguo, y le dijo que su hermano el Provisor estaba calificado por el Tribunal de Sevilla, y que a él le avisaba pretendiera calificarse en este Tribunal para después hacerle calificador. El Inquisidor más antiguo dio bastantemente a entender, con buenos modales, que él no podía ser calificador, porque no havía leydo facultad ninguna, y que le faltaban otras circunstancias que debían tener los calificadores. Y seguramente escrivió a su hermano, y éste le llamó, o él fue a Cádiz, y por allá han conseguido de V.S.I., con algún siniestro informe, la Gracia que aquí no se le podía hacer.

Por carta de los Señores del Consejo de 6 de Septiembre de 1590 se manda no se admita a Persona alguna para consultor o calificador de esta Inquisición sin consultar primero mui particularmente con el parecer del Tribunal, para que en vista de todo pueda V.A. proveher lo conveniente. Por otra acordada de los Señores del Consejo de 29 de Marzo de 1607 se manda que se tengan en este Santo Oficio ocho calificadores, escogiendo para ello los más eminentes en letras, los que hayan leydo theología, y que sean personas de virtud, edad y prudencia, y quales conviene para tal Ministerio. En este Tribunal hay actualmente tres calificadores: el uno es D. Francisco Ignacio Fierro, Canónigo de esta Cathedral, Dr. en Sagrada Theología, que después de aver sido más de 20 años cura de almas y Racionero de la misma Cathedral le hizo calificador el Ilmo. Sor. Arzobispo de Farsalia, Inquisidor General. El otro es el Pe Mro. fr. Luis Vázquez de Figueroa, del orden de Santo Domingo, y Srio. Supernumerario de este Tribunal, a quien después de ser Lector de Theología y Regente de los Estudios en el Convento y Estudio Gral. de San Pedro Mártir, le

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2006

hizo calificador el Excmo. Sor. Obispo de Salamanca, Inquisidor Gral. Y el tercero es el Pe Francisco Luxan, Lector de Prima de Theología en el expresado Convento de San Pedro Mártir, a quien V.S.I. creó calificador. De esta clase son y han sido siempre los calificadores del S.O., y si en el día admitiésemos a fr. Manuel Andrade, caería mucho la estimación del Tribunal y se hablaría mal en la Ciudad de su nombramiento, porque saben mui bien lo corto de sus talentos, y que es hombre sin carrera y de conducta poco arreglada.

En 23 de Abril de 1784 acudió a los Señores del Consejo D. Francisco Henríquez de Quintana, Racionero de esta Cathedral, exponiendo ser Doctor en Theología por la Universidad de Osuna y pidiendo que S.A. le hiciese la Gracia de calificador del Santo Oficio. S.A. pidió informe al Tribunal, y que con el que éste hizo en 13 de Julio de el mismo año de su corta literatura y genio, no consiguió dicha gracia, sin embargo de que no era ni tan ignorante ni relaxado como el actual pretendiente [...] aunque el Tribunal tenía noticias suficientes de las circunstancias de fr. Manuel Andrade, porque además de averlo oydo comúnmente en la Ciudad, se lo dijo al inquisidor más antiguo el lector Juvilado fr. Antonio López, custodio de esta Provincia a tiempo [...] [preguntó a varios religiosos] y todos a una voz dijeron lo que dejamos sentado, añadiendo que es tan corto en Gramática que les da vergüenza oírle quando le toca echar alguna lección u oración en el coro [...] Los mismos padres nos aseguran que en el día no causa escándalo, pero que está notado de poco religioso, continuamente en la calle y visitando, que come con su Madre y Hermana, y apenas se le ve en el convento sino para dormir. El día 7 del presente llegó de Cádiz, y hasta el día no se ha presentado en el Convento, ni a su Guardián, sin detenerse en nada ha echado la voz de que viene de calificador del Santo Oficio, reelevado [sic] de pruebas, y ha publicado quanto contiene la carta de V.S.I., y que ya no tiene que hacer la religión con él, y que luego será su hermano Inquisidor de Canaria[60].

A pesar de todo esto que representó el Tribunal, el inquisidor general mandó el 22 de abril que se llevase a efecto la gracia[61].

[60] AMC, Inq., leg. I-D-30, fol. 289-294v.
[61] Ibid., fol. 305.

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2006

3.4. Requisitos.

Los requisitos generales que habían de reunir los aspirantes a empleos del Santo Oficio eran prácticamente los mismos para todos los ministros (cfr.: López Vela: 1993 b, 744 ss.; Prado Moura: 1995, 143 ss.). Salvo los de edad (mayor de veinticinco años), estado civil (casado), y, si acaso, legitimidad[62], que a menudo se dispensaban, los demás -conducta, capacidad, posición social, etc.-, incluido el de limpieza de sangre, se caracterizan por su imprecisión. Lo que valoraban los inquisidores en cada caso - atendiendo, como es lógico, a la importancia de la plaza solicitada- era al candidato, el conjunto de sus cualidades, más que cada una de éstas por separado; y los criterios o valores que utilizaban eran los comúnmente aceptados. (No podía ser de otra manera si lo que pretendían era mantener el poder y el prestigio del Tribunal). Por diversas razones - premiar, estimular o fidelizar a los ministros - también se tenían en cuenta los servicios prestados al Santo Oficio por el solicitante o sus ascendientes[63].

3.4.1. La naturaleza.

Había un requisito que era exclusivo de los inquisidores: no ser naturales del país. Prácticamente todos los inquisidores de este período son peninsulares. El resto de los ministros, salvo los secretarios y alguna que otra excepción, eran naturales [64]. En los

[62] Prado Moura (1995, 160-1) considera que éste era uno de los requisitos; pero en el siglo XVII el alférez Francisco de Niz presentó un memorial en el Consejo en el que decía que muchos de sus ascendientes habían sido familiares del Santo Oficio "y quería también servir a la fe en el dicho ministerio; sólo obsta ser como soy hixo natural, cosa que según presumo ni es contra los establecimientos del S.O., ni contra Cartas Acordadas de V.A., aunque me han significado algunos ministros de la Inquisición de Canaria ser impedimento". Pide al Consejo que le dispense o declare con su autoridad que no es estorbo para su pretensión. El Consejo escribe al Tribunal el 20 de abril de 1640 que habiendo visto y consultado su petición con el inquisidor general "ha parecido avisaros que el ser hixo natural no es impedimento para ser Ministro de la Inquisición": AMC, Inq., leg. CVI-33.

[63] De D. José Antonio de Peraza y Socas, por ejemplo, uno de los aspirantes a la comisaría de la Villa y Puerto de la Orotava tras la muerte - el 14 de mayo de 1767- del comisario D. Ignacio Hernández del Álamo, se dice que "tiene el mérito" de haber sido nombrado sustituto de ausencias y enfermedades en 1765 y de estar sirviendo la comisaría desde la muerte del comisario: I-D-30, fol. 260 v.

[64] De los secretarios casi nunca se expresa la naturaleza en las relaciones de ministros – sólo de Retolaza, que era de Elgueta, en Guipúzcoa; Treviño, de Buenefa, en el arzobispado de Granada; y Vázquez de Figueroa de Las Palmas - pero por otras referencias calculamos que algo más de la mitad eran peninsulares. Es posible que todos los tribunales – no sólo la Inquisición – aspirasen a que la mayoría de sus ministros fueran peninsulares, pero la "cortedad" de los salarios no lo permitía. En 1723 D. Francisco Antonio de Tejada, natural de la Villa de Aldearrubia, en el obispado de Salamanca, solicita

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2006

Tribunales de la Península, por lo menos en la Corona de Castilla, la mayoría de los inquisidores eran naturales[65]. Pero el Tribunal de Canarias daba a este requisito una gran importancia. A la muerte del inquisidor Gabriel Vázquez de Arce escribió a la Suprema (el 8 de junio de 1753) pidiendo que no nombrase inquisidores a naturales de las islas, "que no dudamos instarán con el motivo de esta vacante". Dice que ese es el estilo en la Audiencia, donde los perjuicios serían menores ("cuyos aún menores perjuicios"), y que el rey declaró nulas las gracias de oidores hechas a D. Pedro Massieu y a D. Luis Manrique por "patricios", mandando se les restituyese, con un premio del 25 %, "las cantidades con que habían servido a S.M., de que se dio aviso a dicha Audiencia en 26 de Diciembre de el año pasado de 1708"[66].

Y el 29 de julio de 1761, al enterarse por una "persona de autoridad" de que algunos prebendados pretendían "con poderoso empeño" una plaza en el Tribunal, dice que éste "por la suma cortedad y decadencia de sus rentas" no será capaz de sufrir el sueldo de un tercer inquisidor, "pues aún sin la rebaja que padecerán con la cassa dezmera que ya se está planificando en esta Diócesis" se pagan con dificultad los salarios, y "todavía se debe por sueldos a distintos herederos de los que en otro tiempo sirvieron al S.O."; y aunque se allanasen a servir sin sueldo para facilitar la gracia "y después reclamar por él en qualquier tiempo", queda el grave inconveniente de dar entrada en el secreto a los naturales, "que se echan de menos papeles importantes que los manejaban Inquisidores y Secretarios patricios". Y termina haciendo referencia a la carta de 8 de junio de 1753, en la que se recordó a los señores del Consejo algunos de

la plaza de secretario de secuestros y del juzgado, vacante por la muerte de D. Simón Jorge Perera: ... "y hallándose el suplicante en dicha Isla, donde no pueden obtener empleo [los] naturales de ella, y por la mucha cortedad de sueldo imposible pase de España quien le sirva, y con edad de 32 años"...: AMC, Inq., leg. CLVI-1, fol. 201.

[65] En la Corona de Aragón también predominaban los foráneos, pero no tanto como en Canarias. En Valencia alrededor del 80 % eran castellanos; pero con los últimos Habsburgos y los Borbones la cuota de los aragoneses aumentó: Haliczer (1992, 168 ss). En Canarias el proceso fue en la dirección contraria, en lugar de abrirse, se cerró el acceso a los naturales. En los Tribunales americanos la mayoría de los inquisidores eran clérigos afincados en Indias desde hacía años; en el de Lima solo 4 de los 18 inquisidores llegaron directamente de España: López Cantó (1984 a, 1341); "con ello pretendía el Consejo General evitar los gastos de pasaje desde España de los inquisidores y sus séquitos": *ibid.* (1984 b, 1405). Por lo general "lejos de buscar el alejamiento de los inquisidores de sus lugares de origen o de donde cuentan con poderosas clientelas, hay una marcada tendencia a permitirles que ocupen sus cargos donde tienen el poder, y de aquí, si pueden, llegar al Consejo. Al menos esto es lo que ocurre en el siglo XVII": López Vela (1993 a, 778); aunque entre los "oficiales" el porcentaje de naturales era mayor: *ibid.*, 783. En el XVIII ocurría lo mismo: Prado Moura (1995, 44 ss.). A pesar de que Carlos II en 1695 insistió en que inqusidores y secretarios no fuesen naturales (Lea, 1983, II, 94).

[66] AMC, Inq., leg. I-D-30, fol. 146 v.- 147.

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2006

los inconvenientes que habrían de temerse, "los quales aún siendo de menor tamaño para esta Real Audiencia, se hallan prevenidos por sus ordenanzas, y a su representación, y con consulta de la Cámara de 12 de Noviembre de 1708, tubo a bien S.M. reformar las plazas de Oydores que en ella habían conseguido D. Luis Manrique y D. Pedro Massieu, naturales del País"[67].

En enero de 1776 vuelve a escribir insistiendo en lo perjudicial que sería la concesión de la plaza de inquisidor, "y aún las secretarías del secreto", a los naturales, "porque apenas se encontrará familia en las Islas de algún nombre o lustre que no se halle notada en sus registros, de los quales se han echado de menos muchos e importantes papeles quando los manejaban los Inquisidores y Oficiales patricios, a lo que probablemente se atribuye su menoscabo, y para ocurrir a ello ha procurado el Tribunal tener siempre toda vigilancia, recordándolo a la Superioridad". Esta vez porque se había enterado de que la pretendía el canónigo tinerfeño D. Jerónimo de Roo, que además tenía dadas "muchas pruebas de desafecto al Santo Oficio": pretendió "con sus compañeros (que los más son de igual condición)" que se le denegase la entrada en el Cabildo al racionero D. Salvador Falcón "por ser Ministro del Santo Oficio"; cuando otro racionero, el Dr. D. Francisco Fierro, vino de La Palma a tomar posesión de su prebenda en mayo de 1773, "anduvo solícito y logró no se presentase al Tribunal ni hiciese caso de los Inquisidores, siendo ministro y calificador del Santo Oficio"; en el Cabildo celebrado el 24 de abril con motivo de haber auto de fe al día siguiente "propusieron, trataron y acordaron los Capitulares diferentes asuntos denigrativos al honor del S.O. por sola la presunción de que los Individuos Ministros asistían al expresado auto"; propuso en el Cabildo que se debía impedir que los obispos nombrasen a sus individuos jueces ordinarios para ver y votar las causas de fe en el Tribunal, y se pasó oficio al obispo para que cesase al canónigo D. José Massieu, que ejercía y ejerce de juez ordinario – "contra quien por el mucho amor y veneración que profesa al S.O. se dirigió todo el Cabildo" - , y nombrase a otro.

[67] Ibid., fol. 219. Roldán Verdejo (1989, 74) dice que en estos tribunales este requisito perdió importancia en el siglo XVIII.

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2006

> Este sugeto (cuya carrera, mérito y circunstancias son de poco aprecio) ha manifestado al Deán su intención, y le ha manifestado que nada combiene tanto al Cavildo como el que los Individuos dél tengan Plazas en el Tribunal, porque de esta suerte estará éste a su disposición, y venzerán con ventaja las etiquetas que en todos tiempos ha havido, y quedarán exemplares para en lo subcesivo, y nos consta que el Deán mismo ha extrañado su proposición y pretensión, porque no encuentra en él suficiencia alguna ni otras qualidades indispensables para el oficio, sin embargo de que el D. Gerónimo se intitule, bien que sin fundamento, Primo hermano de D ª Beatriz Monteverde, muger de D. Julián de San Cristóbal, consexero en el Supremo de Guerra.

Además está emparentado con algunos contra los que tiene pleitos por derechos el Real Fisco, y "mui mal conceptuado entre estas gentes por su genio soberbio, díscolo y lleno de vanidad, y por ser hijo de un Escribano de la Ciudad de La Laguna, cuyos oficios exercen en Islas los naturales de inferior clase y ninguna estimación", por lo que decaería mucho el honor del Tribunal[68].

El 17 de julio, al informar sobre dos pretendientes a la plaza vacante de inquisidor fiscal, vuelven a representar los inconvenientes del ingreso "de qualesquiera de estos naturales, desafectos siempre, especialmente los Prebendados, a todo lo que es honor, distinciones y prerrogativas de el gremio". El informe sobre los pretendientes no tiene desperdicio. Del primero, D. Luis Manrique, canónigo electo de la Catedral de Las Palmas, residente en la Corte, dicen que

> es propiamente ignorante, y en tal conformidad que ni aún Gramática pudo aprender ni la sabe. Que su genio es muy díscolo, lleno de orgullo, y engreído en

[68] Ibid., I-D-29, fols. 33-5. De D. José Massieu dice que "diversas y en mucho grado son las prendas y qualidades del mencionado", y sin embargo cuando en 1772 pretendió una de las plazas sin sueldos expusieron los inconvenientes. En su semblanza de Roo, Padrón Acosta (1950) no se refiere a estos incidentes, pero sí a otro posterior, de febrero de 1789, por no dejar al portero de la Inquisición colocar su banquillo en la Catedral en las exequias por la muerte de Carlos III (tampoco al de la Audiencia). Roo, que era racionero desde 1761, participó en las deliberaciones del Cabildo Eclesiástico para enviar un diputado a la Corte -el arcediano de Fuerteventura D. José Marcos Verdugo-, y en la elaboración del *Informe instructivo* que éste llevó sobre los "abusos y pretensiones" de los inquisidores, que dieron lugar a la destitución del inquisidor D. Juan Martínez de Nubla en 1768.

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2006

circunstancias y qualidades de nobleza que no tiene su familia, la qual, además de ser de aquellas que más han ofendido al Tribunal y a nuestras personas, señalándose y haciendo vanidad de ello su hermano entero D. García Manrique, Dignidad de Chantre, es de inferior clase y reputación en tanto grado que aseguramos a V.S.I. sobre nuestras conciencias que no es calificable, pues según consta de los registros del secreto, es descendiente de Judíos, Moriscos, Mulatos, ilegítimos sacrílegos y confessos, constándonos por evidencia [que un tío, llamado también Luis Manrique, que fue tesorero de la catedral que] hizo pruebas y logró entrar a Ministro (sin dar quenta a los SS. del Consexo) el año pasado de 740, se suplantó en los libros de la Parrochia de este Sagrario la fe de casamiento de sus avuelos paternos, y que no se encontró la fe de Bautismo de su Avuelo materno, siendo assí que en varias ocasiones se ha representado a los SS. del Consejo pidiendo dispensa de estas Notas, y por S.A. se ha mandado denegar semejantes pretensiones, como acaba de suceder con D. Antonio Romero Cerpa y Padilla, casado con Hipólita Manrique, ermana entera de el dicho D. Luis pretendiente, no obstante que por sus buenas partes y suficiencia le necesitábamos, según expusimos en representación de 13 de Octubre de 1775 (que se nos denegó por V.A. en su carta de 26 de Marzo de este presente año), y con todo fue tan desagradecido (propiedad que observan todos los que entran sin deber) que al siguiente año de 741, nombrado consultor interino y expedido el título, lo debolbió con ignominia, porque no le dio silla el Tribunal dentro de él, como entre otras cosas lo representó el Sor. D. Joseph Otero Cossío, que assistía solo, a los SS. del Consejo en 15 de Diciembre de 1753.

El segundo, que los es D. Agustin Madan[69] (cuyos padres vinieron a estas Islas con el exercicio de Médico) es tan variable y poco constante en sus pensamientos que cada día le embarazan y ocupan sus ideas. Es de jenio muy soberbio y altivo. Quando fue Prevendado de esta Iglesia se vio aborrecido de todos, y de los SS. Obispos, como lo es del actual, a quien durante su estancia aquí, desde el mes de agosto de el año passado hasta el 7 de Junio próximo que se embarcó para Cádiz, ha causado muchos disgustos con motivo de solicitar

[69] Había sido racionero de la catedral del Las Palmas y en esos momentos era catedrático de hebreo de los Reales Estudios de San Isidro. (Es el que contestó displicentemente al Tribunal cuando le apremió para que entregara la calificación de la enciclopedia de Ephraim Chambers).

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2006

extraer de la clausura a una hermana suya Religiosa de San Bernardo de esta Ciudad, que hizo presente a V.S.I. según nos aseguró.

Su concepto en Islas es ninguno. Su Padre continuó de Médico y murió en este exercicio hace poco en la Isla de Tenerife. El y sus hermanos adolecen de la cabeza y son notados por no poco furiosos. Y assí se les conoce a primera vista. Su madre murió de locura, un ermano entero se mató asimismo [sic: 'a sí mismo'], otro que vive se cortó la lengua, la dicha religiosa está actualmente fuera de juicio, con cuyo motivo solicitó la extracción , atribuyéndola falsamente a enfermedad. Y contra dicho D. Agustín se siguió causa en este Santo Oficio por proposiciones y tener libros prohibidos, y pende ante los SS. del Consejo, donde se remitió testimonio con carta de 16 de Septiembre de 1768.

Los ministros subalternos les habían asegurado que si cualquiera de ellos obtenía la plaza se separarían del Tribunal. Y también los de la Audiencia, "con quienes tenemos y llebamos actualmente singular armonía", les han manifestado "que desde luego se separarían de la unión que hace resplandecer el honor de ambos Tribunales";

a que se agrega las ventajas que lograría la Iglesia con detrimento del Santo Oficio, siendo sus individuos los que lograsen estas Plazas, y los perjuicios que frequentemente resultarían assí en los negocios de fe como en los pleitos, por los enlaces con los naturales; los que en tiempos pasados, quando hubo algunos, son bien notorios y conocidos; y la extracción de papeles del secreto que faltan, que no se puede atribuir a otra cosa. No son tan visibles los daños que se seguirían que ocupasen estos naturales las plazas de la Real Audiencia y con todo tiene mandado S.M. que no puedan ser provistos en ellas[70].

Que los capitulares cuando solicitan la plaza ya hubiesen dado sobradas muestras de desafecto al Santo Oficio, parece confirmar el "entrismo" que se sugiere al comienzo de éste último párrafo, y que Roo, como se decía en la carta de enero, había confesado al deán. En cualquier caso los inquisidores no necesitaron aducir más pruebas ni argumentos para convencer a la Suprema. Cuando poco después el inquisidor general

[70] AMC, Inq., leg. I-D-29, 40 v.-43.

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2006

escribe al inquisidor D. Alfonso Molina y Santaella sobre su traslado a un Tribunal de la Península, le dice que no tema que nombre a ciertos sujetos para sustituirle, porque está bien enterado "de los inconvenientes que tiene de que las plazas de ese Tribunal recaigan en un isleño"[71].

Había también otras razones para la exclusión de los naturales que los inquisidores no consideraron necesario -o conveniente- exponer con más detalle a sus superiores, pero sí sugieren al contar la reacción de la Audiencia, cuando amenaza con separarse "de la unión que hace resplandecer el honor de ambos Tribunales". La cualidad de peninsular, la distancia "social" que establecía con respecto a la población local, producía una "distinción" que se comunicaba a las instituciones donde prestaban sus servicios. (La contrapartida de este "distanciamiento" era el recelo o la hostilidad de los naturales[72]).

Sin embargo, en puestos de menor rango, convenía tener a naturales del "primer lustre", para mantener, no sólo el "respeto y autoridad" del Tribunal, sino también una buena "correspondencia" con los poderes locales. Ya hemos visto que una de las razones que se esgrimen en 1754 para recomendar la concesión de la "gracia" de comisario de Las Palmas al prior de la Catedral D. José Domínguez del Castillo, "sugeto capaz y del primer lustre de estas Islas por sus circunstancias adquiridas y heredadas", es que "conviene tener en el Cavildo algunos ministros para mantener su buena correspondencia"[73]. Y en 1780 las razones para preferir y nombrar comisario interino - ínterin el inquisidor general le nombrase en propiedad - a D. Francisco Volcán y Monterrey, "prebendado de esta Santa Iglesia, su hacedor de rentas decimales",

[71] Ibid., leg. CVI-33.

[72] En 1788 los misioneros capuchinos Fr. José de Manzanilla y Fr. José Puente la Reyna, al enviar unas denuncias al Tribunal: "Que están bien entendidos de los genios y procederes de los Isleños, pues en ningún acontecimiento se valdría de ellos para testigos del Santo oficio, o por mejor decir a asumpto alguno, porque mostrando un rostro mui halagüeño están maquinando interiormente el despique y la venganza, y no pueden sigilar lo que oien si perjudica a sus Paysanos": A.H.N., Inq., leg.3735, nº 21; "Conosco a la verdad que apenas se encontrará quien pueda hacer como se deven esta o otras diligencias del Santo Oficio, como las actúen los de estas Islas, por lo que no nos emos fiado sino de los familiares de Su Ilma., que no son de estos países, para que fueran testigos de la dicha ratificación": AMC, Inq., leg. LXV-22. El alcalde mayor de La Laguna, D. Matías López Lago, le dice a un abogado en 1799 "que agradeciese a que por no ser hijo de Islas no me había mandado a poner en la argolla debajo de los Balcones del Cabildo": AHN, Inq., leg. 1827, nº 32.

[73] AMC, Inq., leg. I-D-30, fol. 127.

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2006

vicario de La Palma y notario del Santo Oficio, frente al otro notario, D. Cristóbal Martínez Méndez, son

> que sus circunstancias contribuirán a mantenerle en el respeto y autoridad correspondiente, y no recelando que el Vicario le obste para servir fielmente al Tribunal aun en los negocios que puedan ofrecerse con el Rev. Obispo de estas islas, antes bien, creyendo que compondría prudente y extrajudicialmente qualesquiera asumpto que pudiera indisponer las dos Jurisdicciones, porque su genio es muy pacífico[74].

3.4.2. Otros requisitos.

Los requisitos "sociales" variaban dependiendo del empleo, del interés que tuviese el Tribunal por cubrir la plaza, y del número y la calidad de los pretendientes. Si para ser alguacil mayor o comisario de Las Palmas había que ser "del primer lustre de estas Islas por sus circunstancias adquiridas y heredadas", o "del primer lustre y estimación en estas Islas por su nacimiento", para comisario de El Hierro bastaba ser "de las personas más distinguidas de aquella población"[75]. Para alguacil mayor de Santa Cruz de Tenerife se valoró el "grueso y gran caudal" del candidato[76]; para secretario de secuestros bastó que con el sueldo, los gajes y su hacienda el aspirante se pudiera mantener "con la decencia correspondiente"[77]. D. Matías Suárez de Armas era familiar calificado en La Laguna, pero cuando en 1754 pretende la vara de Santa Cruz de Tenerife se dice que "es mercader con tienda abierta a la calle, y por lo mismo decaería la estimación que ha tenido este empleo en dicha Ciudad"[78]. Con las cualidades morales y la "literatura" ocurría algo parecido. Tampoco se exigía lo mismo a un clérigo que a un laico. En el racionero D. José Massieu y Campos, que solicitó en 1762 la gracia de consultor, se valoró - además de los ejercicios de oposición a la prebenda doctoral en los que sobresalió - que viviese "con un particular retiro y abstracción mui propia de su

[74] Ibid., I-D-29, fol. 88.
[75] Ibid., I-D-30, fol. 218.
[76] Ibid., fol. 196 v.
[77] Ibid., I-D-29, fol. 87
[78] Ibid., I-D-30, fol. 121.

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2006

estado"[79]. Cuando el comisario de El Hierro al que antes nos referíamos pretendió calificarse (en 1784), "por haver resultado de los informes que era díscolo e incontinente" se mandó suspender las diligencias.

Con la conducta y la capacidad parece que el Tribunal fue menos exigente que con las "circunstancias". Todos los ministros estaban interesados en que nadie sin las adecuadas "cualidades de mérito y honor" entrara a servir al Santo Oficio[80]. La reacción de los ministros de Tenerife en 1810, cuando D. Pedro Correa, un clérigo mulato natural de La Laguna, recién llegado de La Habana se exhibe "con venera descubierta como ministro calificado del Santo Oficio", dando lugar a "muchas hablillas" de las gentes y a la "displicencia" de los ministros, es significativa. El comisario de La Laguna, Fr. Antonio Verde Betancourt, escribe al Tribunal el 25 de abril informando del caso. Dice que le parece "cosa fuerte" que D. Pedro no haya hecho "en el lugar de su naturaleza" información de limpieza, y de vida y costumbres, "requisito tan esencial que aun los que han pretendido lo contrario por razón de notoriedad no se les ha concedido". En La Habana y demás ciudades de América, dice, "habrá otras instrucciones que no pueden gobernar en España y en las Islas Canarias"; allí hay regimientos de mulatos y de negros, "y no entre nosotros, de modo que por esto un negro que fue allí Capitán, y a quien yo conocí , habiéndose retirado para esta isla, el Comandante General le mandó quitar el uniforme, no obstante tener título real"; "la necesidad de proveer algunos curatos en lo interior de aquellas dilatadas Provincias obliga a los SS. Ilmos. a ordenar algunos mulatos"...

> para evitar el notorio agravio que resulta a los ministros de que D. Pedro Correa sea calificado sin tener que pasar por donde todos [...] y a tantos que han solicitado ser Ministros [...] y han sido repudiados, quizá con menos motivos [...] y también para evitar en lo sucesivo, no sólo de que los que no pueden calificarse en Islas lo vayan a efectuar en la Havana u otra parte de América y

[79] Ibid., fol. 223.

[80] Y también, por otras razones, los vecinos. En 1738 el cura de Moya escribe al Tribunal dando cuenta de que ha leído los edictos que le remitieron, y aprovecha para poner en su noticia que ha oído "cierto rumor" acerca del alguacil; que dos o tres personas le han dicho que cómo puede ser ministro del Santo Oficio teniendo una prima penitenciada: AMC, Inq., leg. CLXXIX-15.

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2006

> regresen después a su tierra Ministros calificados, sino (y que es lo más sensible) que sirva este gremio de irrisión y motivo para alejar a qualquiera persona de honor que quisiere unirse a él [...] suplico a V.S. se sirva mandar que dicho Presb° no use venera entretanto no haga las informaciones de estilo en el lugar de su naturaleza, o decretar lo que V.S. juzgue por más conveniente[81].

El Tribunal pide a los comisarios que informen sobre el uso de venera, y "cualquier otro privilegio", por quienes hayan obtenido interinamente el título de ministro en los Tribunales de América sin haberse calificado, y sobre las consecuencias que de ello pudieran seguirse. El comisario de Santa Cruz dice que en el tiempo de los ministros calificados más antiguos no hay experiencia de ningún caso similar; que de permitir el Tribunal que D. Pedro disfrute "de semejantes honores y uso de medalla", está persuadido -por lo que le han informado "personas de conducta, cristianas y de carácter"- de que renunciarán a ellos la mayor parte de los ministros, "procurando solo servir a Dios en la mejor forma, como esencia del instituto, pero sin que se les tenga por miembro de un cuerpo que por semejante tolerancia será mirado con desprecio", como ha empezado ya a suceder en La Laguna, donde algunos ministros se han despojado de la insignia "en las mismas calles, y protestado probar quanto sepan de aquel individuo".

Lo mismo dicen el de La Laguna – "aunque el objecto principal de este gremio es servir a la Religión y morir, si fuere posible, en su obsequio y defensa, los hombres jamás dexarán de ser hombres, siempre quieren distinciones, siempre quieren que brille su limpieza, y siempre quieren llevar consigo una señal que lo indique, o un acto positivo que a todo el mundo lo manifieste" -, La Orotava, La Palma y Lanzarote - "si se diese semejante exemplar es más que obvio se retraerían los calificados, y dexarían de serlo los que lo apetesen, viendo que los títulos interinos gosaban de iguales distintivos y preeminencisas" -. El de Icod es más moderado[82], y el de La Gomera dice

[81] Todas las citas de este expediente: AMC, Inq., leg. LXXII-4.

[82] "Ya yo sabía de antemano que en América hay algunos paysanos y cabalmente de este Pueblo, que usan allá de venera sin haberse hecho pruebas en la Patria, pero no han llegado hasta ahora aquí. No alcanso las consequencias que podrán seguirse de permitir el uso de venera, pero si esto es algún privilegio para América solamente, de estenderse aquí lo pretenderían muchos justamente, y de concederse a unos y negarse a otros se seguiría nota a esos, pues por esclarecidas que sean notoriamente las familias, siempre entran en la calificación circunstancias personales que solamente en una prueba exhacta se purifican".

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2006

que por no haber en la isla ninguna persona calificada de quien pueda informarse, ni disponer de documento o apunte al respecto, no puede dar razón de lo que se le pide.

El Tribunal dicta un auto el 19 de julio mandando que no se le permita a Correa usar la venera ni cualquier otra insignia de la Inquisición "y mucho menos [...] asociarse en el cuerpo de los referidos ministros del Santo Oficio", por no estar calificado "en el distrito de esta Inquisición"; y que se libren circulares a los comisarios para que lo observen en casos similares. Pero Correa no se da por vencido. El 14 de agosto escribe al Tribunal una carta que encabeza de esta manera: "D. Pedro Simón Correa Gorvalán Estevez de Guzmán, Presb°, Ministro del S.O. de la Inquisición de Cartagena de Indias". En ella dice que había pasado a La Habana en 1802 con todas las licencias, y "en vista de mis papeles, la conducta que observé, y previo concurso público de oposiciones" fue nombrado teniente de cura de las iglesias del Santo Cristo de la Salud, y de San Francisco Xavier de Callajavos, cargo al que renunció en 1808, el mismo año en que obtuvo el título de "ministro persona honesta" de la Inquisición. Que lo presentó al comisario de La Laguna cuando llegó, y éste le autorizó a valerse de él, por lo que se puso las insignias;

> pero sucede que como en estos Payses Canarios (mayormente en esta Ciudad de la Laguna, de la que tengo la desgracia ser su natural) hay mucha indigencia y miseria, ningún tráfico ni comercio que la anime, y muy poco concurso de Gentes que la habite, faltas todas que trahen consigo la ociosidad y la olgasanería, y éstas presisamente acarrean otros mayores vicios, entre los que por notoriedad y por clima reina la murmuración, la embidia y la intriga, a lo que se agrega la novedad o (permítame V.Ex[a] otra mejor expresión), la novelería de venir yo desde las Américas, con otras facultades, advitrios y proporciones que no llebé, motivos sobrados y suficientes para quisquillarse alguno o algunos menos cuerdos y prudentes, en tales términos, que un Presb° D. Sebastián Álvarez, Notario de esta Comisaría, públicamente, en una Calle Real de esta Capital de las más visibles, entrándose en el saguán de una de sus casas, se arrancó del hombro

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2006

> de su Manteo el Escudo o armas distintivas de este Tribunal, quien como yo las llevaba en un día de los señalados, quando ambos, por una incidencia, caminábamos a un tiempo el uno en pos del otro por dicha Calle, llamada la Carrera; acción esta que sin duda le acreditó la Nobleza de su sangre y de su proceder.
>
> [...] causó no poco escándalo a las personas que sin querer lo advirtieron, y estas mismas propagándolos de unas en otras, se hizo diáfano y extrepitoso a todo el Pueblo, sin haber uno de los tantos que lo componen que se lo aprovase; antes por el contrario, ridiculisándole esta jechuría, o más que travesura, celebraron la moderación y prudencia con que la sufrí, aunque a mis espaldas, con cuyo hecho tan bajo y tan ordinario, me expuso a un lance, que vindicado por mí, en el acto primero en que naturalmente dominan la pasión y la ira, antes que la razón, hubiera causado, sin remedio, peores consecuencias...

Discute el auto del Tribunal -que el notario se resistió a entregarle personalmente, buscándole "a horas de no estar yo en mi casa (a pesar de ser un Eclesiástico de los más recogidos [...] dejando copia del despacho y un decreto a uno de los vecinos más inmediatos a mi habitación"- alegando que el título y las insignias no son propios de cada Tribunal, sino de toda la Inquisición. Si mandó al comisario de La Laguna que le ocupase, "¿a qué después prohive y quita lo propio que tenía mandado?". Le echa la culpa al notario:

> tan visoño y nada práctico y experto en este Empleo, como en todo Ministerio, pues no ha cursado literatura alguna, sino soltar de sus manos el palo o vara con que cuidaba los Bueyes y cochinos de sus Padres, y ordenarse, y luego por cierta quisquilla o pique de palabras que tubo con uno de los curas Párrocos más condecorados, siendo su dependiente Sacristán de la Iglesia de la Concepción , que es la propia mía, correr como pudo a calificarse, arrancando ramas con mano fácil y ligera, para de ellas formarse su dichoso Árbol, que lo ha entusiasmado tanto y héchose vien ridículo, y como desconocido entre sus compañeros, y aún a todo el clero, a pesar de que todos lo conosemos vien, para

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2006

de este modo desquitarse o vindicarse de las injurias que con razón, oportunamente y a tiempo había recivido; previó no obstante su mucha suficiencia, no se descubrirá su tramoya, por quanto él no deja de saver que este Tribunal obra siempre con todo recato y sin dar jamás razón ni decir la causa porque procede.

Pide no sólo que se le reconozca por "ministro persona honesta", incorporado y unido al cuerpo de la comisaría de La Laguna, sino que se prive al notario de la notaría, por sus acciones impropias "con otros ministros de acreditada conducta, nacimiento y circunstancias",

que él no tiene, pues no se le reconoce, en su obscura e infelis familia, ningún sugeto lucido, condecorado y de honores, y sí yo en la mía he tenido y tengo varios Eclesiásticos, así seculares, como regulares, personas calificadas del Santo Oficio, y sugetos Militares, y al presente, entre otros, mi tercer hermano D. Diego Correa, Capitán de Granaderos, y sus dos hijos subtenientes del Real Cuerpo de Artillería, que todos sirven en la actualidad en nuestro Exército Español, notoriamente conocidos aquí y en España, por su fidelidad y particular valor, con que se han hecho distinguir en las tropas [...] y por quanto yo ya tengo exercida esta Notaría, aún antes de ser del cuerpo, según consta del atestado que por testimonio presento, para que no quede ésta sin sugeto que la sirva, y no sea obstáculo para la separación y retiro que del D. Sebastián presisamente deberá haserse, me ofresco desde luego desempeñarla interinamente.

D. Pedro, como se ve, tenía un punto de loco -como su hermano Diego y sus sobrinos- [83], que intimidaba a sus adversarios. Quizá por eso el Tribunal recurre al Consejo de Regencia, que el 24 de septiembre de 1811, en Cádiz, rechaza la solicitud de Correa y le dice que si quiere "incorporarse" se califique. Desde la Vega, adonde se había trasladado por la epidemia, el Tribunal remitió copia a D. Pedro de la Real Resolución el 25 de noviembre.

[83] Sobre estos "liberales" cfr. Hernández González (1992), que también da algunas noticias sobre D. Pedro, que políticamente estaba en sus antípodas. Interpreta erróneamente este expediente como un proceso.

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2006

La mayor parte de los ministros no estaban calificados, sobre todo fuera de la sede[84], y muchos de los que solicitaban las pruebas lo hacían más para certificar su honor, que para entrar a servir efectivamente al Tribunal. No obstante, los informes que se dan en las pruebas de limpieza nos permiten conocer los criterios que *realmente* se utilizaban a la hora de valorar la idoneidad de los candidatos[85], es decir, cómo se concretaban o qué significaban aquellos principios genéricos de honor, capacidad, moral, etc., y cómo se aplicaban en cada caso. De D. Alejo de la Guardia decía el comisario de La Laguna en 1770 que era "persona de honor", de buenas costumbres, que tenía algunos caudales que había adquirido en Indias, se ejercitaba en "hacer cultibar las raíces que tiene adquiridas y heredadas de sus padres"; que sus abuelos fueron alcaldes y personeros en sus pueblos, los dos Realejos, y que había muchos eclesiásticos en su familia, "por todas líneas, entre ellos Beneficiados, calificadores y comisarios del Santo Oficio. Y que en igual conformidad comúnmente han sido tenidos por cristianos viejos, sin nota ni rumor de ilegitimidad, de mala rasa ni de oficios viles"[86]. El de La Orotava dice que

> por lo que mira a oficios, convienen en que no han exercido otro que el de labradores y hombres de campo, el que también exercía el dicho D. Alexo, hasta que hizo su primero viaxe a la América, aun en algún tiempo que sirvió de criado a el Dr. D. Marselo Vasconzelos, por averle agregado éste para que le cuidasse de sus vestias, ganados y demás tocante a la labranza.

[84] En una carta al Consejo de 13 de noviembre de 1760, a propósito de la vara de alguacil mayor de La Palma, se dice que "en aquellos tiempos en que la penuria de Ministros calificados parece abrió la puerta a la condescendencia y introducción de muchos interinos sin pruebas en todo el distrito, de los quales, aunque sobrevivieron todavía algunos en la misma conformidad, vendrán a extinguirse todos con el tiempo, porque reconociendo los inconvenientes que se seguían de la relaxación del estatuto en esta parte y por este abuso, lo reformamos para lo sucesivo por nuestro auto de 17 de Junio de 1755, y consultado con los SS. del Consejo para su mayor authoridad, se sirvieron aprobarlo, mandando su execución y observancia por carta de 3 de Octubre del mismo año": AMC, Inq., leg. I-D-30, fol. 200. Pero no parece que la reforma surtiera efecto. Las razones por las que no se calificaban los ministros son las que expresaba el Tribunal en 1726 al enviar una relación de familiares al Consejo: los "sujetos de estimación [...] por la imposibilidad o recelo de su no calificación, y los de corta esfera por falta de medios [...] Y vendrá a ser servido este Santo Oficio de ministros no calificados o interinos, y estos sin fuero no servirán gustosos": AHN, Inq., leg. 2384, nº 2.

[85] Para otros aspectos de las pruebas que no se abordan aquí cfr. López Vela (1993 a, 226 ss.).

[86] AMC, Inq., leg. XVI-19.

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2006

El de Santa Cruz, después de informarse con de los pocos sujetos de los Realejos que vivían allí, dice que todos coinciden en "si en algún tiempo hubiera avido en estas familias alguna nota, se conservara en la memoria hasta el presente, por ser aquellos lugares cortos y las familias mui conocidas". A pesar de estos informes favorables D. Alejo no pudo calificarse porque, como ya vimos, fue denunciado poco después por bígamo[87]. También vimos que cuando el maestro de pajes del obispo Cervera, D. Rodrigo Raymon, "deseando tenga efecto el anhelo con que siempre ha vivido y vive de la honra de ser Ministro del Santo Oficio", pretende calificarse en 1773 , y se pide información al comisario de Gáldar, de donde era natural, éste habló con una "mujer noticiosa", Jerónima Bosa, que antes de que él le preguntara nada le dijo: "dísenme que se va a calificar el Dr. Rodrigo Raymon; pues el puede serlo, estando su madre y dos hermanas en la Ciudad de vendederas, con parientes mulatos y nota por Marcial Perdomo de morisco"[88]. Lo mismo dijeron otros vecinos. Y el Tribunal, en vista del informe del comisario "y de otras *muchas* razones"[89], mandó suspender las diligencias.

En el memorial que, con fecha del 25 de septiembre de 1784, presentó al inquisidor general el médico de La Laguna D. Antonio Miguel de los Santos, solicitando su calificación -decía que quería ser "ministro familiar"- y la de su mujer, Dª María Josefa Rodríguez de León, dice que sin embargo de ser sus ascendientes todos cristianos viejos, hijos de legítimo matrimonio, etc., podía frustrarse su pretensión porque en 1719,

> siendo Joven Antonio Rodríguez Espanta, abuelo paterno de la enunciada su muger, sucedió cierto hurto en la dicha Isla de La Palma, su Patria, y en la sumaria información que se recivió sobre el asunto y hecho referido, depuso el

[87] *Ibid.*, leg. XXIII-33.
[88] Ibid., leg. CXXXVII-20.
[89] En 1780 fue denunciado por proposiciones, y en noviembre de 1782 fue llamado al Tribunal, para ser reprendido y conminado: AMC, Inq., leg. XIII-22; CXIX-13; pero no parece que esas "otras muchas razones" tengan que ver con su heterodoxia. Cuando en junio de 1782 solicitó licencia para leer libros prohibidos el Tribunal no tenía más noticia de él que la de ser el bibliotecario de la Biblioteca Episcopal; preguntaron a D. José Hidalgo, abogado del Real Fisco y consultor, que le conocía y trataba mucho "y nos dijo que es un sacerdote de juicio y buena conducta [...] Pero que no le cree suxeto capaz de licencia, ni con la literatura necesaria para discernir la mala doctrina de la buena, y principalmente en proposiciones equívocas, y que le parece no necesita esta licencia para cosa ninguna útil": *Ibid.*, I-D-29, fol. 214 v.

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2006

primer testigo que de dos Hombres que en la noche del hurto conducían una caja, era uno (a su parecer) el dicho Antonio Rodríguez Espanta, y el segundo testigo dixo que oió decir a unas mugeres embosadas que el tal hurto lo habían hecho Mathías Rodríguez y Antonio Rodríguez Espanta, que eran mui camaradas.

Que aunque resultaron ser otros los autores, puede haber quedado en la memoria de alguno de aquellos naturales esta especie[90]. En efecto, en los informes del comisario de La Palma de 15 de abril del año siguiente[91], se habla de Antonio Rodríguez,

quien exerció en esta Isla, Ciudad y carnicería el oficio de marchante, cuyo exercicio está reputado en esta dicha Isla por bajo y cosa de menos valer, pues las personas que lo exercen son de ninguna estimación, y lo que es más, es que al mismo Antonio Rodríguez lo trajeron por horden de la Justicia amarrado públicamente de día, y lo pusieron en el Castillo del Puerto de esta Ciudad, por decirse hurtó, juntamente con Mathías Felipe, porción de pólvora del Rey. Este hecho es muy público en esta Ciudad, y aunque he procurado averiguar si la justicia lo dio por libre no lo he podido conseguir, y sólo me han dicho que el expresado Mathías Felipe se embarcó para la Madera y no bolvió a esta Isla, y que un Caballero de esta Ciudad llamado D. Juan Pinto hizo muchos empeños en favor de los delinquentes.

[90] Antonio Miguel de los Santos había nacido en Santa Cruz de La Palma el 2 de mayo de 1740. Su familia y la de su mujer, según el informe del alguacil mayor de La Palma D. Nicolás Massieu, era "gente muy ordinaria": mulatos, moriscos, ladrones, etc.: AMC, Inq., leg. CVIII-9. Su padre emigró a América y la familia no volvió a saber de él. Hasta que entró de monaguillo andaba descalzo por las calles. Su suegro, marchante de ganado, le pagó los estudios en la universidad de Sevilla, donde se graduó de bachiller en 1769. Fue diputado del común en La Palma, síndico personero en Tenerife, miembro de la Real Sociedad Económica de esta isla; y en todos estos cargos fue conflictivo, tal vez porque, como *parvenu*, se tenía que abrir camino a codazos. Algunas noticias sobre su vida: Hernández González (1993). No pretendió ser comisario, como afirma en otro lugar este autor -Hernández González (1990, 164)- , sino familiar. Fue también "muy dado a la Poesía y preciado de Poeta": AMC, Inq., leg. I-D-29, fol. 271 v. En 1789 un edicto inquisitorial mandó recoger sus versiones de los himnos *Pange lingua* y *Sacris solemnis*, y una composición en la que lamentaba la ausencia del obispo D. Antonio de la Plaza, impresos en La Laguna por Miguel Ángel Bazzanti: *Ibid.* CV-43. Parece que éste, que tenía su imprenta en la casa de D. Antonio de los Santos, preocupaba al Tribunal más que el poeta; en una carta al Consejo del 11 de septiembre de 1788 decía que "si no se toma alguna providencia, como dice el comisario, con el impresor, todos los días nos hallaremos con denuncias de esta clase, porque es un hombre pobre dado al vino y sin detenerse imprime quanto le ponen delante". Los himnos se reproducen en Hernández Suárez y Millares Carlo (1980, VI, 271-283), que informa también del resto de su producción poética.

[91] El Consejo los pide al Tribunal el 15 de enero de 1785: AMC, Inq., leg. XXVII-10, fol. 220-1.

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2006

Pero no era ésta la única mancha de sus ascendientes. Su propia abuela, Mª Tomasina, según le informaron, "fue persona de poca estimación en esta república, porque en el tiempo de su mocedad bailava la Maya, que era el día primero de Mayo ponerse en los ombros de un negro y andar assí por toda esta Ciudad entrando en muchas casas de ella pidiendo para la Maya"[92]; y él mismo la conoció "sin ninguna estimación, como que era mui pobre".

D. Antonio, antes de presentar su solicitud al inquisidor general, había escrito al comisario de La Palma para que "lo desengañase si podía seguir su pretensión". Éste le había dicho francamente lo que había entendido del abuelo de su mujer. D. Antonio le contestó el 6 de agosto de 1784 "procurando dar satisfacción – a juicio del comisario - con dichos y hechos supuestos": que la "especie de Marchante tiene un origen inocente. Antonio Rodríguez poseía mucha porción de ganados en toda la Isla: éstos los hacía expender por medio de otros que lexítimamente eran marchantes [...] y aún dado caso que el exerciese aquella ocupación, no hay facultades en el Pueblo para hacer vil un exercicio no declarado por tal en las leyes del Reyno"... El comisario en su informe lo desmiente: el ejercicio de marchante lo había ejercido por sí mismo, "comprando los ganados en toda la Isla, trayéndolos a la carnicería, y allí los vendía por menudo"; y el robo del que decía en su solicitud que salió absuelto fue otro.

El Consejo rechazó su solicitud -el 20 de agosto de 1785-, y dijo a su corresponsal en la Corte que no había necesidad de ministro en La Laguna. Pero D. Antonio vuelve a intentarlo en 1791. El 10 de diciembre el alguacil mayor de La Palma, D. Nicolás Massieu informa que había ido a la isla -"donde tiene mucho partido, adquirido con la facultad que profesa, y con su sagacidad"- y llamado a sus amigos para que declarasen en su favor, "y en uso del favor que el Alcalde maior le dispensava, procedió el mismo pretendiente Santos a hacer en su casa la tal información", que le

[92] Aranda instó en 1769 a tomar medidas para "exterminar el rústico abuso de las que con nombre de mayas se ponen en las calles causando irrisión y fastidio a las gentes", y la Sala de Alcaldes de la Casa y Corte de Madrid publicó un bando amenazando con diez días de cárcel y diez ducados de multa a las mayas o a sus padres. Se repitió en 1770, y pasó a la *Novísima Recopilación*: Caro Baroja (1979, 54-5). Por la aclaración del comisario parece que en La Palma ya no se estilaban. En Las Palmas continuaron hasta bien entrado el siglo XIX: Navarro (1977, 18).

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2006

escribían un cuñado suyo, procurador, y un fraile. Después fue a las casas de los 24 testigos a recoger las firmas, "que le franquearon urbanamente"; y finalmente, al síndico general y al Cabildo para que le pusiesen el sello. Muchos de los testigos, dice el alguacil, son "de los primeros [...] y aquellos de quien tal vez el Tribunal se avía de valer para sus Pruevas en esta Isla"; otros son sacerdotes, ancianos, e incluso algunos, ministros del Santo Oficio. Todos aparecen como llamados de oficio por el juez, no presentados por la parte.

De nada le sirvió. El 30 de agosto de 1792 el Tribunal le vuelve a denegar la calificación, y manda que se acumule todo al expediente de 1788 que prohibía las liras y los himnos. En la ciudad de La Laguna, decía el fiscal en su petición, hacían faltan ministros, pero eclesiásticos que pudieran servir de notarios. La experiencia había hecho ver que los seculares eran inútiles al Santo Oficio "y que no buscan las calificaciones sino para tener honor". Además D. Antonio, siendo médico titular de La Laguna y teniendo que atender a los enfermos de la Laguna y "aldeas sugetas a la misma Ciudad", no tendría tiempo para servir al Tribunal.

Al beneficiado de Agaete D. Cristóbal Luján se le niega la calificación en 1784 "lo uno porque su familia está regularmente reputada por una de las más inferiores de su Pueblo, con la nota de que a un hermano del Pretendiente no quiso admitir la relixión de San Francisco por falta de limpieza de sangre, aunque después el mismo consiguió le admitiera la de Santo Domingo; y lo otro también porque el Pretendiente no es de la vida y costumbres que necesitan tener los que han de ser ministros del Santo Oficio"[93].

El racionero D. Francisco Antonio Henríquez de Quintana, que presentó su memorial en el Consejo - solicitando informaciones "como para calificador" - el 22 de abril de 1784, cuando estaba en la Corte, parece ser que reunía los requisitos sociales. Las informaciones no desmienten su relación de méritos – servicios a Su Majestad, Real Hacienda, Inquisición, Iglesia y al público –; y el párroco de Teror, de donde era natural, dice que sus ascendientes "han sido reputados y tenidos en este Pueblo por gente blanca y bien nacida", y que disfrutaron "empleos de honor". Pero el definidor del

[93] AMC, Inq. leg. I-D-29, fol. 156.

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2006

convento de San Francisco de Las Palmas, Fr. Francisco Ferrer, informó que como vivía en Teror desde que salió de los Estudios, no sabía de su conducta y "porte de vida", pero había oído "que lo más del día lo empleaba en jugar al naype, y en otros entretenimientos inútiles". En los seis años que moró en la Ciudad y frecuentó el convento y su aula, "sí reconocí que su principal charácter era un jenio festivo, hacer del gracejo, y hablar mucho en quanto se tocaba en una conversación, aunque no entendiera su *Assumpto*". En cuanto a su literatura, aunque cursó tres años de Filosofía y otros tres de Teología en su convento, "su aprovechamiento fue muy poco, jamás hizo cosa por donde lo descubriera, y muchas veces reflexioné que solo venía al Estudio por pasar el tiempo y conseguir su certificación de haverlo cursado"... "Últimamente, havrá tres o quatro años que llegó a mi noticia que pasó a Osuna, en donde luego que llegó lo graduó de Doctor en theología aquella Universidad. No pienso que en ella estudió facultad alguna, por el poco tiempo que allí estubo, pues se dixo entonces que no permaneció en su claustro un mes entero"[94].

El lector dominico y calificador del Santo Oficio – luego sería secretario - Fr. Luis Vázquez de Figueroa, a pesar de no haber estudiado en su convento, parece que estaba mejor informado:

> Tengo bastante conocimiento del individuo - dice - y su juicio y su conducta no ha sido de lo mexor. En la edad de pubertad fue inquietísimo y dio bastante que sentir a sus padres. Ya ordenado sacerdote me hallé por casualidad presente en algunas concurrencias con él, y su demasiada libertad me dio de cara. Jugar al naipe, pasear de noche, baylar, tocar y danzar, y otras acciones muy agenas del Estado clerical, y mayormente de un sacerdote, todo esto era propio en él, aún en los días inmediatos a su viage a España. Conservo la especie que ahora seis años, habiendo yo pasado a Tenerife al Capítulo de mi Provincia, se hallaba él en la misma Isla practicando unas diligencias sobre casas Diezmeras, y en la Ciudad de La Laguna me significó un sugeto de carácter que estaba avergonzado de que hubiese clérigo que tan poco caso hiciese del carácter sacerdotal y de la santidad de su ministerio. Esto es lo que puedo decir en el asunto de su conducta

[94] Ibid., XCV-18.

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2006

y juicio.

Mas en orden a su literatura tengo un concepto fatalísimo, pues aseguro con toda verdad que apenas sabrá un poco de mala gramática, y algo de moral del P. Larraga que estudió para ordenarse. El no ha estudiado facultad alguna de las mayores; antes se de propio conocimiento que habiéndose matriculado en el Convento de San Francisco de esta Ciudad para cursar la Filosofía, nada hizo de aprovechamiento, y ni aún tubo un solo acto público. Esto lo digo porque yo era ya Lector a este tiempo, y jamás lo vi sustentar un acto en las concurrencias que tenemos las dos escuelas.

Con estos informes se comprende que no lograra su pretensión. Estos ejemplos demuestran que si bien los requisitos sociales, morales e intelectuales que debían reunir los aspirantes a ministros *calificados* (titulares) del Santo Oficio no diferían, en líneas generales, de los que se exigían para otros cargos en la Iglesia o la República (no podía ser de otro modo), el Tribunal solía ser más riguroso en su evaluación. Esto explica que, a pesar de la devaluación de sus títulos, muchos tratasen de coronar su ascenso social con un nombramiento de ministro calificado del Santo Oficio, ya que representaba un certificado de mayor valor que el que proporcionaban otras instituciones.

3.5. Las relaciones de ministros.

La facultad de nombrar a todos los miembros de la organización la recibía del papa *cada* inquisidor general con su nombramiento; es decir, cada inquisidor general podía, en teoría, renovar por completo la organización haciendo nuevos nombramientos[95]. En la práctica, se limitaban a confirmar los hechos por sus antecesores y a cubrir las vacantes, a medida que se iban produciendo, con gente de su confianza o de su clientela.

Como recordatorio de aquella potestad, y trámite necesario para la confirmación

[95] La respuesta del "Consejo Pleno" (con asistencia de dos miembros del Consejo de Castilla) a Felipe IV a propósito de la venta de las plazas de alguacil mayor: "Y espirando con la vida su comisión, queda libre su sucesor, y así en el ingreso confirma los officiales, a todos los inquisidores y demás ministros que actualmente sirven": López Vela (1993 a, 184).

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2006

de los ministros, quedó la práctica de pedir a los tribunales una "relación de ministros" cada vez que entraba a ejercer el cargo un nuevo inquisidor general[96]. La petición se hacía siempre en los mismos términos, y solía ir acompañada de la carta del inquisidor general informando de su nombramiento:

> Para el maior acierto en las Provisiones de los Ministros y acrecentamiento de los que asistís en ese Tribunal, y para proceder en ello con maior conocimiento, convendrá que en reciviendo ésta me embiéis V.S. una relación mui particular de los inquisidores y oficiales que ay en esa Inquisición, quanto tiempo ha que sirven, con que salario y aiuda de costa, edad, órdenes y prebendas que tienen y su valor, los grados de letras y de que universidad. Que oficios ay vacos y si ay algunos supernumerarios; y también avisareis del número y nombre de los consultores y calificadores, y de los comisarios que ay en las Ciudades de Iglesias Catedrales y Puertos, y si en los lugares de ese distrito ay más familiares de los que puede haver conforme a la concordia[97].

Las "relaciones de ministros" que se enviaron por el Tribunal de Canarias respondiendo a estos mandatos se ciñen punto por punto al cuestionario; aunque sólo se informa de las órdenes, prebendas y grados de los inquisidores y los fiscales, extendiéndose a veces a una especie de *currículum vitae,* relación de méritos o pequeña biografía profesional (cfr. Apéndice II).

Los inquisidores suelen aprovechar la ocasión para quejarse - al final de la relación, al tratar de los oficios vacos y de los familiares - de la pobreza del tribunal y de sus ministros. Las quejas aumentan con el transcurso del siglo. La relación que envían el 24 de enero de 1747 termina diciendo: "Esta es Señor la más particular relación que de todos los ministros podemos hacer a V.S.I., quien por ella reconocerá que no hai en este tribunal oficio alguno vaco, ni supernumerarios, y que no solo son más, sino mucho

---

[96] ... "que no hay cosa tan cierta como que falta aquí enteramente la costumbre de nombrar personas honestas, *como resulta de las listas de Ministros de este Tribunal remitidas en diversos tiempos con motivo del ingreso de los Señores Inquisidores Generales*": AMC, Inq. Leg. I-D-30, fol. 187 (12 de junio de 1759).

[97] AMC, Inq., leg. CLVI-1, fol. 7 (7 de marzo de 1712); XLIX-5, fol. 255 (22 de febrero de 1742); CXII-15, fol. 82 (22 de septiembre de 1746); entre otros.

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2006

menos los Familiares que los que permite la concordia"[98]. En la que mandan el 29 de noviembre de 1755 se dice "que no hay en este tribunal, por su pobreza, que proveer, y que los familiares no son más sino mucho menos de los que permite la concordia"[99]. De las relaciones que hemos consultado la coda más extensa es la del 27 de julio de 1793:

> Por esta relación individual se hará V.S.I. cargo de los Inquisidores, Oficiales y Ministros que componen este Tribunal y la cortedad de sueldos con que sirven, y podemos asegurar a V.S.I. que no tienen para mantenerse y los vemos perecer, como se lo hemos representado en varios tiempos a los Sres. del Consejo y Antecesores de V.S.I., y que su pobreza es causa de que caiga mucho la autoridad del Tribunal.
>
> La Secretaría de Secuestros se halla vacante desde mayo de 1791 por renuncia de D. Juan de Vega, Pbro. [...]
>
> El Secretario D. Dionisio Treviño hace ya 31 años que sirve, y en el día por su abanzada edad no puede trabajar; D. Manuel de Retolaza, Secretario más antiguo por lo mucho que ha trabajado y solo en algunos tiempos, le ha faltado la vista en términos que no puede tener las fatigas que antes; todo esto se lo representamos a los Sres. del Consejo y S.A. nos respondió viésemos si algún Calificado quería trabajar en este secreto y [u?] ofreciéramos calificarle y le juramentásemos; por entonces no se halló calificado que lo pudiese hacer, y juramentamos a Fr. Agustín Manzano, Pros. Gral. de la Orden de Santo Domingo, quien escribió algún tiempo, y le gratificamos su trabajo; posteriormente juramentamos en el año pasado a D. Domino Galdós, Receptor interino, quien trabaja quanto se ofrece y escribe esta; al que habremos de remunerar a proporción del trabajo y continua asistencia que tiene, y más quando nos consta que por ella hace falta a los negocios de su casa y comercio que tiene[100].
>
> [...] De todo esto inferirá V.S.I. que este Tribunal es el más miserable del Reyno, y que lejos de haber más ministros y Familiares que los que previene la

[98] AMC, Inq., leg. I-D-30, fol. 76.
[99] *Ibid.*, fol. 147v.
[100] Era receptor interino desde el 4 de julio de 1792; por auto de 23 de diciembre de 1793 se le señalaron 1400 reales al año, "para remunerarle el trabajo y continua asistencia".

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2006

> Concordia, no hay los necesarios, ni quien se quiera calificar, por los pocos o ningún fuero que en el día gozan, pues aquí la Audiencia Real y Justicias se empeñan en no guardárselos, y quantas competencias ponemos se estancan en la Corte: por cuyas razones no se hayan muchas ocasiones quienes quieran trabajar los asuntos de Fe, y principalmente hacer de Notarios, si no les pagan, sobre lo que cada día nos dan quexas los Comisarios[101]

En la de 1798, más corta, aunque se repiten algunos motivos, hay novedades significativas:

> Por esta relación se hará V.S.I. cargo, que lejos de haver en estas Islas más Familiares que los que prebiene la Concordia, faltan muchos, y aún Ministros y Comisarios, cuia falta sustancial es causa de que padezcan muchos atrasos los Negocios, y tenga poca autoridad este Tribunal; que es el más miserable, menos dotado y corto de premios del Reyno, por cuia razón no hay quien se quiera calificar, ni hallamos por más diligencias que hemos hecho, quien quiera ser comisario en el puerto de Santa Cruz, en donde tanta falta hace, sucediendo lo mismo en el de Fuerteventura y en casi todas las islas, siendo la causa, además de la pobreza que ya dejamos dicha, el poco aprecio que en el día se hace de los Ministros de la Inquisición, a quienes disfaman cada día más los Franceses que llegan a estos Puertos, y sus sequaces, principalmente en el Puerto de Santa Cruz y su Isla de Tenerife, sobre que ya tenemos representado a los Sres. del Consejo, como también el poco caso que las Justicias Reales y aún el cuerpo militar hacen de los privilegios del Santo oficio, disputando y moviendo competencias, aún sobre lo más claro; y darán bastante luz de esta verdad las que remitimos a los Sres. del Consejo; por lo qual todo el mundo se retrae de servir, aún en asuntos más secretos de fee, principalmente los Notarios, sobre que cada día llegan quejas de los Comisarios; que es lo único que hallamos en este Tribunal y su territorio digno de pronto y eficaz remedio[102]

[101] AMC, Inq., leg. I-D-28, fol. 36 ss.
[102] *Ibid.*, fol. 88 r-v.

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2006

Con siete de estas relaciones, la primera de 1742 y la última de 1814[103], hemos elaborado los Cuadros 1 y 2, y los Apéndices III, IV y V.

Cuadro 1.

Ministros en la sede.

	1742	1746	1755	1784	1787	1793	1814
Inquisidor	1	2	1	1	1	1	1
Fiscal		1	1	1	1	1	
Alguacil mayor	1	1	1	1		1	1
Secretario del secreto	3	3	1	3	3	3	2
Ayudante del secreto			1		1		
Receptor	1	1	1	1	1	1	1
Secretario de secuestros.				1	1		1
Contador	1	1	1	1	1	1	
Alcaide	1	1	1	1	1	1	1
Nuncio	1	1	1	1	1	1	1
Capellán	2	2	2	2	1	2	2
Capiller		1	1	1	1	1	1
Portero	1	1	1	1	1	1	
Abogado de la Hacienda de la Inquisición				1	1		1
Procurador del fisco	1	1	1				
Abogado de presos	1	1	1				
Médico	1			1	1	2	2
Depositario de pretendientes			1	1	1	1	1
Barbero	1	1			1		
Consultores				1	1		1
Calificadores	3	4	8	3	1	4	1
TOTAL	19	22	24	22	20	21	17

[103] AMC, Inq. leg. I - D - 30, fol. 30 ss. (1742); fol. 69 ss.(1746); fol. 142 ss.(1755); I - D - 29, fol. 145 ss. (1784); I - D - 28, fol. 31 ss.(1793). Las de 1787 y 1814 las he tomado de Aranda Mendíaz (2000, 375-383), que no cita la fuente. Todas, salvo la de 1787, coinciden con nombramientos de inquisidores generales: Manuel Isidro Manrique de Lara (1742), Francisco Pérez de Prado y Cuesta (1746), Manuel Quintano Bonifaz (1755), Manuel Abad y La Sierra (1793) y Francisco J. Mier y Campillo (1814). El Apéndice VI contiene la parte que refiere a este período de la "relación de los inquisidores, fiscales y oficiales" que da Millares Torres (1874, 153-165). De las 20 entradas solo 7 corresponden al año o al año siguiente del nombramiento de un nuevo inquisidor general– sólo hubieron 19 desde Baltasar de Mendoza y Sandoval (1699-1705) -. Para los siglos anteriores la coincidencia es todavía menor. No sabemos si se pidieron todas estas relaciones o si Millares las confeccionó partiendo de datos dispersos.

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2006

Aunque no todos los que figuran en la relación ejercían el empleo - porque no residen en el lugar[104] o porque están imposibilitados -, y algunos acumulaban varios cargos o asumían las tareas de otros, los cuadros pueden dar una idea muy aproximada de los recursos humanos con que contaba el Tribunal. En ellos se puede ver que el número de servidores en la sede permaneció relativamente estable a lo largo del período, y que algunos cargos no se cubrían (concretamente, los de secretario de secuestros, abogado y procurador del fisco, abogado de presos, barbero y consultor sólo aparecen en tres relaciones, normalmente en las primeras).

Cuadro 2.

Ministros fuera de la sede.

	1742	1746	1755	1784	1787	1793	1814
Comisario	21	25	23	12	11	16	14
Alguacil	16	11	12	9	7	9	4
Notario	25	26	24	6	6	13	12
familiar	7	2		8	7	8	3
TOTAL	69	64	59	35	31	46	33

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2006

Fuera de la sede, sin embargo, el número de comisarios, alguaciles, notarios y familiares disminuye drásticamente en la segunda mitad del siglo, especialmente en la isla de Tenerife, donde se concentraban la mayoría. El repunte de 1793, que tal vez tenga alguna relación con la revalorización de la Inquisición tras los acontecimientos revolucionarios, no quebró mas que momentáneamente esta tendencia. En los apéndices se puede observar que los inquisidores y los fiscales permanecen en el Tribunal menos tiempo que el resto de los ministros - tanto de la sede como del distrito -. El vínculo de éstos con el Tribunal de Canarias solía durar toda la vida, aunque a veces en diferentes

[104] Esto ocurría, sobre todo, fuera de la sede, por eso se nombraban comisarios de "ausencias"; en 1793, por ejemplo, D. Francisco Dionisio Volcán, comisario de La Palma, era racionero de la Catedral y residía en Las Palmas; el familiar de La Laguna y alguacil mayor de Tacoronte, D. José González de Mesa estaba ausente en Indias.

empleos [105]. Sólo en contadas ocasiones fueron trasladados a otros Tribunales. Se daba así la curiosa circunstancia de que los ministros más importantes, los inquisidores y los fiscales, fueran a menudo también los más jóvenes (Cuadro 3). Todos los demás ministros, salvo los porteros, solían tener más años que los cuarenta y pocos de los inquisidores; y no eran raros los septuagenarios: en 1742 tenían 76 años el secretario del secreto, el alguacil mayor y el alcaide; en 1746 el secretario del secreto y el alcaide seguían siendo los mismos, tenían por lo tanto 80 años; y en 1793 el alguacil mayor y el nuncio tenían 71 y 77 años, respectivamente.

Cuadro 3.
Edad de los ministros en la sede

Cargos	1742	1746	1755	1784	1793
inquisidor	42	46	?	34	47
id.		42			
id. fiscal		42	35		43
alguacil mayor	76	56	65	61	71
secretario del secreto	76	80		42	52
id.	?	?		66	76
id.	38	42	51	81	46
Contador	42	46	55	56	66
Alcaide	76	80	43	27	36
Nuncio	48	52	39		77
Capellanes	?	?	?		?
Capiller	?	?	?		?
Portero	30	34	43		36
Abogado de la Hacienda de la Inquisición	---	---	---	61	---
Procurador del Fisco	?	?			---
	?	?	?		
Médicos	?	---	---		?
					?
Depositario de pretendientes	---	---	?	35	45
Barbero	?	?	---		---
Consultores	?	---	---		---

3.5.1. Clasificación.

En las relaciones enviadas a la Suprema se clasifica a los ministros en estos dos

[105] Fuerteventura y Lanzarote, constituyen a este respecto una excepción. En Lanzarote desde que se realizan las primeras diligencias contra Fr. Miguel de Herrera, delatado por solicitante en 1713, hasta que se ordena su prisión en 1716 intervienen cuatro comisarios – titulares o interinos-: AMC, Inq., Bute, vol. XXXIV, 2ª serie, fol. 9 ss.

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2006

grandes apartados, figurando al principio los que sirven en la sede, normalmente en el orden en que aparecen en los cuadros, y luego los que sirven fuera de ella, isla por isla. Esta clasificación se corresponde, en líneas generales, con la que hace Lea (1983, II, 65 ss.) entre "funcionarios con sueldo" y "funcionarios sin sueldo"[106]. En 1769 - 1770 el fiscal del Consejo hizo una clasificación en la que además de la función y el salario se tenían en cuenta también otros criterios, no por intangibles menos importantes:

> Con motivo de haber sido frequentes las controversias suscitadas por los Ministros subalternos de los Tribunales sobre el orden de la preferencia de asientos en los actos particulares y funciones públicas que se celebran por ellos, tomó en consideración el Consejo este punto, y precedido informe de todos los Tribunales, del lugar que en cada uno ocupaban, pasó a la vista del Señor fiscal, por quien se expuso en 20 de Junio de 1769 y 7 de Mayo de 1770 la diversidad de la práctica que se observaba de unos a otros, y lo que hallaba más prop[orcionado] para establecer el orden de asientos entre los Ministros subalternos, que observándose por regla general, escusase las disputas.

La práctica de los tribunales era tan diversa que según el fiscal "solo en el empleo de Receptor se encuentra que en alguna Inquisición se sienta el primero de los Ministros asalariados, en otra después del alguacil mayor, antes de los Secretarios, en alguna después del secretario más antiguo, antes que los otros, y en otras después de los secretarios del secreto; y a este tenor hay la variedad en los demás oficios".

El orden que propone -y que el 30 de abril de 1771, el Consejo, "S.I. presente", acuerda remitir a los tribunales "para que la mandéis cumplir en todo, y que según bayan vacando los empleos, coloquéis los que se proveyeren de nuevo en ellos en los

[106] También Dedieu (1989, 159 ss.) los clasifica según perciban o no salario en "officiers" y "ministres". Se han propuesto otras clasificaciones que tratan de hilar más fino. Contreras (1982, 72 ss. y 308 ss) distingue un "equipo rector" integrado por los inquisidores y los fiscales, un grupo de "funcionarios menores", que divide a su vez en un "cuerpo burocrático" y un "equipo económico", y una "*red*" o "*estructura*" de distrito (comisarios, notarios, etc.). Martínez Millán (1984, 220 ss) distingue entre "oficios ordinarios" y "oficios extraordinarios" – que equivalen a los funcionarios con sueldo y sin sueldo de Lea – y luego entre los primeros "oficiales mayores" (inquisidores, fiscales, receptor y contador), "oficiales medios", que sirven a los anteriores, y "oficiales menores" que "desempeñan labores mecánicas"; López Vela (1993 a, 150 ss) entre jueces o magistrados (inquisidores y fiscales), oficiales y "organización de distrito", en la que incluye a los calificadores y a los consultores.

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2006

Asientos que por clase de Ministros se expresan en él"- jerarquiza a los ministros, dejando fuera a inquisidores y fiscales, cuya primacía nadie discute, en tres clases, y dentro de cada una de ellas de la siguiente manera:

Primera Clase:

- Alguacil mayor
- Secretarios del número por su antigüedad
- Secretarios supernumerarios, con ejercicio, por su antigüedad
- Secretarios de actos positivos, observando las condiciones con que fueron vendidos estos oficios.

Segunda Clase:

- Receptor general
- Contador
- Abogado del Fisco
- Secretario de secuestros
- Notario del Juzgado
- Procurador del Real Fisco

Tercera Clase:

- Alcaide de cárceles secretas
- Abogado de presos
- Médico
- Depositario de Pretendientes
- Ayudante de cárceles secretas, teniente de alcaide
- Nuncio
- Portero
- Alcaide de Penitencia
- Cirujano
- Proveedor

Los ministros que no eran titulares deberían seguir el mismo orden pero en el ala opuesta. Los calificadores irían en un banco separado frente a los inquisidores, y después, en bancos distintos, los comisarios, notarios y familiares, "con las diferencias que se han practicado con motivo de ser Mayordomos de la Congregación u otros Oficios".

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2006

> En este orden se ben puestos en primer lugar todos los que directa e inmediatamente sirven a la Causa de la Fe; en segundo, los que sirven a la Hacienda o Fisco de S.M.. Y en tercero los que sirven al Tribunal y a los presos, sin que por otra parte se vea particular disonancia en quanto a la común estimación en que están tenidos estos empleos habida consideración al lugar que ocupan en todos los Tribunales.

No se incluyen en la clasificación algunos empleos, como los de capellán, capiller y barbero, tal vez porque se supone que no asistían a las funciones. Tampoco el de escribano de lo civil porque solo existía, "numerado entre los titulares", en los Tribunales de Mallorca y Valencia. Los consultores y secretarios honorarios se omitieron por descuido. Cuando el Consejo pide al fiscal que señale asiento a estos últimos responde que "a los secretarios honorarios sin exercicio se les debe dar después de los honorarios con exercicio. Y a los consultores, respecto de que en la mayor parte de las Inquisiciones no se les da asiento, y en donde se les da no ha habido quexa, parece al fiscal que no se haga novedad".

> También parece al fiscal que en aquellos Tribunales y oficios en que actualmente no haya disputa ni cosa litigiosa no se haga por ahora novedad, sino que a cada uno se le conserve en la posesión en que está hasta la vacante, en que se podrá mandar al nuevo provisto tome el asiento según el orden que ba propuesto[107].

En la organización de distrito (es decir, fuera de la sede), cuando había consultores y calificadores, se les situaba detrás del alguacil, por delante de los notarios y los familiares, como se deduce de la respuesta que da el Tribunal a una consulta del comisario de La Palma el 14 de noviembre de 1763: "ha resuelto el Tribunal, teniendo presente la Carta Acordada de S.A., advertirle que en concurrencia de todos los

[107] AMC, Inq., leg. XIII-35 y CVI-33, fol. 88-91.

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2006

Ministros toca la preferencia después de el comisario a dicho Alguacil, y después a los consultores y calificadores"[108].

3.6. Ministros en la sede.

3.6.1. Los inquisidores.

Los inquisidores eran, además de jueces o fiscales, la máxima autoridad del Tribunal: dirigían y supervisaban toda la organización -incluida la hacienda-, y la actuación de cada uno de sus ministros. Se encargaban también de las relaciones con el Consejo y con los otros Tribunales (aunque éstas se canalizaban normalmente a través del Consejo). A mediados del siglo XVII se estableció que habían de ser eclesiásticos, juristas y mayores de 30 años. El hecho de que fueran juristas es, como dijo Caro Baroja (1968, 21 y 60), "un asunto fundamental al procurar entender el espíritu del Santo Oficio hispano"; y también el *genus inquisitorum*, porque a partir del siglo XVI "el término medio de los inquisidores lo constituyeron hombres que aceptaron las cosas como se les presentaron y que ejercieron aquel cargo como otros ejercieron el de corregidor o el de maestre de campo, hasta que el mismo cargo vino a resultar imposible de mantener, dígase lo que se diga". Esta mentalidad funcionarial que Caro Baroja atribuye a los inquisidores generales, era, como se puede suponer, aun más acentuada en los inquisidores que presidían los Tribunales de distrito.

Durante la mayor parte del siglo solo hubo dos inquisidores en el Tribunal de Canarias[109]. El más reciente hacía las veces de fiscal. Inquisidores y fiscales tenían la misma categoría, honores y retribuciones; y si en el ámbito judicial sus papeles estaban claramente diferenciados[110] -los primeros eran jueces y los segundos acusadores, y por lo tanto no podían votar las causas-, no parece que ocurriera lo mismo en el de

[108] *Ibid.*, leg. XXIV-1.

[109] En una carta del Consejo de 20 de julio de 1745: "Enterado el Consejo de quanto expresáis en vuestra carta de 27 de Abril de este año con motivo del arribo de vuestro colega D. Gabriel Vázquez de Arce a esas islas, y de la cortedad de medios de ese Tribunal para poder mantener en él tres inquisidores, ha acordado ordenaros que remitáis las quentas de todas las rentas y efectos que goza hasta el fin de Diciembre del año pasado de 1744, para que en su vista se tome la providencia combeniente": A.M.C., Inq., leg. CXII-15, fol. 52.

[110] Formalmente, porque el juez no era imparcial (tampoco en la justicia ordinaria). Sobre las funciones del fiscal cfr. Mereu (2003, 231-234)

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2006

gobierno, al menos en Canarias. Si acaso el inquisidor, que era el decano, representaba al Tribunal cara al exterior, y firmaba la correspondencia con otros tribunales y autoridades, y el fiscal cuidaba del archivo y supervisaba y dirigía el trabajo de los secretarios[111].

Los nueve inquisidores y fiscales que figuran en las relaciones de ministros que hemos manejado son una muestra más que suficiente de los que ejercieron estos empleos, ya que representan el 22,5 % de los cuarenta que relaciona Millares Torres, que deben todos los que hubo. Todos son presbíteros, menos el fiscal D. Gabriel Vázquez de Arce, que fue nombrado el 20 de noviembre de 1744 y tomó posesión el 10 de mayo de 1745. En la relación de 22 de enero de 1746 figura como "Diácono (a causa de aver estado y estar actualmente en visita el Sr. Obispo de estas Islas)".

Casi todos estudiaron en las universidades mayores, cinco en Valladolid y tres en Alcalá. El otro, D. Juan Guerrero Berio, nombrado el 28 de septiembre de 1753, estudió filosofía y derecho civil en el Colegio de San Miguel de la Universidad de Granada, donde no parece -pues no se especifica- que obtuviese ningún grado, "pasó dos años el derecho real en el estudio de D. José Calvo, abogado de la Real Chancillería de aquella Ciudad", y en 1735 se graduó de bachiller en cánones por la Universidad de Sevilla, donde en 1738 se gradúa de licenciado y doctor.

Algunos de los que estudiaron en Valladolid y Alcalá lo hicieron también, antes o después, en otras universidades. D. Gabriel Vázquez de Arce, después de obtener el grado de bachiller en cánones (1725) y en leyes (1729) en la Universidad de Valladolid, siguió en ella -suponemos que "explicando de extraordinario"- hasta septiembre de 1735,

> que tomó posesión de una Veca Jurista en el mayor de San Salvador de Oviedo, Universidad de Salamanca, en donde presidió, leyó, substituyó y arguyó las veces que se ofrecieron y es costumbre en dicho colegio y universidad, en la que se incorporó el grado de Leyes y en la que fue diputado por su Colegio del que

[111] López Vela (1993 a, 169). La distinción de sus funciones era más clara antes de la equiparación de 1660: Lea (1983, II, 100).

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2006

fue Rector, y en el continuó hasta que en el día 20 de Noviembre del año de 44 se le hizo por dicho Excmo. Sor. Orozco gracia de la plaza de Inquisidor Fiscal en este Tribunal.

(Él y D. Francisco Javier Sainz Escalera -nombrado en 1786, a los 36 años- son los únicos que solo tienen currículo universitario). D. Bernardo de Loygorri, nombrado a los 33 años, en 1753 (antes lo había sido para Cartagena de Indias, pero "por serle muy con[trario] aquel clima no pasó a serbir aquella plaza"), después de estudiar tres años de filosofía en el convento de la Merced Calzada de Logroño, obtuvo el grado de bachiller en leyes (1739) y en cánones (1744) en la Universidad de Valladolid. El 20 de mayo de 1746 se graduó de licenciado en la Universidad de Ávila, y al día siguiente de doctor. Luego vuelve a Valladolid, donde oposita a las cátedras de ambos derechos[112], "lee de oposición" y "explica de extraordinario".

D. Antonio María de Galarza, nombrado en 1781, a los 31 años, estudió filosofía en el colegio de los jesuitas de Pamplona, justo antes de la expulsión (en 1765 y 1766); bachiller en leyes por la Universidad de Oñate -"según el nuevo método de estudiar"-, en abril de 1770, en noviembre incorporó el grado en la universidad de Valladolid, donde en 1772 se graduó de bachiller en cánones, explicó de extraordinario, sustituyó en la cátedra de Instituta "por nombramiento del claustro" y opositó a la de Prima. En 1776 se licenció en cánones por la Universidad de Toledo. D. José Francisco Borbujo y Rivas, nombrado en 1796, a los 42 años, obtuvo los grados de bachiller en ambos derechos *nemine discrepante* en la Universidad de Valladolid, y los de licenciado y doctor en la de Oñate.

De los nueve, cuatro son bachilleres[113](tres en ambos derechos), dos por

[112] Como dice Álvarez de Morales (1988, 29) tenía "el valor de un mérito no solo el ser catedrático, sino el ser opositor a cátedras, expresión que llegó casi a alcanzar consideración de título académico".

[113] El grado de bachiller era el único que se requería para el ejercicio profesional. El de licenciado era una especie de reválida. Hasta las reformas de Carlos III, que obligó a los bachilleres a cursar algunas materias, se obtenía fundamentalmente "explicando de extraordinario", lo que consistía, según Pérez Bayer en lo siguiente: "Paséase un colegial o manteísta (que el daño es ya común) por el claustro de las escuelas uno que otro rato, y por pocos días, acompañado de algún amigo o paisano suyo en buena conversación, afectando que le explica ésta o esotra ley o capítulo canónico, o algún párrafo de la Instituta; y al fin de ellos justifica en la Secretaría, valiéndose de los mismos compañeros de paseo, que ha hecho su explicación de extraordinario; y se le pasa, y lo imprime en su relación de méritos. Esto en

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2006

Valladolid y dos por Alcalá; uno licenciado, por Toledo; y cuatro doctores, por Sevilla, Ávila, Alcalá y Oñate. Teniendo en cuenta lo que eran las universidades de entonces y como se obtenían los grados[114] no se puede deducir de esto "una sólida formación intelectual"[115] (tampoco para los que ocupaban cargos en la Iglesia o en el Estado). Lo que dice Llorente (1995, 154) de que "muchas veces acaece nombrar por inquisidor a quien no tiene la menor noticia de la práctica de tribunales eclesiásticos ni otra ciencia canónica que la estudiada en las universidades para graduarse de doctor o licenciado", a juzgar por la muestra, no es aplicable al Tribunal de Canarias. Acaeció solo dos veces, con los ya citados Vázquez de Arce y Sainz Escalera. Los demás estuvieron varios años en pasantías y academias o gimnasios donde aprendían la práctica y el derecho patrio; cuatro ejercieron como abogados, y siete tuvieron cargos de carácter judicial en distintos obispados, cuatro de ellos el de provisor[116]. Los otros dos fueron D. Antonio María de Galarza, que aunque opositó "con el mayor lucimiento y aplauso general" a la canonjía doctoral de la Catedral de Zamora (1776) y de Santo Domingo de la Calzada (1778), no parece que las haya conseguido, pues no percibe sus rentas cuando está de inquisidor en Canarias, y D. Francisco José Borbujo y Rivas, que fue comisario del Santo Oficio en Valladolid.

Todos inician su carrera inquisitorial, en torno a los 40 años[117], en el Tribunal de Canarias, que era un tribunal "de entrada"; aunque, como ya hemos visto, uno, Borbujo y Rivas, había sido comisario en Valladolid, y otro, Loygorri, nombrado para Cartagena de Indias no llegó a tomar posesión. De Canarias pasaban a otros tribunales de la península. A Loygorri le promovieron al de Navarra en agosto de 1761[118]. A D. Cándido Toribio de Alarilla en 1791, después de ocho años en el Tribunal de Canarias, primero como fiscal y luego como "decano", le nombró el inquisidor general para fiscal de Llerena, pero renunció "por serle contrario aquel temperamento para su salud". Al

Salamanca y fuera es notorio": Peset (1974, 153-4). El de doctor era un "mero festejo académico": Peset (1983, 67).

[114] Además de las obras citadas de Álvarez de Morales y Mariano y José Luis Peset, cfr. Aguilar Piñal (1967) y un buen resumen en Alborg (1972, 101-136).

[115] Prado Moura (1995, 43). Aunque con vacilaciones; en la p. 53, por ejemplo, duda respecto a "que los grados académicos se correspondiesen con la altura intelectual y contenidos adecuados". En Valladolid en el siglo XVIII, de los 15 inquisidores de que tiene noticias, ocho son doctores, seis licenciados y uno bachiller.

[116] Sobre la jurisdicción eclesiástica a escala diocesana cfr. Pérez-Prendes (1996).

[117] Cuatro a los 40 años y los otros a los 32, 33, 36, 39 y 42.

[118] AMC, Inq., leg. I-D-30, fol. 221 v.

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2006

año siguiente le nombró para Mallorca y "representó lo que tuvo por conveniente". En 1796 le nombran para Valladolid, "pero por hallarse solo en este Tribunal. le mandó S. Emª que no le dejara, ni hiciera su viage a Valladolid hasta que vinieran los nombrados para aquí y los dejara perfectamente instruidos; en cuyo tiempo, sin haber venido más que uno de los nombrados, se publicó la actual guerra, y aunque ha procurado marcharse, no ha sido posible"[119]. El diarista Don Antonio Betancourt (Bethencourt, 1996, 255) nos dejó constancia de un intento posterior de abandonar el archipiélago:

> En 31 de octubre, viernes, de 1800, se embarcó para Santa Cruz en el barco de Carabajal el inquisidor don Cándido y los tres hijos del conde de la Vega Grande y su paje, para de allí hacer viaje a España en un barco de la China, que iba con bandera parlamentaria y llevaba 300 ingleses prisioneros. Salió este navío de Santa Cruz a su viaje el día jueves 6 de noviembre siguiente, y a las 24 horas salidos a la mar se levantaron los ingleses y botaron una lancha a la mar y embarcaron al inquisidor y los hijos del conde, paje y algún otro pasajero, y sin más marineros que el inquisidor, hijos del conde y demás, sirvieron de marineros y milagrosamente llegaron al lugar de Gáldar, al puerto de las Nieves, con parte del equipaje, que el demás se lo llevaron los ingleses. Este caso no fue como está aquí, que hubo el levantamiento y desembarque fue cierto, pero dieron todo.

En 1803 seguía en el Tribunal de Canarias: está en la relación de Millares Torres. Fue el inquisidor que más tiempo estuvo en él. En una carta del Tribunal al Consejo de 1777 se dice que D. José Otero y Cossío estuvo doce años (aproximadamente la mitad)[120]. Por lo que se puede deducir de la citada relación lo normal era que los inquisidores permanecieran en las islas cinco o seis años. Solo de estos tres – Loygorri, Alarilla y Otero y Cossío - sabemos el destino que tuvieron luego que dejaron el Tribunal de Canarias (Navarra, Valladolid y Barcelona).

---

[119] *ibid.*, I-D-28: en una relación de ministros de 1798 que no hemos incluido en el cuadro ni en el cómputo. También estuvo solo desde mediados de agosto hasta finales de septiembre de 1785, que vino Sainz Escalera como fiscal y él paso a servir como decano.

[120] AMC, Inq., leg. I-D-29 bis, fol. 53 v. A propósito de un conflicto con la Audiencia por cortesías – los de la Audiencia pretendían que los inquisidores les visitasen a su llegada –sugiere que se informen con D. José Otero y Cossío, inquisidor de la Corte, que estuvo en Canarias doce años de inquisidor y luego fue a Barcelona. Aparece como Otero y Coris en la relación Millares Torres (1874, IV, 162).

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2006

Además del salario -y la ayuda de costa- de la Inquisición, los mismos para inquisidores y fiscales, cuatro percibían otras rentas: Otero Cossío 1.500 reales por un beneficio simple, Guerrero Berio 800 ducados por una canonjía de la "Insigne Colegial de San Hipólito de Córdoba", Galarza 200 ducados por un beneficio patrimonial en la Villa de Munguía, señorío de Vizcaya y obispado de Calahorra, Toribio de Alarilla 15.000 reales por el arcedianato de Castela, dignidad de la Catedral de Orense, y Sainz Escalera 300 reales por el beneficio de la parroquia de Santa María de la Villa de Mansilla, en la Sierra de Cameros (Burgos), de donde era natural, y de 800 a 900 ducados por el arcedianato de Media Coeli de la Catedral de Sigüenza.

Respecto a la falta de luces que *mica salis* les atribuye Teófanes Egido (1984, 1210)[121], habría que hacer alguna matización. Es cierto que eran antiilustrados – aunque *por oficio* -, que ignoraban las lenguas extrañas[122], y que el empleo se había devaluado en el siglo XVIII[123]; pero no hay que olvidar que para lograr un nombramiento –

[121] "En contraste con la cúspide, la base inquisitorial, desde inquisidores hasta incontables calificadores, base amplia e inmóvil, materializaba la reacción antiilustrada al mismo tiempo que espoleó la oposición de los ilustrados contra el instrumento del Santo Oficio. Poco tenían en común, es cierto, aquellos teólogos-juristas del siglo XVI con las últimas generaciones de inquisidores destinados a tal carrera desde los Colegios Mayores precisamente por su falta de luces ... y " praestet fides supplementum sensuum defectui", como se repetía en el argot colegial con intencionalidad no ignorada por ningún sastre ni zapatero, ni con la turbamulta de frailes convertidos en calificadores "por lograr el platillo y la exención del coro", "ignorantes de las lenguas extrañas", conforme a las quejas de Jovellanos y de la propia Inquisición de Logroño". También en Egido (2001, 210). Este contraste también lo señala Pérez (2003, 193), entre otros.

[122] La ignorancia de los calificadores - que tenían que calificar libros escritos en otros idiomas – y la de los comisarios – por su papel en las "reducciones" (de protestantes a la fe católica) - es la que nos consta. No podemos dar por sentada la de los inquisidores: ya vinos que cuando en 1802 envían al Consejo el folleto titulado *Sermon des cinquante*, dicen que "aunque no hallamos que expresamente esté prohibido, *por lo que hemos leído en él* nos parece muy digno de recogerse": AMC., Inq., leg. I-D-28, fol. 128 v. Sobre el conocimiento de idiomas y su evolución en el período: Fajardo (1996, 203 ss.). La ignorancia era general, especialmente en las islas menores. Álvarez Rixo (s/a, 51-52) dice que los hacendados creían que aprender idiomas solo era de provecho a los comerciantes; y que en Arrecife solo había tres o cuatro sujetos que hablasen inglés o francés - de los que se tenían que valer todos para comerciar y "a quienes tenían que confiar sus pensamientos" - hasta que después de la paz con Inglaterra algunos enviaron a sus hijos a Londres, "y a los tres o cuatro años ya fueron llegando tan civilizados en ideas, modales y trages que parecían los amos de sus mismos padres". En el prólogo Simón Benítez Padilla dice que en 1808 solo había en [Gran] Canaria dos personas que hablasen inglés con alguna perfección: D[a] María Recaela (sic) Russell, y D. Esteban Cambreleng (15).

[123] No son los escritores antiinquisitoriales de principios del XIX los que ponen en circulación la imagen del inquisidor incapaz - Puigblanch, por ejemplo, en *La Inquisición sin máscara*: si había algún colegial "de talento tan limitado que, como se suele decir, careciese de sentido común, siendo por lo mismo incapaz de sostener con mediano decoro ningún otro destino, era sabido que se le procuraba una plaza de inquisidor de la fe" - : López Vela (1993 b, 744-5, n 2). Debía ser muy común entre los ilustrados. Una de las proposiciones de que se acusa a D. Agustín Madan es la siguiente: "También oyó

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2006

también otros de mayor prestigio y remuneración -, importaban más que las luces, las buenas relaciones (lazos familiares, clientelares, etc.); y que era la cúspide ilustrada -los inquisidores generales- la que los nombraba.

Lo cierto es que en sus actuaciones y en los conflictos con otras autoridades los inquisidores se suelen mostrar prudentes, hábiles y sólidos en sus argumentaciones. Que sean "frutos de la adversidad" les puede restar mérito, pero no realidad. Su discreción[124] nos ha privado de noticias sobre sus gustos, lecturas, diversiones y, en general, sobre su vida privada. Cuando el ilustrado tinerfeño Lope Antonio de la Guerra y Peña, miembro de la *Tertulia de Nava* (cfr. Romeu, 1977), anota en su diario la marcha del inquisidor D. Fernando García de la Prada -en la misma embarcación ragusea en que iba a la Corte para dependencias del ayuntamiento D. Tomás Wading, que salió para Cádiz el 15 de octubre de 1781-, deja en blanco su nombre, porque lo ignora, y dice: "La embarcación iba por Canaria para llevar al Inquisidor D. [ ] de Prada, el que según noticias era persona de buenas intenciones y de sobresaliente instrucción y memoria, que le servía para conservar las muchas especies que tomaba en las Librerías que frecuentaba" (Guerra, 1959, IV, 66).

Millares Torres creía que "aun sin quererlo, ellos mismos participaban del movimiento general, y progresaban en sus ideas, sin darse cuenta de ese fenómeno, y sin adivinar el impulso ciego que los guiaba". Dice que podría citar "en comprobación" de sus afirmaciones, "la separación de los sambenitos, la timidez en la prosecución de las causas" y el fin de los autos públicos de fe; pero prefiere transcribir una carta a la

el testigo [Pedro Russell] a su madre Da. Cathalina, que dicho D .Agustín la dijo en una ocasión, que para Inquisidores no se requería hombres de ciencia, y assí en España quando se veía un tonto o ignorante, decían: este es bueno para Inquisidor": AMC, Bute, vol. XXXIV 2ª serie. Pérez Bayer, sin embargo, en su memorial *Por la libertad de la literatura española...*, dice que el colegial "desde el día de su admisión al colegio se engríe y se figura ya con ínfulas de una Audiencia, *Inquisición* o Prelacía, y de hecho (si no es que muere en agraz) consigue una de estas plazas": Peset (1974, 49) (subrayado nuestro). Y Astorgano (1999) si no acaba de convencernos del "jansenismo" del inquisidor D. Nicolás Rodríguez Laso, que lo fue en los Tribunales de Valencia y Barcelona, sí demuestra que se movió en el círculo de la condesa de Montijo y en otros ambientes ilustrados. Es el mismo - "Nicolás de Laso"- que en 1805 felicita a un joven denunciado en Valencia, le muestra su biblioteca personal (Voltaire, Rousseau, Helvetius, etc.) y le dice: "Ya os podéis marchar, joven, proseguid tranquilamente vuestros estudios, y no olvidéis esto: la Inquisición de nuestro país es menos rencorosa y menos hostigadora de lo que se dice": L. Domergue, cit. por Pérez (2003, 193).

[124] Que se les exigía por la Suprema – cfr. García Cárcel – Moreno Martínez (2000, 179) – y se les censura por los adversarios – cfr. Peters (1989, 176-177)-.

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2006

Suprema de los inquisidores Alarilla y Sainz Escalera, para que se vea "lo que opinaban sus ministros respecto de ciertos actos de devoción que muchos aceptan y recomiendan hoy, sin tildarlos de la manera franca y leal con que lo hicieron en el siglo pasado los mismos inquisidores"[125].

La carta, de 10 de septiembre de 1788, está motivada por la denuncia de un canónigo, D. Rafael José Ramos Perera, contra una decisión del Cabildo Eclesiástico, que presionado por el pueblo había acordado dar a la Virgen del Pino el mismo tratamiento que al Santísimo: tres golpes de incensario, y que los capitulares y el clero fuesen en la procesión con el bonete en la mano. Para poner en antecedentes al Consejo, empiezan exponiendo el culto que se da a la imagen en su templo de Teror, cómo se lleva a la ciudad con toda solemnidad sólo "en caso de urgentísima necesidad", la procesión -"el concurso mayor que aquí se ve"-, y la "mansión" en la Catedral, "lo menos de un mes", llena de la mañana a la noche de gentes de toda la isla.

En la exposición del conflicto es donde vierten los inquisidores las opiniones que tanto gustaron a Millares Torres, que las resalta con cursivas y mayúsculas:

> El pueblo ignorante, que ve todo este aparato, cree que el remedio de todas las necesidades es la Virgen del Pino, que puede más que Dios, y que no trayéndola no ay remedio para sus miserias. Y si el Cavildo tarda en determinar su venida después que se pide, claman contra los canónigos.

Como ocurrió ese año, que hubo falta de agua, diciendo "que no abría remedio si no venía la Virgen del Pino".

> El Cavildo reusa la venida de esta Santa Imagen por los crecidos costos que se siguen, y los más cordatos porque ven que no sirbe sino de haber concurrencias del Pueblo, y muchas solo por diversión. Y porque ven también que se da más

[125] Millares Torres (1874, IV, 70). La carta (*ibid.* 71-83) la vuelva a transcribir en su *Historia General de las Islas Canarias.* Imprenta de Isidro Miranda, Las Palmas, 1893-1895 - reedición Millares Torres (1977, IV, 88-92)-, donde dice que "por las reflexiones que contiene y por la sana doctrina que de ella se desprende con relación al culto de las imágenes, merece conservarse en nuestros anales, para probar la exactitud de nuestras afirmaciones cuando decíamos que el progreso venía providencialmente de los mismos que deseaban ahogarlo". Está en AMC, Inq., leg. I-D-29, fol. 272 v – 278 v.

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2006

adoración por las gentes a la Virgen del Pino que al adorable Sacramento.

Al coincidir con la octava del Corpus

> se ha visto muchas veces entrar vastantes gentes indiscretas, volver la espalda al Sacramento y orar en voz alta a la Virgen del Pino, por cuia razón alguna vez se ha tratado en Cavildo retirar la Virgen del Pino a una Capilla. Pero no se han atrevido a determinarlo por miedo al Pueblo.

Como en la procesión unos capitulares llevaban el bonete puesto y otros en la mano, y estando de semana, unos incensaban a la imagen dos veces y otros tres, se celebró "Cabildo espiritual". Se acordó que debían ir con el bonete puesto y dar sólo dos golpes de incensario. Pero el racionero, que era de Teror y apasionado de la Virgen,

> para anular el Cavildo discurrió pedir su volilla o voto. Y apenas salieron de el Cavildo se estendió por la Ciudad lo que havían tratado, y empezaron las pandillas entre los Capitulares y toda la clase de gentes, de modo que se les decía en los estrados a los canónigos que no llovía porque no trataban a la Virgen del Pino como se merecía [...] Y con estos gritos del Pueblo se celebraron después los Cavildos de que hace mención el canónigo Ramos en su denuncia y declaraciones. Y después de que en el Pueblo se sabía haver mandado dar tres veces a la Virgen del Pino, y llevar el vonete en mano en sus procesiones, se les burlava públicamente, y más por las mujeres, a los Capitulares de voto contrario, diciendo que la Virgen del Pino había ganado el pleito, y otras palabras a este tenor.

Varios capitulares escribieron al obispo, que, según los inquisidores, "se ha desentendido por no sufrir un pleito"[126].

Nos consta por conocimiento y trato, que los Capitulares que han votado porque

[126] En realidad consultó a la Sagrada Congregación de Ritos, que mandó que solamente se dieran dos incensaciones, "cuyo decreto se mandó guardar y cumplir por el Cabildo de 15 de Julio de 1791, anulando todo lo contrario que antes se había acordado": Millares Torres (1874, IV, 83, n. 1).

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2006

> solamente se dé dos veces incienso y se lleve el vonete puesto en las procesiones, son los sujetos más áviles y timoratos del Cavildo, y por esto solían decirles vulgarmente que la Virgen del Pino havía ganado el pleyto contra los beatos.

Terminan diciendo que el "lance" necesita remedio, pero temen no hallar sujetos imparciales para la calificación.

Millares Torres quería probar con esta carta que los inquisidores no eran ajenos al "progreso de las ideas". La crítica de las devociones populares y el elitismo son sin duda "ilustrados". Pero su valoración, y su incapacidad para entender el culto popular a la Virgen y el carácter antifarisaico de esta pequeña revuelta, deben mucho a su época, la del marianismo ultramontano del pontificado de Pío IX, el del "extraño dogma" (Küng, 2002, 211) de la Inmaculada Concepción (1854), y también del *Syllabus errorum modernorum* (1864) y el dogma, no menos extraño, de la infalibilidad papal (1870)[127].

[127] Poco más tarde, en 1912, Unamuno (1997, 185-187) sí que daba en la clave del culto popular a la Virgen: "la mariolatría, que ha ido poco a poco elevando en dignidad lo divino de la Virgen, no responde sino a la necesidad sentimental de que Dios sea hombre perfecto, de que entre la feminidad en Dios [...] para compensarlo hacía falta la Madre, la Madre que perdona siempre, la Madre que abre siempre los brazos al hijo cuando huye éste de la mano levantada o del ceño fruncido del irritado padre [...] la madre que no conoce más justicia que el perdón ni más ley que el amor". En la misma estela Sánchez Ferlosio (1992, I, 84-85) unía en 1980 devoción a la Virgen y crítica del "progresismo": respondiendo a unas declaraciones del entonces ministro de cultura Ricardo de la Cierva en las que calificaba la fiesta de los toros de anticultura, decía que "la mejor justificación cultural de los toros (cosa que, por lo demás, tampoco es necesaria) reside en la esperanza de que estén correctamente representados, como perteneciendo a la España de charanga y pandereta, en el poema de Antonio Machado" ["El mañana efímero" de *Campos de Castilla*: "La España de charanga y pandereta,/ cerrado y sacristía,/ devota de Frascuelo y de María"...; CXXXV en la edición de Oreste Macrí]. Que Machado caiga en la "españolísima pasión por esta lúgubre y asoladora España del cincel y de la maza -representación fascista si las hay, en el preciso sentido de reducir a los hombres y a los pueblos a meros materiales e instrumentos de grandeza histórica y de hacer de la vida cuerpo de la historia, que siempre acaba siendo hacerla carne de cañón- no tiene por qué implicar que se equivoque al señalar como charanga y pandereta, y por tanto como anticincel y antimaza, la devoción a Frascuelo, o sea, la afición taurina. Ya es una garantía que la empareje nada menos que con la devoción a María, excelsa y discretísima señora, que nunca incordió al cristiano ni achuchó al pecador, siendo por el contrario, indefectible y graciosa medianera de toda dulzura, de todo consuelo, de toda piedad, de todo perdón, y, sin duda, por tanto, manto protector contra el posible azote de eternas juventudes, de macizos pasados, de razas redentoras e implacables, de rabias, ideas y hachas vengadoras".

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2006

3.6.2. Los alguaciles.

El cargo que aparece después de los inquisidores en las relaciones de ministros es el de alguacil mayor. Pero la importancia de su rango honorífico no se corresponde con la de sus funciones; aunque en Canarias, a diferencia de lo que ocurría en otros Tribunales, todavía conservaron algunas[128]. En una carta del Consejo de 3 de junio de 1719, se decía

> En vista del memorial presentado por parte de D. Pedro Alvarado Orellana, Alguacil maior de esa Inquisición, se a acordado SS. no agáis novedad en lo que se ubiere practicado en lo que mira al exercicio y obligación del oficio de Alguacil maior de esa inquisición, ni le impongáis más cargas que las que asta aora ubiere tenido, ni se le obligue a las prisiones de los Reos que no fueren de fee, y en las que fueren de fee solo a que asista con los otros ministros a quien toca el secuestro o embargo de sus vienes, los quales deven ponerse y estar en poder de el Depositario hasta el éxito de sus causas y venta de los que fueren confiscados, y asimismo se os previene que no deve asistir al Tribunal si no es quando fuere llamado para las cosas de su oficio, ni acompañar a vosotros los Inquisidores, y que no le neguéis las licencias que se le han dado asta ahora para asisitir a la hacienda del Campo, y que no es de la obligación de su oficio solicitar saver si ha llegado embarcación y dar quenta al Tribunal, de que estareis advertidos[129].

Al morir Álvarez Orellana en 1734, los inquisidores nombraron alguacil mayor al secretario más antiguo, D. Juan del Saz. Cuando el inquisidor general nombró en 1735 a D. Baltasar de Llarena y Viña, "uno de los principales sujetos de esta Ciudad", mandando que "a su tenor se recogiese en los registros de este secreto", el inquisidor fiscal puso algunos reparos, "en cuya averiguación se estubo el referido tiempo hasta el día 10 de Henero del año 1739", en que se dio auto que se remitió al Consejo el 6 de junio. El caso es que Llarena no entró a servir el oficio hasta el 12 de septiembre de 1746, aunque "sin sueldo (que importa, con la ayuda de costa, 1.470 reales), durante la

[128] Sobre los de Sevilla en el siglo XVIII: cfr. Cerrillo (1997 b).
[129] *AMC., Inq., leg. CLVI-1*, fol. 131.

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2006

vida de D. Juan del Saz, por estar éste jubilado con él, en consideración de los atrasos de este Tribunal". Su sucesor, D. Jacinto Agustín Falcón y Ramos, que antes había sido contador, tampoco cobraría. En la relación de 1793, cuando el salario, incluyendo la ayuda de costa, había aumentado a 2.205 reales y 22 maravedíes, se dice que "por la pobreza de este Fisco está suspensa desde el año pasado de 1746, y por consiguiente la sirve sin sueldo el actual Alguacil mayor, como también su antecesor". Es posible que este empeño de los inquisidores en nombrar alguacil mayor a uno de sus ministros tenga que ver con el deseo de impedir que se convirtiera en puramente honorífico.

Los alguaciles de *distrito suelen recibir* en el Tribunal de Canarias la misma denominación que los anteriores. Algunas de estas varas se vendieron a finales de los cincuenta. Por las de La Laguna y Santa Cruz de Tenerife dos acaudalados comerciantes, D. Matías Rodríguez Carta y D. Roberto de la Hanty, ofertaron 2.000 pesos y 2.200 ducados[130]. El primero, tesorero general de la Real Hacienda y familiar del Santo Oficio en Santa Cruz de Tenerife, presentó un memorial en 1754 solicitándola por juro de heredad. El Tribunal informó que era cierto cuanto en él se refiere

> assí por lo respectivo a la inmediación a la dicha Ciudad de La Laguna y tener allí casa y hacienda bastante, como por lo tocante a no haber oy en ella para exerser dicho empleo sugeto calificado, pues aunque lo está D. Mathías Suárez de Armas, éste es mercader con tienda abierta a la calle, y por lo mismo decaería la estimación que ha tenido este empleo en dicha Ciudad, en la que al presente sirbe de interino D. Christóbal Nicolás Cordelos, sin pruebas y sin esperanzas de hacerlas, por sus atrasos y abanzada edad. Asimismo debemos desir que en diferentes tiempos se han beneficiado las baras de los respectibos lugares del distrito de esta Inquisición concediéndolas por dos o más vidas.

Añaden que si se le concediese podría el tribunal reedificar sus casas y oficinas, lo que sería imposible perdiéndose esta ocasión, "assí por no ser dable otra semejante,

[130] Sobre ambos, y sus negocios cfr. Guimerá Ravina (1985).

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2006

como por la pobreza de este Tribunal"[131]. El Consejo pregunta si en otras ocasiones para su venta había precedido orden del rey, y en qué se había convertido su producto. A lo que responden

> que en el año de 1632 para la manutención de 84 soldados que el Rey mandó sustentase la Inquisición, se arbitró el medio de vender las varas, lo que se aprobó por S.M. Pero habiendo tocado a este tribunal concurrir con 2000 ducados, y bendiéndose la de este distrito en mucho más crecidas cantidades, se remitió el contingente a V.A:, y se mandó que cobrado lo demás se emplease en censos y se aplicase sus réditos a los salarios de los Inquisidores, lo que se executó hasta la cantidad de 400 ducados de renta, que se convirtieron en aumento del Real Fisco, que hoy los goza[132].

La concesión se retrasó porque D. Matías insistía en que se le diese la vara por juro de heredad. A los inquisidores les parecía "corta satisfacción para este honor", pero D. Matías decía que no tenía utilidad alguna, "que los beneficios de los Regimientos de estas Islas han vaxado considerablemente", y que la vara llevaba vacante mucho tiempo y nadie la había solicitado, ni siquiera de por vida. El regateo se prolongó, al parecer, hasta 1773.[133].

De D. Roberto de la Hanty, que ejercía la vara por la ausencia del titular, José Moreno Camacho, decían los inquisidores que reunía "todas las cualidades de mérito y

---

[131] AMC, Inq., leg. I-D-30, fol. 121 r-v (carta de 10 de enero de 1754).

[132] Ibid., fol. 135-6 (10 de julio de 1755). Sobre estas ventas cfr. Martínez Millán (1987 a), que equivocadamente afirma que tras la caída de Olivares y el nombramiento de Arce Reinoso como inquisidor general "no se volvieron a vender más oficios de la Inquisición en toda su historia" (694).

[133] Ibid., fol. 168 (carta de 5 de julio de 1757). En 1783, en un informe solicitado por el Consejo sobre si se habían enajenado perpetuamente o de por vida algunos empleos, se dice que en 1772, al finalizar la última vida de las que se habían concedida en 1632 en Santa Cruz de Tenerife, solicitó la vara D. Matías y se le concedió por tres vidas, el 23 de marzo de 1773, por "1000 ducados, moneda de la isla, que hacen 16.500 reales de vellón". Falleció en 1775 y dejó nombrados para sucederle a sus hijos D. José y D. Matías Fortunato, ambos ministros del S.O. En 1775 – cuando el Tribunal confirmaba a D. José en la posesión de la vara - el Consejo declaró nula la extensión de la gracia a tres vidas, y mandó que se devolvieran los mil ducados a los herederos. Pero ya se habían gastado y el Tribunal dice que dadas sus cortas rentas no podía devolverlos "sin un considerable retraso"... y que "en esta atención, y en la de que se haya dicha enajenación en segundo poseedor, y en una de las familias más circunstanciadas y ricas de estas Islas, acreedora aun sin este requisito a esta gracia por su lustre, conveniencia y afecto al S.O., esperamos que V.A. se digne dejar correr dicha gracia en los términos que se halla": AMC, Inq., leg. I-D-29, fol. 135.

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2006

honor para obtener este empleo y exercerlo con la debida estimación", no sólo por ser ministro calificado, familiar e intérprete... "sino también por hallarse condecorado con la tenencia Coronela de uno de los Regimientos de Milicias de la dicha Isla y con el título de Regidor Perpetuo de ella, a que concurre ser hombre de un gruesso y gran caudal"; y que sería conveniente se le diese para adelantar, con el beneficio de la venta, "la meditada obra de la casa de la penitencia", que tenían intención de empezar ese verano, y que

> haviendo de erigirse sin otro sufragio que el de las limosnas de estos naturales es preciso que camine con mucha lentitud, y acaso no llegara a lograrse su formal establecimiento, al mismo tiempo que miramos con dolor que urge la necesidad de este saludable remedio para contener en este país el general desenfreno de las supersticiones y maleficios, que si bien muchos de ellos no pasan de ser embustes, otros, con este disfraz, no dejan de insultar diavólicamente a las honras, vidas y haciendas, con grabe detrimento de las almas, y con alguna nota de la tolerancia del Santo Oficio[134].

Pero, a pesar de la recomendación del Tribunal, parece ser que el Consejo le denegó la gracia, no sabemos por qué razón. No figura en las relaciones de ministros; ni él ni nadie que tenga sus apellidos[135].

La vara de La Palma la había rematado en 1634 en 800 ducados, por tres vidas, el maestre de campo D. Nicolás Massieu. A su muerte, por sentencia del Tribunal de 22 de enero de 1653, "y posterior transacción y consentimiento de todos los hijos y herederos", la sirvió por segunda vida D. Pedro Massieu y Vandala, hasta que murió en 1666. Para la tercera "nombraron los interesados" al Capitán D. Nicolás Massieu de Vandala y Vélez, nieto del que la compró, y "aunque parece que éste aceptó el

[134] AMC, Inq., leg. I-D-30, fol. 196 v (13 de marzo de 1759).

[135] Cioranescu (1977, II, 300) dice que se le concedió y remite a un documento del AHN, Inq.: 24/2386. Pero Guerra y Peña (1951, I, 48) al reseñar su muerte en el pago de Geneto, en La Laguna, el 23 de febrero de 1762, dice que era "Coronel del Regimiento de Forasteros, Regidor perpetuo de esta Isla, Castellano del Castillo principal, Familiar del Santo Oficio y Síndico General de la Provincia de San Francisco" ... "La Fortuna favoreció a dicho D. Roberto hasta conducirle a los empleos más honoríficos de la Isla, pero casi no le permitió gozarlos, pues la fatal Parca cortó el hilo de su vida quando parece estaba a la mitad de su carrera".

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2006

nombramiento, no la disfrutó, por haberse reparado por el Tribunal que debía hacer pruebas por la línea de su madre". El Tribunal nombró interino a D. Antonio Pinto de Guisla "que la sirvió por su vida", sin que D. Nicolás hiciese más diligencias.

El que compró la vara en 1634, el maestre de campo D. Nicolás Massieu, quiso comprar también, en 1639, las jurisdicciones de Argual y Tazacorte, ofreciendo al rey 4.000 ducados por la primera y 9.000 por la segunda; pero "opúsose el ayuntamiento; hizo ver en él el regidor don Juan de Guisla Vandewalle la caterva de inconvenientes que esto tendría" (entre otros "los menoscabos del real servicio, por ser Tazacorte puerto con fortalezas"), y no lo logró[136].

Cuando en 1759 el regidor D. Nicolás Massieu y Salgado ofertó por la vara "hasta" 600 pesos, los inquisidores, a los que lo había manifestado "particularmente" – no por escrito -, trasladaron su petición al Consejo, e informaron que "oy no puede producir esta vara las utilidades que quando se remató por primera vez, pues entonces había en aquella Isla un grueso comercio, y oi en día es ninguno, por haberse trasladado al puerto de Santa Cruz de Tenerife el de todas las Islas"[137]. Pero el Consejo mandó (el 2 de junio de 1760), que admitiesen en el uso de la vara a D. Domingo Vandewalle y Guisla. El Tribunal pidió suspender la ejecución porque habían aparecido nuevos documentos por los que constaba que en 1722, D. Juan Ignacio Fierro, hijo de Dª Ana Massieu y del sargento mayor D. José Fierro, pretendió entrar en el goce de la tercera vida restante y que el tribunal le habilitase, aprobando el nombramiento y la renuncia que en él hizo su madre (que se la había adjudicado en la partición de bienes, de conformidad con sus hermanos); pero hubo pleito y quedó pendiente de la consulta que se hizo al Tribunal... Al final D. Nicolás se hizo con la vara[138].

---

[136] Viera y Clavijo (1971, II, 246, n.4). En la inscripción del sepulcro de Massieu se dice:..."ET OBIJT XI NOVEMBRIS ANNI M.D.C.L.V.". (p.794). Transmitió la vara, pues, antes de morir, no a su muerte como dicen los inquisidores.

[137] AMC, Inq., leg. I-D-30, fol. 200 (carta de 6 de mayo de 1759, que contiene toda la información precedente). El 30 de julio vuelven a enviar la carta – se hacía con frecuencia porque se extraviaban – y añaden que los 600 pesos eran necesarios para la casa de penitencia, único remedio contra el auge de los sortílegos: *ibid.* fol. 210 ss. (en este legajo, que tiene dos numeraciones, hay abundante correspondencia sobre la vara de La Palma). Las "utilidades" a las que se refiere son los derechos de las visitas de navío, a las que asistían los alguaciles: *Ibid.*, CVII-1, fol. 7 (carta del Consejo de 9 de noviembre de 1633).

[138] En la relación de ministros de 1784 aparecen D. Nicolás Massieu y Salgado, Caballero de la Orden de Santiago, como alguacil mayor de Santa Cruz de La Palma, D. Nicolás Massieu y Sotomayor,

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2006

Parece ser que entre estas dos familias, los Massieu y los Guisla, aliados y emparentados los primeros con los Salgado, los Vandala y los Fierro, y los segundos con los Vandewalle, hubo una lucha secular por la preeminencia en la isla de La Palma; y que la disputa por la vara, en la que cada bando trató de hacer valer sus influencias, formó parte de ella. La devaluación del empleo hizo que los Massieu se olvidaran de él - desde el 11 de febrero de 1732 lo estaba sirviendo un interino, D. Domingo Alfaro de Franchi, "persona del primer lustre y estimación en estas islas por su nacimiento"[139] -, pero el interés de Vandewalle y Guisla desató en ellos una especie de "deseo mimético" -por utilizar la terminología de René Girard- que hizo que se movilizaran para recuperarlo.

Si lo que pretendían los caballeros de La Palma al luchar por estos empleos era la preeminencia y el honor[140], los comerciantes de Santa Cruz anteponían a éstos otros intereses más prácticos; en parte porque en ellos estos títulos venales no lucían tanto[141]. Cuando, por encargo del Tribunal, D. Roberto de la Hanty escribe -en mayo de 1758- a una persona de su confianza en Madeira para que le informe de los negocios de Antonio Amphoux -un comerciante francés de Santa Cruz de Tenerife que estaba preso en las cárceles de la Inquisición-, aprovecha la ocasión para hacerle un encargo personal: "Aquí ay noticia que un Autor Portugués llamado Guerreyro ha escrito de todos los

Caballero de la Orden Alcántara, como alguacil mayor de Los Llanos, y el Capitán D. Pedro Massieu y Sotomayor, como alguacil de Mazo. En la de 1793 Sotomayor había sucedido a Salgado en Santa Cruz.

[139] ... "en aquellos tiempos en que la penuria de Ministros calificados parece abrió la puerta a la condescendencia y introducción de muchos interinos sin pruebas en todo el distrito, de los quales, aunque sobrevivieron todavía algunos en la misma conformidad, vendrán a extinguirse todos con el tiempo, porque reconociendo los inconvenientes que se seguían de la relaxación del estatuto en esta parte y por este abuso, lo reformamos para lo sucesivo por nuestro auto de 17 de Junio de 1755, y consultado con los SS. del Consejo para su mayor authoridad, se sirvieron aprobarlo".

[140] D. Domingo Vandewalle, Caballero de la Orden de Calatrava fue felicitado por el Consejo de Órdenes poco después por promover y sostener "la defensa de las exenciones y privilegios de su orden y demás militares". El privilegio que defendió era hacer la comunión pascual en la iglesia de los dominicos. El vicario quiso obligarles a que lo hicieran en su parroquia: Viera y Clavijo (1971, II, 838).

[141] En 1777 D. Bernardo de la Hanty y D. José Candelaria Rodríguez Carta se querellaron contra el abogado y el procurador de la Compañía de Malteses, porque en su alegato contra los testigos en un juicio contra la compañía -por introducir géneros falsos y faltos de ley, peso y medida-, decían que "eran capitanes por títulos que les vendió" el Capitán General, y "añaden estas palabras: de la misma calidad son los títulos que dos de ellos tienen de calificadores [sic] del Santo Oficio" ... "porque lastima el honor del S.O. el suponer que dichos títulos son venales". El Consejo resolvió que "recurran a donde corresponda y se les ha injuriado, como más les convenga": AMC, Inq., leg. LXXI-18.

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2006

privilegios que deven gosar los familiares del Santo Oficio, cuyos libros pueden hallarse en esa Isla" ... Le pide que le envíe cuatro juegos por Lisboa o Cádiz.[142].

Alguien como de la Hanty, que había ascendido tanto y tan rápido, necesitaba de esos privilegios, fundamentalmente, para protegerse. La inquina o la envidia de que era objeto se puede ver en esta denuncia del dominico Fr. José Pérez de Abreu, de junio de 1757:

> Éste es Irlandés, criado en Londres con baxesa, su oficio era entrar en los Mesones, mientras comían, a estar tocando el Biolín sin que lo llamen, y los despiden (a los que viven de esto) con un quarto o un vaso de vino, de lo que estoi enteramente confirmado. Quando vino aquí andaba ganando la vida a tocar el violín y una trompeta [...] Este sugeto está en un grande auge, con tanta soberbia que a todo se quiere tragar, asociado del Capitán General vive con el mundo.

Le acusa de decir que nadie se puede condenar, cometa los pecados que cometa, porque Cristo vino al mundo para que nadie se condene; de hablar con desprecio de los milagros de la Virgen de Candelaria, y de decir a un interlocutor que se la ponía por las nubes que era una imagen de palo como las demás. Dª Juana y Dª Bárbara Ryan, de 25 y 20 años, hijas de Dionisio Ryan – otro irlandés – y Bárbara Ligero Murrieta, sus informantes, le dijeron que algunas señoras, invitadas por la cuñada al campo, tenían que esconder los rosarios porque D. Roberto decía que cuando se iba al campo se iba a comer y beber, no a rezar... "de modo que han salido de estas y otras cosas tan escandalizadas estas Señoras Doncellas de toda Christiandad, que siendo una su ahijada de Bautismo, quejándose de que no hivan a su casa, les mandó un recado con su criado, que a su casa solo se puede hir a quemarla y regarla de sal". Cuando los inquisidores remiten la denuncia al Consejo dicen que "acaso puede nacer de alguna emulación o equivocación, porque está en el público reputado por buen christiano, piadoso y

[142] Se los envió – "quatro libros idénticos de Privilegiis Familiar. officialiamque Santa Inquisitiones que compuso Guerreiro" – por Lisboa – por medio del corresponsal de la "persona de su confianza" en aquella ciudad – y Cádiz – "los Señores Butlers Yoyer y Compª", los corresponsales de D. Roberto, que como hemos visto era sólo familiar y todavía no había solicitado la vara de alguacil - (los privilegios de familiares y alguaciles eran los mismos): AMC, Inq., leg. VI-18.

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2006

limosnero para el culto de las Iglesias"; no obstante, no se atreven a desestimarla sin dar cuenta al Consejo. Éste manda que suspendan la causa[143].

Había otros alguaciles. En el Puerto de la Cruz había un "alguacil y guarda del puerto". Una de sus funciones era la de dar aviso al juez, párroco, prelados y vecinos más distinguidos del pueblo para el acompañamiento a la lectura del edicto[144]. Cuando en 1779 el teniente corregidor de La Orotava, D. Ignacio Benavides le impide que vaya a la lectura del edicto y el Tribunal le forma causa por impediente, el fiscal del Consejo estima – el 5 de noviembre de 1781, con más de dos años de retraso – que es dudoso que sea ministro del Santo Oficio, porque ni consta que se le hayan hecho las pruebas, ni su título y juramento se extiende más que a la particular comisión de guarda del puerto, "al modo del que se despacha por los Tribunales a los revisores de librerías y libros, que no deben estimarse por Ministros de Inquisición fuera de los actos de sus particulares encargos, ni en el Tribunal admitirles a otros extraños a ellos y solo propios de sus ministros"[145].

Lo que escribe el Tribunal al Consejo en 1787 acerca de otro alguacil, el "alguacil de bienes confiscados", que tampoco aparece en las relaciones de ministros, es asimismo revelador de las crecientes dificultades del Tribunal para mantener esta red de colaboradores más o menos oficiales. Cuando vacó el empleo el único pretendiente fue José Pérez, que lo desempeñaba a satisfacción del Tribunal, "pero temiendo al Regente, le vimos en términos de dexar el empleo [...] porque se recela que a la primera execución que no imparta el auxilio le manda poner en la cárcel y no le permita hacer de Procurador de la Real Audiencia, y para que no dexase dicho empleo fue preciso animarle con que el Tribunal le defendería, y aun así quedó poco contento, porque sabe basta tener empleo en la Inquisición para estar en desgracia del Regente"[146].

[143] AHN, Inq., leg. 1827, nº 18.

[144] A.M.C., Inq., leg. LVI-27. En la Villa se encargaba de esto el notario; cuando se negó a hacerlo en 1771 y 1772, le sustituyó el guarda.

[145] Ibid., leg. XXVII-10.

[146] Ibid., leg. I-D-29 bis, fol. 227v-228: "Por el adjunto testimonio se hará V.A. cargo de los estrechos en que cada día nos pone esta Real Audiencia, o por mejor decir su Regente, que no tiene otro gusto que dar providencias contra el Tribunal de la Inquisición"...

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2006

3.6.3. Los secretarios del secreto.

De los secretarios del secreto decía Llorente que no había ningún otro ministro de tanta "conseqüencia"[147]. Eran los únicos -aparte de los inquisidores y los fiscales- que tenían acceso al *secreto*, el archivo inquisitorial, y por eso, y por conocer de primera mano todas las actuaciones del Tribunal, la obligación del secreto tenía en su caso una importancia especial. Pero su "consecuencia" no se debía sólo a esto. En honores e ingresos -si descartamos al alguacil mayor de la sede, que era un figurón- sólo les superaban los inquisidores y los fiscales, lo que ya dice algo sobre la relevancia de sus funciones[148]. Además de escribiente, transcriptor -minucioso y fidedigno- de cuanto se decía y hacía en los procesos, redactor de actas y cartas, y fedatario del Tribunal, era el encargado de la gestión del archivo (bajo la supervisión del fiscal): *recorría los registros* buscando antecedentes y pruebas, y también la costumbre o el estilo del Tribunal; registraba los mandatos de la Suprema, hacía los índices y abecedarios y copiaba la correspondencia en los libros. A menudo se las entendía directamente - por encargo de los inquisidores - con los ministros del distrito. Era también, desde 1573, el encargado de las informaciones de limpieza, por lo que jugaba cierto papel en la selección del personal (y obtenía unos ingresos, por los derechos, que hacían más apetecible el empleo [149]). La larga permanencia en el cargo –se suelen jubilar en él [150]- les convierte en expertos en el país y en la práctica y el estilo del tribunal, por lo que son consultado por los inquisidores y los fiscales. Esta función de asesorar o

[147] "Solo estos ven originalmente los procesos, con los nombres, apellidos, patrias, domicilios y empleos de los denunciados, denunciantes, testigos, cómplices [...] En su fidelidad y secreto está depositado el honor de innumerables familias". Por ello no le parecía conveniente que se diese este empleo a seglares: "Aunque en el Santo Oficio no se ventilasen otras causas que las de confesores solicitantes bastaba para retirar su noticia de todo secular; en ellas se revelan muchas cosas del santo sacramento de la penitencia para cuyo secreto no quiso Dios avilitar sino a los sacerdotes [...]Finalmente todas las causas de la Inquisición participan mucho de lo penitencial, por lo que deben manejarse en quanto sea posible por solas las personas avilitadas por Dios para oír en penitencia": Llorente (1995, 157).

[148] Sobre éstas cfr. Torquemada (1997).

[149] A estos hay que sumar los derechos de las visitas de navío, que ellos hacían en la sede: "Quando se ha ofrecido [visitar algún navío] en el Puerto de esta Ciudad va un Secretario, quien siempre nos ha dado cuenta de que los oficiales de la Aduana se resisten a sacar la lista o certificación que previene el Capítulo quarto de la Instrucción, porque no están acostumbrados a trabajar sin que les paguen. Y también nos dice que jamás ha visto en la Aduana al Comisionado Real": AMC, Inq., leg. IX-4 (1796).

[150] En la relación de Millares Torres, frente a los 40 inquisidores y fiscales, solo aparecen nueve secretarios. Los siete que se mencionan en nuestras relaciones se jubilaron en el Tribunal de Canarias, aunque a uno, D. Miguel de Coca y Burgos, después de jubilado se le nombró secretario del secreto del Tribunal de Toledo.

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2006

"representar" se contempla incluso como una de sus obligaciones. En el proceso contra el agustino tinerfeño Fr. Gabriel Benítez, la Suprema les reprocha su incumplimiento: "se ha extrañado muy mucho que unos defectos tan de bulto y que consisten en lo material de la práctica, no hubiesen representado siquiera los Secretarios al Inquisidor que daba las Audiencias, y al Fiscal en su pedimento de acusación, siendo nuevos en el oficio"[151].Cuando no había más que un inquisidor, el secretario hacia también de fiscal[152].

Esto era lo que convertía al secretario en un ministro de tanta "consecuencia"[153]. Y sin embargo los requisitos que se les exigía eran los mismos que para el resto de los ministros: mayoría de edad (25 años), limpieza, etc. Llorente (1995, 157-158) proponía que fueran sacerdotes, y que además de tener "letra legible y corriente, y un talento capaz de instruirse en el orden de procesar", hubieran sido notarios, "con frecuencia de comisiones", por tres años, porque ya que "la práctica del Santo Oficio es reservada, no es fácil instruirse en la de secretario antes de la posesión del empleo", y así "pueden estos adelantar mucho para saber gran parte de aquel empleo". En Canarias sólo uno de los siete secretarios de la muestra es eclesiástico: el dominico Fr. Luis Vázquez de Figueroa, y el único ayudante del secreto que no llegó a secretario: el presbítero D. Domingo Ramos[154]. Pero todos menos Juan del Saz, Manuel de Retolaza y Miguel de Coca, incluido el ayudante, habían servido antes en otros empleos: secretario de secuestros (Melchor de Castroviejo y Fernando Pérez), contador (Domingo Ramos), nuncio y ayudante del secreto (Dionisio Treviño), y comisario y secretario supernumerario (Fr. Luis Vázquez de Figueroa). Y algunos - Pérez, Ramos y Treviño-

[151] AMC, Inq., leg. CVII-1 (Carta del Consejo de 18 de noviembre de 1754).

[152] "Nos los Inquisidores Apostólicos en estas Islas y Obispado de Canaria por authoridad Appca. y regia: Hacemos saber a vos, el Mro. fr. Joseph de San Antonio Coto, calificador y comisario del S.O. en la Ciudad de La Laguna, Isla de Tenerife, como por parte del Srio. que hace veces de fiscal en este Santo Oficio, en siete días del corriente se presentó ante nos escripto a que proveímos decreto, que uno y otro es como sigue: Canaria y Septiembre de 1730"...: AMC, Inq., leg. sin clasificar. También en la querella criminal del comisario de La Orotava Peraza y Socas contra el vicario, que veremos más adelante, el secretario hace de fiscal. Galván Rodríguez (2001, 95, n. 447) cita un caso de 1606 en que aparece el nuncio – un licenciado - haciendo las veces de fiscal.

[153] Ya hemos visto que en las funciones de escribiente podía ser sustituido: "Para remitir a V.A. testimonio de las cinco causas de fe que nos dice no haber llegado tenemos escribiendo sin parar desde el día que vino el correo a los dos secretarios, al Nuncio y al Receptor, que antes fue también Ayudante del Secreto, y sin arbitrio para remunerarles este trabajo extraordinario": AMC, Inq., leg. I-D-28, fol. 127 v.

[154] D. Dionisio Treviño y Frías también fue ayudante del secreto antes que secretario, pero no aparece en la tabla porque lo fue de 1757 a 1781.

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2006

continuaron en ellos después de haber sido nombrados secretarios del secreto[155].

En la relación de ministros de 1746 se dice que en el Tribunal de Canarias "nunca ha habido ni se pueden mantener más que dos Secretarios", y que si entonces había tres era por la imposibilidad en que se hallaba D. Juan del Saz para trabajar (tenía 80 años y servía como secretario desde 1695), que les había obligado a nombrar a D. Fernando Pérez. Pero a partir de entonces, por la misma o parecidas razones[156], ése es el número que más se repite en las relaciones. En la primera mitad del siglo hubo momentos en que sólo hubo un secretario. Cuando en febrero de 1713 un escribano del teniente corregidor entregó a los inquisidores una carta del Consejo de noviembre del año anterior suspendiendo "del ejercicio de su oficio y de la percepción de los salarios", hasta nueva orden, a D. Juan del Saz, por comprar unos bienes litigiosos y embarazar con el pretexto del fuero la justicia que asistía a la otra parte, estos deciden suspender la ejecución "por no aver otro secretario que el presente, ni otra persona que pueda asistir a lo mucho que ay que despachar en todos negocios y causas"[157].

3.6.4. El receptor.

Con el receptor, el encargado de la administración de la hacienda del Santo Oficio, no tuvo suerte el Tribunal de Canarias. El regidor Juan de Abadía, que ejerció el empleo en la primera mitad de la tercera década del siglo, quedó debiendo a su muerte 6.000 reales. En 1747 su viuda envió un memorial al Consejo en el que decía que el

[155] Pérez recibió el título de secretario del secreto en 1741 "con la obligación de servir como antes las oficinas de Sequestros y Juzgado, sin más salario ni ayuda de costa que el de 2205 rs. y 28 mrs. que como a tal secretario del secreto le corresponden". Al quedar solo Pérez, por la imposibilidad de trabajar de Juan del Saz y la ausencia en la Corte de Castroviejo, "el Tribunal habiendo antes consultado a S.A., nombró por ayudante al Contador D. Domingo Ramos, Presvítero, quien como tal Ayudante está sirbiendo en el Secreto sin salario ni ayuda de costa desde 7 de Julio de 1749". A Treviño se le nombró en 1781 "con la carga de servir de nuncio sólo con el salario de la Secretaría".

[156] En la relación de 1784 se dice que D. Fernando Pérez, de 81 años, hace cuatro que no asiste al Tribunal. No había secretarios supernumerarios – el único, al parecer fue Fr. Luis Vázquez de Figueroa, desde 1787 a 1790, en que fue nombrado en propiedad - a pesar de padecer "gran falta de Ministros que escriban en el secreto" (relación de 1795), ni secretarios de actos positivos para las informaciones de limpieza. Véase también lo que se dice al final de la relación de 1793.

[157] El asunto dio lugar a una competencia con el teniente corregidor, al que los inquisidores impusieron una multa. Por actuar sin consultar al Consejo, que se entera por el de Castilla, se llevaron una reprimenda del Consejo, que les mandó que restituyeran la multa. Los inquisidores creen que se ha hecho al Consejo "siniestra relación" y suspenden la ejecución de los dos mandatos, "hasta que en vista de los autos Su Eminencia y SS. del Consejo determinen lo que sea de su agrado": AMC, Inq., leg. CLVI-1, fol. 2. El 2 de septiembre de 1715 reintegran – al oficio y al salario – al secretario: *Ibid.*, fol. 89-90.

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2006

"alcanse lo ocasionó el aver sido tan aselerada su enfermedad y muerte", que no pudo "dar razón y la claridad que se necesitaba para sus quentas", y a que muchos les negaron los frutos de la hacienda del Tribunal, "que estaban distribuidos en las ventas para darles salida, como es costumbre". Como su marido no había dejado bienes – se había obligado con el Tribunal con sus pocos bienes dotales - se había visto "redusida a la mayor pobreza y cortedad, y cargada de hijos, sin más amparo que alguna caridad que me hasen, espesialmente el R. en Christo Sr. Obispo de aquellas Islas, que me da 24 fanegas de trigo cada año, que no alcansan a la familia con que me hallo, con que estoy pasando los mayores trabajos y fatigas". Apremiada por el Tribunal tuvo que malvender el oficio de regidor, que había heredado de su padre, para pagar parte de la deuda. No le quedaban otros bienes que unas casas en la ciudad de Las Palmas, y "quererlas vender o rematar será malvaratarlas, como el dicho oficio de regidor, y quedar del todo destituida hasta de este corto alibio, y expuesta a maiores miserias y travajos, siendo grandes los que oy experimento". Pedía al Consejo que le perdonase la deuda, o una parte de ella, pagar 200 reales al año, o que aceptasen los 4.000 reales que restaban de la deuda a censo sobre sus casas, "pues con esto liberto a lo menos el no malvaratarlas, vendiéndolas o rematándolas por ínfimo presio, como sucede en tales casos". El consejo accedió a lo que solicitaba (no sabemos a cual de las opciones)[158].

Al que le sucedió en 1736, Juan Naranjo de Quintana, le privaron del salario – 1.764 reales y 4 maravedíes - en 1741 "por la omisión que ha tenido y tiene en dar las quentas de todo el tiempo de su receptoría". Él se excusó con que no había podido hacerlo porque se habían estado formando las cuentas de su antecesor,

> y en atención a que me hallo con algunos trozos de hacienda así viña como sembradíos y ganado, y uno y otro distantes unos de otros, a los que me es preciso atender porque de ellos depende la manutención de mi casa y parientes, y tal bez por atender la cobranza y recaudación de los haveres de dicho Rl fisco, cuyos caudales se hallan divididos en todas las seis Islas, y en diferentes manos, y dar cumplimiento al cuydado de la hacienda de viña que goza este Rl fisco en la vega de la Isla de Canaria, experimento gran atraso en mi salud y hacienda,

[158] AMC, Inq., leg. CXII-15, fols. 161-3.

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2006

> pues por no faltar al cumplimiento de mi obligación me es preciso desvelar, de lo que se me sigue no sólo gran quebranto en mi salud, como es notorio, sino también, que es lo que más siento, en los haveres del fisco

pide que se le jubile "con honores de Ministro Oficial del dicho Santo Oficio"[159]. Continuó en el empleo hasta 1746, aunque se le jubiló - con 2.000 maravedíes de salario - en 1747. Su sucesor, Juan González Travieso, ejerció el oficio "hasta fenecer las cuentas de su navío" por medio del secretario Fernando Pérez, que le sucedió en 1754. D. Domingo Galdós, que colaboraba tan generosamente en el trabajo de la secretaría, también resultó alcanzado por las cuentas de 1785 a 1808.

3.6.5. Otros.

En la relación de 1742 se dice que secretario de secuestro – el encargado de los bienes confiscados – "no hay ni le puede mantener esta Inquisición", y si "acaso ocurre sobre este punto algo (que poco o nada [ ] que ha [ ] sobre este asumpto en este tribunal) es de la obligación del referido D. Fernando Pérez". En la de 1793 se dice que estaba vacante desde que renunció en 1791 D. Juan Rodríguez de la Vega, que era en ese momento cura de Tirajana[160], y que sin embargo de que el inquisidor general les había encargado que propusieran quien la sirviera "no ha parecido ningún pretendiente, porque es imposible mantenerse nadie con la corta renta de 2.100 reales en que está dotado, y más quando en esta Ciudad e Isla se han puesto las cosas de poco tiempo a esta parte tan caras como en Indias, por cuya razón y por tenerse que calificar y pagar media annata, no habrá quien quiera dicha Secretaría"; que la estaba sirviendo interinamente el secretario del secreto, D. Manuel de Retolaza, "con solos los emolumentos de derechos, que no llegan a 300 rs. cada años". El que aparece en la relación de 1814, Pedro de Retolaza, que en la de 1798 figura como nuncio interino, probablemente era su pariente. Son los dos únicos secretarios de secuestros de que tenemos noticia.

---

[159] *Ibid.*, leg. XLIX-5: fol. 244.

[160] El título de Rodríguez de Vega - de "notario", sin especificar "de secuestros"-, está en AMC, Colección de documentos de Agustín Millares Torres, tomo XX, fol. 55.

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2006

Del resto de los ministros que servían en la sede poco hay que decir, y casi nada dicen las relaciones de ministros y el resto de la documentación, señal de su escasa importancia. El empleo de capiller, que no hemos visto mencionado para otros Tribunales, "tiene el cuydado de barrer y asear la capilla, y de ayudar a todas las missas que en ella se dicen, por lo que se le dan ocho ducados al año" (relación de 1746). El que lo ejercía en 1805, con una retribución miserable, D. José Marina, clérigo tonsurado y capellán supernumerario de la Catedral, de 19 años, se vio envuelto, bien que a su pesar, en un conflicto con el corregidor.

> La tarde del 3 de noviembre estando en la procesión del Rosario, oyó la generala [se temía una invasión porque había algunos barcos enemigos a la vista], e inmediatamente se fue a su casa y tomando las llaves de la Capilla se presentó al Inquisidor y le hizo ver la obligación en que estaba, como paisano, de ir a cualquier hora y en cualquier alarma a la Plazuela de San Bernardo, para lo cual estaba puesto en lista por el Corregidor, pena de 4 ducados y dos años de servicio al Batallón.

El inquisidor le mandó con un "recado de atención" al corregidor a pedirle bestias para salvar los papeles del archivo. El corregidor "lo despidió con desaire y expresiones de enfado, diciendo entre otras cosas que no le incomodara el Inquisidor y que buscase él mismo las bestias que hubiere menester"; por lo que el capiller no se atrevió a exponerle, como le había encargado el inquisidor, "que no le comprendiese en el número de los citados a la alarma, porque estaba ocupado en la custodia y diligencia de salvar los vasos sagrados y ornamentos de la Capilla del Tribunal". Se formaron autos sobre éste y otros incidentes, pero una visita del inquisidor decano al corregidor, en la que "le instruyó en los fueros y privilegios del Santo Oficio", bastó en este caso para resolver el conflicto[161].

Los empleos de médico y barbero tenían la peculiaridad de que no sólo servían al Tribunal - es decir, a los reos - sino también a los ministros. Esto, en el caso del barbero, dio lugar a algunos abusos. En abril de 1729 el secretario del secreto Francisco

[161] AMC, Inq., leg. LXXII-8.

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2006

Antonio Tejero se quejó al inquisidor porque cuando fue a comunicar al barbero, Tomás Cardoso Alvarado, "de orden de V.S.", que

> tenía obligación de afeitarme dos veces en la semana, respecto de haverlo así executado todo el tiempo que estube en asistencia del Sr. Inquisidor D. Juan Eusebio Campomanes; pues no es razón que tenga dicho Thomas Cardoso más obligación por ser yo criado de dicho Sr. Inquisidor que por secretario de V.S., a lo que me respondió que no tan solo no tenía tal obligación, pero ni de executar lo que le incumbe por su oficio con alguno de los criados de mi casa por razón de ser asalariados; y esto con términos desatentos y palabras muy descorteses, sin contenerle el ser yo Ministro de V.S. ni el estar algunas personas presentes; y para que en adelante no me suceda tener alguna pesadumbre por los malos modos que usa conmigo dicho barbero, V.S. se ha de servir mandar se le notifique cumpla en todo con su obligación según V.S. mandase y fuese servido o darme permisso para que yo pueda afeitarme con otro barbero, y que del salario de dicho Thomas Cardoso se le pague lo que V.S. señalase.

El inquisidor dio traslado al barbero de la pretensión del secretario. Cardoso respondió que el estilo y práctica era afeitar a los ministros cada ocho días, que por la corta renta que le daban no podía sufrir mayor gravamen, que si querían más le adelantaran la renta en proporción; "y no pudiendo ser esto, según estoy informado, por las cortas rentas del Real Fisco", que el que quiera más lo satisfaga aparte. El secretario no se contentó con las razones del barbero: "su obligación se estiende afeitar a todos los Ministros, siendo personas todas delicadas que no pueden aguantar la barba ocho días"; y si la renta es corta ya lo sabía cuando entró, además de que goza del fuero del Tribunal, "cuia qualidad es inestimable"... Insiste en que se le reprenda por el "exceso e inmoderación" que tuvo con él. El barbero replica que su obligación se limitaba a las barbas de los sábados, que el secretario desde que se fue el inquisidor Campomanes ajustó con él darle 20 reales al año por las barbas de los miércoles, "en fuerza de conoser no estar obligado a ello, y que los demás ministros lo executan así"; y que si antes lo afeitaba dos veces a la semana era por ser familiar del inquisidor "y por bía de atensión; pero aora corre otra pariedad". Sobre el altercado dice que fue el secretario

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2006

el que le "provoco y axó con sus palabras alteradas".

El inquisidor dio finalmente la razón al barbero en un auto del 14 de mayo, en el que dice no falta a su obligación afeitando una vez a la semana, en el día y hora que conviniesen, a los ministros; pero le recuerda que es de su obligación "la asistencia a sangrías y Bentosas que fueren presisas a todos los oficiales y sus familiares, aunque los tengan asalariados"[162].

3.7. Ministros fuera de la sede.

Fuera de la sede sí que había otros ministros que eran, más que importantes, imprescindibles para el funcionamiento del Tribunal. Los familiares no tenían ya -si es que alguna vez la tuvieron[163]- ninguna significación. Por otro lado, casi habían desaparecido. En una "Relación de familiares y número de ellos en las Islas" de 10 de diciembre de 1726, se dice que en [Gran] Canaria debía haber 20 y no había sino cuatro; en Tenerife, la isla más poblada y opulenta, con más de 20.000 vecinos, no había sino uno, que era al mismo tiempo alguacil de Santa Cruz de Tenerife; en La Palma, con más de 3000 vecinos, otro, que es también notario; en El Hierro y La Gomera, cada una con unos mil vecinos, no los había; ni en Lanzarote y Fuerteventura que tenían cada una alrededor de 1500 vecinos; "podrá conocer V.A. -concluía el informe- lo trabajoso que está y se halla el servicio de este Santo Oficio, temiendo se llegue el no haver familiar alguno, expecialmente sugetos de estimación. Éstos por la imposibilidad o recelo de su no calificación, y los de corta esfera por falta de medios, pues solo ay algunos frayles con la mesma falta de clérigos. Y vendrá a ser servido este Santo Oficio de ministros no calificados o interinos, y éstos sin fuero no servirán gustosos"[164]. En las relaciones de ministros (cfr. Cuadro 2 y Apéndice V) aparecen siete u ocho familiares para todo el archipiélago, cuando más, y dos, tres o ninguno cuando menos; y en tres islas - Lanzarote, La Gomera y El Hierro- ninguno (aunque en Lanzarote hay uno en la

[162] AMC, Inq., leg. XCIX-14.

[163] Nos parecen muy atinadas las observaciones de Dedieu (1989, 191 ss.) sobre el papel y la condición social de los familiares; la mayoría de los historiadores de la Inquisición les suelen dar, a nuestro juicio, demasiada importancia.

[164] A.H.N., Inq., leg. 2384 (2° mazo).

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2006

relación de 1798, que no hemos incluido en la muestra).

De los alguaciles ya hemos tratado. Su número disminuyó en la segunda mitad del siglo hasta equipararse al de los familiares, y su papel en el funcionamiento del tribunal fue igual de irrelevante. Para las detenciones y conducción de presos se recurría al auxilio de la justicia secular.

3.7.1. Los comisarios.

Los dos empleos realmente importantes en la organización de distrito son los de comisario y notario. De los comisarios dice Llorente (1995, 163) que eran de los ministros más necesarios "y los que mayor trabajo suelen tener en la formación de los procesos"[165]. Dedieu (1989, 203 ss) titula, con razón, el apartado en que se ocupa de ellos "Les commissaires, chevilles ouvrières du système". Ellos eran el Tribunal en la localidad y su comarca, y la cabeza de una pequeña organización que podía incluir, en el mejor de los casos, un comisario de ausencias, un alguacil, un alguacil de ausencias, notarios y familiares; y en el peor, ni siquiera un notario. Organizaban y presidían la función de la lectura del edicto general de fe, el acto más solemne del Santo Oficio; visitaban los navíos - los comisarios de los puertos – con el notario y el alguacil; y hacían informaciones de limpieza. Recibían denuncias, tomaban declaraciones a los testigos y realizaban informes por encargo del Tribunal.

Al entrar en el empleo recibían una Instrucción o *Cartilla* en la que se detallaba cómo habían de proceder en los casos más corrientes; y luego, generalmente acompañando las comisiones o encargos, otras – instrucciones, órdenes u oficios - más concretas, pero igual de precisas. Estas instrucciones eran todo su archivo, porque las cartas y comisiones que recibían del Tribunal las tenían que devolver originales "con la

[165] También Lea (1983, II, 132) resalta su papel: "aunque sus poderes estaban estrictamente limitados, constituían un importante factor para hacer visible la autoridad del Santo Oficio constantemente ante el pueblo y descubrir a los culpables en los lugares ocultos donde si no fuera por él hubieran gozado de seguridad". Cfr., sobre los de Sevilla en el siglo XVIII, Cerrillo (1997), y sobre los de Aragón, Pesamar (1977).

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2006

respuesta de lo que por ellos se ordenare, sin quedarse los Comisarios con papel alguno tocante al Santo Oficio: excepto por el tiempo que les sea preciso para ejecutar las diligencias que se les encargare"; y a su muerte el notario o familiar recogía las instrucciones y las entregaba al comisario más cercano para que las remitiese al Tribunal, "dejando solamente a los herederos el Título de Comisario si quisieren quedarse con él"[166]. Los comisarios no podían practicar detenciones ("salvo concurriendo tres cosas [...] la primera que toque el caso muy claramente al Santo Oficio, la segunda que haya suficiente información, y la tercera que se tema la fuga"[167]). Se pretendía que en sus actuaciones se atuviesen estrictamente a las instrucciones, pero éstas no podían contemplar todas las situaciones, y a menudo los comisarios tenían que tomar decisiones por su cuenta, a riesgo de ser luego desautorizados por sus superiores[168].

[166] "Instrucción de comisarios del Santo Oficio": Jiménez Monteserín (1981, 340 y 343). En esta obra y en Cerrillo (1997) hay varias instrucciones de comisarios, generales y específicas. El comisario interino de Garachico al enviar una denuncia de una monja contra su confesor, el 2 de abril de 1782, dice: "Yo suplico a V.S. se sirva mandar se me de una Instrucción que me sirva de norte en este o semejantes casos, o otros que puedan ocurrir, porque aquí con la muerte del último comisario que tenía en este lugar el Santo Tribunal se recogieron todos los papeles, sin dejar ni aun los instructibos": AMC, Inq., Bute, vol. XXXII, 1ª Serie, fol 50 r-v. El 8 de septiembre de 1808 el familiar de Fuerteventura Antonio José Palmeriny escribía al Tribunal que "el día 4 del corriente falleció el Dr. D. Rafael Delgado de Lemos, comisario interino de esta Isla, y lo participo a V.S. para que se sirva disponer lo que tenga por conveniente sobre el inventario de los papeles pertenecientes al Santo Oficio y recogimiento de ellos". Éste es el inventario, que se hizo el 24 de ese mismo mes: "un cartilla impresa de comisarios; una comisión sobre la denuncia que hizo en Santa Cruz, María de la Peña, contra el beneficiado D. Antonio Berriel, difunto; certificado de la denuncia; instrucciones para tomar las declaraciones; 4 pliegos sueltos de éstas y un oficio, y otra orden sobre la misma materia; una instrucción para tomar juramentos según se practica en el S.O.; tres certificados relativos uno a la visita de buques extranjeros y nacionales, otro sobre el papel de aviso que deben sacar los capitanes y patronos de los barcos, y el otro sobre el libro que debe formarse de estos avisos; el oficio incluyendo los antedichos certificados y el título de comisario interino del difunto Delgado; una copia por concuerda de la R.O. de 27 de mayo de 1802 sobre judíos, y el oficio de su remisión; un edicto de libros prohibidos de 6 de abril de 1804 y su oficio de remisión; un oficio sobre la denuncia hecha por el Beneficiado D. Agustín de la Peña contra D. Manuel Gutiérrez; otro sobre las mismas diligencias, y otro pidiendo las que estuviesen evaquadas; una orden sobre que no admitan los párrocos o sus tenientes a la participación de los sacramentos a los protestantes o tenidos por tales de qualquiera secta o nación que sean, sin que les conste haver evaquado el S.O. las diligencias que pribativamente le competen; una comisión para reconciliar a D. Diego Miller, con el oficio de remisión; y otro oficio sobre lo mismo de Miller; un oficio sobre libros prohibidos de 15 de nov. de 1806; una orden el S.O. en que habilita a D. Josef Antonio Díaz para que actúe de Notario en todos los negocios de dicho S.O": AMC., Inq., leg. LXXII-12.

[167] "Instrucciones que han de guardar los Comisarios del Santo Oficio de la Inquisición en las causas y negocios de Fe y demás que se ofrecieren": Jiménez Monteserín (1981, 349).

[168] "On constate à la fois la relative autonomie dont jouit le commisaire et ses limites. C'est par lui que tout passe, au niveau local, dans le sens district/tribunal comme dans le sens tribunal/district. Ce n'est pas un instrument passif, qui se contenterait d'exécuter des ordres et de transmettre. Il doit prendre des initiatives, quitte à être désavoué; il doit mobiliser ses relations personnelles, sa connaissance du milieu, au service du Saint-Office, dans une action que les réglements ont du mal á cerner avec précision" (Dedieu (1989, 206). Ya hemos visto un ejemplo de desautorización: cuando el comisario de La Orotava

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2006

Su número disminuyó drásticamente en la segunda mitad del siglo (cfr. Cuadro 2 y Apéndice V), aunque no tanto como en otros Tribunales, en parte porque, como dice Lea (1983, II, 136), "la diversidad de islas hacía fuese necesario un considerable número". Y también estaban mejor repartidos. Empezaron a faltar en los lugares menos poblados y en las islas menores, pero se mantuvieron en los núcleos de población más importantes. La "red" del distrito -de la que los comisarios eran el núcleo, y a menudo el único componente- distaba mucho de ser la ideal, pero a pesar de sus deficiencias[169], permitió al Santo Oficio conservar bajo su control los núcleos que articulaban toda la vida social y política del archipiélago (cfr. Apéndice VII).

Los comisarios de los puertos - más expuestos que otros lugares al peligro de infección herética - tenían una relevancia especial, y su nombramiento, al igual que los de las principales ciudades, se lo reservaba el inquisidor general. Por los derechos de las visitas de navíos estas comisarías eran también las más apetecidas. En plena decadencia del Tribunal, en 1796, había comisarios en los principales puertos de las islas, salvo en Fuerteventura y Lanzarote. La comisaría de El Hierro, que había estado vacante mucho tiempo, se había cubierto el año anterior con un ministro calificado. La de Santa Cruz de Tenerife, aunque no había desde la muerte del anterior comisario quien quisiera serlo en

---

en 1772 intimó a un escribano, so pena de excomunión y 200 ducados de multa, a que le entregase en el plazo de dos horas la sumaria que estaba formando por orden del corregidor, a petición de D. Alejo de la Guardia, al que habían delatado por bígamo.

[169] En un memorial de 1719, un familiar de Tacoronte pedía que le nombrasen comisario porque en el lugar , de más de 900 vecinos, sólo había familiares, "por lo que acontece que si los Inquisidores de Canaria despachan alguna comisión secreta a los Comisarios que residen en el Puerto de Santa Cruz (que es fraile francisco) dos leguas de distancia, o lugares de Santa Úrsula o Sauzal, que son los actuales que ay en lo principal de la Isla, para que la executen en dicho lugar se hace reparable pasar a él estos comisarios, y por consiguiente se suele comprehender a que se dirijen sus dilixencias; y siendo como es Tacoronte de tan crecido número en la vecindad, y el más cercano a la Ciudad de La Laguna, donde tampoco reside su comisario, por estar viviendo en el lugar de Santa Úrsula, con la precisa obligación de asistir a aquellos feligreses de quien es cura beneficiado, con quatro leguas de distancia a dicha Ciudad; [...] dicho lugar de Tacoronte, donde ay siete familiares calificados sin ningún comisario [...] anejo a la Comisiatura de el lugar del Sauzal, una legua larga y peor al de Tacoronte, teniendo aquel solo 300 vecinos, y los lugares de Matanza y Vi[c]toria, que con unos y otros lugares componen mil vecinos, y siendo de poco menos vecindad Tacoronte. Suplico a [ ] le honre con la gracia de tal comisario de Tacoronte, y que pueda como más cercano a la Ciudad de La Laguna, en el ínterin que en ella no haya comisario en propiedad, hacer todos los actos públicos que en ella hubiere"A.M.C., Inq., leg. CLVI-1, fols. 128-129v. Se corrigió este defecto, pero en 1738 el comisario de Tacoronte llevaba residiendo en La Laguna quince años, y el comisario de ausencias se quejaba de que desde allí escribía y daba instrucciones al notario, ignorándole incluso para la lectura de los edictos, a la que no asistía desde hacía más de seis años: *Ibid.*, leg. CXVIII-2

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2006

propiedad, estaba servida por un interino[170].

La comisaría de Santa Cruz de Tenerife era la más importante del archipiélago, "por ser el Pueblo de más vecindario de estas Islas, residir en él el General, las administraciones de Rentas Reales y todo el comercio que es de ingleses, franceses y olandeses"[171]. Su comisario era el que tenía más trabajo, y no sólo por las visitas de navío, "porque abordan a dicho Puerto la mayor parte de las embarcaciones que comercian en estas Islas, y muchas de paso a las Américas"[172], sino también porque a través de él, por la misma razón de ser el puerto más transitado, se conducían los reos y la correspondencia de casi todas las islas, incluso las orientales. También se le encargaban gestiones ante el comandante general y las autoridades que residían en aquel puerto. En enero de 1788, el comisario D. Francisco Félix del Campo pidió que le subiesen el salario -no tenía, en realidad, otros ingresos que los derechos de las visitas de navío y las informaciones de limpieza, como los demás comisarios-. Los inquisidores informaron negativamente al Consejo, porque había otros ministros con más "asistencia" y trabajo, como los secretarios, que estaban infradotados y "nos consta y vemos con dolor que no se pueden mantener y pasan muchas necesidades, como varias ocasiones se ha representado, aún en nuestros días"[173]. El comisario solicitó entonces, en mayo, que se le pagasen derechos por el "pase de libros", como a los comisarios de Cádiz y La Coruña, y a los secretarios del Tribunal en Las Palmas, que cobraban tres reales antiguos de las islas -cuatro y medio de vellón- por cada lista de libros "que llega a este Puerto y se presenta al Tribunal" por quienes los traen para vender o para su propio uso. Esta vez el Tribunal informó favorablemente; pero el Consejo mandó que no se hiciese novedad[174]. La misma respuesta que había dado en 1783 al anterior comisario cuando pidió una remuneración honorífica: usar silla de brazos cuando concurriese a la iglesia "en forma de tribunal", como hacía el comisario de la Santa Cruzada[175]. Al final el Consejo no tuvo más remedio que ceder -ya hemos visto que en 1796 estaba cubierta la comisaría por un interino porque no había quien quisiera

[170] A.M.C., Inq., leg. IX-4.
[171] *Ibid.*, leg. I-D-30, fol. 156 v-157.
[172] *Ibid.*, leg. I-D-29, fol. 264.
[173] *Ibid.*, fol. 240v-242.
[174] *Ibid.*, fol. 264.
[175] *Ibid.*, XXVII-10, fol 149.

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2006

calificarse- y mejorar la remuneración del comisario de Santa Cruz de Tenerife. El último, D. José Mamerto del Campo, fue agraciado con los honores de inquisidor del Tribunal[176].

Todos los comisarios eran clérigos. Y aunque la mayoría eran seculares y beneficiados, no faltaban los frailes, a pesar de los inconvenientes. "La obediencia de su Prelado que le hace menos dependiente del Tribunal", que decían los inquisidores en 1756 al informar al Consejo sobre los candidatos a la comisaría de Santa Cruz de Tenerife, no era el único. Los agustinos Fr. Baltasar de Molina y Fr. Antonio Basilio Milán, en una carta que escribieron en 1702 al inquisidor general quejándose de los procedimientos del comisario de La Orotava, el franciscano Fr. Andrés de Abreu, se referían a otros, tanto para el Tribunal como para la orden: la mayor dificultad para mantener el secreto, con el consiguiente peligro de fuga "a partes menos católicas" de los inculpados; que los comisarios se valiesen de la venera para "vivir como exemptos del iugo regular y aterrar por este medio a sus Prelados y hermanos", dando motivo a que "el Tribunal más amable pueda ser como horroroso"; y el escándalo de ver a unos frailes, con voto de pobreza, andar los caminos a caballo y percibir rentas[177].

[176] *Ibid.*, Bute, vol. XXXV, 1ª serie, fols. 195 ss. El título de "inquisidor honorario" parece que se prodigó en los últimos años, sin duda por estas razones. Lo fue el hiperactivo comisario de Cádiz Sánchez Bernal. (El papel del comisario de Cádiz en el Tribunal de Sevilla se parece mucho al de Santa Cruz de Tenerife en el de Canarias, salvando las distancias. La correspondencia de la Suprema con Canarias y las Indias, pasaba a través de él o del comisario de La Coruña). Sobre Sánchez Bernal cfr. Defourneaux (1973, 115 ss.); Gacto (1997, 343 ss.), y Larriba (1999). En el Tribunal de Logroño había dos inquisidores honorarios en 1804: Dufour (1994, 322).

[177] "Tanto tarda el remedio quanto al Príncipe celoso se oculta el daño, y siendo no pequeño el que amenaza en este territorio, nuestra obligación y estado nos precisan a ponerlo en la Suprema comprehensión de V.Exª. Es, Señor, este partido de la Orotava de tan abreviado suelo que por conocidos entre sí sus habitadores, unos a otros se comprehenden, aunque los disfrace y oculte el manto más recatado. Con que aviendo en los claustros no poca curiosidad, y debiendo el Portero por su oficio inquirir de la Persona que llega, el Religioso a quien llama, bien claro se reconoce el peligro a que se expone el summo secreto que debe aver en las Deposiciones siendo Regular el Comisario, porque si éstas son de hombres, cada conventual puede testificar los que entraron en su celda y quanto en ella se detuvieron con el Notario que vieron salir, pasándose quisá a preguntas excusadas, y aún también a sospechas, que de propósito discurridas pueden divulgadas motivar a fuga a partes menos cathólicas, aviendo en el Puerto de esta Villa tanto comercio de hereges. Si son mugeres, y más de calidad, que rehusan ser conocidas, ia se infiere que como el comisario Regular no tiene domicilio extra-claustra en donde recivirlas, o ha de ser en sus Iglesias o en casas particulares; y en todo se descubren los graves inconvenientes que de un terreno tan limitado se dejan discurrir, con la notable circunstancia del compañero que a fuer de Religioso debe llevar , de la persona pública que debe concurrir y las personas de la casa que podrán testificar las señas de la persona que entró a deponer. Siendo asimismo embarazo considerable que para abandonar la obediencia se suelen escudar con la venera, y aún por materias que privative tocan a las Religiones suelen también recurrir al Santo Tribunal para vivir como exemptos del iugo regular y aterrar por este medio a sus Prelados y hermanos, según en esta Provincia de Agustinianos

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2006

Si en lo de "aterrar", a estas alturas de la historia de la Inquisición, puede haber alguna exageración, no cabe duda que ser comisario del Santo Oficio daba a un fraile algunas bazas en los conflictos internos de su "religión" (o con otras religiones). Los inquisidores lo sabían, y hasta cierto punto lo toleraban, mientras redundase en favor del Santo Oficio - afianzase su poder y su prestigio, hiciese interesantes sus empleos, etc.- y no en su detrimento. Lo mismo hacían los comisarios con respecto a los ministros de su distrito. Saber determinar "el punto" era parte importante del arte de gobernar. A veces había que dejar hacer y esperar, otras resolver... otras precaver. Cuando en 1718 los inquisidores tienen "noticia fidedigna" de que un comisario general de la orden de San Agustín, nombrado por el asistente general para España e Indias - que había sido facultado para ello por el general de la orden - iba a pasar a las islas a ejercer su autoridad "en todo lo que conduzga a la más perfecta observancia y recto gobierno de esta Provincia", y que había presentado su nombramiento en el Consejo de Castilla y solicitado una "Carta Provisión Auxiliatoria", que le había sido concedida por "S.M. y Señores del Consejo Real", dirigiéndola al capitán general de las islas... se apresuran a escribir a un comisario

> que si algún Ministro Religioso acudiese ante el Comisario intentando algunos recursos o pretensiones, en ninguna manera ni con ningún motivo expida autos ni despachos de conminación, ni de senzuras ni penas, y si sucediese el que se presente alguna petición la decrete diciendo que acudan a este Tribunal, pues no es razón se embaracen las providencias que tocan y conciernen al govierno monástico y observancia religiosa[178].

---

calzados de que somos Alumnos, lo avemos experimentado, no con poca mortificación y trastorno de la observancia; quando pudieran advertir que por tan extraviado camino dan motivo y ocassión a que el Tribunal más amable pueda ser como horroroso, y sus graves Ministros obgeto de displicencias, debiendo como deben ser imán de voluntades. Y quando siendo comissario un Regular franciscano, que goza de perfecta salud, causa ruina en las conciencias con el pernicioso exemplar de andar los caminos a cavallo, de percibir dinero y de tener renta sobre los fardos y embarcaciones que arrivan al puerto de esta Villa, sin dispensación del voto de la pobreza Apostólica, y sin que su persona sea la única y necesaria que en estas partes se halle para semejante empleo, como ni la de otro Regular, aviendo como ay tantos eclesiásticos seculares de tan relevantes prendas" ...: AMC, Inq., leg. CXXVI-14.

[178] *Ibid.*, leg. CLXVIII-27.

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2006

También los comisionados se valían del cargo – o del encargo - para eludir la jurisdicción de sus prelados. El franciscano Fr. Francisco de Medina Perdomo fue procesado en 1744 por solicitante y por "obtener comisiones del Santo Oficio con informes falsos". Se suspendió la causa, pero se encargó al comisario de La Orotava "que le advierta, reprenda y conmine secretamente por sus excesos de averse valido con ficciones del despacho del S.O., propasándose con pretexto de él a imponer censuras a sus prelados a fin de eximirse de su jurisdicción y vagar con plena livertad"[179].

En casos como éste, y en otros menos graves de conducta relajada, parece que el Tribunal debería ser el primer interesado -por defender su prestigio- en reprender, corregir, castigar o destituir, según la gravedad del caso, a sus propios ministros. Pero los intereses (o los deseos) del Tribunal -como los de todos, hombres e instituciones- eran a menudo contradictorios, y a veces podían más los otros.

El 8 de octubre de 1774 el Consejo escribía al Tribunal que, en vista de lo que había representado el 4 de mayo sobre la queja del P. General de los dominicos contra el comisario de La Laguna, Fr. Juan Díaz Gómez, le habían escrito vindicando el honor del comisario;

> pero reconociéndose por la atenta respuesta de aquel prelado que los excesos de que el P. Díaz se halla sindicado tienen más probabilidad de la que juzgasteis, os encargo que por vuestra parte procuréis apoyar en todo las determinaciones del P. General acerca de dicho religioso, contribuyendo al mismo tiempo a que sea lo que debe ser para la conservación de su estimación antes que recaiga en él una seria sensible providencia que iba a tomar su General y de que no podría libertarle el S.O.[180]

Diez años más tarde, el 19 de febrero de 1784, los vocales del convento de La Laguna eligieron prior al comisario. El provincial se negó a confirmar la elección alegando que eran incompatibles los dos cargos, y que se precisaba licencia del Tribunal. Los vocales acuden al Tribunal diciendo que es verdad que sus constituciones

[179] *Ibid.*, leg. CXII-15, fol. 38-39v.
[180] AMC, Inq., leg. CVI-33, fol. 186.

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2006

previenen que los inquisidores electos priores no puedan ser confirmados en la prelacía *sin licencia del P. Maestro General de la orden*, y sin ser consultada la "Sagrada Congregación de la Santa Universal Inquisición", pero había mucha diferencia entre inquisidores y comisarios; y aunque las constituciones hablaban de los comisarios, no se les exigía esta diligencia.

El comisario - ya septuagenario - escribe por su parte al Tribunal que el provincial, desde que ejerce el cargo, "ha considerado que su govierno consiste en vindicar las que jusga injurias propias, aunque sean puramente aparentes, como la de sospechar que no fue de mi aprobación el que fuese electo Provincial"; y entre los castigos

> que fulminó contra mí, uno fue el prohibirme decir Misa en el oratorio de D. Lucas González, sugeto a quien desde su niñez crié, eduqué y fomenté asta el estado en que se halla, y en cuya casa, como la Provincia por su extremada pobreza no puede subvenir al Religioso en lo que necesita, se me favorece conforme a la exigencia de mis años, y demás; en una palabra, me favorece como pudiera la casa de mis padres si ésta existiera. Finalmente [es] sugeto que vive casi bajo las goteras de este Convento, en donde ocurren con frequencia todos los Religiosos, como si fuera una pieza del mismo, pues solo dista de él quarenta pasos; a lo que se debe añadir que yo, como es notorio, no voi allí por el interés del estipendio, sino por mostrarme reconocido, y principalmente por mi propia comodidad, pues allí encuentro, acabada la Misa, el almuerzo según exigen mi ancianidad, mis habituales accidentes y la ley natural [...] si por el empleo de Comisario he de vivir en mi ancianidad privado de los socorros y alivios que necesito, me será preciso dejar el empleo, porque siendo un Frayle particular obraré con la libertad que los demás Religiosos.

El 22 de febrero de 1785 el Tribunal acordó concederle la licencia, "teniendo presente los incombenientes que pueden seguirse de no concedérsela, y deseando que los méritos contraídos por los ministros de este Santo Oficio en servicio de Dios y su Santa Religión no les sirban de obstáculo para tener los oficios honoríficos que les

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2006

corresponden a cada uno en su estado".

El día 28 el provincial, Fr. José de Villavicencio, escribe al Tribunal desde el Convento Real de Candelaria. Dice que en su visita al convento de La Laguna halló que la relajación en que vivía el comisario excedía a sus noticias anteriores: iba todos los días a decir misa al oratorio de D. Lucas González, "sugeto nada recomendable", y allí se "conservaba" todos los días y muchas noches del año, sin asistir a acto alguno de la Comunidad en el Convento, ni siquiera en los días más solemnes,

> ni a Procesiones del Santísimo Sacramento, que en cada mes se hacen dos claustrales en aquella casa; con mucha admiración y escándalo del Pueblo que lo veía sano para salir a la calle y nunca lo veía en función de Iglesia de su Convento, en el que ni una sola vez en muchos años había asistido a oración mental, de que ninguno se halla exempto por leyes de mi Religión.

Obedeció sus mandatos mientras estuvo -el provincial- en el convento, pero luego que se retiró volvió a las andadas, fingiendo tener licencia del Tribunal para decir misa en el oratorio, "la que no ha manifestado". Después se dio arte para inducir al P. Maestro Fr. José Ryan, "protector de sus relajaciones", para que le eligieran prior. El provincial, "en pleno Consejo de Padres", cesó la elección, alegando lo de la licencia del Santo Oficio solo por "motivo honorífico", añadiendo otras causas generales "que no producían desdoro ni deshonor".

El Tribunal le responde el 11 de marzo que, en efecto, el comisario había solicitado licencia para decir misa en el oratorio todos los días, pero que se le contestó que el Tribunal no tenía facultad para dar semejantes licencias ni para sustraerle a la jurisdicción de sus prelados, "por lo que podía desde luego renunciar a la Comisaría que exercía si le parecía le servía de impedimento al recreo y comodidad que le pertenece a qualquiera Religioso y que dice que él tendría sin este impedimento". Pero el Tribunal no puede aceptar la incompatibilidad que esgrimió el provincial para no confirmar el nombramiento; "huviera sido más acertado expresar las causales sin mezclar

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2006

preeminencias de los Ministros de la Inquisición"[181].

Poco después el provincial fue denunciado ante el Consejo (sic) por el sargento mayor de las milicias provinciales de La Laguna, D. Fernando de Molina y Quesada, "sobre que tiene vida sospechosa de heregía". Suponemos, aunque no nos consta, que algo tuvo que ver el comisario. El Tribunal no entró – tal vez no quiso entrar - en sospechas, pero informó al Consejo (el 19 de noviembre) que, según sus noticias, por su fuerte genio y por algunos lances ocurridos en los conventos de religiosos y religiosas de su filiación en aquella ciudad, el provincial tenía muchos enemigos, y que habían pedido informes al comisario de Santa Cruz porque el de La Laguna era uno de ellos. El Consejo mandó, el 26 de enero de 1786, que suspendiesen la causa y celasen su conducta (la del provincial)[182].

3.7.2. Los notarios.

Respecto a los notarios decía Llorente (1995, 165) que apenas los había "en el día" (en 1797): "Con la invención de tantos títulos de secretarios, ya numerarios, ya supernumerarios con exercicio, sueldo, asistencia diaria y gages; ya supernumerario con exercicio aunque sin sueldo; ya honorarios sin entrada, hemos llegado a tal estado que se desdeña qualquiera de ser únicamente notario". En Canarias no se dio esta invención de títulos, y aunque faltaban notarios, ya hemos visto que lo que se desdeñaba no era tanto el título como el trabajo[183]. El notario era algo así como el secretario del comisario, al que acompañaba en todas sus actuaciones. Entre sus funciones estaba la de pasar recado al juez, párroco, prelados y vecinos más distinguidos, para que asistiesen a la función de la lectura del edicto y al "acompañamiento" del cuerpo de la inquisición; y al jefe militar de la plaza para que mandase tocar las cajas y atabales el sábado anterior convocando al pueblo. Esta función de nuncio, una de las menos honrosas y

[181] *Ibid.*, leg. LV-10.

[182] *Ibid.*, I-D-29: fol. 172-172 v; XXVII-10, fol. 238 y 253.

[183] Aunque quizá no todos los notarios se sentirían tan honrados – y agradecidos – por el título como este fraile de Vilaflor que el 12 de enero de 1778 escribe al Tribunal: "Señor: Reciví la de V^a^S^a^ con fecha de 30 de Agosto el día 17 de Septiembre por mano de D. Agustín Lorenzo Viera, Ve Beneficiado de este lugar de Vilaflor, con la veneración y respeto de mi debida obligación por las honras que devo al Santo Tribunal, por averse dignado haserme su Notario del Realexo de Avajo, con título, siendo comisario mi P.M.R. el Mro. Fr. Nicolás de San Joseph y Torres, y las con que he tenido el honor de que V^a^.S^a^ me aya cometido esta comisión"...: AMC, Inq., leg. XLIX-20.

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2006

peor retribuidas en la sede – y en todos los tribunales -, era la que peor soportaban los notarios que disfrutaban de una cierta posición social.

El 8 de febrero de 1772 el comisario de La Orotava escribió al Tribunal informando de cierta inquietud que se había producido en su comisaría. El notario y alguacil mayor, D. Felipe Machado, se venía negando a dar los avisos desde 1770, y quería que los diese el guardia del Puerto. Éste y el otro notario, en vista de que D. Felipe no les quería "alibiar en cosa alguna", se negaron a darle su parte de los derechos de las visitas de navío, apoyándose en un auto del Tribunal que dejaba la retribución de los ministros que no asistían a las visitas, como era su caso, al arbitrio de los asistentes. El comisario decía que no estaba en su mano resolver la disputa y pedía al Tribunal que lo hiciese[184].

El Tribunal mandó el 14 de febrero, como pedía el comisario, que el guarda avisase al notario de la llegada de las embarcaciones y que éste convidase a las personas de costumbre a la función del edicto y acompañamiento, "sin que les pueda servir de escusa tener al mismo tiempo otro empleo del Tribunal", y que "habiendo copia de ellos [de notarios] alternen en este encargo". La carta del Tribunal se retardó en el puerto de Santa Cruz y no llegó a tiempo para la función del edicto, por lo que el comisario volvió a escribir el 15 de marzo dando cuenta de la negativa del notario, que le respondió "lo

[184] "Señor. Aunque desde ha que exerso el empleo de Comisario de el Santo Oficio siempre he cuidado se guarde una buena armonía entre los pocos ministros que se encuentran en este partido, procurando en todas ocasiones serenar algunos reparos que se han ofrecido a fin de que no lleguen a oídos de V.S., por ser algunos de tan poca entidad que apenas merecen atención; a veces pueden ocurrir algunos casos, como sucede de presente, en que me sea indispensable como lo es aora, el recurso a V.S. por no estar en mi mano la decisión de la materia que se disputa, a lo que ha dado ocasión la llegada de el edicto de la fe y Anathema, de cuya publicación daré a su tiempo aviso punctual [...][Por este motivo, el guarda, D. Bernardo de Arbelo, y el otro notario se quieren] excusar de hacerle el obsequio que hasta aquí, contribuyéndole sus derechos de visitas de embarcaciones sin aver asistido en todo su tiempo más que a tres o quatro (sin embargo de averle avisado de la llegada de algunas en el principio) porque aviendo ganado dicho Secretario auto en 14 de Diciembre de 750 en que se manda asistan a las visitas todos los ministros, y que la porción de el que no concurriere se distribuya entre los asistentes por iguales partes, aunque se previene también en dicho decreto que se entienda sin perjuicio de la generosidad que quisieren usar los que concurrieran, dicen los nominados que si la han practicado hasta el presente no quieren usar en lo successivo esta política, ya que no les quiere alibiar en cosa alguna, aun siendo de su propia yncumbencia. No es mi ánimo hacer este recurso a V.S. por vía de quexa, sino solicitando el modo de que todo quede en sosiego, y assí quisiera que V.S. como lo suplico, mandara se llebara a debido efecto el citado auto, y assimismo que el dicho Arbelo de aviso a el expresado Machado siempre que llegue embarcación para que no tenga que alegar que así lo practicava con mi antecesor. Como también si deba dicho D. Phelipe pasar los recados para la asistencia a los edictos, que es el punto principal en que consiste la desazón": AMC, Inq., leg.LVI-27.

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2006

executasse yo por escrito o de otra suerte que fuera de mi agrado, pretestando hallarse días ha con alguna desasón en las piernas, quando dos días antes me avía escrito tenía noticia se me hacía por V.S. cierto encargo en que debía también él entender, que le avisase para vaxar". El comisario le instó diciéndole que si no podía hacerlo en persona lo hiciese por medio de esquelas, representando a cada uno el impedimento, ya que le era más fácil a él que al guarda, que vivía a una legua de camino. Aún así se negó y tuvo que ir el guarda, "con la protexta que me hizo que no lo executaría otra vez, por no aver sido estilo jamás, añadiendo que si dicho D. Phelipe usa para lo útil, como es constante, de el oficio de Notario, también es razón use de él en lo que ocurre de oficio"[185].

3.7.3. Los calificadores.

Otros ministros importantes en el distrito eran los calificadores. Desde que los inquisidores eran juristas su intervención era necesaria e ineludible, para determinar si había herejía, es decir, si había delito y, por lo tanto, debía haber proceso. Como esta decisión se tomaba en la sede, era lógico que la mayoría de los calificadores se concentrasen en ésta. Ya hemos visto que la carencia crónica de calificadores, o de calificadores idóneos, hacía que a menudo se enviasen las causas a la Suprema sin calificar.

3.8. *Cursus honorum* y acumulación de funciones.

En los Apéndices III y IV se puede ver que había una especie de *cursus honorum* para algunos ministros subalternos, que en el mejor de los casos culminaba en la sede

[185] Para que el Tribunal viese que no trataba de innovar, "sí solo seguir lo que está mandado y mis antecesores han hecho", añade copia certificada de dos documentos: uno es una disposición del Tribunal de 10 de septiembre de 1652, "que se halla entre los papeles de la Comisaría de este partido de Taoro, perteneciente a la de Garachico", mandando que "el comisario cuatro días antes de la publicación del Edicto enviará un recado con un notario a la Justicia y Regimiento para que asista", etc.; y el otro, de 1731, es una orden del comisario de La Orotava al notario para que "políticamente" solicite al coronel del tercio que deje las cajas y atabales para que los "caxeros" acostumbrados, prevenidos por el ayuntamiento, las toquen el sábado por todas las calles a partir de las dos de la tarde convocando al pueblo a la lectura del edicto: *ibid.*

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2006

en la secretaría del secreto[186], y fuera de ella en la comisaría. Al ascender normalmente acumulaban las funciones - pero no los salarios - de los dos empleos, el antiguo y el nuevo, que se concedía con esa condición o la de asumir otras tareas, además de las propias del empleo para el que se le nombraba[187]. Esta acumulación de funciones - alcaide y portero, nuncio y capellán, abogado de presos y depositario de pretendientes, etc.- era muy frecuente, y se debía, claro está, a la pobreza del Tribunal, que le obligaba a hacer complicados arreglos para poder afrontar el pago de los salarios.

En 1747 un tal Alfonso García, vecino de Las Palmas y natural de Alba de Tormes, escribió al Consejo ofreciéndose para el empleo de alcaide. Decía que había llegado a su noticia que por "la demasiada edad e imposibilidad" del actual alcaide, el Tribunal iba a nombrar un sustituto que supiese escribir bien para que ayudase a los secretarios, porque "dicha Inquisición está tan pobre que se ve precisada a usar de semejantes medios"[188]. El Consejo envió la solicitud al Tribunal para que informase, y éste contesta que no le parece conveniente su nombramiento

> porque viviendo en su casa, algo distante de esta Inquisición, no puede acudir a la asistencia de los Reos con el secreto y puntualidad que se requiere; y porque en este caso será preciso darle algún salario y quitárselo al Alcayde, lo que no nos parece justo, porque además de estar sirviendo muchos años ha este oficio, procurando no hacer falta en él, necesita todo el corto salario por ser mui pobre.

[186] Melchor de Castroviejo y Fernando Pérez, que empezaron como secretarios de secuestros y juzgado; Dionisio Treviño y Frías, que empezó como nuncio -tardó 29 años en llegar a la secretaría- y Fr. Luis Vázquez de Figueroa, que empezó como calificador.

[187] En este sentido se informa, por ejemplo, la pretensión de Treviño a la secretaría del secreto en 1778: "con el mismo sueldo y emolumento que ahora disfruta, pero con obligación de servir como hasta aquí el empleo de Nuncio": *ibid.*, I-D-29, fol. 77v. El 16 de junio de 1780 informando sobre la pretensión de Juan Rodríguez de Vega: "puede ser mui útil a este tribunal destinándole a la Secretaría de sequestros con obligación de trabajar no solo en lo que corresponde a ella, que le ocupará poco tiempo, sino también en trasladar a buena letra y papel muchas órdenes y papeles importantes del secreto que por la polilla y antigüedad se harán, si no se remedia, ilegibles dentro de poco tiempo. Procuramos inclinarle mañosamente a pretender dicho empleo"...: *ibid.*, fol. 87.

[188] "Digo que aviendo llegado a mi noticia que el Tribunal del S.O. de dicha Ciudad de Canaria, con el motivo de la demasiada edad e imposibilidad en que se halla el Alcayde de sus cárceles secretas, está por nombrarle un substituto, y que éste (por ser consiguiente se le confiera la propiedad de dicha Alcaydía) no será admitido faltándole la circunstancia de saber bien escribir, con el fin (assí por lo poco que se ofrece hacer en dicha alcaydía, como por los muchos papeles que por antiguos e ilegibles con las lluvias que dicen les entran en su arruinado Archivo, ay que trasumptar) de que ayude a los Secretarios, pues aunque allí se hallan tres solo uno es el que puede trabajar, y dicha Inquisición está tan pobre que se ve precisada a usar de semejantes medios" ...:AMC, Inq., leg. CXII-15, fol. 151.

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2006

> Y aunque es cierto se halla mui viejo y casi imposibilitado de servir, se vale de un sobrino que es calificado y Portero de esta Inquisición para hacer lo que él no puede[189].

En 1795 era el alcaide el que servía interinamente - desde hacía catorce años - el empleo de portero - esta vez con todo el salario - cuando un criado del corregidor envió un memorial al Consejo solicitando esta plaza. Poco antes el propio corregidor había ido a visitar al inquisidor decano con un memorial del criado pretendiendo la plaza de secretario del secreto. D. Dionisio Treviño había enfermado "en términos que por su avanzada edad se creyó no viviera", y el criado que había trabado amistad con él y le asistía en su enfermedad, solicitó su plaza, "y cuando no, la futura, obligándose a hacer escritura de dejar la mitad del salario a favor de la mujer de Treviño. El inquisidor le dijo que si Dios se llevaba a Treviño se había de suprimir la plaza, porque según el nuevo arreglo no habían de quedar sino dos secretarios del secreto". (Le dijo también que ese "fuero" – el nombramiento – tocaba al Consejo, razón por la que luego el criado, cuando pretende la plaza de portero, se dirige a éste). No obstante el decano preguntó al corregidor por el criado.

> Yo diré a Vmd. con ingenuidad lo que hay –le contestó-: este muchacho lo tomé en Madrid quando vine a Canaria, porque me dixeron que era de buenas costumbres, Asturiano, y del estado Noble; y como por otra parte escribía bien, le traje para que me sirviera de todo, hasta de Ayuda de Cámara y cuidarme el niño; su edad en el día es la de 22 años, y hasta ahora me va bien con él.

Cuando el Consejo pide al Tribunal que informe la pretensión, le cuentan esto y lo que sabían por el Conde de Vega Grande y D. Nicolás Massieu, ministros calificados del Santo Oficio y amigos del corregidor: "que es un criado [...] que hace de todo; de que peina al Amo, escribe quando se le manda, y lleva a la escuela y paseos a un niño del Corregidor, por ser el único criado que tiene; y que no han visto ciña espada como page o escribiente, sino que anda por la calle con un volantillo y una varita en la mano; que no sabían más de este sugeto, ni de su nacimiento y Patria. Y que alguno creía que

[189] *Ibid.*, leg. I-D-30, fol. 77v.

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2006

antes había servido de Lacayo y que al llegar aquí se quitó la librea, pero esto no lo puede asegurar [...] y que no parecería bien a estas gentes que entrara Ministro del Tribunal un niño que conocen sirviendo al Corregidor, y más quando regularmente están enseñados a ver que en todos tiempos han servido al Tribunal los sugetos de las primeras casas de estas Islas". En este caso no hubo que aludir a las penurias del Tribunal para justificar la denegación de la gracia[190].

3.9. Salarios.

Los salarios de los ministros, debido a la pobreza del Tribunal[191], eran bajos e inferiores a los se percibían en empleos similares en otras instituciones[192]. Desde mediados del siglo XVI cada tribunal tenía sus propias fuentes de ingreso, que administraba por su cuenta - bajo la supervisión del Consejo -, y con ellos tenía que hacer frente a todos sus gastos. Con estos ingresos, en la primera mitad del siglo, el Tribunal de Canarias apenas podía afrontar el pago de los salarios. En torno a 1750, en varias ocasiones, a la muerte de un ministro pidió al Consejo que no nombrase sustituto hasta que los sueldos estuvieran corrientes[193]. Los ministros tardaban años en cobrar los atrasos. El secretario Juan del Saz suplicaba en 1724 que le pagasen los salarios del tiempo en que estuvo suspenso - de febrero de 1713 a septiembre de 1715 – porque una hija suya de doce años había sido engañada por un sujeto "de menos esfera y de ningunas conveniencias", por lo que fue preciso ponerla de novicia en un convento, y se

[190] AMC, Inq., leg. I-D-28, fols. 67 ss.

[191] Sobre la hacienda del Tribunal de Canarias cfr. Martínez Millán (1986) y Aranda Mendíaz (2000, 77-154), aunque insuficientes, y con muchos errores, permiten hacerse una idea de la economía del Tribunal. La mejora de la segunda mitad del siglo, que afectó a la mayoría de los Tribunales – Lea (1983, II, 328), Dedieu (1989, 225), Prado Moura (1995, 228) - no bastó para acabar con los "atrasos".

[192] El capiller de un convento de monjas de Las Palmas, por ejemplo, ganaba en 1786 casi el doble que el de la Inquisición: el primero ganaba 300 reales al año y el segundo 180. El 6 de noviembre de 1786, al remitir al Consejo el expediente presentado por Sebastián Antonio Quintana, padre del capiller Carlos María de Quintana, el Tribunal informaba que al casarse el anterior y dejar el empleo, tuvieron dificultades para encontrar sustituto "por la cortedad del salario en unos, y otros no poder afianzar los ornamentos y demás cosas pertenecientes a la capilla", por lo que estuvo vacante un mes, durante el que sirvió uno de los pajes de los inquisidores. Uno de los capellanes dio noticia del actual capiller, y lograron convencer al padre para que le permitiera aceptar el empleo; "éste es un muchacho de 16 años, estudiante e hijo de un procurador hombre de honor, persona segura que ha afianzado lo que se le ha entregado por inventario". El capellán de las monjas descalzas tenía, además del salario, "las propinas [...] en las entradas y profesiones de Religiosas, sin la carga de responder de los ornamentos, y con la misma asistencia que el del Tribunal". L Tribunal pide al Consejo que le suba el salario "porque de lo contrario es regular dexe este empleo de tan corta utilidad": AMC, Inq., leg. I-D-29, fol. 187 v.

[193] AMC, Inq., leg. I-D-30, fol. 112 v.

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2006

acercaba el momento de la profesión[194]. El propio Consejo tuvo que reiterar varias veces su mandato, entre 1742 y 1744, para que le pagasen a un inquisidor los trece meses que estuvo - en 1741 y 1742 - sin poder pasar a Canarias, a causa de la guerra con Inglaterra[195]. El 11 de diciembre de 1771 el Tribunal escribía al Consejo que desde el mes de mayo de 1751 se estaban debiendo 13.725 reales y medio de salarios atrasados, "no habiéndose descubierto desde entonces modo de poderlos satisfacer"[196].

Pero los salarios eran tan bajos que aunque los cobrasen puntualmente, los ministros pasaban estrecheces; sobre todo los foráneos, que no solían tener otras fuentes de ingreso (a excepción de los inquisidores). En épocas de crisis, como es lógico, las dificultades, tanto para pagar los salarios como para sobrevivir con estos, eran mayores. Cuando el inquisidor general nombró en 1745 un tercer inquisidor para el Tribunal de Canarias, éste representó que aun estando al día el cobro de todas las rentas, faltarían 6.376 reales – algo menos del salario del inquisidor - para pagar los salarios. Pero la guerra había sumido a las islas en la miseria impidiendo la "saca de vinos y remate de otros efectos"; la cobranza de los censos era impracticable; de la canonjía obtenían muy poco; del juro del almojarifazgo le estaban debiendo 13.000 reales, etc. Y los ministros se veían precisados "a valerse de medios agenos para su precisa manutención, la que estando aun bien pagados será dificultosa por lo caro de todos los géneros; en que no sólo padece el sonrojo como particulares, sino que decae la estimación del Tribunal, por constar a todos no solo sus cortos fondos, sino la ninguna necesidad de tantos ministros"[197].

Los salarios que figuran en las relaciones de ministros, antes y después de la subida de 1792, son los que figuran en el Cuadro 3[198]. La retribución del depositario de pretendientes era el 2 % de los depósitos. Los capellanes recibían la limosna

[194] AMC, Inq., leg. CLVI-1, fols. 176 y 256-265.

[195] AMC, Inq., leg. XLIX-5, fol. 248, y CXII-15, fols. 7, 35 y 42. Desde que juraban el cargo tenían derecho a salario, aunque – como en este caso (finalmente le nombraron para el Tribunal de Llerena) – no llegaran a ejercerlo. Esto suponía para el Tribunal de Canarias una carga mayor que para los Tribunales de la Península; y lo mismo que la obligación de pagar a los ministros que se trasladaban a otro Tribunal hasta que jurasen su nuevo cargo: *ibid.*, leg. XXVII-10, fol. 177-8.

[196] AMC, Inq., leg. I-D-29, fol. 3 v. En moneda de Castilla eran 20.588 reales y 8 maravedíes. El real de Canarias tenía 48 maravedíes.

[197] AMC, Inq., leg. I-D-30, fol. 64.

[198] Hay algunas diferencias con los que dan Aranda Mendíaz (2000, 142 ss, y 385-6); y Martínez Millán (1986, 578).

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2006

correspondiente a las misas que decían en la capilla del Tribunal. El inquisidor decano tenía casa, con una buena huerta que le daba "las verduras necesarias para su gasto", y solo contribuía por ella con el vino de las misas de la capilla, "regulado anualmente en cinco pesos". Tampoco el alcaide pagaba alquiler por sus casas. En cambio el fiscal pagaba 50 pesos por la casa en que habitaba, contigua a la del alcaide[199].

Cuadro 3.

Salarios en reales y maravedíes

	1742	1793
Inquisidor y fiscal	6.600 + *	8.800 + 1.100
Alguacil mayor	1.470 **	2.205 - 22
Secretario del secreto	2.205 - 28	3.308 - 28
Receptor	1.764 - 4	3.246 - 3
Contador	588 - 8	883 - 20
Alcaide	1.600	2.399 -10
Nuncio	882 - 13	1.323 - 15
Capiller	88	
Portero	882 - 3	1.323 - 9
Abogado del fisco	160	
Médico	149 – 24	220 - 24
Barbero	187**	

* La ayuda de costa no se puede leer en esta relación, y no consta en las relaciones inmediatas. Las del alguacil mayor y el secretario del secreto van incluidas en la cifra que figura en la tabla.

** En la relación de 1746.

Estos eran los salarios "teóricos", porque en algunos casos no se pagaban, en otros se descontaba la pensión del ministro jubilado, y en unos pocos la misma persona, que ejercía varios empleos, cobraba varios salarios (aunque normalmente se acumulaban las funciones pero no los salarios, en los empleos peor retribuidos podía darse este caso).

Los ministros que no se podían valer -como decía el Tribunal- "de medios ajenos para su precisa manutención" vivían al borde de la miseria. El secretario de secuestros D. Fernando Pérez, después de servir el empleo durante tres años, se convenció de la imposibilidad de mantenerse en las islas con el salario de 150 ducados (1.650 reales de

[199] AMC, Inq., leg. I-D-28, fol. 148.

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2006

las islas), y constándole "que por más que clame no seré oído ni creído, a causa de la supuesta falsa fama que en la Corte corre de lo mucho que aquí vale cualquier empleo (motivo por que acepté el mío, empeñándome para empobrecer más), y de lo poco que se necesita para la manutención del que lo sirve", pidió su traslado a un Tribunal de la Península. En el memorial que envió al Consejo decía que hasta aquel momento no se había visto precisado a comprarse vestido, "aunque sí a venderle para no quedarme algunos días sin comer"[200].

Otra víctima del mismo espejismo – "la supuesta falsa fama" - fue el nuncio D. Dionisio Treviño y Frías, que nada más llegar, en 1752, al saber que su sueldo eran 80 ducados, dijo al Tribunal que no podía continuar porque con ese salario le era imposible mantenerse. El Tribunal escribió al Consejo pidiéndole que le tuviese presente para cuando se produjesen vacantes en la Península, porque, efectivamente, con ese salario le era imposible mantenerse, "y más en el tiempo presente, a causa de lo muy caro del país". Los mismos secretarios, con 200 ducados,

> viven con bastante estrechez y molestia, por no poder satisfacer lo que han tomado prestado para tan largo y costoso viaje; lo que no sólo motiva oír que es cosa escrupulosa el que se permita bengan de fuera sujetos con semejantes empleos, sino que es desdoro del ministerio. En cuya consideración este ministro es el primero que desde esa Península ha benido a serbir tal empleo, porque para el de portero (por tener el mismo sueldo) y el de Alcayde siempre el Tribunal ha propuesto sujetos de aquí, que o por eclesiásticos o por otro medio tubiesen alguna renta más con que poder vivir[201].

En 1756 volvían a insistir para que se le nombre nuncio, alcaide o portero "en el continente", dado que no podía mantenerse ni hacer frente a los gastos de su viaje, y se nombrase para Canarias a un natural "que se pueda ayudar con sus legítimas"[202]. Pero

[200] AMC, Inq., leg. XLIX-5, fol. 241-2. Se le respondió – el 18 de octubre de 1746 - que no había vacantes y se tendría en cuenta su pretensión, "a cuyo fin deberá encargar la solicitud de su pretensión a persona de su confianza que resida en esta Corte y la recuerde en las ocasiones que se ofrezcan": *ibid.* CXII-15, fol. 83. En AHN, Inq., leg. 2385, hay varias representaciones suyas, o en su nombre.

[201] AMC, Inq., leg. I-D-30, fol. 112 v.

[202] *Ibid.*, fol. 157-8.

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2006

D. Dionisio, que en 1781 – a los 67 años – fue nombrado secretario del secreto, permaneció en Canarias hasta su muerte[203].

Más triste aún fue el caso del secretario del secreto D. Miguel de Coca y Burgos, que enfermó de sarna a fines de 1787. El Tribunal, por su miseria y falta de medios y no tener parientes ni quien le socorriera en el país, le adelantó "por vía de empréstito y con calidad de reintegro si mejorase" algunos reales; "y si Dios dispone el llevarle habrá que hacer lo mismo con el entierro, porque aquí vino tan pobre que solo trajo su cama, y en el día que llegó fue necesario darle que comiera"[204].

Incluso los inquisidores, que solían tener otras rentas, vivían muy ajustados. Al morir el inquisidor D. Juan Bautista de Buruaga y Mendazorqueta, que era además canónigo de Palencia, con la venta de sus pertenencias y lo que le adeudaba la Inquisición, se reunieron 7.206 reales y 14 maravedíes -poco más del salario de un año-, que no dieron sino para pagar los funerales, las misas, el entierro, las deudas, el legado del paje y otros gastos menores. La casa en que vivía era alquilada; y además del paje, tenía otro criado "de escaleras abajo", y una mujer que le asistió en su enfermedad[205].

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2006

[203] *Ibid.*, fol. 206 v- 207; I-D-29, fol. 14, 70 v, 248, 265 v; I-D-28, fol. 67.

[204] AMC., Inq., leg. I-D-29 bis, fol. 248. En 1783, cuando informa favorablemente la petición de D. Dionisio Treviño de que se le perdonase la media annata – la necesidad que alega es cierta, "y en el día mayor, por hallarse en la edad de 70 años y con salud muy delicada" –, el Tribunal se refiere también a D. Miguel Coca y Burgos: dice que cuando llegó – "alcanzado, como todos, con los crecidos gastos de viajes y demás que se ofrece "- el receptor le tuvo que adelantar 400 reales para alimentarse, y que "por su pobreza ha tenido que ponerse a pupilo en una casa pobre. Por estas necesidades están los ministros expuestos a muchos lances y que no tienen toda aquella estimación que se les debe. El Tribunal lo ve y no lo puede remediar". La media annata debía descontarse en los tres primeros tercios del salario – es decir, en el primer año, pues el salario anual se cobraba por tercios –, pero como en Canarias estaban aplicadas al fisco del Tribunal, éste "que con bastante dolor ve las necesidades de los Ministros, ha usado de equidad con ellos y la suele cobrar en dos años": *ibid.*, fol 218 r-v.

[205] AMC, Inq., leg. LIV-21: las misas que encargó fueron 290. La venta de sus pertenencias - alhajas, ropa blanca, libros "y otras cosas" – importó 4.523 reales y 12 maravedíes; y los gastos derivados de su muerte – funerales, misas, entierro, etc. - 2.396 reales, más que el salario anual del secretario. Debió morir entre 1729 y 1731. En la primera fecha figura en la relación de ministros de Millares Torres (1874, IV, 161); en la segunda murió el maestro de capilla Diego Durón, al que se menciona en el documento: Siemens (1977, 60); Torre (1963 y 1964, 181). La misma modestia se ve en el inventario y memoria de bienes del inquisidor Diego Fermín de Balanza, que murió en 1717: AMC, Inq., leg. XVII-10.

3.9.1. Gastos.

Los ministros de la sede tenían algunos gastos, que tal vez podríamos llamar – con terminología actual - "de representación", que corrían de su cuenta; pero eran mínimos. Las luminarias por "casamiento de rey o nacimiento de príncipe" las pagaba el Tribunal[206], pero los lutos reales debían pagarlos los ministros[207]. Fuera de estos, y del coste del vestido adecuado para asistir al Tribunal, no parece que tuvieran otros. Pero los comisarios, que no tenían más ingresos que los derechos de las visitas – si lo eran de puertos de mar – y de unas pocas pruebas de limpieza[208], en la realización de las diligencias que se les encomendaban y en las funciones del edicto, tenían gastos que no siempre se les resarcían[209].

3.9.2. Otras retribuciones.

Había, por supuesto, otras retribuciones, no salariales, para recompensar a los ministros por sus servicios al Santo Oficio; las únicas para los que no cobraban, y las más importantes para los que cobraban poco. Los privilegios y el honor eran las más importantes, pero no las únicas. La concesión de una licencia para leer libros prohibidos podía ser incluso, para los ministros que por clérigos o nobles ya disfrutaban de honores y privilegios, más importante que estos. En la concesión de estas licencias se tenían en cuenta los servicios prestados al Tribunal por el solicitante, y hasta por sus familiares y

[206] 11 de octubre de 1714 el Consejo dio una "providencia general" para estos casos: a los inquisidores se les daba 100 reales de vellón, al alguacil mayor, secretarios, receptor y contador 50, y a los demás 25. Además, "en todas las funciones que se publiquen por el Gobernador Superior de esa Ciudad" – en La Palmas, el regente de la Audiencia –, se pondrían hachas en los balcones del Tribunal: AMC, Inq., leg. CLVI-1, fol. 61.

[207] AMC., Inq., leg. XLIX-5, fol. 235.

[208] Por día de trabajo cobraba en 1781, el comisario 37 reales y 17 maravedíes, y el notario 30 reales; y si tenían que salir de su lugar de residencia, 60 y 45 reales, respectivamente: AMC, Inq., leg. I-D-29, fol. 101 v.

[209] Los comisarios solían remitir al Tribunal, junto con las diligencias, una relación de estos gastos (si los había). Entre los papeles que quedaron a la muerte del comisario de Garachico D. José Agustín González Fonte en 1781, había varias cartas del secretario del Tribunal enviándole libranza por el importe de estos gastos: AMC, Inq., leg. CVI-15. Pero no estamos seguros de que siempre se actuase de la misma manera. De todas formas había gastos menores cuya devolución los comisarios no se molestaban en solicitar - un ejemplo: *ibid*, leg. IX-14, fol. 219 -; y todos los gastos de las funciones – convites, propinas, etc. – corrían a su cargo.

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2006

antepasados[210]. No es descabellado suponer que para los calificadores éste fuese uno de los principales alicientes del cargo; sobre todo en la segunda mitad del siglo, cuando estos libros circulaban profusamente. No hay calificador en este período que no solicite licencia para leer libros prohibidos alegando que su "lección se le hacía precisa para calificar las doctrinas, proposiciones y libros que se le mandan reveer y lo demás que continuamente ocurre en el servicio de dicho Tribunal"[211]. En la primera mitad del siglo las solicitudes no solían tener un carácter general; se pedían para leer determinados libros[212].

Después de los calificadores, los comisarios y los alguaciles son ministros más beneficiados con estas licencias[213]. El alguacil de La Palma D. Nicolás Massieu, obtuvo una en 1774, que le permitió recuperar algunos libros que había entregado anteriormente[214]. El carácter retributivo de la licencia aparece claramente en la solicitud

[210] En el informe favorable a la solicitud del Dr. D. Ignacio Llarena, examinador sinodal, de 16 de enero de 1808, se dice – por ejemplo - que "ha desempeñado varias comisiones que le hemos confiado, es de familia ilustre y sobrino de nuestro comisario en la Villa de la Orotava": AMC, Inq., leg. I-D-28, fol. 217.

[211] Solicitud de Fr. Luis Vázquez de Figueroa (10 de diciembre de 1782): AMC, Bute, vol. XXXIII, 2ª Serie, fol. 121 r-v. En términos parecidos, Fr. Antonio de Elvira (28 de junio de 1777): *ibid.*, fol. 51 v. En el informe sobre la solicitud del magistral Dr. D. Pablo José de Silva se dice que es "sugeto de quien por falta de calificadores se está sirviendo el Tribunal cada día en los negocios que se le ofrecen": *ibid.*, I-D-28, fol. 71 v.

[212] El Dr. D. Alonso de Carriazo, canónigo de la catedral y calificador del Santo Oficio, por ejemplo, solicitó en 1714 licencia para leer los seis libros de sermones del P. Joan de Gama y "Las cinco piedras de David" del P. Antonio Viera, ambos jesuitas portugueses, "porque le han costado muchos reales y los necesita": AMC, Inq., leg. II-9. Él mismo había puesto en la consideración del Tribunal que aunque los libros de sermones tenían licencia de la Inquisición portuguesa, la 4ª parte estaba dedicada al P. Alonso de Cienfuegos y la 5ª al marqués de las Minas, y tenían en la dedicatoria proposiciones ofensivas "a la Católica Majestad de Felipe V" al suponer "dueño y Señor de los dominios de España al Archiduque". El libro del P. Viera probablemente no tenía licencia de la Inquisición, porque el calificador al que se da para que lo examine, pide "que pueda correr sin alguna dificultad, porque está muy executoriado, con universal aplauso de los doctos, lo seguro y provechoso de su doctrina, lo primoroso de su estilo, nunca bastantemente celebrado, lo delicado de sus conceptos y lo sólido de sus pruebas". Atribuye, por cierto, los sermones al P. Simón de Gatica. La resolución del Tribunal fue curiosa: que se entregasen los libros al solicitante, el Dr. Carriazo, para que como calificador viera si tenían algo prohibido por el expurgatorio.

[213] Al menos un notario solicitó también licencia para leer libros prohibidos: el de La Laguna, D. Juan Pereira Pacheco. En 1787 había solicitado una ayuda de costa por lo que había trabajado y porque "para servir al Santo Oficio, publicar edictos y asistir a otros actos havía tenido que hacer un vestido negro". El Tribunal le contestó que no tenía facultad. Entonces pidió licencia para leer "la Historia del Pueblo de Dios". Es el padre del prebendado D. Antonio Pereira y Pacheco, cfr. Marrero Rodríguez -González Yanes (1963, 11-12).

[214] En la solicitud, del 23 de diciembre de 1773, decía "que para mi instrucción pretendo obtener licencia para leer libros prohibidos generalmente o en especial para los del Pueblo de Dios cristiano y otros que tenía y exibí quando sus prohibiciones". El 16 de mayo de 1774 exhibe la licencia y pide que se le devuelvan: ... "que teniendo aquí en este Santo Oficio, en virtud de diferentes prohibiciones distintos

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2006

del comisario de La Gomera D. José Ruiz y Armas. En 1804 había pedido al Tribunal que le relevase de sus funciones, alegando sus muchas ocupaciones, pero en abril de 1805 solicitó licencia para leer libros prohibidos en pago de sus servicios:

> Hallándome sirviendo años ha al Tribunal, y no dudando que por este mérito sea yo acreedor a que se me atienda alguna gracia, por lo menos mientras tuviese el encargo de cumplir con los asuntos y comisiones que conduzcan al mismo Tribunal, ocurro a V.S. suplicando que si no hay reparo justo que lo impida se me conceda el favor y la gracia de poder leer libros prohibidos, en la misma forma que se ha concedido a otros[215].

3.9.2.1. Los privilegios.

Había también otras formas de retribuir a los ministros, como las recomendaciones - una recomendación del Santo Oficio podía ayudar a un fraile a alcanzar honores en su "religión"[216] – o un trato benévolo en caso de ser encausado, él o sus parientes[217]; pero ninguna alcanzaba la importancia de los privilegios[218] , a pesar de los recortes y ataques de que fueron objeto en el siglo XVIII. Ya hemos visto que en 1726, informando al Consejo de "lo trabajoso que está y se halla el servicio de este Santo Oficio", advertía el Tribunal de las consecuencias que podría tener esta política: "Y vendrá a ser servido este Santo Oficio de ministros no calificados o interinos, y estos sin fuero no servirán gustosos"[219]. Las disposiciones reales aboliendo o limitando los privilegios y exenciones de los ministros habían empezado en el siglo anterior; los

---

libros, como son el Pueblo de Dios Cristiano, Fr. Gerundio de Campaces, la Virtud al uso, unos mascotas y otros más que he entregado, que ahora no me es fácil hallarlos como prohibidos"...: AMC, Inq., leg. I-D-29, fol. 7; Bute, vol. XXXIII, 2ª serie, fol. 15-16.

[215] AMC, Inq., leg. CLXX-4.

[216] En 1818 Fr. Sebastián Morales escribe al Tribunal "que deseando adelantar los honores con que así el Tribunal como mi sagrada Religión han procurado distinguirme, y acercándose el Capítulo Provincial en el que se hacen presentes los méritos que cada Religioso ha contraído a fin de obtener el grado que corresponde [...] espero del Tribunal se interese de los padres del Capítulo para dar más valor a mis méritos, y finalmente conseguir el grado de Presentado": AMC, Inq., leg. CLXVII-65.

[217] Cuando el pintor y escultor Marcelo Gómez suplica que se aplace su comparendo ante el Tribunal, alega estar "aparentado" con el Tribunal con ocho familiares por parte de madre y dos de padre: AMC, Bute, vol. XXXII, 1ª serie, fol. 195-6. Una breve noticia de su causa en Rodríguez González (1986, 180 ss.).

[218] Cfr. Lea (1983, I, 425-479), López Vela (1993 a, 192 -226) y Martínez Millán (1984, 185-211).

[219] AHN, Inq., leg. 2384, nº 2.

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2006

Borbones las reiteran – cuando no habían surtido efecto – y dictan otras nuevas[220]. No obstante, la costumbre o el estilo que regía en cada Tribunal podía contradecir la ley, sin ser "corruptela"[221].

La costumbre era justamente el principal asidero del Tribunal en los conflictos con otras jurisdicciones, cuando éstas, basándose en la ley o en una interpretación restrictiva de la misma, atacaban los privilegios del Santo Oficio. Si la controversia se tenía que resolver entre los Consejos, el de la Inquisición, para defender el privilegio, pedía al Tribunal un informe detallado sobre la costumbre[222]. Pero en las últimas décadas del siglo, cuando arrecian los ataques, la costumbre no basta para asentar un privilegio. El 29 de noviembre de 1787 el Tribunal escribe al Consejo que había recibido su auto en que, "con motivo de haber puesto preso el Alcalde Mayor a Juan Antonio Alonso, criado del inquisidor fiscal", les mandaba que no se empeñasen "en sostener el fuero de que hasta aquí han gozado en estas Islas los criados de continua asistencia de los ministros del Santo Oficio, porque qualesquier competencia reñida en estos tiempos sobre el particular es regular se perdiese, por lo que conviene sobrellevar

[220] Un R.D. de 16 de noviembre de 1737 establecía que los familiares no estaban exentos de alojamientos: AMC, Inq., leg. XLIX-5, fol. 212-213 v; en 1739 (20 de febrero) se ordena que paguen el servicio ordinario y extraordinario: *ibid.*, fol 215-6; una R.C. de 19 de marzo de 1748 prohibe a los ministros de todos los tribunales, incluido el de la Inquisición, tener y usar armas blancas: *ibid.*, leg. CXII-15, fol. 189 r-v. Un R.D. de 31 de enero de 1742 derogaba todos los privilegios, fueros y exenciones de los criados y dependientes de la Real Casa y de los ministros de los Consejos de Inquisición, Órdenes y Cruzada "en virtud de que se atreven a defraudar a la Real Hacienda por falta de jurisdicción necesaria en el Superintendente General": *ibid.*, fol. 4-6; otro de 12 de febrero de 1743, precisaba su alcance y encomendaba al inquisidor general que cuidase que el fuero y exención no se extendiese más que a los ministros incluidos en la concordia recogida en la ley 18, título 1° del libro 4° de la Recopilación: *ibid.*, fol. 9.

[221] Corruptela era la *mala* costumbre que iba *directamente* contra la ley. En 1744, cuando el regidor y teniente coronel de las milicias de Tenerife D. Matías Boza de Lima desobedece las órdenes del comandante general y pretende ampararse en el fuero inquisitorial sin estar calificado, el Consejo manda que no se le ampare "porque la costumbre que se figura en contrario es más propiamente corruptela, como directamente contraria a la ley real y concordias": AMC, Inq., leg. CXII-15, fol. 33.

[222] Por ejemplo, en 1768 pide "que informéis con individualidad de las costumbres y fundamentos que tenéis para eximir a los familiares y demás ministros seglares de ese Tribunal de la servidumbre de los cargos honoríficos de la República cuando se les nombra contra su voluntad por alcaldes, procuradores de los pueblos, regidores. Especificando los casos que hubieren ocurrido": AMC, Inq., leg. CVI-33, fol. 50. La costumbre no tenía por qué ser exclusiva de un solo Tribunal, y podía tener su base, o punto de partida, en la ley : el 27 de noviembre de 1714 el Consejo pide a los Tribunales que envíen las "Cédulas, Decretos y Resoluciones Reales" en virtud de las cuales se consideraban exentos de contribuir por las ventas de sus cosechas conforme a las Reales Cédulas de 1629 y 1677, y también "las [resoluciones] que hubieren tomado en las controversias que se hayan ofrecido sobre esta materia". El Tribunal de Sevilla "y los demás de su jurisdicción" se negaban a pagar: AMC, Inq., leg. CLVI-1, fol. 61-8.

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2006

con prudencia iguales contiendas". El Tribunal se hace cargo de las "sabias razones" del Consejo, y expone que

> ha usado siempre moderación en estos negocios, y aún cedido en su derecho y perdiendo muchas ocasiones; pero actualmente hay un Regente en esta Real Audiencia que lo mismo es oír cosa de Inquisición que echarse encima con la fuerza, y de aquí toman alas los demás jueces. Él está empeñado en que no solamente los criados de Ministros, pero ni aun estos deben gozar de fuero, y así lo profiere en los paseos, tertulias, visitas y en qualesquiera parte que se ofrece.

Un oidor que juzgaba a la mujer en cuya casa vivía el secretario Coca y Burgos, cuando ésta dijo "por incidencia" que le tenía en su casa, profirió delante de varias personas que el secretario no gozaba de fuero alguno "y que si se ofreciera alguna cosa le haría comparecer ante sí". El regente aconsejaba que "no anden con fiestas ni contemplaciones" con los ministros del Santo Oficio, que usasen "la fuerza coactiva" y los pusiesen en la cárcel, "y que estando allí disputen los Inquisidores el fuero"[223].

El principal privilegio económico de los ministros en el Tribunal de Canarias, la exención de derechos de almojarifazgo "en lo que traen para sus casas", lo perdieron estrepitosamente en 1755[224], a raíz de las novedades introducidas en la aduana de Santa

[223] AMC, Inq., leg. I-D-29 bis, fol. 227 r-v. La carta termina: "Así, Señor, estamos y pasan aquí las cosas, con que por más prudencia que tengamos nos veremos precisados a defender nuestros fueros, aunque siempre será del modo menos ruidoso". En cartas posteriores dan cuenta al Consejo de otras acciones hostiles del regente, y de que tenía y leía continuamente las obras de Voltaire: *ibid.*, fol. 229 v.; (4 de diciembre) : *ibid.*, fol. 227 v.- 229; (9 de diciembre): fol. 231 v.; (22 de diciembre, donde dicen que "no se halla quien se califique y tienen mucha culpa los oidores, con su obrar y hablar contra la Inquisición y sus fueros"): fol. 236 v.

[224] Como dicen los inquisidores en un informe al Consejo de 7 de agosto de 1784 sobre las exenciones y privilegios de los ministros, "en este distrito sólo se paga la contribución de Aduanas o derecho de entrada y salida de géneros, que llaman almojarifazgo. Que por R.C. de Felipe II de 10 de abril de 1568 se exime a todos los oficiales del Santo Oficio, incluido el procurador del Fiscal, de pechar y pagar sisas y repartimientos. Y así fue hasta 1754, en que con motivo de algunos embarazos ocurridos en 1755"...: AMC, Inq., leg. I-D-29, fol. 150 r-v. El informe se pidió a todos los Tribunales el 24 de mayo de 1784, para la instrucción de un expediente formado en el tribunal de Valladolid a instancia del procurador del fisco contra la Villa de Cabezón, sobre exención del servicio ordinario y extraordinario. La resolución del Consejo fue "que levante el Tribunal la mano y en adelante no ampare, protexa ni tome conocimiento en asuntos de contribuciones y rentas reales, sus repartimientos y qualesquiera incidentes de ellas, pues no

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2006

Cruz de Tenerife por D. Pedro Álvarez, "sugeto que vino de esa Corte a arreglar las de todas estas islas"[225]. La decisión de D. Pedro acabó con una costumbre inmemorial: "desde siempre" todos los ministros del Santo Oficio habían estado exentos de los derechos de almojarifazgo, no sólo de los productos que traían de fuera para su consumo, sino también -los naturales- de los frutos de su cosecha que sacaban para las Indias. Después la emprendió D. Pedro con el clero, que disfrutaba del mismo privilegio. Estos ataques contra los privilegios debieron ser comunes por estos años en toda la Monarquía.[226]; pero en Canarias la exención del almojarifazgo tenía una relevancia especial. En atención a la pobreza del país – gran parte de sus habitantes solo se mantienen de gofio de millo y cebada, unos capotes les sirven de todo vestuario, etc. – y a la "nulidad" del derecho, "por servir de escala [el archipiélago] al comercio con Indias", siempre se había "disimulado algo en su cobranza"; y siendo tan pocos los ministros exentos, "sus sueldos cortos, sus gastos y riesgos del viaje considerables, si llegasen a contribuir adeudarían una despreciable cantidad y vivirían sin distinción del vasallo más infeliz del Rey"[227].

3.10. Cumplimiento.

A juzgar por la evidencia documental, en la sede los ministros cumplían, por regla general, con sus obligaciones. Es verdad que allí la reprensión de las faltas se haría verbalmente, y si bastaba, si no pasaba a mayores, no motivaría ningún escrito, y no

están exentos de pagarlas los Ministros titulares y no titulares del Santo Oficio como tales, por razón de sus haciendas, tratos y grangerías": *ibid.*, leg. XXVII-10, fol. 203.

[225] AMC, Inq., leg. I-D-30, fol. 138.

[226] En 1751 el Rey concedió, atendiendo a una súplica del Consejo, la exención de derechos de las cuatro especies de millones a los inquisidores de Valladolid, Granada y Murcia "en lo que necesitasen para su consumo", que los administradores de rentas provinciales les habían negado: AMC, Inq., leg. CXII-15, fol. 226.

[227] AMC, Inq., leg. I-D-30, fol. 140. "Cuya práctica parece dura, pues no pudiendo consumir el país los caldos que produce, ni tampoco guardarlos, porque se pierden por su debilidad, siendo su saca a las probincias del Reyno, no hay negociación, y assí parece que S.M. lo ha estimado en La Habana y en Caracas, sin embargo de que allí se pagan los cresidos derechos de 50 ducados en cada pipa, según las copias de Reales Cédulas que también embiamos en esta ocasión, en virtud de las quales los mismos eclesiásticos que pagan un peso [com]pulsos y por redimir la bejación de la salida de estas Aduanas, nada contribuyen en las Indias"...

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2006

dejaba por tanto huella en el registro. Pero la presencia y la vigilancia constante de los inquisidores, impediría también que se diesen casos de incumplimiento flagrante, o de conductas impropias de un ministro del Santo Oficio.

El control de los comisarios, dado el estado de las comunicaciones, era más problemático, y la autoridad de estos sobre los notarios, prácticamente nula. Por esto, y porque cuando sucedían fuera de la sede no había más remedio que tratar estos asuntos por escrito, casi todas las noticias de que disponemos de incumplimiento y conducta irregular, se refieren a estas dos categorías de ministros: comisarios y notarios.

Por otro lado, como se ha visto, los comisarios no podían dejar de actuar con cierto margen de autonomía, mientras que los ministros de la sede lo hacían la mayor parte de las veces obedeciendo órdenes de los inquisidores, a los que el Consejo, por esta razón, responsabiliza de los fallos y errores cometidos en las actuaciones. A este respecto la relación del Consejo con los inquisidores es similar a la de estos con los comisarios, y si la autonomía de los inquisidores era mayor, también el control del Consejo era más minucioso.

3.10.1. Los inquisidores.

Además de las "relaciones de causas" que los fiscales debían remitir mensualmente[228], el Tribunal debía enviar al Consejo la sumaria, o el testimonio de las

[228] Acordadas de 12 de noviembre de 1632 y 26 de mayo de 1639. En el Tribunal de Canarias, por la dificultad de las comunicaciones, no se cumplía el plazo, y se enviaban cuando había ocasión. Habían de ser muy detalladas: "En el Consejo se a visto la Relasión de causas que se despacharon y una reducción del año pasado de 703. Y se a acordado deciros SS. Devéis estar advertidos de la formalidad con que deveis haser la relasión de las causas despachadas, insertando por Menor el contexto de las deposiciones de los ttos. y demás diligencias, la acusación fiscal, el voto de los Inquisidores y si intervino el del Consejo, la Prisión del Reo, las audiencias que se le dieron y lo que confesó o negó, la acusación del fiscal y su respuesta, la publicación de ttos. y sus respuestas, defensas del Reo si ubiere, la conclusión de la causa y lo acordado por los ynquisidores, haciendo la relación de las causas más Breve y sin omitir circunstancia de las conducentes, ni añadir superfluidades, y lo que solo sirve a confusión, como al presente lo avéis executado. Y si no se reconociere vuestra mayor aplicación, dedicándoos al más exacto cumplimiento de vuestra obligación, que no la devéis ygnorar, el Iltmo. Sor. Obispo de Ceuta, Inqor. Gral., y el Consejo os privará de la ayuda de costa ordinaria, pasando a tomar las Providencias Combenientes para que en todo se logre el acierto Devido": AMC, Inq., leg. XIX-13, fol. 49 (carta de 8 de septiembre de 1705) ;"En el Consejo se ha visto la relación de causas de Fee que havéis remitido con carta de 22 de Diciembre del año próximo pasado, y se ha acordado preveniros guardéis el estílo y orden en adelante en las relaciones por sus clases, no mezclando las causas despachadas con las que se están

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2006

causas, con los votos de los inquisidores. Aunque en 1714 el Consejo manda que "para que los negocios y causas pendientes en los Tribunales del Santo Oficio y las que en adelante se ofrecieren tengan el más breve expediente, se ha acordado ordenaros que desde ahora no remitáis al Consejo más causas que aquellas que por Instrucciones y Cartas Acordadas está prevenido no las podéis despachar sin consultarlo con él"[229], lo cierto es que, antes y después de esta orden, se suele enviar al Consejo testimonio de todas las causas que por el delito o la calidad de los implicados tenían alguna relevancia, incluso de las actuaciones realizadas en las primeras fases del proceso.

Las instrucciones de Valdés establecían que "si los Inquisidores fueren conformes en la prisión mándenla hacer como lo tuvieren acordado, y en caso que el negocio sea calificado, por tocar a personas de calidad o por otros respectos, consulten al Consejo antes que ejecuten su parecer. Y habiendo discrepancia de votos se ha de remitir al Consejo para que provea lo que conviene"[230]. Pero una acordada de 6 de junio de 1626 decía que "en Canaria a la mayor parte se está, no siendo mui grave"[231]. Las mismas instrucciones en el capítulo 66 mandaban que "en todos los casos que hubiere discrepancia de votos entre los Inquisidores y Ordinarios o alguno dellos en la definición de la causa, o en cualquier otro auto o sentencia interlocutoria, se debe remitir la causa al Consejo. Pero donde los susodichos estuvieren conformes, aunque los Consultores discrepen y sean mayor número, se ejecute el voto de los Inquisidores y Ordinario, aunque ofreciéndose casos muy graves, no se deben ejecutar los votos de los Inquisidores, Ordinario y Consultores, aunque sean conformes, sin consultarlo con el Consejo, como se acostumbra hacer y está proveído"[232]. Y una acordada de 7 de mayo de 1630 manda que "se procuren conformar cuando la diferencia solo consiste en si ha

siguiendo, poniendo en la primera las despachadas, y diciendo con expresión y claridad la justificación del delito, y si estuvieron los reos confesos o negativos, y desde qué Audiencia empezaron a confesar, con disminución o sin ella, para que el Consejo pueda venir en conocimiento de si las sentencias se dieron o no arregladas a sus méritos; y que en la 2ª clase pongáis las causas corr[ien]tes, su estado, qualidad del delito, testificaciones formales, quantas y de oídas, y no sin expresión ni distinción como ahora vienen, y si están los Reos confesos o negativos": *ibid.*, leg. CLVI-1, fol. 123 (carta de 13 de marzo de 1719).

[229] AMC, Inq., leg. CLVI-1, fol. 62 (carta de 13 de octubre de 1714).

[230] *Capº 5: Jiménez Monteserín* (1981, 200-1).

[231] AMC, Inq., leg. CXII-15, fol. 240: "habiendo tres Inquisidores discordes en una sentencia y parecer se execute lo que la mayor parte acordare, no siendo las causas mui graves, en este tribunal, por la distancia y dificultad que hay de las navegaciones para ir a los negocios a Madrid".

[232] Jiménez Monteserín (1981, 231-2).

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2006

de ser más o menos la condenación"[233].

La normativa era ambigua y los inquisidores no se arriesgaban a tomar decisiones que sabían se les iban a censurar; pues es rara la carta de la Suprema respondiendo al envío de una sumaria o del testimonio de algunas diligencias que no contenga alguna censura, señala algún fallo, modifique un auto u obligue a los inquisidores a corregir alguna de sus actuaciones. El voto del Consejo, en el mejor de los casos, solía contener la cláusula "que hagáis justicia como habéis acordado, *con tal que*"... En la causa contra el solicitante agustino Fr. José Cabrera (en 1757), por ejemplo, se corrige el auto del Tribunal -que se le lea la sentencia ante 12 sacerdotes, que la prohibición de confesar y exorcizar sea perpetua, que haga 15 días de ejercicios...- y se les dice a los inquisidores que no debieron removerle de su prisión hasta el total despacho de la causa. Los inquisidores se disculpan: "nos pareció minorar el número de los sacerdotes por corresponder al de los pocos testigos de la sumaria y no reconocerse estos libres de algunas tachas"; no pusieron perpetua la prohibición por los mismos motivos que expusieron el 20 de julio de 1756 en la causa contra Fr. Francisco García Ensinoso[234]

> que son comunes a todos los Religiosos de estas Islas, y particularmente a los de San Agustín, que son los más pobres de todos; y que le removimos su prisión porque este Tribunal está en esa costumbre, fundándose en la carta acordada de 15 de Junio de 1562, sin que se encuentre algún ejemplar en contrario, y también en que dilatándose el despacho por mediar el Mar, no pudiendo por su pobreza pagar los Reos sus alimentos recaerían sobre el Real Fisco, que entonces no podrá satisfacer los sueldos de los Ministros"[235]

Si esto ocurría en los asuntos ordinarios, se entiende que en los extraordinarios

[233] AMC, Inq., leg. CXII-15, fol. 242.

[234] Fueron estos: "que si se le priva también perpetuamente de confesar hombres, sobre no parecer que se disimula su fragilidad para el público, queda expuesto en qualquiera combento a la hambre y desnudes y miseria que vemos en otros religiosos de su orden [franciscana] a quienes no dan avitos ni lo demás que necesitan por la pobreza de la Provincia, y no los tendrían si no sirbiesen en algo al Público, ni acaso comerían lo preciso si fuesen inútiles a sus combentos": AMC, Inq., leg. I-D-30, fol, 155 v-156.

[235] *Ibid.*, fol. 169 v.

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2006

los inquisidores no diesen un paso sin consultar con la Suprema[236]. El 27 de septiembre de 1818 un hombre que pasaba por delante de la ermita del Espíritu Santo, en Las Palmas, fue llamado por una mujer "de manto y sayo" que estaba en la puerta, que le dijo que se asomase para que viese lo que estaba ocurriendo,

> y vio que una muger se levantó de la Peana del Altar en donde estaba tapada con unas sábanas, la que después vino a hablar con los que estaban en la calle, que eran unos soldados de la guardia y el que declara, en cuya presencia dixo la referida muger que salió de la Hermita que ella estaba amonestada con la persona que guardaba la dicha Hermita, llamado Sáfate Sol.

(En realidad fue él quien llamó a los guardias y denunció el sacrilegio[237]). "A consequencia de haber sido profanadas las Aras del referido Santuario se suspendió la celebración de los oficios divinos por el Juez Eclesiástico hasta ser reconciliada públicamente". Aunque se envió un oficio al vicario capitular y al provisor para que informaran al Tribunal de lo que se hablaba por la ciudad, el fiscal pidió que se consultase el caso con el Consejo, dado que, por una parte, era un crimen *mixti fori,* del que conocían varios jueces,

> y por otra, siendo original y extraordinario este crimen, y no haber hasta ahora memoria en el Archivo de este Tribunal haberse substanciado y seguido causa de esta naturaleza, ni mucho menos tenerse noticia que tan horribles crímenes de deshonestidad se hayan egecutado quebrantando y violando el Santuario y casas de oración, por ser terribles lugares [...] ateniendo a que en los casos arduos y difíciles de substanciar, y en los que sean originales y raros, como el presente, previenen los AA., como Simancas, Alvicio de puritate fidei et respectorum Inquisitorum et Cesaris Catena, se haga consultivo por los Tribunales inferiores

[236] También podía haber motivos de otra índole para trasladar la responsabilidad al Consejo: en 1756 éste mandó que se recogiera una novena a la Virgen del Pino "por contener proposiciones malsonantes inductivas a error". Aunque no estaba firmada era público que su autor era el prebendado D. Diego Álvarez de Silva "sujeto provecto, muy capaz y muy afecto a este Tribunal, donde predica todos los años. Y actualmente está practicando las más oficiosas diligencias para que se efectúe la fábrica de las casas de Penitencia". El Tribunal suplica que se prohíba en un edicto general: AMC, Inq. Leg. I-D-30, fol. 162 , y I-D-29, fol. 76 v.

[237] Lo que estaban haciendo el sacristán, viudo y de "baja esfera", y su prometida (si es verdad que estaban amonestados), es eso que no hace falta aclarar.

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2006

a la Suprema Autoridad del Consejo e Inquisidor General para su resolución[238].

Si el Tribunal se quedaba corto y se limitaba a enviar copia de las testificaciones o de otras diligencias, el reproche del Consejo por no haber avanzado más en la causa, era casi formulario; no le daba mayor importancia. En una carta de 8 de septiembre de 1705 sobre las testificaciones que había remitido el Tribunal el 2 de septiembre del año anterior contra el dominico Fr. Luis García Zumbado, aparece en último lugar[239].

La imprecisión de las normas, la inexperiencia de los inquisidores (en Canarias, que era un Tribunal "de entrada", se estrenaban en el cargo), la hostilidad creciente (que obligaba a extremar la cautela), y la disminución de los asuntos explican que -sobre todo en la segunda mitad del siglo-, aumentase el control de la Suprema sobre toda la actividad del Tribunal.

En Canarias se acostumbraba a "despachar sin consulta ni intervención de S.I. y los SS. del Consejo, la facultad para que los confesores absuelvan sacramentalmente de la heregía oculta per accidens a los Penitentes que absolutamente se niegan a espontanearse en el Tribunal, o ante un Comisario y Notario del S.O.; por no arriesgar el remedio y salvación de las almas en la dilación del recurso a S.A."[240]. Pero cuando el Consejo recibía el testimonio de esta "facultad", respondía que "está bien hayáis concedido *por aquella vez* a dicho confesor la expresada licencia". Cuando el Tribunal

[238] A las razones del fiscal el auto del Tribunal, de 11 de noviembre, añade la de evitar encuentros y disputas con el Alcalde Mayor y la Audiencia. El Consejo contesta, el 22 de diciembre, que han hecho bien, que suspendan "todo procedimiento en el asunto mientras que de la causa que contra ellos se sigue por la Justicia real ordinaria no resulte mala creencia o algún incidente del conocimiento del S.O.": AMC, Inq. Bute, vol. XXXV, 1ª serie, fols. 258 ss.

[239] ... "y se ha acordado ordenaros S.S. se buelba a examinar a Francisca Machado, haciéndola las preguntas conducentes a fin de que expecifique las palabras formales o equivalentes con que este Reo la solicitó, y qué motivo o principio ubo para ello, poniendo en el informe lo que del informe sobre la fama de esta testigo resultare. Y asimismo haréis se recivan las deposiciones de Bernarda Francisca y demás contextes citadas por Fr. Simón del Rosario sobre aver solicitado este Reo en el acto de la confesión o en el confesionario a dicha Bernarda, y aver dispuesto que ella le diese el papel firmado con su sangre que en los autos se enuncia, y executadas éstas y las demás diligencias, assí de Abono de las testigos como otras acostumbradas, veréis y votareis esta causa [...] Y que el Consexo a extrañado vuestro notable descuido en la execución de las Diligencias prevenidas, no deviendo ignorarlas, y exponiendo la causa a que de tanta suspensión se origine el que por la muerte o aussencia de los testigos quede el Reo sin el castigo merecido, de que quedareis prevenidos. Y que devisteis embiar al Consejo votada esta sumaria"AMC, Inq. Leg. CVII-1.

[240] AMC, Inq., leg. CLXVI-19.

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2006

representó al Consejo la costumbre, en 1761, éste contestó que continuasen en ella con tal de que "aviséis y deis quenta al Consejo de los casos que ocurran de esta clase"[241].

Pero los ministros del Consejo -y los del Tribunal de la Corte, que les auxiliaban- estaba sobrecargados de trabajo, y corregir o modificar una diligencia o un voto era menos laborioso – y daba mejores resultados - que guiar a los inquisidores desde el comienzo (además de que así se les instruía). Por eso insistían en que enviasen las causas al Consejo calificadas y votadas, incluso los expedientes de censura de libros y papeles, un asunto que durante el reinado de Carlos III se había vuelto delicado[242].

Aunque la intervención del Consejo en cada una de las fases del proceso -o de la instrucción del expediente- retrasaba las causas, sólo en situaciones excepcionales - como cuando se interrumpían las comunicaciones- se permitía a los inquisidores sustanciarlas sin su aprobación[243]. En los casos de bigamia, para evitar dilaciones, el Consejo autorizaba – en cada caso - a los Tribunales implicados a remitirse directamente las diligencias[244]. Pero cuando el Tribunal escribió al arzobispo de Dublín pidiendo una "justificación de matrimonio" se llevó una reprimenda del Consejo[245].

---

[241] *Ibid.*, leg. CVII-1.

[242] AMC, Inq., leg. XXVII-10, fol. 24: carta del Consejo de 27 de junio de 1780: visto el testimonio de las diligencias "respectivas a la delación hecha contra D. Fernando de la Guerra, Marqués de San Andrés, vecino de la Ciudad de La Laguna, por haver dicho que la vida de Job era un Poema o Parábola, y compuesto sobre ello unos versos: Ha resuelto ordenaros S.S. remitáis testimonio íntegro (como devéis hacerlo siempre de qualquier asumpto) de las diligencias practicadas contra dicho Marqués de San Andrés en razón de lo expresado, y que procuréis recoger por medios prudentes los exemplares que se hubieren [es]parcido de los versos, escusando el edicto parti[cul]ar que tenéis acordado. También ha acordado el Consexo preveniros que os arregléis siempre en los expedientes de calificación de libros o Papeles a las Cartas Acordadas del Consejo, que ordenan se remitan a él con la censura de los calificadores y parecer del Tribunal solamente".

[243] AMC, Inq., leg. LXII-35: Auto del Tribunal de 22 de junio de 1818: visto el expediente de calificación y "las dificultades que en el día se presentan por causa de los corsarios insurgentes para remitir testimonio a S.A."... siguiendo la práctica del S.O. en iguales circunstancias, se saque copia de los excesos de esta reo – Antonia Carballo – y se remitan al comisario para que en presencia del notario del S.O. la reprenda y absuelva ad cautelam.

[244] AMC, Inq., leg. X-34: el 26 de febrero de 1772 el Tribunal de México participa a la Suprema la denuncia contra Nicolás Naranjo, casado en Santa Cruz de Tenerife con Mariana de la Concepción Rodríguez, "hija de una María la Gorda, por cuio mote o sobrenombre es conocida la hixa", por haberse vuelto a casar en Campeche. El Consejo escribe al Tribunal de Canarias para que procedan a la justificación del primer matrimonio y lo envíen al Consejo "o al mismo Tribunal de México, en derechura o por la vía de Campeche, por donde también os ha escrito al propio fin, para abreviar lo posible esta diligencia y escusar que con la dilación se cause perjuicio al que se dice Reo".

[245] AMC, Inq., leg. CVI-33, fol. 240 (carta de 14 de junio de 1756). La respuesta del Tribunal en leg. I-D-30, fol. 58: "Hemos recibido la de V.A., su fecha de 14 de Junio de este año, en que se sirve prebenirnos no debíamos haber escrito al Revdo. Arzobispo de Dublín para aberiguar la supervivencia de

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2006

Parece que, al menos en el siglo XVIII, era el control, y no el "desgobierno", como decía Lea, la causa de las "crueles dilaciones"[246].

Los fallos que encuentran y corrigen los del Consejo en las actuaciones de los inquisidores son muchos y variados. Prácticamente no hay proceso o expediente al que no pongan reparos. Pero son fallos, casi siempre, de poca monta, que se deben sobre todo a la impericia de los inquisidores, y no ocasionan daños de importancia, ni al reo ni a "la causa de la fe". Hay alguno cómico, como cuando encargan y dan instrucciones a un calificador para que interrogue a una mujer que estaba baldada y no podía ir a declarar - una tal Ana Guerra -, con la que un solicitante había confesado que tuvo trato ilícito y la confesó, pero sin solicitarla en el acto de la confesión. El calificador empieza haciéndole las preguntas de rigor: edad: 68 años (y no se detuvo aquí); si sabe o presume por qué ha sido llamada a declarar: no lo sabe ni lo presume; le hace saber que en el Tribunal hay relación de que...

> Aquí dixo pasmada y haciéndose cruces que es un testimonio muy falso que se le levanta, que no es muger de semejantes tratos, y tiene que sin duda que se ha padecido equivocación en el nombre y apellido, por haver conocido en esta Ciudad otra Ana Guerra, que le parece que oy tendrá como treinta años, y vivió en casa de fulano el Mosqueador...[247]

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2006

Lucas Troi (ni tampoco librar mrs. algunos para fasilitar esta diligencia) por ser contra costumbre. Y que si se ofreciesen en adelante otras diligencias fuera del reino demos cuenta a V.A. o a S. Iltmo. para que se manden practicar, lo que executaremos puntualmente de oy en adelante. Pero hacemos presente a V.A. en satisfacción de lo pasado, que como consta de la certificación que acompaña, ni había carta ni instrucción que prohibiese el recurso directo de este Tribunal a los Obispos y Arzobispos de otros Reinos, antes sí la costumbre uniforme a fabor de esta práctica. Y en quanto a lo segundo, nunca hubiéramos librado mrs. algunos a no ser por las razones que expuso D. Pedro Russell, de que siendo este Arzobispo pobrísimo no tendría para pagar los notarios y se dexaría de hacer la diligencia".

[246] Lea (1983, II, 86): "El desgobierno era interminable, y sirve para explicar una buena parte de las crueles dilaciones que tanto agravaban los sufrimientos de los sometidos a juicio". Por otro lado, lo que hemos visto confirma la tesis de Lea (1983, II, 33 ss.) de que el proceso de centralización se acentuó en este período.

[247] AMC, Inq., Bute, vol. XXVI, 1ª serie, fols. 222 ss. (1747-1748).

3.10.2. Los comisarios.

También los fallos o los errores de los ministros subalternos se debían casi siempre a la impericia, o mejor, a la ignorancia. Cuando, en 1713, el comisario de Lanzarote, Simón de Betancurt, envía unas denuncias contra Fr. Miguel de Herrera por solicitante, y el Tribunal le manda que guarde el orden que dispone la cartilla de comisarios, e informe - como se prevenía en ella - sobre las denunciantes, el comisario dice:

> yo e entrado en este exercicio ya biexo y no tengo los sentidos tan prontos como los mozos. Y assí de intención no altero ni disminuio las declaraciones, solo puedo decir que en la sustancia no falto. Yo quisiera saver en que altero para enmendarme y tener mexor acierto. En una denuncia de las que en esta ocasión mando no nombro algunos sujetos por no saver si lo devo hacer o no. Como assí mesmo ignoro si en todas las denuncias debo poner al margen el juicio que hago del que denuncia[248]

Y el comisario interino de Garachico, en 1782, cuando envía la denuncia de una monja contra su confesor, escribe: "Yo suplico a V.S. se sirva mandar se me de una Instrucción que me sirva de norte en este o semejantes casos, o otros que puedan ocurrir, porque aquí con la muerte del último comisario que tenía en este lugar el Santo Tribunal se recogieron todos los papeles, sin dejar ni aún los instructibos"[249]. No son casos aislados. Entre estas dos fechas – y antes y después – abundan declaraciones de este tipo o que testimonian lo mismo.

3.10.3. Otros.

Los comisionados cometían todavía más errores porque, además de tener menos práctica y entender peor las comisiones, estaban menos motivados. La mayoría era

[248] *Ibid.*, vol. XXXIV, 2ª Serie, fols. 9 ss
[249] *Ibid.*, vol. XXXII, 1ª Serie, fol. 50 r-v.-

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2006

colaboradores forzados[250]. De los notarios ya hemos visto que se quejaban los inquisidores de su escasa dedicación. La razón es la que mencionan el comisario de Santa Cruz de Tenerife en 1805 - "aquí nadie escribe ni trabaja sin estipendio"[251] – y el del Realejo de Arriba en 1772 – "como no gana dinero lo hase todo a su modo"- [252].

[250] Recuérdense las quejas de los inquisidores por la falta de ministros: "Hay muy pocos comisarios y calificados, tenemos que encargar muchas diligencias a los curas, y tal vez no hallan quien sirva de Notario, por lo que muchas ocasiones nos hemos visto precisados a obligar a algunos; lo hacen de mala gana y después de mucho tiempo suelen venir las comisiones erradas, porque no las entienden y les falta práctica": AMC, Inq., leg. CXXXV-29 (carta al Consejo de 21 de julio de 1791); "la mayor parte de las diligencias es preciso encomendarlas a algunos curas y otros comisionados que hacen poco caso de despacharlas, y aunque algunos quieran, no pueden, porque no hallan quien haga de notario ni personas honestas": *Ibid.*, leg. I-D-28, fol. 127v. (1802).

[251] Para participar al notario, D. Gaspar de Fuentes, los oficios del Tribunal, tenía que ir a buscarle a su casa, y no encontrándole, a la Real Aduana, donde estaba empleado diariamente, mañana y tarde, los días no feriados. Estaba ocupado además "en otros muchísimos asuntos de cofradías que tiene a su cargo, y de otras hermandades y confraternidades establecidas en la Parroquia y los Conventos, que tiene que asistir a funciones y entierros, y todo esto le impide y quita tiempo para escribir y practicar de pronto qualquier diligencia que se ofrezca del Santo Oficio. Mal puede el Comisario o Comisionado verificar el breve despacho de dichos oficios cuando no puede practicarlo sin dicho Notario ni con otro sugeto alguno, por ser asuntos tan sigilosos y reserbados. Y sin embargo Vm. habrá visto que algunas contextaciones anteriores, por no faltar a su cumplimiento, tube que valerme de otra persona que escribiera, encargándole el secreto, al que tube que pagar algunos reales de mi propio peculio, porque aquí nadie escribe ni trabaja sin estipendio, y al que no tiene renta ni producto alguno le es graboso tener que pagar a otro estos trabajos y gastos precisos, como al presente me sucede": AHN, Inq., leg. 1867, nº 19.

[252] "Remito a VSSª las deposiciones de monjas contra los religiosos fray Felipe de Lugo, custodio, i frai Nicolás de Herrera, i quiera Dios vaian del agrado de VSSª, que le prometo no está de mi parte qualquiera ierro, porque io quisiera acertar a servir a VSSª, pero el notario está trabajoso i no se halla otro, i aunque pudiera escrivir con D. Lucas Llanos, no conviene por muchas razones [...] que aunque me a costado este negocio mucho trabajo i desvelo, no obstante lo ofresco a Dios [...] el no averse acabado tan presto estas causas a sido por el tiempo tan ocupado en mi iglesia, así de quaresma como de semana santa i pascuas, i otras veces ir a la Orotava i hallar en la cama algunas de las que avían de declarar. Certifico a V.I. e tenido gran mortificación en todo, i save Dios que algunos ierros que V.I me nota no an estado de mi parte, sin[o] en lo [acelerado] del notario, i que si ubiera hallado otro lo ubiera admitido. Confieso que el tal es un sacerdote mui pobre, i que si el comissario no le da de comer aquel día no lo come, i como no gana dinero lo hase todo a su modo, i si el comissario dise algo oie lo que Dios es servido": AMC, Inq., Bute, vol. XXVI, 1ª serie, fol. 4 r-v. En términos similares el comisario de Icod, D. Nicolás Delgado Cáceres, al secretario del Tribunal Fr. Luis Vázquez de Figueroa (3 de diciembre de 1791): "M.R.P. Mro.,mi estimado amigo : días ha que estoy para suplicar a V.R. que se sirva disculparme en nuestro Tribunal así por mis faltas en la poca curia que tengo e inadvertencia, como en la demora de los asuntos; y en cuanto a esto último espero que V.R. proponga al Tribunal los motivos que la causan, y son el no haber en este pueblo Notatrio del S.O., y aunque hay Eclesiásticos seculares y regulares ni todos son aptos para estos asuntos por letra, sigilo, etc., ni pueden o no quieren a veces por sus empleos, ocupaciones de sermones, Misas u otros Ministerios de que toman alguna limosna para mantenerse, que es mucho lo que ocurre en asuntos que evacuar el Tribunal, y aunque me cuesta siempre gratificarlos y andar contemplándolos, no siempre pueden (por más que les obsequiara) venir quando yo los necesito, y es a la hora que se me proporcionan los testigos, cuya hora aunque sea incómoda quiero aprovechar porque sobre ser gentes del campo, viven a legua y a dos leguas retirados del Pueblo, y muchos de fuera de esta jurisdicción, y es necesario esperar al día que pueden venir después de mandar un propio a citarlos, porque o están en la labranza o en otros pueblos, y es necesario esperar haciéndome cargo que son unos pobres que tal vez se mantienen con el real que ganan de jornal; y en quanto a los Eclesiásticos también se mantienen de sus respectivos ministerios, y aunque se me remitió una Bula para el efecto de que hagan de Notarios, no me parece que dice ésta que los obligue a dicho empleo, sino que por ella se pueden elegir y nombrar Notarios para todos los asuntos que se expresan del Santo Oficio, en cuya

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2006

3.10.4. Faltas graves.

Pero hubo también algunos casos en que los "errores" - que ya no son tales - tuvieron un carácter doloso. A Fr. Andrés de Abreu, por su actuación en un causa ruidosa de solicitaciones que se formó en La Orotava en 1717, a raíz de la lectura del edicto en el convento de Santa Clara, se le retiró el título y se le procesó por orden del Consejo, "por haver coadyuvado a obscurecer las deposiciones hechas por dichas religiosas, no queriendo tomárselas por ser contra sus religiosos"[253]. El Tribunal y el Consejo habían recibido quejas contra él desde hacía mucho tiempo. Los agustinos que en 1702 decían que los comisarios que eran frailes se escudaban en la venera para vivir exentos del yugo regular y aterrar a sus prelados y hermanos, decían de él que padecía "la pública nota de ánimo vengativo", y que era "tan propenso a la supeditación y gobierno", que había acusado falsamente de solicitación a un compañero suyo para que no se embarcase a Roma "en seguimiento de el último remedio que piden los graves daños nacidos de sus ardientes impulsos"[254]. Y en otro memorial de 3 de diciembre de 1707, dirigido también al inquisidor general, se decía que al obispo le constaban sus costumbres y su genio inquieto y revoltoso, y que andaban "hablillas muchas y malas; entre otras ay noticia que una muger principal que le quiso hablar fue citada para la capilla referida, a donde haviendo acudido la inocente hubo de escapar más que depriesa, huyendo del trato de este religioso"[255]. Todo esto influyó sin duda para que se le retirara el título. Un castigo extraordinario, que sólo nos consta que se aplicara a otro comisario: D. Luis Gómez de Silva, de Fuerteventura.

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2006

---

consideración es preciso tener y usar de mucha prudencia, y pareciéndome pues que yo tengo todo el trabaxo, y aún algunos que vienen a declarar es necesario contemplarlos. Quisiera yo hacerlo todo por mí, pues para quanto se ofrezca, aunque sea lo más penoso, como no dependiera de otros con gusto me sacrificara a todo": AMC, Inq., leg. LXIX-2.

[253] AMC, Inq., leg. XXVI-1; XLIX-5; L-14; CXX-3; CLIII-31; CLVI-10. Fue ruidosa sobre todo por la cantidad de monjas y confesores implicados; entre estos el entonces definidor y poco después provincial Fr. Domingo Luis Díaz, del que Fr. Diego de Inchaube y Aldape (1966, 126) dice que "sobresalió como gran místico y de ejemplar conducta". Tampoco la "Venerable María Justa de Jesús" (María Justa de los Reyes, una seglar que servía en el convento), a la que dirigió y confesó desde que tenía 21 años hasta su muerte, en 1719, "a consecuencia de un accidente que tuvo", sale muy bien parada en la documentación.

[254] AMC, Inq., leg. CXXVI-14.

[255] AMC. Inq., leg. XIX-13, fol. 162.

Una de las faltas más graves que podía cometer un ministro del Santo Oficio era la fracción del secreto. En los pleitos entre ministros o entre estos y sus vecinos, se acusa a veces a algún ministro de revelar el secreto, pero el Tribunal sólo condenó por este motivo a D. Luis y a los ministros implicados en el "caso Perdomo". Le denunció por carta (del 22 de agosto de 1702) el notario de la isla, Francisco Martínez de Goias, que dice "no e dado quenta por pareserme no me tocava a mi oficio, sino solo obedeser el llamamiento de dicho comissario quando me hubiese menester"[256]. Pero teniendo escrúpulos, lo consultó con el confesor y éste le mandó dar cuenta al Tribunal. Uno de los que se le habían quejado del poco secreto que guardaba el comisario fue el P. Visitador Fr. Antonio Luis Alvarado, "comisario de ese Santo Tribunal".

Éste -"ministro del Santo Oficio", en realidad-, que había ido a visitar el convento franciscano de Fuerteventura, fue el verdadero artífice de la denuncia, y el que pone en conocimiento del Tribunal, cuando es llamado a declarar, en Las Palmas, el 25 de septiembre, la gravedad de la situación. Hablando con el guardián del convento, éste le había dicho "como avía entendido que fray Juan de San Buenaventura Obiedo, Predicador conventual, estava denunciado en este Santo Oficio por aver solicitado en la confesión a una moza natural de dicha Ysla llamada Theressa, cuyos padres no save, y tiene noticia tiene buenos créditos de virtud". Le preguntó "de quien avía savido lo que lleva dicho", y le respondió que de otro fraile. Y preguntando a unos y a otros se enteró de lo que todo el mundo sabía, que la deposición "era pública i que los niños cantavan esta deposisión i que avía sido por solicitar en la confesión a una mosa llamada Teresa, la qual tiene créditos honrados", y lo que era más grave, que quien la había publicado era el comisario.

El guardián del convento le dijo que no se admirase, que lo mismo ocurría con el secreto de confesión, y que esta facilidad en quebrantar el secreto "es por la destemplanza de veber vino con demasía"; lo que le confirmaron otros: que le enviaron una pipa de vino de Tenerife y le duró poco, que a un tal Pata, que tenía una venta, le

[256] AMC, Inq., leg. XXI-11 (todo el proceso).

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2006

debía 300 o 400 reales de vinos y aguardientes, que se bebía con el ama que le servía[257]. Ésta también publicaba de los que iban a deponer, "porque estava detrás de un tavique acechando, y como se embriagaba era fácil".

El fiscal pidió que se le privase del "uso y ejercicio" de comisario, y se le condenase en graves penas por los delitos en que había incurrido, "para que a él sea castigo y a otros exemplo"; que exhibiese el título y se diese cuenta al inquisidor general y al Consejo. Entregó el título, pero no parece que se le condenase a "graves penas"; al menos no consta en el expediente.

Nótese que tuvo que venir alguien de fuera, y con autoridad, para que el Tribunal tuviese noticia del comportamiento del comisario. En una estructura jerárquica la información sobre los errores o la mala conducta de los superiores tiene pocas posibilidades de ascender. Hay que tenerlo en cuenta para valorar adecuadamente las fuentes y el carácter "indicial" (Ginzburg, 1989) de nuestro conocimiento. El subordinado sabía que no le tocaba "dar cuenta" de sus superiores[258]. Cuando el secretario del secreto D. Juan del Saz escribió al Consejo quejándose de que el inquisidor Sollano (o Solano) no daba cumplimiento a un despacho suyo por el que se le jubilaba con sueldo – tenía 80 años y "gran temblor del pulso" – y se le concedía en propiedad la vara de alguacil mayor que servía desde 1734, el Consejo escribió al Tribunal (sic), el 26 de noviembre de 1746:

[257] Otros testigos dicen que la pipa le duró 17 días; que padecía gran temblor de manos y que "para decir misa se an quitado las sintas de los amitos para pulsarle las muñecas"; que muchos que le van a hablar "no tienen entrada porque los despide la familia disiendo que su amo está durmiendo", etc.

[258] Los que tenían una vinculación más laxa con la institución era más fácil que se saltasen la regla. El 25 de enero de 1762 Antonio López Facenda escribe al Tribunal contando que el comisario de La Laguna le había llamado para que hiciese de notario en una deposición "contra un muchacho que no tengo presente su nombre, pero hago memoria que decían los testigos que era natural de Canaria y que había navegado con ingleses. Viendo yo que esta causa la ha parado dicho comisario me parece que desde Noviembre, he pensado de dos días a esta parte si gravará mi conciencia en no dar quenta a V.S. de esta omisión, quando la proporción de tomar sus dichos a personas que hay citadas está a la mano. Por lo que en descargo de ella, y con este sencillo motivo lo aviso a V.S., como que la causa es grave, porque es sobre que dicho muchacho habló proposiciones totalmente opuestas a nuestra fe, como son que no pudo la Virgen parir y quedar doncella, porque no lo quedan las demás mugeres, y otras contra la resurrección universal, y así mismo digo que me han asegurado que dicho muchacho se embarcó". El comisario se disculpa el 11 de mayo: que como le dijeron que se había embarcado para Inglaterra "consideré en aquel tiempo por de ningún efecto el mandar esta carta hasta ver si volvía a esta Isla": AMC, Inq., leg. CXLIII-19.

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Bibliotecas Universitaria, 2006

> Y así mismo se ha acordado deciros por lo respectivo al Secretario D. Juan del Saz, le advirtáis y prevengáis la moderación y modo respetuoso con que debe hablar a sus superiores en sus escritos, y que se ha extrañado mucho en el Consejo lo practicado por él. Y que los Secretarios y demás Ministros se abstengan en adelante de hacer juntas ni Acuerdo sobre lo que ejecutan y ejecutaren los Inquisidores en quanto al modo y forma con que deben asistir a los entierros y demás funciones, porque lo contrario haciendo se tomará por Su Ilma. y el Consejo la más severa providencia[259].

No cabe, pues, interpretar la escasez de noticias como prueba de un cumplimiento meticuloso por parte de los ministros. El cambio de residencia de Paula Petronila de Paz, de Santa Cruz de La Palma, donde había denunciado en 1707 que el franciscano Fr. Matías Carballo la había solicitado *ad turpia*, al Realejo de Abajo, a principios de 1715, fue lo que permitió que llegase a conocimiento del Tribunal -que no le dio mayor importancia- y al registro, el comportamiento de los ministros ante los que ratificó la denuncia. Cuando el comisario de Icod le toma declaración, por indicación del fiscal, para aclarar algunas contradicciones entre la denuncia y la ratificación, dice que lo que declaró en su primera deposición era la verdad, porque en la ratificación los religiosos que la interrogaban escribieron sus declaraciones "a su contemplación".

> Y asimismo les dijo que por la asión que el dicho fr. Mathias de Paz le hizo de entrarle la mano en el seno se levantó de sus pies la declarante y se fue a confesar con otro religioso; y diciendo esto la declarante a el Religioso franciscano que le recevía su declaración, se levantó de la silla donde estaba y se sentó en una ventana reiéndose, diciendo que tenía calor, por cuia razón y por ver la testigo que el religioso franciscano y el religioso que escrivía se estavan secreteando y riendo se echó a llorar, y les dijo que miraran que era muger, y que no le pusieran ninguna cosa que no dijera [...] que reparó que los religiosos quando querían escrivir se hablaban al oído secretamente [...] y dice más la

[259] AMC, Inq., leg. CXII-15: fols. 42, 49, 51 bis, 85-5. Ya habían llegado quejas al Consejo de este inquisidor, que había tenido "excesos y atentados" con obispo, al que pidió luego perdón. El receptor le había recusado, y el Consejo admitió la recusación, "manteniéndo[le] en su buena opinión y fama", para pleitos y causas patrimoniales, no para las de receptoría y fisco del S.O.

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2006

testigo, que los dos religiosos, uno que preguntaba y otro que escrivía, le hablaban a la contra de lo que la testigo decía, y luego escrivían hablándose, como lleva dicho, secretamente[260].

De una conducta similar acusa el franciscano Fr. Juan Ascanio, denunciado por solicitante, al comisario de La Laguna D. Amaro Fernández Martínez, en la primera audiencia, el 2 de diciembre de 1747; aunque la acusación en este caso no merece el mismo crédito. Suponiendo que estaba preso por el falso testimonio de una mujer a la que llamaban la Almendrita, que según él tenía "trato lascivo" con un fraile, al que por esa razón logró que enviasen a la isla de El Hierro, y "mucha amistad" con el comisario, dice que el notario que éste llamó para las diligencias, D. Manuel Suárez, "no quiso actuar en ellas porque el dicho D. Amaro no ponía lo que los testigos decían, sino lo que el quería que se pusiese". El comisario concluyó las diligencias con otro notario, hermano del anterior, D. Miguel Suárez, que era comisario en el momento en que Fr. Juan Ascanio prestaba declaración[261].

Este D. Miguel, por cierto, fue reprendido "grave y severamente" en 1764 por el comisario de Santa Cruz de Tenerife (por orden del Tribunal), en presencia de eclesiásticos seculares y regulares, por haber proferido "proposiciones malsonantes, injuriosas, *piarum aurium ofensivas*, con mucho escándalo de todo el Pueblo". Las denuncias las recibió un familiar, Fr. Juan Díaz Gómez (que luego sería comisario), después de la lectura del edicto, en el que constaba, según decía, que podía hacerlo.

Se había hecho un novenario a la Virgen de los Remedios por la falta de lluvias, y a los pocos días había llovido. D. Miguel pasó por la escribanía, donde estaban un dominico, el colector de la parroquia de la Concepción y un procurador, se asomó a la puerta y dijo: "aurá hijos de Puta que crean que la Virgen de los Remedios ha sido causa

---

[260] AMC, Inq., leg. CXV-30.

[261] "Y a seis días de sucedido esto murió [el comisario]. Y visitándole en su enfermedad el Padre de dichos notarios, que se llama D. Mathías Suárez, le dijo a éste que la pesadumbre que le había dado su hijo D. Manuel le tenía enfermo y de la forma en que se hallaba": AMC, Inq., Bute, vol. XXVI, 1ª serie. [Lope Antonio de la Guerra (1957, III, 61) recoge en su diario, el 8 de septiembre de 1779, la muerte de D. Matías - que sobrevivió a sus hijos - a los 97 años: "Su padre asistió a sus enfermedades y entierro con serenidad de semblante, y por un depósito que tenía el comisario le remataron todos sus bienes y casa en que vivía D. Matías quando dicho comisario murió. Pero se halló presente a todo"].

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2006

para estas lluvias?, merecía que la quemaran". El procurador le replicó "que si era assí que la Virgen de los Remedios merecía ser quemada, también lo merecería la Virgen de la Concepsión; a lo que respondió dicho Comisario que también la Virgen de Candelaria y todas las demás que estábamos idolatrando, y que assí se introduxo la eregía en Inglaterra".

A las pocas horas, denunciaba el "Regente y Rector" del convento de Santo Domingo al comisario (los dominicos eran los custodios de la imagen de la Candelaria): "distintos sugetos le dixeron como cossa cierta y pública" que había dicho que las imágenes debían ser quemadas. Uno de los que estuvieron presentes en la conversación tomó nota de lo que dijo el comisario y se la pasó al beneficiado de los Remedios. Otro de los testigos presenciales decía había nombrado al obispo Guillén: había dicho que se tendrían que quemar todas las imágenes de la Virgen "para escusar ydolatrías, como dixo el Sr. Guillén quando fue obispo de estas Islas"[262].

Los calificadores, Fr. Antonio Elvira y Fr. Antonio Medina Abreu, estuvieron conformes en que "los dichos" del comisario eran "solamente impíos, malsonantes, escandalosos y temerarios, especialmente si se profirieron en la Ciudad de La Laguna, donde reina la mayor emulación sobre la veneración de las imágenes de nuestra Señora entre las distintas feligresías que tiene, y les hace prorrumpir a veces en expresiones de zelo indiscreto. Y que el proferente manifiesta en ellos la cortedad de su talento y la mala instrucción de lo que debería saber"[263].

Contra uno de estos calificadores, Fr. Antonio Elvira, se formaron autos en 1782 por faltar al cumplimiento de su oficio. En la causa contra D. Antonio Torres, secretario

[262] El obispo Guillén puso "presa" a la Virgen de Candelaria en 1749 (prohibió que saliese en la procesión del Corpus). Salieron coplas, pasquines, carteles, libelos ... y un edicto del obispo con "premisa de excomunión mayor *ipso facto incurrenda trina canonica monitione*" contra el que "haga, diere, copie, fije, publique ni comunique, ni lea los tales": Caballero Mujica (2001, III, 334-357). Viera y Clavijo (1971, II, 589), elogioso con el obispo (como casi siempre con las autoridades), dice (en 1783): "Está todavía reciente la memoria de estos sucesos poco gratos para que la historia hable de ellos con imparcialidad. Baste solamente decir que fueron varias las altercaciones de un clero con otro clero, de unas cofradías con otras cofradías, de una comunidad de dominicos con otra comunidad de dominicos, y sobre todo, del ayuntamiento con don Juan Francisco Guillén".

[263] AMC, Inq.,leg. XI-26. El comisario tampoco era muy cumplidor: en 1765 a una mujer que fue a denunciar a su marido, ausente en Indias, por bígamo, no le admitió la denuncia y le dijo que recurriera al vicario: AMC, Inq., leg. XCIV-17.

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2006

del obispo Fr. Joaquín de Herrera, por proposiciones, él y su compañero, Fr. Domingo Gordillo, el otro calificador -contra el que también se formaron autos-, defendieron en su dictamen, extenso y documentado, las tesis del inculpado. El Consejo mandó el 11 de septiembre de 1782 que se suspendiesen sus causas y que "en adelante no se balga ese Tribunal para calificar ni otra cosa alguna de los citados"[264]. No fue el único caso en que los calificadores censuraron sin "la reflexión necesaria"[265], o elogiando proposiciones que luego serían condenadas[266].

A partir de la última década del siglo XVIII aparece con alguna frecuencia en la documentación la figura del "ministro desafecto". Pero desafecto más por interés o comodidad que por ideología. En 1797 cuando se pide al comisario de La Laguna que informe sobre el diácono D. Antonio Porlier -uno de los jóvenes ilustrados a los que el Tribunal quería escarmentar, pues "la libertad en hablar se aumenta cada día y no cesará sino viendo el castigo"-, responde: "nada he descubierto digno de participar a V.S."[267]. El alguacil mayor de Santa Cruz de Tenerife en 1788 no miraba "con el mayor afecto las cosas y negocios del Santo Oficio"[268]. Al comisario de La Gomera -el mismo que en

[264] AMC, Inq., leg. CLVII-12; CLXXIV-78. Una breve reseña del proceso contra D. Antonio Torres: González de Chávez (1993 a).

[265] En 1808 sobre varios manuscritos que circularon en La Orotava sobre el culto al Sagrado Corazón de Jesús: AMC, Inq., leg. I-D-28, fol. 220 v.-221; XIX-12 y LII-16. cfr. González de Chávez (1995).

[266] El sermón que predicó en 1805 el día de San Cristóbal en la iglesia de la Concepción de La Laguna D. Miguel Cabral de Noroña - en que "se daban por ciertos e indudables muchos hechos falsos y dudosos que desacreditaban y ofendían la respetable reputación de algunos soberanos españoles y de la Nación en general, atribuyéndoles miras irreligiosas y el borrón indeleble de una crueldad inaudita, capaz de hacer odiosa nuestra Nación entre todas las de la tierra; tales fueron las proposiciones que el rey D. Fernando el católico prostituía la religión a las miras ambiciosas; y hablando de la conquista de América vertió que en aquel continente o nuevo mundo habían degollado los españoles 30 millones de personas; que con nota de una hipocresía extraña calificó a Alonso de Lugo, Gefe de la Conquista de Canaria, haber saltado en tierra con una cruz en los brazos, como un Apóstol en lo exterior, conservando en lo interior el corazón de una fiera" – le pareció a uno de los calificadores "muy plausible por muchos títulos", y sólo le reprocha "la demasiada acrimonia y el uso de unas voces que huelen a paganismo": AHN, Inq., leg. 3727, nº 17. Sobre el proceso: Anaya Hernández (1982).

[267] AHN, Inq., leg. 1820, nº 13. Era sobrino del homónimo marqués de Bajamar, que por esos años era gobernador del Consejo de Indias: cfr. Rípodas Ardanaz (1992); Guimerá Peraza (2001).

[268] En una carta al Consejo remitiendo la denuncia del presbítero D. José Romero contra el comandante general, el marqués de Branciforte, por tener las obras de Voltaire y verter su doctrina – ya en 1786 le había denunciado el oidor D. Francisco Carbonell- dice el Tribunal: "El Tesorero Gral. de estas Islas, D. José Carta, es también Alguacil mayor del Santo Oficio en el Puerto de Santa Cruz, pero por frequentar mucho su casa el Comandante Gral., con quien come muchos días, y presumir le valdrá más su amistad que la Inquisición, sabemos por algunas noticias del Comisario de aquel Puerto que no mira con el mayor afecto las cosas y negocios del Santo Oficio. Y por lo mismo tampoco nos determinamos a mandar recibir su declaración. En estas Islas respetan al Comandante Gral poco menos que [como] a un soberano; todos quieren su amistad y no hay quien se le atreva, aun con Justicia, por lo dificultoso y largo de los recursos a la Corte. Y por esta razón, y acaso algún interés de su familia, o

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2006

1804 había pedido que le relevasen del cargo, y en 1805 había solicitado licencia para leer libros prohibidos- se le recogió el título en diciembre de 1815 por haber felicitado a las Cortes por la abolición del Santo Oficio[269].

3.11. Conducta.

La información que contiene la documentación inquisitorial sobre la (mala) conducta de los ministros es también escasa. Y tampoco debemos concluir por eso que fuera irreprochable. Sin entrar a considerar las razones, muchas veces fortuitas, que en cada caso llevaron al registro las escasas noticias de que disponemos, lo único que se puede deducir del silencio de las fuentes es que era "normal".

De los inquisidores, aparte de Solano, del que ya hemos hablado, no tenemos noticias mas que de D. Bartolomé Benítez de Lugo, que era inquisidor desde 1705, y que en una carta del Consejo de 1719 aparece como "inquisidor jubilado". En otra de 12 de octubre de 1717 el Consejo había pedido al Tribunal información sobre sus negocios -especialmente los que tuvo con el cónsul inglés Guillermo Puldon, "que murió pertinaz hereje"-, y su comportamiento, "como asimismo de las indecorosas voces y reparables extrañezas que ha executado y proferido en ofensa del Sor. Obispo por no haverse conformado con sus Pretensiones en la muerte del Inquisidor D. Fermín de Balanza, y si de ellas ha resultado algún escándalo o nota que perjudique el justo concepto con que deve ser venerado el Santo Oficio"[270].

---

propio, no habrá dado quenta el Vicario Ecco., cuya cita mandaremos evacuar si V.A. lo tiene por conveniente": AHN, Inq., leg. 1828, n° 13.

[269] Según el *Redactor General* de 29 de julio de 1813 "felicitó al Congreso por sí y a nombre de todo el clero de la Ysla de la Gomera, una de las Canarias, por haber sancionado la Constitución y abolido el Tribunal de la Inquisición el primer cura y Vicario de aquella Isla, D. José Ruiz y Armas, quien concluía su felicitación diciendo: Oh Padres de la Patria! Todos los pueblos uniformes de esta Isla del Mar Atlántico aguardan con impaciencia ese sabio y benéfico decreto que inmortalizará vuestro nombre, y nosotros le aguardamos no solo para publicar en los Sagrados Púlpitos la Santa erección de los Tribunales protectores de la Religión, sino para estrecharlo en nuestros brazos, regarle con nuestras lágrimas y llevarlo en procesión con las más tiernas demonstraciones de júbilo y alegría para instruir a nuestros feligreses de tan acertada providencia que les impone el respeto y veneración eterna a la divina Religión de Jesuchristo": AHN, Inq., leg. 3719, n ° 4. En 1819 escasea las cortesías al comisionado por el Tribunal para la lectura del edicto: *ibid.*, leg. CXXXII-28; lo mismo le hicieron a él en 1790, cuando era notario: *ibid.*, leg. XVIII-29.

[270] Pedía también que "con el secreto y cautela que es necesaria", pidiesen al escribano testimonio de una cláusula del testamento del cónsul que se refería al inquisidor: AMC, Inq., leg. CLVI-1, fol. 111 y 112 (la cláusula); un fragmento de la información: *ibid.*, CLXXII-67.

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2006

Viera y Clavijo (1971, II, 634) cuenta que en 1709 había intentado usar "silla con almohada y alfombra" en la parroquia de la Concepción de La Orotava, y el obispo se opuso -D. Juan Ruiz Simón (el de 1717 era D. Lucas Conejero Molina)-, "y se le prohibió posteriormente por real cédula de 24 de diciembre de aquel año". Escribano Garrido (1987, 371) dice que fue llamado a la Corte para que diese cuenta de las acusaciones; fue destituido; y pretendió luego, con la ayuda de los jesuitas, un obispado, lo que según el P. Matías Sánchez hubiera alcanzado si no le hubiesen visto de cerca[273].

Era hijo del marqués de Celada; había nacido en La Orotava en 1664 y estudiado en París, en el Seminario de Luis el Grande, y en Salamanca. Su padre había logrado que el rey le hiciese chantre de la Catedral de Las Palmas en 1695. Cuando pretendió la plaza de inquisidor alguien escribió al Consejo:

> Y habiendo llegado a mi noticia que D. Bartolomé Benítez de Lugo, Chantre de la Catedral destas Islas, pretende plaza de Inquisidor (que debe entender que es lo mismo que sentarse en la silla del Coro ser Inquisidor), que aunque estuvo en Salamanca no abrió la Instituta ni save como empieza el primer párrafo. También estuvo en París, y sólo salió bien aprovechado en la lengua francesa, y, para decirlo más bien, no save más que Gramática, ni tiene grado alguno, y, sobre todo, ser mui simple, que saviendo que es pública su ignorancia él mismo lo anda publicando [...] además desto es una figurita, y lo personal no puede ser más ridículo [...] si llegase el caso de que dicho D. Bartolomé sea Inquisidor, el consuelo que tengo me a de desempeñar con la experiencia; y para decirlo de una vez, el Tribunal está medio perdido, y con esto se acavará de perder[274].

[273] "Fue llamado a la corte para dar descargo de ciertas acusaciones que se le hacían. Nada serio había en ello, todo se reducía a puerilidades ridículas propias de su carácter aniñado y extravagante, pero no rimaban con su dignidad. Hubo de aceptar las imputaciones que se le hacían, y como consecuencia, perdió el cargo de inquisidor y se declaró, con ayuda de los jesuitas, pretendiente a algún obispado. Dirá el P. Matías que seguramente hubiera alcanzado la mitra deseada si no le hubieran visto de cerca. Pero una vez que le conocieron, tuvo que volver sin mitra, aunque seguiría añorándola, sin cargo de Inquisidor, y sin el mucho dinero que gastó". El P. Matías Sánchez, historiador de la Compañía en Canarias, fue, de 1729 a 1732, superior del colegio de San Luis de La Orotava, donde D. Bartolomé, al que la familia daba de lado, pasaba por esos años la mayor parte del tiempo. De la obra del P. Escribano hemos tomado también lo que sigue.

[274] *Cit.* por Escribano Garrido (1987, 370-1).

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2006

En 1727, gracias a las influencias familiares, fue nombrado deán del Cabildo Catedralicio. Murió el 25 de marzo de 1732 y dejó todos sus bienes a los jesuitas, que tuvieron que litigar durante años con la familia y el Cabildo Eclesiástico por la herencia.

En 1706 un tal Juan de la Corte Montesdeoca, denunció al comisario de Garachico, al que "asistió" durante dos o tres años en su casa, porque no rezaba el oficio divino, no cumplió con el "preseto anual por la pascua", y no confesaba en los días que celebraba. Tampoco cumplieron con el "preseto" su madre, que estaba enferma, y su mozo, al que llamaban "Bartolo el simple", "a quien no tiene por tan simple para que dejara de confesar a lo menos". Y cuando sacaban de su casa para enterrar a un difunto del que "corrían en el pueblo boces bagas de impenitencia [...], por cuia rrasón no se le devía dar sepultura eclesiástica, dijo dicho Sr. Comisario en bos alta, este santo difunto...". A una hermana del denunciante que estaba enferma, le llevó el comisario el sacramento de la eucaristía y se lo administró sentado en una silla, "i antes, para darle a vesar la crus, mandó al sacristán le alcansase la crus que estava por remate del relicario, i endola a quitar dicho sacristán, se lebantó el lisensiado D. Diego Morera, Pbro., i la llevó"... En fin, que el comisario no se comportaba como se esperaba de un cura (como esperaban, al menos, los beatos)[275].

Sí lo hacía el comisario de Santa Cruz de Tenerife D. José Mamerto del Campo, del que algún malicioso informó al Tribunal en 1815 que "se conduce abusando de trages seculares, en desprecio y contra el decoro que exige el Estado Eclesiástico, y lo que es más, sostiene trato illícito y escandaloso con la viuda de un tal Tarrins". En la información que encarga el Tribunal (de "al menos seis testigos"), todos declaran a su favor. El Dr. D. José Deza y Goyri, presbítero y abogado de los reales consejos, que "principió a tratarlo en Madrid algún tiempo antes de la invasión de los Franceses"; y

[275] Cuando el predicador le va a pedir la bendición, estando unas veces con capa y otras con casulla, "no da la mano a besar al predicador, si se baja a levantarlos con todo el cuerpo. Asímismo, en una de las novenas que se isieron en dicha parroquia, estando con capa plubial i el sacramento descubierto, se sentaba en una silla todo el tiempo que cantaba el nombre de Jesucristo en el coro". Y había oído decir "que habiendo pasado el tiempo en que el Dr. Fis - un médico inglés - debía cumplir con la Iglesia, y no habiéndolo hecho, no le obligó el comisario a pesar de haber recibido carta del obispo para que lo hiciese": *AMC, Inq., leg. CLIX-29. Podemos suponer* que detrás de esta denuncia hay algún motivo personal, pero esto no resta verosimilitud al retrato.

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2006

luego en Cádiz, donde el Dr. D. José Mamerto estuvo "en clase de Capellán en el Servicio del Batallón de Infantería de estas Islas que había pasado a la Península"; y últimamente en Santa Cruz de Tenerife, a donde regresó a fines de 1811, y que "en cada una de estas tres épocas ha tenido particular amistad con él, y especialmente en las dos últimas", dice que "sabe positivamente que la primera imputación de que usa trages indecentes o impropios de su estado y clase es maliciosa"; que si usó "el corto" cuando era capellán del batallón, fue porque le estaba permitido, y si siguió usándolo cuando regresó fue "más efecto de las urgencias de su casa, por los excesivos gastos que tubo que hacer por algunos años para mantener en campaña al D. Josef y a sus dos hermanos D. Buenaventura y D. Rafael, oficiales del expresado Batallón, que propensión o costumbre de no usar del de su estado"; que siempre que le vio vestido de corto era "era negro y casaca o levita azul, pero nunca indecente ni chocante"; que desde hace más de catorce meses "usa de los ávitos talares y distinciones de miembro del Santo Tribunal en todas circunstancias públicas y privadas [...] a no ser por la noche, lo qual ignora, bien que [por] ello tampoco cometía falta, por ser estilo del País que los Eclesiásticos vistan en ella de corto".

El presunto trato ilícito con la viuda del teniente coronel D. Juan Tarrins, que fue oficial del mismo batallón, se reduce a que la atendió en Cádiz en 1811 en varios recursos que presentó al gobierno, y la había seguido auxiliando en lo mismo en Tenerife. En el mismo sentido declaran un dominico[276], un franciscano[277] y un cura castrense[278] que, sobre el supuesto trato ilícito, dice que "aun aquellas señales exteriores

[276] Que lo de vestir de corto le chocó cuando vino de la península "donde no estaba acostumbrado a ver sacerdotes sin ávitos, no siendo capellanes de Regimiento, pero como el tal venía de exercer este Empleo ya quedó satisfecho; y posteriormente acostumbrado a ver muchísimos sacerdotes vestidos de corto, no solo en esta Isla, aún también en la misma capital de Canaria, en siete días que estuvo"...

[277] ..."por la pobreza y falta de medios con que vino del indicado destino de la Campaña a su casa, y por no haber encontrado en ella aquellos auxilios necesarios por razón de los pocos o ningunos adelantos que su capellanía había tenido durante su ausencia de esta Villa, y por haberse aprovechado de ellas durante aquella época sus dos hermanas y Prima, de todo lo qual se me lamentó en confianza varias ocasiones el mismo Presvº Campo, añadiéndome que por su triste situación se veía en la precisión de seguir una vida privada y obscura, nada conforme a su carácter y a las circunstancias de su nacimiento y enlaces de su familia, y que por lo mismo [no] asistía a las Funciones de Parroquia y se ausentaba de este Pueblo en las principales solemnidades del año, retirándose, como en efecto se retiraba, según es bien notorio, a Taganana, campo distante de esta villa seis leguas, con el objeto de ayudar en el Ministerio Parroquial".

[278] ..."a no ser que el celoso acusador entienda sólo por vestidos decentes para un Ecco. los finísimos Paños, las lustrosas botas con grandes borlas que van campaneando y ahuyentando las moscas al tiempo de andar, la armasón de hinchados pañuelos al cuello sosteniendo el altísimo y tirante de la camisa que

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2006

que a veces despiertan la sospecha del malicioso, quales son acompañarse tales personas y presentarse juntas, ya en paseos públicos o retirados, o en las calles u otros sitios, no aparecen en este caso"[279].

En mayo de 1779, D. Domingo Alfaro, racionero de la Santa Iglesia Catedral, en una "visita" en la isla de La Palma, empezó a llamar testigos, a los que amenazaba con "grillos, grilletes, cepos, castillos y destierros", contra D. Antonio Amaranto, beneficiado de la iglesia parroquial de Puntagorda y comisario interino del Santo Oficio. Le acusaba de incontinencia. (Ya había hecho lo mismo con otros seis sacerdotes de la isla). Pero todos los testigos afirmaron su rectitud y "docilidad". Hacía cuatro o cinco años le habían denunciado al Gobernador de las Armas. Un tal Juan Antonio Pérez Carmona, vecino de Garafía, decía que tenía trato ilícito con sus criadas. Pero nadie daba crédito al tal Carmona, por malévolo, de malas operaciones "y que ha levantado otras figuras en cosas de créditos"[280].

A veces los reos del Santo Oficio – o sus familiares y partidarios – tratan de defenderse acusando a los ministros, especialmente a los comisarios, que eran los que recibían las denuncias y declaraciones, y podían - con sus informes y valoraciones - decidir el procesamiento del reo. No hay que hacer mucho caso de estas acusaciones, pero tampoco debemos desecharlas sin más. Un cuñado de Fr. Gaspar de Nájera, por ejemplo, declara en 1718 que "oyó decir después que vino de la referida Isla de Lanzarote, que dicho Fr. Gaspar de Náxera havía tenido un grave pesadumbre con D. Ambrosio de tal [Ambrosio Cayetano de Ayala y Navarro] Comisario del Santo Oficio, porque dijeron que dicho frai Gaspar de Náxera avía descubierto que dicho D. Ambrosio vendía tavaco, por cuya razón ha oydo le cogió odio y le procuraba hacer

---

llega a cubrir las orejas e impedir el movimiento de la cabeza, los rizos del cabello sobre los ojos y por baxo del sombrero, con otros adefesios semejantes de que por desgracia se ven muchos ridículos exemplares".

[279] AMC, Inq., Bute, vol. XXXV, 1ª serie, fols. 195 ss. Cabe la posibilidad de que esas personas "de alto carácter y de toda verdad" que le denunciaron fueran enemigos encubiertos del Santo Oficio, a los irritaría el celo de este inquisidor honorario que exhibía la venera "en todas circunstancias privadas y públicas". Este es el comisario que en 1819 propuso al tribunal la expedición de una orden particular para reunir a todos los confesores a fin recordarles la obligación de suspender la absolución de los penitentes que no delatasen a los culpables de tener papeles y libros prohibidos, porque el edicto "se mira sin aquella atención que debería ser": AMC, Inq., leg. LXXXIV-11.

[280] AMC, Inq., leg. IV-3.

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2006

quanto mal podía[281]. Es verdad que las solicitaciones del P. Nájera, por alcuña "el fraile colorado", eran notorias[282], pero de un comisario que se apodera de parte de la carga de una embarcación cuando la visita se puede creer lo que afirmaba el cuñado, máxime cuando el contrabando de tabaco era casi una costumbre en el clero[283].

En los niveles inferiores de la escala jerárquica el comportamiento de los ministros parece empeorar, quizás porque se les exigía y vigilaba menos,o se les toleraba más. Al notario interino de Telde, Juan Andrés de Quintana, le procesó el Juzgado Eclesiástico en 1726 porque "trata y está tratando desde hace muchos años con una muger casada, vecina de Telde, y que últimamente bebe abundantemente vino y aguardiente, de que ha resultado embriagarse en partes públicas"[284].

En 1739 un vecino de Guía, Baltasar Hernández, se querella contra el capitán D. Juan Acedo Bethencourt, alguacil del Santo Oficio, porque

> habiendo salido dos hijos que tengo a divertirse, sin preceder provocación u otro motivo justo que diera causa a que un moso del susodicho castigara a el hijo mío más pequeño, y por haber salido a defenderlo el mayor y Joseph González su tío, hallándose a la sazón el dicho D. Juan, prorrumpió en voces altas y descomedidas contra dichos mis hijos y su tío, llamándolos de perros, chulos y canallas, de que se les ha seguido, y a mí como su padre, un notorio disfame y escándalo en dicho Guía, dejando mi crédito en opiniones[285].

[281] AMC, Inq.,leg. XXXIII-23.

[282] En todas las islas donde estuvo conventual – es decir, en todas menos Gran Canaria y La Palma- se recibieron denuncias contra él. En Granadilla, dice un testigo, los muchachos cantaban: "guarda muchachas del P. Nágera, no benga con su pimentón colorado": AMC, Inq., leg. LIII-37. En Canarias era frecuente hasta hace poco el *nombrete* 'el colorado' aplicado a los pelirrojos (lo era Fr. Gaspar de Nájera). Sobre sus aventuras en Lanzarote: González de Chávez (en prensa).

[283] *V. infra* [visitas].

[284] AMC, Inq., leg. CXI-30. Aunque pide acogerse al fuero de la inquisición, el proceso eclesiástico sigue su curso. El escrito donde debe estar la resolución del Tribunal está tan borroso que no se puede leer. El notario alega en su defensa la enemistad de los que le acusan, con los que tiene pendientes pleitos de aguas.

[285] AMC, Inq., leg. CLX-25.

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2006

El alguacil era uno de los notables del lugar[286], y el alcalde puso presos al tío y al sobrino. Al año siguiente se querelló contra él Ana Alemán, porque

> estando en las casas del susodicho, entró de fuera, y llevado de su pasión, pensando que yo instruía a D. Anna de Betancourt, su muger, de que el referido trataba con cierta muger casada, de mano poderosa, aunque no bastaron razones para contenerlo, me envistió, dándome de patadas, bofetadas y golpes, de forma que a no acudir gente me huviera muerto, pues procuró un cuchillo para ejecutarlo, lo que no puso en ejecución respecto a averlo detenido.

El alguacil fue llamado a la sede, donde negó todos los cargos y acusó al comisario, primo de la querellante, de estar detrás de todo, porque estaba enemistado con él desde que fue alcalde y le contuvo sus desórdenes y amistad con su prima. El comisario se querella entonces contra él, pide que lo demuestre y ofrece cien pesos al Tribunal para que pase un ministro a Guía a hacer la información. Dice que Acedo ha cometido muchas tropelías y sólo "por empeños ha conseguido volver a este Pueblo". Pero el Tribunal le da licencia para que vuelva a su casa, "hasta que otra cosa suceda" (sic), condenándolo sólo al pago de las costas[287].

El familiar D. Diego Eugenio Ruiz de Vergara tuvo un enfrentamiento con el corregidor en el camino de Telde un día antes de que el pueblo se amotinase para

---

[286] En 1731 aparece entre los que otorgan escritura de arrendamiento de las tierras comunales de Pico de Viento en favor de la fábrica parroquial, y en 1746 entre los que se obligan a pagar al Cabildo la renta de la dehesa de Tamaragáldar y tierras de la Montaña de Guía y Gáldar; fue uno de los cabecillas del motín de Guía de 1751 (y al parecer también de otro en 1724, cuando era alcalde): Suárez Grimón (1987, I, 83, n. 116, 85 y 475 ss.).

[287] Un testigo declara que la paliza fue "por haber negado quien le había enviado con un recado a casa de D. Josef Gordillo diciéndole amonestase a su hijo no consintiese en su casa a D. Juan de Azedo, porque si no lo ejecutaba había de tomar el despique que [usó] con Cathalina Volaños, la cual fue desterrada a Indias por perturbar el sosiego del Santo Matrimonio, de que se quejó D ª Ana de Betancurt, muger de D. Juan Acedo, quien actualmente se hallaba sentida del trato y comunicación que tiene en la casa de Francisco Gordillo, hombre casado e hijo de dicho Joseph Gordillo". De la querellante, que quedó con un cardenal en la sien, y el pecho tan hinchado que no podía respirar con libertad, dice que es "es una de las que están en esta Villa en opinión de virtuosas porque frecuenta los sacramentos, como es notorio; y conoce el testigo que por este motivo le haría el encargo D. Ana de Vetancourt". Otro testigo cuenta que yendo a ver a D. Juan Acedo ese día para un negocio "oyó ruido y tropa" en su casa, subió pensando que era "la desazón" con su mujer "y halló a la dicha D ª Ana que detenía a su marido diciéndole: Primo, mira que te pierdes; y vio en el suelo cuando entró a la querellante como recostada", y se abrazó a Acedo para que no la siguiese pegando: AMC, Inq., leg. LX-4. Al año siguiente – 1741 – se denuncian mutuamente, el alguacil y el comisario, por no asistir y por no avisar, para la función de la lectura del edicto: *ibid.*, leg. CLVIII-9 y XLIII-4.

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2006

impedir la extracción de granos. El corregidor representó con "acrimonia y viveza" al rey y al Consejo, acusándolo de ser el responsable del motín; lo que – como escribe el Tribunal al Consejo, el 20 de septiembre de 1750 - dio motivo a que se le despachase "comparendo para esa Corte, dirigida su execución al Caballero Regente desta Audiencia, quien más bien informado, y hecho cargo de las circunstancias y qualidades que concurren en dicho D. Diego, ha suspendido darle cumplimiento, haciendo presente la ninguna culpa que en él pudo tener, y los inconvenientes que se podían originar de su comparecencia en la Corte". Lo que también ha entendido que hizo el corregidor "por la mano del Sr. Marqués de los Llanos, su pariente".Al suplicar al Consejo se "sirva concurrir con su poderoso influxo a que se revoque la referida providencia", el Tribunal hace un retrato moral de D. Diego, que es

> de las primeras familias de estas Islas, y que así él como sus ascendientes han tenido siempre por objeto principal de su honra el ser familiares de esta dicha Inquisición [...] Y aunque la mala crianza y propensión al vino con que ha vivido dicho D. Diego haya dado motivo a que el Tribunal le haya procesado y recluido algunas veces, y a que estuviese menos atento con el Corregidor en el ya referido encuentro del camino de Telde, jamás ha dado que hacer en asunto como el presente, ni es capaz de eso. Y oi se halla mui otro de lo que prometía su pasada vida con el nuevo estado del matrimonio, con el que vive mui apartado de las malas compañías que antes tenía, y conminado con graves penas para que no vaya a dicha Ciudad de Telde, lo que no dudamos que cumpla, por el mucho miedo y respeto que aún en sus mayores desórdenes ha tenido al Tribunal[288].

Al barbero Tomás Cardoso (el que había contestado de forma destemplada al secretario que pretendía que le hiciera la barba dos días a la semana), se le formaron autos criminales en 1730. El fiscal pidió que se le hiciera información porque había llegado a su noticia que

> vive deshonestamente en comunicación de varias mugeres, con notable nota y escándalo, abusando del fuero que goza [...] se propasa a los más enormes

[288] AMC, Inq., leg. I-D-30, fols. 98-99.

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2006

> delitos, de que por temor o nimia piedad no le acusan acaso las personas que se creen ofendidas, pero aviendo excedido a tanto su atrevimiento y desacato que, profanando la casa de D. Pedro Alvarado, alguacil maior de este Santo Tribunal, por cohabitación con criada de este Ministro, de tan grave excepción ha resultado estar encinta, y últimamente parir ésta misma, y por justos motivos en tan delicado asunto parece que no intenta demandarle como reo y delinquente, toca al honor y respeto de este Santo Tribunal imponerle el condigno castigo...

De la información resultó que había tenido otra hija con Josefa Gallardo, que habían criado sus hermanas; que tuvo amistad con una mulata, "a quien por esta causa desterraron de esta Isla", y con una hija de María Chiquito, lo que es público, "pues está el pleito pendiente"; y que en aquel momento tenía trato ilícito con otra mulata, hija de Beatriz, "vendedera en la Plaza de Santa Ana"; y que los días de barba la criada del alguacil, María de San Pedro, "venía las siestas a echarse en el corredor", y un muchacho que también servía al alguacil les había visto juntos en un rincón del cuarto donde se echaba el trigo.

Los inquisidores votaron, el 23 de noviembre, que fuese preso en la cárcel real de la ciudad y se le embargasen sus bienes[289]. En la "confesión", el 2 de diciembre, negó que hubiera tenido relación con la moza del alguacil; y "preguntado si además de la referida moza a solicitado a otras para el mismo efecto, en que aiga causado escándalo, mormuración y mal exemplo a otros y en la besindad. Dixo que como hombre y frágil puede ser le aiga sucedido, mas no a causado escándalo". Cuando le piden que declare a quiénes, responde como un caballero: "Dixo no está obligado a desirlo si no es al confesor". Los inquisidores se pican:

> Preguntado como dise no estar obligado a desirlo si no es al confesor, siendo así que consta y es público que tiene actualmente y a tenido tratos y comercios ylísitos con diferentes sugetos y con algunos hijos que a reconosido y sus

[289] Eran estos: dos bufetes grandes (uno con dos cajones); un taburete; una silla de palo; dos pilas de destilar con sus armas; una piedra de vuelta de amolar; seis láminas con sus marcos de papel; y la casa de su habitación, terrera, que él mismo fabricó en la calle de la Pelota.

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2006

propias hermanas le han reconosido y criado, y con algunas de ellas tener pleito pendiente.

Dixo que es falso sea hija de este confesante la niña que tienen en su compañía las hermanas de éste, que por ser su aijada y tener su Padre y su Madre la recogieron las hermanas de este confesante, y no a reconosido a ninguno por su hijo, y que en quanto a lo que se dise de Pleito pendiente se está siguiendo por pedirle palabra.

El mismo día Teresa Antonia de Aguiar declara que Tomás Cardoso le había dicho

que era verdad que como hombre tubo amistad ilícita con Mariana, hija de Beatriz, vendedera en la Plaza de Santa Ana, pero que ya no la tenía porque la dicha Mariana era su comadre de Sacramento, y sabe la testigo que dicho Thomas Cardoso entra y sale públicamente en casa de dicha Mariana, quien le apunta y le hace la comida; y sabe también la que declara que el dicho Cardoso gozó a una moza doncella que no puede decir el nombre, y porque la tal era hija de confesión del P. Fr. Carlos, y muy honesta y recogida, dicho Thomas Cardoso dixo a la que declara que una vez que él la solicite, ahunque fuera hija espiritual del P. Zambrana la havía de conseguir [290]; y que también dixo a la declarante que ahunque havía conocido a muchas mugeres, que pasaban de ciento y tantas, ninguna le havía hecho el peso que la tal, quien después que la gozó y la dexó preñada, porque el dicho Cardoso no la asistía con cosa alguna le hechaba muchas maldiciones; y que también dixo a la declarante el dicho Thomas Cardoso que todos los años engañaba al confesor, y que un día havía sangrado a cinco mugeres y que primero a todas las cinco las havía fornicado

[290] Fr. José Zambrana, que fue provincial de los dominicos, tenía fama de santidad. En la misa, especialmente después de consagrar, "acía unos gestos y ceremonias [...] en que fingía o daba a entender que tenía delicias y gustos especiales con Jesuchristo, mostrando el semblante alegre y risueño, y como que veía a Jesuchristo en la hostia y tenía coloquios con Su majestad". Estando predicando en Telde "avía fingido un éxtasis o rapto en presencia de todo el pueblo". Y siendo Prior de Agüimes "a las energúmenas que curaba, en medio de los exorcismos les daba en su propia boca a beber aguardiente [...] para curar o exorcisar a unos energúmenos se valía de otros, preguntándoles muchas cosas a los demonios que los poseían, como más poderosos o más sabios, como si la iglesia no tuviera armas contra todos y reglas bastantes sin valerse de noticias adquiridas de los Demonios". (La testigo, a juzgar por las alegaciones del abogado defensor, debió ser una de ellas). Por todo ello fue reprendido gravemente por la Inquisición en 1744: AHN, Inq., leg. 1827, nº 6; AMC, Inq., leg. CXII – 15.

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2006

El fiscal deduce – no hacía falta ser un lince - que Teresa es "testigo de experiencia", y que en la "serie y forma" de su deposición se ve que es ella misma la engañada, lo que disimula por estar casada ahora y "por el natural empaño de su sexo". Y para que Cardoso se refrene y corrija en sus abominables excesos, y sirva a otros de escarmiento,

> y porque tan desvocada procede su libidinosa propensión que sin temor de Dios no solo profana mugeres Doncellas (que es lástima la más lamentable, pues fueran por su recato y devoto retiro acaso dignas esposas de Jesucristo), sino que no tiene respeto a las casas de Personas nobles, de distinción y authoridad, valiéndose su iniquidad también, como llevo dicho, de la capa y exercicio de Barbero [...] y porque siendo estos delitos de difícil prueba en lo común, su inveterada costumbre e implicación en ellos los ha hecho notorios y patentes, y aún su misma jactancia, privando a las pobres mugeres no solo de la amistad de Dios por la culpa, sino faltándoles en lo temporal en no socorrerles y aún en lo espiritual en difamarlas y no alimentar sus hijos, de que tiene obligación, siendo mugeres recatadas ...

pide para él las más graves multas y penas. El abogado del barbero desmonta -lo intenta, al menos- las acusaciones: el hijo de Francisca (sic) Gallardo lo tuvo con su marido, que lo reconoció; las hermanas lo recogieron solo porque Cardoso fue su padrino de confirmación y porque los padres son muy pobres, que a la madre la tienen sirviendo en su casa. Han pasado, además, catorce años y no se puede conocer este delito "por prescribir los delitos de incontinencia por espacio y tiempo de cinco años". El asunto con María de Gracia, a la que desterraron hacía cinco o seis años - todavía estaba desterrada - ya fue juzgado por el juez eclesiástico, y cosa juzgada no se puede volver a juzgar. Teresa de Aguiar "no es mujer segura en lo que habla por aver estado espirituada y averla por lo mismo exorsisado en Agüimes y en esta Ciudad". El pleito de palabra estaba apelado ante el nuncio. Y a la vendedera su parte "le da su dinero [...]

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2006

para que le haga su comida, como hombre soltero y que no tiene comodidad en su casa para ello".

A los dos días una de las supuestas víctimas de su "libidinosa propensión", declara "que como muger caió, pero que no fue con Thomas Cardoso, pues solo por los traxes sabe que es hombre, y que no tiene más que decir, y que ésta es la verdad". Cardoso no estaba ya en la cárcel; apenas estuvo un mes en ella: se le había dado "soltura" el 21 de diciembre, después de depositar una fianza de 60 ducados. El Tribunal votó el 10 de octubre de 1731 -había pasado casi un año desde que se inició el proceso- "que quedando en su fuero y vigor lo actuado para los efectos que huviere lugar en derecho, por ahora se suspenda esta causa y se le aperciba se abstenga de ocasionar escándalo en la república, viviendo con el arreglamento que corresponde como cristiano y Ministro de este Santo Oficio"[291].

3.11.1. Conflictos de los ministros.

Los conflictos que estudiamos en este apartado son los que tuvieron los ministros, no por serlo (los conflictos "del Tribunal"), sino simplemente por vivir en una sociedad que estaba cuajada de ellos: los conflictos eran -y son- lo "normal" (los empeños del siglo pasado por acabar con "el conflicto" -liquidando de una vez para siempre al causante: el adversario-, parece que no sólo afectaron a la "civilización" -al modo "civilizado" de resolverlos-, sino también a la propia percepción de la conflictividad). Lo raro y sorprendente sería que los ministros del Santo Oficio no se hubieran visto envueltos en algunos conflictos, que no los desencadenaran o que no los padecieran. Pero también en esto la Inquisición, y la conducta de sus ministros, era "normal". Ni santos ni malvados, los ministros se comportaban como los demás de su "clase", donde, por otro lado, había de todo, como en botica. "Debemos recordarlo una vez más: no son los hombres los terribles, sino la institución" (Pérez, 2003, 107). (Y

[291] AMC, Inq., leg. XXXVIII-21. En 1763, en unas averiguaciones para justificar el primer matrimonio que una tal Luisa Agustina Rodríguez y Romero contrajo en Las Palmas con José Antonio Márquez, denunciado por bígamo en el Tribunal de México, se confunde al padre de Luisa con su homónimo el "Maestro Cardoso", Tomás Cardoso, nuestro barbero, que ya había fallecido. Se dice que vivía al tiempo de morir junto a la Catedral. Que no había tenido más hijos, ni legítimos ni naturales, que una hija que vivía con una tía en la calle de la Carnicería, de unos 30 años y soltera, y que se había casado rondando los cincuenta: *ibid.*, leg., XI-10.

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2006

tampoco ésta, por estos años, lo era tanto).

El interés de estos conflictos para nuestro tema -aparte del que tienen para la historia social *tout court*- no reside en las acusaciones que se vierten contra los ministros en el curso de los mismos, que a menudo nada tienen que ver con los motivos que los provocaron, son falsas, o de difícil o imposible comprobación, sino en que nos muestran de qué manera su condición de ministros del Santo Oficio influía en sus relaciones sociales.

Los empleos de la Inquisición, como cualquier otro, eran un instrumento del que se podían valer sus titulares en su propio beneficio, o de los suyos, para fines muy diversos. En septiembre de 1710 el Tribunal impuso una multa de 10 ducados al comisario de Tacoronte, D. Amaro Fernández Martínez, por "haver preso a un muchacho aún no de 14 años [...] por atribuirle pecado sodomítico [...] no siendo, aun caso de que fuera cierto, que no consta, de los de la jurisdicción de V.S., en que dicho comisario se ha excedido, así por lo referido como por haver sido sin horden" del inquisidor. Se le ordenó ponerlo en libertad sin dilación y remitir las diligencias. El comisario se excusó. No le apresó en nombre del Santo Oficio, al que ni siquiera nombró; lo hizo por caridad: "le dieron noticia de que estaba con una oveja, y quien le dio la noticia iva a decirlo al Juez Real [...] por sosegar a quien deponía y porque no destruieran al Padre de este muchacho", dijo que lo llevaran a la cárcel, y llamó al padre, al que conoce y aprecia, "para ponderar el caso". No hubiera tenido problemas con la jurisdicción real porque, además de que el padre del muchacho tiene "alguna conveniencia", es pública "la grande familiaridad y amistad que tengo con el corregidor". A pesar de todo se le hizo pagar la multa[292].

El que puso el caso en conocimiento del Tribunal fue el comisario de La Laguna, Fr. Antonio de San José Coto, el mismo que aparece acusado de ladrón en unos pasquines que amanecieron en la puerta de su convento y del hospital de La Laguna en 1725: "Téngase por público ladrón el tribunal de la ynquisisión, pues no pone rrienda a Coto, que es un gran ladrón, que sin ley, sin justisia, ni rasón, roba los pobres sin oírles

[292] AMC, Inq., hojas sueltas.

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2006

en justisia; su gusto es ley, i así en el séptimo todos pueden hurtar, pues Coto dise que la ynquisisión le manda a hurtar[293].

En las islas el control del la navegación era una baza muy importante en los conflictos. En 1765 el patrón de un barco de pesca de La Palma, Raimundo de Fuentes, fue encarcelado a la vuelta de un viaje a Las Palmas por el comisario de ausencias, por salir sin licencia de la Inquisición (la que obtuvo era fraudulenta, porque dijo que iba a Tenerife, y, además, no la entregó al cabo del puerto). Lo que ocurrió en realidad -según el abogado del patrón- fue que D ª María de la Concepción Sotomayor, viuda de D. Juan Leonardo Sotomayor y Massieu, había fletado el barquillo y obtenido la correspondiente licencia del comisario D. Pedro Vélez. Pero éste se fue a una hacienda que tenía extramuros de la ciudad, y quedó al cargo de la comisaría el Dr. D. Francisco Fierro, que era "parcial" de D. Pedro de Sotomayor, contra quien iba dirigido el recurso ante la Secretaría de Cámara del obispo que Dª María despachaba el barquillo. Para detenerle pretextó que tenía que remitir unas cartas al Tribunal; "y presumiendo D ª María, quien costeaba el despacho y flete, que las cartas serían no de la recomendación que se decía y es de venerar, sino del mismo D. Pedro y sus favorecedores, para tergibersar la diligencia que se venía a practicar, se hizo a la vela mi parte". El comisario de ausencias puso al patrón en la cárcel real desde que regresó, y lo mantenía allí, dice el abogado, "sin averle querido oír ni recivir su confesión"[294].

El fuero privilegiado era como una coraza que permitía a sus titulares situarse en las primeras líneas de combate en los diversos conflictos; por ejemplo, los que sacudieron las islas en las primeras décadas del siglo XVIII. También los ministros del Santo Oficio se vieron implicados en algunos de ellos. El 3 de septiembre de 1736 el alcalde mayor de Fuerteventura "fue sacado a las dos de la madrugada de las casas de

[293] El [¿párroco?], al que llevaron los pasquines, consultó con un ministro del Santo Oficio "el qué hacía, por se[r] casso irregular y de mucho atrevimiento. Y nos lamentamos ambos de que sucedan tales cosas y tales atrevimientos. Y me dijo que les reciviese sus declaraciones y las remitiese a V.S. con los papeles, y así lo hago, sin decir cosa alguna al Pe. Cotto, para que V.S. disponga lo que fuere servido". El documento está muy deteriorado y no se puede leer la firma, el mes ni el lugar. Dice: "No quise escrivir con el religioso que me asiste por no ser afecto a el P.M. Cotto y porque no me quiero fiar de frailes". Al margen alguien escribió: "Sierto es Señor que Cotto tiene muchos enemigos; pero esto parece a sido grande atrevimiento". Los dos pasquines son iguales – solo cambia 'ley' por 'lei' y 'ha' por 'a'-. escritos con la misma letra grande y nerviosa, como si al autor le temblara el pulso (si no es un ardid para que no le descubran): AMC, Inq., hojas sueltas.

[294] AMC, Inq., leg. CLXI-42.

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2006

su habitación por vecinos armados y con la misma violencia lo pusieron el mismo día en un barco y lo lanzaron de la isla"[295]. Poco después el alcalde mayor pidió al Tribunal que sacase de la isla a los comisarios y beneficiados D. Esteban González de Socueba y D. Sebastián Trujillo, y a D. José Sánchez Umpiérrez, familiar y gobernador de armas, que "por ser naturales y tener sus parentelas allí, embarazarían con su autoridad la justificación del delito", y por cuyo influjo, según "voces del pueblo", pasó lo que pasó. El Tribunal les mandó llamar para averiguar lo sucedido y dio cuenta al Consejo[296]. Más tarde escribe que los comisarios -que habían llegado a Las Palmas el 26 de octubre (porque el mar, según decían, no les permitió embarcarse antes)- negaban las acusaciones. "Hasta ahora no se ha dado providencia de pasar a la pesquisa -escribe- , y es muy natural que en muchos días no se ejecute, a causa de la lentitud con que en estas Islas camina la Vindicta pública, sin que nunca llegue a desagraviarse[297]. En efecto, el 8 de junio de 1737 el Consejo escribía que el rey había consultado con el obispo; y ordenaba que dejasen proceder al obispo contra los comisarios, y que si de las pesquisas "que están por hacerse" resultase culpado el familiar, "alcéis también la mano"[298].

La actitud del Tribunal - y del rey y el Consejo - en este caso se explican por la fama de díscolas - propensas a tumultos y disturbios - que tenían entonces las islas. Normalmente la Inquisición protegía y defendía a sus ministros, o al menos, el fuero, hasta donde fuera posible. Cuando el gobernador interino del Consejo de Castilla, D. Pedro Rodríguez Campomanes, envía un "aviso", el 28 de junio de 1785, al inquisidor

[295] Santana Godoy (1977, 210) dice que fue "al parecer por causa de desfalcos cometidos por el alcalde mayor de la isla". Remite a los *Acuerdos del Cabildo de Fuerteventura (1729-1798)*: Roldán Verdejo (1966, 48-9). Pero aquí no se dice nada sobre la causa y sólo se reseñan los acuerdos: no celebrar el cabildo que había solicitado la mujer del alcalde mayor el mismo día en que se produce – y el escribano público certifica - su "embarco con violencia por gran número de vecinos"; acudir al "Tribunal Superior", y nombrar juez de ausencias a un regidor; y al día siguiente, 4 de septiembre, poner los hechos en conocimiento de aquel tribunal – la Real Audiencia – y del señor jurisdiccional, D. Francisco Bautista de Lugo y Saavedra "para que lo tengan entendido y provean lo más conveniente para la quietud pública y mejor administración de Fuerteventura; y respecto a que la balandra en que la multitud de vecinos embarcó al Alcalde Mayor, salió ayer noche del Puerto de la Peña sin licencias, y no haber podido este Cabildo deliberar sobre la materia, se acuerda que en el primer barco que salgan se envíen a Canaria dichas cartas, dejando copia de ellas por lo que pudiera suceder; y el presente escribano sacará testimonio del acuerdo de ayer". Por el contexto en que se produce – que reflejan las actas del Cabildo - sospechamos que la causa tuvo que ver con la extracción de granos.

[296] AMC, Inq., leg. I-D-30 (carta de 28 de septiembre de 1736, donde se dice: "contemplamos no ser comprendido en la concordia dicho familiar por ser justicia de Señorío, y que toca a este Tribunal su conocimiento, no siendo la culpa ejecutada como Governador de las Armas". El Consejo -el 13 de diciembre – les dice que debieron llamarlos con algún pretexto: leg. XLIX-5, fol. 179.

[297] *Ibid.*, leg. I-D-30 (carta de 5 de noviembre de 1736).

[298] *Ibid.*, leg. XLIX-5, fol. 180.

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2006

general, diciendo que en las islas había un presbítero, D. Antonio Agustín Padilla, "de genio inquieto, condición ardiente, artificioso y de intenciones poco rectas, quien para ponerse a cubierto del ordinario eclesiástico entró de cobrador de los haberes del fisco de la Inquisición, y aunque lo sirvió poco tiempo, se vale de este fuero privilegiado para sembrar discordias y hacer que otros eclesiásticos se opongan y resistan los mandatos de sus superiores", y pide que se le retire el título[299], el inquisidor general pide al Tribunal que informe. Éste, que recibe la carta el 18 de agosto, lo hace el 23, sin valerse de persona alguna, por no haberla idónea y por estar suficientemente informado[300]. Del informe se deduce que sí era conflictivo, y que tuvo alguna parte en los "pleitos y recursos" de los beneficiados de Telde, pero el Tribunal creía que no había en ellos, "con bastante probabilidad", criminalidad, y lo había amparado con el fuero (activo y pasivo)[301].Con estas noticias el inquisidor general escribió al gobernador interino que su conducta era irreprochable y que el Tribunal le reprendería en lo que proceda[302].

[299] *Ibid.*, leg. XXVII-10, fol. 229-30.

[300] Ya había informado sobre él el año anterior, el 10 de marzo de 1784, (no era la primera queja contra Padilla): sujetos fidedignos de Telde, donde residía, y de la ciudad "me aseguran se porta con la mayor decencia en su estado sacerdotal, diciendo misa diariamente y asistiendo al confesionario y demás que se ofrece en aquella parrochia, mui recogido, sin meterse en pleytos ni ruidos, ni dado motibo de lo más leve que desdiga de su persona": *ibid.*, fol. 175.

[301] El informe dice que es un eclesiástico de 57 años, natural de la Gomera, de donde pasó a esta isla hace 27 años "en seguimiento de algunos pleitos en que le acumulaban criminalidad de influencia en ellos y en algunas discordias que de ellos se originaron. Y sin embargo de que no se probó cosa que se le acumulaba, se estableció en esta Ciudad, más por su propia voluntad y consejo del Provisor y Vicario General que en aquel tiempo havía, que por su sentencia, aunque tenemos noticia que se le mandó por ella no bolbiese a dicha Isla, de que no apeló, por el empeño grande con que tomaron dicha causa los Excmos. Señores Condes de la Gomera, súplica que le hizo el Provisor y consejo de sus amigos [...] en 1768 le nombró receptor interino el Tribunal, cargo que ejerció por cinco años a satisfacción de todos y mucha utilidad del Real Fisco, y en 1776 le nombró secretario de secuestros el Obispo de Salamanca, Inquisidor General, cuyo empleo sirvió hasta fines de 1780, sin que en este tiempo se le advirtiese con que notar y mucho menos que reprender. En 1780 le nombró visitador general del obispado el obispo. Sirvió este empleo por dos años, a satisfacción de su Prelado, después de los cuales se retiró a Telde, a casa de uno de los Párrocos, amigo suyo, para restablecerse de una enfermedad grave que había padecido. No dudamos que tenga alguna parte en los pleitos y recursos [roto: que siguen] los beneficiados de Telde sobre disfrute de unos derechos que dicen pertenecerles, de los que no estamos enterados por pender de la Audiencia y Consejo de Castilla. Pero que no hay en ellos, con bastante probabilidad, criminalidad. El Gobernador del Obispado le preguntó al inquisidor si gozaba de fuero especial, y éste le respondió que sí, de ambos: activo y pasivo": *Ibid.*, fol. 166.

[302] *Ibid.*, fol. 242. La implicación de los ministros del Santo Oficio – de algunos - en los conflictos locales aparece también en fuentes no inquisitoriales. Álvarez Rixo (s/a], 75-6)- cuenta que después de deponer al comandante general Cagigal en julio de 1808, y al gobernador nombrado por éste, D. Bartolomé Lorenzo Guerra (el protegido de un "hombre rústico, que ni aún sabía leer, pero muy acaudalado", que regalaba cosas de muchísimo valor al comandante general), que agraviado pasó a España en busca de justicia, la Junta de Tenerife nombró gobernador de Lanzarote al ayudante mayor D. José Feo y Armas, vocal por dicha isla en la Junta: "El Gobernador interino D. Josef Feo y Armas, pero principalmente un tío suyo de su propio nombre, clérigo intrigante y rico, Comisario del Santo Oficio, y sus parciales, juntaron un Cabildo a su modo a los primeros meses del año 1810, prendiendo y haciendo fugar a varios sugetos que

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2006

3.11.1.1. D. Manuel Pérez Domínguez Rixo.

Para terminar este capítulo vamos a completar esta serie con cuatro historias, un poco más largas, de otros tantos conflictos en los que se vieron envueltos comisarios del Santo Oficio. Esto nos ayudará a perfilar la figura del comisario, que -a pesar de su importancia- aparece un tanto desdibujada en la historiografía inquisitorial.

En 1725 el corregidor de Tenerife, teniendo noticia de que el 29 de septiembre "amanecieron en el lugar de Icod unos papeles ynjuriosos, que estos se repitieron por dos noches, contra personas constituidas en dignidad, cuia noticia hasta este día no e tenido, ni el Alcalde de aquella jurisdicción lo a participado", abre "cabeza de proceso" y encarga al alcalde de ausencias de la localidad que, con sigilo, lo cierre[303].

Esa noche un grupo de vecinos habían estado tocando y cantando en la calle, delante de la casa de Juan Francisco Bello, oficial sedero, hasta altas horas de la noche. Habían hecho subir "al ciego de Garachico"; y "estavan diferentes mugeres en sus puertas oyendo cantar, y otros escuchando en la calle". La mayoría se recogió antes de la media noche, pero algunos se fueron paseando con los que tocaban y cantaban. Entre los que se quedaron – y al parecer no se "recogieron" - estaba Mateo Afonso, clérigo de menores, hijo del teniente Domingo Afonso, y un agustino, Fr. Luis. El hijo del sedero, que se fue con los músicos, al volver a su casa, "después del canto del gallo", vio un pasquín en casa de Gracia Domínguez. Avisó a su padre, y éste le ordenó que lo quitara. Pero él le contestó: "no señor, que están allí los encapotados y me arrojarán alguna piedra".

---

no se prestaban a sus intentos", etc. Pero no todos los ministros eran de este talante; poco antes un comerciante de Las Palmas anotaba en su diario: "En este día, 6 de octubre de 1805, domingo, murió el padre regente Silba, religioso agustino, estando en Guía. Dimanó su muerte, dicen, de una pesadumbre que le dieron los mismos religiosos, a causa de haberle hecho prior. En dicho día mismo le trajeron a su convento. Éste era calificador del Santo Oficio y de perfecta conducta, de cuya desazón le dieron unos vómitos grandes, éstos cesaron y le empezaron unos despeños, con los que fue a la tierra": Bethencourt (1996, 334).

[303] La documentación del caso está muy fragmentada: AMC, Inq., leg. CXXIX-38; CL-34; CLV-6; CLXXIV - 41 y 99; CLXXVIII – 59.

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2006

Uno de los que se retiraron - aunque tocaba la guitarra - fue el zapatero Manuel Antonio, que declara que al día siguiente por la mañana oyó decir a Juan Estrello - que fue a preguntarle si había andado por la calle y visto a alguien - y luego a otros, "que al dicho Juan Estrello le abían suciado el bastidor del liensso de la Bentana de su cassa, y que abía echado unos Paschines injuriosos, no save ni a oído decir quien". Uno que oyó leer el pasquín dice que "llamava de Moriscos a la dicha Gracia Domínguez y a su Madre y demás parientes". Pero esto es una interpretación. Otro testigo lo recuerda así: "Aunque más abonos hagas, siempre morisco has de ser, que es raza que no se acaba, antes buelve a reberdecer o a remanecer. Amén".

Los injuriados sospechan de Diego Mateo "por frequentar la calle de noche en essa ocasión y en otras, y por conosérsele a el dicho y a su padre opuestos a el referido comisario Don Manuel Peres Domínguez Rijo y a sus deudos". Porque los injuriados no son en realidad Gracia Domínguez y Juan Estrello, sino el comisario y *sus deudos*. Un testigo cuenta que Gracia Domínguez había tenido un pleito con una tal Josefa "barrilera" porque la llamó morisca, y el teniente D. Domingo Afonso y su hijo "la sacaron de la cársel fiándola de cársel sigura". El marido de Josefa le había contado a otro vecino que "estando su muger afligida por las palabras injuriosas que abía dicho a la referida Gracia Domínguez, pasó y habló al Theniente Domingo Afonso, quien le dixo que no se afligiese que el lo justificaría. Y save el declarante que a la queja de dichas injurias a sacado la cara el comisario D. Manuel Peres Domínguez Rijo, como deudo de las referidas quejosas"; y que el teniente D. Domingo Afonso había dicho a una tal María "la Perniquena", "que como una ves que el sacó la cara se le calló al Comisario, y que si fuera menester se lo pondría en papeles". Otro testigo declara que antes de los pasquines oyó decir al teniente D. Domingo Afonso en casa del Capitán D. José de la Santa Castilla Molina, "alcalde propietario" - el que no informó al corregidor – "que con un palito de romero provaría lo que dijo la muger de Antonio Pérez herrero" (Josefa "barrilera"), y que no sabe que "en el estado presente" tenga otro enemigo el comisario.

El corregidor condenó a D. Domingo Afonso a no entrar en Icod ni sus contornos bajo multa de 500 ducados. Luego su abogado presentó un escrito alegando

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2006

los atrasos de su cliente "y lo que es más, las enfermedades habituales que padece, la edad tan crecida [...] y hallarse Maiordomo del Convento de Monjas de Santa Clara de Garachico", y accedió a señalarle residencia en Buenavista. Esto fue el 28 de febrero de 1726. Poco después Afonso le presenta otro escrito en el que dice, entre otras cosas, que el comisario, en su hacienda del Miradero, había dicho "que handaba por coger uno que se hacía repúblico y que ia lo havía logrado, que era el dicho D. Domingo Alfonso, que le havía de majar bien majado, a él y a quantos de él procediesen, que para eso le havía costado la comisaría 15.000 rs en estas islas y otros tantos en la Suprema, y además de las repulsas opuestas a los testigos".

Cuando el comisario se querelló contra él en la Inquisición dirigió otro escrito al Consejo - "por vía de queja, apelación, nulidad, agravio u otro devido remedio" - que no le libró de la condena, el 9 de octubre de 1726, a la "recantación de Palinodia de dichas injurias de ser morisco [...] ante el Alcalde de Audiencias de dicho lugar de Icod y tres o cuatro vecinos los más principales, por ante los Comisarios D. Antonio González Ravelo y el Difinidor Fr. Pedro de Mora, que lo son de Buenavista y Garachico"; dos años de destierro cuatro leguas en contorno de Icod, multa de 300 ducados para gastos ordinarios del Santo Oficio, y costas.

> Y en atención a la relevante calificación de limpieza por todas líneas de dicho comisario don Manuel Pérez Domínguez Rixo, la reiterada pertinas supuesta nota y mérito de la causa se aperçiba en un día festibo de mayor concurso en la Iglesia de dicho lugar, por el comisario d. Antonio González Ravelo, y se haga saver a los vecinos y habitadores de dicho lugar no sean hosados, ni directa ni indirectamente, a poner nota alguna en la limpieza y modo de calificación de dicho Comisario.

La enemistad entre los Afonso de Vergara y los Domínguez Pérez Rijo se había iniciado, según uno de los testigos de abono de Domingo Afonso, cuando el comisario pretendió la reelección de un primo suyo como administrador y mayordomo del pósito en 1725, y los Afonso se opusieron, con la mayor parte de los vecinos, argumentando que la reelección iba contra las ordenanzas. Sea o no éste el origen, lo cierto es que la

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2006

heredaron sus descendientes. Años más tarde un nieto del teniente, que era vicario y beneficiado de Icod, denunció a un sobrino del comisario por celebrar en su convento la fiesta del obispillo. Los Alonso, que se habían sucedido en el beneficio, pretendían – a juicio del fraile - que "mi ynosente obrar pague las justas ydeas de mis antesedentes"[304].

Los Rixo, que se sucedían en la comisaría, parece que no ahorraban esfuerzos por aumentar el número de sus enemigos. El 1 de septiembre de 1740 Manuel Pérez Domínguez Rixo escribió al tribunal una carta que empezaba: "Arto siento se aia ofresido esta ocasión tan inpensada en que no puedo dejar de partisipar a VSSas. los esesos de algunos individuos [...] que no cesan de lastimar los créditos de los hombres de bien". Cuenta que estos individuos, que presumían de sabios y eruditos, hacían después de las funciones una junta en casa de D. Francisco María, "adisionando los loables documentos de los predicadores peritos, formando pasquines y nibelos famatorios [...] desluciendo las doctrinas tan relebantes de los referidos predicadores", y luego los echaban en las iglesias y en las celdas. Molestos con su sobrino, el comisario D. Diego Pérez Rixo, porque ejecutando un decreto del Tribunal obligó a uno de ellos a pagar la limosna de la función de San Pedro Mártir, hicieron un papel quitándole la honra, y lo fijaron en las calles de Icod. El papel, que adjunta, decía:

Yn siado [sic] Diego se halla
Coralla

[304] "Para que V.S. hagan juisio de los motivos del odio de los que an trasado esto, que es el Venerable Viccario y el Beneficiado D. Melchor Soperanis (porque el otro Sr. Bdo. firmó inducido y amedrentado de ellos, como está confesándolo) es de notar que el odio del Sr. Vicario nase del que trae su casa a mi familia, porque haviendo Domingo Alfonso, su Abuelo, denigrado del honor de la familia del Comisario D. Manuel Rijo, mi tío, se siguió la causa y esse Tribunal (cuios testimonios tengo) declaró que atento a la queja de la distinguida sangre y familia del Comisario, cantase dicho Domingo Afonso la Palinodia en uno de los días festivos en el púlpito de aquella Iglecia, fuese condenado en 300 ducados y quatro años de destierro. El Beneficiado Soperanis, porque tratando su calificación en tiempo que era comisario mi hermano carnal D. Joseph Perdomo, tal ves informaría como devía a esse Tribunal la vilesa de su familia, enlasada de Esclavos de la casa de Dª Leonor Linche y su Bisabuelo Juan Antonio el Inglesito haver venido aquí herege, no hallarse su B[autis]mo, ni saver lo tuvo ni sus Ascendientes, y aver havido entre ellos robos de la Lámpara de San Felipe. Y como estas gentes an susedido al Ministerio en que están (por desgracia del Pueblo mismo) quieren desempeñar sus circun[s]t[ancia]s y que mi ynosente obrar pague las justas ydeas de mis antesed[ente]s. Por juisio que han echo de la ida a esta Isla el año pasado con el motivo de la Comisión de Secretario de Visita, han pensado fui a pretensión de calificación, y como están lejos de que por mis antiguos me puedan atropellar mi limpiesa han querido formar artículo de ygnorante y ningún talento para oscurecer a esse Santo Tribunal alguna pretención que tenga, exponiendo lo echo en essa Isla. La distinción de los míos y sus christianas circunstancias las tiene esse Santo Tribunal a la bista"...: AMC, Inq., leg. LIV-28.

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2006

enpeñado de un barón
en nasión
que te quiere aunque seas fe
hebrea
con quien casarte desea
y no con Gonzalo Días
porque esperan al mesías
coralla, en nación, hebrea[305].

3.11.1.2. D. Marcelo Fernández Vasconcelos *vs.* Dr. D. Juan Mateo de la Guardia.

Los pleitos más ruidosos son aquellos en los que ambos contendientes son ministros del Santo Oficio (la igualdad los hace más violentos). Las "fuerzas" de D. Marcelo Fernández Vasconcelos y el Dr. D. Juan Mateo de la Guardia, estaban muy igualadas: el primero era beneficiado de la parroquia del Apóstol Santiago, en el Realejo de Arriba, y comisario; y el segundo beneficiado presidente de la misma parroquia y comisario de ausencias. A principios de 1737 el obispo mandó a este último que compareciera ante él, en Las Palmas, en el término de 15 días, so pena de 100 ducados; le señaló la ciudad por cárcel y le embargó sus bienes patrimoniales y los frutos del beneficio. D. Juan escribió al Tribunal solicitando su amparo, y pidiendo que se llevasen los autos al Santo Oficio, donde se sabría su inocencia y que D. Marcelo era su enemigo desde que entró a servir el beneficio, entre otros motivos por "no haber logrado la antigüedad o primasía"; y que busca por todos los medios perderle, "así en este Santo Tribunal como en el de mi Prelado". Para demostrarlo presenta certificaciones "en que consta no averme visitado en la llegada de Canaria, enfermo, cuando todos los clérigos y vecinos lo hicieron", haber obligado a declarar en contra suya a un testigo, y su enemistad con el alcalde.

[305] *Ibid.*, leg. CLXXVII-39. El comisario Diego Pérez Rixo, pasaba meses enteros en La Laguna, abandonando la comisaría, para "seguir pleitos injustos contra sus hermanas, moviendo en la familia dellos pleitos, ruidos y otras discordias y fogosidades, dejándolos turbados con harta nota y escándalo de este pueblo". En 1734 el Tribunal le manda "que no tome pleito de unas hermanas para seguirlos contra otras, ni las mueba ni inquiete, pues éstas tienen las unas sus maridos y las otras sus hermanos seculares para que las defiendan, antes bien les haga sombra para estrecharlas y unirlas en toda pas, y apartándolas de sesiones que escandalisen al pueblo": *ibid.*, leg. CLXXVIII-38.

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2006

El Tribunal quiere conocer la versión de D. Marcelo, y el 27 de mayo el notario del Santo Oficio le lee la carta de D. Juan. D. Marcelo dice que en su conciencia no halla haber faltado a la buena correspondencia con el alcalde, que la razón de estar "estimulado" con él proviene de diferentes agravios a su persona y estado, de que dio cuenta al Tribunal (aunque no de todos), y al "juez de las cuatro causas" que reside en Garachico. Éste puso presos al alcalde y a su escribano en Garachico, y por misericordia les movió la prisión al Realejo de Arriba, donde están y se les sigue su causa. También se quejó del alcalde al corregidor de La Laguna, por haberle quitado una venta que tenía para vender sus vinos desde hacía muchos años "por orden" (con autorización o licencia) de la Real Audiencia.

Los esfuerzos del obispo por "concordar" a D. Juan y a D. Marcelo - los llamó a Las Palmas y capitularon "tratados" en presencia del obispo y del inquisidor decano – no dieron resultado. El 7 de septiembre D. Marcelo se queja al Tribunal de los muchos pleitos que D. Juan "solicita" que se le pongan, "agenciándolos y prosiguiéndolos a expensas de su caudal propio muchos de ellos", haciendo lo mismo con sus hermanos y parientes; y asegura "que sin embargo de ser mi facultad la de abogado, y como tal libre para defender qualesquiera causas, no se probará el que me aya mesclado en ninguna contra el referido ni sus parientes".

El 12 de septiembre vuelve a escribir al Tribunal. En 1736, siete días antes de la fiesta de la Virgen de los Remedios, que iba a celebrar a su costa, había avisado a D. Juan en el coro, delante "de mucha parte del clero", aunque bastaba con decirlo al colector. Pero D. Juan, después de haberse cantado las vísperas y la misa, mandó retirar la procesión de la calle por donde iba, "con harto sentimiento de todo el pueblo, que noticioso de la función tenía barridas y enramadas todas las calles por donde havía de pasar, según el común estilo". D. Marcelo le representó el agravio que le hacía y mandó "incontinenti caminasse la procesión". Y porque le dijo "compañero, no teme que la birgen le condene (o le puede condenar) si se opone a su santo culto", se querelló contra él ante el juez de las cuatro causas, "suponiendo que le había injuriado". Y como este no procedió contra él, recurrió al provisor, que ordenó su prisión con embargo de bienes en el Puerto de la Orotava. Cuando el vicario de La Orotava se lo notificó, le dijo que se

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2006

hallaba "en funciones y diligencias del Santo Oficio", y el vicario devolvió el despacho al Provisor "bien enterado de mi inocencia". Ahora, al cabo de un año, el provisor le insiste al vicario para que cumpla el mandato bajo multa de 200 ducados. D. Marcelo pide que se avoquen los autos al Santo Oficio.

En enero de 1738 estaba preso en La Orotava, desde donde escribe al Tribunal pidiendo licencia para restituirse a su casa, beneficio y comisaría bajo caución juratoria o fianza, alegando los atrasos de su caudal, de sus feligreses, y del Santo Oficio (pues había dejado pendientes algunas diligencias). El pleito se prolonga - por lo menos - hasta 1744. Un auto del Tribunal de 22 de octubre de este año - al que "por evitar turbaciones y discordias públicas se aquietó el Provisor" - permite que ambos se reintegren a sus beneficios[306].

D. Marcelo tuvo muchos pleitos. En 1740 el alguacil de su pueblo se querelló contra él porque, cuando fue a notificarle una demanda que le habían puesto ante la justicia real por unos censos de viñas que debía, "me atropelló y arrojó al suelo, tratándome mal de palabras, y entre ellas que me havía de remitir preso en un borrico a este Santo Tribunal". El alcalde tomó declaraciones a los testigos y pidió al vicario de La Orotava que le castigase, pero éste le dijo que recurriera al Tribunal.

Un testigo, interrogado por el comisario de La Orotava, al que había comisionado el Tribunal para que recabase información, cuenta que cuando dormitaba en una esquina de la iglesia, se le acercó alguien preguntando si sabía donde estaba D. Marcelo. Le contestó que estaba diciendo misa. Esperó, y, cuando salía de la iglesia, se le acercó y le dijo que le notificaba un auto por orden de D. Alejandro de Orea[307]. D. Marcelo le respondió "que aquel no era puesto para notificar a hombre de honra como era él, estando allí su casa o las puertas de su morada". El alguacil le dijo "que mirara

[306] El obispo y su provisor remitieron los autos al Consejo. Éste, en carta de 24 de mayo de 1745, reprendió a los inquisidores por no haberles dado noticia de "un negocio de tanta entidad" y por haberse introducido en asuntos que de acuerdo con lo dispuesto en la acordada de 28 de noviembre de 1612 tocaban a los ordinarios eclesiásticos: AMC, Inq. leg. CXII - 15; CLV – 46.

[307] D. Alejandro García de Orea, aparece en la documentación como "administrador del adelantamiento mayor de estas islas". El censo sobre viñas que pretendía cobrar a varios eclesiásticos y seculares, decía D. Marcelo que nunca se había pagado.

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2006

que lo notificava", y D. Marcelo "le replicó segunda ves diciéndole no era puesto aquel para notificarle, y dixo dicho alguacil no savía de eso, a cuio tiempo el dicho D. Marcelo se indignó y dio a dicho ministro un empellón o dos, caiendo en el suelo dicho Alguacil, y levantándose del suelo dixo dicho alguacil al dicho Dr. que si acaso le avía dicho alguna rasón mal dicha, y respondió dicho D. Marcelo: vaia de ai, no me haga"...

Otros testigos dicen que con los empellones se le cayeron la capa y el sombrero, y que le tiró de los pelos. D. Marcelo asegura que solo le dio un empellón, sin decirle nada, pero que luego supo que tropezó en la acequia que pasaba por medio de la calle, que llevaba el agua al barrio de San Agustín, y aunque no le pasó otra cosa que mojarse la punta de la capa, su mujer le dijo que se pusiese en cama, que certificarían que estaba malo. Y termina diciendo -sin duda como por atenuante (había empezado haciendo referencia a "los fueros de mi persona") - que el alguacil es pobre de solemnidad y solo se mantiene de los derechos de su ministerio[308].

En 1743 se querelló contra él el sochantre de su iglesia porque le llamó borracho. Desde Santa Cruz de Tenerife, a donde había ido – dice - con ánimo de embarcarse para fenecer esta querella en el tribunal del provisor, escribió al Tribunal el 12 de diciembre contando que la noche anterior, al salir de la iglesia, le habían cercado los soldados en la Plaza del Castillo, con la bayoneta calada; y un notario le había notificado un auto del provisor decretando su prisión en el castillo, de donde no podía salir bajo pena de 200 ducados. Pidió al notario que suspendiese la prisión hasta cumplir con "la orden del Santo Oficio"; pero éste, tras consultar al vicario, le contestó que no podía quebrantar la orden de su superior. Los inquisidores le dicen que remita los tres ejemplares del edicto con la carta que los acompaña - esta era la orden - al eclesiástico que en su iglesia hace de párroco, "con cuyo medio se librará de este embarazo y quedará desocupado para seguir sus pleitos y conveniencias que tiene pendientes en el Tribunal del Provisor de este Obispado".

D. Marcelo se querelló -después- criminalmente en el Santo Oficio contra el sochantre (que se llamaba D. José Llanos, y era presbítero y bachiller). Dice que

[308] *Ibid.*, leg. XX-19; CLXIV-62.

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2006

habiéndole pedido por dos veces unas amonestaciones, no quiso dárselas; a la tercera le amenazó con dar cuenta al vicario para que le castigara su inobediencia, y no sólo no se las dio, sino que le acometió, lleno de furor y cólera, en su bodega[309]. El Tribunal le admitió la querella (el 30 de enero de 1744), y encargó la información al comisario de La Orotava. Los testigos abundan en la versión del comisario - "el Bachiller" había querido acometer "al Doctor" en su bodega - y afean aun más la conducta del sochantre[310]. El proceso inquisitorial se cierra (el 13 de febrero) con la contradicción del bachiller, a la información que "ha entendido" pasó a hacer el comisario de La Orotava: "contradigo qualquiera información hecha por dicho comisario por ser íntimo amigo suio, hasistiendo en su casa, aunque en la sacristía de la Iglesia hace la información, por lo que le recuso". Los autos ante el provisor ya se habían concluido[311].

En 1761 el comisario interino del Realejo de Abajo, D. Fernando Toste, se queja

[309] "insistiendo en la misma respuesta y llenándose de furor y cólera se echó a la calle y entró en la Bodega que tengo junto a mi cassa, en donde yo estaba con una Bela en la mano ensendida, y otros hombres trasegando un poco de vino, con voces descompuestas y al parecer con ánimo de maltratar mi persona por estar enemistado conmigo desde muchos años y ser hombre que ha cometido otros arrestos, de forma que me fue preciso requerirle se rretirara y pedir testigos de que me iva a provocar a mi propia casa; y aunque parese conosió su yerro pidiéndome perdón de rodillas, lebantándose luego dándome muchos abrasos y vesos, hechándose a dar saltos para el ayre diciendo que me quería más que a su Padre, más que a su Madre, a su vida y más que a su alma, porque le dije con palabras bien compuestas que se recogiera a su casa y se escusase de andar en Bautismos [...] sin ser mi ánimo injuriarle [...] me injurió de nuebo mi persona gravemente diciendo él es el que anda entre Bodegas, a solas se lo quería yo desir, en que declaró su deprabado ánimo, además de otras palabras que expresarán y dirán los testigos; y aunque Joseph García su padre, que corrió saliendo tras de él quando salió de dicha su casa diciendo ha hijo, ha hijo, conosiendo el asurdo e insulto que venía ha cometer, agarrándose de él le decía vámonos hijo, vámonos para casa, no fue posible el executarlo: antes sí dando buelta al brazo con la capa que traya o tirándola como al hombro, se volvía contra my, queriendo como envestirme, y no ostante que algunos de dichos testigos le aconsejaban que se fuera para su casa, se hechó a dar gritos en la calle pública, diciendo séanme testigos que el Dr. D. Marcelo me ha llamado de Borracho y castigado como al Alguacil de la Iglesia y a otros, de forma que viendo semexante descompostura el dicho su padre y otros de los circunstantes, haciéndose de él le llevaron y entraron en dicha su cassa que está pegada a mi dicha Bodega, y saliéndose luego a una Bentana que cae a dicha Calle, con las mismas voces altas y descompuestas volvió a rrepetir las mismas palabras injuriosas y otras hasta que el mismo padre y otras personas lo quitaron de ella y llevaron con violencia hacia dentro [...] concurriendo a esto el que haviéndose hecho un rrasguño en el carrillo con una sarsa en dicha noche [...] quando venía del último Batiado, publicó después haver sido yo quien se lo hice [...] a que también se llega el que también en otras conversaciones y corrillos me ha llamado de amancebado y marcelillo, además de otras palabras, todas infamatorias".

[310] Que el día de autos había estado en un bautizo donde brindó "diciendo allá va a la salud de esas Putas, de que resultó quexa", que "en el punto de arrestos de dicho bachiller save a tenido algunos por haverle dicho Josepha María que el dicho Bachiller era la causa de que su Padre huviese muerto, por haverle dado unos golpes en su casa Puerta, y que de ellos murió por no haverse levantado de la cama desde que se los dio", que no quería dar las amonestaciones si no le daban tres reales de plata, lo que nunca había sido estilo, etc.

[311] *Ibid.*, leg. CX-2.

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2006

de él al Tribunal por excusarse de asistir con "pretextos frívolos" a la función de San Pedro Mártir, y dice que estuvo suspenso de su empleo en el Santo Oficio, y que lo recuperó por la intercesión del P. Maestro Figueredo, "y no dudo que sabrá justificar por su propia voluntad lo que quisiere en aquel lugar para ponerse bien, porque por su genio los más le tienen miedo, y los pobres se ben oprimidos, porque como Párrocho tiene muchos modos de mortificarlos"[312].

3.11.1.3. D. Miguel Antonio Guadarrama *vs* D. Cristóbal Martínez Méndez.

Uno de los conflictos más ruidosos, y que causó más escándalo -bien que en un ámbito muy reducido-, fue el que enfrentó al comisario interino de la isla de El Hierro, D. Miguel Antonio Guadarrama, con el comisario de ausencias, beneficiado y vicario de la isla D. Cristóbal Martínez Méndez[313]. El 17 de julio de 1761 el Tribunal escribía al Consejo que en la isla, "la más distante de esta Capital y de acceso difícil por su peligrosa navegación", venía sirviendo como comisario interino desde hacía veinte años D. Miguel Antonio Guadarrama, natural de ella,

> y deseando continuar haciendo pruebas de su legitimidad y limpieza, introduxo instancia en 4 de Julio de 1757 para su admisión, desde cuyo tiempo, por las demoras que son inevitables en las distancias y travesías de mar que dividen estas Islas, solo hemos podido habilitar las diligencias de su ingreso.

El pretendiente era de las familias más ilustres y bien enlazadas de la isla, descendiente en parte de los señores de la isla y a su casa se la llamada la "de los Caballeros". Pero habían tenido que negarle el ingreso y remitirlo al Consejo

> porque se hallan muy notados en los registros los apellidos de su generación, y

[312] *Ibid.*, leg. XLVI-3. "De la misma manera procura escusar de la obligación al ministro Alguacil, que aunque no tendrá título, porque todo lo hace como quiere, le sirve en el ministerio en las funciones del Edicto y anatema, que es Antonio Fernández, su sobrino, manco y ridículo, que es y a sido grande irrisión verlo con la vara en la mano". Al año siguiente, se queja de un daño que le hicieron sus peones, de que -desoyendo el mandato del vicario y el provisor - no le paga las misas que tiene servidas en su beneficio, "así de comunal como de pueblo y quadrante", y menciona una multa que le impuso el Tribunal cuyo importe se dio a las casas de penitencia.

[313] La documentación está muy dispersa: AMC, Inq., leg. I-D-30, fol. 217 ss.; XVII-5; XCIX-9; CXI-13; CXIII-27; CXXXIII-5; CLXXV-131; CLXXVII-76; AHN, Inq., leg. 1827, nº 22 y 3735, nº 52.

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2006

señaladamente el de Varrera, que se confunde con el de Varreda, y traba con el de González, que convienen con los de su madre, como por obstarle el visible justificado enlace con D. Nicolás Peraza de Ayala, su quarto avuelo por línea paterna y quinto por la materna, que fue penitenciado por este Santo Oficio en 10 de Noviembre de 1574 a que en un día de fiesta oyesse Missa pública en la parrochia de esta Ciudad por proposiciones[314].

Aunque era de arreglada vida y costumbres, continua el Tribunal, estaba "insultado" con cierta sospecha desde 1757, en que al poco tiempo de haber pasado a servir en aquella isla el beneficio, la vicaría y la comisaría de ausencias del Santo Oficio D. Cristóbal Martínez Méndez, ministro calificado, natural de isla de La Palma, se introdujo entre ellos una "furiosa emulación". Pero según lo que han podido averiguar por medio de D. Nicolás Massieu Salgado, familiar de La Palma, a quien cometieron la averiguación, son en lo substancial calumnias y temeridades. Piden que lo despachen favorablemente, como premio a sus muchos años de servicio, "para que logre este consuelo y satisfacción de su honor, y el Santo Oficio un Ministro propietario, que siempre ha sido tan raro como preciso en aquella incomunicable distancia para el cuidado de sus negocios".

En esta carta - la primera noticia que tuvo el Consejo[315] de un conflicto que, como vemos, se remonta a 1757, y que fue, seguramente, el motivo de la solicitud de D. Miguel - se resumen, casi instintivamente, las claves del conflicto: el cruce de jerarquías (inquisitorial y eclesiástica), las cualidades de natural y foráneo, el honor alegado y reconocido y el honor justificado (la calificación), y la "furiosa emulación" resultante de esta desigualdad en la igualdad, de este equilibrio inestable. Los motivos – lo que alegan las partes, las acusaciones que se cruzan – para los inquisidores es lo de menos (aunque para nosotros no carecen de interés).

El Tribunal estaba convencido de la culpabilidad de D. Cristóbal; le había

[314] Y a un año de destierro, abjuración de levi y 200 ducados de multa. Era hijo bastardo del conde de la Gomera.

[315] Y probablemente la última. En la documentación no consta su intervención en el conflicto, ni siquiera que se le dé cuenta.

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2006

llamado a Las Palmas por auto del 12 de enero de ese año. La información que envió el familiar en noviembre de 1760 acabó de convencerle; D. Cristóbal era culpable, si no de las faltas de que le acusa su adversario, sí de lo que al parecer más preocupaba al Tribunal: las discordias.

D. Cristóbal "heredó" la enemistad de otro beneficiado, también foráneo, en este caso de La Gomera, D. Antonio de Armas, con el que hizo buenas migas en cuanto llegó a la isla. La isla solo tenía dos beneficios, y con la llegada de D. Cristóbal, D. Miguel se vio despojado del que servía interinamente, y de la vicaría. En una carta al Tribunal de 23 de noviembre de 1760 [316] - al que dice ha acudido "por no hallar en otro Justicia a mi defensa", después de padecer "sonrojo tan público como fue D. Cristóbal Martínez haberme hecho passar a la Isla de Tenerife, en descrédito no solo mío sino del empleo que exerzo" - D. Miguel da su versión de los primeros enfrentamientos:

> Espero en la Magestad de Dios dará a conocer Vsía que todo el odio de éste y su compañero me ha provenido de ataxarles sus escándalos y exesos. Por esto me ha querido D. Christóbal Martínez imputar a los 50 de mi edad lo que no tuve en los 20[317]. Y lo cierto es señor que desde el día que entró en esta Isla D. Antonio de Armas le hospedé en mi casa con toda su familia cuatro meses, además de aberle suplido todo el costo de su transporte; pero hallándome vicario en ésta, en cumplimiento de mi obligación y por razón de amistad, le dixe mirase por su crédito y por el de una casa honrada donde con voces públicas se ardía esta república. Llegó a tal el caso que la murmurada fue a mi casa pidiendo diborcio, y siendo éste cosa tan delicada, le pedí me diese causas que hiciesen fuerza. Y no dándome otras sino que su marido le pribaba la comunicación, hice empeño y conseguí se bolviese a su casa. Pero visto que mis consejos ni la aspereza de su marido no surtía efecto a que no comunicase con dicho Beneficiado ni con su hermana Beata, recurrí al Ilmo. pusiesse remedio antes que llegase a mayor desgracia. Mandó se mudase de dicha cassa en que bibía por la inmediación a la

[316] D. Antonio ya había abandonado la isla – murió en Tenerife en enero de 1760 -, y el familiar había regresado a La Palma - 14 de noviembre de 1760 - después de hacer su información.

[317] Era mayor que D. Cristóbal, que tenía 33 años cuando llegó a El Hierro. Otro dato a tener en cuenta.

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2006

dicha.

Sr., éste era un hombre que yendo yo a oras de las cinco de la tarde a la Iglesia, de buelta a mi casa oí una gran bulla casa de D. Antonio Dávila, y entrando en dicha casa hallé a dicho Beneficiado desnudo y sin camisa, paseando en la sala, y otros excesos que por tan indecentes y en tanta publicidad los omito en ésta. Y el que se ofresió averle hallado, cassa la dicha con quien causaba escándalo, vestido de muger, sentado en una silla, fingiendo estar de parto. Vistos estos desórdenes, y que no podía mi inutilidad ponerles remedio, renuncié la vicaría, y mi carta escrita a Su Iltma. supe se abía publicado en esta por averla remitido a D. Christóbal Martínez, con lo que tomó motivo para cautelarse de mí, de quien abía recibido no menos beneficio que el otro. Pero biendo yo que le excedía también en los mismos escándalos, pues con una niña de la primera distinción, huérfana de Padre, se notaba su trato, que iba a su casa desde por la mañana y salía a las ánimas, y algunas ocasiones por las bentanas, no pude menos que darle a entender el enfado que tenía, mirando a ser mi parienta, y lo que resultó desto fue que a un sobrino mío, hijo de una hermana, en quien quería dejar mis bienes, me lo persuadieron por disp[osición] de dicho vicario, y de repente lo casó con la misma con quien lo mormuraban. Y aunque le di mis consejos, aviéndolo savido dicho Vicario, le incitó a mayor venganza. Y no contento con esto, porque en el lugar del Golfo, donde tengo mi hacienda y capellanía, que por obligación debo decir misa cada 15 días, y quando iba a esta obligación y al cultivo de mi hacienda llamaba a una muger casada para que me hiciese de comer, por ser esta criada en la isla de Tenerife, que en aquel lugar no ay quien lo sepa hacer. Y teniendo muchas ocasiones huéspedes de cumplimiento, como estubo dicho Vicario muchos días de recreo, me pagó la fineza, a la ora que supo sentía mal su comunicación y que llebé a mal el casamiento, escribiendo a Iltma y llamando sugetos para macular mi honrra, haciéndome causa que daba escándalo la entrada desta criada en mi casa con su marido, todo dirigido a actos de venganza, porque no consiento sus amistades con mis parientas, y no me pongo de su parte en los disgustos y enemistades que le resultan.

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2006

En 1758, cuando D. Diego Álvarez Orejón visitó la isla por encargo del obispo, "uno o dos sujetos" le dieron cuenta del escándalo que causaba el comisario. El visitador le llamó y amonestó, y le mandó que echase de su casa - por los medios más prudentes y proporcionados - a la mujer con la que causaba escándalo; lo que D. Miguel prometió e hizo. El visitador no le hizo causa porque le pareció bastante la corrección, y porque hizo "algún juicio que mas bien sería calumnia y malas voluntades", y también porque se formó una buena opinión de la vida, ejemplo y capacidad de D. Miguel[318].

El 15 de mayo de 1759, el comisario escribe al Tribunal diciendo que cuando pasó recado al sochantre para que amonestase al pueblo que el día de la lectura del edicto no habría misas en los campos, el vicario, D. Cristóbal Méndez "se tomó a su cargo en persona por sí mismo" amonestar que sí las habría; a lo él que se opuso "por no inbertir el antiguo costumbre", y no se dijeron. El día del anatema los dos beneficiados, D. Cristóbal y D. Antonio de Armas, habían salido "a celebrar fiestas con sermón en lugares distantes una legua de esta Villa, por lo que únicamente concurrieron poco más de quarenta personas". D. Antonio se había negado a darle la Paz en la lectura del edicto y D. Cristóbal le había "conminado" con el obispo.

Cuando se pide a D. Cristóbal que informe sobre el contenido de la carta, éste cuenta que en la ermita de San Andrés, distante dos leguas de la Villa, donde se hace la mayor parte de la sementera, se estaban haciendo rogativas públicas por la plaga de cigarra. Se había llevado allí la imagen de San Agustín, "a quien veneran por Patrono y defensor de la precitada langosta en esta Isla", y todos los domingos y festivos se le cantaba una misa y hacían plegarias. Como el comisario no había avisado ni a los beneficiados ni al sochantre de la lectura del edicto, el domingo anterior amonestó al pueblo para que fuese a la citada ermita. Pero cuando el capellán al que había encomendado la misa ese domingo le "insinuó" la prohibición del comisario, le dijo "que estaba muy bien", y avisó al sochantre para que tampoco dijese misa en la ermita de Santiago. Luego preguntó al comisario si el día del anatema se practicaba lo mismo, y le respondió que no. Por si acaso se lo volvió a preguntar al sábado siguiente, víspera del anatema, por medio del alguacil de la iglesia y obtuvo la misma respuesta. Es

[318] Carta de Álvarez de Orejón, de 2 de julio de 1761, desde La Gomera.

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2006

verdad, continua diciendo, que había escrito al obispo sobre quitar la misa de los campos, porque sus moradores no iban a la lectura del edicto. Pero la Paz, aunque era una novedad, no se la había negado. Para terminar dice que ha recibido algunas quejas del comisario, cuyas causas le "sonroja decirlas, y más por escripto, a V.S., pues solo de voca pudiera expresarlas, y con todo havía de turbarme para referirlas"[319]

El mismo día que hacía esta declaración, el 26 de junio de 1759, escribe al Tribunal diciendo que no expresó los motivos que tiene el comisario para ponerle a mal con el Tribunal "por no manifestarlos en presencia de todas las personas que concurren al despacho de las cosas que pertenecen al Santo Oficio"; pero que se ve precisado a declararlos para que se conozca su inocencia y la malicia del comisario. Dice que cuando se fue el visitador volvió a la comunicación que tenía con la mujer casada de El Golfo. Y como le dieron nuevas quejas - entre otros por el alcalde – pasó a su casa y le dijo "lo que devía practicar en este assumpto". Le hizo las mismas promesas que al visitador, pero no las cumplió, por lo que se vio precisado a dar cuenta al obispo.

Seguramente el Tribunal no había recibido todavía esta carta cuando le encarga, el 17 de agosto, la compulsa de varios instrumentos tocantes a la genealogía de D. Miguel, y un informe sobre su vida, costumbres, limpieza y reputación[320]. Todo el mes de agosto de 1759 lo pasó D. Cristóbal en El Golfo, con D. Antonio de Armas, la hermana de éste, Eufemia, y el P. Definidor Fr. Baltasar Quintero. Luego D. Antonio se

[319] "Verdad es dixe al expresado comisario havía de escrivir a V.S. y al Iltmo. Sor. Obispo sobre quitar las missas en los campos el día del edicto, porque persona alguna viene a la Villa (a excepción de algunos vecinos del lugar de Barlovento, pues éstos por inmediatos, con edicto o sin él, siempre concurren), a ver que determinaban los superiores en concurrencia del mandamiento de la Iglesia y el de V.S., quando ni uno ni otro se cumplía. Esta fue sesión privada y amistosa que entre los dos tratamos, no oposición a lo determinado por esse Santo Tribunal./ En quanto a la Pas devo desir que este año que concurrí, sé que se dio a vista del mismo Beneficiado, y nada le he oydo disputar sobre ello, ni al sachristán se le ha prohivido tal cosa, y que esto lo introdujo habrá dies años D. Joseph de Sosa, Beneficiado que fue de esta Iglesia, porque antes no se practicava, esta es la verdad ingenua y me ofresco a la prueba, siempre que V.S. den comisión para que se me admita./ Este comisario quitó siendo Vicario a un pobre 200 rs., sin haverle hecho cosa alguna, y solo dice que los quitó para la fábrica de la nueba Iglesia, que no es así. Este y otros piden y claman justamente. Yo no me quiero introducir en jurisdicción que no me toca. V.S. digan que devo hacer en este caso, porque de mandarles ocurrir allá es imposibilitarlos, y de no extraerle el caudal de estos pobres es Justicia que clama al cielo./Las causas de estas quejas me sonroja decirlas, y más por escripto, a V.S., pues solo de voca pudiera expresarlas, y con todo havía de turbarme para referirlas. Quién es este Comisario lo pueden V.S. preguntar al Iltmo. Sor. Obispo, pues lo conose mejor que yo".

[320] Uno de los cargos que se le hacen a D. Cristóbal en noviembre de 1761 es haber desobedecido esta orden "con el pretexto inconsecuente de remitir al obispo una sumaria de incontinencia contra dicho Guadarrama".

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2006

embarcó para Tenerife, dejando a su hermana en la isla. Ésta, al poco, se fue a vivir a casa de D. Cristóbal. En noviembre, el día de Todos los Santos, apareció este pasquín en la puerta de la parroquia[321]:

Amaina, puta palmera,
con el morro de viata,
porque esa puta voracha
te precipita en lo eterno.
Mira por ti gran carnero,
dexa ya de fornicar
a la puta tan jovial,
que si tu bien lo supieras
no aya miedo que metieras
tu pinga en tal lodasal.

Y tu, gran puta gomera,
vien te puedes disponer,
porque aquí as de padeser
o as de soltar la tierra.
Safa, p. Anavolena,
causa de tantas traxedias,
coxe luego las veredas
dexa a ese gran fornicario,
mira que como es vicario
te pone a qto. las peras.

No ves esqueleto en pie,
o cadáver sin aliento,
que te causa gran tormento
el fornicarla de pie.
De pie se entiende porque
la fornicas a pie quedo,
deviendo mirar Palmero
eso no se hase a prisa,
antes si con fiesta i rrisa
espacio que cresca el niervo.

Mandaste solo a tu hermano,
grandísima valandrona,
porque te gusta la polla
de ese pícaro palmero.
Vastante se ha murmurado
así lo dexaras ir,

[321] Y en otros lugares públicos. Un testigo declara en la información que "recogió uno que pusieron dos embosados en la puerta del convento de San Francisco de esta Villa, una madrugada que se levantó y pasó por la plaza, yendo a casar, y cree que lo tiene en su casa".

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2006

deviéndole tu seguir
dexando a ese fornicario,
no mirar a que es vicario
que en el infierno a de arder.

Muchísimas, valandrón,
vofetadas das si[n] mano
a qn. es más vien criado
y con otro pundonor,
saviendo que tu nación
solo es de un cavuquito.
Aque[s]to mira primero
si quieres vituperar,
no pudiendo tu alcansar
de ellos ni al ojo trasero.

En diciembre aparecieron otros dos; el primero decía: "Sr. vicario, su moza Quintera se dice en [toda] la Villa que está preñada de Vd. Tápela por su honra y porque no lo sepan sus amigos los flayres"; y el otro, con un sobrescrito para el padre de ésta: "Sr. Juan de la Cruz, su hija Quintera está preñada de su amo el Palmero, sáquela de su casa antes que atrás de éste le haga otro".

D. Cristóbal pidió una información de los que reconocieron los pasquines, y se querelló ante el alcalde mayor contra los que resultasen culpados. Presentó también unos recibos del P. Guardián Fr. José Garrido, para confrontar la letra con la de los *pasquines.* El alcalde mayor se inhibió y remitió los autos al obispo. Los maestros de escuela del colegio de la Compañía de Jesús de Las Palmas, declararon que la letra de los pasquines era la misma que la de los recibos. El Guardián y Fr. Juan García, escribiente del comisario, fueron llamados a Tenerife por sus superiores. Cuando se embarcaban D. Cristóbal dijo "que ya iban dos de los autores para Tenerife, que luego iría el otro". Y, en efecto, aunque no logró encausar a D. Miguel, éste tuvo que sufrir el "sonrojo" de pasar a Tenerife.

Antes de que aparecieran los pasquines, el 20 de junio de 1759, D. Cristóbal había recibido en Valverde una denuncia de Fr. Manuel Hernández Gaznate contra

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2006

Francisca Pérez, la vecina de El Golfo cuya relación con el comisario causaba, según el vicario, tanto escándalo. Decía que la tal Francisca, mujer de Cayetano de Acosta, le había pedido el día de San Antonio "un vocado o alguna partecita de la Hostia Consagrada, y que ésta se la guardase para dársela después de haver dicho Misa, y que era esto para una necesidad precisa". Por complacerla le dio la hostia, pero no consagrada, pensando que sería para cerrar alguna carta. Después de los pasquines, el 8 de marzo de 1760, en otra denuncia sobre el mismo asunto, el comisario aparece explícitamente implicado. D. Felipe Bueno, vecino de La Gomera, decía que en julio del año anterior (sic), "estando en su casa de campo que tiene en el lugar de San Andrés, recogiendo granos", llegó Fr. Manuel Hernández Gaznate y le contó que estando en el Golfo diciendo misa, se le acercó Francisca Pérez y le pidió un pedacito de hostia para hacer una cura a la mujer del Sargento Juan Quintero, vecino también del Golfo, por estar maleficiada, y que había ido a denunciarlo al comisario D. Miguel de Guadarrama y éste le dijo "callase la boca"[322].

[322] Cuando es llamada a declarar - el 8 de abril de 1763 - Francisca Pérez dice que se la pidió para "cortar el aire", por sugerencia de una vecina de El Pinar; que el fraile después de dársela – se la cosió él mismo en un papelito doblado en un escapulario de la Virgen del Carmen que Francisca llevó puesto un año, hasta que se puso viejo y lo dejo en la ermita, arrimado al nicho de la Virgen – le dijo "algunas palabras impuras y solicitantes, y por no haberlas admitido la declarante dicho Padre se quejó y retiró, de modo que no le hablava. Y conosiendo ésta el retiro de dicho Padre, se lo dijo a su marido y a su tía, añadiendo que el Padre, porque le dio la hostia, discurría que ella era alguna muger común". Su tía se quejó al Guardián, que ya no le volvió a enviar a El Golfo a decir misa. El 22 de abril es llamado a declarar Juan Quintero; dice que Francisca tuvo unas palabras con su mujer y la amenazó "que tal día vería el Plato que la havía de embiar; el mismo día que señaló la dicha Francisca Pérez volvió su muger a recaer enferma" y a los dos años murió. Oyó decir también que en casa del comisario amenazó a una tal Reyes Peraza y otro día, en el mismo lugar, le hizo tomar unas sopas "y desde entonces se fue poniendo la dicha Reyes loca, de modo que perdió el juicio; y que por estos motivos asía juicio el declarante que la dicha Francisca Pérez havía quitado la vida a su muger, y que entre los vecinos allí se sensurava, se tiene escrúpulo de la expresada Francisca Pérez". En su informe, el comisario de ausencias dice que la mala conducta del fraile es tan pública que a nadie se le oculta, "además de ser preocupado de la mayor idiotez, no se be nunca libre de la embriaguez, por herencia de su criación, pues a su Padre llegó a conoser; siendo de éste fraile su continuo vivir y andar en las Bodegas y tabernas, hasta llegar a tropesar, y con una Alforja en el Brazo por las calles pidiendo vino para llebar al Convento que beber quando en las oras de recojimiento no puede salir [...] la Barvaridad en que viven los Herreños por falta de algún médico que les desengañe, les obliga a creher que todos son Hechizos quanto llegan a padecer, y por sus quimeras ponen los ojos en qualesquiera sujeto que les amenazó, sin que nadier [sic] de semejantes conceptos les pueda sumover, creiendo como de fe que traiendo consigo reliquias se libran de enfermar, dándoles cosas de la Iglesia venditas, con Pedacitos de piedra de Ara, Purificadores y Incienso, Sera del Cirio Pasqual y otras cosas semejantes para engañarles, y por este medio poder beber, y llegando esta noticia a algunas embusteras procuran de esto mismo para comer y también beber, como actualmente lo ejecuta Francisca la Cimeona, [...] y muchos llenándoles las Barrigas de Piedra molida, diciendo que es sagrada, les llega a matar; y predicándoles y corrigiéndoles lo contrario no hacen caso, por tan antiguo abuso de creer, advirtiendo en ésta Isla en muchas cosas gran gentilidad, porque todos aquí caminan vajo de su formación, lo que solo save sentir el que por nacido y criado fuera de esta Isla les llega con cuidado a observar". El 29 de julio de 1767 el Tribunal votó la prisión del fraile con embargo de bienes, y que se le siguiese la causa hasta la

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2006

El 19 de marzo de 1760 D. Cristóbal escribió al Tribunal quejándose de los procedimientos de D. Miguel, al que consideraba el verdadero autor de los pasquines ("como no pudo este mal sacerdote malearme con mis superiores, antes sí fue reprendido agriamente, se valió de frailes tan indignos sacerdotes como él para que me pusieran los pasquines"). D. Miguel se querella entonces contra él en el Santo Oficio, porque "mancillando su honor, crédito y reputación" ha publicado que es el autor de los pasquines. Y el Tribunal, que hasta entonces no había tomado ninguna medida, comisiona el 18 de julio al familiar de La Palma D. Nicolás Massieu Salgado para que pase a El Hierro y reciba información. Se le pagarían 40 reales por cada día que permanezca en la isla, que cobrará "por ahora" de D. Miguel (sic), además de los fletes del barco. Cuando D. Nicolás, desde La Palma (el 16 de agosto), acusa recibo de la comisión, dice que D. Cristóbal "se embarcó de esta isla [La Palma] para aquella [El Hierro] mal con migo, a causa de que en un pleito que sigo sobre una hacienda que me vendió D. María de Almeda". Y aunque él no le manifestó resentimiento ni le escaseó "las atenciones políticas", D. Cristóbal se las negaba siempre, "y teniendo presente el perjuicio y daño que me hizo me discurrirá interiormente desafecto y enemigo oculto; y aunque yo en nada faltaría al cumplimiento de mi christiana obligación y conciencia, si permanese en aquel concepto fomentaría nulidades en la prosecución de la causa".

El Tribunal le responde el 29 de agosto que sin embargo de lo que representa se haga cargo de las comisiones – pues son varias, aunque casi todas relacionadas con este pleito -. Se embarcó el 14 de octubre y llegó a El Hierro al día siguiente a las tres de la tarde. El día 16 ya estaba recibiendo declaraciones[323]. Permanecería en la isla un mes

definitiva. Pero el Consejo - el 10 de noviembre - mandó que se diese comisión a la persona que parezca oportuna para que la reprenda, conmine y advierta: AHN, Inq. 1827, nº 22.

[323] Las primeras declaraciones – y el primer informe del familiar – tratan de la atribución por D. Cristóbal de la autoría de los pasquines a D. Miguel, que es el motivo por el que éste se querella y se encarga la información. Todos los testigos lo afirman y hablan del genio pacífico, buenos modales, etc. de D. Miguel. Una tejedora, Rita Padrón, declara que cuando D. Cristóbal le dijo que D. Miguel era el autor de los pasquines le respondió "Jesús, Señor, no diga tal cosa, porque el comisario D. Miguel es la honra del Hierro; y entonces le dijo dicho Vicario: si él es la honra del Hierro mui honrada está la Isla [...] y la testigo le dijo que tal cosa no creía, y que essos enredos de pasquines solo después que vino dicho Vicario y su compañero, que eran forasteros, es quando los había habido en la tierra". El Tribunal manda tildar de las declaraciones lo que dicen los pasquines - "muchas infamias y porquerías"- y las expresiones inconvenientes - el trato ilícito con la "Beata Gomera", que D. Cristóbal era "de los que tenían trato con mujeres por los muros", etc. - y que se copien en papel aparte.

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2006

justo, hasta el 14 de noviembre. Antes de concluir su comisión envía varios informes, todos favorables a D. Miguel Antonio Guadarrama. Ya en el primero, del 31 de octubre, dice que "hallándose dicho D. Christóval enemistado con los Religiosos Franciscanos y su Guardián, Fr. Joseph Garrido, por unos pleitos que seguía contra ellos por sus derechos Parroquiales[324], se le pucieron en dos ocasiones diferentes pasquines infamatorios [...] Y con este motivo fue público que el referido D. Christóval no sólo hizo juicio y propaló que dichos Religiosos fueron authores de los pasquines, sino también que el D. Miguel, aunque por sí no era capaz de hazerlos, tubo prenda y concurrió a ellos".

En el informe del 8 de noviembre -para las pruebas de ingreso- dice que habiéndose informado de trece personas ancianas, timoratas, etc., todas convienen en que D. Miguel "es de buena vida, fama y costumbres; bienquisto, que se porta con mucho honor, recogimiento y estimación, que está reputado, y lo mismo todos sus mayores, por limpios y principales de aquella Isla, descendientes de los Señores en parte de ella, y que aquellos naturales les llaman la casa de los caballeros". Y cuando concluye las diligencias, el 11 de noviembre[325], informa sobre las dos "denunciaciones" que se habían hecho contra D. Miguel - "una de que no es idóneo para empleos de superioridad, no obstante de que para otras muchas cosas no le falta suficiencia; y la segunda de que se ha seguido público escándalo de el trato ilícito que tubo con la muger de Cayetano de Acosta en el pago del Golfo"... - y sobre la denuncia contra D. Cristóbal Martínez Méndez por trato ilícito con una mujer sospechosa.

Sobre la primera dice que habiéndose informado de personas "las más autorizadas, independientes y fidedignas" halla que D. Miguel "es bastantemente racional, idóneo y apto para empleos de superioridad, que es comisario del tribunal de

[324] En un manuscrito de 1772 se dice que el convento de San Francisco tenía 14 religiosos, "y su prelacía [era]muy apetecible en esta Provincia, por lo pingüe que es la devoción de estos Naturales [...] y regularmente se da a ahijados de Provinciales. *Raro es el que se entierra en la Parroquia: solo casi el pordiosero, y así [para el convento] es su producto grande*; pero no por eso se aumenta ni compone el Convento, [que] es un corral [y] no tiene [ni] necesario [: retrete]": Darias Padrón (1943, 302-3). Bien pudo ser ésta – lo subrayado por nosotros – la causa del conflicto.

[325] El notario del Santo Oficio, Juan Martín Mederos, certifica este mismo día que D. Nicolás Massieu "a estado despachando todos los días, desde las ocho de la mañana, hasta la una, y muchos días hasta las dos de la tarde, sin comer, para despachar a los sujetos que a llamado; y de las tres de la tarde todos los días hasta las orasiones, y mas de cinco o seis días, hasta las Animas, sin sessar, para dar cumplimiento a su comisión, y despachar las personas que venían, algunas de cinco leguas de camino".

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2006

Cruzada y ha sido Beneficiado servidor de aquella Isla y vicario de ella, cuyo empleo renunció ay pocos años. Que se porta *con mucha estimación* y recoximiento. y que ninguno ay en esta Isla, de sus naturales, proporcionado para empleos maiores como él". Sobre lo segundo, después de haberse informado de más de cuarenta personas, dice que no hubo trato ilícito, "porque la entrada que ésta tubo en su casa del Golfo fue a hacerle de comer, que no ay quien sepa hacer en aquel Paraje, y ella por haver en Thenerife estado de criada de D. Roberto Laxanti, lo sabe hacer y planchar. Y iba solo de día y bolvía a la noche con su marido a su cassa. Sin que de ello apereciese nada malo, ni otro escándalo que el que se ha hecho en descrédito de D. Miguel."; que el notario de los autos que se hicieron por orden del obispo, D. Tomás Espinosa, enemigo de D. Miguel y amigo íntimo del vicario, le dijo que "poco producían" y que el vicario los recogió "origis"; y preguntándole con disimulo se enteró de los nombres de los seis testigos que le dijo habían declarado, y estos "me dicen que no juraron haver visto la menor acción de escándalo, y que si otra cosa consta en sus declaraciones no lo dijeron, y solo dos saben firmar". Sobre el trato ilícito del vicario

> Debo decir a V.S. que ésta es D ª. Eufemia de Armas, Hermana del Beneficiado D. Antonio, difunto: Y jusgo que poco escándalo debía haver en que se comunicasen por el que suena muro en la distancia, porque éste a vista es una pared de piedra seca, de poco más de vara de alto, que divide los corrales de una y otra casa. Pero aviéndosele por esto puesto pasquines a dicho Vicario, notándoles indecentemente de trato con esta muger, no solo no evitó su comunicación, sino que serrando la casa en que vivía la llevó a la suia, con quien la he hallado viviendo, con mucha llaneza y estrechez. Que sobre los antecedentes, y ser estos naturales de poca política y crecida malicia, ha *levantado grito de mucho escándalo*, pasando a notarle acciones que lo fomentan. Y dicha D ª Eufemia antes de venir a esta Isla, fue en la Gomera mal conceptuada de la amistad de un Beneficiado y un Guardián de aquel Convento, y así hallo que dicho Martines da escándalo en tenerla en su casa, y tratar con la susodicha.

El 14 de noviembre, después de recibir su salario y los fletes del barco de manos

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2006

del comisario[326], regresa a La Palma. El día 15 escribe, desde La Palma, remitiendo las diligencias[327]. Al día siguiente escribe otra carta al secretario del Tribunal, D. Fernando Pérez, de carácter extraoficial, en la que le cuenta algunos pormenores de su gestión -sin duda para que los supiesen los inquisidores-, le pide acuse de recibo de las diligencias -porque su embarque fue tan secreto que corrieron rumores de que había salido desterrado por la Inquisición-, da recuerdos al ayudante del secreto, y aprovecha la ocasión para mover su pretensión a la vara de alguacil mayor, atacando a su competidor (cfr. Apéndice VIII). Las cartas y las diligencias tardaron en salir para Las Palmas. Al final de la última D. Nicolás añade: "Somos Diziembre 8 y se ha detenido el varco por tiempos conts.[contrarios?] y mucho agua; no ay que añadir sino las Pasquas que deseo tenga Vm con salud".

El 12 de enero de 1761 el Tribunal dictó un auto mandando a D. Cristóbal que, pasada la cuaresma y en el primer barco que se le proporcione, compareciera personalmente ante el Tribunal, bajo pena de 200 ducados y excomunión mayor *latae sententiae*. El 30 de enero D. Cristóbal, que todavía no había recibido la citación, escribe al Tribunal desde El Hierro, a donde había regresado el día 15, desde Santa Cruz de Tenerife, tras un viaje "bastantemente penoso, así por aber estado de arrivada en la Isla de la Gomera 14 días a causa de los malos tiempos, como por havérseme quebrantado allí la salud, pero después que llegué a esta Isla me hallo mejorado de ello con una purga que tomé" [328]. Dice que en Santa Cruz había escrito otra carta en la que

[326] El recibo: "Recevi de D. Miguel de Guadarrama, comisario del S.O. de esta isla del Hierro, 178 pesos corrientes., a saver 129 ps. de mi salario desde el día 14 de octubre, que me embarqué de la Isla de La Palma, hasta oy 14 de noviembre, que hago viaje de ésta para ella, a razón de 40 rs von. cada día, que hacen 1280 rs., y los restantes 500 de los fletes del barco".

[327] Y nos da otra muestra de sus habilidades sociales (casi logra convencernos de su imparcialidad): "Algunos de los testigos presentados por dicho D. Miguel y de los de oficio, adelantaban contra D. Christóval, de su vida, comunicaciones, mercancías y comercio, lo que omití extender en sus declaraciones por impertinente a el asumpto principal, y como a el leerles no lo hallaban, pienso que algo de ello dieron a entender a D. Miguel, el que con fervor de parte jusga que le he perjudicado". Remite también una denuncia que dudó en admitir porque sus facultades estaban ceñidas a lo que se le mandó, pero como la denunciante se negaba a hacerla ante el comisario o el comisario de ausencias, juzgó que debía hacerlo y evacuar sus contestes. "También me parese debo imponer a V.S. en que assí las cruces que están en aquella Villa, como en algunas de el Camino del desembarco a ella, reparé tienen gravados distintos letreros, con nombres de quien las puso, pidiendo aves marías, o que rueguen a dios por ellos; y porque entiendo que está prohibido, jusgo debo dar a V.S. noticia".

[328] La carta – AMC, Inq., leg. CXI-13 - no está completa (se interrumpe al acabar el folio: "Dixe en mi antesedente a V.S. que el comisario D. Miguel mantuvo a su costa a D. Nicolás Salgado el tiempo que estuvo en esta Isla, aunque con secreto, y que lo regaló con unos carneros, y añado ahora //"); pero no hay ninguna alusión al llamado del Tribunal y sería muy raro que llegase a El Hierro en tan solo dos semanas.

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2006

decía que el motivo de no pasar a "presencia" del Tribunal era la proximidad de la cuaresma, pero no dijo que solo salió de la Isla para "manifestarle a boca" las persecuciones del comisario, y lo apasionado que se mostró D. Nicolás en favorecerle, "pues aunque la pluma quiera decir algo no lo puede declarar como la lengua lo pudiera hacer". Algo sabía de la información del familiar, porque dice que cuando el alcalde mayor y otras personas le dijeron que los pasquines salían de la casa de D. Miguel, sólo dijo

> que él no era capas para hazer versos, pues ni aún sabía escribir una carta, que lo más que pudiera haver acaecido era haver concurrido dicho D. Miguel con sus Amigos los frailes. Esto es en realidad de verdad lo más que llegué a decir, y si algún testigo dixo otra cosa juró falsamente, que no dudo habrá mucho de esto por temor del Comisario, pues me dixo Miguel Padrón, vecino del Golfo, que haviéndolo llamado el citado comisario a su casa lo quiso comer (este es el término que tienen las gentes de estos campos para expresar que alguna persona les habla con cólera) porque havía declarado contra él en la información que se le hizo de incontinencia.

Este mismo Padrón le dijo que D. Nicolás "apuntó en un papel todo lo que declaró, pero que no le leyó lo que escrivió ni le hizo hazer juramento para dar su declaración". Cree que el familiar "escribía a dos manos" y que el Tribunal le nombró "ignorando su genio trabieso y las demás circunstancias que le faltan para materias de tanto peso".

El 17 de mayo vuelve a escribir para decir que estando predicando en el quinto domingo de cuaresma llamó con dos regidores al comisario para pedirle perdón, "aunque no hallaba de qué". D. Miguel no quiso ir; pero aconsejado por sus parientes fue por la tarde a la parroquia donde él estaba predicando ("haciendo rogativas por falta de lluvia"). Cuando acabó el sermón fue a donde estaba y le abrazó. Y a continuación dice que supone habrá llegado a manos del Tribunal una certificación de seis pipas de vino que envió el comisario a D. Nicolás a La Palma (y otras dos a D. Juan de Ayala, alguacil del Santo Oficio, que no sabemos si juega algún papel en este conflicto).

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2006

El 22 de junio escribe sobre su viaje a Las Palmas. El Tribunal le había encargado que guardase el secreto sobre la orden de comparecer, y que para su decoro y mayor disimulo lo preparase con tiempo, buscando algunos motivos. Dice que aunque estaba más desahogado porque llegó su compañero, el otro beneficiado, todavía le quedaban algunas obligaciones que atender, como salir a los campos a confesar a los impedidos, para cerrar el padrón; que seguía indispuesto, "porque como en esta isla no hay médicos se eternisan las enfermedades", y que creía que podría comparecer en agosto o principios de septiembre,

> pues de aquí allá podré también ir plantificando a el público algunos presisos motivos de mi embarco [...] sin embargo que este no esté tan oculto que dexe de resollar hasta en La Palma, como lo verá V.S. por la inclusa que me escrivió un amigo, y en cuyo conosimiento se partió para esta Isla un hermano mío a verme, por haverse [en]tendido en dicha isla que yo estava enfermo de la pesadumbre de que V.S. me mandase llamar, aunque todo lo he negado y callado. Y aún el Alcalde mayor de aquí, en el día de ayer, diciéndole yo que era preciso embarcarme, proponiéndole algunos motivos que me compelían a ello, me respondió que no hiciese tal cosa por aora, porque se decía que esse Santo Tribunal me avía mandado buscar.

Llegó a Las Palmas el día 1º de noviembre; comparece el día 4, y solicita la brevedad del expediente por "el peligro de honor en su tardanza y quedar aquella Isla con un solo párroco, pues es notorio que los dos Beneficiados que sólo ay en ella no bastan para la administración de los Santos Sacramentos, pues está a nuestro cuidado administrarlos en toda ella". El día 11 hace la "confesión" – un trámite procesal: lo único que confiesa son las faltas de su enemigo-: no cree que los pasquines fuesen de D. Miguel, porque estaban en verso y éste no los sabía hacer, "ni tampoco escribir una carta, pues se valía de otros para escribirlas"; que le ayudaron los franciscanos; que la letra de uno de estos era la misma que la de una carta que envió el comisario al obispo que contenía sustancialmente lo mismo que los pasquines; que el día que se fijaron los pasquines salió el comisario "de su casa por San Francisco con su redingot, poco

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2006

después de haber amanecido, según oyó decir a D. Juan de la Varreda, presbytero; cosa mui estraña e irregular en el comisario"; y que solo dijo que sospechaba del comisario, reservadamente, al alcalde mayor. Para probar "quan contrario se halla lo colocado en el trono que suponen sus testigos" el comisario, aduce varios casos de pleitos, venganzas judiciales, etc.

Al día siguiente, 12 de noviembre, se le da la primera audiencia de cargos. Los cargos no tienen nada que ver con la querella del comisario - con la atribución de la autoría de los pasquines -; son los que "resultan de la denuncia", es decir, de las declaraciones de los testigos. El primero es la "la estrecha amistad y trato familiar" con cierta persona sospechosa y de mala nota, comunicándose de día y de noche, sin reparo y con público escándalo y murmuración, "observándoseles mucha llaneza y familiaridad y acciones muy indecentes", dando con esto motivo y ocasión a que se le publicasen unos pasquines obscenos e infamatorios; y después de los pasquines la llevó a su casa y la ha tenido viviendo en su compañía, causando escándalo tanto en la Villa como en El Golfo.

El segundo - que no sabemos si es el detalle del anterior o se refiere a otra mujer[329]- es que cierta persona vio a una mujer "entrar la mano en la bragueta del Vicario en cierto lugar, y después se entraron los dos en otro"; "que en el Golfo la dio de bofetadas un deudo suyo por el Vicario, habrá tres años"; que una noche en el Golfo salió a deshoras y la llamó "para que lo limpiara"; "que oyó a cierta persona que ésta le echaba las ayudas; que después de acostado le untaba el estómago con un canuto de manteca"; que le gobierna la casa; "que diciéndola que le estaban estrechos unos calzones que la tal le incorporaba, le dio una palmada por debajo entre las piernas a presencia de los circunstantes, y a todos pareció mui mal la acción por sí misma y por estar notado con la tal"; que la susodicha "se quedó un verano en la Villa sin querer ir al Golfo con quien debía ir, y en aquel tiempo según ha oído a cierta persona iva desde por la mañana en casa del confesante, y venía a las ánimas, por lo que tuvo muchas

[329] D. Cristóbal en su respuesta menciona a otra mujer, pero en un escrito posterior dice que le ha causado dolor lo que han declarado los testigos - que Eugenia le entró la mano en la "escarsuela", etc.-. También puede ser que se reunieran en este cargo diversas acusaciones (entre ellas sus tratos con la "moza Quintera").

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2006

pesadumbres con sus personas conjuntas y una de ellas dixo que era una grandísima puta del vicario, que aguardaba a quedarse sola para ir a su casa"; "que en el año de 59 se embistió la tal con otras en el Golfo por zelos del Vicario, de que hubo mucho escándalo"; que dijo que si se le impidiera la comunicación con el Vicario "primero se le secara la mano que la diera para casarse"; "que se halla el Vicario tan desordenado que invierte las horas de la missa y oficios divinos en la Iglesia con horas mui irregulares".

El tercero es que traía y llevaba consigo "caballera" en El Golfo a cierta persona de pocos años, y "que la llevaba a misa delante del [sic: en el] caballo; que diciéndosele que la llevara para su casa, respondía que la quería para tenerla consigo, y la havía traído para divertirse, con lo que havía nota y se mormuraba". El cuarto: haber desobedecido órdenes del Tribunal para que compulsase varios instrumentos tocantes a la genealogía de D. Miguel Guadarrama e informase de su vida y costumbres. El quinto: ser poco sumiso y reverente con el Tribunal, manifestando su encono y deseos de venganza con dicterios muy ajenos a la seriedad del mismo y quejándose de los malos e inicuos procedimientos del comisario. Y el sexto: hacer trato y negociación en la isla de El Hierro, vendiendo en su casa ciertas mercancías y "comprando mostos en verde a doce botitos por fanega de cebada, y con el dinero, pagándolo a mayor precio que los comerciantes. Que el año de 1760 embarcó diez pipas de aguardiente, reservando el vino que tenía empipado para vender a la menuda en su casa como acostumbra".

D. Cristóbal se debió quedar anonadado. Se esperaba otra cosa. Le dolieron, especialmente, las acusaciones del segundo cargo, y que el fiscal no las desechara de entrada, como manifiestamente falsas. Sabía que en el Hierro, por foráneo, no le tenían mucha simpatía, pero que el Tribunal diera crédito a sus acusaciones y amparara al patán del comisario...

Al primer cargo responde que desde que llegó a El Hierro trató con el beneficiado, D. Antonio de Armas, "y con este motivo, el año de 58, habiendo enfermado de un accidente largo y peligroso en el que le administraron [los olios], a falta de otra persona que le asistiese con el cuidado debido, dio orden a su hermana

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2006

Eufemia de Armas para que le assistiese al confesante en su casa, quien por su caridad lo practicó por el largo tiempo de su enfermedad [...], y como estaba de peligro, se acostaba en su mismo quarto, como también el sochantre D. Alonso Quintero, con luz encendida, alternando con la asistencia de ministrarle alimento y medicinas, por no bastar uno solo: por esta razón quedó entablada la amistad y comunicación del confesante con Eufemia, continuando esta en asistirle en sus enfermedades, que eran frecuentes, sin que nadie pudiese pensar de este trato menos decentemente, por no dar motivo con él a la menor sospecha".

Que cuando el beneficiado se embarcó para Tenerife y falleció, teniendo que ajustar las cuentas de la fábrica de la iglesia con Eufemia, porque su hermano era el mayordomo, "se la llevó con su sobrina María Manuela y su criada Mariana de León a su casa, porque les habían quitado la en que vivían [...] con el ánimo de que fenecidas que fuesen las cuentas se embarcasse para la Isla de la Gomera, su patria [...] como así lo practicó por el mes de mayo próximo pasado, llegado que fue un sobrino suyo para conducirla por mediado de abril". La niña del tercer cargo es esta sobrina de Eufemia, de doce años, hija de un tal Castilla ("N. Castilla"), vecino de La Gomera, de "familia muy distinguida en dicha isla y en la de La Palma".

En la respuesta al segundo cargo no responde directamente a ninguna de las acusaciones. En éstas se habla de una mujer soltera -"primero se le secara la mano que la diera para casarse"- y él se refiere a una mujer casada: D.ª María Pérez, mujer de D. Diego Ambrosio de Armas, que al poco de llegar a la isla se llegó a su confesionario "y le dixo si la quería confessar para siempre, a que respondió que sí, pues tenía como párrocho esta obligación". Desde entonces la ha confesado, y frecuenta los sacramentos "de ocho en ocho días a más tardar [...] dando buen exemplo con estos y otros actos de virtud". Hace tres años, estando enfermo, le fue a visitar, "tal vez acompañada de Dª Isabel de Frías, muger del Regidor D. Bartolomé de Acosta, y tal vez de Eufemia de Armas", y salió

> por la puerta ventana escusada de la cassa, que está a pie llano de la calle principal, por donde entran las sabanadas de paja y otras cosas del uso de la casa,

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2006

y también el confesante quando le cae a mano [...] que lo executó a lo que le dixeron porque con su genio vergonzoso no se atrevió a salir por la puerta principal de la casa, porque en la plaza a donde cae había mucha gente; y no obstante le pareció al confesante que lo podía haber escusado, porque en aquella Ysla se jusga y habla con malicia y temeridad de qualquiera cosa, aunque sea indiferente, como sucedió con este hecho, que entendió y llegó a su noticia únicamente porque D.ª Mariana Padrón, muger de D. Manuel Padrón de la Varreda, habiéndola visto salir por la tal puerta ventana escusada, habló censurándolo con arrojo y temeridad, y todo nacía de que se hallaba enemistada con dicha D ª María Pérez, su parienta.

Al cuarto cargo responde que si omitió las diligencias sobre D. Miguel Guadarrama no fue por desobediencia, sino por informar al Tribunal de sus procedimientos, "por haberse desmandado tirando al confesante, a su crédito y estimación [...] y porque había dado que decir desde el año de 57 con la amistad y comunicación con Francisca, muger de Cayetano de Acosta, vecinos del Golfo", despreciando la corrección que por noviembre de ese año le hizo el visitador, y las del confesante y "el mismo Prelado". Al quinto dice que no dio cuenta de sus excesos "porque vivía persuadido a que correspondía su noticia y conocimiento privativamente al Ordinario", y pide perdón por el tono y las expresiones, que achaca a los pasquines. El sexto se reduce a

que en cierta ocasión llegó Pedro Díaz (difunto), vecino de La Palma a vender en el Hierro un pan de azúcar de D. Esteban de los Reyes, vecino de la Palma, y no pudiéndole vender por junto, se lo dexó a una criada del confesante para que lo vendiese por su quenta; y pasando a lo del mosto, vino y aguardiente, lo que en realidad hay es que ha solido cobrar sus obvenciones en mosto al precio corriente, que es lo que hacen allí todos, hasta el Guardián de San Francisco, porque nada puede cobrarse en dinero, de lo qual salieron las diez pipas de aguardiente que embarcó, como también algunas fanegas de guano pertenecientes a su beneficio, vendidas a cuenta de mosto, porque no se le perdiesen, como sucedía guardándolas para venderlas a dinero; siendo incierto

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2006

> que en su casa se vendiese por menor ni vino ni aguardiente [...] y añade que habiendo vendido al fiado a D. Roberto Padrón algunas fanegas de grano a su tassa, y pagándoselas en mosto al precio corriente, restituyó el exceso [...] al tiempo de la cosecha.

Ya repuesto – al menos en parte –, escribe una carta al Tribunal doliéndose de las declaraciones de los testigos y de que en La Palma, por los parciales de D. Miguel – uno de ellos el familiar D. Nicolás Massieu Salgado – se hayan esparcido opiniones contra su fama[330]. No había hecho nada que desdijese de su crianza, "pues ni a un paseo honesto ê salido en todo el tiempo que ay que estoi en aquella Ysla, y solo ê visitado alguna casa en las ocasiones mui presisas, pues regularmente después de salir de la Iglesia vengo a mi casa y no salgo de ella si no es que me llaman para administrar los S.S. Sacramentos, como es público en toda la Isla".

El 21 de noviembre renuncia a nombrar abogado, "respecto a ser materia de hecho en que se halla instruido, y de que de comunicarse a otra persona puede resultar inconveniente contra su estimación". Luego escribe una carta al Tribunal - que empieza recordando que en La Palma, donde vivió hasta los treinta y tres años, no experimentó "la mínima nota"- recusando a los testigos (a los que cree que declararon contra él), preciosa no sólo porque nos da una lista de sus enemigos, y los motivos de la enemistad, sino también por lo que nos dice sobre las relaciones sociales – a escala "*micro*" – de la isla de El Hierro. Recusa a

> Lucía de tal, muger de un pardo llamado Bartolomé Guillén, porque ay más de un año que di la orden a la familia de mi cassa que no consintiessen en ella a la dicha Lucía, ni le diesse luz (que a esto iva la tal frequentemente a mi casa por vivi[r] cerca de ella), porque tenía fama de ladrona, como se vio en el tiempo [de la llegada de] el Beneficiado Juan de Arrocha a aquella Isla, pues haviendo ido la citada Lucía con otras mugeres a buscar carga de dicho Beneficiado al puerto,

[330] En otra posterior, estando todavía en Las Palmas, dice que ha llegado a su noticia que en La Palma se ha divulgado que cuarenta hombres fueron una noche a su casa dispuestos a matarle o embarcarle para expulsarle de la isla de El Hierro.

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2006

> indujo a las compañeras para que le hurtassen unas cajas de conserva de dicho Beneficiado, lo que averiguó el Alcalde Mayor [...]

Además, Bartolomé Guillén es pariente muy cercano de D. Miguel Guadarrama,

> pues éste y el padre de dicho Bartolomé se llamaban hermanos, porque era hijo de un deudo mui cercano del dicho D Miguel y de una esclava de su casa, por cuyo motivo se crió el citado Bartolomé casa de D. Miguel de Guadarrama hasta que se casó, y aún oy les mantiene en mucha parte, pues hasta en el Pago del Golfo les da todos los años un cercado de higuera inmediato a su casa para que se mantengan en todo el verano, y la tal Lucía también es sobrina, hija de prima segunda de dicho D. Miguel.

A D. Antonio Dávila, tío carnal (hermano de la madre) de D. Miguel, porque

> es público en la Isla del Hierro que es un mal christiano, y por tal es reputado por todos, y porque nadie da crédito a sus dichos le llaman jurguillas; de la lengua de este no se escapa la mujer más honesta, ni el hombre más honrado, pues para decir que fulana está preñada de fulano, y de este modo ensartar muchas personas honrradas de aquella Isla lo hace como beber un harro de agua; de este me dixo el Regidor D. Bartolomé de Acosta que dixo en la plasa de San Francisco, delante de él y otras muchas personas, que estavan todas juntas, que mi casa era un atajo de putas.

Recusa también a otra "Lucía de tal", mujer de Juan de León y hermana de Fr. Juan García, el religioso "que me echó los pasquines que mi criada estaba preñada de mí, y porque su superior lo sacó de aquella Isla me han dicho que llueven las plagas o maldiciones que me pide". Su marido "es sujeto de poco talento" y habrá declarado lo que le dijeron que declarara. A Cayetano Hernández, "un mozo que tuve acomodado en mi casa y oy es casado, al qual corrí de dicha mi casa porque saviendo yo que tenía dada su palabra de casamiento y que desía se quería casar con la criada que en aquel tiempo me servía, lo reprehendí como devía y lo mandé para su casa". A otro mozo, Juan

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2006

Padrón, que también tuvo en su casa y lo echó porque le robaba; su padre, que era también "ladrón de fama, y por tal lo desterraron de la isla del Hierro", cuando venía de El Golfo "se quedava de noche en mi casa y me hurtava las cosas de ella". A María del Rosario, una esclava que llevó a la isla de El Hierro, que le costó a su padre 100 pesos, porque, además de ser vil por ley, es público que la enfermedad que padeció el confesante fueron ... (¡lástima!: ilegible); "que hasta oy me está pidiendo maldiciones porque *la vendí y porque no* la he querido bolver a comprar, pues empeñó para esto hasta los PP. Misioneros de la orden de Nuestra Señora de las Mercedes que estubieron en dicha Isla por Nobiembre de dicho año" (Fr. Juan de Medinilla y su compañero). A Ana Quintero, mujer de D. Manuel Padrón,

> que además de ser parienta y comadre mui estimada [de D. Miguel] esta mui sentida y lastimada de mí porque por fin del año de 59 o *principio* del 60, haviéndose juntado a mi puerta un tumulto de gente del campo, para que les vendiese yo los granos del Sor. Obispo, les dixe que el coxedor no me los quería dar, porque me devolvía las cédulas o libranzas que dava a los que me los pedían, que fuessen casa del Alcalde Mayor para que éste fuese a visitar el granero de dicho cojedor D. Juan Quintero, Regidor de allí, el qual es hermano de dicha D ª Ana, y no queriendo ir solo dicho Alcalde Mayor me rogó fuesse con él a dicha visita, en cuyos graneros hallamos porción de granos, y por haverse resistido dicho Regidor D. Juan a darme los que tocavan al Sor Obispo para repartirlos con los vecinos por la mucha esterilidad que havía, lo dexó preso en su casa dicho Alcalde Mayor al citado D. Juan Quintero, y ni aún por esto quiso darme dichos granos, y se salió con su intento porque desistí de la materia, conociendo lo díscolo de los ánimos de aquellas gentes; y además de esto en el tiempo que se hizo la información contra mí por orden de V.S. me dixo Juana Padrón, hija de Salvador Padrón, que le havía dicho la expresada D ª Ana: a fe que quiero al Vicario, pero es presiso volver por mi compadre D. Miguel porque este es nuestro.

A una criada de la anterior llamada María, "que es persona mui ordinaria, porque además de tener un hijo que actualmente sé que tiene sin haver sido casada, aora esta la

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2006

dicha en Thenerife, y de mugeres que a[n]dan barqueando, y de la clase de la dicha, ningún apresio se deve dar a sus dichos". A Mateo Fernández Salazar, porque "defendí el Beneficio de una mano pública que nos jugó, dando queja al Capitán General", y porque impidió (el vicario) que se dijera misa en un oratorio que hizo en El Golfo, y dio cuenta al obispo porque no hizo caso de una esquela que le envió ("parece que ahora está lelo o aprehensible"). A Ana, hija del anterior y mujer del regidor D. Cayetano de la Barreda; "a éste hallé quando fui de Beneficiado a la Isla del Hierro sin haver cumplido con la Iglesia havía quatro años, porque todo el año estava cargado de vino"; hizo las diligencias como párroco y ahora es de los que más puntualmente cumplen, "pero como son personas de las principales de aquella Isla, vive en ellos el encono". A D. Miguel Padrón de la Barreda, porque "saviendo yo que tenía muchas pesadumbres con su muger, porque el pescado que comprava a la tarde lo llevaba a cierta casa para senarlo con aquella jente, le reprehendí su mal vivir una noche; haviéndome avisado que estava el dicho D. Manuel en la tal casa" fue con un notario y lo encontraron en la calle, porque había salido ya de la casa; pero le dijo "que si averiguara yo que volvía a aquella casa o lo cojía en ella, no havía de reparar en que era nieto del Gobernador de las Armas D. Matheo Fernández, para ejecutar con él lo que devía en Justicia".

Termina diciendo que del sochantre D. Juan Martín de Mederos - el notario del Santo Oficio que certificó el trabajo de D. Nicolás Massieu - "porque éste es sacerdote omito decir sus faltas"; y que D. Miguel Guadarrama "consta por público en aquella Isla del Hierro me â tirado al honor"; que el día que se embarcó Eufemia de Armas "luego que pasó esta por frente de su casa, se puso públicamente en su huerto a soltar boladores, disparándolos con sus propias manos".

El 1° de enero de 1762 D. Cristóbal se embarcó en Las Palmas para regresar a la isla de El Hierro. En la misma balandra iba una carta del ayudante del secreto, D. Dionisio Treviño, para el notario del Santo Oficio en Santa Cruz de Tenerife, D. Juan Lasso de la Vega, con una orden del Tribunal para que no le dejase partir sin depositar antes en su poder 2000 reales "para el destino que se diere por el Santo Oficio". El Tribunal tardó casi un año en dictar sentencia[331]. El auto, de 26 de noviembre, tardó casi

[331] La tardanza se pudo deber a la imposibilidad de recabar información fidedigna. El 25 de junio de

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2006

cuatro meses en llegar a la isla de El Hierro. Les intimaba a restablecerse a su "antigua amistad", y mandaba que cada uno pagase sus costas. El 21 de marzo de 1763 se lo comunicó el nuevo vicario de la isla, D. Juan de Arrocha, a D. Cristóbal. El 16 de abril éste escribe al Tribunal que ha quedado contento y que hará todo lo posible por mantener la paz con D. Miguel, que fue quien le puso "en disfame opinión con el Tribunal" y el causante de las incomodidades, sonrojos y gastos que padeció en los cuatro meses que estuvo fuera de su beneficio (si esto es así, empleó dos meses en el viaje de ida y vuelta.), abandonando su casa en poder de los criados. Por esto, y por lo que dice a continuación - que D. Miguel mantenía la "comunicación" con la mujer de El

---

1762, "habiendo llegado a esta ciudad D. Sebastián Bueno, presbytero, con motivo de servir en esta Santa Iglesia la capellanía Real que ha obtenido por presentación de S.M. y el Ldo. D. Joseph Bueno, Abogado de los Rs. Consejos y teniente general dela Isla de Tenerife, nombrado asimismo por S.M., hermanos y naturales de la Isla del Hierro, donde han residido el primero, y vivido de continuo con el retiro y abstracción que es propio del carácter del sacerdocio, sin mezclarse en bandos ni parcialidades, como es notorio; portándose el segundo con igual indiferencia en aquella Isla desde que se restituyó de España; y siendo de creer que se hallan noticiosos de la vida, costumbres y conducta de" D. Miguel Guadarrama y D. Cristóbal Martínez, el Tribunal les hace comparecer y les toma providencia. D. José dice que salió de El Hierro para España en 1754 y volvió en 1761, por lo que no estuvo cuando las "diferencias"; por el trato que ha tenido con ellos cree que su conducta ha sido correcta; que las diferencias "no tienen nada de realidad y que todo nace de recíproca emulación". Su hermano opina lo mismo; dice que al principio hubo "armonía" entre ellos, pero luego por "celos" que concibió D. Miguel "persuadiéndose (no se sabe por qué razón) que iba a quitarle la comissaría de este Santo Oficio y la Vicaría eclesiástica, que con efecto obtubo a poco tiempo, tomando D. Miguel cuentas de la administración de la fábrica de la Iglesia por comisión del Sr. Obispo", se quebró la amistad y empezaron a tirarse contra su estimación y crédito, "de lo que nacieron en aquella Isla graves escándalos y ocasiones de parcializarse sus naturales entre uno y otro partido, hablando con descaro de estos eclesiásticos, con poco decoro, hasta llegar a poner pasquines y libelos infamatorios contra el uno y contra el otro, notándoles de ciertas comunicaciones menos decentes, siendo así que ellos vivían y viven con el mayor arreglo y honestidad"

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2006

Golfo[332]- no parece que se amistaran. Debieron, al menos, soportarse civilizadamente porque no hemos encontrado más referencias a sus pleitos en la documentación[333].

3.11.1.4. D. José Antonio Peraza y Socas.

Otro ministro que se vio envuelto en varios conflictos fue D. José Antonio Peraza y Socas, comisario *en el* Puerto de la Orotava[334]. También a él le acusaron de no guardar el secreto. En 1771, cuando el franciscano Fr. Domingo José Gordillo denuncia directamente por carta al inquisidor D. Alfonso Molina y Santaella que D. Segundo Franchi tenía las *Cartas Provinciales* de Pascal, y las había prestado al marqués de Villanueva del Prado y a D. Salvador Clavijo, pide por favor que no le tomen la ratificación los comisarios de La Orotava y La Laguna, porque de ello le podían resultar

[332] "De pocos meses a esta parte ê savido que la referida casada está entrando y saliendo con frequencia en dicho lugar del Golfo, casa de dicho Comisario D. Miguel, pero que quando ay jente de esta Villa en aquel País se recata de ir a su casa, y aún el día biernes ocho del mes que corre por la tarde, estando en mi sala D. Juan de la Barreda, Presbítero, y el Capitán D. Thomás de Espinosa, entró en ella el P. Guardián de este Convento Fr. Antonio Nabarro, y no hago memoria a que assumto, díxo en presencia de los dichos, que estando este mismo día a oras de la siesta en San Juan, vio venir del campo un hombre y una mujer juntos y los vio entrar en casa del expresado D. Miguel, que al hombre conoció que era el manco del Golfo, marido de la tal casada que tengo dicho, pero que a ésta aunque no le vio la cara la tuvo por la mujer de dicho manco, assí por el cuerpo como por la mantilla amarilla que traía puesta. Si los testigos de esta Isla juraran sin contemplación, se probara con facilidad que la tal casada vive a expensas del comisario D. Miguel, pues de otra parte no tiene con qué mantenerse, pues hasta el marido es manco de todo un brazo, que nada puede trabajar, pero como los que mejor saben de esto son vecinos del Comisario, dependen en parte de él y le tienen miedo, juran lo que quieren y no lo que deben; ésta , señor, y no otra, es la razón que ha tenido a mi ver el comisario D. Miguel para haver traido â su amistad al Vicario, y regalarle tanto que hasta sacó de su casa una caja que mandarle, la que llevó el esclavo de Dª Mariana Fernández, viuda del Capitán Juan de Frías, y haviéndose ofrecido hablar con dicho Vicario en este assumpto, me dixo que se hacía la vista gorda porque no le suceda a él lo mismo que a mí".

[333] D. Cristóbal volvió - no sabemos cuando - a La Palma. En 1780, a la muerte del comisario D. Pedro Cayetano Vélez y Pinto, es uno de los notarios de la isla – ya lo era en 1755, antes de ir a El Hierro - que aspiran a la comisaría. El Tribunal prefiere al otro candidato, D. Francisco Volcán y Monterrey: AMC, Inq., leg. I-D-29, fol. 88. En las relaciones de 1784 y 1787 figura ya como comisario.

[334] En 1765 los comerciantes de La Orotava, que venían quejándose desde hacía casi veinte años del comisario de ausencias D. Ignacio Hernández del Álamo a propósito las visitas de navío, piden al Consejo que se cree una comisaría en el Puerto y proponen como comisario a Peraza y Socas, que según D. Ignacio fue el promotor de la representación de los comerciantes y era pariente de uno de ellos. El 24 de noviembre de 1769, al informar sobre los candidatos a la comisaría – Peraza y Socas y Fr. Domingo de Paz-, vacante por la muerte de D. Ignacio, el Tribunal recuerda al Consejo su dictamen del 31 de agosto de 1765: "que para que cesen las quejas de los comerciantes del Puerto y los vecinos de la Villa no se resientan de que se les dismembra aquella Comisaría, éramos del dictamen que siendo del beneplácito de V.I., el título que se despache sea de comisario de la Villa como hasta aquí, con la qualidad de residir en el Puerto": AMC, Inq., leg. CXXXIV-16.

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2006

algunos perjuicios. Cuando en la ratificación le preguntan por el motivo, dice que tenía noticias de que revelaban el secreto[335].

En 1780 el fiscal del Santo Oficio le acusa de revelar el secreto, "por haberse divulgado en dicho Puerto que si quieren saber los negocios del Tribunal de la Inquisición que hablen con la criada del referido comisario Peraza y Socas". Uno de los testigos más locuaces – y, como veremos, más activos –, en la información que se hizo por orden del Tribunal (auto de 21 de julio), fue el escribano D. Nicolás Curras y Abreu. Dice que hacía ocho o nueve años, hablando con el comisario,

> ponderándole éste su eficacia y viveza le expresó al declarante que habiendo depuesto una religiosa de su confesor sobre solicitación y recibídole su declaración, considerando y haciendo juicio que era testimonio, le hizo un exhorto cristiano del que resultó que la tal Religiosa le expresase que era

[335] La denuncia: "Sr. Yo quisiera seguir en las delaciones el orden regular que el Santo Tribunal establecido, presentándome a algunos de los SS. Comisarios de esta Isla, pero me asisten motivos justos que no creo ser necesario manifestar a V.S. para recurrir inmediatamente al Santo Tribunal, y deberé a la benignidad de V.P. no tenga a mal este mi proceder, pues mi fin es evitar inconvenientes sin eximirme de las obligaciones que me impone la religión./ Lo que se me ofrece decir a V.S. para descargo de mi conciencia es que habiendo concurrido con D. Josef de Llarena y Mesa, vecino de esta Villa de la Orotava, le oí asegurar que a D. Segundo Franchi, entre otros libros que le han venido de Francia, le han venido también las Cartas Provinciales de Monsieur Pascal, las quales conserva en su poder y suele prestar a algunos amigos suyos, como en efecto, conforme a la relación del dicho D. Josef de Llarena y Mesa, los ha prestado al Marqués de Villanueva del Prado y a D. Salvador Clavijo, sin embargo de que no ignora la prohibición. Mi intención y ánimo es asegurar lo que dexo referido con toda la formalidad a que estoy obligado. Y he de deber a V.S. el favor que si tuviere por conveniente que se me tome la ratificación de esta delación, no sea por medio de los SS. Comisarios de la Orotava y [La] Laguna, porque de ello me pueden resultar algunos perjuicios. No obstante yo quedo sometido enteramente a quanto jusgare más arreglado V.S.[...] Villa de la Orotava y Septiembre 20 de 1771". La ratificación (31 de diciembre): "Preguntado que motivo tubo para aver ocurrido inmediatamente al dicho Sr. Inquisidor y no averse manifestado a alguno de los comisarios que en dicha carta expresa: Dixo que en orden al Comisario de la Laguna D. Miguel Suares, difunto, reusaba presentarse ante él porque estando en su presencia, con motivo de alguna delación el dicho Comisario le refirió que tubo una orden del Santo Tribunal para hacer desdecir en presencia de otros Eclesiásticos y de una muger, al Beneficiado D. Juan Niebla de ciertas doctrinas (que aora no tiene presentes) que el mismo D. Juan Niebla avía dado a la tal muger, o de ciertas cosas sobrenaturales que avía dibulgado de ella. Y lo dice con esta duda porque no sabe si fue lo 1° o lo 2°. Y por hacer juicio que quien reveló este secreto del Santo Tribunal le revelaría al declarante su delación, temió hacerlo en su presencia. Y por lo que mira al comisario del Puerto de la Orotava, D. Joseph Socas, además de ciertas especies vagas que ha oído a varias personas que no tiene presentes sobre la facilidad que dicho Comisario tiene en revelar las cosas del Santo Tribunal, el mismo declarante sabe por averlo oydo a otras personas que no tiene presentes, que dicho Comisario expresó que D. Juan Grimaldi, difunto, le avía remitido un libro prohibido, resultando de esto algún desonor al dicho difunto, porque la entrega del libro fue en su última enfermedad, y inferían de ay que él lo conservaba maliciosamente, y lo entregaba en aquel lance por hallarse sin esperanza de vida. Y que este motivo le bastó al declarante para retraerse de hacer su delación ante él": AMC, Inq., leg. XXXI-1.

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2006

testimonio que le había levantado a dicho confesor, y se afligió y lloró por haver hecho tal deposición, pero que no expresó quien fuese la Deponente ni el reo.

Y que Gregorio Casañas le había contado que "que con motivo de recoger un libro prohibido y llamar a un tal Ricardo Irlandés que ya es difunto, escribiente de la casa de Comins, preguntándole el dicho Comisario si sabía para que se le llamaba, respondió que sí, porque ya su criada se lo havía dicho".

El Tribunal mandó al comisario (el 15 de septiembre) que se presentase ante él en el término de treinta días. Su apoderado, el contador del Real Fisco y regidor perpetuo del Cabildo de Gran Canaria, D. Antonio Cerpa Padilla y Romero, representó que "hallándose dicho comisario quebrantado de salud y de 67 años de edad y cortos medios, como es público, para emprender un viaje tan largo, costoso y peligroso por mar y tierra, especialmente en lo riguroso del invierno"; siendo además de arregladas costumbres; y dado que todo es obra de sus enemigos, que se han conjurado contra su honor denunciándole ante el Santo Oficio, como ya habían hecho ante el obispo ... pide que se le absuelva y reintegre en su honor.

El Tribunal da comisión para que se le interrogue en La Laguna, donde niega todas las acusaciones, y recabe información de algunos vecinos de La Orotava acerca de sus relaciones con la criada. Ninguno ve nada censurable, ni en ella ni en la relación de ambos. Uno dice que ni siquiera la tutea, como es habitual con los criados. Otro que hace años "un soldado entró en su casa con la pretensión de casarse con ella, y que notando el dicho comisario algunas inquietudes trató de corregirla, y aún se valió de la Justicia para precaber esta entrada o que prontamente se efectuase el casamiento"[336].

Con esto los inquisidores se dieron por satisfechos. Así, cuando en enero de 1781 el fiscal general del obispado envía al Santo Oficio el testimonio de la sumaria que se había instruido en su juzgado, no se reactiva la causa contra el comisario en la Inquisición, sino que se incorpora la sumaria a la querella criminal que el comisario había presentado contra el vicario para "vindicar su honor".

[336] AMC, Inq., leg. CVIII-26.

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2006

El origen inmediato de todas estas acusaciones está en las elecciones para nombrar alcalde, diputado y personero que se celebraron en diciembre de 1779 en el Puerto de la Orotava; en cuyos resultados parece que D. José Antonio tuvo alguna influencia. Pero las enemistades venían de muy atrás; por eso sus enemigos actuaron con tanta rapidez. Ya el 9 de enero de 1780 el obispo encargó a uno de ellos, el vicario de La Orotava D. Juan Nepomuceno de Montenegro y Ocampo, "por vía secreta", la "justificación" de la conducta y procedimientos del comisario, "vajo ciertos particulares". Los testigos son examinados bajo juramento y juran también guardar "el correspondiente sigilo". El interrogatorio, que más que un repertorio de preguntas parece una relación de cargos, se refiere a sus relaciones con la criada, al cumplimiento de sus obligaciones sacerdotales y a su comportamiento en los sucesos de las elecciones:

> ... si saven que el dicho D. Josef de Socas tiene y conserva en su casa una muger relajada, con cuia assistencia se ha originado sospecha y escándalo en el sitado Puerto [...] Si saven que el dicho [...] no asiste a su Parrochia en los Domingos y días de fiesta, ni aún en los clásicos, si usa de sobrepelliz, o toma asiento en el Choro [...] Si save que el referido [...] fue uno de los que influieron a el Alcalde Mayor de la Villa de la Orotava para que vajaran a dicho Puerto a la Junta que su vecindario hizo en el mes de Diziembre del año anterior para la elección de los 24 electores que havían de nombrar Alcalde, Diputado y Personero, y que con este motivo o gestión se han originado discordias en el sitado Puerto, por haver vajado dicho Alcalde mayor [...] Si saven que el expresado [...] tiene amistad estrecha con el Subteniente D. Andrés de Armas Quintero (alias Arsila), vecino de dicho Puerto, y si tienen noticia que éste , unido con dicho D. Josef, formaron proyecto de que vajara el referido Alcalde Mayor, ganando los sufragios o votos del Pueblo para el logro de sus intentos [...] Si saven que el Muy Rdo. P. Regente Fr. Juan de Sosa, del orden de Predicadores, Prior del Convento de San Pedro Telmo de dicho Puerto, inteligenciado de que dicho D. Josef de Socas havía sido origen de las turbaciones con motivo de las elecciones referidas, y llevado de su buen celo por la quietud y sosiego público, le dijo en ocasión de

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2006

haverlo encontrado y hablado sobre la materia, que los Eclesiásticos solo debían atender a su ministerio, esto es el Altar, confesionario, púlpito y choro, y que las cosas del govierno económico del público solo tocaban a los seculares, y que el sitado D. Josef lo amenasó con el Tribunal de la Inquisición por este consejo, disiéndole que havía de escrivir a los Señores que lo componen quejándose de dicho R.P., y si tienen noticias que el citado D. Josef usa de estas amenazas con algunos otros de aquel Pueblo, por cuio motivo los tiene a todos amedrentados. Digan y den razón[337].

El primero en declarar es el P. Regente, y desmiente todas las acusaciones. Sobre la criada dice que no tiene noticia porque su residencia en el Puerto es de sólo un año; sobre la asistencia del comisario a la parroquia dice que cuando él ha predicado allí ha notado que asiste con sobrepelliz al coro y a las procesiones; y que también se "viste" en las misas cantadas. Sólo desde que es teniente beneficiado D. Pablo Méndez y Acebedo, que pretende asiento superior a todos los demás clérigos, éstos – D. José, entre ellos - no se visten con sobrepelliz y toman asiento en cualquier parte de la iglesia, "por no perder el derecho de asiento". Que D. José fuese uno de los que influyeron para que el alcalde mayor bajara al Puerto en las elecciones "lo ha savido de público en dicho Puerto"; pero en una conversación que tuvo él "le dijo éste que era falso, que aunque fue sierto suvió a esta Villa, no fue con este motivo, y sí con el de evaquar otro encargo, que fue el de cortar un ávito nuevo en este convento para San Pedro Mártir". Y lo del consejo se reduce lo siguiente: D. José fue a su celda

con la pretensión de que el que declara le havía de decir el sujeto o sujetos que le aseguraron haver tenido parte en aquellas turbaciones, a lo que se opuso con diversas razones, y en vista de ellas es cierto le dijo [...] que havía de recurrir al Tribunal de la Inquisición por medio de memorial para que se le mandara declarara como él lo pretendía para vindicar su honor; que no ha entendido que el dicho D. Josef usa de amenazas con algunos vecinos sino es con el fin de vindicar su honor.

[337] AMC, Inq., leg. CVI-7. (También para todo lo que sigue).

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2006

Las demás declaraciones, como es lógico, son todas contrarias al comisario. Los "ataques", dirigidos y orquestados por el escribano Curras – que era, como veremos, un "mandado" de la casa Blanco -, se centran en el flanco más débil del comisario, el que prometía mejores resultados: las relaciones con su "moza", Sebastiana Rocío. Curras dice de ella que es una mujer "muy relajada, por cuio motivo se ha originado mucho escándalo [...] y le consta como escribano lo mucho que han hablado los Jueces Reales por esta cauza"; que en una querella de Sebastiana contra Rafaela Luis - que para en su poder y se instruyó siendo alcalde del Puerto D. Nicolás Blanco - se probó que "había pegado malos humores y que solicitaba a Felipe de Orta para actos desonestos"[338]. También había pegado malos humores a un tal Antonio Toledo, al que puso otra querella en 1779 "sobre un colchón".

El comisario, sigue diciendo Curras, perseguía "por zelos" a los que tenían relación con Sebastiana: a D. Manuel Llanos y a un tal "Chamusca", entre otros (al último, casado, le hizo salir del Puerto); y había tenido "conosimientos" con otras, "en expecial con María de Olivera, a quien tubo en su casa, y con ella hubo una hija, como

[338] Estos autos – que por algo los guardaba Curras, que hizo de notario - se incorporan a la querella presentada por el comisario. Sebastiana la que "pareció" ante el alcalde el 14 de abril de 1773 y dijo que "se querellaba criminalmente de Rafaela Luis, mujer lexítima de Bartolomé de Febles, y es el caso que estando la querellante en casa de María Rita Perdomo, llegó a ella el dicho Bartolomé, y diciéndole la querellante no llegase allá, porque su muger no quería, a cuya sazón pasó la dicha Rafaela Luis diciendo públicamente que balga el diablo quien bergüenza no tenía, ni quien no se la daba, y que la dicha querellante era una Puta; y siendo esto digno de sebero castigo"... Los testigos que presenta lo ratifican; uno dice "que llegando a la casa de María Rita Perdomo, Rafaela Luis dijo a Bartolomé de Febles, su marido, se fuese que la comida se le enfriaba, que si tubiera bergüenza no estubiera allí; a lo que dijo la querellante que en un cársel pública la había de poner, a lo que respondió dicha Rafaela, que Quernos"; otra mujer dice que la había llamado "puta mulata y molinera", y María Rita, dice "que es cierto todo el contenido de la Querella, y que el día antecedente, por el patio, le dixo que era una Puta, y que por qué se había de querellar de ella la grandísima Puta, que un Querno; todo lo que decía la dicha Rafaela Luis muy colérica". El mismo día el alcalde dictó un auto pasando las diligencias al teniente de La Orotava. Pero al día siguiente, el 15 de abril, lo revoca: "sin embargo [...] es llegado a su noticia otras malas acciones de la querellante, de las que son perjudiciales [y] deben ser castigadas, mandó se reciva información del vibir de la querellante". El primer testigo es Gregorio Casañas: dice que Felipe de Orta le había contado que Sebastiana le había pegado "unos caballos" . Éste declara "que como hombre estubo en acto carnal con Sebastiana Rosía, y le pegó una purgación y cuatro caballos, la qual solicitava al declarante para dichos actos torpes silvándole con una llave para que saliese de su casa a estar con la sobredicha". El médico D. Juan Emerique dice "que curando una gonorrea a D. Ricardo F. Gerald, le dixo que se la abía pegado una muger que bibía por detrás de la casa de la viuda de Luis Morales , la qual solía yr a la casa de D. Joseph Antonio Peraza y Socas"; y D. Ricardo "que es verdad que le pegaron una destilación, y se la está curando D. Juan Emeric, y que no está obligado a decir quien se la pegó, y que no conoce la muger que fue". El apoderado del comisario, D. Antonio Cerpa, cuando pide el procesamiento de los testigos, dice que Rafaela Luis, contra quien se sentó la querella, era tía de Casañas, "dependiente y familiar él del Alcalde y amigo del Escribano; vio que a su tía le había de sobrevenir el castigo correspondiente a su culpa si llegaban los autos a manos del Alcalde mayor, y para truncar la causa se tomó entre todos el arvitrio de haser la segunda".

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2006

fue público, llamada Luisa, que actualmente vive en dicho Puerto", y con María Castillo, "la que tubo vivos zelos con la mencionada María Olivera [...] sobre lo que se ofrecieron muchas pendencias".

La tal Luisa, "su hija", cuando vivía con el comisario se escapó una noche, y sospechando éste que se había "recogido" en casa de una hija de Joaquín Regalado, alias Regaña, que estaba parida, fue allí, "donde tubo una gran pendencia con ella, de que resultó subirse el parto a la cavesa a la enferma, de forma que fallesió". Sobre esto formó causa el alcalde del Puerto, "sin nombrar el Eclesiástico, según costumbre"; pero D. José ocurrió al vicario - D. Juan de Llarena, "antecesor de su Mrd." (D. Juan Nepomuceno, el que estaba tomándole la declaración) -, que abocó la causa, "quedándose [ésta] en este estado"[339].

[339] También estos autos se incorporan a la querella. El 4 de diciembre de 1774, el alcalde del Puerto D. Cayetano Domingo Manrique dice "que se le ha dado noticia haver fallecido Josepha, que llaman la Jara, y ay unas boces vulgares que unos disen aber fallecido de los festines que se hicieron en su casa por estar parida, otros de que le dieron una pesadumbre y subídose el parto a la cabeza, y otros por haverle dado a comer carne de cabra; y para aberiguasión de lo que hubiere acahesido mando se haga esta cabeza de proseso y por su tenor se examinen los testigos".

Un testigo, Juan José Hernández, declara "que lo que sabe en lo que se le pregunta es que, habiendo a un eclesiástico juídose de su casa una ayjada [sic], pensando estaría en la casa de dicha Josepha, que llaman la Jara, fue éste a la casa de la sobredicha, y le dixeron que fue con mucha atención y le había preguntado si había entrado allí su ayjada, y que le abía respondido dicha difunta que aquella noche antes había ydo a berla con la hija de fulana Rosía [sic], y respondiéndole lo que ba expresado se lebantó dicho eclesiástico y dixo a boces altas que allí estaba su ayjada, y que había de ir con toda la Justicia a rebolber la casa de la dicha difunta; le dixo ésta: a tío Juan Joseph de mi alma, póngase en la Puerta esta noche no salga mi marido, que me lo pueden prender; y ayer fue el testigo a berla y lo garró ésta temblando diciendo que benía la Justicia y el dicho eclesiástico, y es lo que sabe".

Otro testigo dice que la había sangrado por orden del médico "por decir se le abía recogido la ebaquación, y a oydo por público que de una pesadumbre que le habían dado; y el testigo reconoció estar la sobredicha turbado el juicio". Otro testigo, que "se halló a tiempo que la estaban sangrando", dice que "hablaba palabras desordenadas con falta de juisio". Y otro, que oyó decir que "le dio una pesadumbre un eclesiástico de este lugar, y también oyó decir que la sobredicha se pribó del juicio y se estaba tirando a despedasar a su marido".

Josefa de Armas, declara "que estando alentada Josepha [...] y sin ninguna novedad en su parto, comiendo todos los días una gallina, en que pasaron tres días, una noche oyó decir que un eclesiástico deste Puerto y Carlos, Marido de la Partera, se fueron a su casa en solicitud de una ayjada que se le abía juído, y que le dixeron después de haver pasado recado y díchole que entrara, y preguntando dicho eclesiástico que a que ho[ra] abían entrado, le respondieron que después de la habe maría, y que le respondió dicha Josepha la Jara que la muger que buscaba no estaba en su casa, que la rebolbiera si quería, y a esto respondió que él llevaría a su Mrd [el alcalde] y el escrivano para que la rebolbiesen; a esto respondió Joseph, Marido de la difunta, yo también pediré una fe a el escrivano como Vmd. me biene a dar pesadumbre a mi Muger; a lo que respondió dicho eclesiástico, pues si no traxera la justicia pondré guardias por la puerta de la calle y la del corral; y a estas razones últimas entró la testigo y bió a dicha Josepha temblando y fatigada, diciendo tenía un dolor en el corazón, expresando a la muger de Juan Joseph y a éste que se pusieran en la Puerta, porque no sea que su marido se lo prendieran, y a el otro día amaneció delirando, diciendo que dicho eclesiástico estaba debaxo de la cama con la justicia, que le dieran su manto y naguas para que no prendieran a su marido; y es lo que sabe, y añade que hasta que

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2006

Este vicario, dice Curras, le consta que formó causa de oficio por incontinencia contra un vecino del Puerto y una hija de María de Olivera (y hermana de Luisa), a la que "salió" el comisario. El provisor del obispado, dio comisión al beneficiado de Tacoronte, que hizo la información ante él, como notario público, "y se retiró con ella, parando oy en su poder".

El tercer testigo, D. José Secio Llanos, castellano de San Pedro Telmo, dice que el clérigo de menores D. Antonio Abad Betancourt "le ha contado muchas cosas de verdadero escándalo". Éste, cuando es llamado a declarar, dice ha oído a distintos vecinos de D. José,

> y con expecialidad a María de Fleitas, las livertades de éste con dicha Mosa; que ella no le tiene respeto; que lo llama Josef no me haga tanto que vaya allá y le corte :::: [sic] Que él con este motivo la llama fulana de soldados, amansebada, podrida, con otras expresiones que denotan el cariño [resic!], singular afecto y

---

falleció estubo con este tema, y es de hedad de 41 años, y aunque el marido de la testigo es primo hermano de la difunta no por eso a faltado a la verdad".

El teniente, al que se habían enviado los autos, los devuelve al alcalde del Puerto el día 8 para que "incontinenti haprehenda la persona de Carlos el Gomero y lo remita a cársel de esta Villa, con toda custodia, embargándole sus bienes", tome declaración al marido de Josefa, ratifique a los testigos, y examine a los demás que estuvieron en la casa la noche del suceso, "por lo que pueda resultar contra seglares, los que en caso de resultar Reos remita asimismo presos, dexando embargados sus bienes". A "Carlos el gomero" – cuyo verdadero nombre era Marcos de la Cruz – no le hallaron en su casa; se le embargaron "onse taburetes de palo, cinco quadritos pequeños, una mesa de pino, una caja de pino sin fechadura". También se ocultaron el que la sangró y el que le acompañaba. La hermana de la difunta declara que "sabe no se le dio ninguna carne de cabra, sino únicamente se compró dos reales de carne porque tomaba la sustancia de gallina"; y el viudo que "llamó a su puerta dicho Ecco., y abiendo entrado éste con mucha cortesía y quietud, y se llegó a la cama en donde estaba su muger parida, porque dicha su muger lo llamó, y abiendo conbersado con toda quietud y sosiego en rasón de que estaba en su casa una mosa que se le había juído, al despedirse dicho ecco. dixo que si no querían entregar la mosa trairía a su casa a el Sr. Alcalde y escrivano, y que pondría guardas a las Puertas, y a esto gritó la dicha su muger diciendo a dicho Carlos que dixese a dicho ecco. que no tubiese que llevar a su casa la justicia, porque tendría en ello gran pesadumbre, y aquella misma noche estubo dicha su Muger diciendo muchas ocasiones a Juan Joseph y a su muger no habriesen la puerta, porque no sea que fuese a su casa la Justicia y prendiesen a su Marido, quien no llegaron a sus casas, y sin embargo estubieron baylando y cantando hasta el día, y después de haber salido de su casa los sobredichos, expresó dicha su Muger: Bálgame Dios que me dolía la cabeza, y después que vino este eclesiástico me duele más y continuó el dolor de cabeza, y no se bayló más ninguna noche, y siempre asta que falleció estubo pidiendo su ropa, expresando que había de ir a su casa la Justicia, y que no la había de hallar desnuda, y no comió ninguna carne de cabra, y es lo que sabe y la verdad". El 10 de diciembre el teniente de La Orotava remite las diligencias al tribunal eclesiástico "donde toca por lo que della resulta".

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2006

zelos con que se tratan[340].

Que sabe que el alcalde D. Nicolás Blanco le formó causa "sobre incontinencia y sobre malos humores que había pegado a algunos vecinos del sitado Puerto, y que esta causa para en poder de D. Nicolás de Curras". Y otro alcalde, D. Antonio Lugo, le formó causa "sobre el mismo motivo de incontinencia con unos sederos". Que D. José, "movido a celos", habló personalmente con los alcaldes para que registrasen sus casas, y en efecto, encontraron hombres en ellas. "Que diferentes veces se le ha ido dicha Mosa, por lo que ha manifestado mucha pesadumbre, por lo que el mismo la ha ido a buscar, y para moverla a que lo siga ha hecho algunas expresiones poco decorosas".

Gregorio Casañas no se queda atrás: la relajación y mala vida de Sebastiana "sávelo el testigo por reconocer la solicitud que ésta tiene de toda clase de hombres, y que procura hasta soldados en su mismo quartel, y aun en las guardias". En las "riñas y disensiones" le decía a su amo: "así me pagará Vmd. los quatro hijos que ha tenido conmigo". Dice lo que luego repite en la información que encargó el Tribunal: que "un escriviente de la casa de Comins llamado Ricardo (que ya es fallessido) [le había dicho] que esta dicha criada ha revelado algunos asumptos propios de Inquisición". Y del comisario dice "que no hay asunto alguno en dicho Puerto, de la clase que sea, en que él no esté metido, en que deje de dar su voto, conmueba los ánimos e indisponga al vecindario, particularmente en los asumptos de la república; y ha oído decir a distintos sujetos de juicio que siempre se aplica a la peor parte".

Con esta información, el obispo Fr. Joaquín de Herrera le conmina - el 7 de julio de 1780 - a que el mismo día que reciba la notificación eche de su casa a la criada y no trate con ella ni en privado ni en público; que no intervenga en cosas que no sean de su ministerio y que asista a la iglesia con sobrepelliz los domingos y festivos y demás

[340] El apoderado dice de esta María de Fleitas que "fue y es criada de la Cassa de Blanco, en la que entró a servir quando pasó a aquel puerto ahuyentada del lugar de Garachico; que estando en ella se prendó de un carpintero que estaba trabajando en la propia casa, que se casó con él y la abandonó después, por los motivos que tendría; que se vio sin habitación, sin socorro ni amparo alguno y que compadecido D. Josef Peraza, por su propensión a favorecer, le permitió que se acogiese en un Almacén o Bodega que tenía desocupada, con cuya cercanía se familiarizaba con la dicha Sebastiana. Pero entendido el mismo D. Josef de que María de Fleitas no guardaba el recogimiento necesario, la hiso retirar, y bolvió finalmente a estar con su Amo D. Nicolás Blanco".

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2006

funciones en que concurra el clero. Le suspende también "por el tiempo de su voluntad" de los misterios de confesar y predicar, y se le recogen los "títulos" (las licencias)[341].

En cuanto supo que se le instruía esta causa D. José Peraza y Socas se querelló criminalmente en el Santo Oficio contra el vicario "por vindicar su honor". Para su defensa presentó otro interrogatorio:

> si saven o han oído decir que en las visitas de los Sres. Obispos Guillén, Morán, Delgado y Serbera le han hecho a dicho Comisario algún cargo por encontrarle delitos?, o si por el contrario les ha merecido algunas confianzas, como aconteció con el último, poniendo a su cuidado el repartimiento de la limosna de trigo que destinó a los pobres de este dicho pueblo.

Si saben que no bajó ningún teniente de La Orotava a la elección del personero por temerse disturbios; y que sin embargo de que algunos eclesiásticos suelen ir a la iglesia en días de elección "jamás lo han visto practicar a dicho Comisario"; y que Sebastiana desde que está con él es mujer honesta, sin

> trato ni inquietud ilícita con persona alguna, a excepción de una comunicación honesta con un soldado llamado Nicolás Padrón, por averle dado palabra de casamiento, a el que por aver entendido que la tenía dada en Candelaria le dio la mano; y otra igual después con Juan Hernández Santana, por lo mismo, como consta de esponsales que hizo con uno y otro [...] que por ser dicho Comisario totalmente opuesto a inquietudes y escándalos, aviendo tenido antes de esta criada dos que le servían, nombradas la una Bárbara de Sosa y la otra Luisa del Jesús, luego que entendió que tenían cierto trato y comunicación con un estudiante de la Isla de Lanzarote llamado Gonzalo de Bethancourt, oyéndole hablar una madrugada en el quarto de las dichas, se lebantó, serró la puerta por fuera y luego que fue de día mandó llamar a el Alcalde, que lo era D. Cayetano

[341] La primera licencia para confesar se la dio el obispo Dávila y Cárdenas en 1738. Luego las fue renovando hasta 1776. Las de 1749, 1750, 1753 1758 y 1760 están fechadas en La Habana. Las demás, incluida una de 1759, en diferentes lugares de Canarias – seguramente donde se encontraba el obispo-, casi siempre en "Canaria" (Las Palmas).

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2006

> Monteberde, quien traxo consigo a el escrivano Curras, y a el instante y sin demora las hechó de su casa [...] jamás se ha familiarizado con criada alguna de quantas ha tenido, antes si las pone siempre en la distancia que corresponde? y que a ninguna ha tratado de tú por su demasiada política y atención?

Las otras preguntas iban dirigidas a recusar a los testigos. A pesar del secreto con que procedió el vicario, sabía quienes eran. Las preguntas, como siempre, sugieren las respuestas. El escribano Curras era su enemigo por haber depuesto sobre la ilegalidad que cometió en el litigio que siguen D. Thomas Cologan y D. Nicolás Blanco, tocante a la última disposición de D. Thomas Lynch (por su amigo Blanco y en interés propio, después de hecho el testamento de Lynch "forxó una certificación falsa diciendo que Cologan violentó a el testador, con otras suposiciones agenas a toda verdad"). Se le han probado además varias falsedades, como cambiar la fecha del testimonio de una escritura de riesgo a favor de Nicolás Blanco, para que éste siguiera su cobranza por la vía ejecutiva, en lugar de la ordinaria; "aver hecho otra certificación para que un soldado se casase sin lizencia del Comandante, afirmando ser vecino de este dicho Puerto, a tiempo de seis años, quando solo a venido aquí en este destacamento, de que resultó averle multado dicho Comandante con orden a el Governador para que no actúe con él, y hallarse hasta aora presos en Santa Cruz su hijo Francisco y otros testigos que asistieron a el Juramento".

D. José Secio, organista de la iglesia, estaba enemistado con él por antojársele que era opuesto a que se le nombrase alcalde; además, estaba "adeudado en la cassa de Blanco, de resulta de una tienda que tuvo". D. Antonio Betancourt, clérigo de menores, era igualmente íntimo de la casa de Blanco, "porque aviendo sido D. Christóbal Blanco mayordomo de la Cofradía del Gran Poder de Dios, falleció, y quedando dicha Cofradía en la misma casa, eligieron a dicho Bethancor para que la cuidase, frequentándola con este motivo, como es público y notorio". Y que además de ser "amigo estrecho" de Casañas, como Secio "y de todos los demás del conciliábulo", "es sugeto díscolo y de malas operaciones y desarreglados procederes; siendo uno de ellos averse vestido varias veces de mujer para desacreditar a cierto eclesiástico, fingiendo ser una con quien le censuraban, quizás por este motivo". Y teniendo su habitación en un cuarto debajo del

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2006

camarín del Señor "(pudiendo acompañar a su pobre madre viuda), con sus tertulianos comete allí muchos desórdenes", por lo que el vicario le quitó por un tiempo la llave. Además está enemistado con el comisario porque el Tribunal hizo comparecer a su tío Pascual por haberle injuriado. Gregorio Casañas es un hombre ordinario y de baja esfera, "no aviendo exercido su padre otro oficio que el de Harriero público, y el susodicho de encomendero". Y también es parcial de Blanco.

Todos los testigos, naturalmente, abonan al comisario - que es sujeto bien opinado, "que en su ministerio del Santo Oficio cumple exactamente, con la mayor precaución, sigilo y cautela que requiere este empleo, y que por lo mismo fabricó un quarto independiente del interior de su casa, para que sus criados no viesen ni entendiesen cosa tocante al secreto de dicho Santo Oficio"; que fue otro el que hizo bajar al teniente de la Villa, etc.- y echan pestes del "conciliábulo". El personero del Puerto, Gabriel Ramírez, de 67 años, dice que el notario Curras es enemigo del comisario y "de todos los hombres honrados; pues se ha experimentado que después que entró en este lugar a todos ha enredado"[342]. Cuando ya habían declarado ocho testigos, el comisionado, Fr. Juan Díaz Gómez, "dixo que no se reciban más testigos para esta información, porque a su parecer se hallan suficientemente justificados los particulares que contiene el interrogatorio presentado", y que el alguacil citase a los sujetos que se le manden. Se citaron a cuatro sujetos que declararon que tenían a los ocho testigos por honrados.

El 31 de enero de 1782 el secretario, que hacía de fiscal, dijo que no tenía nada que pedir; sólo, si le parecía al Tribunal, recibir la causa a prueba "por lo concerniente a la calidad de los testigos examinados por el ordinario [...] y si apareciese en forma su inocencia [del comisario], y que dichos testigos han depuesto falsa y maliciosamente contra su honor, conducta y buen concepto [...] no sólo declararle por tal, sino prevenir, apercibir y escarmentar a [los] referidos testigos calumniadores". Era lo que había pedido el apoderado, D. Antonio Cerpa[343].

[342] El apoderado del comisario dice en su alegato que es "falso con reiteración; que tiene enredado a todo el Pueblo; opuesto a todos los hombres de honor; díscolo, reboltoso y sin vergüenza, a quien debían castigar las Justicias, y que si estubiera en manos de los vecinos lo expulsaran del lugar a cajas destempladas".

[343] Que se le declarase por libre y se condenase a los testigos por faltar a la religión del

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2006

El auto del Tribunal de 9 de marzo declara al comisario ministro fiel y de buenas costumbres, y por no probados los delitos que se le acumulaban; y le reserva el derecho a pedir lo que fuere de justicia contra los que depusieron en su contra. Pero parece que el comisario prefirió dejar las cosas en este estado y no seguir removiendo el asunto.

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2006

juramento. Aunque admite que detrás de todo estaba D. Nicolás Blanco, hacer recaer toda la culpa sobre los testigos: "No es nuevo que los sugetos que proceden con integridad, rectitud, e inseparables de la verdad padescan los contratiempos que maquinan la emulación y el odio. Por eso sufre D. Josef Peraza y Socas los censibles golpes de hallarse despojado del Púlpito y confesionario, obligado a asistir al Coro de su Iglesia en inferior asiento del que le pertenece, precisado a despedir a una sirviente fiel con la fea nota de comunicarse torpemente los dos, y amenasado de providencias no menos rígidas en calidad de perturbador del sosiego público [...] Sucede pues que D. Nicolás Blanco, vecino y del comercio de aquel Puerto, tiene muchos contemplativos allí, que olvidados de sí mismos solo piensan en adularles con no poca ruina de ellos propios, y aun del referido D. Nicolás, porque aunque no acienta a sus intenciones obsequiosas, no dejan de indisponerle y malquistarle. Su casa es una de las más fuertes del Continente, aspiran varios al beneficio que se prometen cultivada su gratitud, y preocupados de esa suerte empeñan su oficiosidad hasta sacrificar inocentes" ...

Los conflictos del Tribunal

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2006

4. Conflictos.

En rigor no deberíamos estudiar por separado la oposición a la Inquisición y sus conflictos, pero en esta última parte, por razones de mera economía, no nos vamos a ocupar sino de los últimos. Atribuir la primera a motivos ideológicos y los segundos a razones de interés ("material"), exclusivamente, es un error. Las ideas y los intereses se suelen presentar mezcladas en un magma que los hace casi indistinguibles (las ideas legitiman los intereses, los intereses favorecen - o dificultan - la difusión y el arraigo de las ideas... y cuando coinciden, ideas e intereses se confunden).

Ambos, conjuntamente, conformaron ese "clima peculiar, difícilmente mensurable, contra determinados métodos inquisitoriales [...] contra su autonomía, contra su propia esencia y existencia, irreconciliables con la tolerancia que asomaba en esta centuria". Para crear este clima, que propiciaba los conflictos, contribuyeron corrientes "tan afines y alejadas a la vez" como los jansenistas, regalistas e ilustrados (Egido, 1984, 1209). Lo que alegan en los conflictos los adversarios del Tribunal– que aparecen a menudo en los registros inquisitoriales como poseedores y lectores de libros prohibidos o denunciados por proposiciones[1]- es el programa de la oposición: que el Tribunal se ciña a las causas de fe "sin entrometerse en cosas y materias ajenas a su venerable instituto" (Egido, 1981, 20).

Pero si no hay una divisoria clara entre oposición y conflictos, para pasar de oponente a adversario había que cumplir un requisito: ser "poderoso", disponer de recursos institucionales (o del apoyo de quienes los poseían). "Los 'harapientos' no se

[1] Por ejemplo, los regentes de la Audiencia D. Juan López Altamirano, en 1787(: AMC, Inq. leg. I-D-29, fols. 229v. ss, 236v., y 251; CXLVIII-28); y D. Tomás Ruiz de Bustamante, en 1794 (: AHN, Inq., leg. 1833, nº 33).

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2006

rebelan"[2]. La compleja red de jurisdicciones especiales de la Edad Moderna, por otro lado, favorecía el estallido de los conflictos. Los Borbones trataron de simplificarla en beneficio de la jurisdicción real ordinaria (Tomás y Valiente, 1992, 187-193). La jurisdicción eclesiástica, y, sobre todo, la inquisitorial, las más conflictivas, fueron también las más afectadas por este proceso simplificador y centralizador, cuyo principal propósito era, en realidad, suprimir o limitar los poderes que se oponían o se resistían al poder del rey (cfr. Egido, 1979)[3]. Estos conflictos se dieron entre todas las jurisdicciones, es decir, entre todas las autoridades, pues todas tenían competencias de "justicia" o estaban adscritas a un "tribunal", pero los motivos no siempre fueron "jurisdiccionales" *stricto sensu*[4].

Por lo que se refiere a la Inquisición, el estado de esta cuestión está, prácticamente, donde lo dejó Lea, en 1907[5]. El fuero privilegiado, la jurisdicción "subjetiva" del Tribunal (en razón del sujeto, no del delito), su competencia en los asuntos civiles y criminales que afectaban a sus servidores[6], fue, a juicio de este autor, la principal causa de estos conflictos, "que absorbió tan gran parte de su actividad y fue causa de tan constantemente repetidos desórdenes, que para su examen es menester todo un capítulo" (Lea, I, 473). Ya hemos visto que en el siglo XVIII, se recortó el fuero a los ministros y que en 1793 se quejaban los inquisidores del "poco o ningún fuero que en el día" gozaban.

[2] "Esto no debe sorprender: sólo a primera vista puede parecer paradójico que se subleve quien menos sufre. También fuera de los *lager* las luchas raramente son lideradas por el subproletariado. Los 'harapientos' no se rebelan": Primo Levi (1995, 192).

[3] Para el "despotismo ilustrado" era lo mismo: "los políticos combienen en que una parte del buen gobierno de una nación consiste en reunir los hombres bajo un solo poder" (Llorente, 1995, 230).

[4] Para nuestro ámbito geográfico y cronológico, cfr. Viera y Clavijo (1971, II, 277-433), Rumeu de Armas (1950, III, 449-552 y 679-769) - los que enfrentaron a los capitanes generales con los cabildos a propósito de las milicias y las fortificaciones-; Peraz de Ayala (1988), y Bethencourt (1982, 1983, 1992 a y b, y 1993) – los protagonizados por la Iglesia -; Brito (1990) - los de las primeras décadas del siglo, los más violentos- , Núñez Pestano (1995 y 2001) y Noreña Salto - Núñez Pestano (1990) - los de las últimas décadas, especialmente en Tenerife-, entre otros.

[5] Especialmente en Lea (1983, I, pp. 481-589): cap. IV: "Conflictos jurisdiccionales"; pero también en los tres anteriores. La única monografía sobre un Tribunal de distrito que se detiene en el tema es Haliczer (1993, 25-100). (El conflicto murciano de mediados del siglo XVI que Contreras (1992) analiza minuciosamente - un conflicto entre clanes locales en el que, por las acusaciones de los implicados, interviene la Inquisición-, es más del tipo de los que estudiamos en el capítulo anterior). En las obras de carácter general, López Vela (1993 a, 192-226), al tratar del fuero y los privilegios, es el que le presta más atención.

[6] 'Fuero' desde la perspectiva del tribunal es potestad, desde la de la persona es derecho subjetivo, que le permite sustraerse a la competencia a otro tribunal: Pérez-Prendes (1992, 146).

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2006

4.1. Causas civiles y criminales.

Los asuntos de esta clase que ocuparon al Tribunal canario en este período fueron muy pocos. En 1703 se recibe a prueba una causa contra D. Gerónimo Boza y Lima. El secretario del Tribunal, D. Diego Francisco de Carvajal, le reclamaba 25 doblones que le había dado en Indias el capitán D. Juan de Valcárcel para que se los entregase. D. Gerónimo decía que los había perdido cuando el barco en el que venía de La Habana, *El Águila Negra*, fue apresado en la Punta de Anaga por un corsario inglés. Pero se decía que "los Voças" - Gerónimo y su hermano Matías, que "uno por otro se miraban sus cosas" - habían logrado salvar todas sus pertenencias (su criado decía que a sus amos no les quedó en el navío "ni aun los escarpines"), y habían pagado otros "conocimientos": al administrador de las Rentas Reales, y a D. Joaquín Laisequilla, aunque éste se tuvo que conformar con un cantidad inferior a la que les había entregado en La Habana el capitán Juan de Justi (1.821 pesos en lugar de los 2.000 escudos)[7].

En 1757 el alguacil mayor de Las Palmas, D. Baltasar de Llarena se querella en el Santo Oficio contra el canónigo D. Antonio de la Cruz Carabeo por 337 reales que le debía del arrendamiento de unas casas, "y sobre que le tapiase el claro de una puerta cochera que hizo para una silla volante de que usa, y que no necesitaba el dicho D. Baltasar, antes sí le inutilizaba aquel quarto"[8]. El año anterior el capitán general había avocado para sí una causa civil en la que D. Baltasar era demandado por su sobrino, el marqués de Acialcázar. El Tribunal escribió al Consejo dando cuenta de la "novedad", "como también de que siendo militares quasi todos los hombres principales de estas Islas, no podremos tener ministros de esta clase sin tener en adelante muchos encuentros con los Generales, que aspiran por este fuero a usurpar la Jurisdicción al Tribunal que respectibamente le compete en las causas de sus Ministros"[9].

---

[7] AMC, Inq., leg. CXXXII-4.

[8] *Ibid.*, leg. I-D-30, fol. 178 V-179. El Tribunal pide al Consejo que la tenga en cuenta "para corregir a este Canónigo y escarmentar a otros. Y permítanos V.A. el decir que este es un hombre que siendo cura de un lugar de la Isla de Tenerife, por sus excesos fue man[ ] por su Prelado, y en lugar de obedecerle, se embarcó para esa corte, donde consiguió una canongía de esta Iglesia, sin embargo de ir fugitivo y de que el Cabildo eclesiástico ocurrió adonde correspondía para desviar de su choro a este sugeto, porque preveía la solicitud de la prebenda [...] Y en una palabra, con decir a V.A. que se lisongea de que le nombren comúnmente el Diablo damos a conocer bastantemente su charácter" (carta de 7 de diciembre de 1757).

[9] *Ibid.*, fol. 151 v- 152 (carta de 5 de marzo de 1756).

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2006

El depositario de pretendientes D. José Gabriel Russell, logró en 1764 que el Tribunal obligase a Manuel Rosales, "maestre y parte interesada" de la balandra *La Aurora*, a pagarle los mil reales que le debía de las jarcias y lonas que le había suplido en 1759 para "la fábrica y apresto" de su balandra[10]. En 1763 Rosales, que decía que no tenía con qué pagar, "por la cortedad de los tiempos y haver estado aquí en litigio sobre dicha mi valandra", se ofreció a darle cien reales "o más" en cada viaje. Pero el depositario se negó, porque eran notorios "los créditos que contra Rosales se han manifestado al público", y porque sus fianzas y obligaciones "no es difícil el que se enquentren fal[l]idas", porque los bienes que ponía en ellas no eran suyos, sino dotales, o tenían otra carga que él no manifestaba. Además, sabía que había "barcos acreedores en la Isla de Thenerife que solo esperan haverle en aquella Isla para executarle", y él tenía preferencia, "privilegio [...] nacido de peltrechos que llevó de mis Almagasenes para su Balandra". El 3 de abril de 1764 el Tribunal dio tres días de plazo al maestre para que pagase "o de razón que le excuse", y mandó que ínterin no saliese la balandra del Puerto de la Luz y se le embargase. Pagó al día siguiente[11].

En 1768 el depositario pidió al teniente corregidor que avisase a los alcaldes de Guía, Gáldar y Agaete, para que "aprehendan y remitan con toda custodia" a la cárcel real a Domingo Marrero, su sirviente, al que "tenía bendiendo en una tienda de Ropa y otros efectos [...] y estándome deviendo porción de maravedíes, con este motivo y evitar su satisfacción, se a ausentado fuxitivamente, de forma que no puedo dar con el susodicho, y me temo aya hecho la fuga por primera tierra[12], para de allí ausentarse a la ysla de Thenerife". Después, acogiéndose al fuero activo y pasivo, solicitó al Tribunal que pidiera al alcaide de la cárcel real que le tuviese a su disposición (del Tribunal)[13].

[10] AMC, Inq., leg. CVIII-15. "Vale que devo y pagaré a D. Joseph Russell la cantidad de 1626 rs. von. en moneda de indias. Los mismos que ha suplido en harcias y lonas, etc., para la fábrica y apresto de mi valandra, los que he pagar al segundo viaje que hiciere mi valandra y por defecto de qualquier accidente de la fecha de este en tres meses, a lo que me obligo con dicha valandra y bienes havidos y por haver. Fho. en Canaria a 28 de Nov. de 1759. Por no saber firmar Roque, testigo que lo fue a ruego de Manuel Rosales, su testigo Agustín Moreno López".

[11] AMC, Inq. CLXXVI-196 y CLXXVIII-69.

[12] "Primera tierra" era en Gran Canaria el noroeste de la isla; y más precisamente, sus puertos, los más cercanos a Tenerife.

[13] *Ibid.*, leg. XI-21.

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2006

Otro pleito de D. José Gabriel - que tras su muerte continuaron sus hijos, Andrés y Pedro Russell - dio lugar a una larga competencia con la Audiencia, y a la Real Cédula de 13 de febrero de 1785, que le puso fin. El 17 de junio de 1770 el alguacil de la Audiencia destrozó una valla en su hacienda de Tejadita, en el barranquillo de San Roque. Los vecinos pretendían que su álveo o corriente de aguas, fuese de dominio público. El día 20, D. José se querelló contra ellos en el Tribunal de la Inquisición.

Que a estas alturas la Inquisición retuviese un pleito de "cerramiento y paso de heredad", sólo se explica porque en seguida se convirtió en un asunto más delicado, de preeminencias - más que de competencias -, en el que se implicaron los Consejos, que había que resolver con cuidado porque afectaba al equilibrio de poderes, y no sólo en las islas, sino en toda la monarquía.

En 1771 la Audiencia y la Inquisición convinieron en unirse y conferenciar en un paseo. Pero no dio resultado. En 1773 se formó "competencia", y como tampoco llegaron a un acuerdo, ambos tribunales remitieron los autos a sus Consejos (de Castilla y de la Inquisición), cuyos fiscales representaron lo que tuvieron por conveniente. El rey resolvió - el 24 de mayo de 1782 - que se reuniesen un ministro de la Audiencia nombrado por el regente, y otro de la Inquisición nombrado por la Suprema, que oyesen a las partes (los Russell y el síndico personero), y determinasen la causa en lo principal; y si no se ponían de acuerdo, le consultasen.

Cuando el Consejo remite al Tribunal copia de la "Real Determinación", nombra al inquisidor más antiguo, y como en ella no se decía donde se debía celebrar la junta ni quien debía presidirla, le advierte

> que en el caso de excitarse la duda o reparo de qual de los dos Jueces deve presidir la Junta y curso de este negocio, dando ocasión a que se dilate su conclusión, prevenga el Tribunal se reconozca su Archivo con particular cuidado, por si en él se halla algún idéntico exemplar, o adaptable al presente caso; y en su defecto procurará el Inquisidor establecer la preferencia con los fundamentos que le dicte su prudencia y le parezcan más eficaces. Pero si fueren

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2006

inútiles sus esfuerzos, cederá la Inquisición vaxo de protesta y sin perjuicio de su derecho, para evitar maior atraso en esta tan anticuada competencia[14].

El regente de la Audiencia eligió al oidor decano, D. Juan Antonio González Carrillo. El inquisidor le citó para el Tribunal. El oidor, que era más antiguo en el empleo (llevaba en él cuatro años y el inquisidor sólo unos meses), y que había visto lo que se practicaba en la Corte, le contestó que no debía intentar presidirle, "que era a lo que se dirigía combocándole a su Tribunal", y que, aunque creía que la Junta se debía celebrar en su casa, para que "las piadosas intenciones de S.M." tuviesen efecto, "y no parase la consideración en un espíritu de etiqueta", estaba dispuesto a celebrarla en un lugar indiferente a los dos, como las casas consistoriales o el convento de Santo Domingo, en la celda o pieza que el prelado señalare, pero con su "aviso", ya que por antigüedad le tocaba presidir. La Inquisición se negó, dice la Audiencia que alegando un precedente de 1654 y leyes que eran para Indias o para la Corona de Aragón[15].

Cuando el Tribunal informa al Consejo de lo sucedido, éste le responde que aunque el celo con que había tratado de defender la preferencia era loable, "por lo que han variado los tiempos era de desear no huvieseis empeñado tanto la disputa", para no retrasarla más y no hacerla "ruidosa". Le manda que "para restablecer de nuevo y con decoro la correspondencia cortada con sequedad por el oydor decano, le deis a entender que desconfiando de vuestras propias luces haveis recurrido al Consejo", que para no retrasar el cumplimiento de las órdenes de S.M., se ha conformado en que por esta vez, sin que sirva de precedente, presida el oidor decano[16].

Pero la Audiencia rechazó el "allanamiento". Le pareció "tan condicionado" que si accedía abriría la puerta a posteriores disensiones y discordias[17]. Los dos tribunales informaron de sus actuaciones a sus superiores, y el Consejo de Castilla consultó al rey, que por R.C. de 13 de febrero de 1785 mandó que "así en el presente caso, como en

[14] AMC, Inq., leg. XXVII-10, fol. 100 (carta de 12 de junio de 1782).
[15] AHPLP, Audiencia, "Copia de informes, cláusulas y representaciones que se remiten a los tribunales superiores", lib. 33, fol. 125-130: consulta al rey por la vía de Gracia y Justicia de 16 de diciembre de 1782.
[16] AMC, Inq., leg. XXVII-10, fol. 110. (carta de 19 de enero de 1783).
[17] AHPLP, Audiencia, "Copia de informes, etc.", fol. 133-134 v.

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2006

qualquiera otro que haya de concurrir Inquisidor a la Real Audiencia para decisión de competencia u otro asunto, preceda el Regente u Oidor de ella, y quando algún Ministro de la Audiencia hubiese de concurrir como acompañado, o por comisión o por otro motivo al Tribunal de la Inquisición, presida el Inquisidor a quien toque la presidencia en él"[18]. Lo que en este caso supuso dar la razón a la Audiencia en el asunto de la preeminencia (aunque en lo "principal" el fallo fue favorable a los Russell).

4.2. Competencias.

Apenas hubo más causas civiles o criminales de ministros que se sustanciasen en el Tribunal[19]; aunque los pleitos o roces por competencias fueron más frecuentes, especialmente con la Audiencia[20]. Pero la Suprema, cuando versaban sobre estas causas, no solía apoyar al Tribunal. En las causas de fe, incluso las que eran *mixti fori*, como las de bigamia[21] o hechicería, no hubo competencias; todo lo más algún que otro forcejeo. En 1792 fue denunciada en el Santo Oficio una tal Bernarda de Castro, alias Pimienta, por haber recibido la eucaristía "sin haber precedido confesión sacramental y sin estar en ayuno natural, por haber estado la noche precedente y la misma mañana comiendo y bebiendo en unas tabernas, y también de haber respondido a su Párroco que la reconvino [...] que ella había confesado con Dios". Después de dictar auto de prisión, supo el Tribunal que *la Pimienta* estaba presa en la cárcel real por el mismo delito. Despachó al corregidor y al alcalde mayor para que le entregasen a la reo y los autos originales. Éstos contestaron que la Audiencia había dictado providencia destinándola

[18] No.R., lib. II, tit.VII. ley XI.

[19] Hubo algunas por robos a ministros en el primer tercio del siglo: AMC, Inq. leg. XXIV-15, XLVII-4, LXVIII-14, CLX-32, CLXVII-62, CLXXIII-85, y una, al menos, a finales (1787-1791, por robo al inquisidor): *ibid.*, leg. XVII-1. Sí hubo muchas del Tribunal, sobre todo de "cobranzas y execuciones". El interés pecuniario de los ministros en las causas criminales que apunta Haliczer (1993, 302), no se daba en Canarias: en 1782 los inquisidores dicen que "rinden poquísimo": AMC, Inq. leg. I-D-29, fol 217v.

[20] AMC, Inq. CXII-15, fol. 32-34 (1741-1744), I-D-30, fol. 151 v-152 (1756): con el capitán general. AMC, Inq. LIV-19 (1716), AHPLP, Audiencia, RR.OO no recopiladas, vol. 6°, fol. 210 (1748), fol. 212 (1763), *ibid.* Procesos, 15.464 (1764), *ibid.*, RR.CC, Lib. 2°, fol 373-381 (1762), etc.: con la Audiencia. La más "ruidosa" fue la que tuvo su origen en la tala sin licencia que hizo un familiar, en 1761, en el Monte Lentiscal, que motivó la R.C. de 11 de marzo de 1783: AMC, Inq. , leg. I-D-30, fols. 240 ss (segunda numeración), AHPLP, Audiencia, RR.OO. no recopiladas, lib. 136, fol. 183-190, y RR.CC, lib. 8°, fol. 308-309. El Consejo dijo a los inquisidores que no debieron intervenir en un "asunto tan ajeno a nuestro conocimiento".

[21] Incluso después de la R.C. de 5 de febrero de 1770 (lo tratamos con detalle en un trabajo sobre el delito de bigamia que tenemos en preparación).

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2006

por dos años a la casa de recogidas. El Tribunal mandó entonces un oficio a la Audiencia, que "después de varias contestaciones", entregó a la reo; pero no las causas originales, sino un testimonio[22].

Poco después fue el fiscal de la Audiencia el que se presentó ante el inquisidor decano "diciendo había tenido noticia que un clérigo de Telde había cogido a unos jóvenes una varaja, quien la había remitido a este Tribunal, cuya varaja representaba por un lado los Reyes, por otro un León devorándolos, y otras figuras ridículas alusivas a las cosas de los franceses, por quienes sería inventada; que bajo este supuesto a él le tocaba pedir lo conveniente, y que para ello le entregase la varaja, o a lo menos la enseñase". El inquisidor decano le respondió "que el Santo Oficio sabía muy bien de su obligación y mirar por el decoro de los Reyes, sus Católicos Protectores, para remediar los abusos y contener los sediciosos". El fiscal se retiró amenazando con que "daría cuenta"[23].

4.3. Conflictos "de abastos".

Los conflictos que podemos llamar "de abastos", tienen un interés especial para nuestro tema, porque ponen de relieve la naturaleza del acoso – progresivamente creciente - al que se vio sometido el Tribunal por el resto de las autoridades, y la forma en que éste le hizo frente. Ya hemos hecho referencia a la pérdida, en 1755, de la exención de derechos de almojarifazgo de que gozaban los ministros del Santo Oficio. El Tribunal formó autos contra el administrador de la Real Aduana de Santa Cruz de Tenerife por habérselos cobrado al nuncio D. Dionisio Treviño, por cuatro libras y media de tejido de seda que trajo de España[24]. Pero intervino el comandante general,

---

[22] Lo que importaba al Tribunal era la "competencia". La carta al Consejo dando cuenta de lo sucedido (27 de marzo de 1792) termina diciendo que "la dicha Reo queda en cárceles secretas, y su causa recibida a prueba en auto de ayer; por no ser de gravedad, a causa de su embriaguez, y la reo una miserable, que no tiene con que alimentarse, ni aun ropa con que cubrir sus carnes, hacemos ánimo de despacharla y no detenerla hasta consultar con V.A. su sentencia, para evitar gastos al Real Fisco": AMC, Inq., leg. I-D-28, fol. 15 v.

[23] *Ibid.*, fol. 66 v (carta de 12 de diciembre de 1795).

[24] AMC, Inq. leg. CXVIII-21. D. Dionisio dice que en el último viaje que hizo de Cádiz a Santa Cruz *El Suceso*, le trajo D. Patricio Suisman "un cajoncito con mi rótulo que incluye cuatro libras y media de tejidos del Reino de España, que se reducía a un poco de damasco, terciopelo y unos pañuelos. Todo para su uso personal. Que al quererlos mandar para esta isla no se lo permitieron los que administran la Real Hacienda, sin que pagase los derechos de Aduana", lo que contradice los "indultos y privilegios" de los ministros del Santo Oficio...

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2006

queriendo "manifestar su ciego amor al Real Servicio", y no pudieron evitar el "suceso" ("aunque pusimos con tiempo los medios oportunos"). Cuando remiten al Consejo el expediente de la "diferencia" con el general - el 27 de agosto - dicen que les ha sido "sumamente sensible"

> assí porque nos vimos despoxados de la exempción de este derecho en caveza del Nuncio, a quien se exigieron doce Reales de plata por unas pocas varas de seda de texido, como por los ultraxes, improperios, amenazas y furores con que el general se explicó públicamente en aquel puerto, donde entre ingleses y de otras naciones hay muchos enemigos de nuestra religión y del Santo Oficio, habiendo conseguido con ellos intimidar al Comisario y Notario, que hicieron saber la providencia del Tribunal al Almoxarife; y aún se ha atrebido a prorrumpir amenaza de palabra y por escrito contra nosotros mismos, haciendo público desprecio contra el Santo Oficio en todas las islas[25].

Aunque no los ministros, el Tribunal mantuvo la exención. Poco después le fue también discutida. En 1757 la Inquisición formó unos autos "sobre la libre introducción de quintal y medio de cera comprada a bordo de una embarcación mallorquina para el Real Fisco". El familiar y abogado del Real Fisco D. José Hidalgo Cigala la había comprado a bordo para no pagar derechos, pero el almojarife, al que pasó "quantos officios caven en la más urbana correspondencia", se negó a despachar la guía para que el guarda que estaba en el jabeque la dejase desembarcar, "siendo llano y corriente darla a quantos la piden para el desembarco" (el cabildo eclesiástico había comprado

[25] No obstante, dicen que "es un caballero de buena conciencia, amante de la Justicia y del Serbicio al Rey; es muy sencillo y se impresiona de qualquier expecie, sin pararse a examinar la razón, por lo que vive entregado a D. Pedro Álvarez, a quien atribuimos los primeros mobimientos de esta pendencia, y que desde su ingreso en estas islas ha sentido la independencia de este Tribunal como la única exempción de la unibersal y ciega subordinación que le tiene todo el País, que a sido común a sus antecesores, por el poder que se abrogan y la dificultad del Recurso a esa Corte": AMC, Inq. leg. I-D-30, fol. 138. El mismo juicio hace de él – del comandante general, D. Juan de Urbina – Viera y Clavijo (1971, II, 370): "Varón de corazón sencillo, buen cristiano, buen soldado, buen español, pero susceptible de grandes preocupaciones, de errores comunes, de aceptación de personas y de ideas desmedidas de su poder, que ejerció sin límites contra toda clase de personas y sobre todo género de materias". Al tratar de su gobierno - pp. 359-371- se refiere también a Pedro Álvarez y las "grandes novedades a que presta mano el general", que luego se enemistó con él.

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2006

veintiséis quintales). Decía que sólo podía hacerlo el corregidor, como juez subdelegado de la Real Aduana. Después escribió la guía a nombre del corregidor.

El Tribunal envió al nuncio el 4 de octubre con un "recado de urbanidad" para el corregidor, diciendo que en atención a la exención de que gozaba – por decreto de S.M., comunicado al inquisidor general, de 1755 - mandase entregar la cera. El corregidor pidió copia del "papel" y se le llevó; pero dijo que venía muy cansado de la procesión de La Naval y no estaba para darle respuesta, que al día siguiente "estaría" con los inquisidores y les respondería. Pero no fue, a pesar de los requerimientos del Tribunal. El día 11 le dijo al secretario que había representado al comandante general.

El comandante general dio una "orden interina", que el corregidor comunica al Tribunal el día 14: que se lleve "puntual razón en la Aduana de los géneros que entraren los Inquisidores, los que quedarán obligados a los respectivos derechos de lo adeudado, si declarare el Rey que paguen [...] Passe por aora con libertad de derechos lo contenido en esta certificación ínterin S.M. resuelve lo que se deve practicar en tales casos [...] Este mismo decreto se deve poner siempre que qualesquier eclesiástico traiga alguna cosa para su preciso uso". El Tribunal le contesta que nunca creyó "que se midiese al Real Fisco con la misma regla que a los Inquisidores y mucho menos con la de los Eclesiásticos [...] pues cada una de estas cosas tiene su diferencia mui visible, siendo la essención del primero favorecida de ambas potestades, con muchas ventajas respecto de los demás essentos". Luego dio cuenta al Consejo de todo lo actuado. El Consejo le responde – el 13 de febrero de 1759 (sic) - que lo tendrá en cuenta "para moverlo en su oportuno tiempo, respecto de que los negocios sobre que se ha representado al Rey están sin curso, por la larga enfermedad de S.M."[26].

4.4. Conflictos de "precedencias en los abastos".

Hay otros pleitos "de abastos" que son aún más significativos, o que manifiestan más claramente los motivos reales de todos estos enfrentamientos. El 5 de octubre de

[26] AMC, Inq. leg. LXXII-3. El Tribunal vuelve a recordarle el asunto al Consejo el 19 de agosto de 1759: *ibid.*, leg. I-D-30, fol. 191v.

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2006

1734 el Consejo contestaba a varias cartas del Tribunal, en las que daba cuenta de un "lance" del criado del inquisidor D. Gabriel Morgado en la carnicería (28 de mayo), de que la Audiencia había obligado al cirujano del Tribunal a rapar los pelos y las cejas de unas mujeres sacaron a la vergüenza (15 de julio), y de que el capitán general no había avisado al Tribunal de la prohibición de la moneda provincial – y sí avisó al obispo, al "Tribunal Eclesiástico" y a la Audiencia – (20 de julio), aprobando su actuación (lo que los propios inquisidores le habían contado), y encargándoles "que en los lanzes que en adelante se ofrezieren os procuréis portar con la mayor templanza y cordura [...] hasta que en vista de lo que Su Magestad resolviere sobre la consulta que se le tiene echa azerca del quento principal, se os pueda ordenar lo que devais executar"[27].

Dos meses más tarde, el 3 de diciembre, mejor informado, el Consejo reprendió durísimamente a los inquisidores por no haberse dado por satisfechos con el recado que les pasó el amo del criado que había afrentado al criado del inquisidor, diciendo que lo tenía preso y a su disposición; y por haber procedido con censuras, prisiones y multas para impedir que ninguna embarcación saliese de los puertos de las islas sin su licencia, ("con lo que aun el Capitán General se hallará obligado a no poder dar los avisos del modo que juzgue convenientes, aún en las más graves materias de Estado y Guerra"). En vez de arriesgar el resultado de las gestiones que el Consejo estaba haciendo – la "consulta a S.M." – para "reparar el golpe que os amenazaba [...] por vuestros poco bien mirados procedimientos", debían haber tenido "presente lo mucho que importa a la conservación del honor, respeto y jurisdicción del Santo Oficio escusar competencias y no arri[es]garlo, aún valiéndose de quantos medios prudentes de disimulación, y aún de sufrimiento, puedan ocurrir para el fin de evitarlas; y maiormente en el presente tiempo, en que se arriesgan o pierden aún los derechos y autoridades más seguros del Santo Oficio, y sus fueros y privilegios, si se exponen en competencias". Les manda que en adelante procedan con la mayor templaza y tolerancia contra los "excesos" de que sean objeto -ellos o el Tribunal- por parte de los ministros reales, sin pasar a procedimientos judiciales, "sí solo a justificar quanto sea posible los hechos que os parezcan ofensivos, para dar quenta al Consejo, y sin proceder a otra cosa, y no omitiendo antes pasar con buenos modos todos los oficios que juzgareis convenientes con el Capitán General o

[27] *AMC, Inq., leg. XLIX-5, fol. 143.*

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2006

Audiencia o otros Ministros, a fin de que siempre conste de vuestra templanza, y que si ay exceso o dureza reside en los otros"[28].

En el "lance" de los criados, la Inquisición había encarcelado a los dos alguaciles del ayuntamiento que asistían a los repartos, al pesador de carnes y a un tal Juan, alias el Gato Mulato, que había querido quitar el pescado al criado del inquisidor para dárselo al del oidor. También había procedido contra el teniente corregidor por un auto que se "fixó en los puestos públicos", en que mandaba a los regidores y diputados de meses, y a todos los ministros que intervenían en los repartimientos de carnes y pescados que "diessen primero y mejor al Regente y Oidores, luego al Obispo y después a los Inquisidores Apostólicos", y lo había declarado "incurso" por no querer borrar las palabras "luego" y "después"[29].

El Consejo de Castilla pidió al rey que hiciese comparecer en la Corte al inquisidor D. Pedro Ramírez Villalón, de cuyos procedimientos había recibido muchas quejas. Pero la Suprema logró que el rey anulase el auto del corregidor, y que se hiciese el reparto como hasta entonces, conforme a las cédulas y provisiones del propio Consejo de Castilla, "con igualdad, despachando a los criados de unos y otros conforme han ido llegando, y en casos de carestía o escasez, repartiendo con proporción entre todos lo que huviese". El rey dejó la reprensión del inquisidor al arbitrio de la Suprema. Ésta, cuando comunica al Tribunal la real decisión, le advierte que use de ella con la "mayor moderación y templaza, sin afectar vencimiento", y le dice al inquisidor Villalón que, aunque debería llamarle a la Corte, no lo hacía para que no se atrasasen las causas de fe[30].

[28] *Ibid.*, fol. 144.

[29] El auto del corregidor fue aprobado por el Consejo de Castilla por Real Provisión de 26 de enero de 1734: AHPLP, Audiencia, RR.CC., lib. 8º, fol. 315. De este *lance* dice Álvarez Rixo (1992, 75, n.58) que surgió la expresión "qué tiene que ver el credo con las brevas": "Es refrán originado en la ciudad de Las Palmas de Canaria, contestación de cierto criado del Corregidor a otro que lo era de un Inquisidor, que pretendió en la carnicería ser despachado primero por cuanto era sirviente de un sacerdote defensor de la fe. Este curioso chiste, que tanto se ha generalizado, lo explicó y recordó el Sr. Ldo. D. Francisco Penichet en 1882, pero cuyo origen lo indica el Sr. Viera, t. III, p. 114, y acaeció el año 1733". Álvarez Rixo, que había nacido en el Puerto de la Orotava en 1796, murió dos años más tarde, a los 88 años.

[30] AMC, Inq., leg. XLIX-5, fol. 146-148v (carta de 20 de diciembre de 1734).

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2006

Tres días más tarde vuelve a escribir para reprender a Villalón por el asunto de las licencias. Éste había multado con ocho ducados al maestre de una balandra por hacer viaje a Fuerteventura – para llevar a un ministro de la Audiencia – sin la preceptiva licencia del Tribunal. El rey había enviado al Consejo copia de la carta del capitán general, marqués de Vallehermoso, al inquisidor (5 de agosto), y de la respuesta de éste al capitán general (18 de agosto). Al Consejo se le hacía muy difícil "que pueda ese tribunal tener zédula ni privilegio para que sin su licencia pueda salir embarcación ni valandra alguna, y aunque la aya se deben entender limitados [a] los casos de urgente necesidad del servicio de el Rey y bien público, y lo que es más conforme a razón, que deban avisar al Santo Oficio los ministros que las despachan, o los Maestres que por sí hacen viajes, por si tiene algunos pliegos que embiar a sus comisarios, o éstos al Santo Oficio, pues no habiendo en esas Islas otros correos dicta la razón y prudencia se le de aviso de estas ocasiones para que puedan tener curso sus negocios".

No se le ocultaba al Consejo que el control de la navegación era un arma decisiva en las disputas locales. El mismo Villalón le había informado del cuidado que ponía la Audiencia en evitar que el Santo Oficio supiese cuando salían las embarcaciones, para entorpecer sus comunicaciones con el Consejo, e impedir "por este medio que el Tribunal participase a sus superiores lo que ocurría y era digno de su noticia". Pero el uso que estaba haciendo el inquisidor de las licencias le parecía peligroso. Pide que le envíen copia de todas las cédulas y órdenes que tengan sobre el asunto "para que en su vista se os pueda dar regla de la observancia y práctica que deben tener", y previene a Villalón que "enmiende esse fastidioso e impertinente modo de escribir de cláusulas y ponderaciones con mezcla de adulaciones, no conformes a la seriedad de su ministerio, sino es en estilo llano y eficaz manifieste la razón en que funda su procedimiento el Santo Oficio estando en inteligencia de que no se opone a el Secreto de él el manifestar las zédulas y privilegios de S.M. en los casos ocurrentes, y debió averlo hecho assí para satisfacer al Marqués en la carta que le escrivió, con lo que avría quedado más convencido que con la infinidad de expresiones oscuras y ponderaciones que llenan el papel, sin decir nada que concluientemente satisfaga"[31].

[31] *Ibid.*, fol. 152.

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2006

Cuando recibe la respuesta del Tribunal, con las cédulas y órdenes que pidió, el Consejo les dice que "la licencia que decís deven sacar los Barqueros del Santo Oficio quando están para hacer viage, cuia práctica la fundáis radicada en la carta acordada de 22 de Abril de el año de 1627 que citáis, se deve entender y entiende de la obligación que tienen los Barqueros de dar quenta y aviso al Santo Oficio quando están de viage, para si tiene que remitir pliegos, a el modo que quando S.M. resuelve que salgan embarcaciones para Indias se da aviso y noticia al Consejo, y en esta forma lo mandareis observar"[32]. Con esto parece que terminó este pleito. Pero no el "de abastos", pues "la práctica del *luego* y *después*"[33] se mantuvo hasta que una R.C. de 11 de septiembre de 1736 anuló la Real Provisión de 1734 – que dice fue obtenida "con relación siniestra" - y mandó volver a la "práctica constante, que havía regido y se havía observado hasta aquella novedad", de despachar a los criados sin preferencias de tiempo y calidad[34].

Pero una Real Cédula no podía acabar definitivamente con estos pleitos. Sólo podía sofocarlos por un tiempo, hasta que los "enemigos" de la Inquisición encontrasen otras formas, justificaciones o interpretaciones de la ley, que los hiciesen viables; pues en la guerra de las preeminencias, todos libraban con la Inquisición la primera batalla.

En 1748 el inquisidor Vázquez de Arce tuvo que escribir al corregidor de Tenerife una carta, que contenía una velada amenaza, para que hiciese "el despacho de abastos de carne i pescado, como es razón"[35]. En Las Palmas el pleito vuelve a despuntar en 1755[36], en 1763[37], y en 1766[38]... Y estalla - y se complica - en 1770,

---

[32] *Ibib.*, fol. 157(carta de 9 de julio de 1735). También les dice que retengan y no restituyan la multa al maestre de la balandra.

[33] *Ibid.*, fol. 156.

[34] AHPLP, Audiencia, RR.CC., lib. 8°, fol. 315 r-v.

[35] "Mui Sr. mío, aviéndose entendido que los pocos ministros que tiene el Tribunal en esa ciudad no son tan atendidos en el despacho de abastos de carne i pescado, como es razón, y Su Magestad de siempre ha querido y manifestado por sus Reales Zedulas, lo han sido hasta aquí y son en todas partes, estos Sres., mis compañeros, han depuesto que primero lo ponga yo en noticia de V.S., porque enterado, esperan que assí por sí, como por los cavalleros Diputados de su Cabildo, a quien[es] lo participará, se darán las correspondientes órdenes y providencias a fin de que no se altere y se les tenga presentes para el bueno y prompto despacho en ellos, para sí y sus familias, lo que executo gustoso, porque por este medio cesara toda quexa, y se obiara todo lo que pueda perturbar nuestra buena correspondencia que siempre deseo"... (carta de 28 de mayo de 1748): AMC, Inq., leg. XIII-41.

[36] AMC, Inq. leg. I-D-30, fol. 131-133. Los inquisidores refrescaron la memoria de los del Consejo con una breve "historia jurídica" del asunto.

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2006

cuando el criado de D. Joaquín Verdugo Albiturría "trató mal de palabra y obra" en la carnicería, al criado del inquisidor D. Alfonso Molina y Santaella.

A mediados de noviembre de este año, Antonio (no tenía "cognomen" porque era expósito), uno de los criados del inquisidor, que tenía a su cargo "el de comprar lo necesario", fue a la carnicería entre las siete y las ocho de la mañana, y pidió a uno de los cortadores, que estaba desollando un carnero, un cuarto para su amo. Le respondió que lo tomase; lo hizo, y cuando lo tenía en su mano para pagarlo (después que se lo pesasen), el criado de Verdugo se lo quiso quitar. Como se resistió, le dio bofetadas y le embistió, rasgándole y destrozándole la camisa, "sin que le contubiese – dice el inquisidor - haverle dicho era para mí, ni el verlo con la librea que usa dicho mi criado. Y todo delante de muchas personas, con lo que hizo major el agravio contra mi persona y privilegios de este Santo Oficio"[39].

Entre los presentes estaban el marchante Francisco Rodríguez, y el criado de D. Diego Botello, José Lorenzo Martín, que cuando son llamados a declarar por el Tribunal ratifican la versión de Antonio, y responden a la pregunta sobre cuál de los dos criados motivó "la quinera y desazón", que "sin la menor duda" el de D. Joaquín. El cortador de la carnicería dice que éste, que también se llamaba Antonio, era "mui reboltoso, soberbio y causante de desazones, pues las hay los más de los días, por querer quitar de las manos la Carne a otros que ya la tienen pagada, sin tener atención ni miramiento con nadie".

El día 19 el Tribunal dicta un auto castigando al criado a tres días de prisión en la cárcel real, pasados los cuales se le pondría en libertad "previniéndole observe toda moderación en lo sucesivo". Se previene también al nuncio para que ejecute el auto "con toda moderación, y sin causar estrépito; y que atento a estar en uno de los sitios más públicos de esta Ciudad la Casa del nominado D. Joaquín, a hallarse ospedado en ella el Theniente de Corregidor, y a ser frecuente la entrada y concurrencia de los

[37] *Ibid.*, fol. 249 v-251. Envían otro informe.
[38] *Ibid.*, fol. 238.
[39] AMC., Inq. leg. V-17 (todas las citas son de este legajo, de 67 fols., que contiene la "causa criminal por haver tratado mal de palabra y obra en la carnicería de esta ciudad el criado de D. Joaquín Berdugo Alviturría al del Señor Inquisidor Lizdo. D. Alfonso Molina y Santaella").

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2006

Señores Ministros de la Real Audiencia, procure hacerla fuera de la expresada casa y de su inmediación, valiéndose para ello del Alguacil Real que le pareciere más a propósito". El nuncio le estuvo buscando ese día y el siguiente por los lugares donde solía parar; pero no lo encontró. El día 21 averiguó que su amo le tenía encerrado en la casa sin dejarle salir, y que el alcalde mayor estaba formando autos contra el Tribunal.

El día 22 el Tribunal – por un auto – le manda ir a casa de D. Joaquín para preguntarle si conservaba a su criado o le había despedido. Fue entre las nueve y las diez, y preguntó al alguacil que estaba en el zaguán, "por hallarse en dicha casa hospedado el Teniente Corregidor", si estaba D. Joaquín. No estaba. Volvió entre las diez y las once. Una criada le dijo que había salido. Volvió entre las doce y la una, y le encontró. Le dijo que continuaba en su casa "y que entraba y salía en ella sin tenerle oculto".

El día 23, el Tribunal, en vista de "la corta entidad" del asunto, y de que no se podía hacer la prisión del reo sin causar "nota o estrépito", decidió suspender "por ahora" la causa, hasta tener noticias más individuales de los autos formados por el teniente corregidor, y advertir al criado del inquisidor que "procure evitar todo lance y motivo de disensión, observando moderación y compostura en la concurrencia a los puestos públicos y demás".

Al día siguiente el escribano D. Dámaso Hermosilla llevó al inquisidor Molina una carta de parte del alcalde mayor -y teniente corregidor-, "en el quarto de su habitación [...] sin expresar si era o no para el Tribunal y sin otro recado alguno". Cuando éste la vio, mandó llamar al otro inquisidor, D. Bruno Antonio de Haro y Salazar, y al secretario, "y estando juntos, se acordó en su vista, en presencia del referido Hermosilla, respondiese éste de palabra al Alcalde mayor que si tenía que pedir en el Tribunal lo hiciere en forma y del modo que lo havían executado siempre sus predecesores". En la carta decía el teniente corregidor que "noticioso" de que el Tribunal estaba formando autos contra los dos criados (sic), le pareció propio de su obligación, en defensa de la jurisdicción ordinaria, justificar el hecho, como constaba del testimonio que adjuntaba; y resultando no ser de los casos reservados al Tribunal,

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2006

pedía a éste que se inhibiese y le remitiese los autos, "de lo contrario pretexto la competencia que formo a V.S. y de dar cuenta con remisión de Autos al Tribunal competente". En el testimonio, los dos testigos que habían sido llamados por el Tribunal, Lorenzo y Rodríguez, decían que no fue para materia reservada al Santo Oficio, sino sobre una "quimera".

El inquisidor agraviado nombró como abogado suyo al del Real Fisco, D. José Hidalgo y Cigala. Haro y Salazar mandó sacar copia de una *acordada* de 7 de agosto de 1662 que establecía que en las causas civiles y criminales de los "oficiales" no cabía otro recurso que al Consejo, porque las concordias sólo hablaban de los familiares[40]; y de las RR.CC. de 10 de marzo de 1553 (que se citaba en la *acordada*) y 2 de diciembre de 1568, que mandaban a las justicias seculares que no se entrometieran en las causas civiles y criminales de la Inquisición, aunque el delito no esté suficientemente "punido" o el conocimiento del asunto no perteneciera al Tribunal, por vía de agravio ni de fuerza, "ni por otra vía o causa alguna", y que recurrieran al Consejo de la Inquisición.

El alcalde mayor dictó un auto el 28 de noviembre mandando que no se prestase auxilio a los inquisidores, ni a ningún otro juez, sin que precediese su mandato o el de otro juez real competente, y que se hiciese saber al criado de D. Joaquín Verdugo que de ninguna manera fuese preso sin su orden. Alegó "la Real Pragmática [R.C.] de 5 de febrero del presente año[1770], remitida a la Real Audiencia" que declaraba el delito de bigamia privativo de la jurisdicción ordinaria, y prevenía al inquisidor general que advirtiese a los inquisidores que se contuviesen en el uso de sus facultades y

[40] "Por haverse reconocido en diversas ocasiones que en las causas civiles y criminales de los oficiales eclesiásticos y seglares del S.O. y en otros casos y materias eclesiásticas o temporales, que no son capaces de competencia, ni en ellas hay otro medio ni reparo que el recurso a este Consejo, en caso que las justicias o partes pretendan que se les hace agravio por los Inquisidores, según la R.C. de 10 de Marzo de 1553 [...] pues el medio de las competencias solamente se halla introducido y admitido por las Concordias en lo concerniente a los familiares y en los casos allí expresados y no en más; algunos inquisidores inadvertidamente la han formado o admitido con los Jueces Eclesiásticos y seculares, contra razón y órdenes que se les han dado en todos tiempos, de que han resultado algunos inconvenientes de grave perjuicio; consultado con el Iltmo. Sr. Obispo Inqr. Gral. a parecido adbertiros señores, y encargaros, que estéis con toda a atención y prevención que se requiere para no formar competencia por vuestra parte, ni admitir las que se propusieren por dichos jueces en las causas y materias referidas que no tocaren a familiares y a los casos expresados en las Concordias, porque con los exemplares que ban observando en contra, se enerban los Pribilegios del S.O., y se pierde la Jurisdicción que tanto conviene conservar para el exercicio de su Santo Ministerio".

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2006

entendiesen sólo de los delitos de herejía y apostasía[41]; la Real Provisión de 26 de enero de 1734 sobre abastos (que ya vimos fue anulada por la R.C. de 11 de septiembre de 1736), y la R.C. de 18 de agosto de 1763, motivada por la tala ilegal de árboles en el Monte Lentiscal realizada por un familiar del Santo Oficio. Las tres tenían en común que limitaban la jurisdicción del Santo Oficio a los causas de fe[42]. Son significativas las fechas de las leyes alegadas por una y otra parte. (Los argumentos, sin embargo, no tiene mayor interés -que el auto del alcalde mayor es destructivo de los privilegios del Santo Oficio, de su jurisdicción apostólica y real, impeditivo del uso de sus facultades; que la Inquisición no es competente en otros casos que no sean los de herejía y apostasía, etc.-, son los previsibles).

La Inquisición responde - el 6 de diciembre - con otro auto mandándole que el mismo día que se le notifique, "reponga" el suyo en todas sus partes, excepto la que conduce a la inhibición que tiene intentada, en la que le oirá en justicia, bajo pena de excomunión mayor *latae sententiae* y doscientos ducados que serán aplicados al Real Fisco de la Inquisición. El día siguiente el alcalde real recurre a la Audiencia. Ésta manda un oficio al Tribunal diciendo que en vista de la gravedad del empeño en que se halla constituido el alcalde real por defender la jurisdicción real, ha creído conveniente retener los autos y pasarlos al fiscal, para "con el conocimiento que pide la gravedad del asunto, tomar las resoluciones que sean convenientes". Ofrece a los inquisidores "dejar en su debido lugar la authoridad del Tribunal del Santo Oficio en todas las funciones y

[41] Las "dudas y diferencias ocurridas sobre la inteligencia de esta R.C" dieron lugar a que se juntasen el gobernador del Consejo de Castilla y el inquisidor general el 6 de septiembre de 1777 para aclararla; acordaron que también podían entender en el delito de bigamia la jurisdicción eclesiástica – sobre el vínculo matrimonial – y la inquisitorial – cuando se presumiese "mala creencia del Sacramento"-. Esta Real Resolución (de 25 de octubre) hubo que enviarla en 1782 a la Sala de Alcaldes y a otras Audiencias y Chancillerías: No.R., lib. II, tit. XXVIII, ley X. Es probable que las "diferencias" fueran del tipo de la que estudiamos, que poco o nada tuvieran que ver con el delito de bigamia. Ésta debió ser de las primeras, y sentar un precedente. Llorente (1995, 229), por ejemplo, en el discurso 17º - "De las causas civiles y criminales agenas al instituto de la Inquisición que se han solido ventilar en sus tribunales" – propone que se cumpla la R.C. de 5 de febrero de 1770 que mandó a los inquisidores que se limitasen a las causas de herejía y apostasía, "extinguiendo todo privilegio de fuero privativo".

[42] No fueron las únicas. La que figura antes de la última en la No.R. (que se hizo, como es sabido, en 1805), la R.C. de 7 de mayo de 1748 (que los bandos contra los que ofendiesen a los reos de la Inquisición sacados a vergüenza pública, y el castigo a los inobedientes, correspondían a la jurisdicción ordinaria), lleva una nota que dice: "Por Real Cédula de 5 de Febrero de 1770 se previno entre otras cosas, que los Inquisidores se contengan en el uso de sus facultades, para entender solamente de los delitos de heregía y apostasía, sin infamar con prisiones a los vasallos, no estando primero manifiestamente probados".

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2006

facultades que le correspondan, castigando al Alcalde Mayor, en caso que resulte, vistos dichos autos, haverse excedido; y que sobre esto se le dará la satisfacción competente".

Entretanto, dice, "no puede menos de extrañar" que se pida al alcalde real que reponga su auto, porque es mandarle que vaya contra el dictamen que ha formado según su conciencia... "de manera que se ha expuesto el Tribunal a que si el Alcalde mayor, sin usar del arvitrio que ha tomado de recurrir a esta superioridad, hubiera insistido en decir que según su conciencia no hallaba méritos para reformar dicho auto, se hallaría el Tribunal de la Inquisición en un embarazo de declarar por incurso en la excomunión a un Juez que usando de su oficio obre según su propia conciencia, y de aquí resultaría que esta excomunión vendría a ser castigo de lo que es virtud". A lo que se añade que la materia es "puramente secular, y aun gubernativa", y privativa de la jurisdicción real, y el uso de censuras en este género de negocios está expresamente prohibido.

La Inquisición contesta -el 9 de diciembre- que su mandato no ofende lo más mínimo a la jurisdicción real ordinaria, a cuya sombra el alcalde real ha querido cohonestar el atropello a los derechos del Santo Oficio, "como si en ellos consistiera la defensa de los de la Real Jurisdicción, que es el errado principio con que caminan muchos Ministros"; y que todos sus pasos han estado dirigidos solamente a vindicar la ofensa hecha al Santo Oficio. Como la Audiencia no responde, vuelve a escribir el día 13, diciendo que está pendiente de su respuesta para "dar competente curso a muchos negocios que están suscitados". La Audiencia responde que no ha creído conveniente remitir los autos al alcalde, y menos ahora, en vista de que los inquisidores tienen intención de continuar sus procedimientos, "de que se seguirán ruidosos escándalos, especialmente por la excomunión"; que consultará al Consejo de Castilla.

El día 15 el Tribunal pide a la Audiencia un tanto del auto en el que, decía, ésta mandaba al alcalde mayor reponer las providencias. La Audiencia le responde al día siguiente que sus diligencias contra el alcalde mayor sólo han ido dirigidas a disipar el temor que habían concebido los inquisidores de que les impediría el ejercicio de su jurisdicción fuera de los casos de herejía y apostasía; pero que retenía los autos; y que no pensó nunca sino en una providencia correccional, para precaver que no se repitiesen

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2006

"los lances a que se hallan frequentemente expuestos los criados de los Inquisidores, que por razón de tales son mirados con tan poco afecto".

El día 19, en una embarullada carta de cinco folios, expone la Audiencia sus argumentos, enrevesados en lo jurídico (se alude a la R.C. de 5 de febrero de 1770), pero meridianamente claros en lo político. La única causa del expediente era la riña de los mozos, en la que "indubitablemente está despojada de su exercicio la Jurisdicción real; y si ha de decir con franqueza la Audiencia lo que siente, procedió con mucha timidez el Alcalde mayor, y no executó lo que pudiera haver hecho sin que nadie le tubiera que imputar exceso en su proceder [...] pudo y devió dicho Alcalde Mayor formar por sí su caveza de proceso, y si por él resultaba culposo el Mozo del Sor. Inquisidor, llevarlo a la cárcel y castigarlo según su exceso", y la Audiencia no se hubiera excusado de protegerle por los medios legítimos que hubiera considerado oportunos, pues aunque esté "suspendido" el recurso de fuerza con el Santo Oficio, "en los casos de urgencia extrema, y en que se prevee el riesgo de que pueda padecer algún ultrage considerable la Jurisdicción Real, no ha de estar tan desarmada la potestad política del Rey, que no le queden recursos reservados para contener al que conosidamente la perturbe y ofenda".

El día 20 el Tribunal decide que -después de responder a la Audiencia- el secretario certifique con arreglo a los ejemplares que se hallen en el secreto, "el estilo y práctica que ha habido en el modo y forma de intentar y formalizar las competencias con los corregidores y sus tenientes", saque testimonio de todo lo actuado y se remita a la Suprema "con representación". Y se suspendan los procedimientos hasta que ésta determine como se deban continuar. En la representación – de 9 de enero de 1771 - dice el Tribunal que sus procedimientos no tuvieron otro fin

> que el de dar alguna satisfacción pública y providencia correccional que sirviese de exemplo [...] según las circunstancias que ocurren, siendo a la berdad tan lamentables en este País para con nosotros y el Tribunal, que frequentemente nos vemos en la estrechez de haver de carecer de lo preciso para la manutención de nuestras casas, y los criados en lances de la calidad que el presente para

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2006

> conseguirlo, provocándoles y consternándoles aún los de inferior clase, y gloriándose, con notoria ofensa del Santo Oficio, de que nada importa su dependencia, pasando a hacerse tanto más insolentes, quanto maior apoio encuentran en las personas condecoradas, con cuio exemplo vociferan que fuera de las causas de fe, en nada puede conocer, ni para otra cosa tiene facultades.

Recuerda un caso similar de 1767, e informa que el amo del criado, D. Joaquín Verdugo, era uno de los principales enemigos del Tribunal en la ciudad, primo y cuñado del diputado del cabildo eclesiástico en la Corte, de cuya conducta para con el Tribunal ya habían dado noticias individuales[43]. Antes de "sacar la cara" se reunió con los ministros de la Audiencia, "especiales protectores y favorecidos" suyos, "en quienes encontró quanta proporción necesitaba para explicar su desafecto". Llama la atención del consejo sobre "la inteligencia que han dado" a la R.C. de 5 de febrero de 1770, que a su parecer "es la de su deseo, y como que quisieran que en el Santo Oficio no hubiese facultades algunas"; y sobre

> las arrojadas y nada respetuosas expresiones de la Audiencia [...] de la poca atención que le merecen nuestras personas [...] atreviéndose un Juez Ordinario con su apoyo a tratarnos a rostro firme con sobrada confianza de ignorantes, o de contraventores a las Reales determinaciones de S.M., con otros diferentes sucesos que cada día se nos ofrecen, en que sin otro motivo que su antojo servimos de asunto ridículo para divertir los Estrados [...] dudaríamos que las reflexiones que hacen fuesen producidas de la madurez, juicio y prudencia con que deven estar adornados los Ministros de S.M., y que sólo podían tener lugar en las Cáthedras para evadirse de las réplicas y argumentos por extraviados caminos, sin ánimo de sugetar el entendimiento a que prevalezca la verdad, y no la propia opinión o dictamen.

[43] Se refiere a D. José Marcos Verdugo y Albiturría y a las "ruidosas disputas" (por cortesías) del cabildo eclesiástico con el inquisidor D. Juan Martínez Nubla, que actuaba como juez subdelegado del Excusado, que ganó el cabildo - por R.C. - en 1768. Cfr. Viera y Clavijo (1971, II, 631-633); Colección de Documentos de Agustín Millares Torres, t. XVII [25]; AHPLP, Audiencia, Libros de RR.CC y órdenes particulares para Canarias, t. VIII, fol. 59-82, y Audiencia, exp. 9.447. Fueron más "ruidosas" porque Verdugo hizo imprimir su "Informe instructivo" y la R.C. Cuando murió, en 1783, el lagunero Guerra y Peña (1959, IV, 150), anotó en su diario que fue diputado de su cabildo a la corte en 1767 "con motivo de lo que se ofreció con el Dr. D. Juan Martínez Niebla [sic]".

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2006

> En quanto ponemos la mano encontramos tropiezos, en la Isla de Thenerife, aún sin noticia de estas novedades, se resisten a dar cumplimiento a los despachos de execución que a instancia del receptor de el Real fisco de S.M. se expiden por el Tribunal para hacer efectivo el cobro de los Censos y bienes pertenecientes a él; acaba de suceder en el lugar de Telde (dos leguas distante) que haviéndose dado comisión al Beneficiado para la cobranza de cierto débito que contra un Cabo o Sargento de las Milicias de su Partido tiene el Receptor D. Antonio Padilla, dio quenta a su Coronel D. Antonio de la Rocha, y le impidió compareciese ante él a cumplir lo que se le mandaba, manifestándole con demasiada arrogancia que no era asunto de fe, y que el Tribunal se metía en lo que no le tocaba, y hemos a bien tenido desentendernos por no meternos en nuebos empeños.

Con esto termina el expediente. No tenemos noticia de la respuesta del Consejo, si es que la hubo. Probablemente, como en otras ocasiones, consideró que lo mejor era no mover el asunto, o no pudo moverlo convenientemente. D. Joaquín Verdugo, el "enemigo" de la Inquisición, vuelve a aparecer en la correspondencia el 12 de septiembre de 1772. La Real Audiencia había mandado repartir entre el vecindario - a cuatro pesos la fanega, cuando se vendía públicamente a dieciocho reales corrientes-, el sobrante de una porción de trigo que él había comprado voluntariamente, e incluyó a los ministros del Tribunal en el reparto[44].

El último pleito de esta clase de que tenemos noticia tuvo lugar en 1780. El 8 de julio de ese año la Audiencia impuso a D. Antonio Cerpa y Romero, contador del Santo Oficio, regidor perpetuo y diputado de abastos ese mes, una multa de veinte ducados por contravenir sus providencias en el reparto de sebo. Del acopio que se había hecho el día anterior, trece libras y media, había dado cinco libras y cuarto al inquisidor fiscal, en

[44] Un peso valía diez reales. "El D. Joaquín, único interesado, es un comerciante de todo quanto se encuentra, sin que en tiempo alguno se haya dedicado a beneficiar al público en lo más mínimo, pero de tanto arte y abilidad, que por lo regular maneja a los demás Ministros de la Real Audiencia, concurriendo éstos en su casa de día y noche, y en sus Quintas a frequentes diversiones, combites y refrescos, con bastante fundada nota, por la particular distinción que hacen de su persona, y no lograr por su calidad la mayor reputación./ La voz común es que el trigo le compró para propio negocio; pero aunque así no fuesse, se executó voluntariamente, como asegura el mismo Regente en sus oficios; y sin orden ni responsabilidad de la Ciudad, como no niega el actual Personero, sin embargo de sus temores, de la veneración que presta a la Real Audiencia"...: AMC, Inq. leg. I-D-30, 206v-207v (segunda numeración).

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2006

lugar de darlo todo al oidor, D. Juan Antonio González Carrillo, como, según decía la Audiencia, era su obligación. El Tribunal pasó un oficio formal a la Audiencia para que le devolviese la multa; pero ésta contestó en "términos desabridos", por lo que ocurrió al Consejo, que logró la Real Orden de 21 de diciembre de 1781, favorable a la Inquisición[45].

La Audiencia devolvió la multa y recurrió por la vía reservada de gracia y justicia - sin que al parecer lograra modificar la real resolución - con dos representaciones -de 26 de junio y 25 de septiembre de 1782- en las que expone su visión del conflicto, el estado de las relaciones entre los dos tribunales, y su evolución más reciente. En la primera se centra en lo que a su juicio son "los dos puntos capitales" del "débil" informe que la Inquisición envió a la Suprema: que el regidor había actuado conforme a la "práctica constante" y con arreglo a varias Reales Provisiones - y "determinadamente" a la R.C. de 11 de septiembre de 1736 -, y la respuesta del fiscal, que adoptó la Audiencia (los "términos desabridos")[46].

Dice que las Ordenanzas de la Audiencia, de acuerdo con una R.C. de 4 de marzo de 1559, establecen que los regidores diputados de mes cuando reparten los mantenimientos han de dar "lo primero y mejor a la Audiencia y luego al Obispo y luego al Tribunal de la Inquisición"; que la R.C. de 1559 fue confirmada por otra de 19 de noviembre de 1627, dada con motivo de la intromisión del inquisidor Santalis en el reparto de mantenimientos (había obligado a un pescador de los que abastecían a la pescadería pública a que esperase a que fuera un ministro del Tribunal para hacer el reparto). En 1714 los inquisidores, "no pudiendo digerir la preferencia de los oydores", intentaron "alguna novedad", y la Audiencia tuvo que dictar un auto, el 19 de marzo, para que el teniente corregidor velase por el cumplimento de la "costumbre y práctica inmemorial".

Luego se refiere a los "procedimientos" del inquisidor Villalón, a la R.P. de 1734 y a la R.C. de 1736, que a su juicio no alteró la costumbre, pues se limitó a mandar a la Audiencia retirar los cedulones puestos por el teniente corregidor en la pescadería, y

[45] AMC, Inq. XXVII-10, fol. 66-67; AHPLP, Audiencia, lib. RR.CC. 8°, fol. 314.
[46] AHPLP, Audiencia, Procesos, 13.088 A.

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2006

que no detuviese a los criados de los inquisidores en los abastos públicos, si "por accidente" llegaban antes a la carnicería y pescadería, hasta que comprasen los criados de sus ministros, "dándoles lo de mejor calidad, y a los Inquisidores de mui inferior y después". Ésta, dice, fue siempre la "inteligencia" que se dio a la R.C. de 11 de septiembre de 1736, como lo evidenciaba la respuesta del Cabildo el 14 de octubre de 1763, a un oficio del Tribunal pidiendo que acabase con las preferencias: "que siempre y cuando a la oficina pública llegasen los criados de los Sres. Inquisidores primero que los de los Sres. de la Audiencia y los del Ilmo. Sr. Obispo, se les despache, dándose a aquellos de lo mejor, atendiendo a no aver otro privilegiado y representar en aquel momento la única persona exempta, por no concurrir a un mismo tiempo e instante con los de los otros Sres., a quienes prefieren las mismas Reales Zédulas, cuio privilegio no se halla derogado por la citada del año de 1736; pues esta, que se halla obedecida, únicamente manda que dichos criados no sean detenidos, no que sean preferidos a otros que concurran a un mismo tiempo". (El Cabildo antes de tomar el acuerdo oyó al teniente corregidor, como "abogado de la Ciudad").

Todo se reduce, dice la Audiencia, a que la Inquisición "en punto de preeminencias" es extremadamente delicada y escrupulosa, "pues por mui escaso que esté el abasto de carnes, nunca puede faltarles [a los inquisidores] pronto y de buena calidad, aunque diese la casualidad, que rara vez sucederá, de que los criados de los privilegiados acudiesen a un mismo tiempo y ocasión".

La práctica en el reparto del sebo "entre las partes privilegiadas" era que se tomase por turnos guardando el mismo orden que en los mantenimientos, porque "si se repartiese diariamente entre las partes como los demás abastos, no llegarían a acopiar en mucho tiempo el que necesitaba cada una de ellas para su alumbrado del año, y se expondrían a perder lo que iban acopiando". Esta era la "práctica constante", dice, y la Audiencia se admiraría de ver sentado en la R.O. que la Inquisición probó lo contrario,

> si no conciviese el asunto expuesto a equibocaciones, preocupaciones y deferencias al Tribunal del Santo Oficio, a quien estas gentes creen árbitro y se reconocen deudores de los honores y distinciones que gozan en la República,

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2006

> entrando en este número aun las más encumbradas, que son en esta capital las que por lo común visten la venera o medalla de la Inquisición, y aun se persuaden pende el honor de sus familias de no incurrir en su desagrado; no usando de otro medio por lo regular y corriente los naturales de esta Isla para lexitimarse y calificar la limpieza o nobleza de sus Ascendientes que el de las Informaciones que se practican para obtener las familiaturas y oficios titulados de la Inquisición, cuio número es excesivo a proporción del permitido por Ley, y sin reconocerse en muchos el essencial requisito de llaneza de estado.

D. Antonio Cerpa no podía ignorar la práctica porque fue él, como procurador mayor (personero) del Cabildo, el que dio testimonio a la Audiencia del acuerdo de 1763. De permitir que, a título de protección de sus ministros, se abra la puerta a la Inquisición para que entre en asuntos de policía y gobierno, cuyo conocimiento es privativo del Consejo de Castilla y "tribunales a él subalternos", "será todo un trastorno y confusión", se iludirá la ley que previene que los que cometan delitos en el ejercicio de sus oficios sean juzgados por las justicias seculares y dará ocasión a frecuentes competencias, "mayormente con un tribunal que tiene dadas pruevas de ambicioso y sutil en ampliar sus facultades fuera de los límites de su Instituto".

Si la Audiencia contestó "con alguna más viveza" al oficio de la Inquisición, fue porque le constaba que el Tribunal no ignoraba la costumbre, y que su "voluntaria y quimérica competencia" se debía al "resentimiento que no pueden desechar, de que Vuestro Regente no quiere ceder en que se le hayan de presentar a su arrivo a estas Islas, en virtud de una Real Orden de Vuestro Consejo, en que así se le preceptúa y manda, que no han cumplido ni executarán mientras que por V.M. no se les mande por medio de su tribunal de la Suprema".

En la otra representación, de 25 de septiembre[47], se insiste más claramente en que todo el conflicto se reduce a una cuestión de preeminencias. La idea del Tribunal "ha sido trastornarlo todo, descontentos de la postergación", para lograr "la omnímoda igualdad": "meter el negocio en la Inquisición", "encender la competencia" y tratar de

[47] AHPLP, Audiencia, Procesos, 13.088 B, y "Copia de informes, cláusulas y representaciones...", lib. 33, fol. 108v-118v.

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2006

revocar las reales órdenes, "que aunque les son bien favorables no les satisfacen ni han contentado nunca, por venir siempre nombrada la Audiencia antes que la Inquisición en ellas". "Este es el principio de todas las disensiones y pesadas disputas que en todos tiempos se han ofrecido entre ellos; estas cláusulas, *primero* la Audiencia y *luego* la Inquisición son las que han tenido inquieto a dicho Tribunal".

Por lo mismo están empeñados en revocar la R.O. de 26 de febrero de 1760, dirigida a la Audiencia, en la que, entre otras cosas, se previene al regente y demás ministros

> que no visiten a los Inquisidores que a la llegada a esta Isla no se presenten al Vuestro Regente - lo que no hacen en modo alguno, antes lo resisten con tesón -, cesando otros abusos que se habían introducido de presentarse recíprocamente; y mandando asimismo que eviten toda concurrencia con los Inquisidores, y aun el paseo, si no dieren el lugar preeminente. Ésta es una herida mortal que les incomoda mucho [...] sobre esto ha avido muchos pasos y diligencias quando han llegado algunos Inquisidores.

Los negocios de los abastos y del sebo bien saben ellos que valen muy poco desde que se va arreglando la *policía* de la ciudad y se ha establecido "obligación" de velas, al estilo de las ciudades y pueblo de la Península[48]. Lo que les "indispone" es no ser superiores, o al menos iguales, a la Audiencia. "Por eso han dado en llamar Presidente al Inquisidor más antiguo, para hacer frente a los Regentes de la Audiencia. Por eso hacen que se les presenten, no sólo todos sus dependientes, sino también otros que no lo son, y pretenden la presentación de toda Persona de distinción, y aun la de vuestros oidores".

[48] Hasta 1664 el sebo se repartía "por lugares", a donde había que ir a recogerlos; "de unos sacaban cien libras, de otros menos, hasta completar la cantidad necesaria, que en el día son 600, para el alumbrado público del año, pagando su importe de contado y librando para ello despachos. Mas por último, desde que empezó a mejorarse algún tanto la Policía de la Ciudad, se acopiaba en ella, sin ser preciso salir a los Lugares de la Isla, hasta que de un año acá ni aun esto es necesario, por haverse establecido un obligado de Belas que provee a todos los vecinos sin excepciones, lo que continuado desterrará en esta parte muchos inconvenientes que por no haverlo se experimentaban".

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2006

La Audiencia y sus ministros son tan indiferentes a estas cosas, que con gusto les complacerían, sino no fuera por "el decoro de Vuestro Real nombre con que presiden", y las reales órdenes que les estrechan. Pero no pudiendo acomodarse a esta "moral indolente", se han visto obligados a llenar los Consejos de "recursos, informes y competencias con todos los cuerpos de estas Islas, que parece se han conspirado en estos años a ver cómo pueden abatir el de esta Real Audiencia".

El poder de la Inquisición, al igual que en la otra representación, aparece convenientemente magnificado, para inclinar al rey a favor de "su" Audiencia: "en estas islas podrá justificar siempre que quiera que la noche es día y el día noche, tal es el ascendiente que tiene"; "en ellas apenas hacen caso de otra distinción que la de ser familiares, se visten públicamente la venera en gran multitud, equivocándose con los Caballeros de Ábito, y aun posponiendo las órdenes militares, y en suma, es el maior de los actos positivos".

4.5. Conflictos "de representación".

No faltaba a la verdad la Audiencia cuando afirmaba que todo se reducía a una cuestión de preeminencias. En casi todos los conflictos que hemos visto esta "cuestión", aun cuando se hubiera introducido de manera subsidiaria, aparece como una de las más importantes[49]. Y en realidad lo era. "Vistas desde la perspectiva de los siglos, estas disputas, que se sostenían con furiosa vehemencia, parecen trivialidades indignas de mención; pero su significación era trascendental para las partes afectadas, ya que implicaban superioridad o inferioridad" (Lea, 1983, I, 406)[50]. Lo que se dirime en ellas,

[49] También en otros en los que no nos detenemos, como el que enfrentó al Tribunal con el cabildo catedralicio sobre la canonjía suprimida, que se inició en 1562 y se reactivó en 1712, cuando el Tribunal puso en duda la exactitud de las cuentas y pidió al cabildo los libros de contabilidad. El Tribunal pretendió la precedencia de su secretario cuando acudía al cabildo: Lea (1983, I, 384-391) y Sevilla (2000). Sobre las canonjías suprimidas en favor de la Inquisición cfr. Martínez Millán (1984 y 1987 c).

[50] Sin embargo, en la página siguiente, parece contradecirse: "Con frecuencia estas contiendas llenaban al país de confusión [...] El enorme cúmulo de cartas y papeles acerca de los asientos y posiciones de los inquisidores y sus funcionarios en todos estos actos públicos, si los asientos habían de ser sillas o bancos, y si habían de tener baldaquinos, cojines o alfombras, prueban que estas cuestiones se consideraban de la máxima importancia [...] Los inquisidores se arrogaban constantemente signos externos de superioridad, y los demás se las disputaban con una vehemencia *que elevaba los más triviales asuntos a cuestiones de alcance nacional* [...] Sería fútil entrar en los detalles de estas tan numerosas pendencias. Uno o dos puntos de disputa bastarán para ilustrar las artimañas con que la Inquisición reclamaba su superioridad".

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2006

de forma "civilizada" es esencial para la propia subsistencia del Tribunal: su autoridad y su prestigio[51]. En la "representación" hay que ver, no sólo la imagen, el resultado de una relación de fuerzas, sino, sobre todo, la lucha, el proceso que la produce.

En esta categoría de conflictos hay que incluir, no sólo los de etiqueta y ceremonial - los más "civilizados" (en el sentido eliasiano del término: los menos violentos, cfr. Elias, 1987) -, sino todos los que se producen en el plano simbólico, en el terreno de las apariencias, es decir, para la Inquisición, en territorio enemigo, porque, como dice Tocqueville (1982, 17), "cuando se ha abandonado la realidad del poder, resulta un juego peligroso querer conservar las apariencias del mismo; el aspecto exterior del vigor puede a veces sostener un cuerpo débil, pero normalmente acaba por abatirlo. Parece aún lo suficientemente grande para hacerse odiar, pero en realidad no es lo suficientemente fuerte para defenderse de los ataques del odio. Las potencias que acaban de nacer y las que declinan deben sustraerse a los derechos honoríficos, más que buscarlos. Solo un poder firmemente establecido y que ha llegado a la virilidad puede permitirse su uso".

La Inquisición tuvo conflictos de este tipo, más o menos puros - con o sin mezcla de otros asuntos -, con casi todas las autoridades (excepto el comandante general, cuya superioridad era indiscutible) y cuerpos de las islas; y rara vez salió airosa. Con la Audiencia - que no tuvo menos conflictos de esta clase que el Tribunal, aunque con otros resultados, casi siempre favorables[52] - ya se ha aludido al que se produjo en 1760 con motivo de las visitas recíprocas. Los ministros de la Audiencia habían representado al Consejo de Castilla el 27 de diciembre de 1757, protestando porque el regente había visitado al inquisidor D. José Hermosa, recién llegado, "anticipándole la visita a su presentación", "cuya novedad expresan será perjudicial por

[51] "Aquellos se engañan burdamente cuando imaginan que allí no hay sino asuntos de ceremonial. Los pueblos sobre los que reinamos no tienen capacidad para llegar al fondo de las cosas, de ordinario acomodan sus juicios a las apariencias externas, y con mayor frecuencia en cuanto a preferencias y rangos, con relación a lo cual otorgan su respeto y obediencia": Luis XIV en sus *Memorias*, cit. por Elias (1993, 160), que es la obra de referencia para estas cuestiones. Cfr. también Chartier (1992, 56-60).

[52] AHPLP, Audiencia, Lib. de RR.CC. y órdenes particulares para Canarias, t. VIII, fol. 131-135v (1713: con el Cabildo Catedral sobre recibimiento); *ibid.* Procesos, 13.095 (1782: sobre ceremonial para la asistencia de los magistrados a la Catedral); *ibid.* 13.885 (1806: "Expediente sobre que las procesiones de Semana Santa al pasar por las Casas Regentales estando algún oidor en su valcón se paren las imágenes..."), etc.

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2006

las consequencias que en lo sucesivo pueden ocurrir de apropiarse y solicitar los ministros de aquel Tribunal más facultades que las que le corresponden", y el Consejo revolvió, el 26 de febrero de 1760,

> que de ningún modo visite a ninguno de los Inquisidores que pase a esa Ciudad si primeramente no le visitan y se le presentan, ejecutando lo mismo los demás ministros de la Audiencia, y que así V.S. como estos procuren evitar toda concurrencia a actos públicos con dichos Inquisidores, ni acompañarse con ellos en los paseos a no ser que les den el lugar preheminente que les corresponde, cesando igualmente en el abuso que parece se ha introducido en esa Ciudad de presentarse recíprocamente en las ocasiones que han corrido buena armonía ambos Tribunales, los ministros de la Audiencia al Decano de la Inquisición y los Inquisidores al Regente, y que V.S. no solamente ebite el trato familiar con dichos Inquisidores, sino también con los naturales y personas de distinción, con quienes parece se comunica con demasiada frecuencia, mediante los grabes incombenientes que regularmente traen semejantes comunicaciones[53].

En 1778 la Audiencia se mantenía "en el tesón" de no visitar de bienvenida a los inquisidores, y de pretender, con "orgulloso fanatismo", que estos se le presentasen a su arribo. Ni siquiera dieron el pésame al inquisidor por la muerte de su colega. Cuando el nuevo regente, D. Pedro Andrés Burriel, escribió al Tribunal comunicándole su promoción, dándole motivo para hablar de la "separación" de los ministros de los dos tribunales, la Inquisición le escribió a Tenerife, donde permaneció diez días antes de pasar a Las Palmas, ofreciéndose a acabar con la discordia. Pero el regente no contestó y el Tribunal no le fue a visitar a su llegada, por no exponer el respeto, el honor "ni aun nuestra conducta a la censura de estos naturales"[54].

En 1760 el Tribunal tuvo que declinar la invitación de la ciudad para asistir a la jura y proclamación de Carlos III por no poder hacerlo "con la decencia correspondiente". Dio las gracias a los diputados del Cabildo por su atención y "buena correspondencia", expresándoles "con generalidad" que concurrirían gustosos "a todo lo

[53] AHPLP, Audiencia, exp. 15462; lib. RR.CC., 8°, fol. 306.
[54] AMC, Inq., leg. I-D-29, fol. 51-61v, 73-74; AHN, Inq. 2388.

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2006

que cediese en obsequio de S.M. y de la Ciudad, en quanto lo permitiesen las ocupaciones de nuestro ministerio". En una carta al Consejo dice que, aunque encendieron luminarias en sus casas y en las de los ministros, según estilo,

> no pudimos ni tuvimos por conveniente asistir en forma de oficio a las funciones de Proclamación y comedias. Lo uno por evitar el que la Audiencia faltase acaso en unos actos públicos a las venias y demás atenciones devidas al Tribunal, lo que prudentemente devíamos prevenir y temer de estos oydores, que oy en día nos están escaseando hasta las más precisas urbanidades, creiéndose en todo superiores. Lo otro porque los sujetos que avitan las pocas casas de la plaza donde el Tribunal asistió en tiempos pasados y pudiera estar con alguna decencia, son personas de distinción que las necesitan en casos tales para sus familias y para cumplimentar a sus parientes y amigos. Y assí pidiéndolas nos expondríamos al desaire de que las negassen, como lo executó el año de 1706 el oydor d. Francisco Conde, con notorio desdoro del Tribunal, que por esso dexó de asistir [...] Y aún quando por pura política las franqueassen, pasaríamos la nota de inconsiderados, porque los poníamos en este estrecho, y en el de que a sus expensas colgasen y ataviasen los valcones y bentanas con el aparato y decencia correspondiente, y cortexasen al Tribunal y sus Ministros con el refresco que estila tener a imitación de la Audiencia, pues aunque está acordado que estos gastos sean de quenta del real fisco, ningún hombre de forma permitiría en su casa que se subministrasen de fuera.
>
> Estos obstáculos que siempre encontró el Tribunal para las asistencias de esta clase, son ya y serán en adelante más insuperables, por averse agregado años ha al Palacio Episcopal una casa contigua que fue del Canónigo D. Alonso Carriazo, consultor de este Santo Oficio, en la que solía asistir.

Por eso tampoco había concurrido en 1746 a la proclamación de Fernando VI, y no lo hubiese hecho en 1724 a la de Luis I, de no haber sido por D. Alonso. Aunque en

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2006

1746 fueron a las comedias, esta vez prefirieron no hacerlo, por parecerles disonante faltar al acto serio y solemne y no al de "diversión profana"[55].

En 1788 hubo otro encuentro con la Audiencia a propósito de la función de gracias por el feliz parto de la princesa, que ambos tribunales querían celebrar el mismo día en el convento de Santo Domingo. La costumbre era, en estas ocasiones, que el prior señalase el día según iban llegando los avisos. Como esta vez se adelantó la Inquisición, el regente se enfadó con el prior y "profirió varias proposiciones, como fue decir que los Frayles eran unos impolíticos, que debían embiar recado a la Inquisición diciendo se esperaran a otro día, que primero era la Real Audiencia por ser Tribunal superior"; y pidió para el mismo día la iglesia de San Francisco. Como los abogados debían asistir a las funciones de la Audiencia, citó al del Real Fisco, D. José Hidalgo, aunque no ejercía por ser "Asesor de Guerra". Éste, temiéndose una multa, pidió al inquisidor decano que le relevase de asistir con el Tribunal; y el inquisidor, "por el bien de la paz y evitar encuentros, se lo concedió". Cuando lo comunican al Consejo, los inquisidores dicen: "Nosotros nos hemos desentendido de este lance, pero nos dexa bien instruidos de la aversión que dicho Regente tiene al Tribunal, y más quando sabemos que ha dicho que no volverá más la Real Audiencia con función suya a Santo Domingo, porque allí va la Inquisición"[56].

Sería prolijo detallar todos los encuentros que por motivos de esta clase tuvo el Tribunal con el obispo, los cabildos – eclesiástico y secular -, corregidores y alcaldes mayores, nobleza, órdenes religiosas y hasta cofradías. Pero sí que importa subrayar, que tanto en estos como en los otros, la ofensiva correspondió casi siempre a la otra parte, y que la Inquisición se esforzó por evitarlos y mantener con todos, sin faltar al *decoro*, buenas relaciones. La prepotencia y altanería de los siglos anteriores, se trocó en el XVIII en circunspección y prudencia, cuando no en timidez y servilismo (Haliczer, 1993, 100 y 530).

[55] AMC, Inq. leg. I-D-30, fol. 205v-207 (segunda numeración). D. Alonso Carriazo – recuérdese – es el que solicitó licencia en 1714 para leer unos libros, y el Tribunal le encargó que los examinase él mismo para ver si tenían algo prohibido. En 1746 el Cabildo impidió al mensajero del Tribunal que hablase cubierto, por lo que éste se volvió sin dar el recado.

[56] AMC, Inq., leg. I-D-29, fol. 253v- 254v.

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2006

4.6. Conflictos en las visitas de navío.

En lo que resta nos vamos a centrar en dos tipos de conflictos en los que apenas se han detenido los historiadores, y que sin embargo afectaban directamente al funcionamiento del Tribunal y a su prestigio, pues implicaban a mucha gente y ocurrían con más frecuencia y ante un público más numeroso y diverso que los anteriores. Nos referimos a los que se producían en torno a las visitas de navío y a las lecturas de los edictos.

Por medio de las visitas y las licencias de navíos la Inquisición ejercía cierto control sobre la navegación. Al arribar, todas las embarcaciones - nacionales y extranjeras – eran "visitadas" por el Tribunal; y antes de zarpar sus capitanes o maestres tenían que solicitar su "licencia", para que el gobernador, el castellano o el guarda del puerto les permitiesen salir. El sentido de estos dos controles era diferente: con las visitas de navíos se pretendía establecer un cordón sanitario que impidiese la penetración del virus herético[57]; con las licencias garantizar "el libre y recto ejercicio del Santo Oficio", es decir, su funcionamiento.

4.6.1. Las licencias o "avisos" de navío.

La licencia no era un privilegio exclusivo de la Inquisición[58], y tampoco era ésta la única que visitaba las embarcaciones, pero sí parece que su licencia y su visita fueron las únicas que se cuestionaron y se resistieron en esta etapa. En 1717 el Tribunal escribió a los comisarios pidiendo información sobre lo que ocurría con las licencias en sus demarcaciones – el fiscal había informado que muchos barcos salían sin ella -, y

[57] No sólo por medio de libros o imágenes, también *viva voce*: se averiguaba la religión de las tripulaciones, y se les advertía, si no eran católicos, como debían comportarse y de las consecuencias que podían derivarse de no hacerlo como estipulaban los capítulos de las paces acordadas con sus respectivas naciones. Sobre las visitas cfr. Lea (1983, III, 320-330), que se detiene en el conflicto de Bilbao, que se inició en 1560 y duró más de cien años; Contreras (1982, 151-157), Pérez de Colosía-Gil Sanjuán (1979), Pinto Crespo (1983, 97-124), Reguera (1987), y Defourneaux (1973, 70-74 y 111-133) para el siglo XVIII. Para el estudio del comercio y la navegación han utilizado las actas de las visitas del Tribunal de Canarias, Brito González (1998), González de Chávez (1990) y Torres Santana (1985).

[58] Una Real Provisión de 31 de mayo de 1710 recordaba a los "alcaldes de los castillos de los puertos de las islas de Canaria" la obligación de no dejar salir ninguna embarcación "sin pedir licencia a las Justicias de las Ciudades, Villas y lugares de esas islas", y manda a éstas que no lleven derechos por

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2006

ordenándoles que comunicasen a los capitanes que debían sacarla y dar recibo de los pliegos que les entregaba el Santo Oficio[59]. El comisario de Santa Cruz de Tenerife, cuyo papel en las comunicaciones del Tribunal ya hemos resaltado, respondió que aunque se visitaban todos los navíos "quando entran y dan fondo en este dicho Puerto, ninguno saca licencia ni da razón de su salida al Comisario", y que desde hacía cuatro años los franceses se negaban a dar recibo de los pliegos que les entregaba el Tribunal[60]. Pero no se refería a todos los barcos; de los del tráfico interinsular - que no menciona - podía haber dicho lo contrario: no se visitaba ninguno y todos sacaban licencia.

Poco después el Tribunal volvió a escribir al comisario de Santa Cruz para decirle que cuando le enviase cartas para el Consejo, diese cuenta de la embarcación que las llevaba, el capitán encargado de entregarlas (debía entregarlas sólo al capitán, sacando recibo), y a quien se remitían; y para pedirle que repitiese la información sobre las licencias por lo que respecta a los navíos de Indias, porque la había hecho sin el cuidado necesario ("a todos los testigos les había hecho la pregunta en general, tocante a todos los navíos").

A juzgar por las declaraciones de los capitanes, las licencias debieron caer en desuso más por desidia de los comisarios - que no obtenían de ellas ningún provecho - que por la resistencia de los afectados. El capitán D. Cayetano Espinosa, "que lo es de uno de los navíos de rexistro o de la permisión de estas Islas", dice que no sabe si en el Puerto de Santa Cruz los navíos de permisión piden licencia y dan recibo de los pliegos, pero que una vez salió de Las Palmas y se le entregó un pliego para La Habana, y dio recibo. Cuando lo entregó en La Habana pidió recibo "para su cumplimiento", y se le contestó que no lo necesitaba. Tampoco sabe si en el registro de Indias se incluyen pliegos de particulares o del Santo Oficio, ni si se da recibo por el juez de Indias o el escribano, o en América al recibirlos.

El capitán D. Matías Carta dice que cuando ha salido para Indias como capitán

---

ellas. La pena para los contraventores era de 30.000 maravedíes. AHP, Las Palmas, Audiencia, Libº de RR.CC, 7º, fol. 17-8.

[59] AMC, Inq., leg . CXXIX - 11: "Sobre licencias de las embarcaciones que [salen] de los Puertos de estas Islas para Indias, España y otros Reinos " (1717 - 1739). Carta de 3 de septiembre de 1717.

[60] AMC, Inq., leg. IX – 7. Carta de 16 de noviembre de 1717.

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2006

de navíos de permisión no ha pedido licencia ni ha dado cuenta al Santo Oficio, "por no haver estado en práctica y costumbre hacerlo"; ni se le han entregado pliegos del Santo Oficio. Pero "tiene por cierto" que los capitanes o personas a quienes se entreguen los pliegos darán recibos; que en América (en Veracruz, Campeche y la Habana, donde había estado), los navíos sacaban licencia del comisario y las entregaban en los castillos, porque sin ella – y las demás licencias - no les dejaban salir; "que save que dentro del rexistro se rexistran pliegos particulares, y que el rexistro de ellos queda en el mismo rexistro, y que como la mesma partida del rexistro es el resivo, no se da resivo aparte, ni por el Jues de Indias ni por el Escribano de él", y también "tiene por cierto" que en él entrarán pliegos del Santo Oficio.

El Capitán D. Simón Ravelo dice que no sabe que en las islas se acostumbre a dar cuenta al Santo Oficio, aunque él cuando había sido capitán de un navío de permisión, "por atención y por el respeto al Santo Oficio", lo había hecho; pero sí era costumbre en América. Y lo mismo dice el capitán D. Pedro Milán y Tapia: tampoco sabe si se hace en Canarias, pero cree que deberían hacerlo los capitanes por atención y respeto al Santo Oficio.

Los inquisidores resumen lo que ocurre con las licencias: "informan los comisarios de Santa Cruz y la Orotava no sacarlas, de que se sigue mucho perjuicio. Por lo que toca a esta isla de Canaria siempre la han pedido todo género de embarcaciones, así para Indias como para España y demás Reynos, y así está en práctica".

Que el Tribunal tuviera aquí su sede, influyó sin duda para que se mantuvieran las licencias. Y también que el comercio y la navegación fueran menores y, por lo tanto, la fuerza de quienes podían resistirse[61]. En las islas "menores", que no se mencionan en los informes, se mantuvo la práctica, quizá por esta razón.

[61] Aunque hubieron "contraventores": en 1726 fueron procesados varios maestres, "y prevenidos de su obligación y causa de su comparecencia, fueron multados en dos ducados, que exivieron inmediatamente, y dieron las gracias por la piedad con que se les trató": AMC, Inq. leg. LXXVI-32. En 1734 el maestre de la balandra *San Telmo* fue multado con cuatro ducados y las costas, aunque éstas se le devuelven luego: *ibid.* leg. II-55.

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2006

Cuando en 1739 el comisario de La Palma comunica al Tribunal que un navío de Indias no quiso sacar licencia "como ha sido costumbre en esta Isla, así en éste como en todos tiempos", el Tribunal volvió a pedir informes a los comisarios de Santa Cruz y La Orotava. El de Santa Cruz dice que ningún navío, "así españoles como nacionales [sic: de otras 'naciones']", para ningún puerto de América o Europa saca licencia; que así lo encontró al entrar en el empleo y en una ocasión insinuó lo perjudicial de este uso al inquisidor Morgado, que quedó en consultarlo al Inquisidor General. El de La Orotava responde más menos lo mismo. Pero ambos, aunque no lo especifiquen, se refieren solamente a los barcos "de cubierta"[62]. Los barcos de cabotaje las seguían sacando.

Pero en 1743 el comisario de Santa Cruz escribe al Tribunal "cómo por el motivo de la presente Guerra trafican de la Isla de Canaria a este puerto diferentes Barquillos, y estos hacen su salida de este puerto sin sacar lisensia ni darme aviso para haser rremisión de cartas y despachos que en mi poder suelo tener para esse Santo Tribunal, ocasionándose de esto un grave perjuicio a el Santo Oficio"[63].

Ya no son sólo las embarcaciones "de cubierta", los barcos que van a América o a Europa, los que se niegan a sacar la licencia. En 1751 se niega el mandador de un barquillo en el Puerto de la Orotava. El gobernador decía a los maestres que solo por "política", si querían, antes de salir diesen cuenta "a los tribunales", pero estaba claro que sólo se refería al de la Inquisición. En 1757 es el propio comandante general el que cuestiona la facultad del comisario de Fuerteventura para dar licencias. La rebelión se extiende a las demás islas. En 1765 el comisario de Fuerteventura se queja de que los patrones "no [le] dan ciencia" de su llegada ni de su salida, lo que sí hacen con los "gobernadores político y militar". El Tribunal le manda que notifique "a los Barqueros que pena de quatro ducados no salgan de la Isla de Fuerteventura sin darle aviso y tomar

[62] Ese mismo año se abre un proceso al castellano del castillo del Puerto de la Orotava, D. Francisco Figueredo, por rasgar la firma del comisario en las licencias que le presentaban los maestres de los barcos que traficaban entre las islas. En dos años le presentaron doce licencias. (Hay varias en el expediente; en el mismo papel están la de la "Real Jurisdicción" - arriba - y la de la Inquisición - abajo-). El alcalde del Puerto preguntó a los maestres si la rotura "decía alguna cosa; respondieron siempre que no decía cosa alguna". No obstante, el 10 de abril se corrige y conmina al castellano: AMC, Inq., leg. XCI-19.

[63] AMC, Inq., leg. CXXVIII – 12.

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2006

su licencia, con los Pliegos que tubiese que embiar a este Santo Oficio, en la misma forma que lo practican en las de Tenerife y La Palma"[64].

Pero es en el último tercio del siglo cuando se generaliza la desobediencia, y el Tribunal se ve obligado a recordar cada cierto tiempo, a los comisarios, y a través de ellos, a los capitanes, maestres y autoridades, las disposiciones legales en que se basa su "privilegio". Lo hace el 12 de mayo de 1776, y el 25 de agosto de 1781[65]. El 22 de septiembre de este año, ante la creciente oposición de los gobernadores, solicitó el amparo del comandante general. Éste accedió y previno a los gobernadores que no despachasen sus licencias sin que antes se les presentase el "papel de aviso" (sic) firmado por los comisarios.

Pero en los meses siguientes salen de Las Palmas, con la anuencia del gobernador, varias embarcaciones sin dar aviso al Tribunal. Los inquisidores todavía tenían suficiente autoridad para encarcelar a los contraventores, pero no ocurría lo mismo con los comisarios. En diciembre el comisario de La Gomera informaba al secretario del Tribunal del poco caso que hacía el ayudante de la orden del comandante general: "está todos los más de los días avilitando Barcos y previniendo a los Maestres que no den aviso". Hizo unas diligencias sobre ello y las envió al comandante general por medio de su provincial, "que le respondió que las había remitido al Comisario de Santa Cruz".

> Ahora remito a Vm. esa diligencia para que vea como cada día se extrema más; el día 21 de este mes vino un Maestre a pedirme el papel que devo dar, se lo di prontamente, pues es el único que se me ha pedido, y pensando yo que prosiguieran, ha vuelto este hombre a decirles que no saquen tal papel, pues oi han salido también dos Barcos y nada me han dicho. A mí me aseguran que días

[64] AMC, Inq., leg. CLIV – 46. El comisario dice "que se ha verificado llegar cartas de Oficio abiertas, y otras que por la duplicada conosco se a dejado de entregar la primera [...] si trahen cartas las echan a bolar de mano en mano y llegan con bastante peligro, y otras no llegan "; y las que llegan no sabe como lo hacen, "pues siendo tan distantes los puertos, y solo en uno aver una tenue fortaleza, y pocas veces llegan a él " ... Lo mismo ocurre con sus respuestas, que ha tenido que repetir hasta cuatro veces.

[65] "Expediente sobre licencia de embarcaciones y excusarse los barqueros a conducir a los Puertos de España y estas Islas los pliegos del Santo Oficio. Pretendiendo el Revdo. Obispo dar yguales licencias,

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2006

a lo mandó el Sor. Comandante General no despachase Barco sin que le mostrasen mi Papel, pero hase lo contrario. En fin, este dicho Ayundante Gobernador como es mui muchacho hase todo quanto quiere, y lo que yo siento es que por su genio voluntarioso me da motivo a que yo incomode al Tribunal dando parte de lo que por él acontece. Y si este hombre no merese por sus echos y poca atención del Tribunal alguna reprehensión, siempre hará de las suyas, pues es demasiada su autoridad, y a mi ver nace todo de ser havanero y también mui niño. Yo mando esta diligencia a Vm. por no incomodar al Tribunal. Si en esto o otra cosa qualquiera no obro arreglado, suplico a Vm. me advierta por amor de Dios lo que devo hacer, pues mi deseo es asertar en todo, pero como estoi Novicio serán muchas mis faltas, así en estilo como en lo demás.

En una nota al margen dice que en este "negocio" se ha visto desatendido "hasta de los Maestres de Barco, porque los mando llamar para lo que he practicado y me mortifican para dejarse ver, y hago juicio que todo nase del Ayudante Gobernador". La diligencia que envía son las declaraciones de tres maestres - Diego Pérez, de *El Gran Poder de Dios*, José López de *El Gran Poder de Dios y las Ánimas*, y José de Aguilar, de *La Encarnación y las Ánimas* – que dicen que el ayudante les había intimado a que no pidiesen licencia al comisario.

El Tribunal se dirigió de nuevo al comandante general por medio del comisario de Santa Cruz de Tenerife. La respuesta de éste al secretario sirve también para ilustrar el papel de este comisario en la organización:

Mui Sor. mío y mi dueño: aviendo recibido la de Vm. pasé sin detención a ver a S.Exª, y hecha la relación de su contenido le dixe llevaba la justificación para que se sirviese verla si gustaba. Me respondió que no era necesario, que bastaba mi informe, que él tenía escrito a aquel Gobernador, por tanto extrañaba su procedimiento, bien que no le constaba hubiese recibido su última carta, porque no le había contestado a ella, pero que nuevamente le escriviría y me imbiaría la carta para que fuese por mi mano. Luego que me la mande se la

---

que contradijo esta Inquisición en el Real y Supremo Consejo, y con efecto no ha logrado darlas": AMC,

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2006

incluiré al P. Comisario de la Gomera por la Orotava, para que la ponga en mano del Gobernador y así no tenga escusa. Por tanto buelvo a Vm. los autos.

En los días de Pascua reciví carta del comisario de Fuerteventura con la misma quexa de aquel Governador, y practicado con Su Exª la misma diligencia me dio carta, la que mando a dicho Comisario oi con el Tigre [un barco]

Pocos meses después, su sucesor en la comisaría escribía al Tribunal que queriendo aplicar la orden comunicada a su antecesor por el secretario, de que no saliese ningún barco de cualquier condición, nación y tamaño, "sin sacar antes papel fechado de esta comisaría", había hallado la novedad de "que nunca han sacado [licencia]". No obstante advirtió a los maestres que en lo sucesivo habían de hacerlo, pero éstos – cita algunos ejemplos – se siguen negando. Dicen que es necesario que el comandante general se lo haga saber; y el comandante general y los gobernadores siguen despachando sus licencias sin el "aviso" de los comisarios.

En 1783 el comisario de Lanzarote recordaba al Tribunal que el año anterior le había informado del abuso que se había introducido "de no darle parte" ni los maestres de los barcos de aquel tráfico, ni los extranjeros que aportaban allí, y que no había recibido respuesta. Las cosas seguían igual, con la consiguiente demora de las diligencias del Tribunal, porque cuando se enteraba de que había barco ya se habían ido, "pues dista el puerto de esta capital dos leguas, y tal vez me ha costado haser umprio [¿'un propio'?] para remitirlas".

Las gestiones del Tribunal ante el comandante general y las reconvenciones a los maestres y capitanes de las embarcaciones pudieron tener algún efecto inmediato, pero enseguida volvían estos a las andadas, es decir, a omitir el "aviso". El 30 de mayo de 1787 el comisario de Santa Cruz de Tenerife escribía al Tribunal que el 4 de agosto del año anterior había pasado un oficio al secretario del comandante general porque los maestres no le daban aviso, y éste le contestó al día siguiente que se quejaba con razón, pero ni él ni el general tenían la culpa, porque tenía prevenido que no se les diese licencia sin que antes presentasen la del Tribunal.

Inq., leg. LVI – 9.

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2006

> De pronto es cierto huvo algún remedio, pero después a sucedido el olvido mucho más que antes, pues los barcos costeros, que eran los más puntuales que executaban esta diligencia, en el día hacen lo mismo que todos [...] por lo que en conclusión, no solamente es mirada con desprecio dicha diligencia de los Maestres de Barcos, sino también de la Secretaría de la Comandancia, pues si no se les despacharan con tanta prontitud en aquella oficina su licencia, sin inquirir o hacer constar, como está mandado, el parte del Santo Oficio, no tuvieran atrevimiento de irse a presentar sin él, quando en mí no hallan la más leve dilación, pues procuro incomodarme a la hora que llegan esos pocos, que más bien son a mi solicitud que a la de ellos. En cuya vista espero que V.S. pondrá el remedio correspondiente en una falta tan notable y en perjuicio de los asuntos del Santo Oficio, que son la causa de no ser cumplidos puntualmente como se executaba anteriormente, pues hasta los barquitos de primera tierra daban parte, como que son más frecuentes las ocasiones por esta vía que en derechura a esa Ciudad.

Al mes siguiente se le encargó que fuese a ver al comandante general, le mostrase el oficio que pasó a su secretario y su respuesta, y le hiciese ver los perjuicios que se causaban al Santo Oficio. El comandante, informó luego el comisario, le dijo que encargaría a su secretaría que no diese licencia sin que hicieran constar los maestres el "aviso" del Tribunal, "que es lo que podía permitir, y no licencia, porque eso era privativo de él. A lo que respondí eso era lo que se executaba, y que mi pretensión no era otra distinta. Solicitando al mismo tiempo si havía alguna orden superior para esto, dije que aquí no la havía, sino la práctica que me constaba de tantos años". Al día siguiente le mandó llamar el comandante general, y el comisario le mostró la orden que el Tribunal había comunicado al anterior comisario. El general llamó a su secretario y le dijo que no encontraba ningún reparo, y que tuviera cuidado de que no se despachasen las licencias sin que constase el "aviso" del comisario.

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2006

Los recursos al comandante general son cada vez más frecuentes. En 1790 al tomar posesión de la comisaría de El Hierro, D. Francisco Frías le recuerda al gobernador de la isla que los patrones de los barcos debían darle aviso para lo que se le ofreciese. El gobernador le contesta que era preciso se lo previniera el comandante general. El Tribunal escribe entonces al comandante:

> No extraña el Tribunal que el Gobernador del Hierro haya dado esta respuesta, porque hacía ya muchos años que en aquella Isla no había comisario del Santo Oficio por falta de sugetos proporcionados, pero que habiendo nombrado el año pasado a D. Francisco Frías, Beneficiado de aquella Parroquia [...] Esta ha sido una práctica inconcusa, tan antigua como la fundación del Santo Oficio, en todas las Islas y Puertos, para que con dicho aviso puedan los Ministros remitir pliegos, órdenes, libros prohibidos, Presos y quanto se les ofrezca. Y por esta razón quando no había Correos para Indias no salía barco de Cádiz sin dar cuenta a los Señores del Consejo, y no sabemos si aún después de los Correos subsiste esta práctica, la que se halla confirmada por cartas, órdenes y Cédulas Reales.

Al año siguiente es el gobernador de Lanzarote, D. Francisco Guerra y Clavijo, el que a pesar de los testimonios de las cartas cruzadas en 1771 entre el inquisidor y el comandante general, que le envía el comisario, por no encontrar en su archivo ningún documento que lo acredite, "ni menos se haya echo poner en práctica por mis próximos antecesores", responde al comisario que "es bastante motivo para que yo no exeda en que se haga ahora esta novedad, pues siempre que el Gefe actual permita esta tolerancia en aquel Puerto y Plaza de Santa Cruz, por donde nos debemos señir, y me lo mande, desde luego quedará Vm. servido". El comisario trató de convencerle, pero tras intentarlo durante más de cinco años, hubo que recurrir de nuevo al comandante general, el 8 de noviembre de 1798.

Al cabo de un mes el comisario escribe que "se ha dado cumplimiento a esta orden por lo respectivo a los Barcos de las Islas, pero no por lo que hace a Embarcaciones estrangeras o que navegan fuera de ellas". Se le contesta que haga saber

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2006

al gobernador "que de todas las embarcaciones que salgan de aquel Puerto se debe dar ciencia a aquella Comisaría, excepto los Barcos del Rey y los corsarios, y que si dicho gobernador no lo cumpliese dé aviso al Tribunal". En los meses siguientes el comisario escribe una y otra vez al gobernador instándole a que cumpla lo mandado, y ofreciéndole amistad y armonía. Hasta que éste, molesto por la insistencia, le contesta el 3 de julio de 1799 que ya tiene dado el correspondiente papel,

> y si algunas veces no lo executan no soy culpable, ni al natural olvido mío el requerirles por la papeleta que Vm. les debe dar para mi satisfacción; contribuyendo también que los muchos asuntos que continuamente están ocurriendo en este Gobierno, y otros en cumplimiento de mi obligación, no me permiten estar siempre adbertido a inspeccionar las faltas de los Patrones en esta materia. Con lo que respondo a la de Vm. de ayer y [doy por] concluida toda contextación que Vm. pretenda sucitar en lo futuro, por no permitírmelo los muchos asuntos que presentan en la Actualidad a los que inrremediablemente me propongo atender.

El Tribunal acude de nuevo comandante general en busca de remedio. Éste, que era nuevo, pide a su secretario una certificación de la práctica habitual. Lo que éste certifica es que "desde el año de 1781 en que tomé posesión, he observado la práctica que encontré de no extender licencia de salida a los Barcos destinados al tráfico de unas islas a otras sin que sus Maestres hayan hecho constar haverse presentado al Comisario del Santo Tribunal de la Inquisición, aunque infinitas veces se les ha despachado sin esta circunstancia porque dichos maestres no han podido encontrar en ningún puesto al citado Comisario, al que jamás se le ha dado noticia de los Buques Nacionales y Extrangeros que han salido y salen de esta Provincia".

El Tribunal, naturalmente, no se conforma con este certificado, y el 14 de octubre pide a los comisarios - y a los secretarios, para la ciudad de Las Palmas - que informen "sobre la costumbre de dar aviso a la salida del Puerto las embarcaciones de comercio de fuera de las Islas" en sus respectivas demarcaciones. Los secretarios y los comisarios de La Palma y La Gomera informan – los primeros "certifican" – que el

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2006

estilo es que todas las embarcaciones, incluidas las nacionales y las extranjeras, saquen licencia; pero los de La Orotava y Santa Cruz de Tenerife dicen que éstas nunca lo han hecho. Éste último dice que esta práctica "ha estado señida para con los Barcos de la tierra que llamaban de cubierta, la que oy en día se a llegado a estender hasta los barcos más pequeños del tráfico de estas Islas, pero de ningún modo para con las embarcaciones del comercio".

Todos estos informes se recibieron en el Tribunal en noviembre de 1799. El 14 de enero de 1800 el comisario de La Palma escribió al gobernador de la isla que un tal Ventura Felipe había salido dos veces del puerto sin haber sacado el papel de estilo. El gobernador le contestó que le haría cumplir. Antes se había dirigido el comisario al gobernador interino, que le respondió, "sin embargo de no hallarse instruido en los privilegios de la papeleta", que Ventura le había dicho que fue dos veces a su casa y no le encontró.

Parece ser que en Las Palmas se conservó por más tiempo, y fue menos cuestionada, la costumbre o "privilegio" de la licencia - o "aviso"-. En 1802 a propósito de un incidente - que se arregló "con urbanidad" (dijo que no había procedido con malicia) - con el coronel y gobernador de armas D. Juan del Castillo Olivares, el Tribunal hace un breve repaso de la historia del privilegio[66], y reconoce que, a pesar del mandato del comandante general, marqués de la Cañada, en 1781, "no ha dejado de lebantarse contra él alguna resistencia casi en todas las islas, obligándole a formar nuebos Expedientes para mantener aquellos con toda pureza e integridad".

4.6.2. Las visitas de navío.

El 3 de octubre de 1801 el Consejo pidió al Tribunal de Canarias información

[66] " Expediente formado con motivo de haver salido una embarcación de este Puerto para el de Cádiz en el 12 de Octubre de dicho año, sin haver sacado el Papel de aviso del Tribunal firmado por el Sr. Inquisidor Presidente ", AMC, Inq. , leg. LXXVI – 32. En él se alude a una orden del capitán general D. Gerónimo de Benavente y Quiñones, de 15 de julio de 1664, para que se mantuviese la costumbre de que el castellano del Puerto de la Luz diese aviso a la Inquisición "así de las embarcaciones que llegan a él de partes extrañas, como las del trato y comercio de las Islas", de la que hay copia en AMC, Inq., leg. CLXXVII – 79

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2006

sobre dos asuntos que desde la perspectiva inquisitorial estaban estrechamente relacionados: los protestantes residentes en las islas y las visitas de navío. Para responder al cuestionario enviado por el Consejo, el 2 de enero del año siguiente el secretario del Tribunal, Fr. Luis Vázquez de Figueroa, escribe a los comisarios de los puertos pidiendo que informen "con toda claridad y distinción quienes y como hacen el reconocimiento y visita de las embarcaciones que llegan a este Puerto, qué derechos paga cada una y en qué se invierten; y si hay algunas embarcaciones de alguna Nación con la quales no se practique dicha visita y reconocimiento"[67].

El comisario de La Orotava informa - el 19 de enero de 1802 – que "luego que da fondo la embarcación", el guarda del Tribunal le avisa, y baja al Puerto "con los Ministros que quieren y Notario". El guarda lleva al capitán a su casa, y allí se hace la visita. Y "si no se entiende el idioma se trahe Prático que lo entienda". Luego, cuando se descarga la embarcación, se hace la visita de aduana. "Los Navíos de G[u]erra no se vicitan, pues lo an recistido los Capitanes; ni los franceses lo han querido permitir en esta G[u]erra". Los derechos son cuatro pesos por la visita de navío, y dos por la de aduana, que se reparten entre los ministros que asisten: dieciséis reales al Comisario, "y el Notario, Alguacil maior, alguno otro que baja y el Guarda parten lo demás".

El comisario de Santa Cruz de Tenerife dice que la práctica que ha encontrado desde el año de 1756, "según el primer libro de visitas que hallo en este archivo", es que el comisario llama por medio del alguacil mayor al capitán, y en su casa hace la visita ("le resive juramento, que hase dicho Capitán según su religión [...] de su destino y salida, de la religión que profesa, como la tripulación que conduce la carga, y si se hallan a su bordo algunos libros, papeles, estampas, figuras u otra cosa que esté sujeta al conocimiento del Tribunal y sus ministros"). Los derechos son "66 reales de vellón de Castilla, que componen los quatro ducados de estilo en las demás vicitas de Puerto y Sanidad": 30 para el comisario, 15 para el notario, otros 15 se los reparten el alguacil mayor y el menor (a éste, además, le da el comisario dos reales y medio, "para que quente con medio duro en cada vicita, por los muchos pasos que da, y para que al

[67] AMC, Inq., leg. CLXII-30:1802: "Inquisición de Canaria. Año de 1802. Expediente formado en esta Inquisición con motivo de pedir el Exmo. Sor. Arzobispo Inquisidor General informe sobre residencia de Protestantes, etc. y visitas de envarcaciones. Papeles de consideración".

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2006

mismo tiempo sirva en la sacada y llevada de las cartas de oficio"); y "los seis reales de vellón que ay de pico, por acuerdo celebrado por los ministros que eran en el año 1771, se reservan en una alcansía para gastos de la función del Patrono, el Señor San Pedro Mártir". Se visitan todas las embarcaciones, "menos los Buques de G[u]erra o Navellón Real de qualquiera potencia, pero los franceses son los que se an resistido y se an quedado sin querer sujetarse a esto, como que de ello se siguió recurso por mi antecesor, y de que no se ha tenido resolución hasta ahora. Los moros an querido en estos tiempos, en que bajo de su bandera se seguía comercio, resistirse, pero se les a echo, aunque con trabajo, sujetarse. Y en las Embarcaciones de Pavellón Español mercantes suelen muchos capitanes resistirse".

El de La Palma dice que en la isla se han visitado todas las embarcaciones menos las de guerra y las de los corsarios franceses y sus presas "en la guerra que acabó", porque así se lo previno el Tribunal; y que la visita la hacen - el comisario, el alguacil mayor y el notario - en "la Plasuela del Muelle [...] segregados de la gente que concurre [...] después de evacuada la de Sanidad por el Capitán de Mar". Los derechos - "tres ducados de a onse reales Antiguos" - se distribuyen a iguales partes entre los ministros.

El comisario de El Hierro dice "que no teniendo el Puerto de esta localidad capacidad para fondear varco grande, sino los pequeños del comercio de la Provincia, nunca se ha verificado llegar a él varco estrangero y, por lo mismo, practicádose visita"; y el de Lanzarote que "en todas las embarcaciones que llegan a estos Puertos fuera de la Provincia, no se hace otra vicita o reconocimiento que el interrogar baxo de juramento a los respectivos capitanes de ellas, de donde salieron y su destino; que personas, mercaderías, pinturas y libros conduce", y que por esta diligencia cobran 66 reales de vellón corrientes, que se dividen por mitad el comisario y el notario.

Con estos informes[68] el Tribunal, en cierto modo, se inventa un método "uniforme", que remite al Consejo el 22 de marzo de 1802:

[68] También informa el comisario de La Laguna sobre los extranjeros residentes en su distrito. No hay comisarios en Gomera y Fuerteventura, "ni comercio, por su cortedad y falta de Puertos seguros, [y por lo tanto] no hay tales visitas ni derechos".

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2006

luego que a bordo va la visita de Sanidad, vienen los Capitanes a tierra y los conduce el soldado de la Guardia del Puerto a la casa del Comandante General o Governador de Armas, y allí dan las declaraciones que les piden; después vienen en esta Ciudad a la posada del Inquisidor Decano, y en los demás puertos a casa del Comisario, y se hace la visita ante un Secretario o Notario y los Alguaciles mayores, declarando el Capitán bajo de juramento los efectos que trahen, para quienes, la religión que profesan y si trahe libros o pinturas. Y después de haber descargado y llevado los efectos a la Aduana, va allí un Secretario o el Comisario a visitar y ver si hay libros, pinturas u otras cosas prohibidas. En quanto a los derechos hay alguna variedad según las costumbres y señalamientos anteriores.

Luego se extiende sobre los conflictos que con este motivo habían proliferado en la última década: "La exacción de estos derechos es la piedra del escándalo para los comerciantes, y sería muy útil el que se quitase si por otra parte se pudiera dotar a los Ministros [...] pero sin éste adminículo no podrían susistir los comisarios, ni se descubrirían muchos contrabandos y cosas perjudiciales a la Religión". Siempre se habían visitado todas

las embarcaciones comerciantes de todas las Naciones sin excepción alguna, y solamente se han dejado de visitar los Buques de Guerra y Corsarios; pero en estos últimos tiempos que ha reinado el libertinage, se han resistido los Comerciantes a la visita de Inquisición, y aún los residentes en estas Islas, a pretextos de los Capítulos 6 y 52 del reglamento de Aranceles del comercio libre de España a Indias de 12 de Octubre de 1796 [...]

Este fuego empezó aquí por la Aduana del Puerto de la Orotava, y después corrió al de Santa Cruz, Isla de Tenerife, que es el más comerciante, protegiendo la resistencia de los comerciantes los Administradores del Rey, que no querían el registro de los Comisarios de Inquisición, acaso porque de este modo no se podían componer con los contrabandistas, sobre que se siguió un largo expediente, y habiéndole remitido a los Sres. del Consejo y consultado a

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2006

S.M. por el Excmo. Sor. Inquisidor General, resolvió en Real Decreto de 12 de Febrero de 1790 que con atención al mayor bien de la religión y del Estado, se previniese al Administrador General de estas Islas no impidiese al Sto. Oficio el registro en estas Aduanas en la forma que hasta entonces se había practicado [...]

No ha cesado la resistencia de los comerciantes [...] y lo peor es que, aunque tácitamente y con disimulo, se protege por los Administradores de Rentas y Ministros de la Comandancia General, que todos tienen en esto su utilidad.

Durante la guerra pasada se resistieron los corsarios franceses en la Isla de la Palma a que se les registrasen los efectos de las presas mercantiles que introduxeron allí, y lo peor fue que lo hicieron con befa y escándalo, de que se rieron y gustaron mucho algunos libertinos de aquella Ciudad, y habiendo dado cuenta el Comisario con Información en 20 de Abril de 1798, oído al Inquisidor Fiscal, mandó el Tribunal en Auto de 19 de Mayo del mismo año que durante la guerra, si antes no hubiese resolución, no visitase aquel Comisario las Embarcaciones de guerra y corsarias, por no haber habido costumbre de visitar semejantes Buques, pero sí todas las de Comercio, aunque fuesen francesas, y que si se resistían sus Capitanes impartiera [sic] el auxilio del Governador de las Armas [...]

Otro lance lo mismo que el anterior sucedió en el Puerto de Santa Cruz en el año de 97, respondiendo el Cónsul Francés de aquel Puerto que no permitía se visitasen las presas mercantiles que entrasen los corsarios de su Nación. Y habiendo acudido el Comisario al Comandante General de aquella Plaza, respondió con fecha de 27 de Junio de 1797 que no podía dar auxilios Militares sin que le mostrase Real Orden, según el caso de las actuales circunstancias.

Todo esto lo tenía el Tribunal guardado para dar quenta a S.A. luego que se concluyera la guerra, y que se resolviera de una vez lo que se debía executar.

Concluida ya la guerra llegó por el mes de Enero al Puerto de Santa Cruz una Fragata Española, su Capitán D. Ramón Marques, y habiéndole citado para la visita se negó a ella, y respondió por escrito al Comisario que siendo católico no estaba obligado a visita de Inquisición. Y después de haber presentado varios escritos a la Comandancia General, se le mandó por dicho Comandante que se

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2006

presentara a la visita de Inquisición y pagara los derechos; de cuya providencia parece que se sintió muy agraviado, y se fue diciendo que haría un recurso al soberano.

Ayer mismo hubo carta del propio Comisario de Santa Cruz en que dice que se hallaba en igual caso que el de Márquez.

Y todos los días habrá ya estas resistencias, pero hasta aora no savemos la hayan echo para pagar la visita de la Justicia secular y Juzgado de Armas, donde son los derechos más crecidos que en el Tribunal; ni tampoco se detienen los comerciantes y Capitanes en expender largas cantidades entre los Guardas y gentes de Aduana para hacer sus negocios, y solamente sienten y se resisten a la visita de Inquisición.

La finalidad teórica - y original - de la visita era, como se dice en una orden del Tribunal de 4 de marzo de 1755, "alejar de nuestros Reinos el veneno de la heregía". Este veneno se solía presentar en forma de libros o imágenes: "libros, papeles o estampas y otras cosas irrisorias de Nuestra Sagrada Religión"[69]; pero podía también hacerlo en la persona de un protestante o un judío[70]. En las dos últimas décadas del siglo, como vemos, los inquisidores esgrimen -para hacer frente a los opositores o detractores de las visitas- una finalidad nueva, absolutamente profana: evitar el contrabando. Preservar a la Monarquía del virus herético ya no les parece argumento suficiente, ni siquiera después de la Revolución Francesa[71], para defender en las altas esferas una práctica intensamente cuestionada por los poderes locales. Por eso en la

[69] La actuación de la Inquisición en este terreno no se limitaba a las visitas de navío. Pero se conoce mejor su intervención en el mundo del libro, especialmente la censura - que Domergue (1983) sitúa en su contexto: no era la única - que en el de la imagen. El edicto de 14 de septiembre de 1767 que resumimos en Apéndice IX, puede dar una idea de esta última. Gacto (2000) y Pinto Crespo (1978) son los únicos trabajos sobre este tema que conocemos.

[70] En una orden del Consejo de 20 de abril de 1706 se dice: ..."Y que en las visitas de Navíos vayan con gran cuydado por si en ellos vienen personas sospechosas, portándose con todo recato y prudencia y observando el trato y comunicación de las personas sospechosas que saltaren a tierra"...: AMC, Inq., leg. CLXXVII-51.

[71] El cambio de rumbo de la política gubernamental, que hasta ahora se venía relacionando con el acontecimiento revolucionario –Herr (1964, 197ss), Anes (1981, 139 ss.), Defourneaux (1973, 127 ss.)- parece que es anterior y obedece a factores internos: La Parra (2002, pp. 37 ss.).

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2006

correspondencia con el Consejo insisten en este nuevo motivo[72].Y como sus acusaciones no surten efecto, terminan apuntando más alto, al comandante general:

> Muchos años hace que los cargadores de embarcaciones, Ministros de Reales Aduanas y aún de la Comandancia General de estas Islas, llevan mui mal el registro del Santo Oficio, porque de este modo se les corta en gran parte la libertad de defraudar al Rey y sus Reales derechos con la introducción tan continuada de tabacos y otros contrabandos de Reynos estrangeros, porque no pueden sobornar a los ministros del Santo oficio con la facilidad que a los otros, y éste y no otro es el motivo principal de darnos tanto que hacer[73].

Fricciones o conflictos con los comerciantes, patrones, maestres o capitanes de las embarcaciones, y diversas autoridades o corporaciones, los hubo desde que se instituyeron las visitas. Una *acordada* de 16 de octubre de 1705 ya instaba a proceder "con la mayor atención, suavidad y destreza de que necesita la repugnancia con que ordinariamente se sujetan a esta dilixencia, sin exceder de los Derechos que les están señalados"[74]. Lo nuevo es la debilidad del Tribunal. También la corrupción y los abusos

---

[72] "A nadie perjudica tanto como a Su Magestad el que no hagan sus visitas los comisarios, porque por este medio los comerciantes no introducen mucho contravando. Las visitas de Aduanas se hacen mui por alto, y los comerciantes saben componerse con los guardas y assí hacen su negocio, como la experiencia enseña cada día. Y como no pueden manejar del mismo modo a los Ministros de Inquisición, por esto aborrecen su visita y buscan los medios de evitarla": AMC, Inq., leg. I – D – 29, fol. 215. Carta de 23 de agosto de 1787. "Lo cierto es que los comerciantes tienen un grande interés en que los Ministros del S.O. no registren sus géneros, porque de este modo no se descubren los contrabandos que introducen de géneros de algodones y otros prohibidos, que con facilidad pasan por los Guardas y subalternos de las Aduanas": *Ibid.*, fol. 319. Carta de 4 de diciembre de 1789.

[73] AMC, Inq., leg. I – D – 28, fol. 70. Carta de 21 de abril de 1796. "Cada día se confirma más en que el Comandante General, su Auditor y Secretario, que son los que le gobiernan, no quieren tener descontentos a los comerciantes, para tomar de ellos buenos regalos, como sabemos haber sucedido estos días con dos embarcaciones que llegaron de Indias ricamente cargadas. Y por esta razón, y porque no se descubran los fraudes y contrabandos que traen, no quieren que parezcan por allí los Ministros de la Inquisición": *Ibid.*, fol. 76. Carta de 23 de septiembre de 1796.

[74] "Aunque por diferentes Resoluciones Rs. y cartas acordadas de los SS. Inquisidores Gens. y el Consejo (que se citan en la memoria que va inclusa, con resumen de lo que contienen), está prevenida la providencia, modo y forma con que los ministros del S.O. en todos los puertos de mar deven proceder en las visitas de los Navíos que llegan a ellos, y contra las personas de los Hereges en los casos que se expresan. Haviendo faltado por aora, con el rompimiento de las Paces con el Imperio, Inglaterra y Olanda los presupuestos en que se fundavan, y cesado por esa razón lo estypulado en los Capítulos de ellas en punto de Religión, Consultado con el Iltmo. Sor. Obispo de Ceuta, Inquisidor Genl., ha parecido ordenaros SS. se lo prevengáis así a los comisarios del S.O. en los puertos de Vro. Distrito, para que enterados de ello atiendan al maior resguardo de la pureza de nuestra sagrada Religión, sin las permisiones que por causa del comercio se concedieron a los Hereges Ingleses y Holandeses, con los que aora se apresaren o por algún otro accidente aportaren y se detubieren en los mismos Puertos, u otros

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Bibliotecas Universitaria, 2006

empezaron muy pronto. Una *acordada* de 22 de diciembre de 1604 mandaba que "no reciban meriendas [...] ni den lugar a que les hagan salvas"; y otra de 10 de noviembre de 1606 que "no lleven a familiares ni notarios mercaderes o tratantes de navíos, ni los unos ni los otros no compren ni vendan mercaderías durante el tiempo de la visita". Pero uno de las virtudes de aquella debilidad, fue mejorar la conducta de los ministros. El único caso de corrupción que hemos encontrado tuvo lugar en la isla de Lanzarote, una de las "menores", en 1715.

Un navío francés, el *San Luis*, había ido a cargar en el Puerto Naos seiscientas fanegas de trigo. Al llegar al puerto, "aviendo dado noticia al Coronel de dicha Isla y al Comisario del Santo Oficio de la Inquisición para comensar sus negocios", subieron a bordo el comisario, D. Ambrosio de Ayala, el notario, D. Salvador de Armas - ambos "Presbíteros de la Iglesia Parroquial de la Capital de Lanzarote"-, el alguacil y el sargento mayor. En una carta que dirige al inquisidor un tal J. Delez desde Puerto Naos, el 1° de septiembre de 1715, suplicando "de interponer su autoridad sobre essos Señores porque no hurten la nation franceso, la qual será siempre reconocida a V.S.I. como a son Buenhechor", se dice que

> aunque dicho Capitán [D. Luis Boyer] los aia hecho ver la certificación de los Señores Inquisidores de Santa Cruz por la qual consta que dicho navío no tiene cosa alguna contra Nuestra Santa Fe[75], los dichos comisario y notario, sin

---

lugares de estos Rs. , deviendo solo practicarse con los hereges de otras coronas y Provincias amigas que vinieren y estubieren en ellos por razón del Comercio. Y porque conviene mucho mantener toda la buena correspondencia que cupiere, sin perjuicio de la Religión, ordenareis a los Comisarios lo observen con los que llegaren a sus Puertos. Y que en las visitas que hiciesen de los navíos de Reynos y Provincias amigas procedan con la mayor atención, suavidad y destreza de que necesita la repugnancia con que ordinariamente se sujetan a esta dilixencia, sin exceder de los Derechos que les están señalados. Pero que sin embargo no quisieren venir en lo que fuere justo y se hubiese practicado, y con ellos o los Ministros Rs. se ofrecieren algunas dudas y controversias sobre el modo y forma de hacer las visitas, no pasen a procedimientos judiciales, y os den quenta de lo que se ofreciere, y vosotros a Su Ilma. y al Consexo, para que visto se tome la resolución que convenga": AMC, Inq., leg. XIX – 13, fol. 65. La "memoria" la incluimos en el Apéndice IX. A juzgar por las anotaciones del secretario, en el archivo del Tribunal de Canarias solo estaban las acordadas de 11 de diciembre de 1604, 28 de agosto de 1620 y 29 de mayo de 1626. En una carta de 27 de julio de 1758 al Consejo se dice que hasta 1705 no tenían copia de la acordada para Sicilia de 13 de mayo de 1597 "que V.A. mandó incluir en la memoria de diferentes órdenes y resoluciones relativas al modo y forma de proceder en las visitas de Navíos y contra las personas de los extranjeros hereges que por causa del comercio vinieren a los dominios de S.M, y se dirigió a este Tribunal para su cumplimiento con carta de 16 de Octubre de 1705 ": *ibid.*, leg. I-D-30, fol. 188.

[75] Lo que constaba explícitamente en las certificaciones era que se había hecho la visita y pagado los

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2006

embargo, han visitado el navío, en el qual han hallado unos Santos Cristos con dos clavos a los pies y unos cuantos santos con vestidos incarnados, y dixeron que eran contra Nuestra Santa Fe, pero que no los rompían por no haser la mala obra, disiendo al capitán que por la finesa que le hasían los havía de haser algún regalo; y han declarado que de derecho no se les devía nada; y como el capitán resistió algún tiempo a no darles cosa alguna, excoxieron dichos comisario y notario por más de quinientos reales de varios géneros de mercancías.

El 20 y 21 de diciembre fue interrogada la tripulación por el comisario de La Laguna. El mercader del barco, Esteban Bassal, dice que pasó con el capitán y los ministros del Tribunal al islote de Naos, donde estaban las mercancías, y éstos se empeñaron en repetir la visita,

como con efecto lo hicieron, abriendo fardos y registrando diferentes mercancías, diciendo que mientras estaban en el exercicio de visita no podían ajustar los precios de aquellas cosas que apartaron, pero que hecha la visita se ajustarían. Y hecho esto llamó el dicho notario aparte al dicho capitán, diciéndole: ya Vm. a visto como el Sr. Comisario a hecho la visita con toda quietud y amistad. Y assí puede Vm. darle aquello que a apartado, y además de esto un par de piesas de Bretaña y alguna cosa más. Y a este tiempo llamó dicho Capitán a el que declara, como mercader de dicho navío, comunicándole lo que pasaba.

Le dijeron al notario que no debían nada porque, como demostraba el certificado que exhibieron, ya se les había hecho la visita; que si fuera necesario darían otros 44 reales (los derechos de la visita), pero no los efectos, porque eran ajenos y habían de dar cuenta de ellos.

---

derechos; lo demás se deduce. Véase la que se expidió al capitán inglés George Glas, que en 1764 publicó en Londres una traducción de la *Historia* de Fr. Juan de Abreu Galindo con una *Descripción de las Islas Canarias* (Glas, 1978): "Certifico yo el infra escrito notario de el Santo Oficio de la Inquisición de esta Isla, como aviendo llegado a este puerto una valandra Ynglesa llamada la Delphina, de quien es Capitán Gorge Glas, de que se le hisso la visita acostumbrada, y para ello pagó sus derechos, como determina dicho Santo Oficio. Y por ser verdad lo firmo en La Palma en 23 de Abril de este presente año de 1750. D. Santiago Pinto y Vandeval". Al dorso: "Visitas 1750. certificación de la Palma y de este Puerto": AMC, Inq., leg. CLXXVII – 122.

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2006

Y que a esto dixo dicho Notario que el Sr. Comisario no quería dinero, y que bien avían visto la amistad con que avía hecho la visita, pero que no componiéndose, continuaría y se detendría algunos quince días reconociendo todo, y pagaría por cada día cinquenta y tantos Rs. para el Sr. Comisario y quarenta para él, y otra porción que también señalaba para el sargento mayor y alguacil, que todo pasaba de cien Rs. cada día. Y a este mismo tiempo vino el alguacil de parte del Sor Comisario, diciendo que el Sr. Comisario decía que se fuera continuando la visita. Y viendo esta resolución, el que declara y dicho capitán dixeron, para verse libres: lleven Vms. esso que an apartado y lo más que quisieren. Y pasando el alguacil cerca dixo: intercede pro nobis. Y advierte el que declara que dicho notario le dixo, y al dicho Capitán: Vms. an de callar esto, porque si lo dicen los castigarán y molestarán en qualquiera parte, porque tenemos muy largas las alas[76].

Los franceses escribieron al cónsul, D. Esteban Porlier, al embajador de Francia en la Corte, a los inquisidores, y no sabemos si también al "Sr. General"[77]. Desconocemos como terminó el caso, pero sospechamos que el Tribunal se limitó a reprender a los ministros. D. Ambrosio seguía siendo comisario en 1742[78].

[76] Los efectos que se llevaron fueron "hasta unas 36 o 40 estampas, dos piessas de estopilla, un par de medias de lana negras, 4 o 5 estuches con tixeras, cuchillo y tenedor de fierro, 3 hachas de cortar, 2 o 3 esparrillas, 2 o 3 anafes o braseros de fierro, 2 o 3 molinillos, 2 o 3 molinillos para moler pimienta, media docena de varajas, 4 libros en blanco de los que usan mercantes, y otras cosas de que no hace memoria, pero las tiene apuntadas para dar quenta a sus dueños de los gastos que a hecho en la administración de la hacienda que le entregaron. Y que el valor de todo llegará a 500 Rs. de plata, más o menos"

[77] El 30 de diciembre de 1716 el comisario de La Laguna informó que había ido a visitar al comandante general - "como visita mía"; no en nombre del Tribunal, que se lo había encargado - y le había preguntado "acerca de los navíos", "a que me respondió que es cierto que haviendo llegado dos navíos franceses a un puerto de los más retirados de la Isla de Lanzarote, alguno de aquellos que allí habitan compró algunas menudencias a alguno de los dichos navíos, y el Gobernador de las armas de aquella Isla recogió o embargó lo que había comprado, con algún motivo; y después de haver hecho esto se le dio queja al Sr. General, a que escribió dando orden al Gobernador de las armas que volviese al tal hombre las cosas que havía comprado, previniéndole para en adelante como se havía de portar, assí los havitadores de aquel sitio como los capitantes de los navíos, y que no faltasen a lo que devían; y no hubo más, ni quejas ni reprehensión al Gobernador de las armas"; y también le dijo, como "discurriendo si el Santo Oficio tenía esta noticia ", que había oído quejas del comisario.

[78] La petición del fiscal fue que el capitán exhibiese "el despacho de haverse hecho la visita", y "en caso de no tenerlo por haverse perdido, que se reciva declaración al Comisario de Santa Cruz en razón de si visitó el Navío San Luis antes de pasar a Lanzarote y percivió por ella los derechos que se estilan y quanto importaron. Y que el presente secretario certifique la costumbre y práctica de este Tribunal en no visitar ni llebar sus Ministros derechos a los Navíos que llegan y an sido visitados en algunas de estas Islas del distrito del Santo Oficio", y que al mercader se le pida "razón y la memoria íntegra" de todo lo

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2006

Ya hemos visto que, en principio, se visitaban todos los barcos que venían de fuera de las islas, tanto extranjeros - aunque fueran de "coronas y provincias amigas" - como nacionales (aunque en las *acordadas* no se habla de ellos, ésta parece haber sido la práctica en todos los Tribunales), incluso los de la permisión de Indias[79]. Por las declaraciones de los comisarios en 1802 sabemos también que había dos clases de visitas: la visita de navío propiamente dicha, que se había reducido en una declaración del capitán ante el comisario, y la de aduana, que sólo se practicaba en La Orotava y Las Palmas.

En 1706 la visita de aduana se hacía al mismo tiempo que la de "los jueces de contrabando, almojarife y guardas". Cuando el 13 de junio de 1722 se repite el auto dirigido a éstos de 10 de julio de aquel año, y se manda ponerlo en una tabla en las aduanas "para que en tiempo alguno no pretendáis ignoransia", se introduce un pequeño cambio. Donde el auto de 1706 decía "que los jueces de contrabando, almojarife y guardas no hagan las visitas de las ropas que desembarcan los navíos de comercio sin que se hallen en ellas ministros que imbíe el Tribunal y los Comisarios en cuyos partidos se hicieren", el de 1722 dice: sin "que primero se haga la visita por lo que toca a este Santo Oficio"[80]. Es dudoso que se respetase esta precedencia. Luego veremos cómo se llegó a que 1802 sólo en dos puertos del Archipiélago, el de Las Palmas y el de La Orotava, se hiciese esta visita. Antes conviene que veamos cómo acabó el intento del Tribunal de poner fin a la "corruptela" de que la visita de navío se limitase a tomar declaración al capitán y cobrar los derechos.

La visita de navío era al principio realmente una 'visita' ('examen', 'inspección') del navío; es decir, una visita a bordo. La *acordada* de 19 de mayo de

---

que le aprehendieron. El expediente está desmigajado e incompleto: AMC, Inq., leg. XXIII-10; CXVI-7; CXLVI-28; CLXXIV-74; CLXXVI-199 y CLXXVIII-76.

[79] AMC, Inq. CXXIX – 11.

[80] AMC, Inq., leg. CLXXIX – 10. Lo reproducimos en Apéndice X. También con el auto de 1706 se hizo un cartel que se "dejó fijo" en las Reales Aduanas: AMC, Inq. leg. CLXI – 25. Sobre el orden de las visitas una R.C. de 13 de septiembre de 1603 encomendaba "la buena conformidad en la visita con los Ministros Reales, y que si se puede la agan juntos". Una *acordada* de 7 de noviembre de 1603 mandaba que procurasen "buenamente reducir a los Ministros Reales a que dejen hacer primero la visita de la Inquisición, y si no la agan juntos, como lo manda Su Magestad"; y lo mismo otra de 15 de marzo de 1621.

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2006

1581 mandaba que se reconociesen las mercaderías, cofres y camas de los marineros. Pero en el siglo XVIII – y mucho antes, probablemente – esto ya no se hacía. El 16 de febrero de 1746 el Consejo, enterado de que las visitas no se hacían "con la formalidad acostumbrada", mandó cumplir "puntualmente las instrucciones y cartas acordadas sobre visita de embarcaciones y licencias correspondientes para su paso". El 26 de noviembre reiteró el mandato por medio de una carta acordada[81].

Pero en el Tribunal de Canarias las visitas a bordo siguieron sin hacerse hasta que el 10 de febrero de 1755, "estando en su cuarto en las casas de esta inquisición, el Sor. Inquisidor Dr. D. Juan Guerrero Berrio", que había jurado su cargo el 23 de abril del año anterior, mandó a los secretarios – uno haciendo las veces de comisario y el otro de notario -, y al intérprete, D. Pedro Russel, que fuesen a visitar a bordo, conforme a lo mandado por el Consejo en diferentes cartas acordadas, y particularmente por la de 26 de noviembre de 1746, un bergantín inglés que había arribado al Puerto de la Luz. "Todo lo qual se practique por los comisarios en los puertos de las siete islas, para lo qual se les despache las órdenes combenientes, con apercibimiento que de no executarlo como se manda, valiéndose para ello de la corructela que han practicado hasta aquí por huir del trabajo, se procederá contra los omisos conforme a derecho"[82].

En los días 4 y 5 de marzo se envió la "carta orden" a los comisarios de Santa Cruz de Tenerife, "Puerto de la Orotava", Garachico, Lanzarote, Fuerteventura, La Palma, Gomera y "Yerro". En ella, siguiendo al pie de la letra lo que establecían las *acordadas*, se detallaba como tenían que hacer la visita, y se les advertía que

> para que no haya motivo de discordia con esta novedad, antes de poner en execución todo lo referido lo hará saber a las justicias y demás personas que puedan resistirla, comunicándoles las órdenes con que se halla, y de el recibo de ésta, de sus resultas y su puntual execución nos dará aviso. Bien entendido de que qualquiera omissión en assumpto de tanta importancia le será seberamente castigada, y como una clara y repetida inobediencia[83].

[81] AMC, Inq., leg. CXII – 15, fol. 64, 84 y 85.
[82] AMC, Inq., leg. CLXXVIII – 77.
[83] AMC, Inq., leg. XLVI – 5.

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2006

Ya en la primera visita a bordo – una de las pocas que se hicieron[84]- , antes de esta "carta orden", pudo percatarse el intrépido inquisidor de lo difícil que resultaba acabar con esta "corruptela" (o de que sus predecesores por hacer caso omiso de las órdenes del Consejo, tal vez no fueran más corruptos sino más prudentes). Veamos el relato que hace de ella el secretario:

> Visita a bordo de un Vergantín Inglés.
> En cumplimiento de lo mandado por el auto que el Tribunal proveyó en el día de oy dies de Febrero de este presente año de mil sietecientos cinquenta y cinco, D. Domingo Ramos, D. Pedro Russell y yo, el ynfraescripto secretario [D. Fernando Pérez], para efecto de hacer abordo la visita de la Embarcación en dicho Auto contenido, pasamos al Puerto de la Lus, y aviendo llegado a él a cosa de las onse de la mañana de este día, preguntamos si el Capitán de la Espresada Embarcasión se hallava abordo de ella, y aviéndosenos asegurado que se hallava en la Ciudad, se le Embió recado para que luego al Punto viniesse a este dicho Puerto, lo que con effecto executó. Y aviéndosele dicho hiciesse venir a tierra la lancha de su navío, respondió no estava sufficiente para que nos embarcássemos en ella por hacer mucha agua. En cuya virtud, y en la de hallarse casualmente en dicho Puerto D. Joseph Russell, éste habló a Jente de la lancha del navío al cargo de el Capitán D. Joseph de Matos para llevarnos abordo de el dicho nabío Inglés, quienes [aunque] se ofrescieron desde luego a llevarnos no lo executaron; y estando promptos en el Embarcadero, y viendo dicho D. Joseph Russell la tardanza de cumplir lo prometido, les recombino. Y respondieron algunos que se avían ydo los más a la Ciudad, y que no havían quedado jente sufficiente para el govierno de dicha lancha. En cuya vista, y en hallarse en dicha Marina la lancha de la Balandra de Sebastián de Ortega con su jente, le habló dicho D. Pedro Russell para que nos conduxesse a dicho Navío Inglés. Y aunque le ofresieron cumplir y botaron para ello dicha lancha hasta cerca del agua, la dejaron allí y desapareció la Jente, menos un Hijo de dicho Sebastián de Ortega, quien

[84] Aunque en una carta al Consejo de 16 de diciembre de 1756 se dice que están en uso en todas las islas salvo en Tenerife y La Palma, lo que esto significa es que en las otras, donde rara vez se visitaba un navío, la orden no había suscitado problemas: AMC, Inq., leg. I - D – 30, fol. 168.

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2006

recombenido por dicho D. Domingo Ramos, respondió que él prompto estava, pero que su Jente le avían dejado, y que el no podía obligarles a cosa que no fuese de su obligasión de dicha su Balandra, porque eran hijos de muchas madres. Por lo qual esperamos a que viniese a tierra la lancha de un Bergantín Palmero que está desembarcando granos, y pedimos a su Maestre nos llebase abordo dicho Nabío Inglés a fin de hacer en él dicha visita. Y con efecto nos embarcamos en dicha lancha; pero luego que acabamos de entrar en ella, el maestre que se avía quedado en tierra gritó a su Jente que retrocediesen y no nos llevase abordo de el dicho Nabío Inglés, diciendo que se lo avían mandado así pena de cien ducados. A lo que dicho D. Domingo Ramos dijo a dicho Maestre: si a Vmd. le han notificado no nos lleven abordo dicho Nabío pena de cien ducados, yo como comisario de el Santo Officio le mando haga que nos pongan abordo de el Nabío pena de Dos Cientos. No obstante esta Notificasión dudó obedecer dicho Maestre, hasta que el expresado D. Pedro Russell le aseguró serle responsable a qualquiera daño que le sobreviniesse, Mediante lo qual fuimos en dicha lancha al Expresado Nabío Ynglés, y estando a su bordo rexistramos la Cámara y Baúl que en ella estava, por si allí haya en él libros y otras cosas prohibidas. Y no aviendo encontrado ninguna, dicho D. Domingo Ramos, comisario nombrado para esta diligencia, enterado de quien era el Capitán y de que éste no entendía bien nuestro ydioma, nombró por yntérprete a dicho D. Pedro Russell, quien aceptó el nombramiento y Juró en forma usar bien y fielmente el cargo. En cuya virtud se le dijo preguntase al tal Capitán si juraba decir verdad en todo.

El resultado de la innovación fue el de siempre - una declaración del capitán[85] -, sólo que obtenido con más esfuerzo. O peor aún; lo mismo y un pleito; porque el fiscal, considerando que los hechos acreditaban "que no obraron por sí solos en su veleidad, falta de palabra y desovediencia al Santo Oficio las gentes de las lanchas, que de

[85] John Brown, capitán del barco "El Guillermo y María", declara que vienen de Marsella, "y que fuera de el Estrecho no avía visto embarcación alguna y que no tocó en Puerto alguno", que trae seis hombres, todos ingleses y protestantes, y su carga son ladrillos, "caxas y caxones cuyo contenido ignora [...] que pertenecen a los Hermanos Carboneles de Marsella, en cuya ciudad se cargaron, y vienen consignados a D. Bernardino Charboniel, residente en esta Ciudad"; libros solo traen la Biblia en inglés, otro titulado "El Rezo", "que contiene los salmos de David y sus oraciones que usan dichos protestantes, y tres tomos de mathemática y necesarios para la navegación".

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2006

ordinario solicitan semexantes ocasiones de utilizarse en su exercicio, sino que avía en el puerto alguna persona que abusando de sus facultades les influía para tales procedimientos", pide que se les tome declaración -y a D. José Russell, que casualmente estaba presente-, para castigar "como debe y según merecieren a todos los que resultaren cómplices en los delitos mencionados" (impedir el libre y recto uso del Santo Oficio).

Por sus declaraciones se sabe que la persona que "abusando de sus facultades influía para tales procedimientos" era el guarda de la Real Renta del Tabaco, Matías Ruiz[86], contra el que se forman autos. Cuando es llamado a declarar, el 1 de marzo, dice que desde hace más de diez años que está sirviendo de guarda de la renta Real del Tabaco, sus superiores le han mandando que no permita que nadie suba a bordo de los navíos extrajeros; que el día nueve se lo hizo saber a los mozos de las lanchas "y demás barquitos de pescar", bajo pena de 50 ducados; y al día siguiente, cuando vio que el maestre de la lancha del "Barco Palmero" llevaba a los ministros del Tribunal, le preguntó

> que donde hiban aquellos SS.; respondió que abordo del Bergantín inglés; a que replicó el declarante: pues no sabe usted que está notificado desde ayer que no lleve a nadie pena de 50 ducados; a que satisfizo diciendo: si le quitan a usted la plaza, los que ban allí dentro se la volberán; y se quedaron disputando sobre esto, estando el declarante en la inteligencia de que dichos ministros no hiban a haser la visita de orden del Tribunal, sino para dibertirse, respecto de que en el tiempo que tiene de guarda no ha visto hacer semejantes visitas a bordo de las embarcaciones, sino en la Aduana.

Parece que las autoridades a las que el Tribunal había comunicado su decisión de hacer las visitas a bordo - "las justicias y demás personas que puedan resistirla" - habían prevenido al guarda, cuya conducta, como se ve por lo que declara, no fue tan inocente. El oidor de la Audiencia y el juez conservador y administrador general de la Renta del Tabaco enseguida formaron autos, que con el motivo aparente de disculpar a su

[86] AMC, Inq., leg. CLXXVIII – 77.

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2006

dependiente, lo que pretendían en realidad era impedir al Santo Oficio la implantación de la novedad, que ellos interpretaban como un exceso en sus atribuciones. Al tener conocimiento de ellos, el Tribunal, para evitar competencias, acepta las disculpas del administrador general -que "para evitar los fraudes que de continuo suelen acontecer en la introducción de Tabacos de ajenos Reynos, y aún de las mismas provincias de España" tiene prohibido a los maestres y patronos de los barcos que "no lleguen con sus lanchas a su bordo"; y que lo ocurrido con los ministros del Tribunal fue una confusión, porque como D. José Russell tiene una casa alquilada en la marina pensaron que iban por diversión- y por auto de 9 de marzo manda que se reprenda al guarda y se le advierta del respeto que debe tener al Santo Oficio; y al administrador general y su abogado "se les prebenga en lo que se han excedido, se les haga saber las órdenes combenientes y se les aperciba"[87].

A los pocos días se empiezan a recibir en el Tribunal las respuestas de los comisarios a la orden del 4 de marzo. El comisario de Santa Cruz de Tenerife dice – en carta de 17 de marzo - que la costumbre allí desde que se instituyó la comisaría, es

> luego que la embarcación parese con la ceñal de traer su vandera larga, es cognocimiento viene de fuera , y así lo da a entender para que salga el Capitán de la mar a su encuentro, assí para darle fondo con sus anclas, como para traer a su Capitán y carta de salud, no haviendo alguna noticia de contajio de adonde dise el Capitán viene; que en esse caso se buelve el capitán de mar a dar esta noticia, sin traer ni carta de salud ni a dicho Capitán de la embarcación a las Justicias, las que visto lo dicho resuelven lo más conveniente. Pero en caso de no haver tal novedad se trae consigo a el Capitán de la dicha embarcación con su carta de salud, la que se hase en la cercanía de su desembarco; y echa esta dilijencia se lleva a el dicho Capitán de la enbarcación, por Guardia de soldados que concurren a esta dilijencia, a la precencia del Capitán General, a darle cuenta de su arrivo y más noticias, y sus cartas si las tiene. Echa esta dilijencia es lo más común venir de casa del General con el mismo cónsul a hacer la vicita de la Inquisición, la que se hace en casa del Comisario, con la asistencia del Alguacil

[87] AMC, Inq., leg. XLVI – 5 y I – D – 30, fol. 132.

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2006

mayor, el comisario y notario, en aquel regular estilo que siempre se ha acostumbrado.

Es decir, primero se toma la declaración del capitán, sobre los puntos que hemos visto; y luego, cuando se descargan las mercancías, se hace la visita en la aduana. Pero la visita a bordo la tiene por impracticable,

> por lo primero ser estas mares de ningún sosiego, en una continua alteración de sus movimientos, y muy más peligroso haverse de enbarcar en los votes de extrangeros, con ninguna práctica de estas mares, sucediendo cada día desgracias de ahogarse en sus venidas en tierra, o salidas para bolberse a sus enbarcaciones. Bien me consta se pratica en muchos puertos hacerse dichas visitas pasando el comisario a el bordo [...] aquí es muy continjente suceda, como la experiencia lo da a saver muy frecuente, [pues] aun en los Práticos de esta mar y criados en esse ejercicio se miran muchas desgracias, sin que la nueva fábrica del muelle aya escusado esas desgracias, porque solo cirve, cuando la mar está en sosiego, [para] la facilidad de embarcarse sin que sea necesario ir sobre los hombros de ningún hombre, en medio del peligro de caer en los escalones, que de continuo están mojados y resvalosos, y más peligroso a quien no tiene curso de enbarcarse.

Los botes de los barcos extranjeros, por su poca capacidad -dos o tres hombres- y práctica en estos mares, continúa diciendo, no son los más adecuados para embarcarse. Tampoco su edad -78 años, "acistidos de havituales acidentes, ciendo el maior el de un continuo flato a la cavesa"- se lo permite. Además, dice para terminar, "en ninguna ocasión como la presente" se pueden introducir libros o pinturas perjudiciales "según lo arreglado que oy subciste este comercio, acistiendo de noche y día en el muelle los Guardas de las rentas reales y del tavaco, vicitando a todos los que se envarcan para sus enbarcaciones sus personas; y lo mismo sucede a el venir en tierra", a los que ha notificado "que si en sus visitas de todo jénero de hombres encontraren livros o pinturas o estatuas, los ayan de recojer y darme cuenta, entregándome lo que en lo dicho pudieren encontrar, ciendo este el mejor medio para el

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2006

fin de lo mandado".

El 11 de abril vuelve a escribir para decir que por los privilegios y capítulos de paz firmados por los reyes, las embarcaciones extranjeras no pueden ser visitadas a bordo, por lo que habría problemas con los cónsules y con el Capitán General, que es su juez conservador, "más quando disen no practicarse en puerto ninguno de España", lo que ha preguntado a algún capitán y le dicen que es cierto.

Esta resistencia también la menciona el comisario de la Orotava en su carta del 25 de abril. Cuando le comunicó al cónsul de Inglaterra, D. Juan Crosse, la orden del Tribunal "dixo (hablando con todo respeto) que no la tenía por practicable, por ser contra todos los tratados públicos de paz y comercio que tienen estipulados las dos Coronas, en que no tiene otro arbitrio que executar lo que está dispuesto en ellos". Los principales comerciantes - D. Nicolás Blanco, D. Juan Cólogan y D. Jorge Commins – le expusieron los diferentes inconvenientes y reparos que se pueden seguir al comercio (no especifica cuales);

> y no escuso desir que de dicho Puerto al limpio donde dan fondo las embarcaciones, tengo entendido havía de distancia serca de dos leguas de Mar, y éste de tumbo, por los muchos Riscos que tiene la entrada y salida, y no haver Puerto seguro, por lo que sucede muchas ocasiones quebrarse las lanchas y pereser la gente del mar; y por este motivo y otros a llegado a mi noticia que el Comandante General de estas Islas ha dado orden al referido cónsul y comerciante, para que al punto que lleguen las Embarcaciones, visitadas por la Justicia Real, las descarguen luego, para asegurar las mercancías y derechos reales, dándole luego el Aviso de sus llegadas.

El comisario de La Palma en su respuesta del 3 de mayo no pone reparos (solo se refiere a un problema de precedencia); pero el 10 de julio escribe que "se an conmovido estos comerciantes diciendo que en la Isla de Tenerife se reformó por V.S. la orden de dicha visita por las rasones que aquellos cónsules representaron, y que por este motivo deviera yo practicar con ellos lo mismo". El Tribunal tarda casi un año en

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2006

responderle - 4 de junio de 1756 – que "no resistiéndose las Justicias a la visita se continúe; y se suspenda si hubiesse en ellas repugnancia, o el peligro del mar fuese considerable en él"[88].

El contador del Real Fisco, D. Domingo Ramos, que hacía de secretario y asistía a las visitas, pidió también que no se hiciesen éstas a bordo, "porque de embarcarnos resulta no solo grabe daño a nuestra salud, sino el riesgo de perder la vida, assí por la incapacidad de los Botes como por la impericia de los que los gobiernan, pues como extrangeros no están prácticos en su dirección en estos puertos, y más quando se altera el mar, que acaece muchas veces, y también el sumergirse dichos Botes, como nos hubo de suceder en la última visita a no venir con nosotros D. Pedro Russel" [89].

El 14 de abril 1755 el inquisidor dio cuenta al Consejo -que probablemente ya tendría noticias por otras vías- de la resistencia de los comerciantes, cónsules y capitanes a la visita a bordo. El 25 de octubre vuelve a escribir exponiendo las razones que tuvo para mandar hacer las visitas a bordo: además de las acordadas de 16 de febrero y 26 de noviembre de 1746, tuvo "la muy particular de que en todas las Islas y sus puertos no hay el resguardo de Ministros Reales que velen la entrada y salida de los extrangeros y géneros que trahen de fuera", por lo que es fácil introducir los prohibidos, y que la mayor parte del comercio es de ingleses y holandeses, por lo que "debemos temernos insulten contra la religión"[90].

Más tarde, en vista de que el capitán general había dicho que no podía sujetar a los barcos extranjeros a las visitas a bordo, el Tribunal decide suspender la orden hasta dar cuenta al Consejo. El 16 de diciembre del año siguiente, sin haber obtenido respuesta, "y ocurriendo de nuevo la repugnancia de las demás islas con el ejemplo de las dos [Tenerife y La Palma], y de los Ministros del Santo Oficio, porque dicen se marean, que arriesgan su vida y no adelantan en estas visitas sino el trabajo, a que conlleba la corruptela de las Justicias, que debiendo hacer la de la salud en las

[88] El de Fuerteventura contesta - 14 de mayo – que "aunque en esta Ysla no es tan frequente el arrivo de las embarcaciones estrangeras para comerciar en ella, siempre que se ofresca daré exacto cumplimiento a la citada orden". El de Garachico dice que no hay comercio por aquel puerto.

[89] A.M.C., Inq., leg. XLVI-5.

[90] A.M.C., Inq., leg. I-D-30, fol. 140.

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2006

embarcaciones la hacen en sus casas", lo consultan de nuevo[91].

Así terminó la visita a bordo. Acabó con ella - aparte de los inconvenientes que representaron los ministros - la misma coalición que a partir de ahora va a combatir los derechos y la visita de aduana, la única que se hacía (si entendemos por visita 'inspección') hasta que el inquisidor Guerrero quiso hacer que se cumplieran estrictamente las normas. En 1790 el Consejo, a causa, precisamente, de la resistencia de "la coalición" a la visita de aduana, quiso reimplantarla, y el Tribunal tuvo que recordarle este episodio de 1755.

Los derechos provocaron tensiones en el Tribunal *ad extra* y *ad intra*. Estas últimas no fueron muchas, pero conviene echar un vistazo a los casos más sonados antes de volver a ocuparnos de la oposición a las visitas. Tuvieron que ver tanto con el cobro de los derechos como con su reparto entre los ministros.

El 5 de mayo de 1729 el comisario de la Palma escribía una larga carta al Tribunal dando cuenta de un incidente con un navío holandés que había fondeado en aquel puerto, cuyo capitán decía haber sido visitado en Santa Cruz de Tenerife, pero que no mostró otra certificación que una licencia del capitán general para poder pasar a las otras islas del Archipiélago. Después de consultarlo con un abogado, el comisario decidió repetir la visita, y "porque no pareciera que mis providencias se enderesaban al ynterés, siendo mi celo desnudo, y solo por el fin de que no descaesca en cossa alguna el privilegio del Santo Oficio", que el capitán diese fianza y no se le cobrasen los derechos de la visita hasta que los inquisidores lo determinasen (a todo lo cual se allanó el capitán). Al final de la carta insiste el comisario en que su única intención había sido que "no falte nada de la Autoridad de este Santo Oficio, porque los mercaderes que patrosinan a los Capitanes de Navíos que llegan a este Puerto se empeñan mucho en favorecerlos"[92].

Pero una conducta como ésta, tan desinteresada, no era la norma. Como se podrá suponer el principal interés de los comisarios en las visitas consistía en el cobro de los

[91] *Ibid.*, fol. 168.

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2006

derechos. Pero los derechos se cobraban por la visita de navío, es decir, por tomar la declaración al capitán del barco; solamente en el Puerto de la Orotava se cobraban por la visita de aduana (la mitad -dos pesos- que por la de navío). Esto podía dar lugar a situaciones como la que provoca la queja del comisario de Santa Cruz de Tenerife, D. Amador González Cabrera, en 1743: que siendo este puerto el principal de las islas, "en donde aportan todo género de embarcaciones consignadas a Mercaderes vecinos en él, y a otras personas", con motivo de la guerra, algunas embarcaciones iban a otras islas por aguada, "por vastimentarse para poder asegurar su viaje", o para adquirir noticias de si había corsarios ingleses sobre la isla de Tenerife; sus comisarios las visitaban y cobraban los derechos, y le dejaban a él el trabajo de pasar a la aduana a registrar los fardos, "sin que por esto apersiva ningún superavi".

El inquisidor accede a lo que pide el comisario el comisario de Santa Cruz de Tenerife, y manda por auto de 12 de octubre de 1743 que se notifique a los comisarios de los demás puertos que no visiten las embarcaciones que arriban por casualidad, sin ánimo de parar y descargar. Pero hubo que repetir el auto el 20 de enero de 1744, y entonces el comisario de La Orotava pide que se respete la costumbre, "pues de la visita resulta el saberse de donde viene y a quien viene consignado". Y lo mismo el de La Palma,

> por las razones siguientes: lo primero porque es estilo inmemorial y práctica inconcusa en dicha Isla [...] Y si no se observara así se siguiera el claro incombeniente de que muchas embarcaciones extrangeras, savida esta nueva orden, se andubieran de Isla en Isla negosiando ocultamente y de noche, diciendo que pasavan a otra Isla, solo por no sufrir el desembolso de derechos. Lo otro porque el daño que el comisario de Santa Cruz representa [...] es recíproco entre los comisarios de estas Islas, pues los Navíos que vienen de Londres a la Isla de la Palma anualmente a la extracción de malvasías, los más años tocan primero en los puertos de Santa Cruz o la Orotava, a donde sin descargar cossa alguna se les hase dicha visita, perdiendo el suplicante y sus

[92] AMC, Inq., leg. CLXXI-10.

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2006

antecesores los derechos, sin librarse del trabajo de asistir a la Real Aduana[93].

El Tribunal envió la carta del comisario de La Palma al de Santa Cruz de Tenerife para que dijera "lo que se le ofrezca". Éste insiste en los mismos argumentos, que no debieron convencer al Tribunal, porque el 19 de septiembre de 1757 y el 21 de noviembre de 1765, su sucesor, D. Juan Lasso de la Vega, en sendas representaciones, se vuelve a quejar de lo mismo[94] (y con más razón, porque la ventaja del puerto de Santa Cruz de Tenerife como destino de las embarcaciones "del comercio" con respecto a los otros del Archipiélago aumenta con el transcurso del siglo).

Una de las muchas quejas que se recibieron en el Tribunal contra el conflictivo comisario de La Orotava D. Ignacio Hernández del Álamo, se refiere al reparto de los derechos de las visitas entre los ministros de la comisaría. El notario, Fr. Francisco José Gutiérrez, escribió en 1743 que no le avisaba para hacer las visitas, lo que notaban los comerciantes, que "quasi que quieren presumir infidelidad de mi parte en el oficio". En otra carta de 29 de mayo de 1750 dice que no ha cumplido el acuerdo al que llegaron sobre el reparto de los derechos con los ausentes; que los repartía a su antojo quedándose con la mayor parte; que se demoraba en hacer las visitas hasta tres y cuatro días después que la embarcación hubiese dado fondo, dando lugar a que se piense que la visita es "nada más que ceremonia y querer tomar derechos", y que se había puesto a "criar nuevos ministros", prefiriéndolos a él y a otros interinos. El fiscal pidió al alguacil mayor y al comisario que informasen acerca de cómo se hacían las visitas y se repartían los derechos. El primero, D José Machado Spínola y Lugo, confirmó las acusaciones del notario, e hizo otra: la de haber añadido cuatro reales a los 40 que se

[93] "Y lo otro, finalmente, porque en atención a las razones expresadas, se a servido VS[a] mandar que se haga dicha visita a qualesquier embarcación, aunque no descargue en dicha Isla de la Palma, como expresamente consta de la Instrucción, que disse: que si el Comisario passare al Puerto de Tasacorte de dicha Isla de la Palma, que dista sinco legua de la Ciudad, se le señalan sinquenta Reales para él y su notario, en atención a la distancia, con que no aviendo comercio en dicho puerto de Tazacorte, ni tradición de que en algún tiempo lo ubiese, síguese que habla dicha instrucción (como expresamente lo dice) de los Navíos que vienen de Indias y llegan a dicho puerto para asegurar su derrota al de Santa Cruz. Porque si hablara de los que llegan a dicha Isla de la Palma para descargar en ella y cumplir su registro, no necesitara dicho Comisario de salir de su capital a haser dicha visita, pudiendo esperarlos en ella para executarla".

[94] AMC, Inq., leg. CXXVIII – 12: "Santa Cruz / D. Amador González Cabrera / Comisario de Santa Cruz / sobre / si se han de visitar las embarcaciones que llegan por casualidad (y no con el fin de descargar) a qualquiera puerto. Y si los Maestres pueden salir con sus embarcaciones del puerto de Santa Cruz sin licencia de aquel Comisario".

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2006

pagaban de derechos por la visita de navío, lo que era "contra la autoridad del príncipe", y suponía un agravio al comercio, amén de otros inconvenientes.

El comisario -que ya cuando lo era de ausencias había dado bastante que hacer al Tribunal- no niega que se quedase con la mayor parte de los derechos, pero dice que ese era el estilo, y que había tenido que nombrar otros ministros porque no encontraba al notario y al alguacil cuando los necesitaba, porque éste estaba en sus diversiones y negocios, y aquel "fuera de su Convento, y asimismo en diversiones en hasiendas y casas particulares". El Tribunal le ordena -por auto de 14 de diciembre de 1750- que pague al notario "los derechos que según costumbre le corresponden de las quatro visitas a que últimamente asistió"; que nombre a uno de los guardas -del Tabaco o de aduana- del puerto para que "pagándole sus respectivos derechos corra con el cuidado de avisarle del arribo de los navíos", a él y a los demás ministros - a los interinos en su ausencia-; y lo mismo para las visitas de aduana; que cobre 40 reales por la visita de los navíos, y no más, y 24 por la de aduana, que distribuirá según lo acostumbrado, siendo igual que asistan los interinos o los propietarios; y la parte de los que no asistan se distribuirá en partes iguales entre los que asistan, "sin perjuicio de la generosidad de que quieran usar así los interinos como los propietarios con el que faltase"[95].

Los comerciantes del Puerto de la Orotava aprovecharon la fractura en la comisaría para meter una cuña y obtener ventajas de la enemistad de los demás ministros contra el comisario. El 24 de noviembre de 1751, después de recibir una representación del guarda del puerto, que se quejaba, entre otras cosas, de que el comisario pretendía que avisase para las visitas a todos los ministros que residían en la Villa, el Tribunal ordenó al comisario que se arreglase "al estilo y costumbre", y remitiese certificación de todo lo que habían cobrado los ministros por las visitas

[95] Recuérdese que en 1772 estaba vigente la costumbre de repartir los derechos con los ministros que no concurrían a las visitas. En una carta del comisario José Antonio Peraza y Socas, del 8 de febrero, se dice que por el incumplimiento del notario D. Felipe Machado, los demás ministros se quieren "excusar de hacerle el obsequio que hasta aquí, contribuyéndole sus derechos de visitas de embarcaciones sin aver asistido en todo su tiempo más que a tres o quatro (sin embargo de averle avisado de la llegada de algunas en el principio) porque aviendo ganado dicho Secretario auto en 14 de Diciembre de 750 en que se manda asistan a las visitas todos los ministros y que la porción de el que no concurriere se distribuya entre los asistentes por iguales partes, aunque se previene también en dicho decreto que se entienda sin perjuicio de la generosidad que quisieren usar los que concurrieran, dicen los nominados Gutiérres y Arbelo que si la

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2006

(contraviniendo el mandato del Tribunal seguía cobrando 44 reales por la visita de navío)[96].

En febrero de 1752, como le habían acusado de perjudicar a los comerciantes con su tardanza, y de suprimir el guarda del puerto que ellos pagaban, "utilizándose de su producto", pidió el comisario que testificasen estos como había acudido siempre a hacer las visitas "con la mayor prontitud [...] sin causarles demora alguna ni perxuicio en las mercadurías, ni les he dado lugar a la menor queja por donde puedan estar sentidos de mí y de haverles causado algunos daños o perxuicios por alguna omisión en sus mercadurías, como se me quiere acumular" [97].

Como era él mismo el que practicaba las diligencias todos declararon que no habían oído, entendido ni experimentado que el comisario hubiese faltado a su obligación. Pero años más tarde acuden al Consejo para pedir que se cree un comisario en el Puerto, justamente por esos motivos, y proponen que se habilite al interino, D. José Peraza y Socas, vecino y residente en él.

El Tribunal fue informado por el Consejo de la petición de los comerciantes en enero de 1765. El comisario alega lo que le parece: que por la R.C. de 28 de noviembre de 1648, "que es la de la creación de dicha Villa" de la Orotava, se manda que resida el comisario en ella; que el juez real, cuya visita precede a la suya, reside allí; que la distancia del Puerto a la Villa es "lo más de media legua"; que desde la creación de dicha Villa siempre habían residido los comisarios en ella,

> sin causar dispendio alguno al comercio, aún en el tiempo de que havía licencia abierta para entrar en dicho Puerto todas las embarcaciones, para las que oy se necesita de licencia del Comandante General de estas Islas, que reside en el Puerto de Santa Cruz, siete leguas retirado del de la Orotava; en cuya estación se

---

han practicado hasta el presente no quieren usar en lo successivo esta política, ya que no les quiere alibiar en cosa alguna, aun siendo de su propia yncumbencia": AMC, Inq., leg. LVI-27.

[96] Había hecho 14 visitas: 2 en abril, 5 en mayo, 2 en junio, 2 en octubre y 3 en enero. A.M.C., Inq., leg. XXXVIII – 16.

[97] AMC, Inq., leg. I-2. Testificaron D. Juan Croose, D. Juan Cóologan, D. Juan Key, D. Jorge Commins, D. Tomás Lynch, D. Nicolás de la Hanty y el fiel almojarife de la Real Aduana D. Juan Antonio de Acevedo.

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2006

> experimentaba llegar a dicho Puerto a un mismo tiempo quarenta embarcaciones con dos conboyes, haviendo veinte o más casas de Mercaderes, que es un antecedente cierto; de donde con evidencia se infiere que si entonces ningún perjuicio se seguía, mucho menos en la ocasión presente, en que son quatro las casas de comercio, y otra que aora empiesa de D. Diego Furlong, y solo entra tal qual embarcación, y las más de las colonias inglesas, que su principal carga es madera de pipas[98].

Dice que por D. José Peraza "aún por la noche se hace alguna visita, no solo sin aquella authoridad que siempre a havido, sino también con exclusión de los demás Ministros". En fin, que hasta las funciones de San Pedro Mártir y de lectura de edictos generales decaerían.

Buscando antecedentes que sirviesen para dirimir el caso, se pregunta al comisario de La Laguna si antes de crearse la comisaría de Santa Cruz, los comisarios de la ciudad bajaban al puerto a hacer las visitas. Pero el comisario no tiene en su archivo otros papeles antiguos que el libro de la cofradía de San Pedro Mártir y no puede responder. El 1 de noviembre de 1766 el Consejo pide al Tribunal que informe sobre la petición de D. Ignacio Hernández del Álamo de que no se haga efectiva la habilitación de Peraza. El Tribunal responde, el 4 de mayo del año siguiente, que cuando los comerciantes supieron de las diligencias practicadas por el comisario para probar que no les causaba perjuicio

> recurrieron al Tribunal solicitando igual comissión para justificar sus representaciones, a que se defirió por proveído de 23 de Septiembre de 1765; y probaron con cinco testigos uniformes, mayores de 25 años, de seis que se examinaron, que por omisión del Comisario se habían hecho muchas visitas el mismo día de darse a la vela los navíos; que para sacar efectos de la Aduana era

[98] El 11 de septiembre – la representación se recibió en el Tribunal el 1° de julio de 1765 – pregunta el comisario al guardia de la aduana de quien eran los efectos que había en ella, y éste le contesta que de D. Juan Cólogan, D. Jorge Commins, D. Jorge Madan, D. Domingo del Hoyo, Dª María Salmón y de "un maestro de reloxes". Y el 12 de mayo de 1766 visita en la aduana efectos pertenecientes a D. Juan Cologan, los Blanco, los Comins, D. Bartolomé Sicrot, Bigni, Dugi, D. Santiago Hadrahan y D. Roberto Madan. Seguramente había más casas de las que dice.

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2006

necesario despacharle propio; y que no pagándose por esta razón en parte alguna derechos, había llebado para costear la bajada de los ministros a este efecto, desde la Villa al Puerto, tantos 24 rs. quantos habían sido los cargadores de cada nave; que habían perdido la venta de algunos géneros por no haber Comissario en dicho Puerto; y que por esta causa habían malogrado diversas veces la coyuntura de remitirlos a las demás Islas en el mes de gracia que les concede el Rey, sin pagar derechos; y que distando la Ciudad de la Laguna del Puerto de Santa Cruz poco más que el de la Orotava de la Villa, se creó Comissario en él para vissitar las embarcaciones.

No obstante no es partidario de la novedad del substituto, que "pondrá en opiniones el buen concepto en que hasta ahora ha estado el comissario en más de 30 años que ha sirve aquella comissaría", y cree que todo se puede arreglar con un poco de buena voluntad de parte del comisario, acudiendo puntualmente cuando se le avise, no cobrando más de 40 reales para costear las caballerías de los ministros que le acompañan,

sea una o muchas las visitas y pocos o muchos los cargadores, a lo que no se oponen los comerciantes, con lo que quedan reparados el perjuicio de éstos y los inconvenientes de que el interino, que ha sido el principal motor de estas questiones, pariente de uno de dichos comerciantes, por ganar los derechos y complacerles, se adelante a hacerlas intempestivamente [...], como el Comissario lo ha echo constar en el Tribunal.

Más tarde, el 24 de noviembre de 1769, tras la muerte de D. Ignacio Hernández del Álamo, cuando el Consejo le pide que informe sobre los que solicitan la plaza de comisario -D. José Antonio Peraza y Socas y Fr. Domingo de Paz- ofrece una solución ingeniosa, que aparentemente contentaba a todos los bandos:

que para que cesen las quejas de los comerciantes del Puerto, y los vecinos de la Villa no se resientan de que se les dismembra aquella Comisaría, éramos de dictamen que siendo del beneplácito de V.I., el título que se despache sea de

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2006

comisario de la Villa como hasta aquí, con la qualidad de residir en el Puerto[99].

La oposición de los comerciantes iba más allá de la demora[100]. La oposición de comerciantes, capitanes de barco y autoridades a la visita de aduana, al cobro de los derechos y a lo que pasaba por visita de navío, se inició antes de que se acabase con las visitas a bordo[101], pero cobró vigor, sobre todo, en el último cuarto del siglo. Es verdad que las visitas no servían para impedir la introducción de libros o imágenes prohibidos, pero sí servían para poner de manifiesto la autoridad y el prestigio del Santo Oficio; lo que importaba tanto o más que lo otro, y explica los esfuerzos del Tribunal por mantenerlas.

El 19 de enero de 1775 se envían al Consejo las diligencias practicadas con motivo "de los embarazos que se han ofrecido en el Puerto de Santa Cruz [de Tenerife] con los Cónsules de Francia y Holanda"[102]. El 5 de marzo de 1777 el comisario de La Palma, D. Pedro Cayetano Vélez y Pinto escribe al Tribunal que una fragata procedente de La Habana, se había resistido a la visita -"diciendo que no era maestre de varco de la Orotava"-, y a la licencia, y se había negado a pagar los derechos, alegando que la R.C. de libre comercio le había liberado de estas "alcavalas". "Yo -dice- que supe no averla pagado a los demás jueses no quise instar porque no paresiera codisia, y porque ignoro si con el comercio libre están esemptos de pagar visita, pero le dixe que avía de estar a lo que el Santo Oficio determinase".

El Tribunal manda una copia de la carta al comisario de Santa Cruz de Tenerife

[99] AMC, Inq., leg. CXXXIV-16.

[100] A veces había que rogar a los ministros para que hiciesen la visita: José Russell, vecino de Las Palmas, que, al igual que sus hermanos, solía hacer de intérprete para el Tribunal, lo hace el 16 de septiembre de 1739, cuando está descargando fardos y cajones de una embarcación que vino de Hamburgo, "los que se detienen en la Aduana hasta que se visiten por el Santo Oficio": AMC, Inq., leg. XXXI-14.

[101] En 1743 se formaron autos al administrador y guardas de la aduana de Santa Cruz de La Palma por entregar las mercancías antes de la visita del Santo Oficio. El comisario había escrito al Tribunal el 13 de febrero que el administrador "se descuida en dar quenta a el Alguacil mayor quando se ofrese llegar embarcación estrangera para que [pase] por su vista los géneros que trae antes de salir de dicha Aduana, como lo experimentó en esta ocasión con un navío francés que descargó algunos fardos y otras cossas, que solo para un caxonsillo o barril dio aviso, y lo demás passó sin registrarse". Les impusieron "las penas en que por este motivo han incurrido", y les mandaron que fijasen el edicto en la aduana: AMC, Inq., leg. LXXXV-9.

[102] AMC, Inq., leg. I-D-29, fol. 13.

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2006

y le pide que informe sobre lo que se practica en ese puerto, "como el principal del comercio, a donde frecuentemente arriban y lleban su destino los registros". Éste dice que siempre se han visitado todas las embarcaciones de las islas cuando vuelven, no solo de puertos extranjeros, sino de América o cualquier otro dominio de Su Majestad, sin que haya habido resistencia por parte de los capitanes que han disfrutado la gracia del comercio libre, ni novedad alguna tras la R.C., "pues según tengo entendido no habla la Cédula de los derechos municipales, porque se reduce a minorar el Real Derecho, dexándolo en un 7 por 100". Se escribió al comisario de la Palma para que hiciese saber al capitán -D. Diego Pintado- que "exhiba dentro del segundo día" los derechos de la visita, so multa de 20 ducados, y las costas del recurso. Los pagó[103].

En 1787 son los comerciantes de La Orotava, los que –instigados, al parecer, por la casa Barry, y pretextando también una Real Orden- no permiten que el comisario visite "los fardos, baúles y pipas que traen las embarcaciones" (la visita de aduana). El 23 de agosto el Tribunal envía al Consejo un expediente formado con este motivo, y el Consejo responde que los sigan visitando (los "fardos, baúles y pipas"), y si el contador u otro jefe de la aduana lo prohibe, envíe un oficio el inquisidor decano al comandante general "haciéndole presente que por la Real Orden de 24 de octubre del año pasado de 1768 no se prohibe a los Ministros del Santo Oficio el que registren y reconoscan con toda escrupulosidad dichos Géneros como hasta aquí lo han ejecutado, aún después de la referida Real Orden y de la de 4 de Abril del año pasado de 1781, por si contienen algunas cosas prohibidas". Y si no da resultado, den cuenta al Consejo con lo que hubieren actuado[104].

El año siguiente es el comisario de Santa Cruz, D. Francisco Félix del Campo, el que se queja de que los de la aduana no le avisan para el reconocimiento de los fardos. El 5 de julio escribe "que de la América llegaban a aquel Puerto barias esculturas bien ridículas, y que por aquella Aduana nunca se le daba parte para su reconocimiento". El fiscal le pide que informe desde cuándo y con qué motivo le han dejado de dar cuenta, de las órdenes que tiene del Tribunal al respecto, y si las ha comunicado al administrador de la aduana, "si son comprehensivas de todas las pinturas e imágenes de

[103] AMC, Inq., leg. CII – 2.

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2006

talla o de otra cualquier calidad, sin distinción de los parages de donde arribasen", y de si ha reconvenido al administrador por el descuido. Y entretanto, si no se le avisa, "proteste todos los daños y perjuicios, y que no sea en detrimento de los derechos del Santo Oficio". El comisario responde que según sus noticias, sus antecesores habían mirado este asunto con indiferencia, y que desde 1782, en que entró a servir la comisaría, no se le había dado parte de diversas esculturas que habían llegado -salvo en una ocasión-, a pesar de las reconvenciones; hasta que, finalmente, decidió ponerlo en noticia del Tribunal[105].

El fiscal cree que las RR.OO. de 1768 y 1781, en las que al parecer se apoyan los de la aduana y los comerciantes, no derogan disposiciones anteriores, "antes bien se debe suponer confirmada la práctica antigua de registrarlas, sin excepción alguna, y que se puedan reconocer Pipas, Fardos y cofres", y pide que se mande al comisario que esté a la mira por si en las embarcaciones viniesen imágenes o libros, y si el administrador de la aduana no le avisa le pase un oficio por el notario diciéndole que tiene orden del Santo Oficio para inspeccionarlos. El 25 de agosto vuelve a escribir el comisario para decir que en asunto de reconocimiento de fardos, libros e imágenes,

> hacen lo que quieren, en particular el Almojarife, que está de continua asistencia en el despacho. Yo remedio en parte, pero en mucho se me falta, así porque mis antecesores an ido dejando, como porque cada día se miraba con mayor menosprecio el Tribunal de Inquisición. Havrá diez y seis años, a la entrada de D. Domingo Sarmiento, que se renovó en la Real Aduana el Edicto de ese Tribunal aserca de los particulares expresados, para que sin licencia del Comisario o reconocimiento, que no se despachen fardos ni cajones, encargando con más eficacia el reconocimiento de libros.

Pero siguen si darle parte. El día 20 el capitán de un barco que llegó de La Habana declaró en la visita que un pasajero traía un Cristo de bulto, y el administrador

[104] AMC, Inq., leg. IX-4.

[105] Para lo que sigue, hasta que se indique lo contrario: AHN, Inq. leg. 3735, nº 50; 1833, nº 36; AMC, Inq., leg. IX – 4; y la correspondencia, especialmente, I-D-28, fol. 26, 81; I-D-29, fol. 241, 264, 319, 323 y 328.

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2006

de la aduana lo despachó sin darle cuenta, por lo que le puso un oficio diciéndole que no sabía el motivo que tenía para oponerse a los derechos del Santo Oficio. En otra carta de 13 de octubre cita otros casos que demuestran la "total repugnancia" de los comerciantes "a que el expresado comisario tenga intervención en el pase de sus efectos", y la tolerancia del almojarife, que en cuanto a libros "solamente de aquellos que vienen en cajones separados" le da parte, "pero no de los que vienen para esa ciudad, pues éstos cada qual de los encargados aquí percive y remite en derechura a sus respectivos dueños; de los demás que son conducidos en algunos cofres de pasajeros, en éstos tampoco tengo que ver".

Para renovar el edicto fijado en la aduana, que "por apagada ya su letra y roto, por el discurso del tiempo de diez o doce años, no se toma ya atención", se pide al comisario una copia, porque el secretario no lo encontró en los archivos del Tribunal. Cuando la remite, el 29 de octubre, pregunta si los libros que van para Canaria se le deben también "manifestar", porque no se especificaba en el edicto, ni en su archivo consta mas que en una carta privada, no en una orden del Tribunal.

El 21 de enero de 1789 llegó una embarcación con fardos de ropa y cajas de lino, consignadas a la casa de D. Pedro Forstall, y se sacaron de la aduana sin dar cuenta al comisario. El 21 de febrero el fiscal, en vista de la "indolencia" del almojarife, pide que se le prevenga por un oficio personal. La carta, escrita el 28 de febrero, se pone en el correo el 4 de marzo y el 14 se la entrega el comisario. El "administrador general" contesta a los dos días, el 16; dice que

> los efectos que vienen de América se depositan en almacén separado, concurriendo los Administradores de Tabaco, Correo y yo con Dependientes para el registro y despacho de caxas y demás equipage de Pasageros, para cuyo acto jamás ha sido práctica concurra el Comisario del Santo Oficio, aún en tiempo que este Comercio estaba sujeto al Juzgado de Indias [...]
>
> De los libros que aquí llegan, aún de los Puertos de España, con el pase de aquel Tribunal, los interesados presentan siempre lista al referido Comisario, en cuya conseqüencia da papel para su entrega [...]

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2006

Por lo que respecta a los efectos que llegan de Países extrangeros y de España, su dueño avisa y, o trahe un papel para que por lo que hace al Santo Oficio se despachen, que es lo regular (pues de lo contrario debería estar continuamente en esta Aduana dicho Comisario), o viene en las ocasiones que tiene por oportuno.

El despacho de efectos que V.S. cita se hizo a D. Pedro Forstall sin concurrencia del Comisario, provino de una urgencia, pues habiéndose descargado fardos de lienzo de Hamburgo sumamente averiados y podridos, que inmediatamente debía examinar antes que el Capitán hiciese viage, se abrieron prontamente para el reconocimiento por peritos de la avería, pidiendo judicialmente su venta en subhasta pública, como se verificó, para efectuar el pago por los Aseguradores del valor corriente de dichos lienzos, rebaxándoles el coste que se sacó de dicha avería [...]

Hasta aquí pudieron albergar los inquisidores - a pesar de esta descripción de la visita inquisitorial y de las insinuaciones sobre su limitación – alguna esperanza de resolver amigablemente el conflicto; pero ésta se desvanecería cuando al final de la carta el almojarife protesta sus mejores intenciones.

Sin ser mi ánimo interpretar las intenciones y fines del Santo Tribunal, a quien venero como es debido, parece se deduce del citado Edicto de 1° de Agosto bastaría que en esta Real Aduana se retuviesen libros, Imágenes, Pinturas, Medallas y demás que puedan causar irreverencia, dándose parte al Comisario para que dispusiese lo conveniente, y no detenerse el despacho al Comercio de fardos, etc., como no pocas veces sucede por no encontrar a aquel en su casa los dueños de los efectos, para que asista o de el papel, cuya práctica entiendo hai solamente en estas Islas y no en ninguna de las Aduanas del Reino, lo qual parece conforme a la Real Orden que en 8 de Mayo de 1781 me comunicaron los Sres. Directores Generales de Rentas, con inserción de Rs. Decretos de 22 de Enero y 4 de Octubre de 1768, puestos en consulta a los Consejos de Castilla e Inquisición, y a que S.M. resolvió "se franquee en las Aduanas al Ministro o Ministros que diputase la Inquisición el registro de las Pinturas, Medallas,

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2006

Estampas y otras cosas que puedan ser irreverentes e irrisorias a Nra. Sagrada Religión, del mismo modo y forma que se ha practicado hasta aquí con los libros", en cuyo supuesto resultará inútil y extraña del Instituto del Santo Tribunal, y solo lesiva del Comercio, qualquiera otra visita y marca de los fardos de Mercaderías.

Lo que pretendía, en definitiva, era decidir cuando procedía la intervención de los ministros del Santo Oficio. Si en el Tribunal se pensó en algún momento que el estallido de la Revolución Francesa iba a marcar un punto de inflexión en su prolongada decadencia, pronto se desilusionaría. El 3 de noviembre escribió al Consejo que, cumpliendo sus órdenes de 15 de septiembre habían escrito a los comisarios de los puertos para que con el mayor cuidado registrasen las embarcaciones, y recogiesen y remitiesen "los papeles de Mr. Cotein u otro qualquiera relativos a la sublevación de las Américas, o contra la subordinación, vasallaje y obediencia a nuestro venerado Monarca". El día 6 vuelven a escribir para decir que al día siguiente de la carta anterior, entraron dos embarcaciones portuguesas procedentes de Lisboa.

Ayer vinieron sus capitanes a hacer la visita ordinaria, y seguidamente embió el Inquisidor más antiguo un recado al Administrador de la Real Aduana para que no permitiese salir de ella los fardos, pipas y cajones que desembarcasen sin que se registrasen por el Secretario más antiguo y Alguacil maior, según ha sido costumbre, y porque el Tribunal se hallaba con orden reciente y motivos para hacer estos registros con el mayor cuidado. A este recado respondió el Administrador que estaba mui bien; pero a la noche se vino a la posada del Inquisidor más antiguo y en confianza de la amistad que profesan, le dixo que cómo le abía embiado aquel recado quando en el último correo había él recibido una orden del Administrador General de estas Islas para que no permitiese por los ministros del Santo Oficio semexantes registros.

El Inquisidor se admiró de esto, y le pidió por favor se la enseñase reservadamente y bajo la confianza y la protesta de callarlo. Le enseñó dicho Administrador la carta que tenía del Administrador General de estas Islas, a quien con fecha de 4 de Septiembre le dice el Exmo. Sor. Ministro de Hacienda,

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2006

> que S.M. ha resuelto, a consequencia del recurso que se le hizo por haber mandado fijar este Tribunal un edicto en la Real Aduana de Santa Cruz, que no se detenga a los comerciantes sus géneros por que registren los ministros del Tribunal, y que solo se les de quenta si llegan algunas estampas, pinturas, retratos u otras cosas contra religión, y añadía con la citada fecha de 4 de Septiembre, se pasaba copia para su cumplimiento al Exmo. Sor. Inquisidor General [...]
>
> El Tribunal, que conoce bien el carácter de los comerciantes de estas Islas, y dependientes de las Reales Aduanas, cree que en virtud de la Real Orden citada no dejen hacer registro a sus Ministros, y así entrarán quantos papeles, libros y pinturas prohibidas quieran, y más con el comercio que aquí hacen con Inglaterra y Olanda.

Y en efecto, el 4 de diciembre dan cuenta al Consejo de las dificultades que encontraron los comisarios de Santa Cruz y La Orotava para cumplir la orden del 15 de septiembre. Dicen que "los comerciantes tienen un grande interés en que los Ministros de el Santo Oficio no registren sus géneros porque de este modo no se descubran los contrabandos que introducen de géneros de algodones y otros prohibidos, que con facilidad pasan por los Guardas y subalternos de las Aduanas"; que "la mayor parte de su comercio es con los Ingleses, Olandeses y Franceses, y en uno y otro puerto hay establecidos muchos de estas naciones, principalmente en la Orotava, que la suelen llamar una Colonia de Londres"; que "ha recogido infinitos libros, papeles, estampas y otras cosas irrisorias de Nuestra Sagrada Religión, que han procurado introducir de varios modos"; y "habiéndose de observar la Orden de S.M. que dicen tener los Administradores, con la ampliación que la darán los dichos Administradores dependientes de Reales Aduanas y los comerciantes, podrán éstos introducir no solamente los papeles de Mr. Cotein, sino quanto quieran, como dicen los dos comisarios en sus cartas".

Esta carta se cruzó con otra del Consejo de 9 de diciembre, que se recibió en el Tribunal el 19 de enero de 1790, en la que ordenaba que no se empeñasen en la visita de aduana, y que hiciesen la visita a bordo; y pedía copia del edicto y de los papeles

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2006

concernientes al pleito con los administradores de la aduana. Evidentemente en el Consejo no estaban al tanto de lo ocurrido en 1755, cuando el inquisidor Guerrero quiso poner en vigor las visitas a bordo. El 25 de enero el Tribunal envía lo que le piden – el edicto no es otro que el de 1771, que se mandó fijar de nuevo porque estaba ilegible – y recuerda que la costumbre siempre ha sido visitar los géneros, "y el ir a registrar las embarcaciones sería inovar y motivo de nuevas disputas con los Governadores de Armas, que no permiten se vaya a bordo de ninguna sin su licencia, además de otros inconvenientes"[106] .

El 18 de febrero el Consejo remite "copia de la Real Resolución de S.M., comunicada al Excmo. Sor. Inquisidor General por el Ministro de Hacienda, sobre que no se impida al Santo Oficio el registro de las Aduanas de esas Islas y demás de la Península en la forma que hasta aquí lo ha practicado". El ministro de Hacienda dice que ya lo ha comunicado a los "Directores de Rentas", y el Consejo encarga al Tribunal que lo comunique a los "comisarios y demás ministros". Pero antes que a éstos, el secretario del Tribunal la comunica - el 2 de marzo - al administrador de la aduana de Las Palmas, que "enterado, dijo que estaba mui bien, no obstante no haber tenido orden alguna del Administrador General de estas Islas". El 20 de marzo lo manda a los comisarios de Santa Cruz, La Orotava, Gomera, La Palma y Lanzarote, con la orden de que sigan haciendo el registro como antes, y que se porten "con la mayor prudencia y cordura, sin causar demoras ni perjuicios al comercio ni dar lugar a quexas ni recurso impertinente de los Administradores, oficiales de Reales Aduanas y Comerciantes", y que antes de ejecutarlo pasen "un oficio muy atento al Administrador de la Real Aduana

[106] "Solamente va a las embarcaciones la visita de Sanidad, que se compone de un Regidor, el Médico de la Ciudad y un Secretario [...]Además del inconveniente de encuentro con el Governador y novedad de innovación, hay también otro que quasi imposibilita el registro de las embarcaciones: el puerto de esta Ciudad dista una legua de ella, y por su poco fondo quedan las embarcaciones media legua mar adentro, y en alquiler de caballería y flete de lancha gastarían el Alguacil mayor y el Secretario lo que les vale la visita, y por la incomodidad del mareo no podrían registrar la embarcación. Al Médico de la Ciudad han tenido que obligarle por resistirse a pretexto del mareo y peligros del mar, en días que está alborotado. Y esto mismo sucederá poco más o menos en los demás puertos de las Islas, porque no hay alguno donde las envarcaciones anden inmediatas a tierra, por cuyas razones siempre se han registrado los géneros en las reales Aduanas, hasta el presente, que los Administradores de Santa Cruz y Orotava, movidos de los Comerciantes, que obran por sus fines particulares, han suscitado esta questión. Nosotros esperamos que V.A. nos mandara sobre todo que debamos executar, y hasta entonces no daremos órdenes algunas a los Comisarios de puertos, ni harán otra cosa que lo que ahora practican, y es no registrar los géneros en las Aduanas, porque se lo impiden los Administradores [...] en el día se contentan con recibir Juramento a sus Capitanes".

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2006

de ese Puerto con copia del adjunto papel y Real resolución, para que lo tenga contenido".

Se necesitaban órdenes más contundentes para domeñar a los de la aduana. El administrador general, D. José Iriarte, contesta al comisario de Santa Cruz el 27 de marzo que no ha recibido oficio de sus superiores relativo a la R.O., ni nada que contradiga la de 4 de septiembre del año anterior "en que se manda proceder al despacho de Aduana sin dar comición ni noticia a los Ministros del Santo Oficio de la Inquisición, a menos que al tiempo de su execución se encontrasen pinturas, medallas, estampas y libros, que era lo que generalmente se observava en las Aduanas de la Península"; pero sin embargo, previene al administrador de la aduana de Santa Cruz para que vuelva a la práctica anterior ("no hacer despacho sin que los interesados de las mercancías den aviso a V.M. para que asista al registro").

Pero el administrador de la aduana del Puerto de la Orotava, D. Francisco Deza y Goiri, contesta al comisario, el 8 de abril, que "se hace preciso pase Vm. los correspondientes oficios al Sr. Administrador General de Reales Rentas, D. Joseph Iriarte [...] a fin de que me comunique lo que deba practicar". Los de las otras aduanas responden poco más o menos lo mismo. El Tribunal no se llama a engaño, sabe que en estas batallas se combate en oblicuo, y que Iriarte les ha aleccionado, y el 17 de abril escribe al Consejo que "los de las Aduanas dicen no haber recibido noticias de sus superiores".

El 17 de octubre de 1792 el Consejo envía copia de la Real Resolución del 15 del mismo mes, "tomada en vista de lo que se le expuso por el Excmo. Sor. Inquisidor General, con motivo de la resistencia que han hecho varios empleados de las Reales Aduanas del Reyno, sobre reconocimiento acostumbrado de libros y papeles que se introducen en él de los extrangeros, por los Ministros del Santo Oficio, con pretexto de la Real Pragmática de 22 de Agosto de este año". En ella se establecía que en todas las aduanas hubiesen dos revisores, uno real y el comisario de la Inquisición. Cuando llegasen "fardos y líos menores" los de la aduana avisarían al revisor real, que señalaría día y hora, "avisando al de la Inquisición, para trasladarse ambos a la Aduana, y en

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2006

presencia de uno o dos de sus principales, hacer la abertura de los fardos". Se formaría una triple lista – para el revisor real, la Inquisición y la aduana – de los libros que se fueran extrayendo, y por ella, el representante real y el comisario separarían "las obras corrientes por notoriedad, y aún las desconocidas que sean indiferentes, como Historia, Artes, Máquinas, Matemáticas, Navegación, Comercio, Geografía, materia militar, Medicina, Cirugía, Phísica, etc., para que corran y pasen a quienes correspondiere, evitando dilaciones y disgustos a los interesados". Para el remanente llevaría el comisario todos los edictos y expurgatorios publicados, y por ellos separarían las obras "que nombraren y no otras", dejando recibo específico en poder del representante real. De las obras "no constante nominatim en los expurgatorios, aunque por anónimas o sus títulos pudieran ser sospechosas" se formaría otra lista doble, firmada por ambos revisores, y los libros se custodiarían en la aduana "bajo la mano del representante real", quien dará cuenta de todo a S.M. por medio de la primera Secretaría de Estado, aguardando sus resoluciones[107]

El Tribunal la recibió el 24 de noviembre y el mismo día mandó hacer copias para remitírselas a los comisarios; diríamos que por obediencia, sin hacerse ilusiones. El día 26 escriben al Consejo que esperaban más disgustos entre estos y los comisionados reales, especialmente en Tenerife, donde siempre se han resistido los empleado de las aduanas y los comerciantes a las visitas;

> cada día nos escriben los comisarios que se les procura buscar embarazos, y sabemos que los comerciantes han hecho varias diligencias posteriormente en el Consulado para que se impidan las visitas, y que este Tribunal, compuesto de muchos interesados en el Comercio, ha representado pintando que le es gravoso al Comercio los cortos derechos que llevan los Ministros del Santo Oficio, y que en el Puerto de Santa Cruz llevaban razón de los derechos que tomaban de visitas el Comisario y Alguacil Mayor, amenazándolos con que los habían de volver.

Respecto a que los comisarios lleven consigo los edictos y expurgatorios, dicen

[107] La Real Resolución de 15 de octubre de 1792 (cfr. Apéndice XI), como intuyó Defourneaux (1973,

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2006

que es imposible. El Consejo sólo remitió al Tribunal tres expurgatorios en 1790, uno para la mesa del Tribunal y los otros dos para las de los inquisidores. Tampoco son suficientes los 40 o 50 edictos que suele enviar, "los que muchas ocasiones no alcanzan para publicar y fixar en las Iglesias de su Distrito, con lo que viene a suceder que en este Tribunal solo queda en cada publicación el que se pone en el libro, y no se puede enviar a los comisarios uno para que reserven en las Comisarías, como era regular". Piden siete expurgatorios, para mandar uno a cada comisario de los puertos de las otras seis islas "y otro al de la Orotava, por donde regularmente se introducen más libros y papeles prohibidos, por ser el centro del Comercio de Inglaterra y demás Países del Norte; que para el Puerto de esta Ciudad servirán los que hay en este Tribunal".

El Consejo responde que envía doce expurgatorios "por dirección del Inquisidor Comisario de Cádiz", con el encargo de que los cuiden para que "se conserven para los sucesores de los respectivos Comisarios", y promete enviar 80 ejemplares de los edictos "de libros y papeles" que se publiquen en adelante. El 23 de marzo avisan desde Cádiz que los mandan en el bergantín americano *Minerva*, en un "caxoncito forrado en hule, cerrado, rotulado y sellado", a Santa Cruz de Tenerife. El 6 de mayo el comisario de Santa Cruz – que tuvo que pagar el flete, tres pesos – manda al de Cádiz el acuse de recibo. Se distribuyen los expurgatorios, pero todo sigue igual que antes.

Respondiendo a una carta de 22 de octubre de 1796 en la que Consejo enviaba copia de la R.O. de 19 de octubre por la que se mandaba se remitiese al ministerio de Hacienda la lista de todos los comisionados reales y del Santo Oficio encargados de la revisión de los libros, el Tribunal dice que desde que se recibieron los expurgatorios y se repartieron a los comisarios

> no hemos savido haya ocurrido cosa particular, tampoco tenemos noticia de los Comisionados reales que se nombraron en los Puertos, y tan solamente sabemos que estando aquí el Comandante General quando recibió la Real Orden nombró Comisionado Real para este Puerto al Dr. D. Josef de Viera, Arcediano de

97 ss.), no apuntala, sino que más bien apuntilla a la Inquisición.

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2006

Fuerteventura[108].

No era esto lo peor. Cuando dan la lista de los comisarios dicen del de Santa Cruz de Tenerife, D. Domingo Antonio Sarmiento, que sirve de interino "porque desde la muerte de D. Francisco Feliz del Campo no ha habido ninguno que quiera serlo en propiedad". En Lanzarote y Fuerteventura no había comisarios, ni quien quiera calificarse, "siendo la causa el poco afecto con que en estos desgraciados tiempos miran a los Ministros del Santo Oficio", y

> Quando se ha ofrecido en el Puerto de esta Ciudad, va un Secretario, quien siempre nos ha dado cuenta de que los oficiales de la Aduana se resisten a sacar la lista o certificación que previene el Capítulo quarto de la Instrucción, porque no están acostumbrados a trabajar sin que les paguen. Y también nos dice que jamás ha visto en la Aduana al Comisionado Real.

El 21 de abril del año siguiente, cuando remiten al Consejo un expediente formado "por haberse quejado a él [al Tribunal] varias ocasiones desde el año de 93, los comisarios de Santa Cruz, que se resistían a visitar sus embarcaciones varios dueños y capitanes de ellas, y a pagar los derechos que por esta razón han cobrado de inmemorial los Ministros del Santo Oficio, con el falso pretexto de que S.M. las ha dejado libres de todo tributo y gavela", cuentan que

> D. Felipe Piar, que murió el año pasado, era comerciante mui rico en el Puerto de Santa Cruz, y teniendo por esta razón mui de su parte a los del Consulado y Comandancia General, se declaró Gefe de la facción contra los Ministros del Tribunal el año de 1793, a pretexto de que con el libre comercio se había quitado toda gabela [...] el reglamento de libre comercio que oponen los comerciantes de Santa Cruz contra el Santo Oficio no ha impedido que los correxidores por visita de Sanidad, los Governadores de Armas por la suia, el consulado, capitanes de mar, Juez de Indias y otros llevan sus derechos, y por fortuna resulta tamvién

[108] Los problemas de Viera y Clavijo con la Inquisición, que Alvar (Viera y Clavijo, 1982, XIII) califica justamente de "no demasiado graves", son de sobra conocidos. Anaya Hernández (1997) publicó los documentos más importantes.

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2006

que son los menores los que llevan los Ministros del Santo Oficio, y contra los que claman solamente.

Solo para instrucción de V.A., y sin ánimo de ofender, devemos decir que es una lástima lo que aquí pasa en el Juzgado de Indias y Comandancia General con los regalos y derechos que se cobran de las embarcaciones y pagan sin contradicción sus dueños porque les toleren los contrabandos y otros fraudes. Savemos que no sale embarcación alguna para Indias que no deje lo menos 100 pesos en la Comandancia General, y muy poco menos en el Juzgado de Indias, y [a] menos que no regalen se les detiene la licencia. Un sugeto de toda verdad dijo estos días al Inquisidor Decano, informándole de lo que sucedía, que estando él con el Comandante General en el campo, llegó por licencia para salir a Indias el Capitán de una embarcación y dejó 100 pesos por ella, y porque los puso en plata y no en oro, como los querían, le detubieron en la Secretaría de la Comandancia la licencia, y no se la dieron hasta que volvió a la Ciudad y llevó los 100 pesos en oro. El Receptor del Real Fisco tiene embarcaciones que han hido a Indias y otros a Puertos de España, y nos acaba de decir que tanto en la Comandancia como en el Juzgado de Indias no se da licencia sin que vaya el regalo por delante, sin que lo contradigan los comerciantes ni lo impida el nuevo arreglo, y aquí tiene V.A. la razón potísima porque en la Comandancia no se presta auxilio, porque es preciso tener contentos a los comerciantes [...]

Si V.A. no toma alguna providencia decisiva, o la alcanza de S.M., nos veremos sin Ministro alguno en estas Islas, como ya quasi lo estamos. En el Puerto de Santa Cruz de Tenerife tienen algunos gastos los Comisarios, y por la cortedad de renta de este Real Fisco están sin más dotación que los cortos derechos que toman de visitas. Habiéndose imposibilitado con la Perlesía el comisario actual, está sirviendo interino otro también enfermo, que cada día clama porque le excusen, y por más diligencias que el tribunal hace no halla un sacerdote que quiera calificarse. En la Ciudad de La Laguna lo es también interino un religioso, y en los Puertos de Lanzarote y Fuerteventura se murieron los comisarios y hace más de dos años que estamos sin ellos, no siendo otra la causa de esta falta que las persecuciones que cada día tienen, y por esto han respondido algunos que con maña hemos querido atraer que no quieren

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2006

enemigos ni enredos, sino estarse quietos en su casa[109].

La respuesta del Consejo, del 25 de junio, fue que por el inquisidor más antiguo se le pasase un oficio al comandante general "con la mayor atención" diciéndole que el Tribunal "quedaba en duda si prestaría o no auxilio contra las Personas que se excusasen a la visita de Inquisición y pago de sus derechos, que no gozasen del fuero militar, respecto a que en el oficio de 6 de Abril se ofrecía a prestarlo contra los del fuero de la guerra. Que esperaba el Tribunal le prestara igualmente contra los que se resistían, mediante a que tiene no solo el gobierno militar, sino el civil y político". Bien sabía el Tribunal el poco fruto que había de sacar de esta diligencia - responden al Consejo el 23 de septiembre – pero, por obediencia, el inquisidor decano escribió al general el 28 de julio. No contestó. Le puso segundo oficio el 9 de septiembre, "y para que no se digese que no había respondido contestó con fecha de 5 de dicho mes". Ficción que el Tribunal reconoció de inmediato, porque además de no recibirse la respuesta hasta el 20, venía tan reciente en la letra y la oblea que no podía disimularse. La respuesta fue que se negaba a prestar auxilio[110].

Después de acabar con la visita a bordo y alejar a los inquisidores de las aduanas, la última batalla, contra el cobro de los derechos, se extiende a todo el Archipiélago. Sabiéndose respaldado por el comandante general cualquiera se atreve contra el Santo Oficio[111]. Pero todavía el Tribunal no había tocado fondo. El 29 julio de 1802 el capitán de mar de Santa Cruz de Tenerife, D. Carlos Adan se dirige al Tribunal en estos términos:

> Hallándome comisionado de orden del Exmo. Sor. D. Juan Joaquín Moreno, Capitán General del Departamento de Cádiz, para formar el Arancel o Tarifa de los derechos que se exigen por todos los ramos a las embarcaciones que llegan a los Puertos de estas Islas, para que en vista de él pueda el Exmo. Sor. Príncipe de la Paz establecer un método uniforme y constante en la exacción de estos derechos, según previene en su circular de 26 de Abril último; y necesitando

[109] A.M.C., Inq., leg. I – D – 28, fol. 70 ss.
[110] Ibid., fol. 76.

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2006

explicar en la referida tarifa las órdenes o motivos por que se cobra cada derecho...

Pedía testimonio de las órdenes en que se basaba la tarifa de 66 reales que cobraba la Inquisición por cada visita. El 13 de agosto el Tribunal informa al Consejo, envía testimonio de la carta y llama su atención sobre el "poco decoro y menos formalidad" del capitán de mar, cuya graduación es sólo la de alférez de marina, "pues a nuestro parecer debía haber encabezado su carta en otra forma, e igualmente acompañádola de la orden que le autorizaba para dicha comisión del Capitán General del departamento de Cádiz, y omitir las expresiones imperiosas con que se produce, como también la indibidualidad de las órdenes o razón que exige". No le contestaron. Sobre los derechos ya habían informado al Consejo el 22 de marzo, y a este informe -con el que iniciamos este apartado- les remiten. Ahora añaden que los 66 reales de derechos de la visita "no excede ni rebaja nada" a los de la visita del puerto y sanidad. El Consejo contesta el 20 de octubre que "si el referido Comisionado D. Carlos Adan insistiese [...] le contestéis que el Tribunal executa tales visitas en virtud de las Reales Órdenes que citáis en el expresado vuestro informe de 22 de Marzo próximo pasado, además de la costumbre inmemorial en que ha estado y está de practicarla"[112].

Hasta la abolición del Tribunal se van a seguir produciendo incidentes con los capitanes de las embarcaciones por negarse a pagar los derechos de las visitas o a ser visitados. (Aunque no todos se niegan, y algunos que en un primer momento lo hacen, terminan cediendo para evitarse complicaciones[113]). Con las autoridades, sabiendo que lleva las de perder, la Inquisición rehuyó el combate.

[111] Tienen algo de patéticas las cartas que se cruzan en 1799 el comisario de Lanzarote, D. José Joaquín Feo y Bethencourt, y el gobernador de la isla, D. Francisco Guerra y Clavijo: cfr. Apéndice XII.

[112] AMC, Inq. leg. CLXII – 30 y I-D-28, fol. 145 v.

[113] AMC, Inq., leg. LXXXVIII-11: 1810. "Expediente formado contra D. Juan Torrini, capitán de la balandra *Esperanza*, por haberse negado a pagar dos visitas que se le hicieron, a cuyo fin se imploraron los auxilios del Gobernador de Armas, y antes de prestarlos los satisfizo enteramente". Venía de la Madera. Las visitas se le hicieron en julio y septiembre de 1810.

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2006

4.7. Conflictos en la lectura de edictos.

Las *funciones* de la publicación del edicto general de fe y del anatema en todas las iglesias del distrito[114] constituían, una vez que desaparecieron las visitas de distrito -en el curso de la cual se publicaban originalmente- y los autos públicos de fe, el "principal acto del gremio del Santo Oficio"[115]. Se celebraban normalmente en la segunda y tercera dominica de cuaresma, a no ser que, por las lluvias o porque los edictos no llegaban a tiempo[116], hubiera que aplazarlas. Como veremos, a menudo fueron los conflictos, especialmente con el clero parroquial, los que obligan a aplazarlas, e incluso a suspenderlas.

Las ceremonias de la publicación variaban de un lugar a otro. Pero la esencia, la "representación" (del poder, autoridad, honor, prestigio, etc.) era o se pretendía que fuera la misma. Lo demás, incluido el recordatorio de los delitos "de oficio" y la obligación de denunciarlos, era secundario. Si la representación fallaba esto último tampoco surtía efecto. Y aunque no se produjesen denuncias de inmediato, si la ceremonia se celebraba con lucimiento, si se lograba infundir temor y respeto a los concurrentes, el objetivo, conservar "en su lustre el nombre del Santo Oficio y honor de sus ministros", se consideraba logrado. Por eso no debe causar extrañeza que casi toda la documentación inquisitorial relativa a los edictos gire en torno al ceremonial, o más exactamente, en torno a controversias sobre el ceremonial.

[114] También en los curatos, aunque no en todos: Fr. Bartolomé Rodríguez de Santa María, teniente cura en la Aldea de San Nicolás, en una carta de abril de 1758 pidiendo licencia para absolver a un espontáneo dice: "Cierto es Ilmo. Señor que en este lugar tan distante de otros pueblos que es el último de la Isla, quisiera yo saber qual sea la causa de no leerse aquí los edictos de ese Santo Tribunal, pues va a ocho años que sirvo de párroco aquí y siempre los e deseado y nunca los e visto. Y lo mismo me pasó estando en Artenara de Párroco 21 años y meses, y en Texeda tres y meses, y si io no huviera sido que me valí del Santo Tribunal nunca se hubieran leído [...] Y según ai nombrados en algunos comisarios para dicho efecto, suplico a Vsma. se me aia de nombrar aquí para que sepan a donde tienen que declarar [...] Y si necesario fuere pasaré a haser mi juramento, anotisiándome por ser pobre religioso lo que se me ha de llevar de ingreso para servicio y defensa de Dios Nro. Sor.". El 18 de abril se le dio comisión, igual a la que se le había dado el 13 de mayo de 1735 para Artenara: AMC, Inq., leg. XCVII – 20.

[115] AHN, Inq., leg. 3724, nº 18.

[116] AMC, Inq., Bute, vol. XXX, 1ª serie, fol. 32: carta del comisario de El Hierro de 8 de junio de 1756: "los edictos se publican en la Iglesia mayor de esta Isla, como es práctica, en la Dominica segunda y tersera de cuaresma, cuando bienen antes. Y biniendo después, en dos siguientes, en los cuales no consiento aja missa en los campos, para que aya concurso".

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2006

Estas controversias no eran nuevas. Desde 1658 no se realizaban las funciones en la catedral de Las Palmas porque ese año el predicador no hizo la venia a su cabildo y a su presidente antes que al Tribunal. (Luego logró el cabildo una R.C. de 13 de diciembre de 1660 para que en su iglesia sólo se le hiciera la venia a él y a su prelado). Cuando el Tribunal intentó reanudar la publicación en 1706, el cabildo se excusó[117]. Sí se leían allí otros edictos, que también dieron lugar a "controversias" [118], pero no el de la *función.* Al desaparecer las visitas de distrito y los autos de fe, la importancia de estas funciones aumentó, y el Consejo mandó extremar las precauciones para evitar los conflictos, y que por ellos pudiera suspenderse la lectura. En 1706, escribe a los inquisidores que, "para ocurrir en parte a los graves incombenientes que resultan de no continuarse por vuestras personas las visitas ordinarias", hagan que se publiquen los edictos en todas las iglesias, "sin reservar lugar donde haya cura o theniente [...] con la reflexión de que con ningún pretexto se ha de escusar la lectura, pues vuestra prudencia dará a los Comisarios o curas las reglas que conduzgan al fin de escusar controversias"[119]. Y en 1715 les previene que procedan "con toda modestia, omitiendo combersaciones y lo demás que pueda mirar a jactancia o publicidad"[120].

La contestación, que en el siglo XVIII parece que empezó por los pueblos más pequeños, donde el Tribunal tenía menos "presencia", se refería casi siempre al ceremonial -que era el terreno donde los distintos poderes locales (comisario o comisionado, párroco o cura, alcalde, etc.) se disputaban la supremacía-; o más precisamente, a aquella parte del ceremonial que tenía un significado social, no litúrgico: el recibimiento y la despedida, el asperje con agua bendita, la ubicación de los asistentes en la iglesia y "la paz", básicamente-. A esta parte del ceremonial es a la que se refieren los informes sobre "la costumbre" que solicita el Tribunal en momentos de

[117] ..."se escusó el Cavildo diciendo habían pasado ya los 40 años sin dicha concurrencia, que había otras iglesias capaces para ello, y que se prosiguiese la publicación en la de Telde, dos leguas distante de esta Ciudad, como lo había hecho el Tribunal por más de 40 años concurriendo allí. Pero no era este el motivo único, sino el no gustarles la asistencia del Tribunal en su Iglesia con tapetes, sillas y almohadas": AMC, Inq., leg. I – D – 28, fol. 222. Carta de febrero de 1808.

[118] Por ejemplo, en 1739 los capitulares se oponen a que un secretario secular suba al púlpito a leer un edicto: AMC, Inq., leg. XLIX – 5, fol. 233 y 234. En adelante cuando hablemos de 'edicto/s' nos referimos al edicto general de fe y el anatema, salvo que se especifique lo contrario.

[119] AMC, Inq., leg. XIX – 13, fol. 127.

[120] AMC, Inq., leg. CLVI – 1, fol. 80 – 81.

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2006

tensión o conflicto, como este del comisario de Arucas, en 1720, que decía que desde que entró a servir la comisaría, hacía trece años, la costumbre era

> que abiendo dejado las campanas para missa mayor, el cura y lo más del Pueblo bienen con el alcalde a la cassa del Comisario y le acompañan hasta la Iglesia, en donde el cura le da agua bendita, y pasan a los bancos de la capilla mayor, hasiendo cabesera el comisario a el lado del ebangelio, ynmediato a las gradas, y el alcalde hase cabesera en el banco de la epístola hasia las gradas, frontero del comisario. Se comiensa la misa y se le da la pas a el comisario solamente. Se acaba la missa y le buelven a su casa con repique de campanas, y lo mismo quando sale; y a el asperxes ba el preste primero a el coro, y después a el comisario y los de su banco: la pas no se le da a el alcalde en ningún día ni en ninguna ocasión.
>
> Lo mismo que llevo referido se a praticado conmigo en el lugar de Teror las beses que e ydo a leer los edictos, sin que aya abido el menor reparo en los alcaldes ni queja, pues ningún agravio se les a seguido de dichas funsiones[121].

Pero sí parece que hubo alguna tensión en la comarca (lo que fue, seguramente, el motivo de este informe). El 3 de marzo de 1720 el cura de la Vega, en la parroquia de Santa Brígida, D. Pedro de Ortega, pidió al Tribunal – porque decía convenía a su derecho- que se hiciese información sobre la costumbre en su iglesia, especialmente sobre dar la paz al comisario. El sacristán menor, que lo era desde hacía veintidós años, informó que la costumbre era sólo

> de irle a buscar el cura, sacristán mayor y menor a la casa donde asiste, y al tiempo de caminar para la Iglesia repicar la campana, y echarle agua bendita dicho cura, y en la Yglesia tenerle puesto un banco cubierto con una alfombra, y que al tiempo que se quiere leer la anatema se hase la prosesión y demás seremonias que manda el Santo Ofisio, como son cantar la letanía y el salmo (Deus lendemmon [sic: Deus laudem meam]) con sus preses y rassones, y

[121] A.M.C., Inq., leg. CLXIV – 34.

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2006

después de acavada la función volverle a llevar a la casa donde asiste dicho comisario con el mismo aparato que se trae a la Iglesia.

Añade que en el año anterior se había quedado mucha gente sin oír misa porque el comisario mandó a los capellanes de las ermitas de San Mateo y Madroñal que no las dijeran y pasasen a las funciones[122]. La tensión explotó al cabo de tres años, en la función del 21 de enero de 1723. El teniente cura, D. Gregorio Álvarez, que lo era "por nombramiento de D. Pedro de Ortega, cura propietario", dio instrucciones al mozo de coro para que diese la paz al cura antes que al comisario, contraviniendo - a juicio de éste - la costumbre. Cuando el mozo con el portapaz atravesaba la iglesia para darle la paz al cura, que estaba en el coro, el notario del Santo Oficio le dijo: "¿a donde vas, muchacho? Y que diese la pax al comisario". El mozo se mantuvo por un momento "neutral", porque al mismo tiempo le hacía señas desde el altar el teniente para que siguiera, pero finalmente hizo caso al notario.

Cuando el predicador, el agustino Fr. Juan de Oramas, después de la salutación del sermón hizo la venia al comisario, el cura se salió de la iglesia, "desamparando la función". Luego, en la comida, le reprendió ásperamente, "diciéndole que primero era hacer la venia al preste, al cura, al Alcalde y al pueblo, que al comisario que representaba al Tribunal. Lo qual executó con voces alteradas y descompuestas, dándole motivo a descomposición a dicho religioso, que omitió por allarse a su mesa". En la información sumaria que mandó hacer el Tribunal, el agustino dice que le preguntó: "dígame padre si el Tribunal del Santo Oficio es el Santísimo Sacramento"[123]. No sabemos como terminó este incidente, probablemente con una advertencia al cura.

En esta primera mitad del siglo parece que la contestación se produjo sobre todo en núcleos de población de importancia secundaria. El ejemplo y el contacto entre sus curas y alcaldes, podía hacer que se extendiese por toda la comarca. Para prevenirlo el Tribunal dicta órdenes como ésta que da al comisario de Arico, Tenerife, el 18 de julio de 1732: que notifique mediante notario a los alcaldes de su partido "asistan sin escusa a las funciones de edictos y anatemas en el lugar que les corresponde, que es al lado de la

[122] AMC, Inq., leg. CXX-9.
[123] AMC, Inq., leg. LIV-10.

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2006

epístola, dexando el del evangelio libre para vos y demás ministros deste Santo Oficio, lo qual cumplan pena de zinquenta ducados que desde luego aplicamos a los gastos de este Santo Oficio"[124].

Pero hasta el último tercio del siglo, la batalla por mantener el decoro de las funciones se libra fundamentalmente en el frente interno. La dejación, el absentismo, los conflictos entre ministros por cuestiones de tratamiento y precedencia[125], y las vacantes, que interrumpen la tradición, son las principales causas de su decadencia. Antes de que arrecien los ataques externos, las funciones ya habían decaído (y mostrado, de paso, a sus adversarios del Tribunal, su impotencia).

Cuando en 1738 se pide al comisario de ausencias de Tacoronte que reciba información sobre el "estilo, práctica y costumbre" de las funciones, éste -que tardó en hacerla, porque pocos tenían conocimiento, "por aver pasado algunos años y por el poco reparo que hacen en estas materias"- responde que el estilo era que el día anterior se pusiese una mesa en la capilla mayor, que dos monaguillos acompañasen al notario al púlpito –como se hacía siempre con los predicadores-, y diferentes vecinos a los ministros a la iglesia, y, acabada la función, a la casa del comisario. Pero últimamente los monaguillos no acompañaban al notario, y sólo el alcalde y dos o tres vecinos acompañaban a los ministros. El motivo, decía el comisario de ausencias, era que el comisario propietario hacía más de seis años que no asistía -y quince que residía en La Laguna-, y los demás ministros "no ponían reparo en esto, ni en otra cosa". El cura se negaba a volver al antiguo estilo, el de La Laguna, a la que imitaba en todo menos en esto. El Tribunal mandó que se observase la tradición y lo que se hacía en La Laguna, porque "así conviene a la mayor decencia y autoridad del Santo Oficio", que

[124] AMC, Inq., leg. XIII – 38. Se notificó a los alcaldes de Arico, Vilaflor y Granadilla.

[125] O por otras, que casi siempre terminan repercutiendo en las funciones. El 12 de febrero de 1741 el comisario de Guía de Gran Canaria escribe al Tribunal que el alguacil, Juan Antonio de Acedo y Betancourt, desde el año anterior "se dio por sentido" de él por una "dependencia" que tuvo con un tal Isidro Amado, "respecto que no ha llegado a mi casa desde ese tiempo", y teme que no vaya a la función del edicto. El Tribunal le responde el 17 que le advierta que está obligado a asistir, y que si no va "se le da la facultad para que por esta vez se balga de la persona que fuere de su satisfacción, y dará quenta a este Tribunal de todo lo que resultare". El 12 de marzo da cuenta: le envió recado con el alguacil de la iglesia "y parece que a prebención se avía retirado a su hacienda que está a quarto de legua distante de dicha Villa" y volvió el sábado. La versión del alguacil es distinta: el comisario -del que ya había dado quejas- no le avisó para que asistiera su hermano llevando el estandarte, y cuando se presentó ni le saludó: AMC, Inq., leg. XLIII y CLVIII – 9. V.

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2006

concurriesen todos los eclesiásticos, como era su deber, como ministros de Dios y de la Iglesia, y que no se dijese ese día más misa que la mayor[126]. Pero cuando sus propios ministros desatendían sus obligaciones, no cabía esperar que lo hicieran los extraños, y menos obedeciendo un mandato del Tribunal[127].

En 1756 se quejaba el comisario de La Laguna de la "indecorosa asistencia" de los ministros a las funciones. Cuando el Tribunal ordena que asistan todos los de los lugares inmediatos que no fueren a sus parroquias, so pena de cuatro ducados, relaciona la escasez de ministros con la decadencia de las funciones: con el poco aprecio que hacían los ministros actuales "del carácter que los distingue y que solicitaron con ansia, siendo la única razón huir el corto gasto que puede ofrecérseles y el poco trabaxo de dos asistencias [...] de que también se sigue que los que pudieran pretender, pueden no hacerlo por ver la decadencia de este Gremio, y el poco afecto de los que llegaron a poseer su suspirado honor, como sucede en una población de esa clase, donde no hay sino tres, quando para entrar en Cuerpos menos Ylustres se atropellan los naturales y gastan aún más de lo que tienen". Desde 1720 no se había calificado más que un seglar, D. Matías Suárez, en 1735, y la función de San Pedro Mártir -la de la "congregación"- que solían costearla (unos treinta pesos) los ministros que ingresaban en el año, también había decaído; porque los demás ministros, decía el comisario, no querían concurrir con su limosna[128].

Un ejemplo de conflictos entre ministros con motivo de la lectura del edicto – aunque en este caso no parece que repercutiera en la función – puede ser el que tuvo lugar en Santa Cruz de La Palma entre el comisario y el notario. En 1755 el primero quiso "exonerar a [su primo, el familiar] D. Santiago Pinto, de la obligación y costumbre de acompañar al Notario que va al Púlpito [a leer el edicto], por parecerle que es contra el decoro de caballeros ejercer este acto, a su parecer de menos valer". El

[126] AMC, Inq., leg. CXVIII – 2.

[127] Por falta de "recado político" -se les "citaba", en lugar de "convidarles"- el guardián del convento de San Francisco en Buenavista dejó de ir en 1741, con su comunidad, a la publicación del edicto de fe en la iglesia parroquial de los Remedios. La costumbre era que toda la comunidad esperase fuera de la iglesia hasta el evangelio; entonces, avisándoseles, entraban al coro o a los escaños, oían el edicto y volvían al convento: AMC, Inq., leg. XL – 2.

[128] AMC, Inq., leg. LXXIV-12. A menudo, y desde mucho antes, el Tribunal había tenido que recordar a los ministros la obligación de asistir a las funciones, cfr., por ejemplo: *ibid.*, leg. I-2. (1743)

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2006

notario, que era beneficiado de la iglesia de El Salvador, acudió al Tribunal, que mandó al comisario que "no introdujese novedad e hiciera lo que ordena la cartilla de comisarios". Cuando el familiar se querella contra el notario en 1769, éste pone en conocimiento del Tribunal otras muestras del "genio distintivo" del comisario, como poner en su lugar al primo cuando salían de su casa a la función, en lugar de ir entre el notario y el alguacil, como "advierte la cartilla", omitir el escudo en el manteo, "diciendo que solo los familiares y no el comisario debían ponerlo", que el mozo de coro sólo diese la paz al comisario, y no a todos los ministros "que estamos haciendo cuerpo", o alterar el estilo en las visitas de navío[129]. En 1772, cuando el Tribunal reitera su mandato de 1755 -que dos familiares acompañen al notario al púlpito a la lectura del edicto-[130], ya empezaban a proliferar las controversias con los párrocos y otros cuerpos y autoridades que participaban en las funciones[131].

En 1778 el comisario de La Orotava se quejó porque no le acompañaron, como de costumbre, los priores y padres de los conventos dominico y franciscano[132]. Al año siguiente el teniente corregidor de la Villa, D. Ignacio Benavides, prohibió al alcalde ordinario y guarda del puerto del Santo Oficio, D. Antonio de Lugo, que asistiese a la publicación del edicto, salvo que renunciase a la alcaldía, pena de 500 ducados. Se le formó causa por impediente. El Tribunal votó que compareciese en 30 días, a contar desde la notificación, pena de 200 ducados, y con la ciudad y arrabales por cárcel, se le siguiese la causa hasta la definitiva. Pero el Consejo mandó que se le librase despacho con audiencia, en la que relacionando el hecho y el derecho -R.C. de 20 de septiembre de 1656-, le hiciesen "tildar y borrar su proveído contra el referido alguacil y guarda del puerto", y que si no surtiese efecto procediese *ad ulteriora.* Se le notificó el 20 de abril, y el 15 de junio todavía no había comparecido, ni había visos de que lo hiciera. El Tribunal, impotente, informó al Consejo que el guarda no era calificado, que su título y comisión no se extendía más que a la particular comisión de la custodia del puerto[133].

[129] No iba al muelle a la visita de navío, sino que mandaba al notario, que luego hacía pasar al capitán a su casa. Tampoco iba a la de aduana, que la hacía el notario solo.
[130] AMC, Inq., leg. CXXVIII – 4.
[131] AMC, Inq., leg. LVI – 27.
[132] AMC, Inq., leg. LXXII – 5.
[133] AHN., Inq., leg. 3719, nº 80 y 3735 nº 20; AMC, Inq., leg. XXVII - 10, fol. 52 -54.

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2006

En 1781 el comisario de La Gomera, que tenía problemas con los beneficiados, hizo una información sobre el estilo "inmemorial" en la publicación de edictos. El notario público y del obispado de la Villa, D. Andrés Fernández de Acevedo, de 68 años, que concurrió a la función como monaguillo durante catorce años (de 1749 a 1764), luego como alcalde mayor, y finalmente como notario del cabildo, declara desde los diez años ha visto

> tratar a dicho Tribunal con toda desensia, acudiendo [...] a dicha Parroquia en los dos Domingos del Edicto y Anathema, así el clero con sobrepellises, como el Alcalde Major en forma de Cabildo, como otros sujetos de distinción, los quales estaban en la casa del dicho Comisario para salir acompañándole, y dicho clero con sobrepellis y demás pueblo que en dicha Iglesia se hallaba, le iban a sacar de su misma casa, y hace memoria el declarante que a la entrada y salida en dicha Parroquia repicaban las campanas, y con el mismo aparato le volbían a llevar a dicho Sr. Comisario a su casa.

Lo mismo declaran otros testigos, y que a la entrada y salida de la iglesia los "asperjiaban". En 1782, yendo acompañado el comisario con el notario, un familiar, el prior del convento franciscano y el cabildo de la isla, no repicaron a la entrada ni a la salida, les recibió el beneficiado con el sochantre por dentro de la iglesia, y no asistió más clero que éste. El domingo siguiente, al anatema, la única novedad fue que repicaron a la entrada -pero no a la salida- y les dieron la paz, "de todo lo qual se ha escandalisado esta rebúplica [sic], yntrodusiéndose un lenguaje entre todos de que esta novedad es porque disen que ya al Santo Ofisio no se le mira con el respeto de antesedente". El secretario del obispo, que estaba de visita en la isla, había procurado que el comisario se conviniera con los dos beneficiados "sólo con el obsequio de recibirme el clero a la puerta de la Iglesia, repicando solo a la entrada y darme la paz, lo que así se executó"; pero el comisario le dijo "que no le era facultativo tal conformidad"[134].

[134] AMC, Inq., leg. CX-14.

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2006

Al año siguiente, por motivos prácticamente idénticos, se queja el comisario de Buenavista, en Tenerife. El agustino Fr. Manuel Avila Ravelo, que estaba sirviendo la parroquia por ausencia del titular, se negó en la función del edicto a las ceremonias de recibimiento y despedida. Para el domingo de anatema le recordó el estilo con un notario público. Cuando el comisario llegó a la puerta de la iglesia, se presentó el fraile vestido con sobrepelliz y acompañado de otro notario,

> requiriéndome -dice el comisario- no ser práctica de aquella Iglesia recibir al Tribunal; y en presencia de todos le bolbí a intimar de nuevo ser práctica inmemorial de esta parroquia recibir al Tribunal en tales funciones con repiques y darle agua bendita y recibirle en la puerta, y lo mismo a la despedida. Replicó públicamente en alta vos que no era así. A este tiempo salió el P. Por. Fr. Guillermo de Cames, del mismo orden, tío de dicho Beneficiado, con modos irónicos y burlescos, del confesionario, diciendo en vos alta: Reciba V.P. al Sor. Comisario con varas de palio como al SS. Obispo. De estas expresiones se escandalizó nuevamente el Pueblo, conociendo el desprecio y desacato con que se me trataba, y no faltaron vecinos de larga edad que dijeron ser temeridad de los Padres, que lo que yo les intimaba era la práctica que siempre se había observado[135].
>
> En el lugar de los Silos se ofreció también la novedad de que habiendo pasado de mi orden el Notario a leer el edicto, el cura de aquella Iglesia D. Fernando Máximo, le impidió que subiese al púlpito como es costumbre, y le

[135] Contra este fraile se habían recibido denuncias por solicitante en 1778. En 1784 se envió testimonio al Consejo -que mandó suspenderla- de una sumaria contra él. En 1788, al enviar testimonio de una nueva delación se informa: "En quanto a la vida, costumbres y religiosidad de este Reo [...] ser un sugeto de vida muy relaxada y poco observante, que apenas para en su convento de la Villa de la Orotava [...] donde es morador. Que se viene al Puerto de Santa Cruz, de la misma Isla con pretexto de confesar [...] Nuevamente sabemos que frequenta la concurrencia de dicho Puerto, que pasa en él muchas temporadas, que comercia como los seculares, y con sus modales causa algún escándalo. Además de esto, se está largo tiempo en el lugar de Buenavista de la misma Isla, en casa del cura que es su sobrino, y allí se le han notado varios defectos [...] queriendo gobernarlo todo y siendo causa de algunos pleitos. Este también motivó el expediente tan largo que se movió el año de 1783 sobre recibir los curas a los Comisarios en la publicación de Edictos de Fe, pues hallándose confesando en la Iglesia de dicho lugar en el referido año de 83, al tiempo del recibimiento del Comisario para la lectura de Edictos, se levantó del confesionario y dixo al Teniente Cura en voz alta, irónica y burlesca: reciba Vmd. al Sor. Comisario con varas de palio, como al Sor. Obispo. Cuya expresión causó algún escándalo en los que le oyeron". En otras diligencias de 1789 -terminaría siendo condenado por solicitante en 1790- se dice: "Este Religioso es de genio bastante caviloso pero de corta instrucción, según hemos podido comprehender por sus confesiones": AMC, Inq., leg. I – D – 29, fol. 75 v., 144 v., 287 v., 326 r – v y 348 – 9.

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2006

> mandó que lo leyera arrimado a un pilar, y así lo egecutó dicho Notario; quien dándome parte de lo acaecido le dixe que el lugar para leer dicho Edicto era el Púlpito, y haviéndoselo partisipado, quando volvió a leer el anathema, teniendo dicho notario su uniforme, le expresó que se lo avía de quitar y subir con una capa, como lo hizo por evitar escándalo.

El Tribunal le contestó que procurase hacer la lectura en los términos acostumbrados, y si encontraba alguna contradicción, hiciese una información sobre el estilo, y sin pasar a la lectura, la remitiese. Al año siguiente, trató y conferenció con el párroco, D. José Soler, que le contestó "no lo puede egecutar como lo an practicado los pasados Párrocos porque tiene algún reparo, y espera se lo manden los superiores"[136]. En 1785 se volvió a suspender la lectura del edicto, porque el párroco no quería observar el estilo. Escribió al Tribunal que no había nada en la ley ni en la costumbre de ninguna de las parroquias de la isla, que mandase lo del recibimiento y despedida. Decía que en la parroquia sólo había un beneficiado, y los cinco comisarios de Buenavista fueron al mismo tiempo beneficiados,

> y por todo ello es evidente que no hai costumbre en esta parrochia que el Beneficiado único Párroco de ella reciba y despida con sobrepelliz y agua bendita hasta la puerta al comisario. Pudiera tal vez decirse que en el lugar de los Silos, que dista media legua de éste, hubo algún comisario que pasaba de allí a éste, y que entonces se verificaba el caso del Comisario no Beneficiado, y por consiguiente la costumbre que se pretende. Pero no hai noticia de tal cosa, haila sí de lo contrario.

[136] El estilo que resulta de la información es: "repicar las campanas desde que el comisario y acompañamiento salían de su casa; venir el cura y clero a recivirle a la puerta de la iglesia; darle agua vendita; acompañarle hasta su asiento, y en la Misa darle vela al tiempo de la consagración y después la paz; concluida la misa y lectura volverle a despedir hasta la puerta, del mismo modo que le recivieron, y seguir el repique de campanas hasta dejarle en su casa". Otro testigo dice: "el sávado antes de la lectura del edicto, salir [el] Notario del tribunal, junto con el ministro de la Iglesia, tambores y repiques a fixar los pregones para convocar al Pueblo para dicha Lectura, los que se fijaban por la tarde en los puestos acostumbrados, y que al domingo siguiente salían todos los capellanes, sacerdotes y minoristas a buscar al Sr. comisario y su acompañamiento a su casa, repicando la Iglesia hasta llegar a ella, y luego el capellán más antiguo le daba agua bendita, acompañándoles todos hasta la capilla maior; cantava la misa otro sacerdote, que exercía tal función de Parrocho; al evangelio y Alsar se le dava cera de manos, paz, a él y todos sus acompañados, acavada la función le volvían a llevar a su casa los mismos ministros ya referidos".

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2006

Aportó quince documentos autenticados justificativos de todo lo que decía. El fiscal, que "por noticias privadas" (del racionero D. Juan Quevedo) sabía que había remitido las mismas diligencias al cabildo eclesiástico, sede vacante, pidió que se enviase testimonio al Consejo (que todavía no había contestado al que se envió en 1784 de las diligencias practicadas por el comisario)[137].

El inquisidor general se puso en contacto en Madrid con el nuevo obispo de las islas, D. Antonio Martínez de la Plaza, que se mostró dispuesto a llegar a un acuerdo con los inquisidores para establecer un ceremonial "uniforme" para todas las islas. Se pidió para ello a los comisarios que informasen sobre la práctica "que hay y ha habido" en la publicación de los edictos de fe y anatema en sus iglesias. Sus informes, que dan entre el 30 de marzo y el 3 de abril de 1786 -salvo el de Lanzarote, que lo hace el 23 de abril, y el de La Palma, el 19 de mayo- contienen, además de las noticias que se piden, e información sobre los conflictos -(en Santa Cruz de Tenerife la Justicia Real -alcalde y diputados- había dejado de concurrir porque se daba la paz al cuerpo de la Inquisición antes que a ellos, en Tacoronte el alcalde y "acompañados" les disputaban el lado del evangelio y pretendían presidir las procesiones, en La Laguna ni al entrar ni al salir les recibían los beneficiados, etc.)-, un retrato del Tribunal en plena decadencia[138].

El 29 de junio de 1786 el inquisidor más antiguo, D. Antonio María de Galarza, conferenció con el obispo. El 1 de julio, en la audiencia de la mañana, informó a su colega, el inquisidor Alarilla, y ambos deciden que el primero pasase un oficio al obispo "según lo acordado", con un tanto de la circular escrita a los comisarios, "para que en todos tiempos conste en ambas secretarías". Según este oficio, el convenio "sobre arreglar una ceremonia uniforme en las Parroquias de este Obispado (que no havía) [...] para evitar en lo sucesibo los disturbios que se han esperimentado con mucho perjuicio

[137] AMC, Inq., leg. XIII – 30.

[138] AMC, Inq., LII – 2[Inqon de Can[a]. Año 1786. Informes tomados de los comisarios de este districto sobre la práctica que hay y ha habido en la publicación de los Edictos de Fe y Anathema en las Iglesias Parroquiales de estas Islas; y nuevo convenio hecho entre el Tribunal y el Revdo Sr. Obpo. sobre arreglo y conformidad de ceremonias en el recibimiento y despedida a los Comisarios y Ministros del Sto. Offo. Por los Párrocos en dicha publicación]. Cfr. Apéndice XIII (un resumen).

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2006

de la causa pública, y particularmente del Santo Oficio", consistía en que los comisarios tendrían la obligación

> en lo sucesibo de dar parte con alguna anticipación a los Párrocos de sus respectivas Iglesias, del día en que determinan pasar a ellas a la lectura de Edictos Generales de Fe y Anathema, para que se les reciva con la correspondiente decencia a la Puerta de la Iglesia, que será, donde hubiere copia bastante de sacerdotes, por dos de ellos con sobrepelliz, de los quales uno ha de ser párroco, u otro en su nombre, si estubiese ocupado, y donde no huviese copia de eclesiásticos, por el Párroco y Sacristán con sobrepellices ambos, y para que se les despida igualmente después de acavados los Divinos Oficios, esperando en la Iglesia el cuerpo de la Inquisición el tiempo necesario para que el Párroco, o otro sacerdote que diga la Missa mayor en su nombre, si fuere el que les ha de acompañar a la despedida, se desnude de las vestiduras sagradas[139].

Significativamente, la carta que se había enviado a los comisarios tres días antes -el 7 de julio-, contenía un párrafo que se omite en el oficio dirigido al obispo: "dejando en su ser y estado, sin variar en nada, lo demás que se observaba en la referida publicación acerca de asientos y demás incidentes que son de costumbre dentro y fuera de la Iglesia". Se les recomendaba, también, "moderación y prudencia", para no "dar motivos de quexas embarazosas al Tribunal con otras pretensiones".

La circular del obispo -que se envía el mismo día 7 a los vicarios de todas las islas, para que estos la comuniquen a los párrocos-, más breve, sólo trata del recibimiento y despedida[140]. De hecho, el acuerdo, si para algo sirvió, fue para que los párrocos, amparándose en él, ajustasen las ceremonias a la baja, multiplicando los incidentes. Y para estimular con su ejemplo a los jueces reales. En 1787 el comisario de Santa Cruz de La Palma escribe al Tribunal que para refrescar la memoria de los beneficiados, tuvo por conveniente, "a pesar de mis achaques y conocidos quebrantos", pasar personalmente a la iglesia, y valiéndose "de las expresiones que exige mi pacífico modo de pensar", tratar la materia con D. José Arturo. Cuando creía que sus

[139] *Ibid.*, fol. 18.
[140] *Ibid.*, fol. 28.

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2006

insinuaciones habían sido suficientes para que "procediera a practicar lo determinado por V.S.I., evidencié lo contrario, pues me contextó que para la formalidad del asunto propuesto debía hacerles saber por un Notario lo resuelto por V.S.I.". Cuando fue el notario, el beneficiado se negó a poner en práctica "lo prefinido por V.S.I."[141].

El obispo se entrevistó con el inquisidor decano el 22 de marzo, de cinco a seis de la tarde. Le dijo las razones que le daba el beneficiado de La Palma en una carta para no cumplir el acuerdo: no podía recibir al comisario con el nuevo arreglo porque la ciudad, "veinte y quatros" y otros cuerpos pretenderían lo mismo; que una iglesia de Real Patronato no podía ejecutarlo, y que el comisario había solicitado el nuevo recibimiento porque era muy propenso a que se le hicieran honores. Le mostró también su respuesta: que, sin embargo de lo que exponía, cumpliese lo acordado; y que no había sido el comisario el que solicitó el nuevo ceremonial, sino que lo habían acordado el obispo y el Tribunal "para evitar questiones en la diferencia de recivimientos". El obispo dijo también que los párrocos habían aparentado conformarse, pero ya veía que le habían engañado, y que el beneficiado había vuelto a escribirle insistiendo en las mismas razones y pidiendo que se les oyese en justicia, o al menos se suspendiese el mandato hasta que fuese a visitarles, y que había decidido no responderle. No se determinaba a tomar "providencia seria [...] porque espera que si insistiendo en que se les oiga en Justicia no lo hace, acudirán a la Real Audiencia, ya sea por Patronato Real, ya por vía de fuerza, y que en el estado en que oy está la Real Audiencia se temía un golpe". Si no se aquietaban con el segundo mandato remitiría todos los papeles al Tribunal para que obrase en justicia[142].

El mismo día que el comisario de La Palma, el de La Laguna escribía al Tribunal que en la función del edicto en la parroquia de los Remedios, salieron los beneficiados a recibirles -entre "la puerta traviesa por la parte de dentro" y el cancel-, "y haviéndonos hecho seremonia en el Arco mayor se retiraron al coro, y nosotros seguimos a hacer oración, y después a sentarnos en el banco preparado según práctica inconcusa". Al acabar la función se levantaron el comisario y los ministros, estando todavía en la sacristía el que había celebrado (uno de los dos beneficiados que les habían recibido), "y

[141] *Ibid.*, fol. 29 - 30 v.
[142] *Ibid.*, fol. 33 -34.

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2006

al bajar por la nave mayor salieron del coro a despedirles" el otro beneficiado y un "beneficiado medio". Pero el día del anatema, en la parroquia de la Concepción, les hicieron esperar por la despedida, por lo que se levantaron y se fueron,

> y ya puestos en la parte de fuera de la puerta de la Iglesia, se vino a ella el Beneficiado D. Isidoro Pestana llamándome y recombiniéndome que cómo no esperaba a que viniese al choro el Beneficiado compañero D. Josef Geraldin, que había dicho la misa para que nos hiciesen la despedida. A que le contexté que el despacho no prebenía semejante espera, haviendo copia de Beneficiados y sacerdotes, que eso solo se entendía quando sólo hubiese un Beneficiado o Cura y que éste fuese el celebrante, y que yo en todo tiempo que ha sirvo al Tribunal, que pasa de 38 años, siempre havía visto observar y observava la práctica de lo mismo que havía egecutado; a que me replicó con que yo devía haver esperado para que, en llegando al coro el Beneficiado celebrante, se despidiere primero la otra Iglesia y luego se me despidiere a mí y demás Ministros, concluyendo con que sentía desasones en esto porque era un nuevo establecimiento.
>
> Posterior a esto entendí que las dos Iglesias se guardan las seremonias de despedirse mutuamente, y que para este acto aguardan a que buelba al choro el Beneficiado celebrante para concurrir a aquella ceremonia. Pero yo siempre he salido y he visto salir el cuerpo de la Inquisición, y lo mismo la Diputación del Cabildo quando ha concurrido a estas funciones, luego que se acaba la función, quedando siempre dentro los dos Beneficiados.
>
> De estas funciones siempre se sale por lo común a las doce del día, y muchas ocasiones más tarde, y si se hubiese de establecer esta nueva práctica de esperar por la despedida del otro Beneficio sería preciso salir a la una del día, por los motivos o acasos que pueden ofrecerse al Beneficiado celebrante hasta que buelba al choro. Y esta seremonia, que será grata a los Beneficiados por su etiqueta, biene a resultar un gravamen perjudicial al Comisario y Ministros, que no han de estar esperando allí, acabada la función y retirado el pueblo, a que se despidan las Iglesias a su comodidad, quando pueden hacerlo como quisieren después, como lo hacen al recivimiento del Beneficiado, que entra después del cuerpo de la Inquisición, mayormente componiéndose la Parroquia de los

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2006

> Remedios de tres Beneficiados y dos medios, y la de la Concepción de tres Beneficiados, que siempre concurren, o sus Thenientes, al Choro, y ninguna falta hace el que dice la Misa para cumplir con la seremonia del recibimiento y despedida[143].

Se le contestó que, de acuerdo con la orden de 7 de julio del año anterior, esperase al beneficiado celebrante "si ha de ser el que le despida y no hai otros; pero que haviendo en la Parroquia otros Beneficiados que puedan despedirle guarde la costumbre de salirse luego"; y que se lo diese a entender a los beneficiados de La Concepción "por los medios más políticos"[144]. Pero el comisario no se contentó con la respuesta y vuelve a escribir diciendo que en La Laguna no hay pretexto legítimo, por falta de curas, para no hacer la despedida antes de la vuelta del celebrante al coro.

> En esta Ciudad, y expecialmente en estas dos parroquias, todo se reduce a etiquetas y quimeras, y a ningún mandato dan el devido cumplimiento sin réplica, que no sea por el Ilmo. Sor. Obispo, y ahún así se los han disputado muchas ocasiones. Y assí para cortar semejantes quimeras me parecía (salvo la determinación de V.S.) que se podrían hacer las funciones en un convento que se señalase en esta Ciudad[145].

En Lanzarote, amparándose en el convenio, el beneficiado suprimió el acompañamiento que se hacía al cuerpo de la Inquisición desde la casa del comisario a la iglesia, y a la vuelta; y el recibimiento fue "tan restringido que no salieron un pie fuera de los umbrales de la puerta de la iglesia", cuando en otros actos de "igual clase", salían fuera de la puerta. El Tribunal dijo al comisario que se contentase "con el recivimiento que le hicieron [...] por ser conforme al nuevo convenio y ceremonial principal para todo el obispado que el Tribunal arregló con el Sr. Obispo, y que no de lugar a disputas y cuestiones sobre esto"[146].

---

[143] *Ibid.*, fol. 40 - 42.
[144] *Ibid.*, fol. 43.
[145] *Ibid.*, fol. 48 v.
[146] *Ibid.*, fol. 44 - 45.

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2006

Pero en esta batalla de los edictos los párrocos ya no eran más que la primera línea del batallón antiinquisitorial. El 10 de mayo de 1787, cuando el Tribunal remite al Consejo un expediente sobre lo ocurrido en Santa Cruz de Tenerife entre los comisarios y los alcaldes ordinarios "en las concurrencias a la publicación de los Edictos y otras funciones donde se juntaban", dice que

> por él verá V.A. como tratan en estas Islas las cosas del S.O., y lo propenso de sus havitadores a querer ser todos más honrrados que los Ministros de la Inquisición. Ellos por su naturaleza son inclinados a etiquetas y tienen su vanidad en disputar sobre frioleras con qualesquiera, pero con el exemplo de esta Audiencia no hay cosa la más mínima que no quieran disputar y aun negar al S.O. Por informes particulares sabemos que D. Thomás Cambreleng, Alcalde que fue en Santa Cruz el año de 1782, y el primero que movió estas cuestiones, que actualmente se halla en esta Ciudad, escrivió al Alcalde actual no asistiese a la función si no le daban puesto preferente y la Paz antes que al Comisario, porque ya la Inquisición no tenía la fuerza que antes, que la Real Audiencia le pedía un reo que tenía por haver hecho un hurto al Inquisidor más antiguo (de cuyo caso tenemos dada quenta a V.A.) y seguramente ganaría esta instancia, porque los inquisidores no podían conocer sino causas de fe; proposiciones que oyó al Regente, a cuya tertulia asiste, y fueron bastante para que el Alcalde no asistiese a la función de este año. Nosotros, arreglándonos a sus cartas de 19 de Noviembre de 1650 y 13 de Enero de 1652, hemos prevenido al Comisario no dexe de convidar a los Alcaldes mientras otra cosa no se le ordene, pero según están aquí las cosas con las Justicias Reales nos parecía conveniente que en adelante no los conviden por evitar disputas, porque en este Pays qualesquiera Alcalde Pedáneo, como es el del Puerto de Santa Cruz, sugeto al Correxidor de La Laguna, le parece merece más honores que todo el Tribunal de Inquisición, y más quando hallan su apoyo en la Real Audiencia[147].

[147] AMC, Inq., leg. I - D - 29, fol. 201.

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2006

Poco más tarde, el 2 de junio, remiten otro expediente formado "con motivo de haberse excusado el Corregidor y Ayuntamiento de la Ciudad de La Laguna a concurrir a la publicación de Edictos de fe si no se les recibía por los Beneficiados con las mismas ceremonias que con acuerdo del Revdo. Obispo se ha mandado recibir a los Ministros del S.O.". El obispo le había dicho al inquisidor más antiguo que los beneficiados no le habían dado parte de esta pretensión, y le aseguró que aunque se lo pidieran no lo aceptaría. Los inquisidores creen que el corregidor habrá dado cuenta a la Audiencia, y repiten las razones que expusieron en la carta de 10 de mayo para que no se les convidsae.

> El Correxidor y Ciudad de La Laguna siempre han sido propensos a pleitos de esta clase, Amigos de que se les tributen los mayores honores; y no sufrirán que los Beneficiados reciban al Comisario como está mandado y a ellos no se les pongan iguales honores, por cuya razón dejarán de asistir aunque se les convide, como han hecho este año. Por otra parte saben mui bien que tienen un Regente en la Real Audiencia opuesto a todo honor y preferencia de Inquisidor, que no se detiene a sacar conversaciones en su tertulia y paseos sobre esto, y que profiere varias proposiciones sobre preferencia en todo acto de la Justicia Real, y convida con su patrocinio y el de la Real Audiencia, y que todo se lo quiere disputar a la Inquisición.
>
> Mucho tiempo hace que estamos en una continua fatiga, trabajando lo más en competencias. A V.A. tenemos remitidas dos con la Real Audiencia sobre el hurto hecho al Inquisidor Decano y sobre la prisión del criado del Inquisidor Fiscal, otra de los comisarios de Santacruz y Alcaldes, ésta, la de los Beneficiados de La Palma sobre el mismo punto, y otro expediente que se está instruyendo en caso de la misma naturaleza con los Padres Agustinos y Beneficiado del Realejo, de que embiaremos testimonio. Con que si V.A. no toma una providencia que corte estas etiquetas y nos presta su eficaz patrocinio apenas nos quedará lugar para despachar los negocios peculiares de nuestro ministerio, y esto poniendo de nuestra parte los medios posibles para cortar encuentros, como lo hemos hecho con los comisarios de La Laguna y el de

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2006

> Lanzarote en dificultades que propusieron y disputas que tubieron con los Beneficiados sobre el nuevo plan de recivimeintos[148].

Que estaban "trabajando lo más en competencias", lo confirma la remisión de otro expediente, el 23 del mismo mes, contra Fr. Manuel González Ravelo, rector del colegio de San Agustín de Garachico, por haberse negado a dar el asiente preferente y de costumbre al comisario en la lectura del edicto y anatema:

> Por él verá V.A. que en estas Islas no solo las Justicias, Ayuntamientos y Comunidades de clérigos seculares se atreven a disputar al Santo Oficio sus preeminencias, sino también los regulares, y de un modo más arrogante que todos [...] Nos parece que no devemos mostrarnos benignos con estas gentes velicosas que abusan de la suavidad y se burlan con facilidad[149].

Al año siguiente el comisario de Lanzarote informa que el alcalde mayor y el escribano habían dejado de acompañar al Tribunal - antes les acompañaba también el ayuntamiento - "dando la fríbola respuesta de que podía acompañar en dicha Iglesia el Governador de las Armas y tener con él la disputa de asiento".

> Este abandono y desprecio con que se mira este Tribunal (pues en este presente año no hubo quien le llegase a acompañar, sino solo dos eclesiásticos) me ha motivado a dirigir esta quexa a V.S., pues si esto se deja descaer casi no se llegará a encontrar quien acompañe a llevar el estandarte a la Iglesia dichas dominicas, por la falta de Ministros en esta Isla. Y que si los superiores se excusan es regular sigan los inferiores su exemplo[150].

El Tribunal envía copia de la carta del comisario al Consejo, para que vean como "cada día desprecian más las cosas del S.O", lo que cree que se debe a "influjos" del regente y la Real Audiencia, que les discuten y atropellan hasta los derechos más claros, sin que lo puedan remediar. Pero el Consejo tampoco se sentía capaz de poner remedio,

[148] *Ibid.*, fol. 203 - 4.
[149] *Ibid.* fol. 207.
[150] *Ibid.*, fol. 54 r -v.

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2006

y en su respuesta no alude sino al conflicto de La Palma, que gracias a la colaboración del obispo parecía tener más fácil solución; y esto para decirles que esperasen a ver lo que resultaba de su visita a la isla, y que transmiteran al obispo el reconocimiento del Consejo por sus oficios y "pacíficas intenciones"[151].

La carta que escriben al obispo -el 7 de marzo de 1789- es un recordatorio de todo lo ocurrido en La Palma, e incluso de lo que conferenciaron él y el inquisidor decano en 1786[152]. Sin duda pretendían "refrescar su memoria". El obispo les contestó desde La Orotava -el 20 de marzo- que llevaba consigo el expediente, y que haría todo lo posible por cortar las diferencias y les avisaría de las "resultas"[153]. Ya en La Palma, escribe -el 24 de junio- que ha mandado a los beneficiados que obedezcan hasta que haya resolución de tribunal competente (si ocurren a él); y que encargó al vicario que celase por su puntual observancia[154].

En 1790 el comisario de La Gomera escribe al secretario del Tribunal, que

> el día de la publicación del edicto, en forma de tribunal, sentado con dicho Notario y dos sacerdotes más que me acompañaban, mandó el Beneficiado más antiguo un recado al Notario para que fuese a administrar la Comunión, cuyo acontecimiento si no me hubiera valido de la prudencia, pudo aver causado en mí algunos movimientos violentos; pero como mi edad avansada de 63 años huye de historias, me contuve, y permití al Notario que fuera, más que [nada] por que no le diesen a él que sentir.

[151] El Tribunal le había escrito informándoles que los beneficiados habían faltado, contra lo prometido, a la obediencia al obispo, "porque son genios vulliciosos los de los dos Beneficiados que contradicen el nuevo arreglo, están mal con su compañero el Comisario, que es Vicario del Rdo. Obispo y Beneficiado más antiguo, y creen que él es el que ha movido esto, y assí no lo quieren cumplir con pretexto de que la Ciudad tendría la misma pretensión, que hasta ahora no ha tenido, pero cree el Revdo. Obispo que son capaces de moverla para salir ellos con su empeño en no obedecer. El Revdo Obispo ya había pensado en obligarlos a que cumplieran lo mandado por medio de una multa u otras penas coactibas, pero teme el recurso a la Real Audiencia, que seguramente perdería con el Rexente que tiene, con quien ha tenido varios lances y actualmente tiene recurso pendiente por haver multado la Real Audiencia en 300 ps. a un Beneficiado de Telde sin otro motibo que el que no dio la Palma o Ramo el Domingo de Ramos a el Alcalde con las ceremonias que quería": *Ibid.*, fol. 202 - 203.

[152] *Ibid.*, fol. 57 -61.

[153] *Ibid.*, fol. 62.

[154] *Ibid.*, fol. 65.

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2006

Se le mandó que pasase oficio por escrito en nombre del Tribunal, al beneficiado, diciéndole que había causado extrañeza que se mandase al notario

> cosa alguna que le separase del cuerpo, debiendo tener entendido que en este acto se le ha de considerar como miembro de él, exempto de toda jurisdicción, y que el Santo Oficio se halla con facultades competentes para compeler a este Ministerio de Notario a qualesquier sacerdote secular o regular, sin que sea facultativo a ninguno dexar de exercerlo, ni abstraherse de él por qualquier pretexto, mayormente no presentándose necesidad absoluta, como no aparece en el lance representado.

El comisario contesta -el 7 de junio- que mandó el oficio al beneficiado hace diez días y no había contestado, "y aunque dixo al Notario que estaba indispuesto, que él respondería, ha salido todos los días a la Iglesia, ha cantado misas, y todas las noches el Rosario [...] también dijo al Notario que el hasía su recurso al Señor Obispo, y algunas cosas más". Le contestó el día 26, "y por no perder ocasión de barco", remitió ese mismo día el comisario copia al Tribunal. Decía que el notario sólo estaba obligado a tocar el órgano en la iglesia "quando deba hacerlo" y que "de pedirle que diese la comunión sería de favor, porque no estaba obligado, y no se lo pidió"; y respecto a que el Santo Oficio puede nombrar notario a quien quiera, pregunta si se refiere sólo a los que no están ocupados en otros menesteres. Luego detalla las múltiples ocupaciones de los párrocos, especialmente en los días de fiesta: concurrencia de penitentes, sermones, procesiones, asistir a los enfermos, etc. Y termina diciendo que antes los comisarios, "para los recados que enviaban a los sujetos distinguidos" que les acompañaban en la función del edicto, enviaban al alguacil de la iglesia, y que muchos habían "notado, por cosa indecorosa a la dignidad sacerdotal", que ahora se enviase a notarios sacerdotes. El comisario desmiente lo de las "tantas y tan urgentes funciones" de los párrocos[155], y dice que allí es práctica que el notario convide a las "personas visibles".

[155] "Por su contextación verá V.S. lo que pretende con sus casos remotos y fingidas ocurrencias; yo soi hixo de la Patria, y aquí he vibido el más del tiempo, y creeré que no hai Iglesia en el mundo de menos funciones y sermones que esta, y más en el tiempo de estos Beneficiados, que tanto uno como el otro es poco lo que predican, que de esta falta se lamentan los más timoratos, y así por lo común no hai más que la Misa Mayor, y cada mes dos procesiones dentro de la Iglesia, una del Señor y otra de la

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2006

En enero de 1791 el secretario, por orden del Tribunal, escribe un oficio al beneficiado "en los términos más atentos y pacíficos". Tan pacíficos que le da en todo la razón. Le manda copia al comisario, encargándole que en adelante nombre notario a sujetos que "no tengan obligación precisa a la que hagan falta". Y

> por quanto no es lo más decoroso que el Notario sacerdote combide a las Personas de distinción para que acompañen [...] combidándose antes por medio del Alguacil de la Iglesia, me encarga el Tribunal prevenga a V.P. que no mande a sacerdote alguno que vaya a hacer este combite, sino que mañosamente y como que es encargo suyo, el mismo notario se valga del Alguacil de la Iglesia u de otra Persona para que combide , y de este modo se conserba la decencia al estado, y no se desaira la conducta anterior de V.P.
>
> Últimamente me manda el Tribunal decirle que espera que V.P. se portará con los Beneficiados con la buena unión y correspondencia que son debidas a su carácter y al de V.P. sin innovar cosa alguna[156].

Mientras los beneficiados de La Palma seguían oponiéndose al acuerdo. El 5 de agosto de 1790, el fiscal, que ha visto el testimonio del "Juzgado Ordinario Eclesiástico" y las diligencias practicadas ante el vicario de la isla, dice que en todos sus escritos no hay ninguna razón que contradiga el derecho del Santo Oficio "a las citadas prerrogativas, pues la que se enuncia del Real Patronato no la excluye, así como no impide el acto solemne de jurisdicción y preeminencia de asientos". Pero como el Tribunal no se hallaba "en posesión, ni tiene más derecho adquirido que el de habérseles intimado por su Prelado, a éste toca hacerse obedecer, y que en su Juzgado se ventilen los fundamentos que tubieren para contradecirlas". Pide que se remita al Consejo testimonio de todo lo ocurrido, "y que entretanto que resolviere lo que se haya de executar se advierta al Comisario de La Palma esté a la mira de los pasos que se dieren por aquellos Beneficiados y avise con todo puntualidad, y aquí se tenga igual cuidado, pues así convienen en Justicia".

Virgen, y de estos solo salen las más de las veces después de las doce, porque quando estos señores ban a la Iglesia es tarde, y tanto que bastante lo estraña y murmura el Pueblo".

[156] AMC, Inq., leg. XVIII -29 y LII - 2, fol. 88.

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2006

Luego añade que, atento a que el Real Patronato es general en todas las iglesias de las islas, y que ninguna de ellas lo ha juzgado incompatible con las ceremonias de recibimiento y despedida, lo que puede "conducir la prueba de esta casi universal y quieta posesión", pide también que los comisarios envíen "por separado dos iguales certificados fehacientes" de la "observancia puntual de cada uno de los Párrocos, o Sacerdotes que regentaran sus veces, de las expresadas ceremonias", para unir uno al expediente -"como parte tan substancial para la legítima defensa del Santo Oficio, no solo en la instancia presente, sino en las demás que son de temer con este mal exemplo y general audacia con que se procura abatir su Autoridad"-, y otro para el provisor[157].

Poco después el vicario envió al Tribunal copia de la providencia del obispo contra los beneficiados (de 20 de septiembre): les condenó a pagar mancomunadamente -los tres beneficiados y servidores- cien ducados de Castilla, aplicados por mitad a los pobres del hospital de Santa Cruz de la Palma y a la fábrica de la iglesia parroquial, "los que exija el Vicario de aquella Isla de los primeros y más parados efectos y rentas espirituales o temporales de los Beneficiados, procediendo a ello por rigoroso apremio y con invocación del Real Auxilio en lo que fuere necesario, y al de las costas que causare en sus diligencias". Les apercibe que en caso de reincidencia serán tratados con la mayor severidad. El 28 el Tribunal dio las gracias al obispo por su "atención" y escribió al comisario comunicándole su providencia[158].

Cuando lo comunica al Consejo el 4 de octubre, ya el obispo Martínez de la Plaza se había marchado a Cádiz, su nueva diócesis, "a causa de algunas desazones que padecía", y el Tribunal teme que los beneficiados tomarán "más alas", recurrirán a la Audiencia; y ésta les protegerá, "más siendo cosas de Inquisición, que miran con el mayor desprecio"[159].

[157] AMC, Inq., leg. LII-2, fol. 114 - 115 v. Los "certificados fehacientes" de Lanzarote, Santa Cruz de Tenerife, La Orotava, Tacoronte, La Laguna, La Gomera, Icod y Buenavista: fol. 124 ss.
[158] *Ibid.*, fol. 118 - 121.
[159] *Ibid.*, fol. 122 - 123. También AMC, Inq., leg. I-D-29, fol. 344 -5, y AHN, Inq., leg. 1820, nº 8.

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2006

Y en efecto, para el "exhivo" de la multa el vicario pidió el auxilio del alcalde mayor, y éste se lo negó. El Tribunal presume que los beneficiados han recurrido a la Audiencia; pero el provisor no sabe nada; y el vicario, que había sido comisario del Santo Oficio, cuando le preguntan, el 3 de enero de 1791, dice que solo tiene noticias de oídas. El 25 escribe el Tribunal al fiscal del obispado, D. Manuel Verdugo y Albiturría, que responde que el día 17 le había llegado una "Real Provisión" de la Audiencia para que le entregase el expediente; lo que hizo. "La Real Audiencia -dice- no podía declarar si hacía o no fuerza al Vicario ínterin no viese el expediente"[160]. Verdugo no se molestó en informar al Tribunal del traslado del expediente a la Audiencia. Más exactamente, se lo ocultó. El Tribunal ya había previsto que con la marcha del obispo el asunto de La Palma se iba a complicar. El 19 de enero el secretario había escrito al comisario que

> por justos motivos que en el día concurren, me manda el Tribunal, prevenga a Vmd. que a todos los Ministros del S.O. sin distinción alguna, les haga saber, asistan a la publicación de los Edictos de Fe y Anatema y demás funciones de estilo, con apercibimiento de que no haciéndolo con puntualidad y como conviene al decoro del cuerpo, se procederá con todo rigor a lo que hubiere lugar en derecho, y que a este fin supongan suspendida qualquiera disposición del Tribunal que en contrario hubiere.

Como era de suponer que los beneficiados se negarían "mucho más que antes" al cumplimiento del mandato, le manda el Tribunal que les pase un "oficio atento" exponiéndoles que el Santo Oficio, aunque se promete que contribuirán al respeto y decencia

> con que es razón se celebre un acto que tanto cede en honra y gloria de Dios y servicio de Nuestro católico Monarca, cuyas piadosas intenciones y de sus gloriosos Predecesores, Protectores augustos del Santo Oficio, siempre han sido que se le honre, favorezca y ampare, recomendándola a todos y cada uno en repetidas Rs. Cédulas, como particular obligación suya,

[160] *Ibid.*, fol. 141 - 146 v. El expediente: AHPLP, Audiencia, exp. 15.464.

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2006

deseando evitar disturbios y asegurar la paz, espera que si les ofrece algún inconveniente lo manifiesten en contestación al oficio, para llegar a un acuerdo y no dar lugar en el acto a escándalo alguno. Y si dicen que no pueden recibir al Santo Oficio en la forma prevenida, les repita otro oficio "protestándolo en forma, y los daños y perjuicios que de ellos se ocasionaren"[161]. Como era previsible, "protestaron", el 9 de marzo, con la ya típica invocación al monarca protector del Tribunal (que, significativamente, se va "politizando" a medida que se debilita)[162].

Cuando se envían los edictos a los demás comisarios, se pide "que efectuada la publicación se ponga por el notario certificado de las ceremonias observadas en el recibimiento y despedida". En La Laguna, para asistir a la lectura del edicto en la parroquia de los Remedios, se formó la "procesión" en la puerta del convento de Santo Domingo después que dieron las nueve y media por el reloj de la celda del comisario, "que está arreglado por el sol". Cuando llegaron a la puerta de la iglesia

> hallamos en ella al sepulturero, que estaba bestido con su trage de Perrero, quien abrió el cancel para que entrase el Estandarte; y habiéndose retirado, hizo parada allí el P. Comisario y acompañados, creyendo que aquel Ministro hiba a avisar para el recivimiento y que al fin se havía puesto a la Puerta como otros años; pero pasado rato y viendo que no parecía nadie, entró la Procesión, y seguimos sin recivimiento hasta hacer oración y sentarnos en el banco preparado.

Uno de los beneficiados estaba en el confesionario; otro en el coro; "al cabo de un buen rato, tocó el relox público que se halla colocado en la torre de la Iglesia las nueve y media, de forma que estaba atrasado cosa de tres cuartos de ora; y a las diez, dadas por dicho Relox, entró el Beneficiado de la Iglesia de Nª. Sª. de la Concepción". Los beneficiados que estaban en el coro y el confesionario se acercaron a cumplimentarle. La función duró desde las diez y media -que empezó el coro a entonar la tercia- hasta

[161] AMC, Inq., leg. CXXXII - 8.

[162] "... y finalmente, que ni el servicio que en esto se hace a Nuestro Católico Monarca, piadoso Protector del Santo Tribunal, verdadero imitador de sus gloriosos y Augustos Predecesores, no les es suficiente para acceder a lo justo de la solicitud en que se reciba y despida [...] protesto en debida forma, una, dos, tres y las más veces que el derecho me permita, los daños y perjuicios que se ocasionen en todo lo que se oponga al procedimiento": A.M.C., Inq., leg. LII - 2, fol. 155.

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2006

las doce. Al terminar despidieron primero al otro "Beneficio" que al comisario y "acompañados", y a estos por "dentro de la puerta del cancel", por donde habían entrado.

En la lectura del anatema en la Concepción, les recibieron y despidieron puntuales, por la parte de fuera del cancel. Se había arreglado el reloj público, que el domingo anterior se había atrasado "como lo acostumbran quando tienen funciones graves, para entrar tarde"[163]. Cuando informa de haberse leído el edicto en las parroquias y conventos de su jurisdicción, dice el comisario que mientras no se fije hora para el comienzo de la función, o se haga en cuanto llegue la procesión, "no se verificará jamás sin que aiga novedades que incomoden y trastornen el orden. Siendo una ridicules tener esperando al Comisario y Ministros a su despedida quando les acomode, y lo mismo la entrada en la función, sugeta a quando llegue el otro Beneficio, governado por el trastorno que han inventado del Relox"[164].

También en La Orotava se produjeron novedades. Los beneficiados de la Villa y el Puerto no quisieron mandar recado al comisario con los monaguillos, avisándoles de que estaban prontos para el recibimiento -como era "práctica"-, "diciendo que bastan las campanas"; y el alcalde del Puerto no fue al edicto, como solía, y al anatema envió a un diputado[165]. Pero el principal foco de la rebelión seguía estando en La Palma. El 1791 se repiten los desaires. El Tribunal, para su defensa, encarga al comisario una información sobre la costumbre[166]. Poco después el beneficiado rector ordenó al sacristán mayor que no le diese en lo sucesivo al comisario -que era también vicario de ausencias- el "recado

[163] *Ibid.*, fol. 160 - 161 v.
[164] *Ibid.*, fol. 162 r -v.
[165] *Ibid.*, fol. 165 v. - 166.
[166] Declaran el teniente coronel D. Nicolás Massieu y Salgado, gobernador militar de la isla, caballero de la orden de Santiago y alguacil mayor del Santo Oficio, de 68 años; D. Antonio José de Amarante y León, presbítero, ministro calificado y comisario jubilado, de la misma edad; D. Juan Nepomuceno Massieu y Sotomayor, ministro calificado, de 29 años; el P. Presentado Fr. Salvador de Lemos, prior del convento de San Miguel de las Victorias, de 48 años; el P. Director del Santísimo Rosario, Fr. José Rocha, O.P., de la misma edad; el P. Pte. Fr. Marcos Ximénez, de 54 años y el P. Lector de Gramática Fr. José González, de 28, franciscanos, y el presbítero D. Antonio Cabrera, de 34 años. La respuesta más interesante, sin embargo, para calibrar el cambio producido en unos pocos años, la da por carta el 28 de abril D. Antonio Salazar y Carmona: *Ibid.*, fol. 185 - 186.

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2006

de celebrar de distintivo", sino el ordinario[167]. Se hacen diligencias, y el Tribunal las une al expediente, "para instruir el ánimo de los SS del Consejo".

Del nuevo obispo, D. Antonio Tavira, no cabía esperar que colaborase con la Inquisición. Siguiendo instrucciones del inquisidor general, le fue a ver el inquisidor decano el 9 de febrero de 1792 para tratar de componer el negocio de La Palma. Pero Tavira le dijo que nada podía hacer porque los beneficiados habían recurrido a la Real Cámara, y que ésta le había pedido que informase, no sólo del expediente, sino también de los papeles antiguos que hubiese en el archivo episcopal. Y creía que igual informe se había pedido a la Audiencia[168].

El 20 de febrero de 1796, el beneficiado de Santa Cruz de Tenerife, D. Juan Pérez González, escribe al comisario D. Domingo Sarmiento, que le había avisado para las lecturas del edicto y anatema los días 21 y 28 de ese mes, diciéndole que las funciones de su ministerio eran incompatibles con llevar y traer el estandarte "desde las casas de su habitación hasta esta Iglesia": "desde luego pude Vm. servirse el comisionar otra Persona para que condusga el referido Estandarte a fin de quedar yo en libertad para el desempeño de mis sagradas funciones y para el puntual cumplimiento de lo que en dicho Edicto circular [la orden Martínez de la Plaza de 7 de junio de 1786] se me previene, que es lo que debe regir". Al día siguiente el comisario se dirige al obispo, que estaba de visita en el lugar, contándole el incidente: que toda la feligresía había extrañado la novedad; que desde tiempo inmemorial se "distinguía" al párroco dándole el estandarte; que de esta costumbre, que él mira como odiosa, se vanagloriaban sus antecesores, que el párroco le pasó el oficio "quasi en la inmediación de estar juntos los Ministros para dirigirse en Cuerpo a la Parroquia", y le contestó con el notario que el cuerpo esperaba su asistencia "pues de lo contrario no concurriría hasta orden superior"... y no concurrieron.

El mismo día Tavira le contesta que lo que había hecho el beneficiado había sido por orden suya, porque extrañó la culpable falta de obediencia a lo ordenado por su antecesor "sin que por la cláusula que Vm. cita de dicha orden se preservase costumbre

[167] *Ibid.*, fol. 187 - 191.
[168] *Ibid.* A partir del fol. 195 el expediente está sin numerar.

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2006

alguna semejante a la que había aquí y ha dado ocasión a este incidente, pues siendo varias las que había en las Parroquias en orden a los honores que con este motivo se hacían, y siendo en algunas menos de lo justo, se miró a tomar un equitativo medio y a uniformarlas todas"[169]. El secretario del Tribunal escribe al comisario que en adelante no pretenda más acompañamiento ni ceremonias en el recibimiento que las estipuladas en la orden, y para tenga noticia de ella le manda una copia de la carta que se envió a los comisarios,

> previniéndole que la cláusula que cita y empieza " dejando en su ser, etc." se entiende solamente acerca de los asientos y otras ceremonias de menor entidad, pero no en las sustanciales del recibimiento, que por ser diversas en las islas se uniformaron por el convenio referido para evitar las quejas y recursos que había todos los años [...] que para evitar el ruido y escándalo que pudiera haber en Santa Cruz publicándose los Edictos fuera del tiempo acostumbrado, se suspenda la publicación por este año, como lo ha hecho el Comisario, y que en el año próximo, al tiempo conveniente, pase éste un oficio o recado político al Beneficiado haciéndole saber este mandato del Tribunal, para evitar desavenencias.

En 1800 el comisario de La Orotava escribió al Tribunal que el beneficiado no le había esperado para la función. El Tribunal escribió al obispo, que lo era entonces D. Manuel Verdugo, y éste le contesta mismo día que su deseo era "conservar con el Tribunal y todos sus individuos la más perfecta armonía, y que mis súbditos no den lugar a alterarla, por lo que espero que el Tribunal, satisfecho de mis buenos deseos, disimulará esta falta que creo se habrá cometido sin malicia"; que aquella era la primera noticia que tenía de lo que le decían, y escribiría a los beneficiados "previniéndoles que en lo sucesivo observen con escrupulosidad el ceremonial establecido, sin dar lugar a quejas". Luego escribe desde Lanzarote diciendo que los beneficiados le informan que

[169] Se refiere a la cláusula de la circular que se envió a los comisarios que se omitió en el oficio al obispo: "dejando en su ser y estado, sin variar nada, lo demás que observaba en la referida publicación acerca de asientos y demás incidentes que son de costumbre dentro y fuera de la Iglesia".

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2006

habían esperado al comisario veinticinco minutos, que el pueblo estaba "desazonado", etc. El secretario escribe al comisario:

> No se puede persuadir el Tribunal que siendo cierta la disculpa que da el Beneficiado huviera certificado como lo hizo el Notario, ni dado lugar a poner el Tribunal en empeño. Y por tanto me manda decirle que vea la respuesta de los Beneficiados e informe sobre su certeza, y que siendo evidente su relato no den en adelante lugar a quejas por cosas de poco momento.

El comisario desmiente el informe de los beneficiados. El inquisidor decano escribe al obispo que el comisario contesta que el informe de los beneficiados es siniestro. "El Tribunal desea apurar la verdad en todos los negocios para que se descubra en quien estubo el defecto y quien falta a la verdad. Ha mandado al comisario que justifique el relato de su carta, como promete, con el Juez Real, Prelados y demás personas de integridad". Todos confirman la versión del comisario, salvo el juez real, que pide se le exima de informar sobre la materia.

El 30 de junio de 1803 el comisario de Lanzarote, D. José Joaquín Feo y Bethencourt, se quejó al Tribunal de que el teniente beneficiado D. Rafael de Armas, que fue el celebrante en la función del edicto, se negó a acompañarles en la despedida "con motivo de que en el coro habían dos sacerdotes". Dice que aunque el oficio sólo previene que el recibimiento y despedida lo hagan dos sacerdotes, "no prohiviéndose mayor número debe prevalecer en obsequio del Santo Oficio una tal costumbre continuada, que ultra de no ser contra la ley, se halla revestida de todas las qualidades que la caracterisan de tal". El Tribunal le responde lo mismo que al comisario de Santa Cruz en 1796: que se conforme, y guarde con los beneficiados armonía y buena correspondencia, "para que de este modo por sí mismos puedan despedirle en tales concurrencias, haciéndoles entender de antemano y con el modo más político que es más decoroso practique la despedida el celebrante, dándole tiempo a despojarse el Comisario y demás Ministros".

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2006

Pero en casos similares en La Laguna y en La Orotava, el Tribunal reacciona de otra manera. El 14 de marzo de 1804 el comisario de La Laguna informa, como era preceptivo, de los incidentes en la publicación del edicto y anatema. Sólo notó que en la iglesia de la Concepción le recibió un solo párroco, y que en las dos parroquias despidieron primero "al Clero" y después a los ministros del Santo Oficio. El Tribunal, después de un larguísimo informe del fiscal (cinco folios por las dos caras), le pide que "valiéndose de las personas más ancianas, noticiosas, timoratas e imparciales, extrajudicialmente y con la mayor reserva", averigüe si antes de 1788 se despedía primero al comisario y demás ministros, "extendiendo en su informe si hay o no estatuto, concordias o costumbre en contrario con ambas Iglesias para preferir en la despedida a qualesquiera otro cuerpo".

Y cuando el 14 de marzo el comisario de La Orotava informa que no hubo en la lectura del edicto otra "novedad" que la de no concurrir el alcalde del Puerto, el fiscal dice "que para poder pedir lo conveniente sin abandonar la defensa de las prerrogativas, honores y distinciones del Santo Oficio, ni exponer su autoridad a contestaciones difíciles y peligrosas con la Real Jurisdicción Ordinaria", se hace preciso averiguar... y encarga otro informe[170]. Por auto del 1 de junio el Tribunal decidió que en adelante no se le convidara, para obviar competencias con la jurisdicción real "y otros inconvenientes".

En 1805 se producen nuevos incidentes en La Palma, esta vez con el alcalde mayor D. Juan de Mata Franco Pagan. El alcalde mayor y dos escribanos ocuparon los puestos del Tribunal en la iglesia cuando estaba a punto de empezar la misa mayor. El comisario le mandó un "recado urbano y político" haciéndole saber que "en iguales días, como en las demás concurrencias de este cuerpo, dichos Alcaldes Mayores se retiraban del referido puesto en que se hallaba, para el fin indicado del Santo Oficio". Pero el alcalde respondió que no cedía su lugar, por lo que el comisario se vio obligado

[170] Siempre asistieron los alcaldes del Puerto. Cuando no había "diputación" se ponían en el banco de enfrente del Tribunal, con los prelados regulares. Cuando se eligieron diputados éstos quisieron asistir con el alcalde, quitando el asiento a los prelados, que se retiraron al cuerpo de la iglesia. Luego dejaron de asistir los diputados y el escribano, sentándose sólo el alcalde en el banco, porque los prelados no quisieron volver "porque no aconteciese querer asistir nuebamente los Diputados". Pero desde hacía tres años los alcaldes, aunque se les había mandado "recado de política", no concurrían. El informe está también en AMC, Inq., leg. XVI-21.

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2006

a suspender la publicación del edicto[171]. El comportamiento del alcalde, dice el comisario, fue premeditado. Llevaba tres años en el cargo; en el primero, por ser forastero e ignorar la costumbre, se la hizo saber por medio del notario, y el segundo tuvo una larga sesión al respecto con él. El signo de estar los escaños alfombrados era una novedad que debía parar su atención si caminara de buena fe. La noche anterior "hubo tertulia sobre concurrencia de Edictos" y en ella dijo que había recibido una Real Provisión de la Audiencia para que no cediese su puesto a aquel cuerpo (lo que respondió al notario fue exactamente "que no cedía el puesto que el rey le había dado"). Esa misma noche algo debió trascender porque a la mañana siguiente una anciana, D ª Antonia Poggio, hija de uno que fue alcalde mayor de la isla durante muchos años, le dijo al alcalde "que ni en aquel domingo ni en el siguiente no tenía siento en la Iglesia porque concurría el Santo Oficio", a lo que éste replicó: "pues todos estaremos sentados juntitos".

Fue pues a la iglesia para provocar el incidente. Un testigo declara más tarde que rara vez acudía, "lo que no dejaba de hacerse reparable", y que en los nueve días que duraron las rogativas por falta de agua a la Virgen de las Nievas solo fue un día por la mañana y otro por la noche. En una carta posterior, del 20 de mayo, el comisario dice que tiene "un carácter intrépido, orgulloso, altanero, su lenguaxe libre, y de conducta nada pura, de un genio fácil, y ligero en sus procedimientos y modo de pensar", como lo acreditan varios pasajes: a un sacerdote "le puso manos violentas", y fue a comulgar el Jueves Santo sin haberse reconciliado con él, "lo que notaron los que estaban presentes"; obligaba a trabajar los domingos en los empedrados de las calles, "contra cuyo desorden clamó desde el púlpito el párroco D. Pedro Morera, diciendo que se hasía sin necesidad y sin licencia ni de él ni de sus compañeros"...

El Tribunal le encarga al comisario que le pase un oficio comunicándole los días que va a leer los edictos y que si va a intentar la preferencia se lo diga, con un tanto de la Real Provisión de la Audiencia. El alcalde mayor le contesta que ha escrito a los beneficiados de la parroquia para que le informen sobre asientos, honores y obsequios que se tributan a los ministros del Santo Oficio, y el origen que tienen, si es por

[171] Para todo este incidente: AHN, Inq., leg. 3724, nº 18 y, sobre todo, AMC, Inq., leg. XVI - 21.

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2006

privilegio real o por otro motivo, "pues siendo esta Iglesia del Real Patronato desea imponerse para dar quenta al Rey y a su Real Cámara".

El comisario sospecha que los beneficiados se están valiendo del alcalde mayor para acabar de destruir al Tribunal. Cuando el 29 de abril le comunica que va a leer los edictos el 5 y 12 de mayo, éste le responde: "Baya Vd. en hora buena a la Parroquia en los días que me cita, sin recelo de mi asistencia, que escusaré porque no se tome por impedimento lo que no es. Pero sea y se entienda sin perjuicio de las prerrogativas del Real Patronato, y sin perjuicio de la Real Resolución de S.M. de quatro de Octubre, comunicada en 16 de Nov. del año próximo pasado". El 2 de mayo el comisario le vuelve a escribir para pedirle copia de la Real Resolución. Al día siguiente el alcalde le envía un testimonio. La Real Resolución nada tenía que ver con el caso -la había motivado el empeño de un comisario por asistir en lugar preferente, después del vicario y el cura del lugar, a una procesión del Corpus-, y el alcalde real, que lo sabe, dice que no afianza sobre ella "derecho contra la publicación de los edictos de fe", que sólo ha sostenido y sostendrá "el lugar que como Juez real y presidente del ayuntamiento me corresponde en la Parroquia del Real Patronato".

El comisario pasó también un oficio -el 1 de mayo- a los beneficiados, anunciándoles que iba a ir a la parroquia a la lectura de los edictos, por si tenían algún reparo que se lo manifestarán con anticipación. Le contestaron que nunca lo habían tenido.

> Nosotros no nos opondremos jamás a ninguna de las costumbres propiamente tales establecidas en nuestra Parroquia [...]
>
> Pero no dexaremos de añadir aún, que mucho antes de que recibiésemos el oficio de Vmd. sabíamos muy bien lo que es el edicto de fe del Santo Oficio, y conocíamos plenamente nuestros deberes en orden a mantener la fe en su mayor pureza, como que éste es el grande objeto de nuestro ministerio pastoral, y nuestra verdadera y propia autoridad, que aunque a la verdad no la tenemos por subdelegación del Sto. Oficio la hemos recibido inmediatamente de J.Christo, como legítimos sucesores de los setenta y dos discípulos y como verdaderos

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2006

pastores de la Iglesia a quienes el apóstol dirige estas palabras "Attendire vobis et universo gregi etc."[172].

El 20 de junio el fiscal pide que todos los comisarios -excepto el del Puerto de la Orotava, que ya lo había hecho- certificasen, con referencia a documentos de sus archivos y a la práctica constante, antigua y uniforme, la costumbre en sus iglesias en relación con los asientos. (Todos certifican que siempre habían tenido lugar preferente en las funciones: el del evangelio). Pide también que se unan al expediente la R.C. de 10 de octubre de 1567 dirigida al "gobernador o juez de residencia" de Canaria[173]; una carta del Consejo de 19 de noviembre de 1650, en unos autos sobre asiento en la publicación del edicto general de la fe entre el comisario de La Laguna y la justicia real[174]; otra de 13 de enero de 1652 sobre "conservar la posesión" por el mismo asunto[175]; y otra de 9 de agosto de 1770 mandando se cumpla el R.D. de 11 de febrero de 1718, de Felipe V (..."de las mas precisas probidencias para que se quiten y no se pongan en adelante asientos de esta calidad en ninguna Iglesia de estos Reynos, sino es en los actos de Fe, publicación de edictos u otros concernientes a su exercicio")[176].

---

[172] Nada de esto decía el comisario en su carta; sí aludía a la importancia de los edictos y a la obligación del ministerio que ejercían como "cavesas en quienes afiansan su exemplo las obejas de su rebaño".

[173] ... "ya sabéis como el benerable Licenciado Ortiz de Funes ha ido a dichas Islas a exercer el Sto. Offº de la Inquisición con los oficiales necesarios; y porque conviene que el S.O. y sus Mros. sean faborecidos, Vos mandamos que deis y hagáis dar al dicho Inqor. y a los oficiales del dicho S.O. todo el fabor e ayuda que os pidieren y obieren menester para executar el dicho S.O., y proveer que por todos sean honrados y faborecidos, y ansimismo quando el dicho inqor. publicase los Edictos o sacase algún penitente o penitentes a esa Sta. Iglesia, o hacer Auto en ella, le dejéis libremente hacer y disponer cerca de los lugares y asentamientos que él y los Mros. del Sto. Oficio ovieren de tener en la dicha Iglesia, y en todo lo demás que fuere necesario, sin que se le ponga en ello impedimento ni estorbo, so color de preeminencia ni otra causa alguna; y también cada y quando fueredes requeridos por su parte recibáis en vuestras cárceles los que son o fueren condenados para Galeras, hagáis dar a los dichos galeotes lo necesario como se suele y acostumbra hacer con los otros que se embían a Galeras por las nuestras Justicias, y dad orden como se lleven a las dichas Galeras, sin que haya en ello escusa ni dilación alguna, y no fagades endeal porque así conbiene y es nuestra voluntad que se haga".

[174] ... "ha parecido estéis SS. advertidos de continuar en la posesión y costumbre en que han estado, y poniéndose embarazo a los comisarios en las lecturas de edictos que se ofrecieren, intentando la Justicia Real que no se han de sentar dichos Comisarios en el lugar preheminente del lado del Evangelio que siempre han ocupado, procederá con censuras, sin pasar a declaración de dichas censuras sin dar cuenta al Tribunal, procediendo en todo con la prudencia y templanza que piden cosas semejantes".

[175] ... "y si el Corregidor y Justicia no fuesen a la publicación de los Edictos y anathema, haréis escrivir y actuar como no se hallaron presentes y sin proceder con censuras ni pasar adelante, daréis cuenta al Consejo y remitiréis los Papeles para que en el se tome la resolución que convenga".

[176] El R.D. se dio "con motivo de haverse exitado varias controversias por algunos de los Ministros del S.O. sobre pretender el goze y posesión de asiento en las Iglesias en vanco colocado en sitio preeminente al de las Justicias, y la asistencia a las procesiones con la propia distinción y preferencia de lugar al de aquella" (competencia entre el obispo de Jaén y los familiares del Santo Oficio en la iglesia de

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2006

Y para terminar de instruir al Consejo, el fiscal se despacha con un escrito -entre informe y alegato- de 15 folios, que firma el 10 de enero de 1807, que raya en el ridículo cuando, a propósito de los dos motivos más conflictivos -el hisopo y la paz-, trata de dar a estos símbolos de poder un significado religioso (cfr. Apéndice XIV). Pero enseguida vuelve el fiscal a la realidad, y los considera "protestación y manifestación de honra hecha en la persona del Comisario a la Jurisdicción y dignidad del Santo Oficio". Cree que el arreglo de 1786, contra el que recurrieron a la Real Cámara los beneficiados de La Palma, acabaría con "la diversidad y arbitrariedades que ocasionaron en lo antiguo frequentes disputas y encuentros muy perjudiciales, por medio de un ritual sencillo, decoroso al Santo Oficio, no graboso al clero de las Parroquias". Pero teme que la Audiencia sea de otro dictamen, y no le extrañaría que propusiese que, para evitar encuentros con los beneficiados y alcaldes, fuese la Inquisición a tener sus funciones en un convento, "cuyo pensamiento si se adoptase, el Santo Oficio andaría fugitivo y avergonzado, desterrado de las Parroquias".

Después de remitir testimonio del expediente al Consejo -el 5 de febrero de 1807[177]-, se recibió una carta del comisario de La Palma, del 25 del mismo mes. Cumpliendo órdenes del Tribunal había oficiado a los beneficiados preguntándoles si iban a cumplir con lo establecido por el obispo Martínez de la Plaza. Le respondieron que no[178]; por lo que suspendió la función por tercer año consecutivo. En 1808 tampoco se celebró. El comisario escribió el 20 de febrero diciendo que publicar los edictos, aparte de exponerse a desaires (eran los mismos párrocos y el mismo alcalde), sería "un acto de cesión por nuestra parte, e indirectamente conceder ser infundadas y temerarias las órdenes de ese Tribunal". Y el 10 de febrero de 1809 escribe que había convocado a los ministros para mejor imponerse en de su modo de pensar, "y subsisten unánimes en que no concurren por no exponerse a nuevos desaires", porque aunque ya

---

La Higuera). Hay otra R.C. de 13 de febrero de 1745, del mismo monarca y contenido similar, motivada por una disputa entre el obispo de Murcia y el comisario y familiares de la villa de Alcantarilla: *No R.*. Lib. II, tit, VII, ley VI.

[177] Que probablemente se extravió, porque el 18 de julio pide información sobre la lectura de edictos. El Tribunal la da el 8 de febrero de 1808: AMC, Inq., leg. I-D-28, fol. 222.

[178] "no hay función ni otro motivo que pueda impedir dicha lectura, y que estamos desde luego dispuestos a guardar para con el Sr. Comisario del S.O. y sus familiares todos aquellos ceremoniales que se han observado siempre en nuestra parroquia en tales casos y que encontramos establecidos".

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2006

no estaba en la isla el alcalde Pagan, quedaban en ella los principales autores, los Beneficiados,

> que no olvidarán de vexar al cuerpo, como lo tienen de costumbre; y que en atención a que el mismo Tribunal había suspendido la concurrencia de tales actos, debía continuarse hasta tanto que se desidan los puntos pendientes, mayormente quando hay fundadas esperanzas de que mexorándose la suerte de la Nación, podrá el cuerpo recobrar su antiguo lustre.

Como es sabido las cosas no ocurrieron como se las prometían los ministros de La Palma. Y tampoco después de la restauración recuperó la Inquisición "su antiguo lustre", sino que, por el contrario, se acentuó su decadencia[179]. El Tribunal acabará conformándose con que se celebren las funciones, aunque fuera prescindiendo de toda "etiqueta", e instan a los comisarios a que por ninguna razón dejen de publicar los edictos. Pero la decadencia del Santo Oficio afectaba también a la autoridad de los inquisidores sobre la propia organización, y los ministros de La Palma no estaban dispuestos a dar la cara por un institución que ya no les reportaba mas que problemas, así que decidieron suspender la publicación, "no creen corresponda al decoro que merese el cuerpo presentarse a ningún auto público a sufrir nuevos desaires"[180].

En otros lugares se continuaron celebrando, en medio de la indiferencia general. En un "Expediente de las contestaciones de los comisarios y párrocos de las Islas en orden a la publicación de los Edictos de Fe y Anatema" de 1819, en el que todas las respuestas - la mayoría de párrocos - son formularias (contestan simplemente que se han publicado), hay una, la del comisario de Santa Cruz de Tenerife, D. José Mamerto del Campo, que nos una idea de lo que eran las funciones y el mismo Santo Oficio, en vísperas de su definitiva abolición

[179] La decadencia debió ser mayor en Cádiz. Un tío de Pérez Galdós, Domingo Pérez, en su diario del viaje del Batallón de Granaderos de Canarias, del que era capellán, anotó por estos años: "En punto a funciones gosé quantas pude, entre ellas una que hizo la grandeza en San Francisco. Cosa digna de elogio. Cantó la misa el Arzobispo de Laodicea. Hay un Músico que encantaba cuando cantaba. Gosé una de la Inquizición en el Combento de San Pablo, y sin embargo de lo mucho que me celebraban al Orador, ni el Señor mío ni la función me gustó, o diré mejor, no fue un tilde de las que se hacen en mi tierra": Álvarez Rixo (s/a, 231). Este diario ha sido publicado varias veces, entre ellas, en Millares Carlo-Hernández Suárez (1987, V, 345-354).

[180] A.M.C., Inq., leg. XC – 14 (1820).

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2006

No omitiré decir a V.I. con este motivo, que sería muy conveniente que V.I. expidiese una orden particular para que se reuniesen en mi presencia y la de un Notario del Santo Oficio los confesores, así ecclesiásticos seculares como regulares, a quienes se recordase la obligación que tienen los confesores de suspender la absolución de los Penitentes que no delatasen a los que son culpables en tener papeles y libros prohibidos, como a los que producen proposiciones contra Nª Sta. Religión, que me consta que hay en este particular mucho descuido de los confesores, a más de los que hay en los Penitentes, encontrando quien les reciva y abrigue semejantes omisiones, de que por mi ministerio pastoral tengo sobrada esperiencia, y sería un medio de adquirir noticias conducentes al recogimiento de muchos papeles libres y Perniciosos que no pueden llegarse a saber en las manos que andan. Y como este puerto y el de la Orotava son más prontos por los buques extranjeros a su introducción, sería éste un freno que sugetaría más, o quando menos a que no cundiesen tales ideas, mayormente quando el tiempo de cumplimiento de Iglesia es el más a propósito para este efecto, pues a la verdad, por dichos Edictos, como cosa a que se está acostumbrado anualmente, se mira sin aquella atención que debería ser[181].

[181] A.M.C., Inq., leg. LXXXIV - 11.

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2006

Conclusiones

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2006

6. Conclusiones.

La primera conclusión que podemos sacar de todo lo que hemos visto es acaso tan obvia como la que "refrescaba" Tomás y Valiente en 1976 -y nosotros al principio de este trabajo-: que la Inquisición era un tribunal. Que se puedan escribir cuatrocientas páginas con referencias documentales sobre un Tribunal de distrito, de los más pequeños, del Santo Oficio de la Inquisición española en el siglo XVIII, demuestra al menos una cosa: que éste *existió* durante ese período. Queremos decir que no hay ninguna razón para hurtar al Tribunal este siglo largo de su historia. Si el objeto de estudio son los judaizantes, los moriscos o los protestantes, se comprende que el siglo XVIII no interese (salvo las primeras décadas para los primeros); pero si el tema es el Tribunal, este período puede tener, incluso, un interés especial; el que tienen todos los momentos de "decadencia y extinción".

Si estudiamos la Inquisición en función de los fines para los que se instituyó -la "solución" del problema converso-, sobra casi toda su historia: sumando todos los años en que hubo "complicidades" de judaizantes no llegamos a un siglo. En este sentido es cierto que se sobrevivió a sí misma. Pero en España, a diferencia de lo que ocurrió en otros lugares, la persecución se institucionalizó, se encargó a un tribunal; y si esto tuvo efectos benéficos para las víctimas ("al menos un fiscal", que decía Borges), los tuvo también adversos y "perversos" para toda la población, incluso de allende las fronteras de la monarquía hispana (la "civilización inquisitorial" de Mereu). El primer y principal efecto de la institucionalización fue trasladar la 'inquisición' (la persecución) del tiempo de los acontecimientos al de la "larga duración". En tan larga duración -de 1478 a 1834-, lógicamente, los problemas que tuvo que afrontar el Tribunal variaron, y él mismo varió también.

Tal vez el principal problema de la Inquisición en el período que estudiamos, y especialmente en su segunda mitad, fuera su propia subsistencia. Los "asuntos internos" -los que se referían a la propia organización, no a sus funciones- terminaron siendo su principal ocupación. Las dificultades para mantener su presencia en los principales

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2006

núcleos de población, aumentaron. Sus empleos no resultaban atractivos. Faltaban los ministros "esenciales" -hemos subrayado la importancia de los secretarios, los comisarios y los calificadores-, y muy pocos estaban "calificados". Su debilidad era a la vez causa y efecto de la escasez de sus recursos. Porque se cuestionaban su fuero y privilegios, había menos ministros de los necesarios, se les retribuía peor (para la mayoría de los ministros las retribuciones no salariales eran las más importantes), y estaban menos incentivados. Pero los "enemigos" aumentaron – y se crecieron- cuando vieron a la Inquisición débil y exhausta.

Uno de los efectos de esta debilidad fue suavizar el "estilo" del Santo Oficio. La benignidad –relativa- de la Inquisición, proclamada por sus defensores en el debate de las Cortes de Cádiz, y defendida luego por la historiografía conservadora, la confirman los documentos -o los hechos que atestiguan- para el período que estudiamos. En los tres grandes motivos del mito (*La Inquisición*) -el secreto, la tortura y las cárceles-, la distancia entre éste y la realidad era abismal. Pero la Inquisición se había convertido en un símbolo -debido, en buena parte, a su "institucionalización"- que sintetizaba todo lo que combatían *Las Luces*.

El epitafio de Larra en 1836 -"Aquí yace la Inquisición, hija de la fe y el fanatismo, murió de vejez"- es apropiado. El acto legislativo de las Cortes más que matarla, extendió el certificado de defunción. El alboroto que armó se explica por su significado "simbólico" (los informes que dieron los Tribunales cuando se planteó la supresión de los sambenitos, pueden servir para iluminar este episodio), no por el papel, a favor o en contra de los propósitos de cada uno de los bandos, que pudiera tener la Inquisición. Probablemente la Inquisición no jugó un papel *relevante* en ningún ámbito –ni siquiera el religioso– de la sociedad dieciochesca. Es posible que fuese una más de las fuerzas que se opusieron a las nuevas corrientes, a las nuevas ideas, y no de las más importantes; y que lo hiciese al modo funcionarial; sin el ardor y la dedicación, por ejemplo, de la mayoría de los frailes.

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2006

Pero aunque así fuera, la visión de la sociedad que nos ofrece la documentación inquisitorial –inevitablemente sesgada-, hace imprescindible el estudio del Tribunal -el ojo que ve- durante este período. No parece que exista una fuente de riqueza comparable, que penetre en todos los rincones de la sociedad, e incluso en las conciencias, para el conocimiento de la "vida" o la experiencia de aquellas gentes de la Edad Moderna y los albores de la contemporaneidad. Los historiadores del "tiempo presente" pueden interrogar a los testigos y "fabricar" sus fuentes (orales); nosotros podemos obtener casi la misma información interrogando a las fuentes inquisitoriales.

En el retrato del Tribunal que hemos trazado, procuramos que se viese con nitidez el fondo de la sociedad en la que se desenvolvían sus ministros, y donde tenían que llevar a cabo las tareas que se les encomendaban. Los pequeños conflictos en los que se vieron envueltos, o que protagonizaron, no sólo nos dicen quienes eran, sino también cómo era el mundo en el que vivían. Y los "grandes" conflictos del Tribunal, nos revelan a las instituciones y a las autoridades con las que se enfrentaron; y la manera en que se libraban estas batallas, la forma de hacer política (de lograr el poder y administrarlo) y las conexiones entre el poder local y la Corte (un territorio historiográfico casi inexplorado).

No pretendíamos explicar la extinción de la Inquisición, que obedece a causas muy diversas y complejas, que desbordan incluso el ámbito nacional. Si las causas siempre son plurales y de distintas naturalezas, en este caso parece que la complejidad es extrema. Factores de carácter político - los cambios en la fundamentación ideológica del poder, los avatares del regalismo-, ideológico -el debate sobre la tolerancia, la incidencia del mito (*La Inquisición*), a través de Montesquieu y Voltaire, en la crítica o la hostilidad de los ilustrados españoles-, económico –aumento de tráfico comercial-, etc., tuvieron, sin duda, influencia en la prolongada agonía de la Inquisición. Pero ordenarlos y ponderarlos es un trabajo que requiere otras dotes y más erudición de las que disponemos. No pretendimos explicar, sino tan solo mostrar, y acaso demostrar, la relevancia de algunos factores -y de los factores locales- en el proceso. Esperamos haber contribuido, al menos, a que las explicaciones, las teorías, no descansen en el vacío.

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2006

APÉNDICES.

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2006

Apéndice I.

Prisión de D. Juan Perdomo. Declaración de Fr. Francisco Ferrer (5 de junio de 1790).

.... "en quanto al recto exercicio del Santo oficio, a oído a barios religiosos de su convento hablar con duda sobre sus órdenes, en quanto al que se ha de tener en la comunicación y trato con los Reos presos por causas de Fee, por la disonancia que les causa que estándolo en dicho su Convento D. Juan Perdomo, que se dice serlo, y por tanto privado absolutamente de oír Misa, y de confesar y comulgar, tenga no obstante comunicación de día y de noche, dentro y fuera del Convento, entrando y saliendo de él, y admitiendo en la celda a quantas Personas concurren, Eclesiásticas y Seculares, vajando a la Portería más comúnmente entre dos y tres de la tarde a tratar con las muchas mugeres de la Ciudad y Pueblos inmediatos que acuden a consultar con él sus males, sin reserbarse de parecer en público para esto y para sus diversiones, subiendo a la zotea de la orden tercera con varias Personas a ver las Procesiones de la Semana Santa próxima pasada, y refrescando allí eladas con ellas, y nominadamente con don Juan de Vega, Ministro de este Tribunal, de quien hace memoria. Teniendo a comer en su mesa el día de la Concepción, u otro inmediato del año pasado, a D. Domingo Huesterling, Presvítero, y otras Personas de quien no se acuerda, y diariamente a comer y cenar al Lector Jubilado Fr. Narciso Sardo, desde que se le puso en el convento, siendo causa de que a todas horas se alle lleno de gente, sin poder observarse el silencio y regularidad propia de la clausura, quebrantándola él de noche, y dando motivo a que algunos Religiosos la quebranten, pues tiene entendido por relación de los Padres [...] que dicho D. Juan Perdomo tiene en su poder llave falsa de la Portería que él mandó hacer, y puso primero en el del Hermano Lego Fr. Mathías, y después en el del Hermano Fr. Ignacio, sacristán, y del Hermano Fr. Joseph Suárez, quienes haciendo escrúpulo de que a pretesto de constar a algunos Religiosos que hacía sus salidas de noche y las horas en que bolvía, unas de once a dose y otras más tarde, saliesen ellos también con la esperanza de que al mismo tiempo que él entrarían, como lo executaban, se la debolvieron, pareciéndoles no debían ser instrumentos de estos abusos. Y en el día parece la deja a un criado que tiene, encargándole le espere en la portería, y abra quando

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2006

oiga la seña que le tiene dada. Y que así continúa dando mucho escándalo y causando mucha relaxación en la comunidad, captando la voluntad de la maior parte de los Religiosos con darles de beber aguardiente en su celda, y algunas golosinas, presentándose en el corredor de su habitación a la vista de las Monjas de San Bernardo todas las tardes, observándolas con Anteojo, según le a dicho el citado Lector Fr. Blas de Franqui. Y últimamente haciendo el convento una oficina de comercio, y teniéndolo él particularmente, por lo respectivo a la Medicina, preparando él por su mano muchas de las que receta. Pues todo esto le parece al declarante deberle estar prohibido, en especial haviendo oído al P. Lector de Prima Fr. Diego Polegre, que así se lo respondieron los Señores Inquisidores, aunque en términos generales en quanto a todo preso del Santo Oficio. Preguntado que Personas concurren al quarto de D. Juan Perdomo, y si save con que motivo. Dixo que D. Juan Rodríguez de Vega casi todas las tardes, algunas mañanas y tardes D. Dionisio Treviño, y rara vez D. Manuel de Retolaza, Ministros de este Tribunal. Assí mismo ha visto en dos ocasiones al Theniente Coronel D. Francisco del Castillo, con frequencia a D. Juan Perdomo, Capellán de las Monjas Bernardas, y ha oído por cosa notoria en el Convento que entran otras muchas Personas, y quantas quieren, unas por verle, otras por divertirse, otras por consultarle sus dolencias, de modo que todo el día está llena la celda de gente, y con mucha fiesta y bulla, y de los Ministros de este Tribunal discurre con los demás religiosos que irán por celarle en su prisión".En la ratificación añade "haver visto entrar también en la celda de Perdomo varias veces a D. Joseph Carta, Ministro calificado. Que por relación del P. Lector de Vísperas, Fr. Blas de Franqui, save que el dicho Perdomo ha tomado prestadas algunas cantidades, señaladamente de Pedro Travieso, vecino de esta Ciudad, cien pesos, y ocho del compañero del citado P. Fr. Joseph Medina, llamado Fr. Francisco Xavier, y que con ellas ha hecho distintos regalos, con especial a una hija del Relator Penichet, casada con D. Joseph o D. Francisco Calimano".

A.M.C., Bute, vol. XXXIII, 1 ª serie.

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2006

Apéndice II.

Inquisidores y fiscales en las relaciones de ministros:

1742:

> No hai actualmente mas que uno que lo es **D. Francisco de Sollano Santa Coloma**, que tiene edad de 42 años, y doce de sacerdote. Fué provisor desde el año de 1728 del Sr. D. Manuel José de Santa] María], Obispo de Lugo, hasta el de 734 en que murió ese Prelado. En el de 736 le confirió el Sr.Or[be] plaza de Inquisidor en este tribunal, de la que tomo posesión en el de 739, y se halla solo desde el mes de febrero de 1741. Estudió en la Universidad de Alcalá, en donde fue C[olegial] en el de San Ambrosio, y se graduó de [doctor] [22.IX.1746: de bachiller] en la facultad de [sagra]dos canones[...][22.IX.1746: " y hizo las funciones literarias que le correspondieron assí dentro como fuera del referido colegio . Fue recibido como] Avogado de los reales Consejos [... /30 v] [22.I.1746: el año de 1722. assistió] en los estudios de los Sres. Marqués de Andía y D. Marcos Sánchez Salvador, ambos del Consejo y Cámara de Castilla. En el primero desde el año de 720 hasta el de 23, en que murió, y desde este año hasta el de 1728 en el del segundo, desde el qual salió a exercer el citado empleo de Provisor. No tiene más renta que los 600 ducados que le corresponden por su plaza.[22.XI.1746: 5.895 rs y ...] [lo que no se puede leer es la ayuda de costa]

1746:

> **D.Joseph de Otero Cossío**, presbytero, de edad de 42 años, estudió en

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2006

la universidad de Valladolid, en la que se graduó de Br. en Leyes y Cánones el año de 31, y se exercitó en explicar de extraordinario, presidir, leer a cáthedras y substituirlas hasta el año de 43, asistiendo a la pasantía de D. Manuel Estevan Montero, avogado de aquella Chancillería, desde 9re de 32 hasta Diziembre de 37. Fue Fiscal y Vissitador de aquel Obispado, haciendo de Provisor interino siempre que se ofrecía, en virtud de títulos del Sr. D. Juliá Dominguez de Toledo, desde Octubre de 38 hasta Abril de 4, en que le nombró por Vicario de la Vicaría de Medina del Campo, que sirvió hasta el día 2 de Octubre de 43, en que el Exmo. Sr Obispo Inqor. Gral. D. Manuel Orozco se sirvió nombrarle Inqor. de este tribunal, cuya plaza juró en Cádiz en 28 de Marzo de 44, y empezó a servir en junio del dicho año. Tiene además del salario y ayuda de costa (que es la ya referida) que importa la plaza de Inquisidor, 1500 rs por un beneficio simple.

D. D.Gabriel Vazquez de Arze, Diácono (a causa de aver estado y estar actualmente en visita el Sr. Obispo de estas Islas) de edad de 42 años. estudió en la Universidad de Valladolid artes y Jurisprudencia, y se graduó de Br. en cánones el día 14 de 9re. de 1725 / [71] y en Leyes el 1° de abril de 172[9], y siguió en la dicha universidad hasta 12 de sepre. de 1735, que tomó possesión de una Veca, Jurista [sic] en el mayor de Sn. Salvador de Oviedo, universidad de Salamanca, en donde presidió, leyó, substituyó y arguyó las veces que se ofrecieron y es costumbre en dicho colegio y universidad, en la que se incorporó el grado de Leyes y en la que fue diputado por su Colegio del que fue Rector, y en el continuó hasta que en el día 20 de 9re. del año de 44 se le hizo por dicho Excmo. Sor. Orozco gracia de la plaza de Inquisidor Fiscal en este Tribunal, de la que tomó posesión en 10 de Mayo de 1745, y no tiene otra renta que la de dicha plaza de Inquisidor.

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2006

1755:

Inquisidor mas antiguo. El Dr. **D. Juan Guerrero B[]rrio[** roto] y dos años. Estudió la filosofía y el derecho civil en [roto / 142 v] de San Miguel de la Universidad de Granada, donde obtuvo dos presidencias, y Beca en propiedad en vista de las funciones literarias de dentro y fuera de dicho Colegio. Passó dos años el drho Real en el estudio de D. Jph Calvo Abogado de la real Chancillería de aquella Ciudad, en donde estuvo desde el año de 1727 hasta el de 1735, en que se graduó de Bachiller en cánones por la universidad de Sevilla y entró en la posesión de una Beca Jurista del colegio maior de Santa María de Jesús, vulgarmente llamado Maesse Rodrigo, precediendo el examen y pruebas de estatuto, en cuya Universidad explicó de Extra Ordinario, substituyó la Cáthedra de prima de Cánones, la de Decretales mayores, la de Código y la de Volumen, la que obtuvo en propiedad. Fue consiliario , Vice Rector, Rector y Juez Canciller, para lo qual tuvo las conclusiones y hizo las oposiciones que son de costumbre. Y en el año de 1745 pasó a servir el Provisorato y Juzgado de testamtos. y obras pías del obpdo. de Guadix, donde fue asimismo Administrador Gral. de las fábricas de aquel obispado y presidió la Mesa Synodal de él, hasta el año de 1750, en que renunció aquella Mitra y fue presentado por S.M. en una Canongía de la Insigne Colegial de S. Hypolito de Córdoba (cuya renta regulada por quinquenio vale ochocientos ducados) que hoi está gozando. Y estando de Diputado de su Iglesia en Madrid en 28 de Septiembre de 1753, fue provisto por el Iltmo. Sr. Obispo de Teruel Inqor. Gral. en Plaza de esta Inqon., que juró en 23 de abril del año de 1754, y desde el de 1738 está graduado de Licenciado y de Dr. en cánones por la Universidad de Sevilla.

El Dr. D. **Bernardo de Loygorri y** [ ], presbítero de edad de 35 años. En el de 1734 fue presentado / [143] por el Alcalde y Regidores de la Villa de

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2006

Cintruénigo en el Beneficio de aquella Iglesia parroquial que valdrá a lo más cien pesos. Estudió tres años de la Philosophía en el Conto. del Merced Calzada de Logroño, por los años de 1735, 1736 y 1737. Obtuvo el grado de Br. en la facultad de leyes en la universidad de Valladolid el 11 de Diz. de 1739 y en la facultad de Sagrados Cánones en 1° de febrero de 1744. Graduóse de Lizdo. por la unibersidad de Avila en 20 de mayo de 1746 y de Dr. por la misma unibersidad en 21 de dho. mes y año. Fue opositor a las Cáthedras de ambos derechos en dha unibersidad de Valladolid. Leyó a ellas de oposición, y explicó de extra ordinario diferentes beces: fue pasante en qualidad de presidente de la pasantía theórica y práctica del Lizdo. D. Balthasar de Lorenzana, Abogado de la real Chansilleria de Valladolid, habiendo precedido a su admisión el examen acostumbrado y de argumentos y réplicas. Fue asimismo admitido en la Academia práctica del Lizdo. D. Juaquin Zuñiga abogado de los Rs. Consejos y del Colegio de Madrid en 21 de Noviembre de 1744, precediendo también el examen de lección de puntos y argumentos. Obtubo en dicha academia el cargo de vice presidente, y otros de la primera distinción, cumpliendo en ella con todos los exercicios prácticos de defensas y judicaturas y demás. Assistió también desde dicho año de 1744 hasta el de 1751 al Estudio de el expresado Abogado de Madrid D. Juaquin de Suñiga. En 23 de Dizre. de 1745 fue aprobado y se le despachó título de Abogado por el real y supremo Consejo de Castilla. Defendió en dicha Unibersidad y en la facultad de leyes. Hizo en ellas sus argumentos y réplicas con otros exercicios. Fue provisto en plaza de Inquisidor Appco. de la Inq. de Cartaxena [ ] de que en 26 de Marzo de 175[ ] se le despachó título [ ] Sr. obpo. de teruel Inqqor. Gral., y por ser muy con[ ] aquel clima no pasó a serbir aquella plaza. [/ 143 v] de 1753 dcho. Illmo. Sor. Obpo. de Teruel le promobió a la plaza de Inquisidor Fiscal de este Sto. Oficio, y la juró en 23 de Abril de 1752.]

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2006

1784:

Licenciado **Antonio María de Galarza**, Pbro., 34 años. Estudió Filosofía en el colegio de los jesuitas de Pamplona en 1765 y 66. Bachiller por la Facultad de Leyes de la Universidad de Oñate, el 16 de abril de 1770, según el nuevo método de estudiar. El 16 de noviembre de 1770 incorporó el referido grado en la Universidad de Valladolid, donde estudió seis años de leyes y cánones y se graduó de Bachiller en la última Facultad en 10 de diciembre de 1772.

Explicó de extraordinario un año y sustituyó en la cátedra de Instituta por nombramiento del claustro, e hizo oposición a la cátedra de Prima en Cánones. Fue admitido por una de las Academias o Gimnasios de ambos derechos.

En 1776: Licenciado en Cánones por la Universidad de Toledo. El 10 de junio de 1776: admitido en la Junta de Teórica Práctica sita en Madrid en el estudio de D. Juan de Castañedo Zevallos. En octubre de 1776: oposición a la Canongía Doctoral de la S.I. Catedral de Zamora "con el mayor lucimiento y aplauso general". Mayo 1778: oposición con el mismo aplauso a la canongía doctoral de la Catedral de Santo Domingo de la Calzada, y tuvo tres votos.

Goza anualmente de 200 ducados por el beneficio patrimonial que obtiene en la Villa de Munguía, Señorío de Vizcaya y Obispado de Calahorra, por presentación de los vecinos.

Fue nombrado inquisidor el 28 de mayo de 1781, tomó posesión el 19 de enero de 1782 y ha servido en este tribunal solo año y medio [la relación es de 20 de julio de 1784].

Sueldo consignado: 800 ducados repartidos en tres tercios de enero, mayo y septiembre, y en éste último además la ayuda de costa ordinaria de 100 ducados.

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2006

1793:

Inquisidor decano[fiscal en 1784]: D. **Cándido de Toribio de Alarilla,** Pbro., natural de la villa de Rivatejada, arzobispado de Toledo, edad de 47 años, estudió tres años de artes en la Universidad de Alcalá de Henares, y recibió el grado de Br. en dicha Fac.; luego estudió otros ocho años de leyes y cánones en la misma Universidad, y en ella se graduó de Br. en ambos derechos; fue de la Rl. Academia de San Josef en la que tubo tres veces conclusiones, y ascendió a profesor, para lo que leyó media hora, y respondió a cuatro argumentos de media hora cada uno, y fue aprobado nemine discrepante. después pasó a practicar a Madrid y lo hizo por tiempo de cuatro años, asistiendo al estudio del Sr. D. Ignacio de Santa Clara, entonces Alcalde de Corte, y después del Consejo de Castilla, siendo al mismo tiempo individuo de la Rl. Junta de Práctica del Espíritu Santo, en la que tubo 48 ejercicios mayores, y los empleos de Revisor, Promotor Fiscal, y Juez Ecco.. Fue opositor a los curatos de Toledo en el concurso de 1773, y con el informe de sus ejercicios mereció a la piedad del Sr. Rey Carlos 3° la presentación del Beneficio de la Villa de Loxoya en dicho Arzobispado: en 14 de agosto de 1775 se recibió de abogado en el Rl. y supremo consejo de Castilla: en 11 de mayo de 1777 fue nombrado Provor. y Vic° Gral. del Obispado de Vique por el Iltmo sr. D. Fr. Antonio Manuel de Artalejo; y en el Sínodo que se celebró en dicho Obispado a fines del mismo año se le nombró, nemine discrepante, examinador sinodal y Juez de Causas y Sindicatos; sirvió dicho Provisorato hasta el año de 1780, en que el mismo Sr. D. Carlos 3° (que esté en gloria) le presentó para el arcedianato de Castela, Dignidad de la Cat. de Orense; desde octubre del referido año de 1780 hasta fines de Septe. del de 1783 estubo sirviendo en la referida Digd., mereciendo al mismo tiempo que el Iltmo. Sor. D. Pedro Quevedo y Quintano, actual obispo de Orense le nombrase Visitador Gral. de aquel obispado, y le

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2006

eligiese para asistir a los exámenes de curas, confesores y ordenados: tiene licencias absoluta de celebrar, confesar y predicar en el arzobispado de Toledo y Obispados de Vique y Orense; en 14 de agosto de 1783 le nombró el Excmo. Sr. D. Felipe Beltrán Inqor. Gral. y /(fol.32) Obispo de salamanca Inquisidor Fiscal de este Sto. Offo., de cuya plaza tomó posesión en 31 de diciembre del mismo año, y la estubo sirviendo hasta el 15 de agosto de 1785, quedando solo en este Tribunal hasta fines de Septe. del mismo año, en que vino el actual Inquisidor Fiscal, desde cuyo tiempo sirve de Inquisidor Decano: En 13 de enero de 1791 le nombró el Excmo. Sor Arzobispo de Jaén Inqr. Gral., Inqr. Fiscal del Tral. de Llerena, cuya plaza renunció en 10 de Febº del mismo año, por serle contrario aquel temperamento para su salud; en 23 de Dice. de 1792 le nombró el mismo Excmo. Sor. Obispo de Jaén para una plaza de Mallorca, sobre cuya provisión representó a S.E. en 10 de Febº del corrte. año lo que tubo por convente.; y a V.S.I. lo mismo en 26 de Abril, con inclusión de las copias de sus cartas anteriores, sobre lo qual no ha tenido razón alguna. La renta de la plaza es de 800 ducados de sueldo y 100 de ayuda de costa ordinaria; y la de la Digd. de Orense quince mil rs. más o menos según los años.

Inquisidor Fiscal: El Dr. D. **Fco. Xavier Sainz Escalera**, natural de la Villa de Mansilla en la Sierra de Cameros del arzobispado de Burgos, Pbro., edad de 43 años, estudió latinidad, retórica, Poesía y Historia antigua de los romanos por espacio de dos años, y al fin de ellos tubo un certamen público de todo lo referido en dos días seguidos en la Iglesia del colegio de Santo Tomás de Madrid, dedicado a S.M., qdo. era Príncipe de Asturias; tiene 18 años de estudios mayores en la Universidad de Alcalá, en la que recibió el grado de Br. en ambos derechos, nemine discrepante; fue Presidente turnario, Srio por espacio de dos años, y Censor por el de uno en la Rl. Academia de Jurisprudencia de dicha Universidad, titulada últimamente de San Justo y Pastor, presidió como tal siete exercicios de

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2006

Concls. Canónicas y Civiles con defensa de sus respectivas materias; y posteriormente 35 exercicios civiles y canónicos en clase de Presidente mayor; leyó ocho veces de oposición, quatro de media hora y tres de hora sobre el dro. civil y canónico, con puntos rigurosos de 24 horas dentro de dicha academia; y otras siete fuera de ella en la Universidad, por espacio de una hora con puntos de 24. se empleó en la enseñanza pública de la Junventud en el curso de 1774 y en el de1775 al de 1776 en clase de Regte. o Substituto pro Universitate de las dos Cátedras de Decretales y de la de Concilios Generales y Nacionales, explicando en ellas por espacio de dichos dos años cumplidos los Autores prevenidos por el nuevo Real método de estudios de dicha Universidad. después de obtenido grado de Br. asistió a las Cátedras respectivas, puestas por dicho Rl. Concluidos los 4 años de dicho grado, necesarios por las Constituciones de aquella Universidad para obtener el de Licdo., tubo a este fin una pública/(fol. 32 v.) repetición sobre el Decreto de Graciano, y defendió su materia en 5 de enero de 1766; y en la noche del día 7 del mismo mes y año sufrió un secreto riguroso examen por espacio de seis horas, leyendo de oposición con puntos de 24 por todo el tiempo que previenen las Constituciones, y defendiendo con notable acierto las materias de Decretales y Decreto, que de los tres piques en cada uno de los dichos Códigos que le fueron señaladas por el Cancelario; por lo que habiéndole sido aprobados estos exercicios por los Docts. de Sagdos. Cánones nemine discrepante, recibió en dicho dí 7 el grado de Licdo. en dicha Facultad de Cánones por la misma Universidad. Graduóse asimismo de Dr. en dicha facultad por la referida Universidad en 3 de abril de 1776, y como tal ha argüido muchas veces en los actos mayores y menores, públicas y secretas repeticiones, y demás funciones de la Universidad. Ha hecho cinco oposiciones a las Cátedras de Derecho Civil y Canónico de aquella Universidad: la primera a la de Historia Ecca. la 2ª a las dos de Decretales, la 3ª a la de concilios Generales y Nacionales; la 4ª a la de Instituciones Civiles; y la 5ª segunda vez a la de Historia Ecca., leyendo en cada una de ellas por espacio de

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2006

una hora con puntos rigurosos de 24, respondiendo a dos argumentos cada una media hora, y arguyendo por el mismo tiempo a los Docts. de su trinc, con arreglo en todo a los Autores prevenidos por el Rl. Supremo Consejo para cada una de dichas Cátedras. Ha sido consultado a S:M. en 3° lugar para la de Decretales; en 1° para los de Instituciones Civiles con mucho exceso de pluralidad de votos del supremo pleno Rl. Consejo; y en el mismo primer lugar nemine discrepante para la de Histª Ecla. Ha sido asimismo examinador de cursantes de ambos Dros. en el año de 1777 por elección del claustro de Docts. en Cánones de la misma Universidad. En 28 de Octubre del expresado año de 1777 fue electo Moderante con honores y preheminencias de Catedco. de la Rl. Academia de ambos dros. de la misma Universidad titulada San Justo y Pastor por el referido Claustro de Cánones, conforme a lo dispuesto por Rs. Ceds. de S.M., y desempeñó este empleo hasta fines de Nov. de 1778. En 7 de junio del mismo año presidió un acto mayor de mañana y tarde a D. Josef Azedo Rico, con arreglo al Dro. Civil y Regio sobre la materia de compra y venta. En 17 de Octubre del mismo fue nombrado Juez de oposición para el Concurso a la Cátedra de Concilios Generales y Nacionales, cuyo encargo desempeñó con el debido zelo y rectitud. Ha sido catedrático en propiedad más antiguo de Instituciones Civiles de aquella Rl. Universidad, en virtud de Rl. presentación de S.M., cuyo / (fol. 33) empleo exercio por espacio de tres años hasta 5 de Octubre de 1781, en que tomó posesión de la Cátedra de Historia Ecla., 6° año de Jurisprudencia, y 2°de Bachilleres de la misma Universidad, a la que fue promovido por S.M. en virtud de consulta del Consejo pleno, en cuyo honroso empleo acreditó su grande amor a la Patria, y el infatigable deseo del adelantamiento de la Juventud. Fue examinador de Bachilleres de ambos Dros. en virtud de Rs. Ceds.; y ha sido Colegial Rector en el año de Santa Justa y Rufina de dicha Universidad hasta el 21 de Julio de 1781, y desde este día exerció por nombramiento de S.M. el empleo de rector en el de Santa Catalina Mártir, llamado de los Verdes, a conseqª de la unión de aquel Colegio a

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2006

este, executada de orden de S.M. Es Beneficiado en la Iglª Parroquial de Santa María de dicha Villa de Mansilla de la Sierra de Cameros del arzobispado de Burgos, el qual Beneficio obtubo por oposición de latinidad, Moral y sagdos. Canones, con lección de media hora en estos, y su respectiva defensa con puntos de solas tres horas. Por Rl. presentación de 10 de Nove. de 1782 se sirvió S.M. nombrarle para el Arcedianato de Medina Coeli Digd. de la Catedral de Sigüenza, del que tomó en 3 de Marzo de 1783 la posesión en que continua. Es confesor y Predicador con licencias absolutas en los Arzobispados de Toledo y Burgos, y en el Obispado de Sigüenza y otras Jurisdicciones. Fue nombrado Inqor. Fiscal de este Santo Offo. por el Excmo. Sr. D. Agustín Rubín de Celis, Obispo de Jaén Inqor. Gral. en Febº de 1786, en 28 de abril del mismo año se le despachó el título, y presentado en este Sto. Offo, tomó posesión de dicha Plaza en 20 de Septe. del referido año. La renta de dicha Plaza es de 800 ducados von. y 100 de ayuda de costa, de la que paga al Rl. Fisco la casa que habita, propia de S.M., no obstante que en todos los demás Trales. se da casa de valde al segundo. el Arcedianato le produce anualmente de 800 a 900 ducados; y el Beneficio Patrimonial 300 rs.von.

1798:

Inqr. Fiscal: " El Dr. D. **Josef Francisco Borbujo y Rivas**, nat. de la Villa de Toral de los Guzmanes, vicaría de San Millán, Diócesis de Oviedo, de edad de 44 años, 18 de estudios mayores en la Rl. Universidad de Valladolid y facultades de leyes y sagrados cánones, en donde recibió nemine discrepante los grados de Bachiller respectibos, y tubo los actos de estilo: fue indibiduo clásico Ascendente de los Gymnasios 1º y 2º de Leyes y Cánones; recibió los grados de Licenciado y Dr. en la de Oñate, habiendo precedido la incorporación de el de Bachiller y otros exercicios en dicha Rl. Universidad de Oñate: es Beneficiado Patrimonial del Pueblo de su naturaleza, cuio valor es de 300 ducados, poco más o menos; Comisario del S.O. de la Inqon. de

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2006

Valladolid desde el año de 83, habiendo desempeñado las muchas comisiones que le confió aquel Sto. Tral., aún en medio de los muchos negocios que le ocupaban en el ministerio de Vicario Gral de Medina del Campo, comprendida en la diócesis de Valladolid, cuio empleo exercició por espacio de 6 años, en los que evacuó varias comisiones de la Rl. Cámara en expedientes Beneficiales, y otros que merecieron Rl. aprovación; y estando en este libre exercicio de Jurisdicción fue electo Inqr. Fiscal con voto de 14 de Mayo de 1796 por el Excmo Sr. Inquisidor General Cardenal de Lorenzana, Arzobispo d Toledo, en cuias manos juró su empleo en 19 del mismo. Llegó a Canaria en 16 de Septiembre del propio año y en el 17, día siguiente tomó posesión. La renta de la plaza es de 800 ducados de sueldo y 100 de aiuda de costa ordinaria.

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2006

Apéndice III.

Ministros fuera de la sede por años.

1742

	C	F	L	T	G	H	P	TOTAL
Comisario	2	1	1	13	1	1	2	21
Alguacil	2	1	1	9	1	1	1	16
Notario	2	2		18	1	1	1	25
familiar	3			4				7
TOTAL	9	4	2	44	3	3	4	69

1746

	C	F	L	T	G	H	P	TOTAL
Comisario	3	4		14	1	2	1	25
Alguacil	1	2		6	1	1		11
Notario	5	3	1	15	1	1		26
familiar	1			1				2
TOTAL	10	9	1	36	3	4	1	64

1755

	C	F	L	T	G	H	P	TOTAL
Comisario	4	4	1	11	1	1	1	23
Alguacil	2	1		6	1	1	1	12
Notario	5	2	1	12	1	1	2	24
familiar								
TOTAL	11	7	2	29	3	3	4	59

1784

	C	F	L	T	G	H	P	TOTAL
Comisario	1	1	1	6	1		2	12
Alguacil	1	1		4			3	9
Notario	3			3				6
familiar	4	2		2				8
TOTAL	9	4	1	15	1	0	5	35

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2006

1787

	C	F	L	T	G	H	P	TOTAL
Comisario	1		1	6	1		2	11
Alguacil		1		3			3	7
Notario	1			3	1		1	6
familiar	1	1		4			1	7
TOTAL	3	2	1	16	2	0	7	31

1793

ISLA/ CARGO	C	F	L	T	G	H	P	TOTAL
Comisario	4		1	7	1		3	16
Alguacil	2	1		4			2	9
Notario	5	1		6			1	13
familiar	2	2		3			1	8
TOTAL	13	4	1	20	1	0	7	46

1814

ISLA/ CARGO	C	F	L	T	G	H	P	TOTAL
Comisario	4		1	7	1	1		14
Alguacil			1	2			1	4
Notario	1		1	8	1		1	12
familiar	1			1			1	3
TOTAL	6	0	3	18	2	1	3	33

C= Gran Canaria; F = Fuertventura; L = Lanzarote; T = Tenerife; G = Gomera; H = Hierro; P = La Palma.

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2006

Apéndice IV

Relación de ministros en la sede

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2006

CARGO	1742	1746	1755	1784	1787	1793	1814
Inquisidor	Francisco de Sollano Santa Coloma (n. 1736; p. 1739)	id.	Juan Guerrero B[ ] rrio (n. 1753; p. 1754)	Antonio María de Galarza	Cándido Toribio de Alarilla	Cándido de Toribio de Alarilla (n. y p. 1783 : inq. Fiscal - hasta 1785: desde entonces: inq. decano)	José Francisco Borbujo y Rivas
id.	---	José de Otero Cossío (n. 1743; p. 1744)					
Inquisidor fiscal	---	Gabriel Vázquez de Arce (n. 1744; p. 1745)	Bernardo de Loygorri	Cándido Toribio de Alarilla.	Francisco Javier Sáinz Escalera	Francisco Javier Sainz Escalera (n. y p. 1786)	
Alguacil mayor	[Juan del Saz]	Baltasar Félix de Llarena y Viña	id.	Jacinto Agustín Falcón y Ramos. (1772)		Id.	Id.
Secretario del secreto	Juan del Saz (1695)	id.		Manuel de Retolaza	Manuel de Retolaza	Manuel de Retolaza (1769)	Id.
id.	Melchor de Castroviejo	id.		Dionisio Treviño	Dionisio Treviño	Dionisio Treviño y Frías (1781)	
id.	Fernando Pérez	id.	id.	id.	Miguel Coca y Burgos	Fr.Luis Vázquez de Figueroa (1790)	Id.
Ayudante del secreto	--		Domingo Ramos		Fr. Luis Vázquez de Figueroa(secretario supernumerario)		
Receptor	Juan Naranjo de Quintana (1736)	Juan González Trebieso	Fernando Pérez (1754)	José Martel Monzón (1773)	Domingo Galdós	Domingo Galdós (1785)	Manuel Pestana
Secretario de secuestros	---	---	---	Juan Rodríguez de la Vega (1781)	Id.	---	Pedro de Retolaza
Contador	Domingo Ramos (1728)	id.	id.	Antonio Zerpa Padilla y Romero	Id.	Id.	--
Alcaide	Francisco Naranjo (1706)	id.	Antonio Suárez Naranjo	Tomás Suárez (1775)	Juan Navarro	Juan Navarro (1786)	Id.
Nuncio	Francisco Monzón Dávila (1731)	id.	Dionisio Treviño y Frías (1752)	Id.	Id.	id.	
Capellanes	Francisco Monzón Dávila José Marín y Cubas	id. id.	Domingo Ramos Luis Texera	Francisco Monzón Ravelo José Martín de Nis	Id.	Francisco Monzón Ravelo Francisco Posadas	Juan Vega Isidro Falcón
Capiller	?	Cristóbal Suárez	id.	Domingo de Quintana	Carlos María de Quintana	Carlos María de Quintana	José Marina

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2006

Portero	Antonio Suárez Naranjo (1740)	id.	id.	Tomás Suárez.	Juan Navarro	Juan Navarro	
Abogado de la Hacienda de la Inquisición	--	---	---	José Hidalgo y Cigala	Id.	---	José Vázquez
Procurador del Fisco	Francisco Ruiz de Medina	id.	id.		---	---	---
Abogado de presos	Isidoro Romero Manuel del Rio y Loreto	id. id.	id.	---	---	---	---
Médico	Guillermo Benet	---	---	Juan Pano	Francisco Pano	Francisco Pano Manuel Rodríguez Codon	Francisco Pano Nicolás Negrín
Depositario de pretendientes	---	---	Manuel del Río Loreto	D. Andrés Russell (1778)	Id.	Andrés de Russel	Id.
Barbero	Antonio Diepa	id.	---		Pedro Jardín		---
Consultores				• José Massieu • José Hidalgo y Cigala	• José hidalgo y Cigala	•	• Andrés de Arbelos
Calificadores	• Fr. Luis González de Almeida O.F.M. • Fr. José Díaz Prieto O.P. • Fr. Miguel de Franquis O.P.	id. id. id. • Juan Francisco Abreu	id. id. id. • José G. Domínguez • Fr. Gaspar de Valenzuela O.F.M. • Fr. Juan Suárez de Quintana O.F.M. • Fr. Agustín Casado Figueredo O.P. • Fr. Agustín Figueredo O.S.A.	• Francisco Ignacio Fierro • Fr. Luis Vázquez de Figueroa • Id.	• Fr. Luis Vázquez de Figueroa	• Fr. Luis Vázquez de Figueroa O.P. • Fr. Francisco Luján O.P. • Fr. Manuel de Andrade O.F.M. • Esteban Fernández	• Esteban Fernández

Fuente: A.M.C., Inq. leg. I - D - 30, fol. 30 ss. (1742); fol. 69 ss.(1746); fol. 142 ss.(1755); I - D - 29, fol. 145 ss. (1784); I - D - 28, fol. 31 ss.(1793). Las de 1787 y 1814: M. Aranda Mendíaz: *El Tribunal de la Inquisición de Canarias durante el reinado de Carlos III*. Universidad de Las Palmas de Gran Canaria, Madrid, 2000, pp. 375-383.

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2006

Apéndice V

Relación de ministros fuera de la sede

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2006

Gran Canaria

Lugar	Cargo	1742	1746	1755	1784	1787	1793	1814
Las Palmas	comisario		—	José Domingo del Castillo, Pbro.			—	
	alguacil mayor						*Coronel* Francisco del Castillo Amoreto (Conde de la Vega Grande)	
	notario		• José Marín y Cubas, Pbro. • Pedro Ruiz de Vergara, Pbro. • José Domingo del Castillo, Pbro.		• Salvador Falcón • Miguel Jacinto Carrasco-sa y Benegas	•	• Fr. Andrés Delgado • Tomás Suárez, Pbro. (ausente en América)	•
	familiares	• Diego Eugenio Ruiz de Vergara (c) • Pedro Ruiz de Vergara (c)	id.	id. • Manuel del Río Loreto • Juan González Trabieso	• Cristóbal Cayetano del Castillo Ruiz de Vergara (alguacilmayor de ausencias) • Francisco *Jacinto de León* y Matos • Francisco Xavier de Betan-court y Franquis		Francisco del Castillo Amoreto	
Telde	comisario	---	José Falcón, Pbro.	id.				Pedro Estupiñán
	alguacil	Francisco Ruiz de Vergara (c)		Diego Eugenio Ruiz de Vergara (c)				
	notario	Juan Andrés de Quintana (c)	id. (" sin pruebas ": sic)	Gonzalo de la Fuente, Pbro.	Antonio Agustín Padilla	Id.		
	familiar	Julián López Morales (c)	id.		José Domingo Naranjo	Id.	José Domingo Naranjo	Id.
Agüimes	comisario	Bartolomé Navarro, Pbro., cura (c)	id.	id.				Andrés García
	notario	Francisco Alvarado	id.	id. (c)				Fr. Sebastián de Morales

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2006

Lugar	Cargo	1742	1746	1755	1784	1787	1793	1814
Vega	Comisario							Juan de Vega
	alguacil						Francisco Rodríguez	
	notario						Blas Monzón	
Arucas	comisario						Juan Carlos Hidalgo José Ponce, Pbro.[1794 ?]	
	notario						Francisco Leonardo, Pbro.	
Tirajana	comisario						Juan Rodríguez de Vega, Pbro., cura	
Moya	comisario						Lorenzo de Quintana	
	notario						Antonio Díaz Trujillo	
Guía	Comisario	Francisco Rodríguez del Castillo, Pbro. (c)	id.	id.	Pedro Tomás de Betancourt y Acedo	Pedro Tomás Betancourt y Franquis	Pedro Tomás de Azedo, Pbro.	Antonio García Blanco
	alguacil	Juan Antonio Azedo	id.	id.	Francisco Xavier Betancourt y Franquis			

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2006

Tenerife.

Lugar	Cargo	1742	1746	1755	1784	1787	1793	1814
La Laguna	comisario	Miguel Felipe Suárez de Armas	id.	id.	Fr. Juan Díaz Gómez, O.P.	Id.	Id.	Fr. Antonio Verde
	alguacil mayor				Capitán Bartolomé González de Mesa	Id.	Id.	Id.
	alguacil	José Pedro Lordelo						
	alguacil de ausencias y enfermedades	Cristóbal Lordelo						
	alguacil interino			Cristóbal Lordelo				
	notarios	• Manuel Suárez y Armas (c) • Simón González Machado (c) • Lorenzo Nicolás de Arauz	id. id.	id.			Fr. Andrés Delgado, O.P. (1794)	Sebastián Antonio Álvarez
	familiares	• Matías Suárez y Armas (c) • Manuel González Suárez • Matías Boza	id.	id.	• José González de Mesa (y alguacil mayor en Tacoronte) • Capitán Tomás Eduardo Wadding	•	• José González de Mesa (en 1794 ausente en Indias, " empleado en el reino de México) • Id.	• Id.
Tacoronte	comisario	Rafael V[icen]te Álvarez López (c)*	R. V[icen]te Gómez		José Antonio Pérez Antúnez	Id.	José Antonio Pérez Antúnez, Pbro.	
	alguacil mayor				José González de Mesa	Id.	José González de Mesa	
	alguacil	Juan Díaz Gómez *		Baltasar Ramos Perera				
	alguacil de ausencias			Juan Bautista Perera				
	notario	• Domingo Manuel Romero y Alp[ ]* • Domingo Jorge						
	familiar					Tomás Eduardo		

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2006

Lugar	Cargo	1742	1746	1755	1784	1787	1793	1814
						Wading		
Buenavista	comisario	Juan Domingo Morales	id.	id.	Miguel Verde Betancourt, Pbro.	Id.	id.	
Villa y Puerto de la Orotava	comisario	Ignacio Hernández del Álamo (c)	id.	id.	José Antonio Peraza y Socas	Juan Antonio de Llarena	Juan Antonio Llarena, Pbro.	Id.
	comisario de ausencias y enfermedades	Fr. Miguel de Franquis						Domingo Valcárcel (interino)
	alguacil	José Machado	id.	id.	Felipe Machado	Id.	id.	Antonio Benítez de Ponte
	notarios	• Francisco Álvarez López, O.S.A. (c) • Fr. Gerónimo José Suárez, O.F.M. • José Agustín Beltrán	id. id. • Fr. Francisco José Gutiérrez, O.F.M. (c) • Fr. Pedro Martínez • José Agustín del Álamo	id. id. Fr. Francisco Álvarez			Domingo Valcárcel	Antonio Benítez de Ponte Francisco Felipe de Lugo
	Familar				José Francisco Benítez de Lugo	Id.		
Realejo de Arriba	comisario	Marcelo Fernández Vasconcelos (c)	id.	id. Beneficiado				
	alguacil	Diego Díaz de la Guardia y Mesa	id.					
	notario	Lucas Fernández de Chávez	id.	id.				
Realejo de Abajo	comisario	Fr. Nicolás de San José y Torres, O.S.A.	id.	id				

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2006

Lugar	Cargo	1742	1746	1755	1784	1787	1793	1814
		(c)						
	comisario de ausencias y enfermedades	Fernando Toste Lozano (c)	id.	id.				
	alguacil	Alejandro García de Orea	id.					
	alguacil de ausencias y enfermedades	José Fernández Brito	id.					
	notario	• Fr. José Picar, O.S.A. • Pedro Martín de Chávez	id. id.	id.				
Garachico	comisario	José Martínez de Figueroa (cura de El Tanque)	id.	Angel Rodríguez Gómez, Beneficiado				
	comisario de ausencias		Angel Rodríguez Gómez, Beneficiado (c)					
	notario	Angel Rodríguez Gómez, Beneficiado (c)		Francisco Antonio Tabares				
Arico	comisario	José Fernández Romero	id					
	notario	José Lor° Gómez	id.					
Victoria	comisario	Cristóbal José Trujillo de la Coba	id	id.				
	notario	Pedro Hernández de la Cruz	id.	id.				
Puerto de Santa Cruz	comisario	Amador González Cabrera (c)	id.	id.	• Francisco Félix del Campo, Pbro • Domingo Antonio Sarmiento (*comisario* jubilado)	• Id. • Id.	• id. • *id.*	• José Mamerto del Campo
	comisario de ausencias	Fr .José Prieto, O.P. (c)	id.					José Benavides (interino)
	alguacil	José del Río y Loreto	José Moreno	id.	José Candelaria	Id.	id.	Id.

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2006

Lugar	Cargo	1742	1746	1755	1784	1787	1793	1814
			Camacho		Rodríguez Carta			
	notario	• Juan Francisco Abreu y Vélez (c) • Juan Yanes	Juan Lasso de la Vega	id.	• Santiago Clemente del Campo	• Id. • Eduardo de Fuentes	• id. • Eduardo Fuentes, Pbro. (hoy residente en la Villa y Corte de Madrid	• Eduardo Fuentes • Gaspar de Fuentes • Simón García
	familiar	Matías Boza			Matías Fortunato Rodríguez Carta	Id.	id.	
Icod	comisario	Diego Pérez Rijo, Pbro.	id.	id.		Nicolás Delgado Cáceres	Nicolás Delgado Cáceres, Pbro.	Id.
	comisario de ausencias			José Agustín Perdomo, Pbro.				
	alguacil	Capitán Diego Gallegos	id.	id.				
	notario	• Fr. Bernardo Rijo • Salvador Díaz Borges	id. id.	id. id. José Agustín Perdomo, Pbro.				• José María Bethencourt • Francisco Díaz Pantaleón
Santa Úrsula	notario					Andrés de Socas	Andrés de Socas y Clavijo, Cura	
Taganana	notario						Pedro Manrique de Lara, Beneficiado (1794)	
Güímar	comisario							Florentín Núñez
El Sauzal	Comisario							Antonio Grimaldi Calzadilla y Brito

- de el Sauzal, Tacoronte y la Matanza

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2006

Isla de El Hierro

Cargo	1742	1746	1755	1784	1787	1793	1814
comisario	Cayetano de la Barreda Padrón	id.	id.		--	--	Francisco de Ayala
comisario de ausencias	--	Miguel Guadarrama	--			--	
alguacil	Juan de Ayala	id.	id.			--	
notario	Bartolomé G. del Castillo	id.	id.			--	

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2006

Isla de la Gomera

Cargo	1742	1746	1755	1784	1787	1793	1814
comisario	Melchor Peraza de Ayala	id.	id.	Fr. Antonio José de Cubas	Id.	Fr. Antonio José de Cubas, O.F.M.	José Ruiz de Armas
alguacil	Juan R. Fragoso	id.	id.			--	
notario	Juan Martín de Mederos	id.	Francisco José García Betancourt		Fr. Antonio Ruiz de Armas (ausente en Roma)	--	Antonio Ruiz Padrón

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2006

Isla de Lanzarote

Cargo	1742	1746	1755	1784	1787	1793	1814
comisario	Ambrosio Cayetano de Ayala (c)		Gregorio Fernández Méndez, O.P.	Pedro Agustín Cabrera y Betancourt, Pbro.	Id.	id.	Antonio Cabrera y Ayala (interino)
alguacil	Cayetano José Perdomo						Santiago Feo
notario		Fr. Gregorio Fernández Méndez, O.P.	Andrés Lorenzo Curbelo, Pbro.				Domingo Cueva

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2006

Isla de Fuerteventura

Lugar	cargo	1742	1746	1755	1784	1787	1793	1814
Villa de Betancourt (sic)	comisario	*Esteban González de* Socueva	id.	*Pablo José Cabrera* Betancourt, Pbro.	*Juan Mateo Cabrera*		–	–
	comisario de ausencias		Sebastián Trujillo de Umpiérrez					
	alguacil mayor				Agustín Cabrera	Id.	*Coronel* Agustín Cabrera	
	alguacil	Melchor de [ ], (c)	Juan Pedro de Go [ ]	*Coronel* Melchor de Cabrera				
	notario	• José Antonio Cabrera • Sebastián Trujillo de Umpiérrez	id.	Juan Mateo Cabrera, Beneficiado de la isla			*Coronel* Tomás de Aquino Cabrera	
	familiar				• *Coronel* Tomás de Aquino Cabrera • Nicolás Negrín	• Id.	• id. • id.	
Pájara	*comisario*		Matías Fabricio	id.				
	comisario de ausencias			Juan Blas Umpiérrez				
	alguacil		*Capitán* Manuel Cabrera Umpiérrez					
	notario		Juan Blas Umpiérrez	id.				
La Oliva	comisario		Juan Jacinto Cabrera, Pbro.	id.				
	notario		Juan Mateo de Cabrera					

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2006

Isla de La Palma

Cargo	1742	1746	1755	1784	1787	1793	1814
comisario	Pedro Cayetano Vélez y Pinto, Pbro.	id.	id.	• Cristóbal Manuel Martínez Méndez • Antonio José de Amaranto	• Id. • Id (interino)	Manuel Volcán Medina, Pbro.	Id.
comisario de ausencias	Domingo Alfaro					Antonio Manuel Salazar y Carmona, Pbro. y Vicario Ecco.	
comisario interino jubilado						Antonio José de Amaranto	
alguacil mayor				• Nicolás Massieu y Salgado , Caballero de la Orden de Santiago. • Nicolás Massieu y Sotomayor, Caballero de la Orden de Alcántara, en los Llanos • *Capitán* Pedro Massieu y Sotomayor (del lugar de Mazo)	• Id. • Id. • Id.	• id. (en Santa Cruz) • • id.	Nicolás Massieu
alguacil	Pedro de Sotomayor		Domingo Alfaro				
notario	Francisco Sánchez Carmona, Pbro.		• Santiago Pinto Vandeval • Cristóbal Martín Méndez		Francisco Dionisio Volcán	Antonio Manuel Salazar y Carmona, Pbro. y Vicario Ecco.	Cristóbal Fierro y Sotomayor
familiar					Juan Nepomuceno Massieu	Juan Nepomuceno Massieu y Sotomayor	Id. Pedro Massieu

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2006

Apéndice VI.

Relación de ministros de Millares Torres:

Año	inquisidor	fiscal	alguacil mayor	receptor	alcaide
1705	• Bartolomé Benítez de Lugo • Juan Corbacho		Pedro de Alvarado y Orellana	Simón Rivero	Simón Rivero
1713	• Baltasar Manuel Villarejo y Ramírez • id.	Bernardo Miguel de Quirós	id.	Jacinto Falcón y Valdez	
1715	Diego Fermín de Balanza	Juan García de la Yedra	id.	id.	
1721	• Juan Eusebio de Campomanes Omaña • Manuel Guemes de Orcasitas	Diego Francisco de Carvajal	id	id.	
1729	• Juan Bautista Rodríguez de Burnaga • id.		id	Bartolomé Lesur de la Torre	Francisco Naranjo
1734	• Juan Baltasar de Loaysa y Chaves • Pedro Ramírez Villalón • Gabriel Morgado y Chaves		id.	Juan de Abadia	
1740	• Felipe Muñoz • Francisco Solano Santa Coloma		Juan del Saz (hace de)	Juan Naranjo	
1745	• José Otero y Coris • id.	Gabriel Vázquez de Arce	id. (interino)	id.	

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2006

Año	inquisidor	fiscal	alguacil mayor	receptor	alcaide
1755	• Juan Guerrero y Berio • Bernardo Loygorri y Virto		Baltasar de Llarena	id. (Juan Naranjo de Quintana)	
1758	• José Domingo Martínez de Hermosa • id.		id.	id.	
1764	• Juan Martínez Nubla • Agustín Ceballos y la Riva		id.		Antonio Suárez
1770	Agustín Ceballos y la Riva	Alfonso Molina y Santaella	id.		
1773	Alfonso Molina y Santaella	Bruno de Haro y Salazar	id.		
1775	• id. • Bruno de Haro y Salazar	Gregorio Faustino de Bolaños	id.		Antonio Suárez
1778	• Gregorio Faustino de Bolaños • Fernando García de la Prada		id.		Juan Rodríguez de las Llagas
1780	• Antonio de la Mota • id.				Tomás Suárez Navarro
1784	• Antonio María de Galarza • Cándido Toribio de Alarilla				
1788	• Francisco Javier Sains de Escalera • id.				Juan Navarro
	• José Francisco Borbujo y Rivas • id.			Domingo Galdós	id.

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2006

Año	inquisidor	fiscal	alguacil mayor	receptor	alcaide
1803	• id. • Antonio Fernando Echanove			id.	id.
1819	Ramón Gregorio Gómez				

Año	nuncio	portero	secretario	contador	notario de secuestros
1705	Bartolomé Lesur de la Torre	Pedro Hernández Lozano	• Diego Francisco de Carvajal • Juan del Saz	Pedro Tomás Ramos	Simón Jorge Perera
1713	id.	id.	• id. • id.		id.
1715	id.		• id • id.		id.
1721	id.	Diego Naranjo	Juan del Saz	Pedro Tomás Ramos Bravo y Wandame	id.
1729	id.		• id. • Francisco Antonio Texera	Domingo Ramos Bravo	
1734	Francisco monzón	Juan de la Cueva	• id. • Melchor de Castroviejo	id.	
1740	id.		• Fernando Pérez • id.	id.	
1745	id.		• id. (Fernando Pérez	id.	
1755	Dionisio Treviño y Frías		id.	id.	
1758	id.	Antonio Suárez Naranjo	id.	Manuel del Río y Loreto	
1764	id.		id.	id.	
1770	id.		• id. • Manuel de Retolaza	id.	
1773			• id. • id.		
1775	id.	Juan Rodríguez de las Llagas	Manuel de Retolaza		
1778	id.		id.		Antonio Agustín de Padilla

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2006

Año	nuncio	portero	secretario	contador	notario de secuestros
1780		id.	• id. • Dionisio Treviño		
1784		Tomás Suárez Navarro	• id. • [id.]		Juan Rodríguez de la Vega
1788			• id. • id. --- • id. • id.		id.
1803			Fr. Luis Vázquez de Figueroa		• Pedro de Retolaza [?: " secretario de secretos "]
1819			José de Acosta		

De 1744 a 1773: José Gabriel Russell, Depositario.

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2006

Apéndice VII.

Lugares donde hay ministros

Gran Canaria
(Aparte de los que trabajan en el Tribunal)

Lugares	1742	1746	1755	1784	1787	1793	1814
• Las Palmas	*	*	C	*		*	
• Telde	*	C	C	*	*	*	*
• Agüimes	C	C	C				C
• La Vega						*	C
• Arucas						C	
• Tirajana						C	
• Moya						C	
• Guía	C	C	C	C	C	C	C

C: Comisario; * : otros ministros.

Tenerife

Lugares	1742	1746	1755	1784	1787	1793	1814
• La Laguna	C	C	C	C	C	C	C
• Tacoronte	C	C	*	C	C	C	
• Buenavista	C	C	C	C	C	C	
• Villa y Puerto de La Orotava	C	C	C	C	C	C	C
• Realejo de Arriba	C	C	C				
• Realejo de Abajo	C	C	C				
• Garachico	C	C	C				
• Arico	C	C					
• La Victoria	C	C	C				
• Santa Cruz	C	C	C	C	C	C	C
• Icod	C	C	C		C	C	C
• Santa Úrsula					C	C	
• Taganana						C	
• Güímar							C
• El Sauzal							C

El Hierro

Lugares	1742	1746	1755	1784	1787	1793	1814
• [Valverde]	C	C	C				C

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2006

Gomera

Lugares	1742	1746	1755	1784	1787	1793	1814
• [San Sebastián]	C	C	C	C	C	C	C

Lanzarote

Lugares	1742	1746	1755	1784	1787	1793	1814
• [Teguise]	C	*	C	C	C	C	C

Fuerteventura

Lugares	1742	1746	1755	1784	1787	1793	1814
• Betancuria	C	C	C	C			
• Pájara		C	C				
• La Oliva		C	C				

La Palma

Lugares	1742	1746	1755	1784	1787	1793	1814
• Santa Cruz	C	C	C	C	C	C	C
• Mazo						*	
• Los Llanos						*	

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2006

Apéndice VIII.

(Licencias de navío).

"Certifico, yo, fray Matheo del Monte, Guardián y Notario del Santo Oficio de la Inquisición en este Puerto de Santa Cruz, y doi fe a todos los que la presente vieren, como en este Puerto, que es el principal de la Isla, surgen navíos de diferentes naciones, y de ordinario Navíos de la Nación Francesa , de la nación Ynglesa, de la Olandesa y de Hamburgo, y todos los navíos de la Permisión de Registro para Indias. Y todos y de todas las Naciones se visitan por el Santo Oficio quando entran y dan fondo en este dicho Puerto. Ninguno saca licencia ni da razón de su salida al Comissario, aunque salgan para el Puerto de Cádiz o para otros de España, para donde ordinariamente se ofrece remitir pliegos del Santo Tribunal. Y esto mismo de no sacar licencia del Santo Oficio ni dar razón a los Comisarios de sus salidas para los Puertos de las Indias, practican en este dicho Puerto los navíos españoles del Registro y permisión de estas Islas. Y assí mismo certifico como aviéndose practicado en este Puerto el que los Capitanes de los navíos de las demás naciones, especialmente de los que vienen al comercio, dieran recivo de los pliegos del Santo Tribunal quando se les entregaban, de quatro años a esta parte, poco más o menos, los navíos de la nación francesa no han querido dar recivo de dichos Pliegos, y aunque se les ha hecho todas instancias en toda cortesanía y atención, no se ha podido conseguir. Los navíos ingleses y demás naciones dan dicho recivo, sin que hasta aora se aya experimentado lo contrario. Y por ser la verdad, doy ésta en este dicho Puerto, a petición del R.P. Fr. Juan de Neda, Lector Jubilado, Calificador y Comisario del Santo Oficio de la Inquisición en este dicho Puerto, en diez y seis días del mes de Noviembre de mil setecientos y diez y siete años".

A.M.C., Inq., leg. IX – 7.

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2006

Apéndice VIII (bis).

Carta del alguacil de La Palma, D. Nicolás Massieu Salgado, al secretario D. Fernando Pérez, del 65 de noviembre de 1760, dando cuentas de sus gestiones en la isla de El Hierro [cfr. Miguel Antonio Guadarrama vs D. Cristóbal Martínez Méndez]

Cuenta que cuando llegó al puerto de la isla de El Hierro, que dista legua y media o dos leguas de la Villa,

"mandé un moso del barco arriba para que dijera a el Juez real, a el Comisario, o al Governador militar, que por mi dinero me mandasen cavalgaduras para subir, y mi baúl y cama; vino el criado de D. Cristóbal Martines con un mulito para mí y recado que me esperaba fuese a su casa; mandó el comisario tres vestias y el mismo recado; y el Alcalde maior ninguna (por que no pudo vajar su persona), es D. Juan de Frías. Tomé el mulito del vicario Martines y dos bestias del comisario para mi ropa y cama, y respondiles a todos tres que les agradecía pero que no aceptava sus casas porque me quería solo, y lo mismo dije a el P. Guardián, que con los dichos salió a recivirme a la entrada de la Villa, y tomé una casita en que se hospedó el P. Medinilla y su compañero quando las misiones (ni tranca tenía la puerta, y dormía a merced de los que pudieron darme moxicones), mi mulato (que sabe) me hacía de comer gallinas que comprava, y porque allí todos comen gofio, los dos primeros días comí de las viscotas que llevé, hasta que me prestó el Guardián trigo que mandé amasar. No tomé el convento porque aviendo de declarar mugeres no podía ser, y porque en asunto de pasquines han tenido parte y darían noticia de quantos entrasen y saliesen, lo que ni aun fuera se evita por ser pueblo corto. / Hice mis diligencias con mucha mortificación. porque una y otra parte estaban contando los pasos y movimientos, pero procuré serrar los oydos a el tropel de quimeras con que vestían sus enemistades; y en nuestra satisfacción, devo decir a Vm. que D. Miguel me pareció un buen hombre, pero poco cauteloso, y que por no saberse sacudir, después que uno y otro Beneficiado desfrutaron su casa, le tiraron fuertemente y jusga que le han destruido sin causa. Mi paisano hallé que tiene bastante artificio con que disfrasar sus intenciones; y no le falta eficacia contraria a lo cierto [...] / Encargo a

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2006

Vm. mucho que si acaso mereciere que el tribunal se de por bien servido de mi diligencia, que en la carta de aviso o acusarme el recivo de las diligencias (respecto a que solo esto es el documento que me queda de mi serbicio) exprese Vm. haverse recevido los papeles de las diligencias a que de orden del tribunal pasé a el Hierro, y que etc. El motibo que para encargar esto a Vm. tengo es porque aviéndome yo embarcado, como debí, sin despedirme de nadie, ni que lo supieran sino después que me embarqué, fueron como las cavesas, varios los discursos , y según las de nuestros Comisarios Vélez y Alfaro [D. Pedro Cayetano Vélez y Pinto, y D. Domingo Alfaro, comisarios de La Palma, el último de ausencias], dijeron que no a cosas de Inquisición, sino desterrado por la Inquisición, de que resultó en mi casa grave pesadumbre; porque quanto más secreto observé yo, más pena tenía mi muger, Hermana, etc. Y solo por esto lo dixera a Vm., que de otra suerte no lo hiciera porque no huela a quento, porque yo se le perdono a ambos. Y siempre que el tribunal me mande a qualquiera otra cosa iré mui honrado y contento. Y vamos a otro asumto. [Al margen:] Y respecto que mi tío por lo que Vm. le dio a entender y me estima estará cuidadoso, si acerté a serbir y cumplir con mi obligación, si logré yo que sea así, inícieselo Vm. sin decirle que yo se lo encargo a Vm.; porque deseo quede contento, porque es el Padre que tengo, y todo concurre a sostener mi afecto. /Ya D. Dionisio [Treviño y Frías, nuncio (desde el 19 de agosto de 1752), ayudante del secreto (desde el 6 de noviembre de 1757), y más tarde secretario del secreto (desde el 13 de diciembre de 1781)] abrá dicho a Vm. si no es que se hace como otros quando se ausentan, que no es tan fea la Palma como la pintan. Yo aunque intenté llevarlo, y a su compañero a unas Haciendas de Campo media legua distantes de esta Ciudad, no ubo forma, por la mucha prisa con que venía, y apenas un día fueron a una Quinta tan distante como las Bernardas de esta Cathedral, en donde hicimos muchas conmemoraciones de Vm., que era a quien yo quería coger aquí, pero recívame la buena voluntad. / He savido que D. Domingo Vandeval, influido de Guisla, insta en la Suprema con alguna esperanza o merced que dise se le dio en años pasados de vara de Alguacil mayor de esta Isla, que Vm. sabrá, y que le respondieron que yo daba tanto, etc.; que si el quería esta primero, porque antes se le avía hecho merced de ella. Ni es capax de dar nada ni tiene mejor derecho, porque solo los desendientes de mi vis-avuelo Massieu, como sabe Vm. lo tienen; y si se le hizo gracia a él fue sin tener esto presente. Yo no sé que cosquillas les hace imaginar que yo lo soy para esto, quando

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2006

tantos años ha que estaba la vara sin que se acordara de ella. Sirba todo Vm. de govierno y inste para acavar de ponerme en quietud; y lo que le dije en mi antecedente, sáqueme a mi hermano de solo Familiar; que aunque el recevirá el honor, yo soy el que lo agradesco a Vm., quien está precisado, en uno y otro, a acabar lo comensado, según aquello de qui coepit in vobis apus bonum perfeciet [sic]. Así lo espero y pido a dios".

AMC, Inq. leg. XCIX-9.

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2006

Apéndice IX.

Edicto sobre imágenes de 14 de septiembre de 1767.

... "Sabed que siendo el principal encargo de Nuestro Apostólico Ministerio velar y cuidar de que se conserve con la mayor pureza en nuestra Sagrada Religión la adoración debida al verdadero Dios y la veneración a sus Santos por los medios y prácticas establecidas por la Iglesia, la que alumbrada por el Espíritu Santo no solo ha aprobado el uso de las Sagradas Imágenes, sino que diferentes Concilios ha condenado y anathemizado como Hereges a los que han osado contradecirlo. Para satisfacer dignamente esta obligación, conformándonos con el Espíritu e intención de tan Santa Determinación, hemos formado y publicado en diferentes tiempos, según la exigencia, varios Edictos en que hemos mandado que dichas Sagradas Imágenes se pinten, fundan, esculpan y fabriquen con verdadera y decorosa propiedad, de manera que exciten dignamente en los Fieles afectos de Piedad, Devoción y reverencia a los Sagrados Originales que representan, y que se coloquen con religiosa decencia en sitios y lugares oportunos, para el fin Sagrado a que Nuestra Santa Madre Iglesia las destina; y hemos prohibido que se fabriquen en estos Reynos o se introduzcan de los extraños, Pinturas, Medallas, Estampas, empresas o invenciones en qualquiera manera estampadas, figuradas o hechas, que puedan ceder en irrisión y escarnio de los Santos o de sus Imágenes o Sagradas Reliquias, que se pinten, esculpan o en otra manera se formen; o se introduzcan de fuera del Reyno formadas, pintadas o esculpidas en alhajas que sirvan o puedan servir a usos profanos, como caxas de tabaco, piezas de bagilla u otras semejantes; y que se pinten o coloquen en parages y sitios inmundos [...que sin embargo de la vigilancia han sabido que últimamente se han introducido en estos reinos ...] alhajas del más común, profano y menos decente uso, como botones de camisa, reloxes, sellos y diges para poner pendientes en ellos, en que se registra esculpida la Sagrada Imagen de Nro. Redentor Crucificado, sirviendo en los sellos de manilla, y en todo de hacer menosprecio de lo que debe ser el principal objeto de nuestro culto. [Aunque el monarca ha prohibido que se vendan y usen, los inquisidores quieren coadyuvar, por lo

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2006

que prohíben aquellas imágenes de Cristo, la Virgen, los santos, historia sagrada, misterios, etc.] por razón de su materia vil, de su estraña y ridícula escultura, de su indecente postura o por estar hechas o colocadas en alhajas [...] y que tampoco pinten, impriman, esculpan o formen figuras, historias, fábulas u otras qualesquiera cosas deshonestas, lascivas o que puedan servir de escándalo y provocación a los piadosos, ni los introduzcan de Reynos extraños [...] todo lo qual ordenamos y mandamos pena de excomunión mayor late sententia, y de quinientos ducados aplicados para gastos del Santo Oficio, y de proceder a las demás penas establecidas por los Sagrados Cánones, que agravaremos según la necesidad".

AMC, Inq., leg. IX-4.

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2006

Apéndice IX (bis).

Memoria de las Providencias con Navíos de Comercio y Capítulos de Paces.

La visita de Navíos se aga con mucho cuidado, para que no entren libros prohividos ni heréticos. Carta acordada de 9 de octubre de 1566, 15 de hen° de 567, 1° de Septe de 576, 19 de maio de 581, 10 de Dize de 602 y de 19 de henero de 627.

Reconózcase en las visitas las Mercaderías, cofres y camas de marineros. Acordada de 19 de maio de 1581. También se vean las pipas y vasijas, fardos, baúles y demás partes; y vean también las varajas de Naipes, en cuia forma suelen venir papeles prohibidos y de mala doctrina. Acordada de 12 de Sepe de 617 y 19 de hen° de 627. Contra los vecinos y naturales de Amburgo y ciudades marítimas de Alemania que viene a estos Rnos. no se proceda por causa de Religión si no delinquen en ellos y en sus Puertos, Playas y Islas, y en este caso solo se embarguen los vienes del delinquente; pero sus Navíos se visiten por si en ellos vienen libros prohibidos. Acordada de 17 de mayo de 1597.

Ingleses no se recoxan en casas de extrageros. Sépase su modo de vivir, a que vienen, con quien se juntan y tratan. Acordada de 21 de nove de 1581.

Ingleses y escoceses y demás vasallos del Rey de Inglaterra, en cosas de fee no se proceda contra ellos, si no es constando haber delinquido en estos Reynos, sus Islas, Puertos, Playas y Bahías, y en estos casos solo se mebarguen y *confisquen los bienes* del delinquente; pero la visita de sus Navíos se haga en la forma ordinaria, por si traen libros prohividos. Acordada de 11 de Dice de 1604.

Los Hereges nacionales de Inglaterra, Alemania y Francia, no se proceda contra ellos quando llegan en sus navíos a nuestros Puertos si no delinquen en

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2006

ellos y en tierras de Su Mag. Acordada para Sicilia de 13 de V 1597. No sean molestados por causas de Religión no dando escándalo. Acordada de 19 de Abril de 1605.

Los Capítulos de Paces que se guardan con los Ingleses se remitieron con carta de 8 de octubre de 1605, y son los siguientes:

1° que no sean procesados por lo que hubieren echo antes de venir a estos Reynos.

2° Que no sean compelidos a entrar en la Iglesia, y si entraren agan acatamiento al Santísimo Sacramento, y si le encontraren en la calle se arrodillen o se vayan por otra calle o se entren en una casa.

3° que solamente sequestren los bienes del delinquente.

4° que a los que expontáneamente vinieren a reducirse a la fee cathólica, se cometa la confesión, examen y absolución ad cautelam a los comisarios. Acordada de 29 de Maio de 1626.

Sépase los que están avecindados, que oficios y tratos tienen, si los que los recoxen en posadas son extrangeros, como viven en materias de Religión, en público y en secreto, y si resulta escándalo. Acordada de 8 de mayo de 608. El capítulo de Paz no comprehende a los que están de asiento en estos Rnos , si no es a los entrantes y salientes. Acordada de 18 de Maio de 1610, repetida en 18 de febrero de 1612 y en 19 de maio de 1620.

No sean ospitaleros ni tengan casas de posadas en los Puertos los extrangeros, ni recoxan a Ingleses, escoceses ni olandeses, ni gocen del veneficio de las Paces en materia de Religión los que estubieren de asiento, y sépase como viven. Acordada de 19 de Maio de 1620. Y esto se entienda de los que reciven huéspedes por Dinero, pero no de los factores y agentes , los quales

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2006

pueden recibir a sus correspondientes y personas que con ellos vinieren a tratar y comerciar. Acordada de 28 de Agosto 1620.

Mandóse proceder contra los hereges ingleses por haver el Rey de Inglaterra quebrantado las Paces. Acordada de 29 de mayo de 1626.

Renováronse las paces y en ellas se pusieron los capítulos siguientes:

1° Que no sean inquietados no dando escándalo.

2° No se ha de entender con los que estuvieren de asiento.

3° Ni con los que hubieren delinquido en estos Reynos, sus Islas, Ptos., Playas o Bahías, y que solo se embargue y confisque la hacienda del delinquente.

4° Los que se reduxeren expontáneamente sean examinados por el Comisario, y si han sido instruidos sean reconciliados en el Tribunal sin confiscación ni hávito, con penitencias espirituales; y no haviendo sido instruidos los absuelvan los comisarios ad cautelam, sin obligarlos a venir al Tribunal, y los remitan al confesor que los absuelba sacramentalmente y a quien los instruya.

5° los comisarios avisen de los que fueren avecindados i que tratos tienen, como viven y el escándalo que resulta, y de éste den quenta al Consejo. Acordada de 29 de Octubre de 647 y de 2 de Maio de 648.

6° No los compelan a entrar en las Iglesias, y si entran agan acatamiento al Santísimo Sacramento, y lo mismo en la calle, o se vayan por otro parte o se entren en una casa.

7° De los que tienen naves agenas y delinquen, se confisquen solo sus

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2006

vienes.

8° No tengan mesones ni posadas, pero los factores y agentes puedan recivir a sus correspondientes.

9° Hágase la visita de los Navíos y se aprehendan los libros prohibidos.

10° Excepto los que trajeren para su uso, y en ellos se anotá el ser prohividos.

Vean los comisarios los dichos libros de propósito sin contentarse con los nombres de los Autores. Acordada de 6 de Maio de 1598.

Atiendan a que los lugares de las Impresiones son supuestos como echas en lugares cathólicos, y los libros los traen en forma de varajas de Naipes. Acordada de 1° de Dicē de 1609.

Forma como se ha de hacer la visita. La de Su Magd. en cédula de 13 de Septē de 1603. Y sobre la buena conformidad en la visita con los Mros. Rs., y que si se puede la agan juntos. Y así se manda observar en su carta Acordada de 7 de novē de 1603, en donde se dice que los comisarios procuren buenamente reducir a los Ministros Rs. a que dejen hacer primero la visita de la Inquisición, y si no la agan juntos, como lo manda Su Magd., encargando a unos y a otros la buena correspondencia, y esto mismo se mandó guardar por Acordada de 15 de Marzo de 1621.

Los Comisarios no lleven a los familiares ni Notarios Mercaderes o tratantes a los navíos, ni los unos ni los otros no compren ni vendan mercaderías durante el tiempo de la visita. Acordada de 10 de novē de 1606.

No recivan los Mros. meriendas ni pongan guardas ni den lugar a que les agan salbas. Acordada de 22 de Dicē de 1604.

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2006

Informen los Inquisidores como proceden los Minos. Acordada de 19 de henº de 1627.

Informen que personas las hacen, incombenientes que resultan de no hacerse. Acordada de 2 de Marzo de 1627.

Informen sobre la forma de corregir los abusos como se manda por Cédula de S.M. que se remitió con carta acordada de 26 de henº de 1632.

No se ponga sino una guarda para las tres jurisdicciones, la primera vez de conformidad y después por turnos.

Informen de la costumbre que ay de cobrar derechos los comisarios y mros. por las visitas de los Navíos, que cantidad, de que personas las toman, por qué razón y desde que tiempo a esta parte, con qué mandato y si han sido siempre uniformes, si han crecido y que gastos hacen los Minos que justifican el llevarlos, y si son los mismos en todos los Puertos. Acordadas de 22 de Dice de 1604, 10 de Nove de 1606, 22 de Junio de 1626 y 2 de marzo de 1627.

AMC, Inq., leg. XIX-13.

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2006

Apéndice X.

Visitas de navío.

Auto de 13 de junio de 1722.

"Nos los Inquisidores Apostólicos [...] A vos los jueces de contravando, almojarifes, guardas y demás ministros que sois y en adelante fueredeis de las Aduanas de todo este nuestro districto y jurisdicción: sabed como en diez de julio del año pasado de 1706 paresió ante nos por su escripto *D. Diego Francisco de Carvajal, Srio. de este Stto. Offo.* que sirve la fiscalía, y dixo: que siendo costumbre y estilo, assí en tiempo de Pas como de Guerra que en desembarcándose de los navío de trato y comercio los géneros que conducen, que los Almojarifes, jueces de contrabando ni persona alguna pueda abrir ni registrar cosa de las desembarcadas sin darnos quenta para que imbiemos ministros que se hallen presentes a la visita que de dichas cosas se hase, que vean con todo cuidado y diligencia todo lo desembarcado y recojan lo que conviniere y paresiere ser preciso, el que lo veamos antes que mercader alguno lo comprasse sin nuestra aprovasión [y] facultad. Y que siendo en estos tiempos de Guerra contra herejes, y en el que procuraban más entrar entre los cathólicos estampas, pinturas, hechuras y libros prohibidos por haser yrisión y otros motivos que para ello tenían; avía llegado a su noticia que desembarcándose fardos y otras cosas se hasían las visitas sin darnos quenta para que imbiásemos ministros que asistiesen a ellas; y porque de lo referido resultavan los graves inconvenientes y daños que en diversas ocasiones que los almojarifes no avían cumplido con esta obligación se avían experimentado, distribuyéndose por las repúblicas caxas, platos, navajas, sortijas y cuchillos en que traen pintados santos y figuras deshonestas que causaban grande escándalo en los cathólicos, por ser instrumentos manuales y que continuamente andavan en el más inmundo estrago, que era el fin que llevaban los hereges para condusirlas, por yrrisión; para obiar tan graves inconvenientes, y que se esté con la vigilancia que era preciso en tiempos tan calamitosos y en que padecía tanto nuestra Madre Iglesia, nos avíamos de servir en atensión a su relasión mandaros con graves penas, assí eclesiásticas como pecuniarias,

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2006

que ninguno de vosotros fueseis osados a haser visitas ni abrir fardos ni otra cosa alguna sin que primero se nos avisase a nuestros comisarios para que ante los ministros que imbiásemos a ella y ante dichos nuestros comisarios se abriesen dichos fardos y lo demás, que pudieran registrar todo, y ver lo que se traía en ellos. Y assí nos pidió lo mandásemos, que procedía de Justicia que pidió. y en vista de dicho pedimento mandamos por decreto de dicho día se os notificase no dexéis registrar ni abrir fardo alguno, ni deis lugar a que se saque ropa de las que vinieren de fuera, ni consintáis se abra en parte alguna sin que primero se haga la visita por lo que toca a este Sto. Offo. y esté presente el ministro o ministros para haserla, lo qual cumpláis pena de docientos ducados aplicados al Rl fisco de esta Inquisición, y de excomunión mayor latae sententiae trina canonica monitione en derecho premissa, con apercivimiento, y lo contrario hasiendo se pasará a la execución de dicha pena y declarasión de sensuras, y lo notifique qualquier [ ] este Sto. Offo."

[AMC, Inq., leg. CLXXIX-10].

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2006

Apéndice XI.

Copia de Real Resolución de 12 de octubre de 1792.

"Exmo. Sor.

Habiendo enterado el Rey del Papel de V.E. de 12 del corriente en que expone los inconvenientes que pueden resultar de la introducción de libros y papeles sediciosos que desde Francia llegan a las Aduanas y Puertos destos Reynos, ha resuelto S.M.

Que en los parages donde hubiere registro de Aduanas retengan éstas todo embío de libros o papeles sueltos.

Que en aquellos haya dos rebisores, uno Rl y otro Comisario de la Inquisición.

Que la Aduana participe al Rl. los fardos y líos menores que le hubieren llegado.

Que el Rl. señale día y ora, avisando al de la Inquisición, para trasladarse ambos a la Aduana, y en presencia de uno o dos de sus principales, hacer la abertura de los fardos, y conforme se fueren extrayendo las obras, libros o impresos sueltos, se vaya haciendo la lista de quantos se hallaren, y ésta sea triple y firmada de los mismos Asistentes, una para el encargado Rl., otra para el de Inquisición, y la restante para conocimiento de la misma Aduana.

Que por dicha lista el representante Rl. con el de la Inquisición separen desde luego las obras corr[ien]tes por notoriedad, y aún las desconocidas que sean indiferentes, como Historia, Artes, Máquinas, Matemáticas, Navegación, Comercio, Geografía, materia militar, Medicina, Cirugía, Phísica, etc., para que corran y pasen a quienes correspondiere, evitando dilaciones y disgustos a los interesados.

Que para el remanente lleve consigo el Comisario de la Inquisición todos los Edictos y expurgatorios publicados, y por ellos se separen las Obras y Autores, o anónimos que nombraren, y no otras, encargándose de ello por su parte, y dejando recivo expecífico en poder del representante Rl.

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2006

Que de todas las demás obras o impresos sueltos no constante nominatim en los expurgatorios, aunque por anónimas o sus títulos pudieran ser sospechosas, se forme otra lista doble, firmada de ambos, reteniendo cada uno la suya, y esta porción dudosa quede vajo la mano del representante Rl. custodiada en la misma Aduana, hasta el caso de disposición sobre ella por orden de S.M. Que el Rl. dará cuenta a S. M. con remisión de todas las listas originales firmadas, y para su gobierno y facilidad de execución en las órdenes que se reciviere retenga una copia.

Que si de la lista general y parte no entregada a la Inquisición, en virtud de sus edictos y expurgatorios ya públicos le resultare razón para tomar conocimiento de alguno de los otros escritos, por sospecha de su materia o noticias previas extrajudiciales que tubiere de su fondo, lo haga presente al Rey por su primera Secretaría de Estado, aguardando las resoluciones de S.M.

Comunícolo a V.E. de orden del Rey par su inteligencia y para que disponga por su parte se observe esta Real resolución.

Por lo que mira a la Gaceta intitulada de la igualdad y de la libertad, seguramente la detendrán en nuestras fronteras en quanto sea posible, por la regla general que se ha fixado ya para impresos o papeles de tal naturaleza.

Dios gue. a V.E. ms. as. San Lorenzo el Rl., 15 Octubre de 1792. El Conde de Aranda. Señor Obispo Inqor. Genl.".

[A.M.C., Inq., leg. IX – 4]

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2006

Apéndice XII.

Derechos de visitas de navío.

Correspondencia entre el comisario de Lanzarote, D. José Joaquín Feo y Bethencourt, y el gobernador de la isla. D. Francisco Guerra y Clavijo (1799)

El 18 de abril escribe el comisario:

> Muy estimado señor mío: Haviendo visitado el Bergantín que llegó de Mogador y ha descargado en esta Isla, se escusa su cargador a satisfacer los 66 rs. von. derechos de su visita pretestanto que por traer vandera Mora no debe pagar, sin advertir lo ha executado con la de sanidad. Estimaré a V.S. se sirva disponer se haga este pagamento. Dios guarde...

El gobernador le responde al día siguiente:

> Muy estimado señor mío: luego que haga venir a mi precencia el Capitán del Bergantín Moro y Vm. me instruya en las órdenes superiores que hayan sobre el asunto, no dejaré de haser asequible el pagamento que cita en su papel de ayer

El 28 de mayo le vuelve a escribir el comisario:

> Muy estimado señor mío: como mis repetidas vicitas después que reciví de V.S. con fecha 19 del próximo Abril no han sido capaces de lograr se manden pagar los derechos de vicita que por lo respectivo al Santo Oficio se executó en el Bergantín Moro de que es capitán D. Nicolás Franco, me es indispensable dar el último paso asegurando que la costumbre en esta Provincia, aún quando no fuese en todo el Reino, funda un derecho posesorio que no admite reclamo, y que las órdenes superiores que hay en el asunto y V.S. solicita para instruirse en ellas son reservadas por prevenirlo así nuestro soberano. Supuesto que la visita de embarcaciones a su bordo y el registro de fardos en la Real Aduana son dos

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2006

acciones distintas con diversos derechos, y que la primera jamás se omite, succediendo lo contrario en el segundo quando no hay sobre que recaer, ignoro la razón porque el Franco se resiste a satisfacer la vicita, haviendo confesado como me dijo que quisá se habrá pago el registro de Fardos en la Real Aduana de Santa Cruz; a que influye el pagamento u obligación que hizo por la vicita de sanidad en esta dicha Isla. La otra especie que también V.S. me insignuó en conversación de que el repetido Franco havía ocurrido a la Comandancia General para que declarase si debía o no pagar, es un efugio tan deplorable que si se admitiese no llegaría el caso de determinar V.S. asunto alguno. ¿Y que diremos quando después de dicha conversación ha ido y vuelto la valandra ?. Dios guarde ...

Esta vez el gobernador no le contesta. El comisario le vuelve a escribir el 3 de junio:

Muy señor mío y de mi atención: tengo entendido que en 4 o 5 del que govierna se embarca D. Nicolás Franco para la Isla de Tenerife, y por lo mismo no dudo se servirá V.S. decirme sin demora las resultas de mi papel con fecha 28 del próximo Mayo sobre derechos de vicita.

El mismo día el gobernador le responde, displicente, que ya que Franco ha ocurrido al "Tribunal Superior del Excmo. Sor. Comandante General" sería bueno y ventajoso a ambos que el comisario acudiera también allí "con el objeto de cortar de raíz este negocio y sirva de modelo para lo sucesivo. Que es quanto puedo decir a Vm. con la sinceridad y buen afecto de siempre".

A.M.C., Inq., leg. LVI – 9, fols. 98 – 100.

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2006

Apéndice XIII.

Inqon de Can^a. Año 1786. Informes tomados de los comisarios de este districto sobre la práctica que hay y ha habido en la publicación de los Edictos de Fe y Anathema en las Iglesias Parroquiales de estas Islas; y nuevo convenio hecho entre el Tribunal y el Revdo Sr. Obpo. sobre arreglo y conformidad de ceremonias en el recibimiento y despedida a los Comisarios y Ministros del Sto. Offo. Por los Párrocos en dicha publicación. [extractos]

El de Santa Cruz de Tenerife:

> que siempre a sido estilo que el Parroco vaia a casa del Comisario en los expresados días y saque el estandarte llevándolo hasta la Iglesia, de donde lo vuleve en la misma conformidad; y por su actual impedimento lo executa al presente uno de sus tenientes, por cuyo motivo ni le recive ni despide, solo sí a la entrada y salida está el sacristán con el hisopo en la pila de agua bendita, para echarla al comisario y demás ministros que le acompañan, lo mismo hace el preste al asperge después de haverlo echo en el coro, y siempre que éste pasa por el banco donde está el cuerpo del Tribunal le hace reverencia, como también el Predicador, y a su tiempo se les da la paz, y porque ésta se da primero al cuerpo de Inquisición que a la Justicia Real que se sienta en tales días en el banco de enfrente, se cree no haver concurrido en este año el Alcalde y Diputados, que es todo quanto puedo decir en este asunto[1].

El de Tacoronte:

> Digo que ha tiempo de 20 años poco más o menos me ausenté de estas Islas sin imposición del estilo con que se practicaba lo referido. A los 7 años de esta ausencia me restituí a ellas, y me he establecido en este lugar a tiempo que no

[1] fol. 1 v.

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2006

avía comisario en él, ni algún ministro calificado, por lo que se cometía a el Párroco hiciese publicar el Edicto e intimar la Anathema. Aviéndose practicado luego las pruebas de mi calificación, de las efectivas resultas se me confirió la comisaría abrá tiempo de 11 años. En el primero de dicha comisaría pregunté al Párrocho (que aún existe) qual era el estilo que se observaba quando mis antecesores, y me dijo que estaba olvidado, no aviendo más de dos o tres años que avía faltado comisario de este lugar , de que inferí más emulación que ignorancia. Por estar mi casa distante de la Iglesia convidé algunas personas desentes que me acompañasen, llevando conmigo un clérigo sacerdote para la lectura, y aviéndonos presentado se nos permitió asiento en uno de los bancos que están puestos en el crucero, junto a las gradas del Altar Mayor, en el de la mano o lado de la Epístola, diciendo que el de la de Evangelio correspondía a el Alcalde y acompañados; y al tiempo del asperges lo dieron primero a dicho Alcalde que al Comisario. En esta forma se practicó uno o dos años, y también intentaban que en las procesiones (que acontecen en tales dominicas) avían de presidir los Alcaldes. Pareciéndome desordenado todo lo dicho lo hice presente a esse Tribunal, y de ello resultó notificación al Párrocho de parte de la Vicaría Gral. que practicase la forma que se observaba en la Ciudad de La Laguna. A el año siguiente se practicó y ha continuado hasta el presente la forma siguiente:

Sale el Comisario y los convidados, y algunos años el Alcalde y deputación (que por su voluntad ocurren a la casa del comisario) y le acompaña desde ella hasta la del Párrocho, que está inmediata a la Iglesia, y juntos allí, en donde tienen prevenido el Estandarte y dos vonetes, uno para el Comisario y otro para el clérigo que ha de leer el Edicto o Anathema, quien después que se junta el clero todo con hábitos, quando es hora de entrar a la función, toma el Estandarte y con su bonete puesto camina asia la Iglesia, y sigue el comisario con vonete, formando un cuerpo, y en dos alas el clero y demás que acompañan, y atrás sigue el Alcalde y Diputación formando otro cuerpo; y a repique de campanas entran hasta las gradas del Altar Mayor, en donde están preparados los bancos, uno en cada lado del Evangelio y Epístola. El comisario y acompañados se sientan en el del Evangelio, y el Alcalde y los suios en el de la Epístola. Después de cantada la tercia en el Coro, sale el Preste como se estila, hace el

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2006

Asperges a el Coro, vuelve a el Comisario, se lo hace, y luego a el Alcalde, y sigue haciéndole a el concurso.

Acavado el Evangelio se lee el Edicto o Anathema, llevando el Sacristán y monasillos a el que le ha de leer, desde el banco hasta el Púlpito, y del mismo modo le vuelven, quando ha acabado. El Acto de Excomunión se hace como lo dispone la instrucción. Acabada la Missa, si ai Procesión, la acompañan en la forma que entraron, y en la misma salen, con repique, hasta llegar a la casa del Párroco y acaba esto.

En virtud de no aver Ministros familiares, ni Notario para la publicación de Edictos u otras cosas que ocurran, es preciso echar mano del clérigo que paresca acto para ello; y reconociendo en algunos escusa, he reconvenido que lo partisiparé a el Tribunal, para obligar a la no escusa. Quisiera (para no herrar) saber en tales casos que devo yo hacer, porque en este año fue preciso hacer la amenasa de que lo participaría, en caso de no aceptarlo un clérigo que solamente es ydóneo de los que ay en este lugar, por los demás ser ancianos unos y otros poco ábiles para el fin[2].

El de La Laguna:

Digo que desde el año de 49 que soi ministro y he asistido a todas las funciones en calidad de familiar, de Notario, de Comisario del lugar de Tacoronte, y desde el año de 71 que comensé a serlo de esta Ciudad, la práctica que he visto es que un Notario pasa el Jueves antes de la Segunda Dominica de Quaresma a prevenir al Corregidor para que junte a Cabildo a los de Consejo, y les prevenga que en dicha Dominica se publica el Edicto de Fe en la Parroquia de los Remedios, y en la siguiente en la Concepción; asimismo se les previene a los Predicadores de las Ferias que en el Púlpito amonesten al Pueblo de la obligación que tiene de asistir al dicho Edicto y Anathema, y el día antes se pasa recado a las dichas Parroquias por un Ministro para que lo tengan entendido: El dicho Domingo a las nueve y media de la mañana sale el comisario con los ministros que le acompañan, con su estandarte delante encarnado, y va a dicha Iglesia de los Remedios, se coloca

[2] Ibid., fol. 3 – 4 v.

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2006

dicho estandarte en el lado del Evangelio, junto al Altar mayor, y después de aver echo oración, se sienta el comisario y los ministros con su Notario en el banco del lado del Evangelio, que se cubre con unos tapetes desde el día antes, haciendo cabesera para el Altar mayor, y a la frente, en otro banco igualmente cubierto, se sientan el Corregidor, un regidor y un diputado con su escribano. La Iglesia de la Concepción o su clero asisten a esta función, y las más veses estamos esperando sentados media hora más o menos a que llegue; y entonces dejan para entrar al Coro, comiensan la tercia, sigue el asperges, luego hai una procesión claustral, acompañando el Comisario y ministros detrás del Preste al lado derecho, y el Corregidor y los de su cuerpo a la isquierda; acabada dicha procesión comiensa la missa, y al tiempo del Evangelio sale el Notario del Banco, acompañado del Ministro y los Monasillos, sube al Púlpito y publica el dicho Edicto, el que acabado se retira el dicho Notario a Nuestro banco, y va un predicador, el que hace su sermón al Pueblo, o explica el Evangelio del día; y acabada la misa, salimos de la iglesia en dos alas, y enfrente del Coro, haciendo las correspondientes cortesías, sale el comisario y Ministros por la puerta de la derecha, y por la izquierda el corregidor y sus acompañados, a regresar cada cuerpo a su destino; ni al entrar ni al salir ai recebimiento alguno, ni se presenta Beneficiado ni clérigo, ni a recebir ni a despedir; y en tiempo de mi antecesor se dio queja a V.S. de que no se abrían las canceles para esta entrada y salida; se les reconvino por V.S.; se disculparon con que avía sido descuido de los ministros de la Iglesia; lo executaron algún año, y luego han continuado con sus canceles cerrados, obligándonos muchas veces a entrar por un postigo de dichos canceles arrastrando el Estandarte; y he notado que no ha sido descuido de los Ministros, como ellos dijeron en aquel tiempo, sino la falta de atención y respeto con que se mira un cuerpo que en estas funciones representa a V.S., y tal vez por esta causa el secularismo [sic] no nos mira con el respecto correspondiente, y ha mucho tiempo que en esta Ciudad el Nombre de Inquisición es quasi aborrecido. Lo mismo se verifica el día de la Anathema en la Parroquia de la Concepción [3].

El de la Villa de la Orotava:

[3] Ibid., fol. 5 – 6.

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2006

Digo que en los dos domingos de Quaresma para la publicación del Edicto General, concurren casa del Comisario todos los Ministros que ay del Tribunal, los Prelados de los Conventos, y anteriormente lo hacía también el Juez Real, quien el año pasado no lo hizo, ni a la ida a la Iglesia ni a la venida, sino en ella se presentaba a la concurrencia, pero en este año no se presentó al ir para dicha Iglesia, y sí de allí acompañó hasta mi casa los dos días, juntos todos en mi casa, tambor, pífano y la más tropa de soldados el primer domingo, que al segundo no va tal [tambor] ni tropa; salimos todos, llevando el comisario el primer lugar, con el vonete, y los demás ministros según sus antigüedades y empleos, y si concurre dicho Jues el segundo lugar, y los Prelados con algunos otros que *acompañan delante* llegados a la Parroquia asta a la Puerta, los Párrocos y demás eclesiásticos con sobrepellices, bajan las gradas de ella caminando un poco más a la calle, allí nos reciben, haciéndonos aquella cortesía de política, y luego siguiendo con todo el acompañamiento, a la puerta el sacristán nos hecha Agua bendita, y ban todos hasta la capilla mayor, poniéndose el clero en las dos Alas, pasan los del Tribunal, hacemos Genuflexión al Santísimo, y luego bolbemos al clero, se les hace la cortesía, y se retiran a su coro; en la capilla avían dispuestos bancos, a lado del Evangelio se pone el Comisario, haciendo cabeza al Altar, y por debajo ban siguiendo los demás ministros según sus empleos, y al lado de la Epístola, en el otro Banco, hace cabeza el Jues Real, y luego le siguen los Prelados de las Religiones según su orden; detrás de este banco está una mesa cubierta de Damasco, con dos bandejas de plata con candelones que dan dos monaguillos a todos los del Tribunal, Jues y Prelados al Evangelio, y después al Santus hasta consumir las especies sacramentales. Después del Evangelio se lebanta del Banco el que ba a leer el Edicto, acompañándole el Guarda del Puerto que hace de Ministro del Tribunal, hacen genuflexión al Santísimo, cortesía a los Ministros de dicho Tribunal, siguen al Púlpito, sube el que a de leerlo, y el Ministro buelbe a su asiento, y acabado de leer, buelbe dicho Ministro a buscarle, bolbiéndose a sus lugares hasta acabar la Misa, si ai presisión de la Magestad, que en uno u otro domingo acontece, bamos detrás del Santísimo haciendo dos alas, a la derecha el Comisario con los demás Ministros

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2006

que le siguen delante, y a la izquierda el Jues Real con dichos Prelados y acompañados; acabado todo sigue el clero a la Puerta de la Iglesia y salimos en el mismo orden que benimos, y en la Pueerta sigue dicho clero más afuera hasta donde nos recivieron, allí nos volbemos a él y nos despiden con una cortesía, y sigue el demás acompañamiento hasta mi casa, donde comen todos los ministros con migo con otros muchos sujetos que me acompañan, y les ago ese obsequio; lo mismo se hace en el Puerto los dos domingos siguientes, a excepción de que allí ba toda la gente de distinción a sacar y traher al dicho Comisario de su casa, y el clero no sale afuera de la Iglesia como en esta Villa, sino en la misma Puerta de la Iglesia nos reciben y nos despiden, lo demás de la Anathema se executa como lo prebiene la cartilla en dichas Iglesias. Esta es la práctica y lo que he visto hacer sin innovar nada; al tambor, pífano y tropa da el Comisario un par de pesos cada día, y lo mismo en el Puerto; allí damos a la tropa por ser más sujetos, y a los monaguillos se les da también algunos realillos, por lo que sirven allí en dar la sera y poner mes y bancos[4].

El de Icod:

que hallándome en el primer año que exercito el empleo de comisario de V.S.I. en este partido, y queriendo cumplir debidamente con este ministerio, y corresponder a las intenciones de V.I., procuré quando se acercaba la publicación del referido Edicto, enterarme cautelosamente de la práctica que huvo en tiempo que havía comisario en este lugar; esto es en quanto a lo que se ha de hacer y que no se halla anotado en la Cartilla de Comisarios; pero viendo que unos no se acordaban bien, y otros me daban algunas noticias no conformes a lo que he oydo se practicaba en otras Iglesias y es muy conforme a la razón y al respeto del Santo Tribunal, determiné informarme de los Comisarios que se hallan en los Pueblos de esta Isla con la mayor individualidad, y por lo respectivo al procedimiento de los párrocos en sus Iglesias, es una misma práctica en todas en quanto a lo substancial, prescindiendo de alguna variación accidental, v.g. en la Iglesia del Puerto recibe el clero al Comisario dentro de la

[4] *Ibid.*, fol. 7 v. - 9

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2006

puerta, y en la Villa sale fuera de la puerta. Para proceder con buena armonía y que se hiciese todo con Paz y según en las demás Iglesias, hablé de conformidad con los Sres. Beneficiados, demostrándoles lo que se usaba en otras Parroquias y si tenían a bien executarla en ésta, pero me respondieron que estaban en que se hiciera todo según lo ha determinado el Santo Tribunal y sus instrucciones, menos esperar en las Domínicas, porque entrarían a la hora que gustaran, y las campanas avisarían, ni recibir ni dar agua bendita por algún individuo de la Iglesia, ni que sacristán o ministros den cera al Evangelio, ni tampoco despedir, porque nada de esto creían se havía practicado nunca en toda dicha Parroquia. Esto me obligó a proponerles no ser posible tal vez estar pronto para quando ellos quisieran entrar, si fuera temprano, porque me era preciso esperar por los Prelados Regulares que concurren, por el que hace de Notario, por no haver aquí más ministros, y otros sugetos que acompañan, como el Jues Real y sus acompañados; híceles ver también lo notable que sería que una Iglesia que acostumbra despedir siempre a todos los respectivos cuerpos que concurren a algunas funciones, como comunidades, confraternidades, y a todos los acompañamientos de doloridos en los entierros, aunque sean sugetos de la clase inferior, se particularisara con este cuerpo que representa al Tribunal; pero últimamente quedaron en que nada de esto se hacía, ni querían pensionar a sus sucesores. Dexando esto al silencio, con el ánimo de con el tiempo participarlo a V.S.I. para los efectos que juzgara convenientes, procedí a la publicación del Edicto y Anathema, arreglado a la Cartilla de Comisarios, a la noticia que tengo de lo que se hacía aquí antiguamente, y a lo que se practica en otros Pueblos de esta Isla, menos en lo dicho que los Párrocos no admiten.

Como la Domínica tercera era de primera clase por día de San Joseph en que havía de caer el anathema, y que también se estaba esperando la publicación de la Bula de Cruzada, determiné con parecer de los Sres. Beneficiados, hacer la lectura del Edicto en la dicha Dominica tercera, y en la cuarta el Anathema. Para esto tres días antes se fixa en la puerta de la Parroquia un cedulón convocando a los fieles para que vengan a oyr el Edicto general de la Fe, por mandato de V.S.I. a incitación del pregón que se hacía y consta del número 41 de la cartilla, y que se ha omitido después que no se hace el paseo en el sábado, como previene

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2006

la otra cartilla; para fixar este papel se pasa un oficio político a los Beneficiados con un Notario, participándole también el día que se va a hacer la publicación y Anathema, lo mismo se hace a los Prelados de los conventos para que acompañen al Comisario a la Iglesia, y al Jues Real, Governador de Armas y algunos sugetos de los más visibles se les participa por medio de esquela, los que concurren acompañando al Comisario desde su casa, a éste lo lleva el Alcalde a la derecha, tanto en la calle como en la Iglesia; el Estandarte lo lleva un Religioso que se convida; al entrar en la Iglesia, como dicen estos párrocos que no reciben, uno de los acompañados da el Agua bendita, para que está pronto el hisopo en la pila, por orden de dichos Beneficiados; se pasa hacia la capilla mayor, y en los Bancos que allí regularmente hay para la Justicia Real en el lado del Evangelio hacia arriba se sienta el Comisario, siguen a él los Prelados, y después el que hace de Notario para leer el Edicto; en el lado de la Epístola, guardando el mismo orden, se pone el alcalde, Diputados, Síndico Personero y Escribanos, y los demás sugetos que acompañan quedan en el cuerpo de la Iglesia para incorporarse al salir. Al Evangelio se dan luces prevenidas por el Comisario en ambos bancos, y lo mismo a Sanctus, igualmente que en el coro; salen dos monasillos a dar la paz a un tiempo al Comisario y alcalde y los demás que siguen; y si hay procesión claustral del Santísimo, acompaña atrás el Comisario, Alcalde y demás en la forma dicha, y concluido todo vuelven en la forma que vinieron a dexar el Comisario en su casa, y lo mismo se practica en el día de Anathema; en éste despidió el clero con su Párroco que no canta la Misa, porque parece se han convencido y determinado a despedir, aunque no en quanto a lo demás, y dicen no despidieron en el día de la lectura del Edicto porque la Magestad Sacramentada quedaba expuesta con motivo de la indulgencia de las 40 horas. Esto es lo que se practicó en este año, pero con mucha paz y la decencia posible, y que expongo con la claridad que se me ha pedido de orden de V.I.

Como ya manifesté a V.S.I., lo más penoso es no hacer alguna espera a fin de que vengan los Prelados, y así en el día de Anathema llegamos concluida la tercia y Asperges, y al principiar la misa [...]

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2006

Tengo noticia que antiguamente, así como hasta el día presente por medio del supradicho sedulón, se prohive sermones y demás funciones en las domínicas en los respectivos conventos e Iglesia; se prohibía también en las Ermitas la Misa, para que los vecinos se vieran más obligados a concurrir a la Parroquia, lo que fuera conveniente se practicara en este Pueblo, que la mayor parte del vecindario se halla en sus Aldeas.

En el tiempo que no ha habido comisario en este Pueblo se han perdido unos tributos impuestos a favor de la función de San Pedro Mártir que se venera en el convento Agustino de este lugar, cuya cobranza dejó el fundador a cargo de los Comisarios y demás ministros individuos de la Hermandad del Santo, y aunque pienso hacer en este año la función a mi costa, espero la orden de V.I. para aclarar dichas mandas y seguir judicialmente su cobro, que en algo puede contribuir a dicha felicidad[5].

El de Fuerteventura:

al comisario y ministros que le acompañan va el Beneficio y Cavildo secular y demás concurrentes a buscarlo a su casa en los días de publicación del Edicto y Anathema; al entrar en la Iglesia les da Agua Bendita con el aspersorio uno de los párrocos; en dicha Yglesia se dispone Banco Cubierto con tapetes en la Capilla Mayor a la parte de el Evangelio; el comisario se sienta a la cabesa y los ministros le siguen en dicho Banco a su derecha. A la parte de la Epístola se sienta el Cavildo, frente al Comisario y Ministros. Al empezar el Evangelio se levanta el Ministro que va a la lectura, hase Reberencia al Sacramento, al Comisario y Cavildo. Sigue al Púlpito acompañado de los Monasillos. Acabado el Evangelio, sentado el preste, el ministro que está en el púlpito hase Reverensia a la magestad, al preste, comisario, cavildo y coro, y cubierto con su sombrero sigue la lectura, y acabada velve a repetir las mismas seremonias, y sigue a su asiento.Luego sube el predicador. Al tiempo de la pas en la misa se da por el sacristán menor al Comisario y ministros y al Cavildo, y por un monasillo se ba al mismo tiempo a dar al coro.

[5] Ibid., fol. 10 - 13 v.

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2006

Acabada la misa vuelbe el Beneficio, Cavildo y demás concurrente con el comisario y ministros hasta la puerta de su casa.

Esto es lo que he visto practicar en mi tiempo, y tengo entendido que desde el tiempo del comisario D. Esteban de Socueba se ha practicado en esta Parroquia[6].

El de Lanzarote:

que oy la práctica que ay es que el día antes del paseo el Notario avisa a los Beneficiados, Alcalde Mayor y Governador para que acompañen en las Domínicas de la publicación, y para que éste último mande los atambores para dicho paseo. Que en estas Domínicas a la ora de querer entrar en la Missa Mayor bienen a mi casa unas veses los dos Beneficiados y otras uno, y salen conmigo y demás Ministros y acompañados; que llegados a la Iglesia Aspergea al Tribunal un eclesiástico unas veces con sobrepelliz y otras sin ella; que de allí se parte el Beneficiado o Beneficiados para el coro sin más seremonias; que al tiempo de benir para la Sacristía el Preste si el Tribunal no se lebanta no le hasen venia; que el Asperges lo hasen primero al coro, y que ni antes ni después del coro se le da la paz ni se practican otras seremonias en la dicha Iglesia, y acabada la Misa vuelben los mismos acompañados hasta mi casa. Ésta es la práctica que [ha] havido en mi tiempo.

Y lo que pudo observar en mis antecesores fue aver visto acompañar los Beneficiados y Clérigos todos a la ida y vuelta del Comisario en hábitos, como aora lo practican, sin que huviera notado otra seremonia alguna.

He notado también que aquel Beneficiado y clérigos que quedan en la Iglesia con los demás Ministros no salen en forma de Coro a recebir ni despedir el Tribunal, como lo hacen las Comunidades.

También he notado que haviendo asistido algunas veses en mi tiempo el Cabildo Secular yo se ha estrañado y solo asiste el Alcalde Mayor con un escribano[7].

[6] Ibid., fol. 14.
[7] Ibid., fol. 15.

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2006

El de La Palma:

Que después de haver el relox dado las nuebe, hora fixada por el Beneficio para dexar las campanas de Missa mayor, pasa con un recado de urbanidad a nombre de éste, uno de los mosos de coro con sobrepellis, manifestando al comisario que ya es hora de cantar la Missa mayor, y que si gusta mandar que se deje. Verificado esto sale de su casa el Comisario con los más ministros, y al tiempo de entra[r] por una de las dos puertas principales se halla prompto e inmediato a la pila uno de los dos sachristanes menores, y de estos el más digno, que comúnmente es sacerdote, y luego presenta el ysopo al comisario, quien después de haver hecho el asperges a los ministros lo buelbe a recibir dicho sachristán. Luego se da principio a la tercia y sigue la prosesión claustral, a la que acompaña el comisario y ministros detrás del Preste con el estandarte. Ocupados sus lugares y oficiada la Missa, al Agnus Dei sale dicho sachristán de la sachristía solo, y da la Pax al comisario, y retirado a dicha sachristía conduce un moso de coro la perteneciente a este.

Este Beneficio no ha practicado ni practica ceremonia alguna con el comisario ni sus ministros a la entrada ni al tiempo de salir de la Iglesia[8].

[A.M.C., Inq., LII – 2].

[8] Ibid., fol. 16 v.

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2006

Apéndice XIV.

Conflictos en la lectura de los Edictos General de Fe y del Anatema.
Del informe del fiscal del Tribunal de Canarias al Consejo
(10 de enero de 1807)

"Las pilas de agua bendita, que trahen su origen de las pilas que en los primeros tiempos solía haber en los Atrios de las Iglesias para labarse los fieles las manos en que recibían la Eucaristía, antes que se introdujere la forma de distribución de ella que se practica haora, sirven según el uso actual para recobrar los christianos la limpieza y pureza con que deben entrar en la casa de la Santidad, y para excitarlos a pedirla. Por lo que como ninguno haya que no la necesite, ninguno puede eximirse tampoco de tomar el agua bendita. Quando muchas personas juntas concurren en la Iglesia formando un cuerpo presidido por un Ecco. de autoridad, a celebrar uno de los actos más graves, necesarios y útiles a la Religión, a la fe y al Estado, es sin duda más urgente esta obligación; y puesto van unidas corporalmente, justo es que se preparen también con una oración y deprecación común, con un aspersorio común para entrar puros y limpios en el Santuario, y que esta aspersión y esta oración la haga y dirija la persona que las preside. Asistiendo individualmente los christianos a la Iglesia toma el agua bendita cada uno de por sí; pero quando se prepara una oración o un sacrificio a nombre del Pueblo Christiano, el sacerdote que presida el Pueblo en aquel acto hace una aspersión general con ella a nombre y sobre todo el Pueblo asistente. En las Comunidades religiosas se practica de la misma manera en las ocasiones que usan de la aspersión. Mirada la cosa por el fin y naturaleza de su institución con ojos religiosos y libres de las nubes que suele formar la envidia y otras pasiones, nada tiene de estraño y repugnante, antes es muy conforme a razón y justicia, que el Comisario reciba el hysopo con agua bendita, y asperge con ella a los Ministros y demás personas que le acompañan. A un Patrono lego particular se le concede muchas veces esta distinción; y esto destruye lo que sin autoridad ni fundamento ninguno parece dicen los Beneficiados de La Palma que la aspersión es un honor debido solamente al Monarca y al obispo.

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2006

Más necesario y razonable si cabe es el uso de la paz. Este instrumento señal sagrada de la paz, amor y fraternidad, recuerdo de los ósculos santos con que se abrazaban *mutuamente los christianos durante* el sacrificio de la Misa, expresión de la caridad sincera con que se aman y unen en Jesuchristo, ya que no se da a todos los Ministros asistentes al Sacrificio, es muy debido que lo reciba el Comisario que los preside. En algunos Pueblos pequeños, donde se conserban los usos Eccos. antiguos, se da la paz a todos los asistentes a la misa. En esta Iglesia Cathedral de Canaria se da en el coro hasta a los Músicos, muchachos y casados, por un Capellán Sacerdote con título Real. En la Villa de Santa Cruz de Santiago de Tenerife, se ha mandado por la Real Audiencia darla al Alcalde ordinario. Al Comisario de Cruzada se da invariablemente en todas las Iglesias de Islas asistiendo a sus funciones propias; y al de la Inquisición se le ha dado siempre sin repugnancia ni contradicción el hysopo y la paz en la Palma y en todas las demás Iglesias en las funciones de su instituto. De manera que estos usos razonables y justos en sí mismos, forman ya una costumbre uniforme, invariable y tan antigua como las funciones del Santo Oficio".

AMC, Inq., leg. LII-2.

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2006

Bibliografía

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2006

BIBLIOGRAFÍA:

AGUILAR PIÑAL, Francisco (1967): *Los comienzos de la crisis universitaria en España (Antología de textos del siglo XVIII).* Editorial Magisterio Español, Madrid.

Id. (2003): "Tropiezo de Feijoo con la Inquisición", *Feijoo, hoy. (Semana Marañón 2000).* Instituto Feijoo de Estudios del siglo XVIII-Fundación Gregorio Marañón, s/l, pp. 41-89.

AGUILERA BARCHET, Bruno (1993): "El procedimiento de la Inquisición española ", *Historia de la Inquisición en España y América*, BAC-CEI, Madrid, t. II, pp. 334-558.

ÁLAMO, Néstor: "La raíz familiar", *Revista de Historia*, nº 73, La Laguna.

Id. (1939): "Dos cartas inquisitoriales sobre Viera", *Revista de Historia*, La Laguna, nº 46, pp. 174-9.

ALBORG, Juan Luis (1972): Historia *de la literatura española. T. III. Siglo XVIII.* Gredos, Madrid.

ALEJANDRE, Juan Antonio (1994): *El veneno de Dios. La Inquisición de Sevilla ante el delito de solicitación en confesión.* Siglo XXI, Madrid.

Id. (1995): *Osadías, vilezas y otros trajines.* Alianza, Madrid.

Id. (1997): *Milagreros, libertinos e insensatos. Galería de reos de la Inquisición de Sevilla.* Universidad de Sevilla, Sevilla.

ALONSO ROMERO, Mª Paz (1982): *El proceso penal en Castilla. Siglos XIII-XVIII.* Ediciones de la Universidad de Salamanca – Excma. Diputación Provincial de Salamanca.

ÁLVAREZ ALONSO, Clara (1990): "Tendencias en la investigación del Derecho Penal histórico. Los casos de Gran Bretaña, Francia e Italia como excusa ", *Sexo barroco y otras transgresiones premodernas*, Alianza Editorial, Madrid, pp. 197-213.

ÁLVAREZ DE MORALES, Antonio (1974): "Planteamiento de una reforma de la Inquisición en 1762", *Actas del III Symposium de Historia de la Administración*, I.E.A., Madrid, pp. 511-

Id. (1977): "La crítica al Tribunal de la Inquisición durante la segunda mitad del siglo XVIII", *Estudis*, nº 6, pp. 171-182.

Id. (1982): *Inquisición e Ilustración (1700-1834).* Fundación Universitaria Española, Madrid.

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2006

Id. (1988): *La Ilustración y la reforma de la universidad en la España del siglo XVIII.* Instituto Nacional de la Administración Pública. Madrid.

Id. (1989): "La influencia del regalismo en la configuración de la Inquisición", *Perfiles jurídicos de la Inquisición Española.* Universidad Complutense, Madrid, pp. 795-803.

ÁLVAREZ RIXO, José Agustín [s/a]: *Cuadro histórico de estas Islas Canarias o noticias generales de su estado y acaecimientos más memorables durante los cuatro años de 1808 a 1812.* Prólogo de Simón Benítez Padilla. Epílogo de Francisco de Quintana y León, Marqués de Acialcázar. Ediciones de El Gabinete Literario, Las Palmas.

Id. (1992): *Voces, frases y proverbios provinciales de nuestras Islas Canarias con sus derivaciones, significados y aplicaciones.* Edición, estudio introductorio, notas e índice por Carmen Díaz Alayón y Francisco Javier Castillo. Instituto de Estudios Canarios, Santa Cruz de Tenerife.

Id. (1994): *Anales del Puerto de la Cruz de la Orotava (1701 - 1872).* Edición e introducción de María Teresa Noreña Salto. Aula de Cultura de Tenerife - Ayuntamiento del Puerto de la Cruz, Santa Cruz de Tenerife.

ANAYA HERNÁNDEZ, Luis Alberto (1981): "El converso Duarte Henríquez, arrendador de las rentas reales de Canarias", *Anuario de Estudios Atlánticos*, nº 27, pp. 345- 423.

Id. (1982): "Proceso contra el clérigo Don Miguel Cabral de Noroña por un sermón crítico de la colonización canario-americana", *Anuario de Estudios Atlánticos,* nº 28, pp. 521-548.

Id. (1997): "Los problemas de Don Josef Viera y Clavijo con la Iglesia y la Inquisición canaria", *Anuario de Estudios Atlánticos,* nº 43, pp. 165-196.

ANAYA HERNÁNDEZ, Luis A. y ALEMÁN HERNÁNDEZ, Rosario (1982): " Las casas de la Inquisición de Las Palmas ", *IV Coloquio de Historia Canario - Americana (1980)*, Cabildo Insular de Gran Canaria, Salamanca, pp. 487 - 512.

ANAYA HERNÁNDEZ, Luis A. y M ª José BETANCOR GÓMEZ (1998): "El proceso inquisitorial al médico D. Juan Perdomo: un ejemplo de la oposición ilustrada al Santo Oficio en Canarias ", *XII Coloquio de Historia Canario – Americana(1996)*, t. II, pp. 649-667.

ANES, Gonzalo (1981): "La Revolución Francesa y España. Algunos datos y documentos", *Economía e Ilustración en la España del siglo XVIII.* Ariel, Barcelona.

ARANDA MENDÍAZ, Manuel (2000): *El Tribunal de la Inquisición de Canarias durante el reinado de Carlos III.* Universidad de Las Palmas de Gran Canaria, Madrid.

ARES, José Manuel de Bernardo (1996): "Jurisdicción y villas de realengo en la Corona de Castilla", en Enrique Martínez Ruiz y Magdalena de Pazzis Pi (coord.): *Las jurisdicciones.* Actas Editorial. Madrid.

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2006

ASTORGANO ABAJO, Antonio (1999): "La personalidad del ilustrado Don Nicolás Rodríguez Laso (1747-1820), inquisidor de Barcelona y Valencia", *Revista de la Inquisición*, n ° 8, pp. 121-187.

BENÍTEZ, María Esther (1999): *Borges, sus días y su tiempo*. Javier Vergara Editor, Buenos Aires.

BENNASSAR, Bartolomé et al. (1981): *Inquisición española: poder político y control social.* Crítica, Barcelona.

BETHENCOURT, Antonio de (1982): "La política regalista en Canarias: el cierre de los hospicios franciscanos de Guía y la Matanza", *Boletín Millares Carlo*, nº 3, pp. 459-487.

Id. (1983): "Política regalista en Canarias: el fracaso de la instalación de los betlemitas", *Anuario de Estudios Atlánticos*, nº 29, pp. 159-194.

Id. (1992 a): "La patrimonialidad de de los beneficios curados en la diócesis de Canarias. Fenómeno de larga duración", *Revista de Historia Canaria*, nº 176, pp. 29-62.

Id. (1992 b): "Los capellanes reales de la Catedral de Las Palmas, el Cabildo y el Real Patronato (1515-1750)", *Vegueta. Anuario de la Facultad de Geografía e Historia de La Universidad de Las Palmas de G.C.*, nº 0, pp. 55-65.

Id. (1993): "Problemas de la diócesis de Canarias en relación con el Patronato Real", *IX Coloquio de Historia Canario-Americana (1990)*, t. II, pp. 5-23.

Id. (1996): *Los "Quadernos" del comerciante de la calle de la Peregrina Don Antonio Betancourt (1796-1807)*, Introducción de Antonio de Bethencourt. Ed. del Cabildo Insular de Gran Canaria, Madrid.

BRITO, Oswaldo (1990): *Conflictos jurisdicciones en Canarias en el siglo XVIII.*Centro de la Cultura Popular Canaria, Santa Cruz de Tenerife.

BRITO GONZÁLEZ, Alexis (1998): "Visitas de navío en el Tribunal de la Inqusición de Canarias en el siglo XVI", *Vegueta. . Anuario de la Facultad de Geografía e Historia de La Universidad de Las Palmas de G.C.*, nº 3, pp. 89-100.

CABALLERO MUJICA, Francisco (2001): *Documentos episcopales canarios*. Real Sociedad Económica de Amigos del País de Las Palmas de Gran Canaria, Madrid, t. III.

CARO BAROJA, Julio (1968): *El Señor Inquisidor y otras vidas por oficio.* Alianza, Madrid.

Id. (1974): *Inquisición, brujería y criptojudaísmo*. Ariel, Barcelona.

Id. (1979): *La estación del amor (Fiestas populares de mayo a San Juan)*. Taurus, Madrid.

CARR, Edward Hallet (1973): *¿Que es la Historia?* Seix Barral, Barcelona.

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2006

CERILLO CRUZ, Gonzalo (1995): "Los familiares de la Inquisición en la época borbónica", *Revista de la Inquisición*, nº 4, pp. 177-204.

Id. (1997 a): "Los comisarios de la Inquisición de Sevilla en el siglo XVIII ", *Centinela de la Fe*. Universidad de Sevilla, Sevilla, pp. 95-171.

Id. (1997 b): "Alguaciles mayores de la Inquisición. Alguaciles mayores del Tribunal de Sevilla en el siglo XVIII", *Revista de la Inquisición*, nº 6, pp. 163-190.

CHARTIER, Roger (1992): *El mundo como representación. Estudios sobre historia cultural.* Gedisa, Barcelona.

CHESTERTON, Gilbert K.: (2000): *Ortodoxia.* Alta Fulla, Barcelona.

CIORANESCU, Alejandro (1977 – 1979): *Historia de Santa Cruz de Tenerife.* Servicio de Publicaciones de la Caja General de Ahorros de Santa Cruz de Tenerife, Santa Cruz de Tenerife, 4 tomos.

CLAVERO, Bartolomé (1990): "Delito y pecado. Noción y escala de transgresiones", *Sexo barroco y otras transgresiones premodernas.* Alianza Editorial, Madrid, pp. 57-89

Id. (1996) : "La monarquía, el derecho y la justicia", en Enrique Martínez Ruiz y Magdalena de Pazzis Pi (coord.)*: Las jurisdicciones.* Actas Editorial. Madrid, pp. 15-38.

CONTRERAS, Jaime (1982): *El Santo Oficio de la Inquisición de Galicia.(Poder, sociedad y cultura).* Akal, Madrid.

Id. (1992): *Sotos contra Riquelmes. Regidores, inquisidores y criptojudíos.* Anaya & Mario Muchnik, Madrid.

CONTRERAS, Jaime y HENNINGSEN, Gustav (1986): "Forty-four Thousand Cases of the Spanish Inquisition", *The Inquisition in Early Modern Europe. Studies on Sources and Methods*, Deskal, Illinois, pp. 100-129

COPETE, Marie-Lucie (1990): "Criminalidad y espacio carcelario en una cárcel del Antiguo Régimen", *Historia Social*, nº 6, pp. 105-125.

DARIAS PADRÓN, Dacio V. (1943): "Los Condes de la Gomera (Ampliaciones y rectificaciones)", *Revista de Historia*, t. IX.

Id. (1980): *Noticias generales históricas de la isla del Hierro.* Goya Ediciones, Santa Cruz de Tenerife.

DEDIEU, Jean-Pierre (1978): "Les causes de foi de l'Inquisition de Tolède (1483-1820). Essai statistique", *Mélanges de la Casa de Velázquez*, nº 14, pp. 144-171-

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2006

(1987) : "L Inquisition et le droit. Analyse formelle de la procedure inquisitoriale en cause de foi", *Mélanges de la Casa de Velázquez*, t. XXIII, pp. 227-251.

Id. (1989): *L'Administration de la foi. L'Inquisition de Tolède XVIe-XVIIIe siècle.* Bibliothèque de la Casa de Velázquez, Madrid.

DEFOURNEAUX, Marcelin (1966): "Régalisme et Inquisition. Une campagne contre Campomanes", *Mélanges a la mémoire de Jean Sarrailh.* Centre de Recherches de l'Institut d'Études Hispaniques. París, pp. 299-310.

Id.: (1973): *Inquisición y censura de libros en la España del siglo XVIII.* Taurus, Madrid.

DEMANT, Alexander (2000): "Derecho y poder como problema histórico", *Los grandes procesos de la historia.* Crítica, Barcelona, pp. 256-277.

DOMERGUE, Lucienne (1982): *Censure et lumiéres dans l'Espagne de Charles III.* Editions du CNRS, París.

DOMINGUEZ SALGADO, Pilar (1985): "Inquisición y Guerra de Sucesión", *Espacio, Tiempo y Forma, Serie IV, Historia Moderna*, t. 8, pp. 175-189.

DOMÍNGUEZ ORTIZ, Antonio (1969): "Delitos y suplicios en la Sevilla imperial. (La crónica negra de un misionero jesuita)", *Crisis y decadencia en la España de los Austrias*, Ariel, Barcelona, pp.11-71.

Id. (1988): *Los judeoconversos en España y América.* Ediciones Istmo, Madrid.

Id. (1990): "Poder real y poderes locales en la época de Carlos III", *Coloquio Internacional Carlos III y su siglo*. Universidad Complutense, Madrid, t.II, pp. 19-32.

DUFOUR, Gerard (1986): *La Inquisición española. Aproximación a la España intolerante.* Montesinos, Barcelona.

Id. (1994): "La Inquisición, más que un símbolo al final del Antiguo Régimen", *Historia de la Ciudad de Logroño.* Ibercaja-Ayuntamiento de Logroño, Zaragoza, pp. 321-352.

EGIDO, Teófanes (1979): "El regalismo y las relaciones Iglesia – Estado en el siglo XVIII", *Historia de la Iglesia en España*, dir. por Ricardo García- Villoslada, B.A.C., Madrid, t. IV, pp. 123-249.

Id. (1981): "La proyectada reforma inquisitorial de Macanaz en su contexto político", *Simposio internacional en el bicentenario de la muerte de Gregorio Mayans. Valencia – Oliva, 30 de septiembre a 3 de octubre de 1981*, Valencia, t. I, pp. 17-28.

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2006

Id. (1984): "La Inquisición en la España borbónica: el declive del Santo Oficio (1700-1808)", *Historia de la Inquisición en España y América,* BAC .CEI, Madrid t. I , pp. 1204- 1247.

Id. (2001): *Carlos IV.* Arlanza Ediciones, Madrid.

ELIAS, Norbert (1987): *El proceso de la civilización. Investigaciones sociogenéticas y psicogenéticas.* Fondo de Cultura Económica, Madrid.

Id. (1992): *La sociedad cortesana.* Fondo de Cultura Económica, Madrid.

ELORZA, Antonio (1976): "La Inquisición y el pensamiento ilustrado ", *Historia 16,* Extra nº1, diciembre, pp. 107 - 124.

ESCAMILLA-COLIN, Michèle (1992): *Crimes et chatiments dans 'Espagne inquisitoriale.* Berg International, París.

ESCANDELL, Bartolomé (1984 a): "La Inquisición como dispositivo de control y la pervivencia actual del 'modelo inquisitorial' ", *Inquisición española y mentalidad inquisitorial.* Ariel, Barcelona, pp. 597-611.

Id. (1984 b): "El 'fenómeno inquisitorial': naturaleza sociológica e infraestructura histórica", *Historia de la Inquisición en España y América,* BAC-CEI, t. I, pp. 220-277.

ESCRIBANO GARRIDO, Julián (1987): *Los jesuitas y Canarias. 1566-1767.* Biblioteca Teológica Granadina, Granada.

ESCUDERO, José Antonio (1989): "Inquisidor General y Consejo de la Suprema: dudas sobre competencias en nombramientos", *Perfiles jurídicos de la Inquisición Española.* Universidad Complutense, Madrid, pp.531-539.

FAJARDO SPÍNOLA, Francisco (1996): *Las conversiones de protestantes en Canarias. Siglos XVII y XVIII.* Ediciones del Cabildo Insular de Gran Canaria, Madrid.

Id. (1992): *Hechicería y brujería en Canarias en la Edad Moderna.* Ediciones del Cabildo Insular de Gran Canaria, Madrid.

Id (2003): *Las víctimas del Santo Oficio. Tres siglos de actividad de la Inquisición de Canarias.* Gobierno de Canarias: Consejería de Educación, Cultura y Deportes, Las Palmas.

FERNÁNDEZ ALBADALEJO, Pablo (1992): *Fragmentos de Monarquía. Trabajos de historia política.* Alianza Editorial, Madrid.

FERNÁNDEZ JIMÉNEZ, María del Camino (2000): *La sentencia inquisitorial.* Editorial Complutense, Madrid.

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2006

FRAILE, Pedro: *Un espacio para castigar. La cárcel y la ciencia penitenciaria en España (siglos XVIII y XIX)*. Ediciones del Serbal, Barcelona, 1987.

GACTO FERNÁNDEZ, Enrique (1978): "La vida en las cárceles españolas de la época de los Austrias ", *Historia 16*, Madrid, octubre, Extra VII, pp. 11 - 46.

Id.(1989): "Aproximación al Derecho penal de la Inquisición ", *Perfiles jurídicos ...*, pp. 175-193.

Id. (1990): "El delito de bigamia y la Inquisición española", *Sexo barroco y otras transgresiones premodernas.* Alianza Editorial, Madrid, pp. 127-152.

Id. (1992): "Las circunstancias atenuantes de la responsabilidad criminal en la doctrina jurídica de la Inquisición", *Estudios penales y criminológicos*, XV, pp. 7-78.

Id. (1996): "El tribunal inquisitorial": en Enrique Martínez Ruiz y Magdalena de Pazzis Pi (coordinado por)*: Las jurisdicciones*. Actas Editorial. Madrid, pp. 191-211.

Id. (1997):"La Inquisición de Sevilla y la masonería en el siglo XVIII", *El centinela de la fe. Estudios jurídicos sobre la Inquisición de Sevilla en el siglo XVIII.* Universidad de Sevilla, Sevilla.

Id. (1999 a): "Observaciones jurídicas sobre el proceso inquisitorial", Abelardo LEVAGGI (coord.): *La Inquisición en Hispanoamérica. Estudios.* Ciudad Argentina, Madrid, pp. 13-41

Id. (1999 b): *Cantabria y la Inquisición en el siglo XVIII.* Fundación Marcelino Botín, Santander. [cfr. la reseña de La Parra (2001)]

Id. (2000): "El Arte vigilado (Sobre la censura estética de la Inquisición)", *Revista de la Inquisición*, nº 9, pp. 7-68.

GALENDE DÍAZ, Juan Carlos (1987): "El Santo Oficio durante la Guerra de Sucesión", *Cuadernos de Investigación Histórica*, nº 11, pp. 153-162.

Id. (1988): *La crisis del siglo XVIII y la Inquisición española. El caso de la Inquisición toledana (1700-1820).* Servicio de reprografía de la Universidad Complutense, Madrid.

GALLARDO, Bartolomé José (1968): "*Relación de la cárcel de Sevilla* de Cristóbal de Chaves", *Ensayo de una biblioteca española de libros raros y curiosos*, Gredos, Madrid, t. I, pp. 1342-1370.

GALVÁN RODRÍGUEZ, Eduardo (2001): *El secreto en la Inquisición española.* Servicio de Publicaciones de la Universidad de Las Palmas de Gran Canaria, Las Palmas.

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2006

GARCÍA CÁRCEL, Ricardo (1976): *Orígenes de la Inquisición española. El Tribunal de Valencia, 1478 - 1530.* Península, Barcelona.

Id. (1996): "Veinte años de historiografía de la Inquisición. Algunas reflexiones", *La Inquisición y la sociedad española.* Publicaciones de la Real Sociedad Económica de Amigos del País, Valencia.

GARCÍA CÁRCEL, Ricardo; MORENO MARTÍNEZ, Doris (2000): *Inquisición. Historia crítica.* Ediciones Temas de Hoy, Madrid.

GARCÍA MARÍN, José María (1989): "Magia e Inquisición: Derecho Penal y proceso inquisitorial en el siglo XVII", *Perfiles jurídicos...*, pp. 205-275.

GIL SANJUÁN, Joaquín (1974): "Las cárceles inquisitoriales de Granada", *Jábega*, nº 28, 4º trimestre, pp. 19-27.

GINZBURG, Carlo (1989): "Indicios. Raíces de un paradigma de inferencias indiciales", en *Mitos, emblemas e indicios. Morfología e historia.* Gedisa, Barcelona, pp. 138-175.

GLAS, George (1978): *Descripción de las Islas Canarias. 1764.* Trad. de Constantino Aznar de Acevedo. Instituto de Estudios Canarios, La Laguna.

GÓMEZ MORENO, Ricardo (1995): "Consejeros de la Suprema de Felipe V", *Revista de la Inquisición*, nº 4, pp. 133-175.

GONZÁLEZ ALONSO, B. (1988): "La justicia ", *Enciclopedia de Historia de España*, Madrid, t. II, pp. 343-417.

GONZÁLEZ DE CALDAS, Victoria (2000): *¿Judíos o cristianos? El Proceso de Fe* Sancta Inquisitio. Secretariado de publicaciones de la Universidad de Sevilla, Sevilla.

Id.(2001): *El poder y su imagen. La Inquisición real.* Secretariado de publicaciones de la Universidad de Sevilla, Sevilla.

GONZÁLEZ DE CHÁVEZ MENÉNDEZ, Jesús (1985 a): "Notas para la historia de la emigración canaria a América. Cartas de emigrantes canarios. Siglo XVIII", *V Coloquio de Historia Canario-Americana (1982)*. Ed. del Cabildo Insular de Gran Canaria, Santa Cruz de Tenerife, pp. 111-139.

Id. (1985 b): "El proceso inquisitorial del vizconde de Buen Paso", *Trienio. Ilustración y Liberalismo*, nº 5, Madrid, pp. 53-81.

Id. (1990): "Las visitas de navío en el Tribunal de la Inquisición de Canarias. Siglo XVIII", *VII Coloquio de Historia Canario – Americana*, Las Palmas, t. II, pp. 713–732.

Id. (1993 a): "Una carta satírica sobre las monjas del convento de San Bernardo de Las Palmas. 1780", *Vegueta. Anuario de la Facultad de Geografía e Historia.* Servicio de Publicaciones de la Universidad de Las Palmas de Gran Canaria, nº 1, pp. 117-125.

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2006

Id. (1993 b): "Un fraile delincuente: Fr. Antonio Rodríguez, O.P., ante el Tribunal del Santo Oficio de la Inquisición", *I Encuentro de Geografía, Historia y Arte de la Ciudad de Santa Cruz de La Palma*, S.C. de la Palma, t. IV, pp. 332 – 344.

Id. (1995 a): "Una misión del siglo XVIII. La misión en Canarias del mercedario Fray Juan de Medinilla (1756-1759)", *Iglesia y sociedad en el Antiguo Régimen. III Reunión Científica de la Asociación Española de Historia Moderna (1994).* Departamento de Publicaciones de la Universidad de Las Palmas de Gran Canaria, Las Palmas, vol. I, pp. 327-334.

Id. (1995 b): "Curas y manuscritos del dieciocho canario", *Estudios dieciochistas en homenaje al profesor José Miguel Caso González.* Instituto Feijoo de Estudios del siglo XVIII. Oviedo, pp. 381-389.

Id.:"La Inquisición en la isla de Lanzarote en el siglo XVIII", *X Jornadas de Estudios sobre Lanzarote y Fuerteventura (2001).* (en prensa)

GONZÁLEZ NOVALÍN, José Luis (1989): "Las instrucciones de la Inquisición española. De Torquemada a Valdés (1484 - 1561)", *Perfiles jurídicos...*, pp. 91-109.

GRAY BIRCH, W.: *Catalogue of a collection of Original Manuscripts formerly belonging to the Holy Office of the Inquisition in the Canary Islands and noe in the posession of the Marquess of Bute.* Londres - Edimburgo, 1903.

GUERRA, Juan Primo de la (1976): *Diario, I (1800- 1807).* Aula de Cultura de Tenerife, Madrid, 2 vols.

GUERRA Y PEÑA, Lope Antonio de la (1951-1959): *Memorias (Tenerife en la segunda mitad del siglo XVIII).* El Museo Canario, Las Palmas. 4 vols.

GUIMERÁ PERAZA, Marcos (2001): *Don Antonio Porlier, marqués de Bajamar (1722-1813).* Fundación Canaria Mapfre Guanarteme, Santa Cruz de Tenerife.

GUIMERÁ RAVINA, Agustín (1985): *Burguesía extranjera y comercio atlántico: la empresa comercial irlandesa en Canarias (1703-1771).* Consejería de Cultura y Deportes del Gobierno de Canarias – C.S.I.C., Santa Cruz de Tenerife.

HALICZER, Stephen (1992): *Inquisición y sociedad en el Reino de Valencia, 1478-1834.* Edicions Alfons el Magnànim, Valencia.

Id. (1998): *Sexualidad en el confesionario. Un sacramento profanado.* Siglo XXI de España Editores, Madrid.

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2006

HENNINGSEN, Gustav (1977): "El 'banco de datos' del Santo Oficio. Las relaciones de causas de la Inquisición española(1550-1700)", *Boletín de la Real Academia de la Historia*, nº 174, pp. 547-570.

Id.(1984): "La elocuencia de los números: promesas de las "relaciones de causas" inquisitoriales para la nueva historia social", *Inquisición española y mentalidad inquisitorial* (Ángel Alcalá, ed.), Ariel, Barcelona, pp, 217-225.

Id. (1989): "La legislación secreta del Santo oficio", *Perfiles jurídicos...*, pp.163-172.

HERAS, José Luis de las (2000): "Los galeotes de la monarquía hispánica durante el Antiguo Régimen", *Studia Hitorica. Historia Moderna*, nº 22, pp. 283-300.

HERLING, Gustaw (2000): *Un mundo aparte.* Turpial-Amaranto, Madrid.

HERNÁNDEZ ALONSO, Cesar y Beatriz SANZ ALONSO (1999): *Germanía y sociedad en los Siglos de Oro.* Universidad de Valladolid, Valladolid.

HERNÁNDEZ GONZÁLEZ, Manuel (1990): *La religiosidad popular en Tenerife durante el siglo XVIII (Las creencias y las fiestas)*, Secretariado de Publicaciones de la Universidad de La Laguna, Madrid.

Id. (1992): *Diego Correa. Un liberal canario ante la emancipación americana.* Ayuntamiento de La Laguna-Centro de la Cultura Popular Canaria. Santa Cruz de Tenerife.

Id. (1993): "Ilustración y crisis del Antiguo Régimen: el palmero Antonio Miguel de los Santos", *I encuentro de Geografía, Historia y Arte de Santa Cruz de La Palma.* S.C. de La Palma, pp. 366-385.

Id. (1997): *Ciencia e Ilustración en Canarias y Venezuela. Juan Perdomo Bethencourt.* Ayuntamiento de Icod de los Vinos. Centro de la Cultura Popular Canaria. La Laguna.

HERNÁNDEZ RODRÍGUEZ, Germán (1984): *Estadística de las Islas Canarias (1793 - 1806) de Francisco Escolar y Serrano.* CIES, Las Palmas.

HERNÁNDEZ SUÁREZ, Manuel y Agustín MILLARES CARLO (1975 – 1992): *Biobibliografía de Escritores Canarios (Siglos XVI, XVII y XVIII).* Ediciones del Cabildo Insular de Gran Canaria, Madrid, 6 tomos.

HERNÁNDEZ SUÁREZ, Manuel (1977): *Contribución a la historia de la imprenta en Canarias.* Las Palmas.

HERR, Richard (1964): *España y la Revolución del siglo XVIII*, Aguilar, Madrid.

HERRERA PIQUÉ, Alfredo (1987): *Las Islas Canarias, escala científica en el Atlántico. Viajeros y naturalistas en el siglo XVIII.* Rueda, Madrid.

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2006

HERRERO PUGA, Pedro (1981): *Grandeza y miseria en Andalucía. Testimonio de una encrucijada histórica (1578-1616)*, Facultad de Teología, Granada.

HESPANHA Antonio M. (1993): *La gracia del derecho. Economía de la cultura en la Edad Moderna.* Centro de Estudios Constitucionales, Madrid.

INCHAUBE Y ALDAPE, Fr. Diego de (1966): *Noticias sobre los Provinciales Franciscanos de Canarias.* Instituto de Estudios Canarios, La Laguna.

INFANTES FLORIDO, José Antonio (1989): *Tavira: ¿Una alternativa de Iglesia?* Publicaciones del Monte de Piedad y Caja de Ahorros de Córdoba, Córdoba.

Id. (1998): *Diario de Tavira.* Publicaciones Obra Social y Cultural Cajasur, Córdoba.

JIMÉNEZ DE GREGORIO, F. (1968): "La población de las Islas Canarias en la segunda mitad del siglo XVIII", *A.E.A,* nº 14.

JIMÉNEZ LOZANO, José (2002): *Sobre judíos, moriscos y conversos. Convivencia y ruptura de las tres castas.* Ámbito, Valladolid.

JIMÉNEZ MONTESERÍN, Miguel (1981): *Introducción a la Inquisición española.* Editora Nacional, Madrid.

Id. (1984): "La abolición del tribunal (1808 - 1834)", *Historia de la Inquisición en España y América,* BAC - CEI, Madrid, pp. 1423-1486.

Id. (1993): "Modalidades y sentido histórico del auto de fe", *Historia de la Inquisición en España y América,* BAC-CEI, Madrid, t. II, pp. 559-587.

JOBIM, Leopoldo (1989): "La Inquisición portuguesa y la Ilustración. El proyecto de reforma de Melo Freire", *Perfiles jurídicos...*, pp. 783- 793.

KAMEN, Henry (1974): La *Inquisición española.* Alianza Editorial, Madrid.

KERTÉSZ, Imre (2002): *Yo, otro. Crónica del cambio.* El Acantilado, Barcelona.

KÜNG, Hans (2002): *La Iglesia Católica.* Mondadori, Barcelona.

LAFARGA, Francisco (1982): *Voltaire en España (1734-1835).* Edicions de la Universitat de Barcelona, Barcelona.

LA PARRA LÓPEZ, Emilio (1985): *El primer liberalismo y la Iglesia.* Instituto de Estudios Juan Gil - Albert, Alicante.

Id.(2001): reseña de Gacto (1999 b), *Hispania,* LXI/3, nº 209, pp. 1174-1176.

Id. (2002): *Manuel Godoy. La aventura del poder.* Tusquets, Barcelona.

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2006

LARRIBA, Elisabel (1999): "Sebastián Martínez y Pérez *versus* Pedro Sánchez Manuel Bernal o la lucha de un ilustrado gaditano contra el Santo Oficio", *Trienio. Ilustración y Liberalismo*, n ° 34, noviembre, pp. 5-29.

LEA, Henry Charles (1983): *Historia de la Inquisición española.* Traducción de Ángel Alcalá y Jesús Tobío. Fundación Universitaria Española. Madrid, 3 volúmenes.

Id. (1968): *A History of Auricular Confession and Indulgences in the Latin Church.* Greenwood Press, Nueva York, 2 vols.

LEDRU, André – Pierre (1982): *Voyage aus Îles de Ténériffe, La Trinité, Saint - Thomas, Sainte - Croix et Porto - Ricco.* París, 1810, 2 t. Traducción de la parte relativa a Tenerife: *Viaje a la Isla de Tenerife (1796).* La Orotava.

LERA GARCÍA, Rafael (1989): "La última gran persecución inquisitorial contra el judaísmo", *Perfiles jurídicos...*, pp. 805-838.

LEVI, Primo (1995): *Si esto es un hombre.* Muchnik Editores, Barcelona.

LIGORIO, San Alfonso María de: *La práctica del confesor para ejercitar bien su ministerio* [1755]. Rialp, Madrid, 1989.

LLORCA, B. (1949): "La Inquisición española, ¿fue un tribunal eclesiástico, secular o mixto?", *Estudios Eclesiásticos,* 23, pp. 19-53.

LLORENTE, Juan Antonio (1973): *Memoria histórica sobre cual ha sido la opinión nacional de España acerca del Tribunal de la Inquisición (1812).* Miguel Castellote Editor, Madrid.

Id. (1980): *Historia crítica de la Inquisición en España.* Hiperión, Madrid.

Id. (1982): *Noticia biográfica (Autobiografía).* Con "nota crítica" de Antonio Márquez y "ensayo bibliográfico" de Emil van der Vekene. Taurus, Madrid.

Id. (1995): *Discursos sobre el orden de procesar en los tribunales de la Inquisición.* Edición crítica y estudio de Enrique de la LAMA. Ediciones Eunate, Pamplona.

LÓPEZ, François (1995): "El libro y su mundo ", *La república de las letras en la España del siglo XVIII.* C.S.I.C., Madrid.

LÓPEZ CANTÓ, P. (1984 a): "La actividad de los Tribunales americanos", *Historia de la Inquisición en España y América. El Tribunal de Lima.* BAC-CEI, Madrid, t. I, pp. 1339-1349.

Id. (1984 b): "Los cambios estructurales en Indias. El Tribunal de Lima", *Ibid.*, pp. 1404-1411.

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2006

LÓPEZ VELA, Roberto (1988): "La Inquisición a la llegada de Felipe V. El proyecto de cambio en su organización y bases sociales", *Revista Internacional de Sociología*, nº 46 (1), pp. 63-123.

Id. (1990 a): "Inquisición y Estado. Los fundamentos historiográficos de una interpretación política (1930-1990)", *Chronica Nova*, nº 18, pp. 267-342.

Id. (1990 b): "Inquisición y Monarquía. Estado de la cuestión", *Jornadas sobre cincuenta años de historiografía española y americanista, Hispania,* nº 176, pp. 1123-1140.

Id. (1993 a): "Las estructuras administrativas del Santo Oficio", *Historia de la Inquisición en España y América,* BAC-CEI, Madrid, t. II, pp. 63 - 274.

Id. (1993 b): "Sociología de los cuadros inquisitoriales", *ibid.*, pp. 669 -840.

Id. (1994): "La jurisdicción inquisitorial y la eclesiástica en la historiografía", *Espacio, Tiempo y Forma, Serie IV, Historia Moderna*, t, 7, pp. 383-408.

Id. (1997): "La Inquisición de la época confesional en el mundo urbano (1550-1740)", *Imágenes de la diversidad. El mundo urbano en la Corona de Castilla (s. XVI-XVIII).* (ed. de José Ignacio Fortea Pérez), Universidad de Cantabria, Santander.

MARRERO RODRÍGUEZ, Manuela; GONZÁLEZ YANES, Emma (1963): *El prebendado D. Antonio Pereira y Pacheco.* Instituto de Estudios Canarios, La Laguna.

MARTÍ GILABERT, Francisco (1975): *La abolición de la Inquisición en España.* Ediciones de la Universidad de Navarra, Pamplona.

MARTÍN GAITE, Carmen (1975): *Macanaz, otro paciente de la Inquisición*, Taurus, Madrid.

MARTÍNEZ DÍEZ, Gonzalo (1962): "La tortura judicial en la legislación histórica española", *Anuario de Historia del Derecho Español.* XXXII, pp. 223-300.

Id. (1993): "Naturaleza y fundamentos jurídicos", *Historia de la Inquisición en España y América*, Madrid, BAC-CEI, t. II, cap. II. *La estructura del procedimiento inquisitorial,* p. 275 - 300.

MARTÍNEZ MILLÁN, José (1984): *La Hacienda de la Inquisición (1478-1700).* C.S.I.C., Madrid.

Id. (1986): "La Hacienda del Tribunal de la Inquisición de Canarias, 1550-1808", *V Coloquio de Historia Canario-Americana (1982)*, Ediciones del Cabildo Insular de Gran Canaria, Madrid, pp. 553-583.

Id. (1987 a): "La venta de oficios inquisitoriales en Canarias durante el siglo XVII", *VI Coloquio de Historia Canario- Americana (1984)*, Ediciones del Cabildo Insular de Gran Canaria, Las Palmas, , t. I, pp. 689-696.

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2006

Id. (1987 b): "La burocracia del Santo Oficio en Canarias durante el siglo XVIII", *ibid.*, pp. 697-724.

Id. (1987 c): "La canonjías inquisitoriales: un problema entre la Iglesia y la monarquía", *Hispania Sacra*, vol. L, pp. 2-55.

MEDINA, José Toribio (1899): *Historia del tribunal del Santo Oficio de la Inquisición de Cartagena de Indias.* Imprenta Elzeviriana, Santiago de Chile.

MEREU, Italo (2003): *Historia de la intolerancia en Europa.* Paidós, Barcelona.

MILLARES TORRES, Agustín (1874): *Historia de la Inquisición en las Islas Canarias.* Imprenta La Verdad, Las Palmas de Gran Canaria, 4 tomos.

Id. (1977): *Historia General de las Islas Canarias.* Imprenta de Isidro Miranda, Las Palmas, 1883-1885. (Reedición: Edirca, Las Palmas, 1977).

MILLARES CARLO, Agustín y Manuel HERNÁNDEZ SUÁREZ (1975-1992): *Biobibliografía de Escritores Canarios (Siglos XVI, XVII y XVIII).* Ediciones del Cabildo Insular de Gran Canaria, Madrid, 6 tomos.

MONZÓN PERDOMO, M ª Eugenia (1994): *La pobreza en Canarias en el Antiguo Régimen.* Ediciones del Cabildo Insular de Gran Canaria, Madrid.

Id. (2000): "La prostitución femenina en Canarias en el Antiguo régimen. Instituciones de recogimiento", *XIII Coloquio de Historia Canario-Americana (1998).* Ediciones del Cabildo de Gran Canaria, Las Palmas, pp. 1305-1329.

Id. (2002): "El reconocimiento de mujeres a finales del siglo XVIII. La Casa de Mujeres Arrepentidas de Las Palmas (Estudio estadístico)", *XIV Coloquio de Historia Canario-Americana (2000).* Ediciones del Cabildo de Gran Canaria, Las Palmas, pp. 1748-1762.

MORALES Y MORALES, Alfonso (1990-1992): "Juan Antonio Bethencourt y Cortés (1737 - 1800), introductor de la variolización en Venezuela", *Estudios Canarios*, XXXVI - XXXVII, pp. 189 - 201.

NAVARRO, Domingo J. (1977): *Recuerdos de un noventón.* Ediciones El Museo Canario, Las Palmas.

NOREÑA SALTO, Mª Teresa; NÚÑEZ PESTANO, Juan Ramón (1990): "Reformismo y reacción en la administración local. Los conflictos entre el personero Carlos Soler Carreño y la oligarquía concejil de Tenerife (1786-1790)", *Coloquio Internacional Carlos III y su siglo.* Universidad Complutense, Madrid, t. II, pp. 441-466.

NÚÑEZ PESTANO, Juan Ramón (2001): *La Nivaria triunfante y su capital gloriosa o los orígenes del pleito insular.* Servicio de Publicaciones de la Universidad de La Laguna, Santa Cruz de Tenerife.

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2006

Id. (1995): "La crisis del modelo municipal en Canarias a fines del Antiguo Régimen", *Antiguo Régimen y Liberalismo. Homenaje a Miguel Artola.* Alianza, Madrid, I, pp. 253-273.

OLIVER OLMO, Pedro (2001): *Cárcel y sociedad represora. La criminalización del desorden en Navarra (siglos XVI-XIX).* Universidad del País Vasco, Bilbao.

PADRÓN ACOSTA, Sebastián (1950): "El deán don Jerónimo de Róo", *Revista de Historia*, nº 90-91, La Laguna, pp. 179-198.

PASAMAR LÁZARO, José Enrique (1997): "El comisario del Santo Oficio en el distrito inquisitorial de Aragón", *Revista de Inquisición*, nº 6, pp. 191-238.

PAZ SÁNCHEZ, Manuel de (1984): *Historia de la masonería en Canarias (1739-1936).* Ed. del Cabildo Insular de Gran Canaria, Santa Cruz de Tenerife.

PAZ SÁNCHEZ, Manuel de y José Antonio FERRER BENIMELI (1988): "Alejandro French, irlandés, miembro de la Royal Exchange Lodge de Boston, procesado por la inquisición de las Islas Canarias por francmasón (1739-1742)", *VI Coloquio de Historia Canario – Americana (1984)*, t. II, pp. 793-855.

PEÑAFIEL RAMÓN, Antonio (2000): "Inquisición murciana y reorganización de la Cofradía de San Pedro Mártir de Verona (siglo XVIII", *Revista de Inquisición*, nº 9, pp. 87-100.

PERAZA DE AYALA, José (1988): "El Real Patronato de Canarias", *Obras*, vol. II, pp. 271-315.

PÉREZ DE COLOSIA, María Isabel y Joaquín GIL SANJUÁN (1979): "Inspección inquisitorial a los navíos y control de libros", *Jávega*, nº 25, pp. 25-37.

PÉREZ MARTÍN, Antonio (1989): "La doctrina jurídica y el proceso inquisitorial", *Perfiles jurídicos de la Inquisición española.* Editorial Complutense, Madrid, pp. 279-322.

PÉREZ-PRENDES MUÑOZ-ARRACO, José Manuel (1996): "El Tribunal Eclesiástico (Sobre el aforamiento y la estructura de la Curia diocesana de justicia)", *Instituciones de la España Moderna. 1. Las jurisdicciones.* Coord. por Enrique Martínez Ruiz y Magdalena de Pazzis Pi. Actas Editorial, Madrid, , pp. 143-169.

PESET REIG, Mariano (1971): "La formación de los juristas y su acceso al foro en el tránsito de los siglos XVIII a XIX", *Revista general de legislación y jurisprudencia*, LXII, pp. 605-672.

PESET, Mariano y L. Luis (1974): *La Universidad española. (Siglos XVIII y XIX). Despotismo Ilustrado y Revolución Liberal.* Taurus, Madrid.

Id. (1983): *Carlos IV y la Universidad de Salamanca.* C.S.I.C., Madrid.

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2006

PETERS, Edward (1987): *La tortura*, Alianza, Madrid.

Id. (1989): *Inquisition.* University of California Press. Berkeley.

PINTO CRESPO, Virgilio (1978): "La actitud de la Inquisición ante la iconografía religiosa", *Hispania Sacra*, XXXI, pp. 285-322.

Id. (1983): *Inquisición y control ideológico en la España del siglo XVI.* Taurus, Madrid.

PRADO MOURA, Ángel de (1995): *Inquisición e inquisidores en Castilla. El Tribunal de Valladolid durante la crisis del Antiguo Régimen.* Secretariado de Publicaciones. Universidad de Valladolid, Valladolid.

Id. (1996): *Las hogueras de la intolerancia. La actividad represora del Tribunal Inquisitorial de Valladolid.* Junta de Castilla y León. Consejería de Educación y Cultura. Valladolid.

PROSPERI, Adriano (1995): "El inquisidor como confesor", *Studia Storica. Historia Moderna,* vol. XIII, pp. 61-85.

RAMÓN Y CAJAL, Santiago (1986): *Los tónicos de la voluntad.* Espasa Calpe, Madrid.

RAMOS-REGIDOR, José (1991): *El sacramento de la penitencia. Reflexión teológica a la luz de la Biblia, la historia y la pastoral.* Ediciones Sígueme, Salamanca.

REGUERA, Iñaki (1987): "La Inquisición en los puertos vascos y sus mecanismos de control", *Actas del II Congreso Mundial Vasco,* Bilbao, vol. 2, pp. 533-540.

RÍPODAS ARDANAZ, Daisy (1992): *Un ilustrado cristiano en la magistratura indiana. Antonio Porlier, marqués de Bajamar.* Buenos Aires.

RODRÍGUEZ BESNÉ, José Ramón (1980): "Notas sobre la estructura y funcionamiento del Consejo de la Santa, General y Suprema Inquisición", *La Inquisición Española. Nueva visión, nuevos horizontes.* Ed. Siglo XXI, Madrid, pp. 61-65.

RODRÍGUEZ DORESTE, Juan (1967): *El Museo Canario. Breve reseña histórica y descriptiva.* Ediciones El Museo Canario, Las Palmas.

RODRÍGUEZ GONZÁLEZ, Margarita (1986): *La pintura en Canarias durante el siglo XVIII.* Ediciones del Cabildo Insular de Gran Canaria, Las Palmas.

ROLDÁN VERDEJO, Roberto (1966): *Acuerdos del Cabildo de Fuerteventura (1729-1798).* Edición y estudio de -- . Instituto de Estudios Canarios, La Laguna.

Id. (1989): *Los jueces de la Monarquía Absoluta. Su estatuto y actividad judicial. Corona de Castilla, siglos XIV-XVIII.* .Secretariado de Publicaciones de la Universidad de La Laguna. Santa Cruz de Tenerife.

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2006

ROSA OLIVERA, Leopoldo de la (1978): "Diario de la visita del corregidor La Santa Ariza y Castilla a la isla de Gran Canaria en 1764, por el P. Acevedo", *Estudios históricos sobre las Canarias Orientales.* Mancomunidad de Cabildos de Las Palmas, Valencia.

RUMEU DE ARMAS, Antonio (1947-1950): *Piraterías y ataques navales contra las Islas Canarias.* C.S.I.C., Madrid.

ROMEU PALAZUELOS, Enrique (1977): *La Tertulia de Nava.* Publicaciones del Excmo. Ayuntamiento de San Cristóbal de La Laguna, Santa Cruz de Tenerife.

ROURA, Lluis (1982): "El crepuscle inquisitorial. Darrera etapa de la Inquisició als Paisos Catalans", *L'Avenç*, nº 47, pp. 188-191.

SÁNCHEZ FERLOSIO, Rafael (1986): *El Testimonio de Yarfoz.* Alianza Editorial, Madrid.

Id. (1992): *Ensayos y artículos.* Destino, Barcelona.

SÁNCHEZ GIL, Víctor (1987): "Aportación al estudio de la burocracia inquisitorial en el siglo XVIII: el Tribunal de Murcia en 1742", *Homenaje al Profesor Juan Torres Fontes*, Universidad de Murcia-Academia Alfonso X el Sabio, Murcia, t. II, pp. 1515-1534.

Id. (1987): "La burocracia inquisitorial en el siglo XVIII: el Tribunal de Murcia en 1712", *Carthaginensia*, nº 3, pp. 105-119.

Id. (1991): "La burocracia inquisitorial en el siglo XVIII: el Tribunal de Murcia en 1793", *Revista de Inquisición*, nº 1, pp. 269-288.

SANTANA GODOY, José Ramón (1977): "Crisis económica y conflictos sociales en Canarias (1660-1740)", *Historia general de las Islas Canarias.* Edirca, Las Palmas, t. IV, pp. 194-210.

SARRIÓN MORA, Adelina (1994): *Sexualidad y confesión. La solicitación ante el Tribunal del Santo Oficio (siglos XVI-XIX).* Alianza, Madrid.

SEVILLA GONZÁLEZ, Mª Carmen (2000): "Real Patronato y Santo Oficio. Conflictos entre la Inquisición y el cabildo catedral de las Islas Canarias", *Revista de Inquisición*, nº 9, pp. 69-86.

SIEMENS, Lothar (1977): *La música en Canarias.* El Museo Canario, Madrid.

SIMMEL, George (1986): *Sociología. Estudios sobre las formas de socialización.* Alianza Editorial, Madrid.

SOPEÑA MONSALVE, Andrés (2000): *El florido pensil. Memoria de la escuela nacionalcatólica.* Plaza y Janés, Barcelona.

SUÁREZ GRIMÓN, Vicente (1987): *La propiedad pública, vinculada y eclesiástica en Gran Canaria en la crisis del Antiguo Régimen.* Ediciones del Cabildo Insular de Gran Canaria, Las Palmas.

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2006

Id. (1994): "La administración local en Canarias durante el Antiguo Régimen", *X Coloquio de Historia Canario-Americano (1992)*, Madrid, t. II, pp. 763-783.

TELLECHEA IDÍGORAS, J. Ignacio (1978): "Las cárceles inquisitoriales", *Historia 16*, Madrid, octubre, Extra VII, pp. 55 - 67.

THOMPSON , E.P. (1977): *Whigs and Hunters.* Penguin, Harmondsworth.

TOCQUEVILLE, Alexis de (1982): *El Antiguo Régimen y la Revolución.* Alianza Editorial, Madrid. 2 vols.

TOMÁS Y VALIENTE, FRANCISCO (1973): *La tortura en España,* Ariel, Barcelona.

Id. (1976):"El proceso penal ", *Historia 16*, Extra I, pp. 19-36.

Id. (1978): "Las cárceles y el sistema penitenciario bajo los Borbones", *Historia 16*, Extra VII, Madrid, octubre, pp. 72 - 88.

Id. (1980): "Relaciones de la Inquisición con el aparato institucional del Estado ", *La Inquisición española. Nueva visión, nuevos horizontes*, dir. Joaquín Pérez Villanueva (I Simposium Internacional sobre la Inquisición española, septiembre 1978), Siglo XXI, Madrid.

Id. (1988): *Manual de Historia del Derecho Español.* Tecnos. Madrid (4ª ed.).

Id. (1992): *El Derecho penal de la monarquía absoluta (siglos XVI, XVII y XVIII).* Tecnos, Madrid (2 ª edición).

TORQUEMADA SÁNCHEZ, María Jesús (1997): "Los secretarios o notarios del secreto en Sevilla desde comienzos del siglo XVIII ", *El Centinela de la Fe*, Universidad de Sevilla, Sevilla, pp. 15 – 94.

TORRE, Lola de la (1963): "La capilla de música de la catedral de Las Palmas y el compositor don Sebastián Durón", *El Mueso Canario*, XXIV, pp. 39-49

Id. (1964): "El archivo de música de la catedral de Las Palmas", *El Mueso Canario*, XXV, pp. 181-242.

TORRES ARCE, Marina (2002): *El Tribunal de la Fe en el reinado de Felipe V. Reos, delitos y procesos en el Santo Oficio de Logroño (1700-1746).* Gobierno de La Rioja-Instituto de Estudios Riojanos, Logroño.

TORRES AGUILAR, Manuel (1997): "El delito de bigamia. Estudio general y especial perspectiva en el tribunal de la Inquisición de Sevilla en el siglo XVIII ", *El Centinela de la Fe*. Universidad de Sevilla, Sevilla, pp. 173-232.

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2006

TORRES SANTANA, Elisa (1985): "Visitas de navíos extranjeros en Canarias durante el siglo XVII", *V Coloquio de Historia Canario – Americana (1982)*, t. II, pp. 424-444.

TRINIDAD FERNÁNDEZ, Pedro (1991): *La defensa de la sociedad. Cárcel y delincuencia en España (siglos XVIII y XIX)*. Alianza, Madrid.

UNAMUNO, Miguel de (1997): *Del sentimiento trágico de la vida.* Alianza, Madrid [1912].

VIERA Y CLAVIJO, José (1971): *Noticias de la Historia General de las Islas Canarias.* Introducción y notas por Alejandro Cioranescu. Goya Ediciones, Santa Cruz de Tenerife, 2 tomos.

Id. (1982): *Diccionario de Historia Natural de las Islas Canarias*, edición dirigida y prologada por Manuel Alvar. Ediciones de la Excma Mancomunidad de Cabildos de Las Palmas, Madrid.

VINCENT, Bernard (1983): "Un espace d'exclusion: la prison inquisitoriale au XVIe siècle", *Les problèmes de l'exclusion en Espagne (XVIe -XVIIe siècles). Idéologie et discours.* Publications de la Sorbonne, París, pp. 113 - 122.

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2006

ÍNDICE.

1. Introducción..... 1.

2. Un tribunal *benigno*..... 11.

2.1. Las penas..... 12.

2.1.1. Galeras..... 13.

2.1.2. Sambenitos..... 18.

2.2. La tortura..... 26.

2.3. Las cárceles..... 32.

2.3.1. Las cárceles públicas..... 34.

2.3.1.2. El castillo de Paso Alto..... 41.

2.3.2. Las cárceles conventuales..... 44.

2.3.3. Las cárceles inquisitoriales: alimentos..... 53.

2.3.4. Las cárceles inquisitoriales: el aislamiento..... 56.

2.3.5. El "caso Perdomo"..... 60.

2.4. El secreto..... 72.

3. Los recursos..... 97.

3.1. La presencia..... 95.

3.2. La falta de ministros.....104.

3.3. El nombramiento de los ministros..... 112.

3.4. Requisitos..... 122.

3.4.1. La naturaleza..... 122.

3.4.2. Otros requisitos.....129.

3.5. Las relaciones de ministros.....141.

3.5.1. Clasificación..... 147.

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2006

3.6. Ministros en la sede..... 151.

3.6.1. Los inquisidores..... 151.

3.6.2. Los alguaciles..... 161.

3.6.3. Los secretarios del secreto..... 169.

3.6.4. El receptor..... 171.

3.6.5. Otros..... 173.

3.7. Ministros fuera de la sede..... 176.

3.7.1. Los comisarios..... 177.

3.7.2. Los notarios..... 186.

3.7.3. Los calificadores..... 188.

3.8. *Cursus honorum* y acumulación de funciones..... 188.

3.9. Salarios..... 191.

3.9.1. Gastos..... 196.

3.9.2. Otras retribuciones..... 196.

3.9.2.1. Los privilegios..... 198.

3.10. Cumplimiento..... 201.

3.10.1. Los inquisidores..... 202.

3.10.2. Los comisarios..... 209.

3.10.3. Otros..... 209.

3.10.4. Faltas graves. ..... 211.

3.11. Conducta..... 218.

3.11.1. Conflictos de los ministros..... 229.

3.11.1.1. D. Manuel Pérez Domínguez Rixo..... 234.

3.11.1.2. D. Marcelo *vs* Dr. D. Juan..... 238.

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2006

3.11.1.3. Guadarrama *vs* Martínez Méndez..... 243.

3.11.1.4. D. José Antonio Peraza y Socas..... 267

4. Conflictos del Tribunal..... 283.

4.1. Causas civiles y criminales..... 285.

4.2. Competencias..... 289.

4.3. Conflictos "de abastos"..... 290.

4.4. Conflictos de "precedencias en los abastos"..... 292.

4.5. Conflictos "de representación"..... 309.

4.6. Conflictos en las visitas de navío..... 314.

4.6.1. Las licencias o "avisos" de navío..... 314.

4.6.2. Las visitas de navío..... 324.

4.7. Conflictos en la lectura de edictos..... 365.

5. Conclusiones..... 401

5. Apéndices..... 407.

Apéndice I..... 409.

Apéndice II..... 411.

Apéndice III..... 423.

Apéndice IV..... 425.

Apéndice V..... 429.

Apéndice VI..... 441.

Apéndice VII.....447.

Apéndice VIII.....449.

Apéndice VIII bis.....450.

Apéndice IX..... 453.

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2006

Apéndice IX bis..... 455.

Apéndice X..... 460.

Apéndice XI..... 462.

Apéndice XII.....464.

Apéndice XIII.....446.

Apéndice XIV.....477.

6. Bibliografía..... 479.

7. Índice.....501

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2006